

The Signs of the Times

**Colección de escritos de Elena G. de White en el
periódico The Signs of the Times**

Volumen 4

27 de marzo de 1884 – 7 de abril de 1887

Elena G. de White

Contenido

27 de marzo de 1884	7
3 de abril de 1884	10
10 de abril de 1884	13
17 de abril de 1884	17
1 de mayo de 1884	20
8 de mayo de 1884	24
15 de mayo de 1884	28
22 de mayo de 1884	32
29 de mayo de 1884	36
5 de junio de 1884	40
12 de junio de 1884	44
19 de junio de 1884	47
26 de junio de 1884	50
3 de julio de 1884	54
17 de julio de 1884	58
24 de julio de 1884	61
31 de julio de 1884	65
7 de agosto de 1884	70
14 de agosto de 1884	74
21 de agosto de 1884	78
4 de septiembre de 1884	82
11 de septiembre de 1884	85
18 de septiembre de 1884	90
2 de octubre de 1884	93
9 de octubre de 1884	96
23 de octubre de 1884	100
6 de noviembre de 1884	103
13 de noviembre de 1884	107

20 de noviembre de 1884	110
27 de noviembre de 1884	116
4 de diciembre de 1884	120
18 de diciembre de 1884	123
1 de enero de 1885	126
8 de enero de 1885	130
15 de enero de 1885	133
22 de enero de 1885	137
29 de enero de 1885	141
5 de febrero de 1885.....	145
12 de febrero de 1885.....	149
19 de febrero de 1885.....	152
26 de febrero de 1885.....	155
5 de marzo de 1885	158
6 de agosto de 1885.....	162
13 de agosto de 1885.....	168
27 de agosto de 1885.....	170
10 de septiembre de 1885.....	171
8 de octubre de 1885	175
15 de octubre de 1885	179
22 de octubre de 1885	184
29 de octubre de 1885	188
12 de noviembre de 1885	192
26 de noviembre de 1885	196
3 de diciembre de 1885	199
10 de diciembre de 1885	202
17 de diciembre de 1885	206
7 de enero de 1886	209
14 de enero de 1886	213

14 de enero de 1886	216
21 de enero de 1886	219
28 de enero de 1886	223
28 de enero de 1886	227
11 de febrero de 1886	228
18 de febrero de 1886.....	232
4 de marzo de 1886	235
11 de marzo de 1886	239
11 de marzo de 1886	242
18 de marzo de 1886	244
25 de marzo de 1886	247
1 de abril de 1886	251
8 de abril de 1886	255
15 de abril de 1886	260
22 de abril de 1886	264
6 de mayo de 1886	268
13 de mayo de 1886	270
20 de mayo de 1886	274
3 de junio de 1886	278
10 de junio de 1886	281
17 de junio de 1886	285
24 de junio de 1886	288
1 de julio de 1886	292
8 de julio de 1886	296
15 de julio de 1886	300
22 de julio de 1886	304
29 de julio de 1886	307
5 de agosto de 1886.....	310
12 de agosto de 1886.....	314

19 de agosto de 1886.....	318
26 de agosto de 1886.....	322
2 de septiembre de 1886.....	325
9 de septiembre de 1886.....	329
16 de septiembre de 1886.....	332
28 de octubre de 1886	336
4 de noviembre de 1886	339
11 de noviembre de 1886	343
18 de noviembre de 1886	347
25 de noviembre de 1886	350
9 de diciembre de 1886	354
16 de diciembre de 1886	358
23 de diciembre de 1886	361
30 de diciembre de 1886	365
6 de enero de 1887	368
10 de febrero de 1887.....	372
17 de febrero de 1887.....	376
24 de febrero de 1887.....	380
3 de marzo de 1887	384
10 de marzo de 1887	388
17 de marzo de 1887	392
24 de marzo de 1887	396
31 de marzo de 1887	400
7 de abril de 1887	404

27 de marzo de 1884

Doctrinas erróneas peligrosas

EGW

Dice el apóstol Judas: "Amados, habiendo puesto toda mi diligencia en escribiros acerca de la común salvación, me fue necesario escribiros exhortándoos a que contendieseis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos." Los apóstoles y sus colaboradores en la iglesia cristiana primitiva se vieron constantemente obligados a hacer frente a las herejías, que eran introducidas por falsos maestros en el seno mismo de la iglesia. Se representa a estos maestros no como si vinieran abiertamente, sino arrastrándose de improviso, con el movimiento deslizante de una serpiente. Seguían sus propios caminos perniciosos, pero no estaban satisfechos sin arrastrar a otros con ellos. No tenían una cadena conectada de verdad, sino que enseñaban una mezcolanza inconexa de ideas, apoyadas por un pasaje de la Escritura aquí y otro allá. Estas Escrituras inconexas se entretejían en un tejido de falsedad que llamaba la atención y engañaba a los que, escudriñando las Escrituras por sí mismos, no se habían establecido en la verdad para ese tiempo.

Satanás obró por medio de estos falsos maestros. Bajo una profesión de respeto a la verdad, ocultaban propósitos viles, pues sus corazones estaban corrompidos. Si hubieran venido negando la fe en Cristo, habrían sido rechazados de inmediato; pero profesando creer en él, se ganaron la confianza de algunos, y sin vergüenza ni conciencia pervirtieron la verdad para adaptarla a sus propios corazones no santificados. Y cuando estas almas engañadas se hubieron apartado de los antiguos puntos de referencia de la fe, soltaron el ancla y fueron zarandeadas como las olas del mar. Estos profetas mentirosos están descritos en la palabra de Dios; sus hechos están inscritos en el registro del Cielo. Sus corazones y sus obras engañosas y perversas no fueron comprendidos por los hombres; pero el Señor los vio; leyó sus corazones como un libro abierto, y supo que sus mismos pensamientos y propósitos eran corruptos.

Los falsos maestros están tan activos en nuestros días como lo estuvieron en los días de los apóstoles. Satanás tiene muchos agentes, y están dispuestos a presentar toda clase de teorías para engañar a las almas, herejías preparadas para satisfacer los diversos gustos y capacidades de aquellos a quienes quiere arruinar. Hay falacias baratas para aquellos que se dejan llevar fácilmente al error, y que desean algo nuevo, extraño o extravagante, que no pueden explicar inteligentemente, o incluso comprender ellos mismos. Un misterioso e inconexo

conjunto de ideas está más de acuerdo con sus mentes que la pura verdad, que tiene un "Así dice el Señor" como fundamento. Tiene otras herejías, venenos intelectuales, que ha inventado para otra clase de mentes en esta época de escepticismo y razonamiento orgulloso. Estos sofismas tienen un poder embrujador sobre las mentes, y miles son engañados por ellos.

Una clase tiene la teoría de que no hay diablo personal, y que Cristo no tenía existencia antes de venir a esta tierra; y tratan de mantener estas teorías absurdas arrancando las escrituras de su verdadero significado. De este modo se pone de manifiesto la absoluta insensatez de la sabiduría humana en materia de fe religiosa. El corazón que no está santificado, e imbuido del espíritu de Cristo, es perverso en su interpretación de la palabra inspirada, convirtiendo la verdad de Dios en falsedad sin sentido; y algunos que no han escudriñado las Escrituras con corazón humilde permiten que estas especulaciones descabelladas trastornen su fe; las aceptan en lugar de la voluntad de Dios claramente revelada.

Satanás asalta a otra clase con argumentos que presentan un mayor espectáculo de verosimilitud. Se exalta la ciencia y la naturaleza. Los hombres se consideran más sabios que la palabra de Dios, más sabios aun que Dios; y en vez de plantar los pies sobre el fundamento inamovible, y someter todo a la prueba de la palabra de Dios, prueban esa palabra según sus propias ideas de la ciencia y la naturaleza, y si parece no concordar con sus ideas científicas, la descartan como indigna de crédito. Así, la gran norma por la cual se prueban las doctrinas y el carácter es dejada de lado por normas humanas. Así es como Satanás lo diseñó. Algunos dicen: "No importa lo que creamos, si tan sólo somos honestos". Pero la ley y el testimonio siguen siendo válidos, y debemos buscarlos.

La ley de Dios es la gran norma moral por la que ha de juzgarse el carácter. Es la expresión de su voluntad y debe ser obedecida de corazón. Sus santos principios deben ser la base de nuestra conducta en todas nuestras relaciones comerciales. Los que menosprecian su profesión de fe conformándose al mundo, demuestran que desprecian las riquezas de la gracia de Cristo. Gritan. "No nos salvamos por las obras, sino por Cristo"; pero continúan en el pecado, continúan transgrediendo la ley de Dios. Actúan como si consideraran un privilegio vivir en pecado para que la gracia abunde. Pero toda indulgencia en el pecado debilita el alma; da la bienvenida a Satanás para que entre y controle la mente, convirtiendo al individuo en su siervo eficaz.

En estos días de engaño, todo el que esté establecido en la verdad tendrá que contender por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Toda variedad de error

se pondrá de manifiesto en la misteriosa obra de Satanás, que, si fuera posible, engañaría a los mismos elegidos y los apartaría de la verdad. Habrá que enfrentarse con la sabiduría humana, la sabiduría de los sabios que, como los fariseos, son maestros de la ley de Dios, pero no la obedecen ellos mismos. Habrá que enfrentarse a la ignorancia y la insensatez humanas en teorías inconexas revestidas de un ropaje nuevo y fantástico, teorías que serán tanto más difíciles de combatir cuanto que no hay razón en ellas.

Habrá falsos sueños y falsas visiones, que tienen algo de verdad, pero que alejan de la fe original. El Señor ha dado a los hombres una regla para detectarlos: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". Si menosprecian la ley de Dios, si no hacen caso de su voluntad revelada en los testimonios de su Espíritu, son engañadores. Están controlados por impulsos e impresiones, que creen que proceden del Espíritu Santo, y consideran más fiables que la palabra inspirada. Afirman que todo pensamiento y sentimiento es una impresión del Espíritu; y cuando se les hace razonar fuera de las Escrituras, declaran que tienen algo más confiable. Pero mientras piensan que son guiados por el Espíritu de Dios, en realidad están siguiendo una imaginación forjada por Satanás.

Su carácter fue descrito y su perdición denunciada por los antiguos profetas. Fue ordenado desde antaño que los que desestabilizan la fe en la palabra de Dios deben llevar la condenación de Dios.

Judas dice: "Os recordaré, pues, aunque lo supisteis una vez, que el Señor, habiendo salvado al pueblo de la tierra de Egipto, destruyó después a los que no creyeron". Este será el destino seguro de todos los personajes descritos por Judas, que se apartan de Dios y alejan a otros de la verdad. Aunque el Señor dio a Israel las mayores evidencias de su favor, y a condición de obediencia, la rica promesa de que serían para él un pueblo peculiar, una nación real, sin embargo, a causa de su incredulidad y desobediencia no pudo cumplir la promesa. A causa de sus transgresiones, retiró su poder restrictivo sobre sus enemigos, las naciones impías que los rodeaban, y no los protegió como lo había hecho.

Algunos profesan el cristianismo año tras año, y en algunas cosas parecen servir a Dios, y sin embargo están lejos de Él. Dan rienda suelta al apetito y a la pasión, y siguen sus propias inclinaciones no santificadas, amando el placer y el aplauso de los hombres más que a Dios o su verdad. Pero Dios lee los secretos del corazón. Los pensamientos viles conducen a las acciones viles. La arrogancia, el orgullo y el libertinaje son de gran alcance, profundos y casi universales.

Estos son los pecados por los cuales Dios destruyó a los habitantes del viejo mundo con un diluvio de agua, y están corrompiendo a las iglesias en estos últimos días. Son las rocas ocultas sobre las cuales naufragan miles y decenas de miles que profesan la piedad. Sólo los que están estrechamente vinculados con Dios escaparán a las artimañas de Satanás y a las corrupciones morales prevalecientes en esta época.

El carácter se revela por las obras, no por las buenas acciones ocasionales y las malas acciones ocasionales, sino por la tendencia de las palabras y los actos habituales. Aquellos que quieren poner a Dios fuera de su conocimiento mostrarán una falta de principios. Cada hombre demostrará a qué amo está sirviendo con la fuerza de su intelecto, su destreza y su habilidad. El siervo de Cristo velará hasta la oración; será devoto, humilde, manso y humilde de corazón, procurando conocer y hacer la voluntad de Dios. Mientras que una vez fue siervo del pecado, por la gracia de Dios se ha transformado en mente y carácter. Amará el día de la aparición de Cristo; porque podrá decir con Pablo: "He peleado la buena batalla, he acabado mi carrera, he *guardado la fe*."

3 de abril de 1884

La obligación del hombre para con Dios

EGW

A cada uno de nosotros Dios nos ha confiado deberes sagrados, de los que nos hace responsables. Él quiere que el hombre sea educado de tal modo que desarrolle sus facultades mentales y morales, que tenga una mente bien equilibrada y un carácter simétrico. Pero la educación por sí sola no le preparará para responder al objeto de su creación. Necesita la gracia de Dios, y la ayuda divina espera su demanda. El poder divino unido al esfuerzo humano le capacitará para hacer el bien y glorificar a su Creador.

Pocos aprecian el valor del hombre y la gloria que redundaría para Dios si cultivara y conservara la pureza, la nobleza y la integridad de carácter. El valor que Dios da al hombre se muestra en el precio que se ha pagado por su redención; su amor se expresa en que no retuvo a su Hijo amado, sino que lo dio a morir por una raza pecadora. Los ángeles no podían realizar la obra de la redención del hombre mediante sacrificio alguno. Sólo mediante el sufrimiento y la muerte de Cristo pudo ser restituido al favor de Dios. Por nosotros, el que no conoció pecado fue hecho ofrenda por el pecado. Fue afligido, insultado, oprimido. Acusado como un criminal, sufrió vergüenza, insultos, burlas y dolor.

Cristo soportó todo esto para rescatar al hombre del estado desesperado al que había sido llevado por su desobediencia a la ley de Dios; porque el pecado es la transgresión de la ley, y la muerte es su pena. No padeció para suprimir la ley, ni para disminuir su fuerza, sino para que se cumplieran sus exigencias y el pecador quedara a salvo. Por su perfecta obediencia, la ley fue exaltada y honrada.

Cristo elevará al hombre, y le dará posesiones ricas y gloriosas, si respeta las exigencias de la ley de Dios; pero si escoge el servicio de Satanás, y arruina su esperanza del cielo por su obstinada pecaminosidad, perderá estas bendiciones. Tendrá un lugar con asociados de carácter semejante al suyo, con aquellos contaminados por el pecado, que consideran una virtud, una prueba de inteligencia, dudar de la palabra de Dios y ser clasificados entre los escépticos. Escoger ser pecador es rehusar presentarse ante el trono de Dios limpio de la contaminación del pecado; es rehusar las riquezas de la gloria eterna; es rehusar ser coheredero con Cristo en la herencia inmortal, y ser exaltado a una igualdad con los ángeles celestiales; es rechazar todo esto, y escoger en su lugar la consecuencia segura del pecado, la condenación fija del pecador.

Aquellos que podrían llegar a ser colaboradores de Cristo y prestar un buen servicio en favor de los intereses de su reino, pero que usan sus talentos e influencia para derribar en vez de edificar, son como rebeldes notorios; su prominencia, el valor del talento que usan al servicio de Satanás, aumenta su culpabilidad y hace seguro su castigo. Estos sentirán la ira de Dios. Experimentarán lo que Cristo sufrió al salvar a los hombres de la pena de la ley quebrantada. El valor del hombre y la medida de su responsabilidad sólo pueden conocerse por la cruz del Calvario. Aquel que se presenta al pecador como el Fuerte para liberar, demostrará ser poderoso para ejecutar la ira y el juicio sobre todo hijo de Adán que no se arrepienta. Aquel que mantiene los mundos en posición, que pesa las colinas en una balanza, y las montañas en una balanza, que toma las islas como una cosa muy pequeña, se mostrará poderoso para vengar su misericordia no correspondida y su amor despreciado. Aquellos que se lisonjean de que Dios es demasiado misericordioso para castigar al pecador, no tienen más que mirar al Calvario para estar doblemente seguros de que la venganza caerá sobre todo transgresor de su justa ley.

La pena por quebrantar la ley de Dios es proporcional al precio pagado para redimir a sus transgresores. ¡Qué indecible bienaventuranza está preparada para los que se salven por medio de Cristo, y qué profundas aflicciones para los que desprecien y rechacen su gran salvación! Todo lo que los hombres estiman de

valor en el mundo se hunde en la insignificancia cuando se mira bajo esta luz, y cuán grande parece nuestra obligación de usar en el servicio de Dios todos los talentos que Él ha confiado a nuestro cuidado.

La ciencia es demasiado limitada para comprender la expiación; el misterioso y maravilloso plan de la redención es tan trascendental que la filosofía no puede explicarlo; permanecerá siempre como un misterio que la razón más profunda no puede desentrañar. Si pudiera ser explicado por la sabiduría finita, perdería su carácter sagrado y su dignidad. Es un misterio que Alguien igual al Padre eterno se rebajara tanto como para sufrir la muerte cruel de la cruz para rescatar al hombre; y es un misterio que Dios amara tanto al mundo como para permitir que su Hijo hiciera este gran sacrificio. El Espíritu Santo exalta y glorifica al Salvador. Es su oficio presentar a Cristo, la gran salvación que tenemos por medio de él, y la sagrada y elevada pureza de su justicia. Dice Cristo: "Tomará de lo mío y os lo mostrará". El Espíritu de verdad es el único maestro eficaz de la verdad divina; los que son enseñados por él han entrado en la escuela de Cristo. Cuánto debe estimar Dios a la raza, que dio a su Hijo para que muriera por ella, y designa a su Espíritu para que sea maestro y guía continuo del hombre. Satanás comprende esto, y traza sus planes para estropear y herir al hombre, hechura de Dios, e impedirle gozar de la felicidad que este gran rebelde perdió por su desobediencia y malicia.

Desde su caída del Cielo, el único gozo y constante empleo de Satanás ha sido frustrar el plan de Dios impidiendo la salvación de los hombres que perecen. Ha llevado a cabo esta obra con marcado éxito, y la continuará hasta que Cristo ponga fin a su carrera. Ha tratado de inducir a los hombres a que le ayuden a pisotear el honor de Dios, y muchos se han hecho colaboradores suyos y han alentado su rebelión. Los que hacen esto, los que se glorían en su escepticismo, y llevan a otros a despreciar la ley de Jehová, se colocan en las filas de los enemigos de Cristo, y usan su influencia para destruir más bien que para salvar almas. Secundan a Satanás en sus esfuerzos por socavar la ley de Dios asegurando al pecador que se salvará mientras transgreda esa ley. Sirven a Satanás, y compartirán su terrible destino.

El corto espacio de tiempo asignado a los hombres aquí es sumamente valioso. Ahora, mientras dura la libertad condicional, Dios se propone unir su fuerza con la debilidad del hombre finito. Debemos educarnos de tal modo que podamos servirle inteligentemente. Aquellos que han abrigado el escepticismo pueden, mediante una disciplina apropiada de la mente, aprender a abrigar la fe. Aquellos que verdaderamente aman a Dios desearán mejorar los talentos que Él

les ha dado, para que puedan ser una bendición para otros. Y las puertas del cielo se abrirán de par en par para admitirlos, y de los labios del Rey de la gloria la bendición caerá sobre sus oídos como la más rica música: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". Así serán recibidos los redimidos en las mansiones que Jesús les prepara. Allí sus compañeros no serán los viles de la tierra, los mentirosos, los idólatras, los impuros o los incrédulos; sino que se asociarán con aquellos que han vencido a Satanás y sus artimañas, y por medio de la ayuda divina han formado caracteres perfectos. Toda tendencia pecaminosa, toda imperfección que los aflige aquí, ha sido eliminada por la sangre de Cristo; y la excelencia y el brillo de su gloria, que excede con mucho el brillo del sol en su esplendor meridiano, les es impartida. Y la belleza moral, la perfección de su carácter, brilla a través de ellos, en un valor que excede con mucho este esplendor exterior. Están sin falta alrededor del gran trono blanco, compartiendo la dignidad y los privilegios de los ángeles.

"Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman". En vista de la gloriosa herencia que puede ser suya, "¿qué dará el hombre a cambio de su alma?". Puede ser pobre; sin embargo, posee en sí mismo una riqueza y una dignidad que el mundo jamás podría otorgar. El alma redimida y purificada del pecado, con todas sus nobles potencias dedicadas al servicio de Dios, es de un valor sobrepujante; y hay alegría en el Cielo, en presencia de Dios y de los santos ángeles, por un pecador que se arrepiente, alegría que se expresa en cantos de santo triunfo.

10 de abril de 1884

La formación de los niños

EGW

Vivimos en una época desafortunada para los niños. Una pesada corriente está descendiendo, y se necesita algo más que la fuerza y la experiencia de la infancia para luchar contra esta corriente y no ser arrastrados a la ruina moral. Pero los padres pueden hacer mucho; deben ayudar a sus hijos. El trabajo de la madre comienza con el infante. Debe dominar la voluntad y el temperamento de su hijo, someterlo y enseñarle a obedecer. Toda madre debe dedicar tiempo a razonar con sus hijos, corregir sus errores y enseñarles pacientemente el camino correcto.

Cuando el niño crezca, no relaje la mano. Los padres cristianos deben instruir a sus hijos para que lleguen a ser hijos de Dios. Toda la experiencia religiosa está influenciada por las instrucciones recibidas y el carácter formado en la niñez. Si la voluntad no se somete entonces y se hace ceder a la voluntad de los padres, será una tarea difícil aprender la lección en años posteriores. Los padres que descuidan esta importante labor, cometen un gran error y pecan contra sus hijos y contra Dios.

Si los padres quieren tener éxito en el gobierno de sus hijos, deben tener un perfecto control de sí mismos. Deben aprender a controlar sus palabras y la expresión misma del semblante. No deben permitir que el tono de la voz sea perturbado o agitado por la excitación o la pasión. Entonces podrán ejercer una influencia decisiva sobre sus hijos. La impaciencia de los padres provoca impaciencia en los hijos. La pasión manifestada por los padres crea pasión en los hijos, y despierta los males de su naturaleza. Algunos padres corrigen severamente a sus hijos en un espíritu de impaciencia, y a menudo con pasión. Tales correcciones no producen ningún buen resultado. Al tratar de corregir un mal, crean dos. La censura y los azotes continuos endurecen a los hijos y los alejan del afecto de sus padres. Razonad primero con vuestros hijos, señaladles claramente sus faltas y hacedles comprender que no sólo han pecado contra vosotros, sino también contra Dios. Con el corazón lleno de compasión y dolor por sus hijos descarriados, ore con ellos antes de corregirlos. Entonces verán que no les castigas porque te hayan causado molestias, o porque desees desahogar tu disgusto con ellos, sino por sentido del deber, por su bien; y te amarán y respetarán.

Padres, cada vez que perdéis el dominio de vosotros mismos y habláis y actuáis con impaciencia, pecáis contra Dios. Los ángeles registradores escriben cada palabra impaciente e inquieta que pronunciáis a vuestros hijos; cada palabra imprudente que pronunciáis delante de ellos, descuidadamente o en broma, cada palabra que no es casta y elevada, la marca como una mancha contra vuestro carácter cristiano. Hablad amablemente a vuestros hijos. Recuerda lo sensible que eres, lo poco que puedes soportar que te culpen, y no cargues sobre ellos lo que tú no puedes soportar; porque son más débiles que tú, y no pueden soportar tanto. Los frutos del dominio de sí mismo, de la consideración y del esmero de su parte serán centuplicados.

Que tus palabras agradables y alegres sean siempre como rayos de sol en tu familia. Usted no tiene que luchar para traer una nube sombría sobre la felicidad de sus hijos mediante la búsqueda de faltas, o la censura severa por errores

insignificantes. El mal real debe parecer tan pecaminoso como es, y se debe seguir un curso firme y decidido para evitar que se repita; sin embargo, no se debe dejar a los niños en un estado de ánimo desesperanzado, sino con un grado de valor de que pueden mejorar, y ganar su confianza y aprobación. Los niños pueden desear hacer lo correcto, pueden proponerse en su corazón ser obedientes; pero necesitan ayuda y estímulo. Los padres deben capacitarse mejor para cumplir su deber para con sus hijos. Algunos no comprenden a sus hijos; no los conocen realmente. Si los padres penetraran más plenamente en los sentimientos de sus hijos, y sacaran lo que hay en sus corazones, tendrían una influencia benéfica sobre ellos.

Los niños se ahorrarían muchos males si se familiarizaran más con sus padres. Los padres deben animar a sus hijos a que confíen en ellos, a que sean abiertos y francos, a que acudan a ellos con sus dificultades, sus pequeñas molestias diarias, y cuando estén perplejos en cuanto a cuál es el camino correcto, que expongan el asunto ante sus padres y les pidan consejo. ¿Quiénes están tan bien calculados para ver y señalar sus peligros como los padres piadosos? ¿Quién puede comprender los temperamentos peculiares de sus hijos tan bien como ellos? La madre que ha observado cada giro de la mente desde la infancia, y conoce la disposición natural, está mejor preparada para aconsejar a sus hijos.

Hay que enseñar muy pronto a los niños a ser útiles, a ayudarse a sí mismos y a ayudar a los demás. Que el esfuerzo que se les imponga sea muy ligero al principio, y que aumente un poco cada día, hasta que puedan hacer una cantidad adecuada de trabajo cada día sin cansarse excesivamente. Los niños que son mimados y atendidos, siempre lo esperan; y si sus expectativas no se cumplen, se sienten decepcionados. Esta misma disposición se verá a lo largo de toda su vida; estarán indefensos, apoyándose en los demás en busca de ayuda, esperando que los demás les favorezcan y les cedan. Y si se les opone, incluso después de haber alcanzado la madurez y la femineidad, se creen maltratados; y así se afanan en su camino por el mundo, apenas capaces de soportar su propio peso, a menudo murmurando e inquietándose porque todo no les conviene.

Los padres equivocados que así enseñan a sus hijos lecciones que resultarán ruinosas para ellos, también están plantando espinas para sus propios pies. Piensan que complaciendo los deseos de sus hijos, y dejándoles seguir sus propias inclinaciones, pueden ganarse su amor. ¡Qué error! Los niños así consentidos crecen sin freno en sus deseos, inflexibles en sus disposiciones, egoístas, exigentes y dominantes, una maldición para sí mismos y para todos los que les rodean. Muchas hijas pueden, sin remordimiento de conciencia, ver

a sus madres afanándose, cocinando, lavando o planchando, mientras ellas se sientan en el salón a leer cuentos, tejer ribetes, hacer ganchillo o bordar. Sus corazones son tan insensibles como una piedra. Pero, ¿dónde se origina este mal? ¿Quiénes suelen ser los más culpables en este asunto? Los pobres padres engañados. Pasan por alto el bien futuro de sus hijos, y en su equivocada afición, los dejan sentarse en la ociosidad, o hacer lo que es de poca importancia, que no requiere ejercicio de la mente o los músculos, y luego excusan a sus hijas indolentes porque son débiles. ¿Qué las ha hecho débiles? En muchos casos ha sido el mal proceder de los padres. Una cantidad adecuada de ejercicio en casa mejoraría tanto la mente como el cuerpo.

Las madres deberían llevar a sus hijas con ellas a la cocina, y educarlas pacientemente. Su constitución será mejor para tal labor; sus músculos ganarán tono y fuerza, y sus meditaciones serán más sanas y elevadas al final del día. Pueden estar cansados, pero qué dulce es el descanso después de una cantidad adecuada de trabajo. El sueño, dulce restaurador de la naturaleza, vigoriza el cuerpo cansado y lo prepara para los deberes del día siguiente. No insinúes a tus hijos que no importa si hacen algo o no. Enséñeles que su ayuda es necesaria, que su tiempo es valioso y que usted depende de su trabajo. Mucho pecado resulta de la ociosidad. Las manos y las mentes activas no encuentran tiempo para prestar atención a cada tentación que el enemigo sugiere; pero las manos y los cerebros ociosos están listos para que Satanás los controle. Cuando no está debidamente ocupada, la mente se detiene en cosas impropias.

En gran medida, los padres tienen en sus manos la felicidad futura de sus hijos. Siembran la semilla que brotará y dará fruto para bien o para mal. Sobre ellos recae la importante labor de formar el carácter de estos niños. Las instrucciones dadas en la infancia, les seguirán durante toda la vida. Los padres pueden formar a sus hijos e hijas para la felicidad o para la miseria. Deben tratar fielmente a las almas que les han sido confiadas. No deben fomentar en sus hijos el orgullo, la extravagancia o el amor al espectáculo. No deben enseñarles, ni permitir que aprendan, pequeñas travesuras que parecen astutas en los niños pequeños, pero que deben corregirse cuando son mayores. Los hábitos que se forman al principio no se olvidan fácilmente.

Padres, debéis comenzar a disciplinar las mentes de vuestros hijos desde que son muy pequeños, con el fin de que sean cristianos. Que todos vuestros esfuerzos sean para su salvación. Actuad como si hubieran sido puestos a vuestro cuidado para ser equipados como joyas preciosas para brillar en el reino de Dios. Cuidado con adormecerlos sobre el pozo de la destrucción, con el

pensamiento erróneo de que no tienen edad para rendir cuentas, ni para arrepentirse de sus pecados y servir a Dios.

Hay muchas promesas preciosas registradas para aquellos que buscan a su Salvador temprano. Eclesiastés 12:1: "Acuérdate ahora de tu Creador en los días de tu juventud, mientras no vengan los días malos, ni se acerquen los años en que digas: No me agradan." Proverbios 8:17: "Yo amo a los que me aman, y los que me buscan temprano me encontrarán". El gran Pastor de Israel sigue diciendo: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos." Enseña a tus hijos que la juventud es la mejor época para buscar al Señor. Entonces las cargas de la vida no son pesadas sobre ellos, y sus mentes jóvenes no están acosadas por el cuidado, y mientras estén libres deben dedicar lo mejor de sus fuerzas a Dios.

17 de abril de 1884

Deberes importantes en la vida doméstica

EGW

El pueblo de Dios es la sal de la tierra y la luz del mundo. Deben estudiar la vida de Cristo, y su ejemplo y enseñanza deben afectar a su vida y carácter. Lo honran manifestando los frutos del Espíritu en su vida cotidiana. Si las puertas de la casa y del corazón se abren a Jesús, si se le recibe como huésped de honor, obrará en favor de la familia. La dulce influencia de su presencia impregnará el hogar y frenará toda impaciencia y egoísmo. Pero muchos cristianos profesos expulsan a Cristo de sus hogares por un espíritu impaciente e inquieto. A veces, cuando están fatigados por el trabajo u oprimidos por los cuidados, los padres no mantienen un espíritu tranquilo, sino que manifiestan una falta de paciencia que desagrada a Dios y trae una nube sobre la familia. Padres, cuando os sintáis intranquilos, no debéis cometer un pecado tan grande como el de envenenar a toda la familia con esta peligrosa irritabilidad. En tales ocasiones, poned doble vigilancia sobre vosotros mismos, y resolved que sólo saldrán de vuestros labios palabras agradables y alegres. Ejerciendo así el autocontrol, os haréis más fuertes. Vuestro sistema nervioso no será tan sensible.

La madre puede y debe hacer mucho para controlar sus nervios y su mente cuando está deprimida; incluso cuando está enferma, puede, si sólo se educa, ser agradable y alegre, y puede soportar más ruido del que antes hubiera creído posible. No debe hacer que sus hijos sientan sus dolencias, y nublar sus mentes jóvenes y sensibles por su depresión de espíritu, haciéndoles sentir que la

habitación de la madre es el lugar más lúgubre del mundo. La mente y los nervios adquieren tono y fuerza mediante el ejercicio de la voluntad. El poder de la voluntad en muchos casos demostrará ser un potente calmante de los nervios. Jesús conoce nuestras debilidades y ha compartido nuestra experiencia en todas las cosas menos en el pecado; por eso nos ha preparado un camino adecuado a nuestra fuerza y capacidad.

A veces todo parece ir mal en el círculo familiar. Hay inquietud por todas partes, y todos parecen muy desgraciados e infelices. Los padres echan la culpa a sus pobres hijos, y los consideran muy desobedientes y revoltosos, los peores niños del mundo, cuando la causa de la perturbación está en ellos mismos. Dios les exige que ejerzan el dominio de sí mismos. Deben darse cuenta de que cuando ceden a la impaciencia y a la inquietud, hacen sufrir a los demás. Los que los rodean se ven afectados por el espíritu que manifiestan, y si a su vez actúan con el mismo espíritu, el mal aumenta.

En lugar de pedir agradablemente a sus hijos que hagan lo que desean, los padres suelen darles órdenes en tono de regaño, y al mismo tiempo les administran una censura o un reproche que los hijos no han merecido. Padres, este proceder con vuestros hijos destruye su alegría y su ambición de agradaros. Cumplen vuestras órdenes, no por amor, sino porque no se atreven a hacer otra cosa. Su corazón no está en el asunto. Es un trabajo pesado en lugar de un placer, y esto a menudo les lleva a olvidarse de seguir todas sus instrucciones, lo que aumenta su irritación; y lo hace aún peor para los niños. Se repite la búsqueda de faltas, su mala conducta se presenta ante ellos en colores brillantes, hasta que se desaniman, y no se preocupan de si complacen o no. Un espíritu de "no me importa" se apodera de ellos; y buscan ese placer y diversión fuera de casa, lejos de sus padres, que no encuentran en casa. Se mezclan con la gente de la calle y pronto son tan malos como los peores.

¿Sobre quién recae este gran pecado? Si el hogar hubiera sido atractivo, si los padres hubieran manifestado afecto por sus hijos, si les hubieran procurado sabiamente diversiones inocentes y les hubieran enseñado la lección de la obediencia alegre, habrían tocado una fibra sensible en sus jóvenes corazones, y pies, manos y corazones dispuestos habrían cumplido sus deseos. Hablando amablemente a sus hijos, y elogiándolos cuando tratan de hacer lo correcto, los padres pueden alentar sus esfuerzos, hacerlos muy felices, y lanzar alrededor del círculo familiar un encanto que ahuyentará toda sombra oscura, y traerá la alegre luz del sol. La bondad mutua y la tolerancia harán del hogar un paraíso y atraerán a los santos ángeles al círculo familiar; pero huirán de una casa donde

haya palabras desagradables, irritabilidad y disputas. La falta de amabilidad, las quejas y la ira impiden a Jesús entrar en la casa.

Algunos padres no dan a sus hijos una educación religiosa, y también descuidan su educación escolar. Ni lo uno ni lo otro debe descuidarse. Las mentes de los niños estarán activas; y si no están ocupadas en el trabajo físico, u ocupadas en el estudio, estarán expuestas a malas influencias. Es un pecado que los padres permitan que sus hijos crezcan en la ignorancia. Deben suministrarles libros útiles e interesantes, y enseñarles a tener horas para el trabajo y horas para el estudio y la lectura. Los padres deben procurar elevar la mente de sus hijos y mejorar sus facultades mentales. La mente abandonada a sí misma, sin cultivar, es generalmente baja, sensual y corrupta. Satanás mejora su oportunidad, y educa las mentes ociosas.

Los padres deben instruir fielmente a sus hijos, no dejándoles que recojan su educación lo mejor que puedan. No se les debe permitir que aprendan indistintamente el bien y el mal, con la idea de que en algún momento futuro el bien predominará, y el mal perderá su influencia. El mal aumentará más rápidamente que el bien. Es posible que el mal sea erradicado al cabo de muchos años; pero ¿quién se atreverá a ello? El tiempo apremia. Es más fácil y mucho más seguro sembrar una semilla limpia y buena en el corazón de los hijos, que arrancar después la mala hierba. Los padres deben redoblar sus esfuerzos por la salvación de sus hijos. La razón por la que la juventud de la época actual no tiene una mayor inclinación religiosa es que su educación es defectuosa. En el estado actual de cosas en la sociedad, no es tarea fácil para los padres refrenar a sus hijos, e instruirlos de acuerdo con la regla bíblica de lo correcto. Cuando quieren educar a sus hijos de acuerdo con los preceptos de la Palabra de Dios y, como Abraham en la antigüedad, ordenan a sus familias que les sigan, los hijos piensan que sus padres son demasiado cuidadosos e innecesariamente exigentes.

No es el ejercicio del verdadero amor hacia los hijos el que permite en ellos la indulgencia de la pasión, o permite que la desobediencia a la autoridad paterna quede impune. "Así como se dobla la ramita, se inclina el árbol". Ambos padres deben cooperar en la formación, gobierno y educación de sus hijos. Con firmeza, no de manera áspera, sino con propósito decidido, ambos deben hacer saber a sus hijos que deben obedecer. El padre no debe ser como un niño, movido meramente por impulsos. Está unido a su familia por lazos sagrados y santos. Es el legislador, que ilustra con su propio porte varonil las virtudes más fuertes: la energía, la integridad, la honradez y la laboriosidad. Es, en cierto

sentido, el sacerdote del hogar, que deposita sobre el altar de Dios el sacrificio matutino y vespertino, mientras la esposa y los hijos se unen en oración y alabanza. En un hogar así, a Jesús le gustará quedarse.

Podemos tener la salvación de Dios en nuestras familias, pero debemos creer en ella, vivir por ella y tener una fe y confianza continuas y permanentes en Dios. Debemos dominar un temperamento apresurado, y controlar nuestras palabras; y al hacerlo obtendremos grandes victorias. A menos que controlemos nuestras palabras y nuestro temperamento, seremos esclavos de Satanás. Todas las palabras agitadas, desagradables, impacientes, inquietas, son una ofrenda presentada a su majestad satánica. Y es una ofrenda costosa, más costosa que cualquier sacrificio que podamos hacer por Dios; porque destruye la paz y la felicidad de familias enteras, destruye la salud, y es finalmente la causa de la pérdida de una vida eterna de felicidad. La restricción que la palabra de Dios nos impone es por nuestro propio interés. Aumenta la felicidad de nuestras familias y de todos los que nos rodean. Refina nuestro gusto, santifica nuestro juicio y nos trae paz mental y, al final, la vida eterna. Bajo esta santa restricción aumentaremos en gracia y humildad, y será fácil hablar con rectitud. El temperamento natural y apasionado será sujetado. Un Salvador residente nos fortalecerá a cada hora. Los ángeles ministradores se quedarán en nuestras moradas, y con alegría llevarán al cielo las nuevas de nuestro avance en la vida divina, y el ángel registrador hará un registro alegre y feliz.

1 de mayo de 1884

Peligros y deberes de los jóvenes

EGW

En estos días, la persecución y el reproche por causa de Cristo apenas se conocen. Muy poca abnegación y sacrificio son necesarios para revestirse de una apariencia de piedad, y tener el nombre en el libro de la iglesia; pero vivir de tal manera que nuestros caminos sean agradables a Dios, y nuestros nombres inscritos en el libro de la vida, requerirá vigilancia y oración, sacrificio y abnegación. Muy pocos jóvenes saben lo que es la religión experimental. No tienen un principio fijo para servir a Dios. Se hunden bajo cualquier nube; no tienen poder de resistencia. Aparentan servir a Dios; hacen de vez en cuando una oración formal, y se llaman cristianos; pero no crecen en la gracia. No son llevados a escudriñar sus propios corazones diligentemente, y a contar el costo de convertirse en cristianos. Como resultado, profesan ser cristianos sin probar suficientemente sus motivos.

A menudo se insta a los jóvenes a hablar u orar en las reuniones; se les insta a morir al yo. A cada paso del camino cristiano, se les insta. Tal religión no vale nada. Cambiemos el corazón, y no será tan pesado servir a Dios. El amor al vestido y el orgullo de la apariencia desaparecerán. El apóstol Juan exhorta: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo". Luego añade la advertencia: "Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él". Es un hecho alarmante que en la mente de los jóvenes predomine el amor al mundo y a las cosas que hay en el mundo, y por eso el amor de Dios no encuentra espacio en sus corazones. Dios es deshonrado por la frivolidad y la moda, y por las conversaciones y risas vacías y vanas que caracterizan la vida de la juventud en general. No habrá lugar para estas cosas en el corazón renovado por la gracia de Dios, sino que habrá una búsqueda seria y ansiosa de las gracias cristianas, los frutos del Espíritu de Dios.

Las palabras y los actos testifican claramente lo que hay en el corazón. Si la vanidad y el orgullo, el amor a sí mismo y el amor al vestido, llenan el corazón, la conversación versará sobre el vestido, las modas y la apariencia, pero no sobre Cristo o el reino de los cielos. Si los sentimientos de envidia habitan en el corazón, se manifestarán en palabras y actos. Los que se miden a sí mismos por los demás, y no alcanzan metas más altas, se alimentan de cáscaras, y seguirán siendo enanos espirituales.

Muchos tienen el corazón lleno de amor a sí mismos. No son conscientes de que el gran Artista celestial está tomando conocimiento de cada acto, de cada palabra; que su conducta, e incluso los pensamientos e intenciones del corazón, están fielmente delineados; y que viejos y jóvenes tendrán el cuadro fiel presentado ante ellos en toda su deformidad en la ejecución del juicio. Esas palabras vanas y frívolas están todas escritas en el libro. Esas palabras falsas están escritas. Esos actos engañosos, cuyos motivos estaban ocultos a los ojos humanos, pero discernidos por el ojo de Jehová que todo lo ve, están todos escritos en caracteres vivos. Cada acto egoísta será expuesto.

Sobre los jóvenes recaen solemnes responsabilidades, que ellos no tienen en cuenta. Deben prestar atención al mandato de la palabra inspirada: "Obedece en el Señor a tus padres, porque esto es justo". "Honra a tu padre y a tu madre (que es el primer mandamiento con promesa), para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra". Deben honrar a sus padres con una obediencia alegre y amorosa, y haciendo lo que puedan para que el hogar sea feliz. A menudo quisieran hacerlo a su manera, introduciendo diversiones que los alejan de Dios. Insisten en que necesitan algo para animar y distraer la mente; y a veces se

introduce la música en el hogar como medio de suplir esta necesidad. La música, cuando no se abusa de ella, es una gran bendición. Dios es glorificado por los cantos de alabanza de un corazón puro, lleno de amor y devoción hacia él. Pero cuando se le da un mal uso, es una terrible maldición. Excita, pero no imparte la fuerza y el valor que sólo pueden encontrarse en el trono de la gracia. Las canciones frívolas y las partituras populares del día, que a menudo parecen congeniar con sus gustos, alejan la mente de Dios.

Muchos buscan placeres que al final resultan amargos. Aman la sociedad mundana, donde reciben alabanzas y halagos que gratifican la vanidad y fomentan el orgullo y la autoestima. Se les hace creer que con tales ventajas y atractivos como los que poseen, es realmente una gran pena para ellos salir del mundo y separarse. Pero los placeres de la tierra tendrán un fin, y lo que se siembra también ha de segarse. Jóvenes amigos, ¿son vuestros atractivos personales, capacidades o talentos demasiado valiosos para dedicarlos a Dios y emplearlos en su servicio?

"Los caminos de la Sabiduría son caminos de complacencia, y todas sus sendas son de paz". Jóvenes amigos, cuando estáis inquietos e infelices, es porque os habéis desviado de este camino de paz. Estáis tratando de encontrar *fuera* de Cristo esa felicidad que sólo se encuentra *en* él. En él no hay esperanzas defraudadas. La oración, ¡oh, cómo se descuida este precioso privilegio! La lectura de la Palabra de Dios prepara la mente para la oración. Una gran razón de que tengáis tan poca disposición para orar es que os habéis incapacitado para este sagrado deber leyendo historias fascinantes, que han excitado la imaginación y despertado pasiones impías. La palabra de Dios se vuelve desagradable; la hora de la oración se olvida. Y, sin embargo, tener la conciencia de que los ojos del Señor están sobre nosotros, y sus oídos abiertos a nuestras oraciones, es una verdadera satisfacción. Saber que tenemos un Amigo inagotable en quien podemos confiar todos los secretos del alma, es un privilegio que las palabras nunca podrán expresar.

La conciencia de hacer el bien es la mejor medicina para los cuerpos y las mentes enfermas. La bendición especial de Dios que descansa sobre el receptor es salud y fortaleza. Aquellos cuyas facultades morales están nubladas por la enfermedad no son los indicados para representar correctamente la vida cristiana o las bellezas de la santidad. Con demasiada frecuencia están en el fuego del fanatismo, o en el agua de la fría indiferencia o de la tristeza rígida. Las palabras de Cristo valen más que las opiniones de todos los médicos del universo: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os

serán añadidas". Este es el primer gran objeto: el reino de los cielos, la justicia de Cristo. Los demás objetos a alcanzar deben ser secundarios.

Tal vez algunos se pregunten cómo van a saber que son aceptados por Dios. La respuesta es: Estudien su palabra en oración. No la dejen de lado por ningún otro libro. Este libro sagrado convence del pecado. Revela claramente el camino de la salvación. Te muestra una recompensa brillante y gloriosa. Te revela un Salvador completo, y te enseña que sólo por su ilimitada misericordia puedes esperar la salvación. La esperanza de la vida eterna no debe recibirse por motivos insignificantes. Es un asunto que debe ser resuelto entre Dios y tu propia alma, resuelto para la eternidad. Una supuesta esperanza, y nada más, será tu ruina. Puesto que debes permanecer o caer por la palabra de Dios, es a esa palabra que debes buscar el testimonio en tu caso. Allí puedes ver lo que se requiere para llegar a ser cristiano. Compara tu vida con la de tu Maestro, que hizo un sacrificio tan grande para que tú pudieras salvarte. No descuides la oración secreta. Suplica tan fervientemente como lo harías si tu vida mortal estuviera en juego. Permanece ante Dios hasta que nazcan en ti anhelos indecibles de salvación, y se obtenga la dulce evidencia del pecado perdonado. No te despojes de tu armadura ni abandones el campo de batalla hasta que hayas obtenido la victoria y puedas triunfar en tu Redentor.

Jóvenes amigos, si se os encuentra en el camino de la justicia, podéis ejercer una poderosa influencia. Los ministros o los miembros de iglesia de edad avanzada no pueden ejercer sobre sus jóvenes asociados ni la mitad de la influencia que ustedes son capaces de ejercer; y deben sentir que recae sobre ustedes la responsabilidad de hacer todo lo que puedan por su salvación. Los que han probado las mieles del amor redentor no descansarán hasta que todos aquellos con quienes se relacionan conozcan el plan de salvación. Deben preguntar: "Señor, ¿qué quieres que haga? ¿Cómo puedo honrar y glorificar tu nombre sobre la tierra?". Las almas están pereciendo a nuestro alrededor; ¿qué estás haciendo para ganarlas para Cristo? ¡Oh, que uses tus poderes mentales para acercarte a los pecadores de tal manera que pudieras ganar aunque sea un alma al camino de la justicia! ¡Qué idea! Un alma que alabe a Dios por toda la eternidad. Un alma que goce de felicidad y vida eterna. Una gema en tu corona que brille por siempre jamás. Pero más de uno puede ser ganado del pecado a la santidad, y la recompensa es rica en el reino de los cielos. Dice el Señor por medio del profeta: "Los que convierten a muchos a la justicia brillarán como las estrellas por los siglos de los siglos".

8 de mayo de 1884

Los artilugios de Satanás

**[Comentarios en la reunión
de la mañana en Oakland, Cal. 20 de abril de 1884]**

EGW

La gran controversia entre Cristo y Satanás, que se ha llevado a cabo durante casi seis mil años, pronto terminará. Y, sin embargo, ¡cuán pocos prestan atención a este asunto, cuán pocos se dan cuenta de que estamos viviendo en medio de las escenas finales de la historia de la tierra! Satanás está trabajando diligentemente, atando sus gavillas antes de recoger su cosecha. Está uniendo los elementos de su reino para la lucha final. Desde su caída, ha sido el gran adversario de Dios y del hombre, y ha mostrado una actividad magistral al tratar de derrotar los esfuerzos de nuestro Salvador en nuestro favor. Piensa que, como muchos ceden fácilmente a sus tentaciones y creen sus mentiras, puede obtener alguna ventaja sobre Cristo, que abandonó las cortes reales del Cielo para poder derrotar a este astuto enemigo en su propio campo de batalla, y abrir un camino por el que el hombre pueda escapar de su cruel poder.

En la Biblia se le llama Satanás, Belcebú, la serpiente, el engañador, el mentiroso, el acusador de los hermanos, el príncipe de la potestad del aire, el príncipe de las tinieblas y el dios de este mundo. ¡Nombres espantosos, agencias infernales! Este espíritu caído, tan maligno y sutil, anda como león rugiente, buscando a quien devorar. Cuando no se hace ningún esfuerzo especial para resistir a su poder, cuando prevalece una profunda indiferencia en la iglesia y en el mundo, no se preocupa; porque no corre peligro de perder a los que lleva cautivos a su voluntad. Pero cuando se llama la atención a las cosas eternas, y las almas preguntan: "¿Qué debo hacer para ser salvo?", él está en el suelo, tratando de igualar su poder contra el poder de Cristo, y redoblando sus esfuerzos para contrarrestar las influencias del Espíritu Santo. Los ángeles de Dios, con Jesús a la cabeza, están presentes para hacer retroceder a los poderes de las tinieblas; pero nadie está obligado a aceptar a Jesús, y nadie puede ser obligado por el poder de Satanás a rechazarlo.

Satanás está a tu lado cuando menos lo sospechas, vigilando para encontrar un punto débil en tu armadura, donde pueda introducir sus dardos, y herir tu alma traicionándote en el pecado. Él tiene acceso a las mentes que están abiertas para recibir sus sugerencias, y por larga experiencia ha aprendido cómo aplicar sus

tentaciones de la mejor manera. Su primer esfuerzo es mantener tantas mentes como sea posible en un estado de indiferencia descuidada. Inventará todas las excusas imaginables para mantener a la gente alejada de las reuniones en las que podrían beneficiarse oyendo la verdad. Se esforzará especialmente para que no tengan ningún efecto estas reuniones matutinas, donde el Espíritu de Dios está obrando; y cuando no pueda mantener alejadas a las personas, su siguiente esfuerzo será llenar la mente con asuntos sin importancia, impidiendo así que atesoren las verdades que oyen.

Satanás realiza esta obra en cada reunión. Tiene preparadas diferentes tentaciones para diferentes mentes, y las almas ceden continuamente a sus sugerencias. Adoptará cualquier medio por el cual pueda obtener el control de los pensamientos y propósitos del corazón. Trabaja para desviar la mente del Cielo y de las cosas celestiales mediante las preocupaciones absorbentes de esta vida. Producirá una indisposición temporal para manteneros alejados de las reuniones en las que se darán testimonios del Cielo, y vuestros corazones quedarán impresionados con las profundas mociones del Espíritu de Dios. Si asistís a las reuniones, y vuestro corazón queda impresionado, os tentará a participar en conversaciones inútiles sobre cosas triviales, de modo que olvidéis las palabras pronunciadas.

Surgirán circunstancias para distraer la mente. Visitas, parientes o amigos mundanos, o algún asunto temporal, ocuparán la atención; y entonces "viene el diablo y quita la palabra de sus corazones, para que no crean y se salven". Estos amigos exigirán su tiempo y su fuerza, y así se le roba a Dios el servicio que se le debe. Sin embargo, os lisonjeáis de que no podéis hacer otra cosa, porque ¿cómo podéis desagradar a vuestros amigos? Dios no os maldecirá por haberle robado de este modo, pero vuestro modo de actuar trae su resultado seguro. Pero por muy seductoras que sean las tentaciones de Satanás, por muy naturales e inevitables que parezcan a la mente que no es clara y aguda en el discernimiento espiritual, no debéis dejaros adormecer por la seguridad carnal. Por muy queridos que sean tus amigos, si te alejan de Dios son emisarios de Satanás, que obra por medio de los hijos de desobediencia, habla por medio de órganos humanos.

Dios no obrará un milagro para cambiar las causas naturales que usted puede controlar. Si ustedes se colocan a sí mismos y a su familia en la corriente del mundo, ustedes y sus hijos serán arrastrados hacia abajo por ella. Sed sabios y exigentes en cuanto a las ventajas espirituales, y reunid en torno a vosotros y a vuestros hijos influencias correctas. Podemos tener un país hermoso y fértil;

pero las influencias circundantes pueden estar tejiendo un hechizo sobre nuestras almas que nos hundirá en la perdición, y nuestros hijos pueden perderse para la causa de Dios porque no los colocamos donde cultivarían el amor por las cosas divinas. Podemos salvar nuestras propias almas, como hizo Lot cuando huyó de Sodoma; pero los hábitos y costumbres con los que nos hemos familiarizado pueden aferrarse a nosotros, y podemos descubrir que nos hemos asimilado a ellos más de lo que éramos conscientes. Este es un riesgo que no podemos permitirnos correr. Es mejor perder cualquier ventaja mundana que perder a Jesús, o deshonrarlo por nuestra descuidada falta de atención a sus exigencias. Es mejor obedecer a Dios a cualquier precio.

Otra forma en que Satanás se interpone entre Dios y tu alma es induciéndote a criticar los defectos de tus hermanos y hermanas, a observar sus errores y a hablar de ellos. Crees que es justo afligirte por sus errores; pero el enemigo se aprovecha de ello y lanza sus dardos envenenados a través de los puntos defectuosos de tu armadura. Dejas que la amargura entre en tu alma, luego los celos y la maledicencia, y no te das cuenta. Tu corazón se endurece contra tus hermanos, y hablas mal de ellos. No sabes que estás haciendo la obra de Satanás, pero lo estás haciendo; y estás creciendo espiritualmente más y más débil, y más y más oscuro.

El camino correcto que debes seguir está marcado en la Biblia, y debes seguirlo estrictamente. Acércate a tu hermano y, con el corazón lleno de amor tierno y compasivo -un amor como el que inspiró a Jesús en sus esfuerzos por salvar a una raza caída-, dile que su falta es sólo entre tú y él. Si fracasas, no dejes que esto te deprima. Te hará mal, y no bien, dejar que tu mente se detenga en los errores de los demás. Aprende de su debilidad para ser fuerte. Evita sus fracasos. Puesto que Jesús se aflige por sus faltas, esfuérgate más por honrarlo tú mismo con una vida ordenada y una conversación piadosa. Si piensas que tu vecino o hermano es defectuoso en carácter, haz de él un tema especial de oración; pero no eleves tu alma a la vanidad diciendo: "Yo no soy como él. En contraste con él, yo soy justo". Esto no es obedecer el mandato del apóstol de estimar a los demás mejor que a uno mismo.

Contemplando cambiamos. Si permites que tu mente se detenga en las imperfecciones y deformidades morales de los demás, serás transformado en la misma imagen. Su carácter se deformará y su mente se volverá unilateral y desequilibrada. Que la mente se detenga en la vida perfecta de Cristo. Si los pensamientos se centran en él, y la conversación versa sobre temas celestiales, seréis "transformados de gloria en gloria en la misma imagen". Llegaréis a ser

"participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia."

El camino hacia la vida eterna es una batalla y una marcha. El gran adversario de las almas trata continuamente de interponerse entre vosotros y la Fuente de vuestra fuerza. Si permites que tu mente se ocupe de preocupaciones mundanas, él se las arreglará para que estas preocupaciones sean de carácter tan variado, y te presionen tan continuamente, que no puedas encontrar tiempo para lo espiritual y lo eterno. Los conocidos mundanos introducen temas que son de la mayor importancia para ellos; tú escuchas y te sientes atraído, y estas cosas de menor importancia absorben la mente y los afectos. Dedicas tiempo y atención, habilidad y facultades inventivas, a la ornamentación exterior, descuidando el adorno interior del alma. Es peor que perder el tiempo que debería dedicarse a escudriñar las Escrituras y a orar fervorosamente en busca de la guía divina; priváis a vuestras propias almas de gracia y poder, y a otros de la luz que debería reflejarse a través de vosotros al mundo.

Pero pocos conocen el verdadero poder de la religión. No aprecian su influencia refinadora y elevadora sobre el carácter; no participan de sus alegrías ni entran en su espíritu. Necesitamos la comunión constante con Jesús tanto como el alimento diario para nutrir el cuerpo. Si hay un momento en que no corremos peligro de ser engañados por el enemigo, entonces por ese momento podemos prescindir de la ayuda divina. Si hay un momento en que no dependemos de Dios para nuestro aliento, entonces hay un momento en que no necesitamos obedecer los mandatos de su palabra.

Debemos ser santificados por la verdad. La conciencia y el entendimiento, las palabras, las obras y los pensamientos, deben ser controlados por la verdad, y no por el error. El principio de la verdad y la rectitud implantado en el corazón, se revelará en la vida, y especialmente en el círculo familiar. Dios estima a un hombre por lo que es en el seno de su familia. Fijad la mente en las cosas puras y santas. "Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad". Y la vida estará revestida de la belleza de la santidad incluso aquí; pero ¿quién dirá lo que será, cuando la gran controversia entre el pecado y la justicia se cierre para siempre, y aparezcamos en "la hermosura del Señor nuestro Dios"?

15 de mayo de 1884

Oración prevaleciente

[Comentarios en la reunión de las 9 de la mañana en Oakland, Cal., 20 de abril de 1884.]

EGW

"Velad, pues, y orad en todo tiempo", es el mandato de Cristo a sus discípulos. De nuevo leemos en la palabra inspirada: "En toda oración y ruego, con acción de gracias, sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios."

Dios nos ha dado el deber de rezar. Las riquezas del universo le pertenecen. Él tiene todos los tesoros temporales y espirituales a su disposición, y puede suplir cualquier necesidad de su abundante plenitud. De él recibimos nuestro aliento; todas las bendiciones temporales que disfrutamos son dones suyos. Dependemos de él no sólo para las bendiciones temporales, sino también para la gracia y la fuerza que nos impidan caer bajo el poder de la tentación. Necesitamos diariamente el Pan de Vida para que nos dé fuerza y vigor espirituales, tanto como necesitamos alimento para sostener nuestra fuerza física y darnos músculos firmes. Estamos rodeados de debilidades y flaquezas, de dudas y tentaciones; pero podemos acudir a Jesús en nuestra necesidad, y Él no nos rechazará con las manos vacías. Debemos acostumbrarnos a buscar la guía divina a través de la oración; debemos aprender a confiar en Aquel de quien viene nuestra ayuda. Nuestros deseos deben dirigirse a Dios; nuestras almas deben ir en pos de Él, y su actitud debe ser siempre de súplica.

La razón por la que no realizamos una ayuda mayor es porque falta una devoción ferviente y sincera. Jesús reprendió a los fariseos por acercarse a Dios con la boca y honrarlo con los labios, mientras sus corazones estaban lejos de él. "Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren". Debemos tener un sentido profundo y sincero de nuestras necesidades. Debemos sentir nuestra debilidad y nuestra dependencia de Dios, y acudir a él con contrición de alma y quebrantamiento de corazón. Nuestras peticiones deben ser ofrecidas con perfecta sumisión; cada deseo debe estar en armonía con la voluntad de Dios, y su voluntad debe hacerse en nosotros. No debemos orar de manera vacilante, a medias, sino con plena certeza de fe. Cuando acudimos a él de esta manera, Jesús escuchará nuestras oraciones y las responderá; pero si consideramos iniquidad en nuestros corazones, si abrigamos

cualquier pecado querido, podemos estar seguros de que no se dará ninguna bendición en respuesta a nuestras oraciones.

Una hermana dijo esta mañana que no había tenido la experiencia que deseaba. Trató de cumplir con su deber en la medida en que podía entenderlo, pero no experimentó la alegría y la paz que otros parecían tener. Esta hermana no cree en la palabra de Dios. ¿Qué tiene que ver la fe con los sentimientos? La fe toma a Dios por su palabra, con o sin sentimiento. Es "la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve". Podemos creer a nuestros semejantes, ¿y no podemos confiar en la palabra de Dios? Cuando acudimos a él en busca de sabiduría o gracia, no debemos mirarnos a nosotros mismos para ver si nos ha dado un sentimiento especial como garantía de que ha cumplido su palabra. El sentimiento no es un criterio. Grandes males han resultado cuando los cristianos han seguido los sentimientos. Satanás puede dar sentimientos e impresiones, y los que los toman como guía seguramente se extraviarán. ¿Cómo sé que Jesús escucha mi oración? Lo sé por su promesa. Él dice que oír a los necesitados cuando clamen a él, y yo creo en su palabra. Él nunca ha dicho a la "simiente de Jacob, buscadme en vano".

Si andamos en la luz como Cristo está en la luz, podemos acercarnos al trono de la gracia con santa audacia. Podemos presentar las promesas de Dios con fe viva e insistir en nuestras peticiones. Aunque somos débiles, errantes e indignos, "el Espíritu ayuda nuestras flaquezas". Pero con demasiada frecuencia nuestras oraciones están moldeadas por la frialdad y el retroceso. Los que no se niegan a sí mismos y levantan la cruz de Cristo, no tendrán valor para acercarse a un Dios que escruta el corazón. Debemos aprender a velar en la oración y a ser importunos. Cuando hayamos ofrecido nuestra petición una vez, no debemos abandonarla, sino decir, como hizo Jacob cuando luchó toda la noche con el ángel: "No te soltaré si no me bendices", y como él prevaleceremos. En la asamblea pública del pueblo de Dios no deben ofrecerse oraciones que sólo son adecuadas para la comunión secreta con Él. Debemos orar comprensiva e inteligentemente, y cada día debemos saber mejor cómo ofrecer oraciones apropiadas y que prevalezcan.

Jesús invita: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas". No es una promesa dudosa e incierta, sino positiva. Si acudimos a Él, no quedaremos defraudados. Sin embargo, parece que no estamos dispuestos a aceptar la amable invitación. Cuando estamos en apuros, con demasiada frecuencia

acudimos en busca de ayuda a nuestros hermanos, que no son más sabios ni más fuertes que nosotros; pero si acudiéramos a Jesús, si le lleváramos nuestros problemas en oración, encontraríamos descanso, paz y valor. La sabiduría que Dios da es infalible; su fuerza es suficiente para todas nuestras necesidades. Pongamos nuestras cargas a los pies de Jesús, y, según su promesa, él tomará la carga cansada, y nos rodeará en los brazos de su amor.

"Soy manso y humilde de corazón". Hay una hermosa mezcla de ternura y humildad, majestad y humildad, en el carácter de Cristo. Aquel que fue el más poderoso que jamás pisó la tierra, fue también el más puro y sin pecado, y fue el más manso de todos. En el conjunto de gracias sobre las que pronuncia una bendición, la mansedumbre y la pobreza de espíritu ocupan el primer lugar; y entre todos sus rasgos de carácter eligió éste para el estudio peculiar y la imitación de sus discípulos. "Aprended de mí", dice, "que soy manso y humilde de corazón". Y también el inspirado apóstol Pablo, al exhortar a sus hermanos corintios a manifestar en sus vidas los frutos del Espíritu, les ruega por la "mansedumbre y gentileza de Cristo". Desde la cima de la montaña, el tentador presentó ante nuestro Salvador los reinos del mundo en toda su gloria, haciendo el espectáculo tan seductor y encantador como era posible; pero ninguna de estas cosas conmovió al divino Hijo de Dios. Debajo de todo el brillo y la pompa de la tierra, vio la miseria, el dolor y el remordimiento, el sufrimiento que la prosperidad terrenal es incapaz de aliviar, y rechazó la tentación y al tentador.

Hay muchos que están rodeados de nubes de oscuridad. Tratan de hacer algo por sí mismos, alguna obra grande y buena que les gane el favor de Dios y les haga felices, pero descuidan la propia obra que deberían hacer. Pero el camino de la felicidad es el camino de la obediencia. En ningún caso debemos cegar nuestros ojos a nuestra verdadera condición, y luego orar de una manera suelta y general. Las oraciones de este tipo no se elevan más allá de la cabeza del peticionario, y no traen ninguna respuesta de misericordia, porque no están dictadas por ningún sentido de necesidad. Dice el apóstol: "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos". Indagad el carácter de vuestros pensamientos, propósitos, temperamento, palabras y obras. Comparad vuestra experiencia con las declaraciones de las Escrituras, y ved si estáis reuniéndoos con Cristo o dispersándoos. Mirad si vuestra vida testifica que estáis en la fe.

Cuando descubras tu pecaminosidad, no te desanimes, porque Jesús te ha invitado a venir a Él. Ningún humilde suplicante ha sido rechazado de su presencia. Su paciencia es inagotable. Las olas de la misericordia, rechazadas

por corazones duros como rocas, sólo vuelven con una marea más fuerte de amor subyugante e inefable. Entonces, ¿no examinaremos atentamente nuestros corazones y veremos si el templo del alma no está contaminado por pecados de los que no nos hemos arrepentido? ¿No dejaremos de criticar las faltas de los demás, mientras no se corrige la deformidad de nuestro propio carácter? "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso". Te engañará si se lo permites, y te llevará a pensar que eres espiritualmente mucho mejor de lo que eres.

Estamos en un mundo de duda y escepticismo. La ley de Dios es nula, la incredulidad parece estar en el mismo aire que respiramos; y para resistir todas estas influencias, y luchar con éxito contra los poderes de las tinieblas, se requiere una fe fuerte y una oración ferviente. Pero en medio de todas estas influencias opuestas, podemos descansar en Dios con perfecta confianza. Una vez leí acerca de un águila que había dejado su hogar en los Alpes, y nubes oscuras y pesadas se interpusieron entre ella y su hogar en los imponentes acantilados. Parecía desconcertada, y con fuertes gritos voló primero en una dirección y luego en otra contra las nubes. De repente, con un estridente grito de determinación, se lanzó hacia arriba, a través de las densas nubes, hacia el cielo despejado. Las nubes estaban debajo de ella, y estaba de nuevo en su casa de la montaña. Y que nosotros podamos elevarnos por encima de las nubes del escepticismo y habitar en el claro sol de la presencia de Dios.

Debemos escudriñar diariamente las Escrituras, porque la palabra de Dios es nuestra guía infalible. No debemos, en aras de ventajas mundanas, ponernos bajo influencias equivocadas; porque al hacerlo estamos entrando en tentación. ¿Estamos optando por permanecer cerca de algún punto central del mal? Entonces probemos bien nuestros motivos, no sea que Satanás obtenga ventaja sobre nosotros. Si éste es nuestro puesto del deber, y estamos dejando brillar nuestra luz, podemos estar seguros; porque cuando la tentación nos encuentra en el camino del deber, es nuestro privilegio apoyarnos más fuertemente en Dios.

El cristiano tiene deberes que cumplir en el mundo, y Dios le hace responsable de su fiel cumplimiento. No debe encerrarse en los muros monásticos, ni evitar toda relación con los mundanos. Es cierto que sus principios serán sometidos a la prueba más dura, y que le dolerá lo que vean sus ojos y oigan sus oídos. Pero no por familiarizarse con estas imágenes y sonidos debe aprender a amarlos. Por asociación con el mundo, nos inclinamos a captar el espíritu del mundo, y a adoptar sus costumbres, gustos y preferencias. Pero se nos ordena: "Salid de

en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por padre, y vosotros me seréis hijos e hijas." Que el mundo no diga nunca que los mundanos y los seguidores de Cristo son iguales en sus gustos y aficiones; porque Dios ha trazado una línea divisoria entre su pueblo y el mundo. Esta línea de demarcación es amplia y profunda y clara; no está tan mezclada con el mundo que no sea discernible. "El Señor conoce a los suyos". "Por sus frutos los conoceréis".

El cristiano sólo puede preservar su integridad en medio de las tentaciones que Satanás ejerce sobre él mediante la vigilancia, la oración y el ejercicio de una fe viva. Pero "todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe." Habla a tu corazón constantemente el lenguaje de la fe: "Jesús dijo que me recibiría, y yo creo en su palabra. Le alabaré; glorificaré su nombre". Satanás estará cerca de ti para sugerirte que no sientes ninguna alegría. Respóndele: "'Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe'. Tengo de qué alegrarme; porque soy hijo de Dios. Confío en Jesús. La ley de Dios está en mi corazón; ninguno de mis pasos resbalará".

22 de mayo de 1884

La fe, victoria del cristiano

[Comentarios en la reunión de las 6 de la mañana en Oakland, Cal., 21 de abril de 1884.]

EGW

Estamos disfrutando de oportunidades preciosas. Jesús está presente hoy con nosotros; porque ha prometido: "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". Su presencia asegura una bendición; pero las bendiciones no siempre consisten en un feliz vuelo de sentimientos. La mayor bendición que podemos tener es un conocimiento correcto de nosotros mismos, para que podamos ver nuestros defectos de carácter, y por la gracia divina remediarlos.

Nunca podemos graduarnos en la escuela de Cristo, pero debemos avanzar continuamente. Nunca debemos estar satisfechos con nuestra posición y logros actuales. Como el apóstol, debemos "proseguir a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús", y día a día crecer en gracia y en el conocimiento de la verdad. ¿Estamos haciendo esto? ¿Estamos hoy más cerca de Dios que hace un año? Qué cambio habría en nuestra experiencia religiosa,

qué transformación en nuestro carácter, si día a día pusiéramos en práctica el principio de que no somos nuestros, sino que nuestro tiempo y nuestros talentos pertenecen a Dios, y cada facultad debe ser utilizada para hacer su voluntad y promover su gloria. Si dedicáramos todos nuestros momentos libres a trabajar por el Redentor, a escudriñar las Escrituras y a suplicar a Dios que nos imbuya de su Espíritu, ¡qué preciosas victorias obtendríamos para Jesús!

Deberíamos estudiar más la Biblia para familiarizarnos con las promesas de Dios; entonces, cuando Satanás entre inundando el alma con sus tentaciones, como seguramente lo hará, podremos enfrentarnos a él con: "Está escrito". Podemos ser encerrados por las promesas de Dios, que serán como un muro de fuego alrededor de nosotros. Queremos saber cómo ejercitar la fe. La fe "es don de Dios", pero el poder de ejercitarla es nuestro. Si la fe permanece dormida, no nos beneficia en nada; pero si la ejercitamos, tiene todas las bendiciones a su alcance. Es la mano mediante la cual el alma se aferra a la fuerza del Infinito. Es el medio por el cual los corazones humanos, renovados por la gracia de Cristo, se hacen latir en armonía con el gran Corazón de amor. La fe se apoya en las promesas de Dios, y las reclama como garantía de que Él hará exactamente lo que dijo que haría. Jesús se acerca al alma pecadora, indefensa y necesitada, y le dice: "Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá". Cree; reclama las promesas, y alaba a Dios porque recibes las cosas que le has pedido, y cuando tu necesidad sea mayor, experimentarás su bendición y recibirás ayuda especial.

Muchos saben tan poco de fe que cuando han pedido a Dios su ayuda y bendición, se miran a sí mismos para ver si su oración ha sido contestada; y si tienen un feliz vuelo de sentimientos, se dan por satisfechos. Esto no es fe, sino incredulidad. Debemos confiar en Dios, experimentemos o no algún cambio de sentimientos. No podemos esperar estar muy alegres y esperanzados mientras nos miremos a nosotros mismos; porque debemos pensar que el yo es pecaminoso. Una gran clase del mundo cristiano profeso está vigilando sus sentimientos; pero el sentimiento es una guía insegura, y los que dependen de él corren el peligro de imbuirse de herejía. Satanás puede influir en nuestros sentimientos, y puede arreglar las circunstancias que nos rodean de tal manera que nuestros sentimientos cambien. La victoria en Dios no es sentimiento, sino fe. Es la fe que no se rinde aunque parezca imposible.

Si mañana por la mañana le prometiera a uno de ustedes un libro, ¿qué clase de respeto me mostrarían si me respondieran diciendo: "Ojalá pudiera creerle; pero no creeré hasta que tenga el libro en mis manos. Cuando tenga el libro, creeré".

¿Eso sería confiar en mi palabra? ¡Oh, no! Cuando tengas el libro en tu poder, será vista, y no fe en absoluto. Pero así es como tratamos a nuestro Padre celestial. Le insultamos y deshonramos con nuestra desconfianza, y nos mantenemos a distancia de él, y privados de las ricas bendiciones que están a nuestro alcance, por nuestra malvada incredulidad e ingratitud. Podemos tener victorias diarias; pero perdemos los dones más preciosos que el Cielo puede conceder porque no tomamos a Dios al pie de la letra. Cuando estoy enfermo y afligido, y pido ayuda, no me siento en mi habitación y espero que esta ayuda venga a mí. Sigo adelante en el camino de la obediencia humilde, esperando que el Señor responda a mis oraciones, y me sostenga y bendiga al hacer el trabajo que el deber requiere. Aunque todo parezca oscuro, me sitúo en el canal de la luz. ¿Qué tengo que hacer con los sentimientos de oscuridad y desaliento? ¿Por qué debo preocuparme? La fe puede penetrar la nube más oscura. Dios lo ha prometido, y no me fallará. Creer no es un problema difícil ni misterioso. Le tomamos la palabra a Jesús; acudimos a él con todas nuestras cargas y necesidades del alma, y, según su promesa, encontramos en él un ayudador y un fuerte libertador.

Hay una experiencia profunda, rica y completa que debemos adquirir individualmente. Cada uno de nosotros será probado y puesto a prueba. Tenemos ante nosotros un camino difícil, pero Jesús lo ha recorrido y sabe cómo ayudarnos. La fe aligera nuestras cargas y alivia nuestro cansancio por la anticipación del Cielo al final de nuestro viaje. La fe se alegra en la esperanza y es paciente en la aflicción. La fe se hace fuerte y valiente en el conflicto, y vence en la gran lucha de la tentación. Debemos tener una fe viva, una fe que sostenga el alma en la hora de la prueba, porque todo lo que puede ser sacudido, lo será. En verano no hay diferencia notable entre los árboles de hoja perenne y otros árboles; pero cuando llegan las ráfagas del invierno, los árboles de hoja perenne están frescos y verdes, mientras que otros árboles son despojados de su follaje. Lo mismo sucede con los que profesan ser cristianos. Cuando no se les somete a ninguna prueba en particular, tal vez no podamos distinguir entre el verdadero cristiano y el hipócrita; pero en tiempos de prueba y tentación, la diferencia se discierne fácilmente, porque se pone de manifiesto la fuente de la fortaleza del cristiano. Hay dos clases de constructores. Una clase construye sobre un cimiento de arena resbaladiza; la otra, sobre la Roca eterna, y los vientos soplan y las tempestades golpean en vano contra este cimiento.

Muchos corazones se preguntan: ¿Cómo encontraré la felicidad? No debemos proponernos vivir para ser felices, pero seguramente la encontraremos en el camino de la obediencia humilde. Pablo fue feliz. Afirma repetidas veces que,

a pesar de los sufrimientos, conflictos y pruebas que le tocó soportar, gozó de gran consuelo. Dice: "Estoy lleno de consuelo; estoy sumamente gozoso en todas nuestras tribulaciones". Todas las energías del principal de los apóstoles estaban dedicadas a la preparación para la vida futura e inmortal; y cuando llegó el momento de su partida, pudo exclamar con santo triunfo: "He peleado la buena batalla, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Desde ahora me está guardada una corona de justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día." Y el grito de victoria de este guerrero de la fe ha llegado resonando a través de los siglos hasta nuestros días.

Una cosa es profesar la verdad, pero otra muy distinta es vivirla. Muchos que profesan guardar los mandamientos de Dios están engañando a sus propias almas. No tienen unión con Cristo, y no hacen práctica la verdad. En sus hogares, el egoísmo está entretelado con su vida diaria. Se manifiesta una falta de refinamiento, un egoísmo descortés y poco amable. La religión de Jesús debe llevarse al círculo del hogar, al taller y a todas las transacciones comerciales. El cristiano genuino mostrará en su vida los frutos del Espíritu. El amor de Jesús fluirá naturalmente en palabras y obras de bondad. Los que se someten al poder celestial, el único que puede sofocar la pasión tumultuosa, serán como ángeles de paz y bendición en el círculo familiar.

¿Ha santificado la verdad al receptor? ¿Es más puro, más noble, mejor, por haberla creído? Las palabras y los hechos son el fruto que testifica si la mente de Dios mora en nosotros, y somos guiados por su ley. Seguramente nos engañaremos a nosotros mismos si pensamos que porque sostenemos firmemente ciertas doctrinas bíblicas, poseemos realmente las bendiciones que estas doctrinas fueron diseñadas para otorgar. El intelecto puede aceptar la verdad en su forma más noble; pero si esta verdad no ejerce ninguna influencia sobre la vida y el carácter, no tiene ningún valor práctico. Por el contrario, es un engaño si tranquiliza la conciencia sin santificar el alma. Una teoría de la verdad puede ser una hermosa cubierta para ocultar la deformidad de un corazón carnal. Este fue el pecado de Corazín y Betsaida, que provocó la denuncia de Cristo: "¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en vosotras, hace tiempo que se habrían arrepentido, sentándose en cilicio y ceniza".

Jesús está llegando. Grandes e importantes acontecimientos están ante nosotros. ¿Estamos preparados, esperando y velando? ¿Tenemos puesto el traje nupcial, el manto de la justicia de Cristo? Ahora es el momento de asegurarnos este traje nupcial. No debemos demorarnos, sino abrir la puerta de nuestros corazones al

Salvador, que desde hace mucho tiempo está llamando para ser admitido. Debemos simpatizar con Cristo y, como soldados de la cruz, hacer esfuerzos personales e interesados por la salvación de las almas. Qué privilegio el nuestro de ser colaboradores de Cristo, y que nuestros esfuerzos sean aceptados por Dios. Podemos unirnos al ejército conquistador si queremos, y podemos compartir sus conflictos y sus triunfos; pero si nos negamos, ellos avanzarán hacia la victoria final, y nos dejarán atrás. Cada uno de nosotros tiene que rendir cuentas ante Dios, y es esencial que nos cultivemos espiritualmente, que pensemos a menudo en Jesús y que mantengamos viva la fe. Recordemos siempre que Dios nos ve. Podemos decir con el salmista: "He puesto al Señor siempre delante de mí; porque está a mi derecha, no seré conmovido". Toda la vida debe modelarse según el modelo divino, y entonces veremos al Rey en su belleza, y viviremos en su presencia a través de las incesantes edades de la eternidad.

29 de mayo de 1884

La esperanza del cristiano

[Comentarios en la reunión de las 9 de la mañana en Oakland, Cal., 21 de abril de 1884.]

EGW

"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os recibiré a mí mismo, para que donde yo esté, estéis también vosotros."

Este mundo es una escuela de entrenamiento, y el gran objetivo de la vida debe ser obtener una aptitud para esas gloriosas mansiones que Jesús ha ido a preparar. Recordemos que esta obra de preparación es una obra individual. No nos salvamos en grupos. La pureza y la devoción de uno no compensarán la falta de estas cualidades en otro. Cada caso debe ser inspeccionado individualmente. Cada uno de nosotros debe ser probado, y hallado sin mancha ni arruga ni cosa semejante.

Vivimos en el gran día antitípico de la expiación. Jesús está ahora en el santuario celestial, haciendo la reconciliación por los pecados de su pueblo, y el juicio de los justos muertos ha durado casi cuarenta años. No sabemos cuán pronto los casos de los vivos pasarán a revisión ante este tribunal; pero sí sabemos que

estamos viviendo en las escenas finales de la historia de la tierra, parados, por así decirlo, en las fronteras mismas del mundo eterno. Es importante que cada uno de nosotros se pregunte: ¿Cómo está mi caso en los tribunales del Cielo? ¿Serán borrados mis pecados? ¿Soy defectuoso de carácter, y estoy tan cegado a estos defectos por las costumbres y opiniones del mundo, que el pecado no me parece tan sumamente ofensivo para Dios como realmente lo es? No es tiempo ahora de permitir que nuestras mentes sean absorbidas por las cosas de la tierra, mientras que sólo damos pensamientos ocasionales a Dios, y hacemos una preparación mínima para el país al que estamos viajando.

En el día típico de la expiación, cada hombre debía afligir su alma ante Dios. No debía afligir las almas de otros, sino que la obra era entre Dios y su propia alma. La misma obra de autoexamen y humillación se requiere de cada uno de nosotros ahora; y les ruego que hagan una obra completa por la eternidad. "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado; invocadle mientras está cerca". Momentos preciosos y dorados que deberían emplearse en buscar el adorno interior de un espíritu manso y tranquilo, se malgastan en adornar el vestido y en otros asuntos insignificantes que no son en absoluto esenciales para el consuelo.

Debemos escoger la sociedad más favorable a nuestro adelanto espiritual, y valernos de toda ayuda que esté a nuestro alcance; porque Satanás opondrá muchos obstáculos para dificultar lo más posible nuestro progreso hacia el Cielo. Es posible que se nos coloque en posiciones difíciles, pues muchos no pueden tener su entorno como quisieran; pero no debemos exponernos voluntariamente a influencias desfavorables para la formación del carácter cristiano. Cuando el deber nos llama a hacerlo, debemos ser doblemente vigilantes y orantes, para que, por la gracia de Cristo, podamos permanecer incorruptos. Lot escogió Sodoma como lugar de residencia, porque se fijó más en las ventajas temporales que obtendría que en las influencias morales que le rodearían a él y a su familia. ¿Qué ganó en cuanto a las cosas de este mundo? Sus posesiones fueron destruidas, parte de sus hijos perecieron en la destrucción de aquella malvada ciudad, su esposa fue convertida en estatua de sal por el camino, y él mismo se salvó como por fuego. Tampoco terminaron aquí los malos resultados de su elección egoísta; sino que la corrupción moral del lugar se entretejió de tal manera con el carácter de sus hijos que no podían distinguir entre el bien y el mal, el pecado y la justicia.

No servirá de nada seguir nuestro propio juicio e inclinación a la hora de elegir nuestro entorno. Debemos buscar el consejo de Dios y dejar que Él nos guíe.

Expulsamos a los ángeles santos de nuestros hogares y desagradamos a Dios cuando nos colocamos a nosotros mismos y a nuestras familias en una atmósfera de incredulidad. "Salid de en medio de ellos, y apartaos", es su mandamiento; y no alterará su palabra a conveniencia de nadie. Muchos no se dan cuenta de que sus facultades físicas y mentales no son suyas, para dedicarlas exclusivamente a su interés egoísta en la acumulación de bienes. Se colocan en posiciones favorables para la ganancia mundana, y como consecuencia amasan riquezas; pero es a expensas de sus intereses eternos. Si hubieran ejercido la verdadera sabiduría, habrían ganado menos bienes terrenales, pero se habrían asegurado el derecho a la herencia inmortal. Como Lot, pueden ser despojados de su tesoro terrenal, y apenas salvar sus propias almas. La obra de su vida está perdida; sus vidas son un miserable fracaso. No son ricos para con Dios. No han acumulado tesoros en el banco del Cielo. En cambio, han acumulado tesoros en la tierra, justo lo que Jesús les advirtió que no hicieran; y su corazón está en su tesoro, tal como él les dijo que estaría. Estemos dispuestos a convertirnos en peregrinos y extranjeros aquí, para que podamos ganar un país mejor, incluso celestial.

El camino de la cruz es un camino hacia adelante, hacia arriba. A medida que avanzas, buscando las cosas de arriba, necesariamente dejarás en la distancia las cosas que pertenecen al mundo. La conducta y la disposición deben estar en armonía con las exigencias de Dios. Podemos alcanzar esta norma; pues Él no nos impondría una tarea imposible. Cuando te sientas tentado a hablar con dureza o impaciencia, resiste la sugerencia del adversario. No le complazcas hablando sus palabras, ni manifiestes el espíritu que le agrada. La verdad que se encomienda a tu conciencia consumirá y destruirá, o santificará y transformará el alma. La palabra de Dios es nuestra guía y consejera. Debemos tenerla en nuestro corazón; porque el corazón es el resorte principal de la acción. Familiarizándonos con las palabras de vida, podremos usarlas hábilmente en nuestra guerra contra Satanás. Mientras las manos están ocupadas en el trabajo, el alma puede recibir rico consuelo de las promesas de Dios.

"No sois vuestros; habéis sido comprados por precio". Vuestras facultades físicas y mentales pertenecen a Dios y deben emplearse en su servicio. Hay almas que salvar; hay un trabajo serio que hacer para el Maestro; y los esfuerzos indolentes y a medias no serán aceptados. Como siervos fieles, debemos preguntar: "Señor, ¿qué quieres que haga? Envíame de cualquier manera, con cualquier mensaje de misericordia que elijas". No robes más a Dios el servicio que le pertenece, sino cede tus poderes para ser controlado por su espíritu. Necesitáis la gracia transformadora de Cristo; necesitáis que su mano

modeladora se pose sobre vosotros, para que vuestras voluntades, e incluso vuestros pensamientos, se sometan a la voluntad de Dios.

Debemos aprender a orar sin cesar. Dondequiera que estemos, nuestros pensamientos pueden ser una oración a Dios. Nehemías, de pie ante el rey idólatra, tenía el semblante triste al pensar que la ciudad de los sepulcros de sus padres estaba desierta. Y cuando el rey, al enterarse de la causa de su tristeza, le preguntó: "¿Qué pides?", no se atrevió a responder hasta haber lanzado primero una súplica al Dios vivo, el Dios de la sabiduría y de la gracia. Nehemías sentía que tenía que cumplir un encargo sagrado que requería la ayuda del rey, y todo dependía de que se dirigiera a él de la manera correcta y tocando la fibra sensible adecuada. En esa breve oración, Nehemías se dirigió a la presencia del Rey de reyes, y puso de su parte un poder que puede cambiar los corazones como se cambian los ríos de agua. Y dice: "El rey me concedió según la buena mano de mi Dios sobre mí". El Señor se movió en el corazón del rey, y Nehemías recibió mayores favores de los que se había atrevido a esperar.

Nehemías no podría haber encontrado tan fácilmente acceso a Dios, si no hubiera estado acostumbrado a la oración y a depender de la fuerza divina. Nosotros tenemos la misma fuente de ayuda. En los asuntos de la vida diaria, en las transacciones comerciales, y cuando nos encontramos en dificultades inesperadas, también podemos telegrafiar nuestras peticiones silenciosas al Dios del Cielo, y recibir ayuda. Todo el Cielo está interesado en nuestro bienestar; se han hecho todas las provisiones para que ganemos fuerza. Tenemos todo para estar agradecidos y contentos. Entonces, no hablemos de nuestras debilidades y desalientos, sino eduquémonos mutuamente con nuestras palabras de valor y fe.

Vivimos una época importante y llena de acontecimientos. Estamos casi en casa. Pronto irrumpirán en nuestra vista las muchas mansiones que nuestro Salvador ha ido a preparar. Sacudámonos el estupor que nos oprime. Estudiemos más la Biblia, para que conozcamos por nosotros mismos los grandes hitos que estamos atravesando. Necesitamos beber más profundamente del pozo de Belén, para refrescar nuestras propias almas y refrescar las de los demás. Debemos ser más serios y perseverantes para salvar a aquellos con quienes nos asociamos. Esta obra no incumbe sólo a los ministros; todos los que han pronunciado el nombre de Cristo deben colaborar con él. ¿Por qué no demostramos a los inconversos que los amamos? ¿Por qué nuestras lenguas no hablan palabras de afectuosa súplica para ganarlos para Cristo? ¿Por qué no

pronunciamos más a menudo palabras de alabanza y gratitud a Dios por las ricas y abundantes promesas que ha dejado registradas en su palabra? Ahora podemos tener en nuestros corazones gozo y paz indecibles y llenos de gloria; y pronto, en la venida de Cristo, el premio que está al final de la carrera cristiana será nuestro para disfrutarlo por los siglos de los siglos.

5 de junio de 1884

La importancia de apreciar la luz

[Comentarios en la reunión de las 6 de la mañana en Oakland, Cal., 22 de abril de 1884.]

EGW

Jesús dijo a sus discípulos: "Cualquiera que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre una roca; y descendió la lluvia, y vinieron las inundaciones, y soplaron los vientos, y azotaron aquella casa, y no se derrumbó, porque estaba fundada sobre una roca. Y todo el que oye estas palabras mías y no las hace, será semejante a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió la lluvia, y vinieron las inundaciones, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, y cayó; y fue grande su ruina."

En este texto se muestra la diferencia entre los hacedores de la palabra de Cristo y los que son meros oidores ociosos. Jesús enseñaba por medio de símbolos. Ilustró sus lecciones con objetos familiares de la naturaleza, para que cada vez que sus oyentes vieran estos objetos, la lección pudiera ser sugerida a sus mentes. El lirio del valle, la hierba del campo, el grano que brota, los pájaros que cantan, y hasta las escenas caseras de la vida de un pescador, se convertían en predicadores silenciosos pero impresionantes de la palabra de vida. Ante los discípulos se mantenía un alto nivel. Se les enseñó que una fe pura los purificaría y ennoblecería; y que a menos que su justicia excediera la justicia de los escribas y fariseos, en ningún caso entrarían en el reino de los cielos.

Pedro, Juan y Judas son hombres representativos, tipos de dos clases de oyentes. Cada uno de ellos tuvo el privilegio de asociarse con Cristo y aprender de él; pero ¡cuán diferentes fueron los caracteres que desarrollaron! Pedro y Juan fueron hacedores de la palabra, y sus vidas fueron moldeadas por las instrucciones del Maestro. Judas también escuchó sus enseñanzas en los mismos puntos en que era deficiente. Los rasgos principales del carácter de Judas eran

la codicia y el amor propio. Jesús conocía sus prácticas deshonestas y comprendía el peligro al que se exponía; sin embargo, a pesar de sus defectos, fue elegido como uno de los doce que iban a estar íntimamente asociados con el Redentor del mundo. Jesús daría a este descarriado todas las oportunidades para reformarse. La luz debía brillar en su corazón; debía ver el contraste entre la verdad y el error, y decidir inteligentemente entre ellos. Jesús no lo reprendió abiertamente, sino que le dio lecciones que podría aplicar a su propio caso si deseaba sinceramente reformarse. El egoísmo, la codicia y la deshonestidad le fueron presentados en su verdadero carácter, para que pudiera ver cuán ofensivos eran estos rasgos a los ojos de Dios.

Cuando las enseñanzas de Cristo reprendieron a Pedro y a Juan, ellos tuvieron cuidado de reformarse. La gracia transformadora de Dios estaba en sus corazones. Sus mentes se expandieron, y día a día se parecían más al divino Maestro. Judas, por el contrario, era orgulloso, autosuficiente e independiente. Aunque gozaba del exaltado privilegio de estar estrechamente vinculado a Cristo, las palabras de vida no encontraron albergue en su corazón; y fue pasando de un grado de incredulidad a otro hasta que su carácter quedó firmemente fijado en la dirección equivocada. Pudo haber tenido la sabiduría que viene de lo alto para guiarle a toda la verdad; pero rechazó el consejo de Dios, y el mal que había abrigado adquirió una influencia dominante, sometiendo alma y cuerpo al cruel poder de Satanás.

Judas tenía excelentes rasgos de carácter, y podría haber sido una gran bendición para la iglesia si hubiera sido firme y hubiera resistido la tentación; pero era tesorero, y esta posición le dio la oportunidad de practicar la deshonestidad. Si hubiera sido humilde y enseñable, habría emprendido la obra de reforma cuando se despertó su conciencia y vio lo pecaminoso de su proceder. Pero pecó contra la luz y el conocimiento; y en vez de ser ablandado y subyugado por las lecciones de Cristo, su corazón se hizo más duro e impresentable.

Podemos aprender una lección importante de la experiencia de Judas. Podemos ser llamados discípulos de Cristo; podemos sostener firmemente nuestras convicciones religiosas, y ser capaces de presentar argumentos claros y conectados en su apoyo; y sin embargo, como Judas, podemos sostener la verdad en la injusticia. Si queremos ser santificados por medio de la verdad, debemos sostenerla en el amor y el temor de Dios. Es un deber que nos debemos a nosotros mismos cultivar la confianza en nosotros mismos y la independencia de carácter; pero estos rasgos deben mezclarse con la mansedumbre y la

humildad. Cuando confiamos en nuestra propia sabiduría y juicio, como hace un gran número, estamos en el camino seguro de la vergüenza y la confusión de rostro. Sólo por la gracia divina podemos superar los defectos de nuestro carácter; pero a menos que hagamos esfuerzos continuos para dominarlos, se harán más fuertes, como en el caso de Judas. Cada indulgencia en el pecado prepara el camino para una indulgencia renovada y excesiva, hasta que al final el tentador tiene el control total de la mente.

Después que Dios ha mostrado a los individuos sus pecados y les ha dado gracia para vencerlos, y su Espíritu ha estado luchando largo tiempo con ellos, no obrará un milagro para impedir el resultado seguro de resistir a ese Espíritu y persistir en un curso erróneo. Hay un límite a su gracia y misericordia; y cuando se pasa este límite, la ayuda de su Espíritu, tan inicuaamente rechazada e insultada, se retira, y el alma se entrega al peor de los tiranos, el poder de una voluntad pervertida. Si nos relacionamos estrechamente con las cosas sagradas y, sin embargo, no nos damos cuenta de su importancia, el corazón se endurecerá tanto que ni las más fervientes súplicas lo moverán a la contrición. Debemos apreciar cada rayo de luz. Debemos trabajar inteligentemente para formar nuestro carácter según el modelo divino, esforzándonos continuamente, con todas las facultades que Dios nos ha dado, por alcanzar la elevada norma que se nos presenta en su palabra.

En estas reuniones se dan testimonios de que la verdad es preciosa, la verdad lo es todo. Así es; pero la verdad no es nada para ninguno de nosotros a menos que seamos santificados por medio de ella. ¿Su influencia los ha hecho mejores hombres y mujeres? ¿Ha mejorado su vida y su carácter? A menos que la verdad esté logrando el objetivo para el cual fue diseñada al transformarlos en la imagen de Cristo, sería mejor que nunca hubieran profesado creer en ella; porque engañarán a otros. La salvación de nuestras propias almas y de las almas de aquellos con quienes nos asociamos es de primera importancia, mientras que las cosas de esta vida son secundarias; pero Satanás está siempre maquinando para invertir este orden, e interponer el mundo entre el alma y sus intereses eternos.

Muchos no exaltan la verdad, sino que la degradan con su conducta anticristiana. Descuidan mejorar el privilegio que se les ha dado de conocer a Cristo y su amor. Este conocimiento es una defensa segura; pero todo lo que tiende a apartar la mente del amor de Jesús, ya sea el corazón engañoso interior o un mundo atrapador exterior, es de Satanás, y traerá tinieblas y muerte.

Algunos de los que están presentes esta mañana deben saber que tienen faltas no corregidas que están excusando y acariciando. Queridos hermanos y hermanas, no pueden tener un tiempo más favorable para confesar estas faltas unos a otros y orar unos por otros, que en esta reunión. Jesús está presente; pero los ángeles malos también están aquí para preocupar el campo. Se esforzarán por entrar en el corazón sugiriendo dudas, para que no se produzcan buenas impresiones permanentes. ¿Les permitiremos que obtengan la victoria? Vemos cómo fue con Judas. Un descuido en prestar atención a las palabras de Cristo preparó el camino para otro. La primera negligencia fue una semilla que produjo su cosecha en resistencia al Espíritu de Dios; y con cada amonestación que despreciaba, se volvía menos inclinado a apreciar y valorar las lecciones que le daban un conocimiento de sí mismo.

Dios envía mensajes de instrucción, de reprensión, de advertencia. No te hagas ilusiones de que no denuncia los pecados particulares que te gustan. No te imagines que por algún medio puedes entrar en la vida sin estar libre de contaminación moral. Si queremos vivir con Jesús en las mansiones que ha ido a preparar, debemos ser como él aquí en este mundo. Debemos ser diligentes para poner en orden nuestros corazones. Temamos mucho el autoengaño. No encubramos nada, sino seamos sinceros con nuestras propias almas. Estudiemos para tener la mansedumbre y humildad de Cristo. Se nos ofrece ahora la oportunidad de llegar a ser puros de corazón e inmaculados de carácter. Aunque el enemigo presione con sus tentaciones, viniendo sobre nosotros como una inundación, el Espíritu del Señor levantará un estandarte contra él. Podemos encontrar una ayuda presente en Jesús; pero debemos buscar esta ayuda a través de la oración ferviente y perseverante. En el armario, en el círculo familiar, mientras caminamos por las calles, y mientras nuestras manos se ocupan en el trabajo, podemos orar, y el Señor nos escuchará.

No hay excusa para continuar en el pecado. Ningún hombre está obligado a hacer el mal y perderse. Todo el que peca destruye su propia alma. Las provisiones de la gracia son amplias. Jesús aboga en nuestro favor, y hay misericordia hasta para el más culpable y pecador. Aferrémonos a la fuerza de Jesús. Él nos ama con un amor indecible; respondamos a ese amor.

12 de junio de 1884

Valor del servicio alegre

EGW

"Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido y sirviendo a los santos. Y deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma diligencia en la plena certidumbre de la esperanza hasta el fin; que no seáis perezosos, sino seguidores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas."

El Señor mira con aprobación las obras de sus siervos fieles. Dice de la iglesia de Éfeso: "Conozco tus obras, tu trabajo y tu paciencia"; por amor de mi nombre "has trabajado y no has desmayado". Pero si bien tiene en cuenta el servicio fiel, no es menos exacto para señalar la negligencia en el cumplimiento del deber o su cumplimiento involuntario. Siempre ha sido el deber del pueblo escogido de Dios trabajar desinteresadamente; pero algunos descuidan el trabajo que deben hacer, y otros se sobrecargan para suplir sus deficiencias. Si todos hicieran alegremente su parte, serían sostenidos; pero los que se quejan y murmuran a cada paso no recibirán ni ayuda ni recompensa.

Dios se disgustó con los hijos de Israel porque murmuraban contra él y contra Moisés, a quien había enviado como su libertador. De una manera maravillosa los sacó de su esclavitud en la tierra de Egipto, para elevarlos y ennoblecerlos, y hacer de ellos una alabanza en la tierra. Pero había dificultades que afrontar, y cansancio y privaciones que soportar. Era necesario que soportaran estas penalidades. Dios los estaba sacando de un estado de degradación, y los estaba preparando para ocupar un lugar honorable entre las naciones, y para recibir importantes y sagradas encomiendas.

No consideraron que estaban recibiendo todo lo que tenía valor. Olvidaron su amargo servicio en Egipto. Olvidaron la bondad y el poder de Dios desplegados en su favor en su liberación de la esclavitud. Olvidaron cómo se salvaron sus hijos cuando el ángel destructor pasó sobre Egipto. Olvidaron la grandiosa exhibición del poder divino en el Mar Rojo, cuando Jehová proclamó: "Aquí se detendrán tus orgullosas olas", y las aguas se revolvieron formando un sólido muro. Olvidaron que mientras ellos habían cruzado con seguridad por el camino que se les había abierto, los ejércitos de sus enemigos, al intentar seguirlos, fueron arrollados por las aguas del mar. Sólo veían y sentían sus inconvenientes y pruebas actuales; y en vez de decir: "Dios ha hecho grandes cosas por

nosotros; mientras éramos esclavos, está haciendo de nosotros una gran nación", hablaban de la dureza del camino, y se preguntaban cuándo terminaría su fatigoso peregrinaje.

Se nos exhorta a no murmurar como ellos murmuraron. Pero muchos a quienes Dios ha permitido convertirse en colaboradores suyos, tal vez incluso los ha exaltado a altos puestos de confianza, olvidan que los está honrando especialmente. Están cansados, y se hacen miserables dejando que sus mentes piensen constantemente en su cansancio. Se atormentan con temores, presentimientos, fantasías mórbidas y problemas prestados; y, olvidando la bondad y la misericordia de Dios, pasan muchas horas tristes quejándose de las pruebas que tienen que soportar. Se vuelven tan sombríos que ninguna circunstancia, por favorable que sea, puede hacerlos felices, porque el espíritu de felicidad no está en ellos.

Dios no impone a nadie cargas tan pesadas que a cada paso deba quejarse de la carga que se ve obligado a soportar. Es la fricción, y no el movimiento constante lo que desgasta la maquinaria. Es la preocupación continua, y no el trabajo que hacen, lo que está matando a estas personas. Codician alguna bendición, ya sea real o imaginaria, que está fuera de su alcance; pero si obtuvieran este objeto acariciado, sólo excitaría el deseo de algo más. El presente se nubla porque infravaloran el bien que disfrutan. Apartan la vista de los honores que poseen y que no se han ganado, y del amor que no han merecido, y quieren estar un poco más arriba. Se aferran a lo desagradable, y por sus pensamientos y conversación, excitan una irritabilidad nerviosa que se encuentra en la base de una imaginación enferma y el sufrimiento real. Dios no se propone obrar un milagro para esta clase. No se complace ni se glorifica cuando sus hijos e hijas, miembros de la familia real, toman este camino; porque ni ellos mismos disfrutan del descanso y la paz en su amor ni permiten que otros lo hagan.

Que ninguno de nosotros piense que nuestro trabajo es mayor y más duro que el de los demás. Este mismo trabajo se ha hecho en el pasado, y puede hacerse de nuevo. Dios no depende de ninguno de nosotros; y tan pronto como nos lisonjeemos de que su obra no avanzará sin nosotros, de que nuestro trabajo es de tal importancia que no puede prescindirse de él, entonces nos mostrará nuestro error y nuestra locura. Puede trabajar con pocos o con muchos. Puede tomar hombres en posiciones humildes y educarlos para que sean portadores de luz en el mundo. Nosotros, que somos honrados por Dios al tener relación con su obra, sentimos nuestra propia pequeñez y el gran honor que el Señor nos confiere al aceptarnos como colaboradores suyos. "Cuando alguien preguntó a

un filósofo famoso que estaba haciendo el gran Dios, respondió: "Todo su empleo es levantar a los humildes y derribar a los orgullosos".

A veces el espíritu de inquietud y queja invade el círculo doméstico. La voluntad puede cruzarse en pequeñas cosas que una persona de espíritu alegre apenas notaría; pero el quejoso está molesto y fastidiado como si hubiera sufrido un agravio agravado, y los apasionados reproches que profiere contra la persona que, según él, ha cometido alguna torpeza, son apenas menos pecaminosos que jurar. No considera que cada día comete errores más graves. Los hombres y las mujeres que se irritan y se enfadan perderán el afecto de sus amigos, porque siempre están aguijoneando a alguien. Cualquiera que sea su posición, por exaltada que sea su profesión, no pueden tener una influencia decidida para el bien hasta que remedien este defecto. Ya se han quejado lo suficiente como para probar que las quejas no las hacen más felices ni les facilitan el camino.

El quejoso vive en una atmósfera de pesimismo y duda. En vez de curar las dificultades, las irrita; en vez de reparar los males, los crea. Los que tienen tacto para gobernar sus familias o controlar las mentes de los hombres, son generalmente tranquilos, prontos, resueltos. No muestran un egoísmo débil, sino que tienen un espíritu fuerte e inflexible, y siempre están dispuestos a decir una palabra amable y alentadora.

Dondequiera que en la providencia de Dios seamos colocados, cualquiera que sea el trabajo que se nos ha dado para hacer, Dios es honrado por el servicio de todo corazón y alegría. Él se complace cuando asumimos nuestro trabajo con gratitud, regocijándonos de que nos ha considerado dignos de ser colaboradores suyos. Nadie tiene que ser ocioso, porque a nuestro alrededor hay un trabajo serio por hacer. La regla cristiana del servicio es: "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo con tus fuerzas". Dios ayudará a los que "no son perezosos en los negocios", sino "fervientes en espíritu, sirviendo al Señor"; y por la fe y la paciencia "heredarán las promesas".

Hay paz y satisfacción en el servicio de Cristo. Cuando estaba a punto de dejar a sus discípulos, les hizo esta promesa de despedida, una promesa que se ha cumplido a sus fieles a través de todos los siglos: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da". Él invita: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas." Es la falta de esta mansedumbre y humildad de corazón lo que

causa tanta inquietud y desasosiego, tanta perplejidad y temor, tantos males imaginarios.

Acostúmbrate a no preocuparte y alaba a Dios. No estamos obligados a llevar nuestras cargas con nuestras propias fuerzas. Si tenemos a Jesús por ayudante, podemos decir con Pablo: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece." Jesús ha prometido: "Te basta mi gracia". Hay un poder transformador en el amor. Cuando el amor de Dios reina en el corazón, pone todas nuestras fuerzas en obediencia a su voluntad, y las alista en un servicio voluntario y activo.

19 de junio de 1884

La fe, privilegio de los cristianos

EGW

Muchos que buscan sinceramente la santidad de corazón y la pureza de vida están perplejos y desanimados. Constantemente se miran a sí mismos y se lamentan de su falta de fe; y debido a esta falta, sienten que no pueden reclamar la bendición de Dios. Estas personas confunden el sentimiento con la fe. Se apartan de la simplicidad de la verdadera fe, y así traen gran oscuridad sobre sus almas. En lugar de pensar en sí mismos, deben entrenar sus mentes para que se detengan en la misericordia y la bondad de Dios. Deberían contar sus promesas, creyendo que Él cumplirá su palabra. Cuando nos arrepentimos de nuestras transgresiones pasadas de su ley, y resolvemos rendir obediencia en el futuro, debemos creer que Dios por Cristo nos acepta, y perdona nuestros pecados.

A veces, un profundo sentido de nuestra indignidad enviará un estremecimiento de terror a través del alma; pero esto no es evidencia de que Dios haya cambiado hacia nosotros, o nosotros hacia él. Puede que no sintamos hoy la paz y la alegría que sentíamos ayer; pero por fe debemos asirnos de la mano de Cristo, y confiar en él tan plenamente en la oscuridad como en la luz. No debemos esforzarnos por llevar la mente a una intensidad de emoción, sino que debemos cumplir fielmente cada deber, y luego descansar tranquilamente en las promesas de Dios.

Satanás puede susurrar: "Eres demasiado pecador para que Cristo te salve". Pero mientras reconoces que eres pecador e indigno, enfréntate al tentador con el grito: "En virtud de la expiación reclamo a Jesús como mi Salvador. No confío

en mis propios méritos, sino en la preciosa sangre de Cristo, que me limpia. En este momento cuelgo mi alma indefensa en él".

No te desanimes porque tu corazón parezca duro. Cada obstáculo, cada enemigo interno, sólo aumenta tu necesidad de Cristo. Él vino para quitarte el corazón de piedra y darte un corazón de carne. Busca en él la gracia para superar tus defectos especiales, para desechar todo pecado querido.

Si permitiéramos que nuestra mente se detuviera más en Cristo y en el mundo celestial, encontraríamos un poderoso estímulo y apoyo en nuestra lucha contra el pecado. Por fe podemos contemplar las coronas depositadas para los que vencen; podemos escuchar el canto exultante de los redimidos: "Digno eres, Señor, de recibir la gloria, la honra y el poder"; "porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios". El orgullo y el amor del mundo perderán su poder cuando contemplemos el amor infinito de Cristo, y las glorias de esa tierra mejor que tan pronto será nuestro hogar.

Una confianza inquebrantable, una firme confianza en Cristo, traerá paz y alegría al alma. Pero que nadie piense que sin un esfuerzo sincero de su parte puede retener la seguridad del amor de Dios. Cuando a la mente se le ha permitido por mucho tiempo morar sólo en las cosas terrenales, es difícil cambiar los hábitos del pensamiento. Lo que el ojo ve y el oído oye, con demasiada frecuencia atrae la atención y absorbe el interés. Pero si queremos entrar en la ciudad de Dios y contemplar a Jesús en su gloria, debemos acostumbrarnos a contemplarlo aquí con el ojo de la fe. Las palabras y el carácter de Cristo deben ser a menudo el tema de nuestros pensamientos y de nuestra conversación; y cada día debe dedicarse algún tiempo especialmente a la meditación orante sobre estos temas sagrados.

Que nadie se engañe a sí mismo con la creencia de que Dios lo aceptará y bendecirá mientras esté pisoteando uno de sus requisitos. La comisión voluntaria de un pecado conocido silencia la voz testificadora del Espíritu, y separa el alma de Dios. Jesús no puede morar en el corazón que desprecia la ley divina. Dios honrará sólo a aquellos que le honren.

"A quien os prestáis siervos para obedecerle, siervos suyos sois". Si consentimos la ira, la lujuria, la codicia, el odio, el egoísmo o cualquier otro pecado, nos convertimos en siervos del pecado. "Nadie puede servir a dos señores". Si servimos al pecado, no podemos servir a Cristo. El cristiano sentirá los impulsos del pecado; pero mantendrá una guerra constante contra él. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une a la fuerza

divina, y la fe exclama: "Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo."

La vida cristiana debe ser una vida de progresión constante. Pedro nos presenta los pasos sucesivos con estas palabras: "Poniendo toda diligencia, añadid a vuestra fe virtud; y a la virtud, ciencia; y a la ciencia, templanza; y a la templanza, paciencia; y a la paciencia, piedad; y a la piedad, bondad fraterna; y a la bondad fraterna, caridad. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, hacen que no seáis estériles ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesús." "Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque si hacéis estas cosas, no caeréis jamás; pues así os será concedida abundante entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo."

He aquí un camino por el cual podemos estar seguros de que nunca caeremos. Los que obran así según el plan de adición al obtener las gracias cristianas, tienen la seguridad de que Dios obrará según el plan de multiplicación al concederles los dones de su Espíritu. Dice Pedro: "Gracia y paz os sean multiplicadas por el conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor".

Nuestro Salvador reclama todo de nosotros; pide nuestros primeros y más santos pensamientos, nuestro más puro e intenso afecto. Su amor es infinitamente más tierno y abnegado que el amor de una madre. El precio pagado por nuestro rescate atestigua su estimación del valor del alma humana. Entonces, ¿qué ingratitud manifestamos cuando le negamos nuestro afecto y nuestro servicio? ¿Es demasiado darnos a nosotros mismos, nuestro tiempo y nuestros talentos, a Aquel que lo ha sacrificado todo por nosotros? ¿Podemos elegir la amistad del mundo antes que los honores inmortales que Cristo nos ofrece: "Sentaos conmigo en mi trono, como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono"?

El apóstol Pablo fue altamente honrado por Dios; en santa visión contempló escenas cuyas glorias no le fue permitido revelar. Sin embargo, esto no le llevó a la jactancia ni a la confianza en sí mismo. Se dio cuenta de la importancia de la vigilancia constante y la abnegación. "Mantengo mi cuerpo bajo", dice, "y lo pongo en sujeción, no sea que por cualquier medio, habiendo predicado a otros, yo mismo sea un náufrago".

Pablo sufrió por causa de la verdad y, sin embargo, no oímos queja alguna de sus labios. Al repasar su vida de fatigas, cuidados y sacrificios, dice: "Considero que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que

en nosotros ha de manifestarse". El grito de victoria del siervo fiel de Dios llega hasta nuestros días: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? ... Antes bien, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Porque estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro."

Aunque Pablo fue finalmente confinado en una prisión romana, alejado de la luz y el aire del cielo, apartado de sus labores activas en el campo del Evangelio, y esperando momentáneamente ser condenado a muerte, no cedió a la duda ni al abatimiento. De aquel lúgubre calabozo salió su testimonio moribundo, lleno de una fe y un valor sublimes que han inspirado los corazones de santos y mártires en todas las épocas sucesivas: "Ahora estoy listo para ser ofrecido, y el momento de mi partida está cerca. He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Desde ahora me está guardada una corona de justicia, que el Señor, Juez justo, me dará en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su aparición."

La gloriosa recompensa que espera a este héroe de la fe, una corona de justicia y la vida eterna en la presencia de Dios, puede ser ganada por cada uno de nosotros. Jesús y los santos ángeles están esperando para darnos la ayuda que necesitamos. Cada oración enviada con fe desde un corazón honesto será escuchada, y el peticionario tendrá su petición cuando más necesite la bendición. A veces pedimos cosas que no son para nuestro bien ni para la gloria de Dios. Cuando es así, nuestro Padre sabio y bueno escucha nuestras oraciones, pero no nos da nada perjudicial. Él guiará nuestros pies. Por la gracia divina, todos los que quieran pueden subir los brillantes escalones de la tierra al Cielo, y al fin, "con cánticos y gozo eterno", entrar por las puertas en la ciudad de Dios.

26 de junio de 1884

Cristianos de la palmera

EGW

"El justo florecerá como la palmera". "Será como árbol plantado junto a corrientes de agua, que da su fruto a su tiempo; su hoja no se marchitará, y todo lo que hace prosperará."

Estos textos describen el feliz estado de aquel cuya alma está arraigada y cimentada en Cristo. Pero siempre existe el peligro de satisfacerse con una obra superficial; siempre existe el peligro de que las almas no se anclen en Dios, sino que se contenten con ir de aquí para allá, presas de las tentaciones de Satanás. "Entrad por la puerta estrecha", dice Cristo, "porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran". La obra del Espíritu de Dios en el corazón desarrollará la verdadera penitencia, que no terminará con la confesión, sino que obrará una decidida reforma en la vida diaria. Se manifestarán una seriedad, una perseverancia y una determinación que pueden representarse propiamente por agonía. Muchos cristianos profesos tienen gran necesidad de esta experiencia.

¿Estás empezando a ver los defectos de tu carácter? No te sientas impotente y desanimado. Mira a Jesús, que conoce todas tus debilidades y se compadece de todas tus dolencias. Él vino "no a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento". No es una desgracia confesar nuestros pecados y abandonarlos. La desgracia recae sobre aquellos que conocen sus pecados, pero continúan en ellos, y entristecen al amado Salvador con sus caminos torcidos. El conocimiento de nuestros errores debería ser más apreciado que un feliz vuelo de sentimientos; porque es una prueba de que el Espíritu de Dios está luchando con nosotros y de que los ángeles nos rodean. Que el trabajo de escudriñar el corazón siga adelante; que sea profundo y serio, hasta que toda barrera sea removida, y tu corazón se abra para dar la bienvenida al mensajero del perdón y la paz, que ha estado esperando por mucho tiempo para traer luz, gozo y alegría. En verdadera contrición por el pecado, venid al pie de la cruz, y dejad allí vuestras cargas; venid ejercitando el arrepentimiento hacia Dios, porque habéis quebrantado su ley, y la fe en nuestro Señor Jesucristo para que perdone vuestras transgresiones y os reconcilie con el Padre. Cree lo que Dios dice; lleva sus promesas a tu corazón.

Es privilegio del cristiano crecer en la gracia y en el conocimiento de la verdad. "El justo florecerá como la palmera". Vean al viajero cansado que se esfuerza sobre las arenas calientes del desierto, sin ningún refugio que lo proteja de los rayos de un sol tropical. Su suministro de agua falla, y no tiene nada para saciar su sed ardiente. Se le hincha la lengua y se tambalea como un borracho. Por su mente pasan visiones de su hogar y de sus amigos, mientras cree estar a punto de perecer en el terrible desierto. De repente, los que iban delante lanzan un grito de júbilo. A lo lejos, asomando entre los lóbregos y arenosos desperdicios,

hay una palmera verde y floreciente. La esperanza acelera su pulso. Lo que da vigor y frescura a la palmera, refrescará los pulsos febriles y dará vida a los que perecen de sed.

Así como la palmera, alimentándose de fuentes de agua viva, reverdece y florece en medio del desierto, así el cristiano puede obtener ricos suministros de gracia de la fuente del amor de Dios, y puede guiar a las almas cansadas, que están llenas de inquietud y listas para perecer en el desierto del pecado, a esas aguas de las que pueden beber y vivir. El cristiano siempre está señalando a sus semejantes a Jesús, que invita: "Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba". Esta fuente nunca nos falla; podemos beber y volver a beber.

Podemos tener individualmente una experiencia del mayor valor. El hecho de que abunde la iniquidad, de que estemos rodeados de infieles y escépticos, o de cristianos profesos que tienen un nombre para vivir, y están muertos, no es razón para que uno de nosotros sea arrastrado por la corriente hacia la perdición. Debido a que hay un abandono casi universal de Dios, hay mayor necesidad de que permanezcamos firmes y leales. Dice Cristo: "Vosotros sois la luz del mundo". Debemos recoger los rayos divinos del Sol de Justicia, y reflejarlos al mundo. En medio de una generación torcida y perversa, debemos manifestar las alabanzas de Aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable.

Nada sino una profunda experiencia personal nos capacitará para resistir la prueba de las pruebas y tentaciones que encontraremos en la guerra cristiana. Con demasiada frecuencia nos sentimos bien cuando todo va bien; pero cuando las dudas asaltan el alma, y Satanás susurra sus sugerencias, nuestra defensa desaparece, y cedemos rápidamente a las artes del tentador, sin apenas esforzarnos por resistirle y rechazarle. No basta tener buenos impulsos. El alma debe atrincherarse con la oración y el estudio de las Escrituras. Armado con estas armas, Jesús se enfrentó a nuestro astuto enemigo en el campo de batalla, y lo venció. Todos podemos vencer en su fuerza; pero no nos responderá suponer que podemos prescindir de su ayuda. Él dice: "Sin mí nada podéis hacer". Pero ninguna alma verdaderamente humilde que camine en la luz como Cristo está en la luz, será atrapada por las artimañas engañosas de Satanás.

Toda confianza en sí mismo, toda jactancia, todo orgullo de talento, deben ser rendidos, y el alma debe caer quebrantada sobre la Roca Cristo Jesús. Los que tienen un espíritu orgulloso, y se sienten capaces de hacer una gran obra, serán abandonados a su propia fuerza débil, para caer en pecados graves. No se dan cuenta del carácter puro, virtuoso y santo que deben poseer si quieren

presentarse sin falta ante el trono de Dios. El yo debe ser crucificado. Debe haber una transformación completa del carácter. El testimonio claro y agudo de la verdad viviente separará el trigo de la paja, los tibios de los humildes y devotos.

Nunca hubo un tiempo de mayor peligro para la iglesia que el presente, y muchos no serán fieles a sus propias almas. No se santificarán por medio de la verdad. Tienen lámparas, pero no hay aceite en sus vasijas para reponerlas, y su luz se apaga en las tinieblas. Elí y sus hijos confiaban en el arca, símbolo de la presencia divina, mientras transgredían la santa ley consagrada en el arca, y sus pecados los separaban de Dios. Como consecuencia de su presunción, los dos hijos de Elí fueron asesinados, y Dios permitió que el arca pasara a manos de los enemigos de su pueblo. Algunos en nuestros días cometen un error semejante al confiar en su profesión mientras transgreden los santos requisitos de la ley de Dios. Los tales están dormidos a su verdadera condición.

El apóstol Pablo exhorta a los profesantes descuidados y despreocupados: "Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo". Cristo, el Testigo Verdadero, rompería el sueño de su pueblo amante de la facilidad. Se oye su voz dirigiéndose a ellos: "Ojalá fueras frío o caliente. Pues porque eres tibio, y ni frío ni caliente, te vomitaré de mi boca". No tomaré vuestros nombres en mis labios, porque sois indignos. Me avergüenzo de llamaros hermanos. "Sed, pues, celosos, y arrepentíos". "Te aconsejo que me compres oro afinado en el fuego, para que seas rico; y vestiduras blancas, para que estés vestido y no se vea la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas."

Nuestra única seguridad está en Cristo. "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo". Los que entren en el Cielo no escalarán sus muros por su propia justicia, ni se les abrirán las puertas por costosas ofrendas de oro y plata; sino que ganarán una entrada a las muchas mansiones de la casa del Padre por los méritos de la cruz de Cristo. Jesús es la escalera por la que debe subir toda alma que quiera ascender de la tierra al cielo. Pero hay una vuelta tras otra de penosa ascensión, porque nuestros caracteres deben armonizarse con la ley de Dios, y cada paso adelante en esta dirección requiere abnegación.

El premio que tenemos ante nosotros recompensará con creces todos los esfuerzos que hagamos para conseguirlo. "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que

le aman". "Como los días de un árbol", dice el Señor por medio de su profeta, serán "los días de mi pueblo, y mis elegidos disfrutarán largamente de la obra de sus manos." Al contemplar con un ojo de fe las glorias de esa tierra mejor, la herencia eterna de los santos, nos regocijamos, aferrándonos a los méritos de nuestro Redentor crucificado. El amor se enciende en nuestros corazones hacia Aquel "que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros", y la fe capta la promesa: "¿Cómo no nos dará con Él también gratuitamente todas las cosas?". Así Jesús se convierte en el medio de comunicación entre el Cielo y nuestras almas, y los santos ángeles son enviados para ministrarnos. Y mientras estos mensajeros divinos se esfuerzan por conducir a los pecadores a plantar sus pies en la escalera que se extiende desde la tierra hasta el Cielo, seamos co-laboradores con ellos, y exhortemos a todos los que quieran a subir por el camino resplandeciente.

3 de julio de 1884

Empresa y religión

EGW

"No perezosos en los negocios, fervientes en espíritu, sirviendo al Señor", es la exhortación de Pablo a sus hermanos romanos. La primera parte de este mandamiento es citada por muchos como excusa para sobrecargar continuamente sus poderes mentales y físicos en la búsqueda de ganancias, mientras que pasan por alto completamente el requisito de ser "fervientes en espíritu, sirviendo al Señor".

Nadie tiene derecho a cargarse con una multitud de preocupaciones. Por muy lícito que sea el negocio que se emprenda, por muy honorablemente que se lleve a cabo, no debe permitirse que absorba indebidamente la mente y ocupe el tiempo. Dios no aceptará un corazón dividido. Su ley exige amor supremo a Dios y amor desinteresado al prójimo. Si los hombres y las mujeres permiten que la mente y el cuerpo se desgasten de tal manera por el trabajo constante y excesivo, que se haga caso omiso de esta ley, cometen pecado. Están sirviendo a otros dioses antes que al Dios del Cielo; porque cuando algún otro objeto usurpa la devoción que pertenece a Dios, ese objeto se convierte en un ídolo; y aquello a lo que se dedican las horas más frescas del día, el pensamiento y el estudio más profundos, la mayor habilidad, es lo más querido y valorado.

Habrán tentaciones a la mundanalidad mientras la sociedad esté en su estado actual, mientras el oro sea poder, y un hombre sea medido por su riqueza y

posición. Muchos se sienten fascinados por estas seductoras tentaciones. Ven que la posesión de riquezas y honores da poder e influencia, y prefieren estar entre los que disfrutan del lujo y la posición que da el dinero, que entre los que poseen verdadera bondad y nobleza de carácter.

Hay muchos cristianos profesos que son egoístas y codiciosos, y que se aman a sí mismos más de lo que aman a Dios o a su prójimo. A menudo son aún más avaros que los que no tienen pretensiones de piedad. Aparecen ante el mundo casi enteramente en el carácter de hombres de negocios, como especuladores que buscan ganancias mundanas. No son conocidos como cristianos humildes, devotos, abnegados, de corazón sincero y bondadoso en todas las relaciones de la vida. Los mandatos más claros y positivos de la palabra de Dios son deliberadamente dejados de lado por la sabiduría y las máximas mundanas. Dicen: "Dios no espera que llevemos principios religiosos estrictos a nuestros asuntos de negocios. Los negocios son negocios, y la religión es religión, reservada para la iglesia y el sábado".

El hombre que toma este camino egoísta niega la fe, y fortalece y confirma a los impíos en su impenitencia, haciéndoles creer que la religión es todo un simulacro. Su alma es puesta como víctima maniatada en el altar de las riquezas. No busca "primeramente el reino de Dios y su justicia", y no puede reclamar la promesa de que se le añadirán todas las cosas necesarias.

El oro no es el patrón de juicio con Dios. Jesús pregunta: "¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiera su alma? o ¿qué dará el hombre a cambio de su alma?". Sin duda es un precio exorbitante a pagar por los efímeros tesoros de la tierra. El éxito es aquí un terrible fracaso. El que juzga correctamente a la luz de la eternidad, llama pobres, desdichados, ciegos y miserables a los que son ricos en posesiones mundanas mientras no son ricos para con Dios.

A veces se descuida a la familia. Los padres no tratan con fidelidad a las almas que les han sido confiadas. No dedican tiempo a dar a sus pequeños la disciplina necesaria para que brillen como joyas en el reino de Dios. Mañana y tarde, mediante la oración ferviente y la fe perseverante, los padres cristianos deben cercar a sus hijos. Deben instruirlos pacientemente, enseñarles amable e incansablemente cómo vivir para agradar a Dios.

Demasiado a menudo los padres sienten que no tienen tiempo para la oración matutina y vespertina. Por la mañana, los obreros deben apresurarse a ir al campo, para poder realizar la mayor cantidad de trabajo, y el servicio a Dios no

se considera esencial. No pueden dedicar unos minutos a dar gracias a Dios por sus abundantes misericordias, por el sol bendito y las lluvias que hacen florecer la vegetación, y por la protección de los santos ángeles. No tienen tiempo para ofrecer importunas oraciones por la ayuda y guía divinas, y por la presencia permanente de Jesús en el hogar. Salen a trabajar como el buey o el caballo, sin pensar en Dios ni en el Cielo. Tienen almas tan preciosas que, en vez de permitir que se perdieran irremediablemente, el Hijo de Dios dio su vida para rescatarlas del poder de la tumba; pero no aprecian su gran bondad más que las bestias que perecen.

Querido lector, ¿no considerarás con franqueza y oración cómo transcurren los momentos en tu ajetreada vida? Recuerda que Dios requiere tus afectos indivisos, y que es tu deber amar a tu prójimo como a ti mismo, y trabajar desinteresadamente por su salvación. Tu habilidad, tacto y talento deben emplearse para inducir a tus semejantes a alistarse en el servicio del Redentor. Calcula las horas empleadas en afanes egoístas, cuando deberían haberse dedicado a fines mejores, y mira cómo queda tu cuenta en el Cielo. Trata honesta y verdaderamente con tu alma. ¿No has sido durante mucho tiempo culpable de robo hacia Dios, ese Dios que emplea constantemente todas las agencias de la naturaleza para trabajar en tu favor, y que derramó sobre ti todos los tesoros del Cielo en un solo don, el de su propio Hijo amado?

No hay virtud en la indolencia. Los ociosos están rodeados de peligros tan grandes como los que acechan a los que están sobrecargados de cuidados. Mientras que el trabajo excesivo destruye el vigor físico y mental, los ociosos se oxidan por la inacción. "No perezosos en los negocios, fervorosos en espíritu, sirviendo al Señor", dice el apóstol. Aquí encontraremos el camino recto y seguro, que escapa por igual a los enredos de la mundanalidad y a los males que resultan de la falta de ocupación.

¿Por qué los hombres y las mujeres no siguen un curso sensato? Necesitan un empleo, pero no deben permitir que los afanes de esta vida los emborrachen. Estar ebrio es estar en un estado febril, constantemente ansioso, apresurado, indebidamente excitado. La bebida alcohólica priva al hombre de razón, de modo que sus acciones son salvajes, incoherentes e irrazonables. El borracho no actúa, con sereno juicio, con referencia a su propio interés, como tampoco lo hace el hombre que, embriagado con el espíritu del mundo, troca los intereses eternos por las cosas del tiempo.

Hay temas elevados y santos que deben atraer nuestra atención. Somos propiedad de Cristo, la compra de su sangre; y él tiene trabajo para cada uno de nosotros. No debemos dedicar toda nuestra habilidad y energía a actividades mundanas, de modo que no tengamos vigor, ni un intelecto claro y agudo, para entregarlo a su servicio. Los desobedientes e ingratos, que no responden a sus demandas, no serán excusados por no haberse alistado bajo su bandera. Es deber de todos, mediante una vida bien ordenada y una conversación piadosa, presentar a Cristo al mundo en su verdadero carácter, como el abnegado e inmaculado Cordero de Dios.

Todos tenemos un objeto de deseo. El amante del placer tiene un deseo inquieto, intranquilo e insatisfecho de disfrutar. Pone a Dios fuera de sus pensamientos, y descarta todo deber que no sea placentero. Aprende a depender de la excitación, y se siente incómodo sin ella. Su mente está siempre a punto de inventar nuevas diversiones y entretenimientos. Bebe en la iniquidad y envenena su alma con sus actividades ilícitas.

El hombre codicioso se compromete con toda su alma en la empresa que ha elegido. Puede tener éxito en la vida hasta donde este mundo es capaz de juzgar. Mientras que muchos fracasan, tal vez incluso son mendigados, él puede amasar riquezas; pero él es más digno de lástima que las víctimas de su avaricia, porque ha perdido su alma en un esfuerzo por apoderarse de las sombras.

El hombre ambicioso busca posición, honor y poder. Consigue su objetivo y se hunde en la tumba. El mundo lo aplaude, y lo llama un hombre de éxito; pero, pesado en la balanza del santuario, es declarado deficiente, y es demasiado tarde para redimir su fracaso. Ha gratificado la vanidad y perseguido ilusiones, y en los libros del Cielo la pérdida eterna se anota frente a su nombre.

Así todos tienen algún objeto absorbente que absorbe la mente, y a menudo se permite que este objeto acariciado separe el alma de Dios. Jesús conoce los deseos del corazón humano, y la Biblia nos los da para dirigirlos por el cauce adecuado. Esta santa palabra no prohíbe la actividad; no deja que los hombres lleven vidas sin rumbo; presenta ante ellos objetos dignos de sus mejores esfuerzos. La Biblia muestra al buscador de placeres el camino de la paz y la alegría; dirige las aspiraciones del ambicioso. Si la riqueza es el objeto del deseo, despliega tesoros que nunca defraudarán, riquezas inencontrables, imperecederas como el trono del Eterno.

El salmista observó a los justos y a los malvados. Vio la diferencia en su conducta y en los principios que los gobernaban. Del mundano dice: "He visto

al impío con gran poder, y extendiéndose como un laurel verde. Sin embargo, pasó, y he aquí que no estaba; sí, lo busqué, pero no pudo ser encontrado ". Pero del justo dice: "Fijaos en el hombre perfecto, y ved al recto; porque el fin de ese hombre es la paz."

17 de julio de 1884

"Caminar en la luz"

EGW

"Hay camino que al hombre le parece derecho, pero su fin son caminos de muerte". La ignorancia no es excusa para el error o el pecado, cuando hay todas las oportunidades para conocer la voluntad de Dios. Un hombre está viajando, y llega a un lugar donde hay varios caminos, y un tablero-guía que indica adónde conduce cada uno. Si hace caso omiso del tablero y toma el camino que le parece correcto, puede ser muy sincero, pero con toda probabilidad se encontrará en el camino equivocado.

La palabra de Dios se nos da para que conozcamos sus enseñanzas. Allí leemos que si hacemos su voluntad, conoceremos la doctrina. La ignorancia no excusará a los jóvenes ni a los ancianos, ni los librarán del castigo debido por la transgresión de la ley de Dios, porque haya en sus manos una presentación fiel de esa ley y de sus principios y sus exigencias. No es suficiente tener buenas intenciones; no es suficiente hacer lo que un hombre piensa que es correcto, o lo que el ministro le dice que es correcto. La salvación de su alma está en juego, y debe escudriñar las Escrituras por sí mismo. Por muy fuertes que sean sus convicciones, por muy seguro que esté de que el ministro sabe lo que es verdad, éste no es su fundamento. Él tiene una carta que señala cada hito en el viaje hacia el cielo, y no debe adivinar nada, sino saber cuál es la verdad. Debe escudriñar las Escrituras de rodillas dobladas; mañana, tarde y noche, la oración debe ascender desde lugares secretos, y una oración continua debe surgir de su corazón para que Dios lo guíe a toda la verdad.

La palabra de Dios no da a los hombres libertad para establecer una norma de justicia propia, como hacen muchos que afirman estar libres de pecado. No comparan sus caracteres con la gran norma, la ley de Jehová. Mientras son santos, juzgados por su propia norma imperfecta, las Escrituras los presentan como fariseos pecadores, bajo la condenación de la ley de Dios, que transgreden diariamente. Andan según la imaginación de su propio corazón, y siguen sus propios designios. Sin embargo, muchas de estas personas son sinceras. Piensan

que tienen razón; porque "hay camino que al hombre le parece derecho, pero su fin son caminos de muerte". El sentimiento no es criterio para nadie; las afirmaciones de los hombres no son prueba de la verdad. "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos".

Los hombres presentan muchas teorías y doctrinas, y ésta es la razón de que tantos pretendan estar libres de pecado mientras son transgresores de la ley. Si se miraran en el gran espejo de Dios, retrocederían horrorizados. Dirían con Pablo: "Una vez viví sin la ley; pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió, y yo morí." Oh, cuántos abandonan la "Fuente de aguas vivas," y se labran "cisternas, cisternas rotas, que no retienen agua." Esta es una representación correcta de la santidad espuria tan prevalente en el mundo de hoy. Pero el camino de Dios es el humilde camino de la penitencia, la fe y la obediencia, y ningún sustituto humano será aceptado. "No quieres sacrificios, si no, yo los daría; no te agradan los holocaustos. Los sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y contrito, oh Dios, no despreciarás". Pero toda esta vana jactancia de santidad no es de Dios.

El Señor declaró al antiguo Israel: "No haréis cada uno lo que bien le pareciere", sino que "guardaréis y escucharéis todas estas palabras que yo te mando". Y les prometió: "Si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y prestares oído a sus mandamientos," él "te guardará el pacto y la misericordia que juró a tus padres," y "serás bendito sobre todos los pueblos."

¿Quieres, querido lector, examinar críticamente las razones de tu fe por la ley y el testimonio? Satanás tiene muchos senderos sembrados de flores tentadoras, que conducen directamente al camino ancho hacia la muerte y el infierno. Nuestra única seguridad está en el camino de la obediencia. Los hombres no pueden seguir sus propios deseos y estar en lo correcto. No sólo involucran sus propias almas en la ruina, sino que con su ejemplo también ponen en peligro a otros.

Dios es exacto para marcar la iniquidad. Los pecados de irreflexión, negligencia, olvido e incluso ignorancia, han sido visitados por algunas de las manifestaciones más maravillosamente marcadas de su desagrado. Muchos que han sufrido terribles castigos por sus pecados, podrían haber alegado tan plausiblemente como lo hacen los de hoy que caen en errores similares, que no querían hacer daño, y algunos incluso dirían que pensaban que estaban haciendo un servicio a Dios; pero la luz brilló sobre ellos, y la ignoraron.

Veamos algunos ejemplos que se encuentran en la historia sagrada. Ayudado por sus hijos, Aarón había ofrecido los sacrificios que Dios exigía; alzó las manos y bendijo al pueblo. Todo se había hecho como Dios lo había ordenado, y él aceptó el sacrificio, y reveló su gloria de una manera muy notable; porque vino fuego del Señor, y consumió la ofrenda sobre el altar. El pueblo contempló esta maravillosa manifestación del poder divino con asombro e intenso interés. Vieron en ella una señal de su gloria y su favor, y lanzaron un grito universal de alabanza y adoración, y se postraron sobre sus rostros, como si estuvieran en la presencia inmediata de Jehová.

Mientras ascendían ante Dios las oraciones y alabanzas del pueblo, dos de los hijos de Aarón tomaron cada uno su incensario y quemaron en él incienso aromático, para que se levantase como olor grato delante de Dios. Pero habían bebido demasiado vino, y habían usado fuego extraño, contra el mandamiento del Señor. Y la ira de Dios se encendió contra Nadab y Abiú por su desobediencia, y salió fuego del Señor y los devoró a la vista del pueblo. Con este juicio, Dios quiso enseñar al pueblo que debía acercarse a él con reverencia y temor, y a su manera. No le agrada la obediencia parcial. No era suficiente que en este solemne tiempo de adoración se hiciera casi todo como él lo había ordenado.

El Señor envió a Samuel al rey Saúl con un mensaje especial. "Ve", le dijo, "y hiere a Amalec, y destruye todo lo que tienen, y no los perdones, sino mata tanto al hombre como a la mujer, al niño y al que mama, al buey y a la oveja, al camello y al asno". Saúl fue fiel y celoso en el cumplimiento de una parte de su comisión. Hirió a los amalecitas con una gran matanza; pero tomó la proposición del pueblo ante el mandato de Dios, y perdonó a Agag, el rey, y "lo mejor de las ovejas, y de los bueyes, y de los engordados, y de los corderos, y todo lo que era bueno."

El Señor ordenó a Saúl que "destruyese por completo a los pecadores amalecitas, y luchase contra ellos hasta consumirlos". El Señor sabía que esta nación malvada borraría, si fuera posible, a su pueblo y su culto de la tierra; y por esta razón había ordenado que incluso los niños pequeños fueran exterminados. Pero Saúl había perdonado al rey, el más malvado y despiadado de todos; uno que había odiado y destruido al pueblo de Dios, y cuya influencia había sido más fuerte para promover la idolatría.

Saúl pensó que había hecho todo lo esencial de lo que el Señor le había mandado hacer. Tal vez hasta se lisonjeó de que era más misericordioso que su Hacedor,

como hacen algunos incrédulos en nuestros días. Salió al encuentro de Samuel con el saludo: "Bendito seas tú del Señor; yo he cumplido el mandamiento del Señor". Pero cuando el profeta le preguntó qué significaba el balido de las ovejas y el mugido de los bueyes que oía, Saúl se vio obligado a confesar que el pueblo había tomado del botín, ovejas y bueyes, lo principal de las cosas que deberían haber sido totalmente destruidas, para sacrificarlas al Señor en Gilgal.

¿Aceptó el Señor esta justificación de la conducta de Saulo? ¿Estaba complacido con esta obediencia parcial, y dispuesto a pasar por alto la nimiedad que había sido descuidada por tan buen motivo? Saúl hizo lo que pensó que era mejor, y ¿no elogiaría el Señor tan excelente juicio? No. Dijo Samuel: "¿Se complace tanto el Señor en los holocaustos y sacrificios como en obedecer la voz del Señor? He aquí que obedecer es mejor que los sacrificios, y escuchar que la grosura de los carneros. Porque la rebelión es como pecado de hechicería, y la obstinación como iniquidad e idolatría. Por cuanto has desechado la palabra del Señor, él también te ha desechado para que no seas rey."

Estos ejemplos muestran cómo mira Dios a su pueblo profeso cuando obedecen parte de sus mandamientos mientras que en otros aspectos siguen un curso de su propia elección. Que nadie se haga ilusiones de que una parte de los requisitos de Dios no son esenciales. Él no ha puesto en su palabra ningún mandamiento que los hombres puedan obedecer o desobedecer a voluntad, sin sufrir las consecuencias. Si los hombres escogen cualquier otro camino que no sea el de la obediencia estricta, encontrarán que "su fin son caminos de muerte."

24 de julio de 1884

"Caminar en la luz"

(Concluido.)

EGW

Dice el salmista: "La ley del Señor es perfecta". Es también inmutable, la norma de la justicia, o del bien obrar, a través de todas las épocas. Es "la ley perfecta de la libertad"; de ahí que tanto la felicidad del hombre como la gloria de Dios exijan que sea respetada y obedecida.

Dios ha honrado altamente su santa ley. El arca del testamento, que contenía la ley grabada en tablas de piedra, era el símbolo de su presencia junto a su pueblo. Esta arca sagrada estaba entretejida con la historia nacional de los israelitas, así

como con su fe religiosa. Estuvo con ellos en su peregrinación por el desierto; y cuando el pueblo pasó el Jordán para tomar posesión de la tierra prometida, por orden de Dios el arca fue llevada por los sacerdotes hasta el medio del río, y allí permaneció hasta que todo Israel hubo pasado por el camino que el favor de Dios les había abierto. A menudo era llevada por los ejércitos de Israel como señal de que Dios estaba con su pueblo y hacía suya su causa. Cuando esto sucedía, sus enemigos se aterrorizaban, pues sabían que nada podía hacer frente al poderoso Dios de Israel. Pero si transgredían esa ley, perdían la protección divina y eran entregados en manos de sus enemigos.

Como consecuencia de la maldad del pueblo, y por haber llevado imprudentemente el emblema de su presencia al campamento cuando el Señor no estaba con ellos, Dios entregó a los hijos de Israel en manos de sus enemigos, los filisteos, y el arca fue tomada. Pero a los paganos no les estaba permitido considerar el arca sagrada de Dios como algo común. Dagón, su dios, fue humillado ante ella; y en todas las ciudades donde el arca fue tomada, el pueblo fue gravemente afligido. Y los filisteos decían: "El arca del Dios de Israel no permanecerá con nosotros; porque su mano está gravemente sobre nosotros, y sobre Dagón nuestro dios."

"Los filisteos llamaron a los sacerdotes y adivinos, diciendo: ¿Qué haremos con el arca del Señor? Decidnos con qué la enviaremos a su lugar". Estos hombres aconsejaron al pueblo que no enviaran el arca vacía, sino que devolvieran con ella una ofrenda por la culpa. Dijeron: "Haréis imágenes de vuestros emerodes, e imágenes de vuestros ratones que estropean la tierra; y daréis gloria al Dios de Israel; por ventura aligerará su mano de vosotros, y de vuestros dioses, y de vuestra tierra. ¿Por qué, pues, endurecéis vuestro corazón, como endurecieron su corazón los egipcios y Faraón? Cuando él hizo maravillas entre ellos, ¿no dejaron ir al pueblo, y se marcharon? Ahora, pues, haced un carro nuevo, y tomad dos vacas lecheras, en las cuales no haya yugo, y atad las vacas al carro." Así lo hicieron los filisteos; y pusieron el arca en el carro nuevo, con las joyas de oro para ofrenda por la culpa en un cofre junto a ella.

Las vacas llegaron con rumbo recto a Bet-semes, en las fronteras de Israel, y los hombres de Bet-semes las ofrecieron como ofrenda al Señor. Pero cuando los israelitas, por motivos de ociosa curiosidad, miraron familiarmente dentro del arca, cincuenta mil de ellos fueron muertos por su temeridad. El arca fue llevada entonces a Quiriat-jearim, y permaneció muchos años en la casa de Abinadab.

Entonces vino el rey David, con treinta mil hombres escogidos de Israel, para llevarla a su ciudad, con música y regocijo, con gran despliegue y con honores señalados. Llevaban el arca en un carro nuevo, y cuando llegaron a un lugar escabroso del camino, Uza extendió la mano para sostenerla. Dios había ordenado que ninguna mano que no fuera la de un sacerdote consagrado tocara el sagrado depósito de su ley, y se habían ordenado ceremonias especiales de purificación y preparación; pero Uza la tocó con mano pecaminosa y profana, y fue muerto delante del Señor. "Y David tuvo miedo de Jehová aquel día, y dijo: ¿Cómo vendrá a mí el arca de Jehová?". Y dejó el arca en casa de Obed-edom; y el Señor bendijo a Obed-edom y a toda su casa a causa del arca.

Así guardó Dios con celoso cuidado el arca que contenía su santa ley, para que todos quedaran profundamente impresionados con el carácter sagrado de esa ley. No es de extrañar que cuando el pueblo presenciaba los juicios infligidos a los que despreciaban la ley de Dios o la trataban con falta de respeto, exclamara: "¿Quién podrá estar delante de este santo Señor Dios?". La ley fue ordenada para vida, y es expresión del amor de Dios al hombre. Despreciarla es despreciar a su Autor, pues participa de la perfección del carácter divino. Para el transgresor se convierte, no en sabor de vida para vida, sino de muerte para muerte. Jesús magnificó la ley y la hizo honorable, muriendo para satisfacer sus demandas. Dio su vida en ofrenda por las transgresiones, para que, mediante su justicia imputada, los hombres pudieran reconciliarse con Dios y escapar del castigo debido a la desobediencia.

Y sin embargo, la ley de Dios es casi universalmente despreciada y pisoteada, mientras que las leyes humanas son exaltadas. Hay un poder que en las Escrituras se llama el hombre de pecado, que ha pensado cambiar esta gran norma de justicia. Ha arrancado el cuarto mandamiento del seno del decálogo, y en lugar del santo sábado de Dios ha sustituido uno de su propia invención. Los que aceptan este sábado espurio deshonran en gran manera al Dios del Cielo, y su ofensa es grandemente exagerada cuando no sólo quebrantan la ley ellos mismos, sino que se esfuerzan por inducir a otros a desobedecerla también.

El Señor ha especificado que el séptimo día es su sábado. "Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios". Pero se ha hecho que una institución humana ocupe el lugar de la divina; otro día ha suplantado el santo y santificado día de descanso de Dios. La iglesia cristiana acepta este día en lugar del que Dios ha escogido, y lo presenta al mundo para que sea observado y reverenciado. Demuestran así que no aman la ley de Dios, ni aprecian su influencia justa y restrictiva.

Dios ha establecido las condiciones de la salvación. Exige que los hombres guarden sus mandamientos como hijos obedientes. Las Sagradas Escrituras están llenas de lecciones que muestran que Dios no se satisface con una obediencia parcial. No deja que los hombres confíen en su juicio humano y seleccionen la parte de su ley que decidan obedecer. Se les exige que tengan una visión correcta del deber. No están en libertad de aceptar lo que el hombre ignorante, pecador y débil pueda sugerirles, creerles o exhortarles; sino que deben aceptar la palabra de Dios y andar de acuerdo con su voluntad revelada.

Dios ha dado a los hombres la razón, y el uso más noble que se puede dar a las facultades intelectuales es el estudio de su palabra. Y cuando mediante una aplicación diligente y orante se ha discernido la voluntad de Dios, no debe permitirse que nada se interponga entre Dios y el alma para desviarla del camino de la estricta obediencia. No debe considerarse ni por un momento ninguna sugerencia de decoro, ningún motivo de conveniencia, ningún deseo egoísta de ganancia, ningún temor de pérdida, deshonra o reproche. Dios ordena, y eso es suficiente. La luz brilla, y es nuestro deber caminar en ella. Si los hombres sustituyen los preceptos de la ley de Dios por costumbres y tradiciones humanas, y proclaman al mundo que esa ley, o cualquier parte de esa ley, ya no está en vigor, por muy honrados que sean, están bajo la condenación de la ley, y perecerán como transgresores.

Si aceptas una verdad impopular, los ministros pueden decirte: "Eres demasiado particular. Para tener influencia con el mundo, debes hacer lo que hace el mundo". Pero tales hombres están actuando como portavoces de Satanás. Están predicando una doctrina que le agrada. Ninguna autoridad de la Iglesia o del Estado, ningún decreto de reyes o emperadores, ningún mandato de obispos o sacerdotes, puede absolverlos de la obediencia a la ley de Dios, ni justificar la menor desviación de sus exigencias. El razonamiento finito no debe sustituir a la simple confianza; la voluntad propia no debe llevarnos a la desobediencia.

No permita que las palabras de hombres que profesan ser sabios en las Escrituras le disuadan de escudriñarlas por sí mismo, ni que le impidan obedecer los preceptos de Jehová. No albergues el pensamiento de que algunas de las cosas que enseña la Biblia no son esenciales. "A la ley y al testimonio" como prueba. Los problemas del deber y del destino sólo se aclaran cuando se estudian a la luz de la voluntad revelada de Dios. En medio de las artimañas de Satanás a que estamos expuestos, y de las variadas tentaciones que nos rodean, tenemos la promesa segura de la guía divina. "Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino", dice David. "Bienaventurados los que guardan sus

mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad".

31 de julio de 1884

La visión de Bethel

[Sermón pronunciado en el campamento de Los Ángeles, Cal., el 10 de mayo de 1884.]

EGW

"Salió Jacob de Berseba y se dirigió a Harán. Y se detuvo en cierto lugar, y pasó allí la noche, porque el sol se había puesto; y tomó de las piedras de aquel lugar, y las puso por almohadas, y se acostó en aquel lugar a dormir. Y soñó, y he aquí una escalera puesta sobre la tierra, y su extremo superior llegaba hasta el Cielo; y he aquí los ángeles de Dios que subían y descendían por ella. Y he aquí que el Señor estaba de pie sobre ella, y decía: Yo soy el Señor, el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac; a ti y a tu descendencia daré la tierra en que moras; y tu descendencia será como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y en ti y en tu descendencia serán benditas todas las familias de la tierra. Y he aquí que yo estoy contigo, y te guardaré en todos los lugares adonde fueres, y te haré volver a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho. Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! Ésta no es otra sino la casa de Dios, y ésta es la puerta del Cielo". Génesis 28:10-17.

Jacob no tenía un carácter perfecto. Pecó contra su padre, contra su hermano, contra su propia alma y contra Dios. La inspiración registra fielmente las faltas de los hombres buenos, los que se distinguieron por el favor de Dios; de hecho, sus faltas se transcriben mucho más detalladamente que sus virtudes. Estaban rodeados de debilidades; eran asaltados por tentaciones, y a menudo eran vencidos por ellas; pero estaban dispuestos a aprender en la escuela de Cristo. Si estos personajes se presentaran ante nosotros como intachables, tenderían a desalentarnos en nuestros esfuerzos por alcanzar la justicia. No debemos complacernos en las faltas de los demás; pero puede infundirnos valor saber que hombres de pasiones semejantes a las nuestras han peleado la buena batalla de la fe, y han quebrantado a Satanás bajo sus pies. El registro de sus vidas puede servirnos de advertencia. Demuestra que Dios de ninguna manera absolverá a los culpables. Él ve pecado en sus más favorecidos, y los castiga aún más

decididamente que a aquellos que tienen menos luz y responsabilidad. Pero en contraste con los pecados y errores de la humanidad se presenta un carácter perfecto, el del Hijo de Dios, que revistió su divinidad de humanidad y caminó como hombre entre los hijos de los hombres. Él es nuestro modelo, puro, sin pecado e inmaculado.

Jacob obtuvo por fraude la bendición destinada a su hermano. Dios le había prometido la primogenitura, y la promesa se habría cumplido a su debido tiempo si hubiera estado dispuesto a esperar. Pero, como muchos de los que ahora profesan ser hijos de Dios, le faltó fe y pensó que debía hacer algo por sí mismo, en lugar de dejar sumisamente el asunto en manos del Señor. Como resultado, fue un fugitivo de la casa de su padre, corriendo por temor a su vida por la furia de su hermano Esaú.

Mientras seguía su solitario camino, se sintió muy abatido y desalentado. Temía que por su precipitado proceder hubiera perdido la bendición que Dios quería darle, y que su oportunidad se hubiera esfumado para siempre; y Satanás estaba dispuesto a aprovecharse de su depresión y a insistir en sus tentaciones. Sin embargo, Dios no abandonó completamente a Jacob. Su misericordia seguía extendiéndose a su siervo descarriado y desconfiado, aunque permitiría que le sobrevinieran aflicciones hasta que aprendiera la lección de la paciente sumisión. El Señor le reveló con gracia y compasión lo que Jacob necesitaba: un Salvador. Había pecado; pero su corazón se llenó de gratitud al ver revelado un camino por el cual podía ser restaurado al favor de Dios.

Cansado de su viaje, el caminante se acostó en el suelo, con una piedra por almohada. Y mientras dormía, el Señor le dio una visión. Contempló una escalera, brillante y resplandeciente, cuya base descansaba sobre la tierra, mientras que la cima llegaba hasta el Cielo. Por esta escalera subían y bajaban ángeles, y encima de ella estaba el Señor de la gloria, que se dirigió a Jacob con palabras de maravilloso aliento. Aseguró a Jacob que estaba bajo la tutela divina en su ausencia del hogar, y que la tierra donde yacía como exiliado y fugitivo le sería dada a él y a su posteridad. La promesa dada a Abrahán fue solemnemente renovada: "En ti y en tu descendencia serán benditas todas las familias de la tierra".

El Señor conocía las malas influencias que rodearían a Jacob, y los peligros a que estaría expuesto; y el futuro se abrió ante él, para que, comprendiendo plenamente el propósito divino con referencia a sí mismo, pudiera estar preparado para resistir las tentaciones que seguramente le sobrevendrían solo

en medio de idólatras y hombres intrigantes. Tendría siempre ante sí la elevada norma a la que debía aspirar, y el conocimiento de que a través de él el propósito de Dios estaba alcanzando su cumplimiento sería una guardia y un escudo constantes.

Jacob se despertó con una solemne sensación de la presencia de Dios. "El Señor está en este lugar", dijo, "y yo no lo sabía". A través del Espíritu de Dios, el plan de la redención le fue revelado, no completamente, sino en las partes que le era esencial conocer. El tiempo del primer advenimiento de Cristo estaba todavía muy lejos en el futuro; pero Dios no permitiría que su siervo permaneciera en la ignorancia del hecho de que al hombre pecador se le había provisto de un Abogado ante el Padre.

Hasta el momento de la rebelión del hombre contra el gobierno de Dios, había habido libre comunión entre Dios y el hombre. El Cielo y la Tierra habían estado conectados por un camino que al Señor le gustaba recorrer. Pero el pecado de Adán y Eva separó la tierra del Cielo. La maldición del pecado cayó sobre la raza humana, y era tan ofensiva para Dios que el hombre no podía tener comunión con su Hacedor, por mucho que lo deseara. No podía escalar las almenas del Cielo y entrar en la ciudad de Dios, porque en ella no entra nada que contamine. La escalera representa a Jesús, el medio de comunicación designado. Si él no hubiera salvado con sus propios méritos el abismo que el pecado había abierto, los ángeles ministradores, subiendo y bajando por esa escalera, no habrían podido comunicarse con el hombre caído.

Todo esto le fue revelado a Jacob en sueños. Aunque su mente captó enseguida una parte de la revelación, sus grandes y misteriosas verdades fueron el estudio de toda su vida, y se desplegaron a su entendimiento más y más. En su conversación con Natanael, Jesús se refirió a esta escala mística que Jacob contempló con complacido asombro. Dijo: "En verdad, en verdad os digo que después veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre".

El trabajo de nuestra vida es comenzar en el peldaño más bajo de la escalera y ascender paso a paso hacia el cielo. Hay un trabajo serio en esto, pero no podemos ganar la vida eterna de ninguna otra manera. Debemos asumir nuestros deberes diarios. Debemos sacrificarnos, negarnos a nosotros mismos y caminar por el humilde sendero de la obediencia. Debemos librar serias batallas contra nosotros mismos y contra los poderes de las tinieblas. Nos encontraremos con fuertes tentaciones de ir con la multitud, que presiona hacia abajo; porque por

este medio podemos evitar ser singulares. Pero debemos aferrarnos firmemente a Cristo y seguir subiendo. Mirar hacia atrás es marearse; soltarse es perecer. El ojo de la fe debe dirigirse continuamente hacia arriba para discernir un poderoso ayudante en nuestro tierno Padre celestial.

Ascendemos por escalones sucesivos. Cuando soltamos una ronda, es para agarrar otra que está aún más alta. Así la mano está constantemente extendiéndose hacia arriba para alcanzar grados sucesivos de gracia, y los pies se plantan en un redondel tras otro, hasta que finalmente se nos administrará una entrada abundante en el reino de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo.

Es necesario esforzarse, pero de nada servirá si no nos esforzamos legítimamente. Profesar subir por Cristo, y reclamar su justicia, mientras se vive en desobediencia a la ley de Dios, es continuar en el pecado para que la gracia abunde. Es clamar, Cristo, Cristo, y confiar en él, mientras se está en rebelión diaria contra Dios. Debemos tener arrepentimiento hacia Dios, cuya ley hemos quebrantado, así como fe en Cristo, por quien nuestras ofensas son perdonadas. El hombre perdió el paraíso por la transgresión de la santa ley de Dios, y sólo puede recuperarlo mediante la obediencia a esa ley.

Tenemos motivos para alegrarnos de que el mundo no se haya quedado en una solitaria desesperanza. Jesús dejó el trono real y su alto mando en el Cielo, y se hizo pobre para que nosotros, a través de su pobreza, nos enriqueciéramos. Tomó sobre sí nuestra naturaleza para enseñarnos a vivir. En los pasos que el pecador debe dar en la conversión -arrepentimiento, fe y bautismo-, él abrió el camino. No se arrepintió por sí mismo, pues era impecable, sino en favor de los hombres.

Jesús se convirtió en "el reparador de la brecha, el restaurador de senderos donde habitar". Se convirtió en un exiliado a la tierra para traer de vuelta a la única oveja perdida y descarriada, al único mundo arruinado por el pecado. En él se combinaban lo terrenal y lo celestial, lo humano y lo divino; de otro modo, no podría ser un Mediador al que los pecadores pudieran acercarse, y por medio del cual pudieran reconciliarse con su Hacedor. Pero ahora rodea a la raza en brazos de simpatía y amor mientras se aferra al trono del Infinito, uniendo así al hombre en su debilidad e impotencia con la Fuente de fuerza y poder.

Mientras Jesús oraba después de su bautismo, el Espíritu Santo, en forma de paloma de oro bruñido, se cernió sobre él, y se oyó una voz que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia." A través de las puertas entreabiertas fluían brillantes rayos de gloria desde el trono de Jehová, y esta

luz brilla incluso sobre nosotros. La seguridad dada a Cristo es seguridad para todo hijo de Dios arrepentido, creyente y obediente, de que es aceptado en el Amado.

Estamos en deuda con Jesús por todas las bendiciones que disfrutamos. Deberíamos estar profundamente agradecidos por ser sujetos de su intercesión. Pero Satanás engaña a hombres y mujeres presentándoles el servicio de Cristo bajo una luz falsa, y haciéndoles creer que es una condescendencia de su parte aceptar a Jesús como su Redentor. Si viéramos el privilegio cristiano bajo la luz correcta, consideraríamos la más alta exaltación ser considerados hijos de Dios, herederos del Cielo; y nos regocijaríamos de poder caminar con Jesús en su humillación. Pero nuestro Salvador nos asegura que hay algunos que querrían subir por otro camino que no fuera el fatigoso y abnegado camino de la cruz. Evitarían el oprobio y rehuirían los sacrificios. Cristo llama a tales ladrones y salteadores. Si no estamos dispuestos a soportar la tormenta de la oposición, si elegimos flotar con la corriente, perderemos la vida eterna.

Y ahora la cuestión que cada uno debe resolver es: ¿Dejarás las oscuras moradas del pecado y la aflicción, y buscarás las mansiones que Jesús ha ido a preparar para sus seguidores? En su nombre os suplicamos que pongáis firmemente los pies en la escalera y subáis. Abandonad vuestros pecados, superad vuestros defectos de carácter y aferraos con todas vuestras fuerzas a Jesús, el camino, la verdad y la vida. Que cada uno de nosotros tenga éxito. Nadie que persevere dejará de tener vida eterna. Los que creen en Cristo no perecerán jamás, ni nadie los arrebatará de su mano. Los ángeles malignos tratarán de debilitar su adhesión a Cristo y de atraer sus ojos a la tierra; pero Dios enviará santos ángeles ministradores para ayudarles y fortalecer sus manos.

El Señor mostró a Jacob los cielos abiertos. Contempló la tierra unida al Cielo, y vio el brillante despliegue de los ángeles y la majestad de la Deidad. Una voz divina se dirigió al arrepentido y desalentado con palabras de graciosa seguridad, y le habló de grandes cosas por venir. Y así, por los méritos de nuestro Redentor, el Padre nos mira con tierna compasión, y nos habla esperanzadamente el lenguaje del perdón y del amor.

"Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman". Cuanto más avance el cristiano en el camino hacia el cielo, más claramente discernirá la nada de las cosas terrenales, mientras que con un ojo de fe contempla las glorias del mundo invisible y eterno. Te señalamos, querido compañero de viaje, una ciudad que

tiene fundamentos, cuyo constructor y artífice es Dios. Pero las colinas a las que nos dirigimos no están en la tierra, y bien podríamos desesperar de alcanzarlas alguna vez, si no fuera por la gloriosa escalera cuya base está en la tierra, mientras que su cima alcanza lo más alto del Cielo.

7 de agosto de 1884

Oración en familia

EGW

Si alguna vez hubo un momento en que cada casa debería ser una casa de oración, es ahora. Prevalecen la infidelidad y el escepticismo. La iniquidad abunda y, en consecuencia, el amor de muchos se enfría. La corrupción fluye en las corrientes vitales del alma, y la rebelión contra nuestro Padre celestial estalla en la vida. La depravación extiende su repugnante cancro sobre todo el corazón. Las facultades morales, esclavizadas por el pecado, están bajo la tiranía de apetitos y pasiones impíos. El alma se convierte en el deporte de las tentaciones de Satanás; y a menos que algún brazo poderoso se extienda para rescatarla, el hombre va por donde el archirrebelde conduce el camino.

El empleo regular de Satanás es trabajar por la destrucción de la raza. Dice el apóstol Pedro: "Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar". Aquí se representa a Satanás merodeando, esperando encontrar alguna pobre alma fuera de guardia, separada de Dios, para hacerla su presa. Y el hombre, en su orgullo, está completamente indefenso. Bien puede temblar ante el terrible poder, la astucia y el engaño que ejerce Satanás sobre todos los que no están asidos por la fe de la mano de Cristo.

Y sin embargo, en este tiempo de temible peligro, algunos que profesan ser cristianos no tienen altar familiar. No honran a Dios en el hogar, ni enseñan a sus hijos a amarlo y temerlo. Hay personas que intentan enseñar la Biblia que abren sus reuniones sin oración; y no faltan quienes profesan ser seguidores de Jesús, y sin embargo sostienen que no hay nada en la palabra de Dios que enseñe el deber de la oración vocal. Estas cosas me afligen; porque sé que la vigilancia continua y la oración incesante son necesarias para toda alma que quiera resistir con éxito las artimañas del gran engañador. Los que mantienen tales posiciones no son cristianos sinceros. Hay muchos que, como niños revoltosos, se han separado tanto de Dios que se sienten condenados al acercarse a él. No pueden "acercarse confiadamente al trono de la gracia", "levantando manos santas, sin

ira y sin dudar". No tienen manos limpias; no tienen corazones puros; no tienen conexión viva con Dios. La suya es una forma de piedad sin el poder.

La idea de que la oración no es esencial es una de las artimañas más exitosas de Satanás para arruinar las almas. Orar es dirigir la mente a Dios, la Fuente de la sabiduría, la Fuente de la fuerza, la paz y la felicidad. La oración incluye el reconocimiento de las perfecciones divinas, la gratitud por las misericordias recibidas, la confesión penitencial de los pecados y la súplica ferviente de la bendición de Dios, tanto para nosotros como para los demás. Jesús oraba al Padre con fuertes gritos y lágrimas. Pablo exhorta a los creyentes a "orar sin cesar". "En toda oración y ruego, con acción de gracias, sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios". "Orad unos por otros", dice Santiago. "La oración eficaz del justo puede mucho". Dios tiene derecho a ordenar nuestras devociones; su autoridad es sagrada e incuestionable. Tenemos la obligación de orar porque él lo requiere; y al obedecer sus requerimientos recibiremos una graciosa y preciosa recompensa.

No conozco nada que me cause tanta tristeza como un hogar sin oración. No me siento seguro en una casa así ni una sola noche; y si no fuera por la esperanza de ayudar a los padres a darse cuenta de su necesidad y de su triste negligencia, no me quedaría. Los niños muestran el resultado de esta negligencia; porque el temor de Dios no está ante ellos. Los padres deben cercar a sus hijos con la oración; deben orar con plena fe en que Dios permanecerá con ellos, y que santos ángeles los protegerán a ellos y a sus hijos del cruel poder de Satanás.

En toda familia debe haber orden y hábitos regulares. Debe haber una hora fija para levantarse por la mañana, una hora para el desayuno y una hora para la oración, ya sea directamente antes o directamente después de la comida matutina. Cuán apropiado es que los padres reúnan a sus hijos a su alrededor antes de romper el ayuno, y dirijan sus jóvenes mentes a nuestro Padre celestial, que nos concede las bondades de su providencia. Que den gracias a Dios por protegerlos durante la noche, y pidan ayuda y gracia y la vigilancia de los ángeles durante el día. El hombre no debe ser tan inconsciente de Dios como las bestias del campo, que comen y beben, pero no rinden tributo de oración o alabanza agradecida a su Hacedor. Las bestias no tienen razón; pero los hombres deben comprender la gran condescendencia de Dios para con los mortales finitos y pecadores.

Padres y madres, al menos por la mañana y por la noche elevad vuestros corazones a Dios en humilde súplica por vosotros y por vuestros hijos. Vuestros

seres queridos están expuestos a tentaciones y pruebas. Hay preocupaciones e irritaciones que acosan diariamente el camino de los viejos y de los jóvenes; y aquellos que quieran vivir una vida paciente, amorosa y alegre en medio de las molestias diarias, deben orar. Esta victoria sólo puede obtenerse mediante un propósito resuelto e inquebrantable, una vigilancia constante y la ayuda continua de Dios.

El padre, que es el sacerdote de su hogar, debe dirigir el culto matutino y vespertino. No hay razón para que éste no sea el ejercicio más interesante y agradable de la vida hogareña, y se deshonra a Dios cuando se hace árido y fastidioso. Que las temporadas de adoración familiar sean cortas y animadas. No permita que sus hijos o cualquier miembro de su familia les tengan pavor debido a su tedio o falta de interés. Cuando se lee y se explica un largo capítulo y se ofrece una larga oración, este precioso servicio se vuelve tedioso, y es un alivio cuando termina.

Debe ser el objetivo especial de los jefes de familia hacer que la hora del culto sea intensamente interesante. Con un poco de reflexión y una cuidadosa preparación para este tiempo, cuando llegamos a la presencia de Dios, el culto familiar puede hacerse agradable, y estará lleno de resultados que sólo la eternidad revelará. Que el padre seleccione una porción de las Escrituras que sea interesante y fácil de entender; unos pocos versículos serán suficientes para proporcionar una lección que puede ser estudiada y practicada durante todo el día. Se pueden hacer preguntas, unos pocos comentarios serios e interesantes, o un incidente, corto y al punto, puede ser traído a modo de ilustración. Pueden cantarse por lo menos algunos versos de una canción enérgica, y la oración ofrecida debe ser breve y concreta. El que dirige la oración no debe orar por todo, sino expresar sus necesidades con palabras sencillas, y alabar a Dios con acción de gracias.

Abraham, el amigo de Dios, nos dio un ejemplo digno. La suya fue una vida de oración y humilde obediencia, y fue como una luz en el mundo. Dondequiera que plantara su tienda, cerca de ella se erigía su altar, en el que se pedía el sacrificio matutino y vespertino de cada miembro de su familia. Cuando su tienda era retirada, el altar permanecía. El cananeo errante, al toparse con ese altar, sabía quién había estado allí antes que él; y cuando había levantado su tienda, reparaba el altar y adoraba al Dios vivo.

En los hogares cristianos debería brillar una luz similar. El amor debe revelarse en la acción. Debe fluir en todas las relaciones del hogar, mostrándose en

bondad considerada, en cortesía gentil y desinteresada. Hay hogares donde se ponen en práctica estos principios, hogares donde se adora a Dios y reina el amor más verdadero. En estos hogares la oración matutina y vespertina se eleva ante Dios como dulce incienso, y sus misericordias y bendiciones descienden sobre los suplicantes como el rocío de la mañana.

Debemos tener más religión. Necesitamos la fuerza y la gracia que nacen de la oración ferviente. Este medio de gracia debe usarse diligentemente para ganar músculo espiritual. La oración no hace descender a Dios hacia nosotros, sino que nos hace ascender hacia Él. Nos hace comprender cada vez más nuestras grandes necesidades y, por tanto, nuestra obligación para con Dios y nuestra dependencia de Él. Nos hace sentir nuestra propia nada y la debilidad de nuestro juicio.

Dios ha hecho de la oración ferviente la condición para la concesión de sus más ricas bendiciones. La oración nos acerca cada vez más a Jesús. Por muy plenamente que nos hayamos entregado a Dios en la conversión, de nada sirve si no renovamos nuestra consagración en cada uno de los deberes que se nos presentan. Querido lector, conságrate a Dios por la mañana; haz de esto tu primer asunto, aunque tengas que levantarte media hora antes para encontrar tiempo. Que tu oración sea: "Tómame, Señor, totalmente tuyo. Pongo todos mis planes a tus pies. Úsame hoy a tu servicio. Cualquier recado que pueda hacer, envíame. Cualquier cosa que pueda decir para honrarte, o llevar almas a Cristo, ayúdame a decirla".

Se trata de una cuestión diaria. Cada mañana conságrate a ti mismo y a tu familia a Dios para ese día. No hagas cálculos para meses o años, porque no son tuyos. Se te da un breve día, y ese día trabaja para ti y para tu familia como si fuera el último. Entrega todos tus planes a Dios, para que los lleve a cabo o los abandone, según indique su providencia. Así, día a día, irás entregando tu vida, con sus planes y propósitos, en las manos de Dios, aceptando sus planes en lugar de los tuyos, por mucho que interfieran con tus disposiciones ni por muchos proyectos agradables que haya que abandonar. Así la vida se irá moldeando cada vez más según el Modelo divino; y "la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús."

14 de agosto de 1884

Ejemplos sorprendentes de oración

EGW

La oración se ha convertido en el medio para obtener bendiciones que de otro modo no se recibirían. Los patriarcas eran hombres de oración, y Dios hizo grandes cosas por ellos. Cuando Jacob dejó la casa de su padre para ir a una tierra extraña, oró con humilde contrición, y en la estación nocturna el Señor le respondió por medio de una visión. Vio una escalera, brillante y resplandeciente, cuya base descansaba en la tierra y cuyo extremo superior llegaba hasta lo más alto del Cielo. En su cima estaba el Dios del Cielo en su gloria, y los ángeles ascendían y descendían por la mística escalera. El Señor consolaba al solitario caminante con preciosas promesas, y se representaban ángeles protectores apostados a cada lado de su camino. Después, mientras regresaba a casa de su padre, luchó con el Hijo de Dios toda la noche, hasta el amanecer, y venció. Se le aseguró: "No se llamará más tu nombre Jacob, sino Israel; porque como príncipe tienes poder con Dios y con los hombres".

José oró, y fue preservado del pecado en medio de influencias que estaban calculadas para alejarlo de Dios. Cuando fue tentado a abandonar el camino de la pureza y la rectitud, dijo: "¿Cómo puedo hacer esta gran maldad, y pecar contra Dios?".

Moisés, que oraba mucho, era conocido como el hombre más manso sobre la faz de la tierra. Por su mansedumbre y humildad fue honrado por Dios, y cumplió con fidelidad las altas, nobles y sagradas responsabilidades que le fueron confiadas. Mientras guiaba a los hijos de Israel por el desierto, una y otra vez parecía que debían ser exterminados a causa de su murmuración y rebelión. Pero Moisés acudió a la verdadera Fuente del poder; expuso el caso ante el Señor. Sabía que Israel había provocado la ira divina y que merecía el castigo, pero no podía soportar la idea de que Dios los rechazara.

Moisés suplicó las palabras de Dios con una seriedad y sinceridad que los mortales nunca han igualado: "Y ahora, te ruego, que el poder de mi Señor sea grande según lo que has dicho, diciendo: El Señor es paciente, y de gran misericordia, que perdona la iniquidad y la transgresión, y de ninguna manera limpia al culpable.... Perdona, te ruego, la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, y como has perdonado a este pueblo, desde Egipto hasta ahora." Y el Señor respondió: "He perdonado según tu palabra".

He aquí un ejemplo de oración inteligente, una apelación a la razón y a la simpatía de Jehová; y la oración de Moisés fue atendida, porque Dios es razonable y compasivo. Las penas de su pueblo tocan su corazón de amor; y ¿no escuchará nuestra oración imperiosa? ¿No tendrá en cuenta nuestra urgencia? Su bondad no desfallece. Como Padre bondadoso, no se burla de las miserias de sus hijos. ¿Y no vengará a los suyos, que claman día y noche a él?

Daniel era un hombre de oración; y Dios le dio sabiduría y firmeza para resistir toda influencia que conspirara para atraerlo a la trampa de la intemperancia. Incluso en su juventud era un gigante moral en la fuerza del Poderoso. Más tarde, cuando se decretó que si durante treinta días alguien pedía una súplica a cualquier Dios u hombre, excepto al rey, debía ser arrojado al foso de los leones, Daniel, con paso firme e impertérrito, se dirigió a su cámara y, con las ventanas abiertas, oraba en voz alta tres veces al día, como había hecho antes. Fue arrojado al foso de los leones, pero Dios envió ángeles santos para proteger a su siervo.

En la cárcel de Filipos, mientras sufrían los crueles azotes que les habían infligido, con los pies sujetos al cepo, Pablo y Silas oraban y cantaban alabanzas a Dios; y ángeles fueron enviados del Cielo para liberarlos. La tierra tembló bajo el paso de estos mensajeros celestiales, y las puertas de la prisión se abrieron de golpe, liberando a los prisioneros.

Hay dos clases de oración: la oración formal y la oración de fe. La repetición de frases hechas, acostumbradas, cuando el corazón no siente necesidad de Dios, es oración formal. "Cuando oréis", dice Cristo, "no uséis vanas repeticiones, como hacen los paganos; porque piensan que serán oídos por su mucho hablar". Debemos tener sumo cuidado en todas nuestras oraciones de hablar lo que quiere el corazón, y de decir sólo lo que queremos decir. Todas las palabras floridas a nuestro alcance no equivalen a un santo deseo. Las oraciones más elocuentes no son más que vanas repeticiones, si no expresan los verdaderos sentimientos del corazón. Pero la oración que proviene de un corazón sincero, cuando las sencillas necesidades del alma se expresan tal como pediríamos un favor a un amigo terrenal, esperando que se nos conceda, ésa es la oración de fe. El publicano que subió al templo a orar es un buen ejemplo de un adorador sincero y devoto. Se sentía pecador, y su gran necesidad le llevó a un arrebatado de deseo apasionado: "Dios, sé propicio a mí, pecador."

Para tener vida y energía espiritual, debemos tener una relación real con Dios. Nuestras mentes pueden ser atraídas hacia él; podemos meditar sobre sus obras,

sus misericordias, sus bendiciones; pero esto no es estar en comunión con él. Para estar en comunión con Dios debemos tener algo que decirle acerca de nuestra vida real. El largo y negro catálogo de nuestras faltas está ante los ojos del Infinito. El registro es completo; ninguna de nuestras ofensas es olvidada. Pero Aquel que hizo maravillas con sus siervos de antaño, escuchará la oración de fe y perdonará nuestras transgresiones. Lo ha prometido y cumplirá su palabra. Entonces, ¿por qué no han de ir en pos de Él los deseos de nuestro corazón, y la actitud de nuestra alma ha de ser siempre de súplica?

"Si permanecéis en mí", dice Cristo, "y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y os será hecho". Hay algunos que no permanecen en Jesús, y sus palabras no permanecen en ellos, y éstos hacen poco de la oración. Hablan de orar en secreto, pero no en público ni en familia; pero los tales rara vez oran. Nuestro Salvador enseñó a sus discípulos: "Pero tú, cuando ores, entra en tu alcoba, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en secreto te recompensará en público". Esto no se dijo para prohibir la oración pública, sino para advertir a los discípulos que no orasen como los fariseos, en las esquinas de las calles y en las plazas de los mercados para ser vistos de los hombres. Jesús oraba, a veces solo, a veces en presencia de sus discípulos más íntimos, a veces en presencia de los doce y a veces en presencia de los judíos.

Jesús prometió una bendición especial a la oración unida. Después de su muerte, los discípulos oraban juntos con frecuencia en el lugar donde se reunían para el culto; también recurrían al templo a la hora de la oración. Pablo exhortó a los Efesios a orar "siempre con toda oración". El que ama orar a solas, como Daniel, puede estar seguro de que en la oración pública su motivo no es ser oído por los hombres.

Ojalá pudiéramos grabar en la mente de todos la gran disposición de Dios para ayudar y fortalecer a todo el que acude a Él en oración confiada. El aceite y el vino de la consolación serán dados a quienes los busquen; el alma importuna lo conocerá como Aquel que escucha y responde a la oración, Aquel que "consuela a los abatidos". Él es un Dios sobre toda la tierra, que ejerce sobre toda la familia humana una vigilancia incansable y solícita a la que nada puede escapar. Cada momento concede audiencia a los que le exponen sus necesidades y deseos; y cada momento está atendiendo las necesidades de miles de personas que viven de su generosidad, pero que no le rinden tributo de alabanza agradecida, ni dan muestra de que son conscientes de su dependencia de Él.

Después de haber ofrecido nuestras peticiones, debemos responder a ellas nosotros mismos en la medida de lo posible, y no esperar a que Dios haga por nosotros lo que nosotros podemos hacer por nosotros mismos. La ayuda de Dios está reservada para todos los que la piden. La ayuda divina debe combinarse con el esfuerzo, la aspiración y la energía humanos. Pero no podemos alcanzar las almenas del Cielo sin escalar por nosotros mismos. No podemos ser sostenidos por las oraciones de otros cuando nosotros mismos descuidamos orar, porque Dios no ha hecho tal provisión para nosotros. Ni siquiera el poder divino puede elevar al cielo a un alma que no esté dispuesta a esforzarse por sí misma. Los rasgos desagradables de nuestro carácter no son eliminados y reemplazados por rasgos puros y agradables sin algún esfuerzo de nuestra parte.

Mientras ascendemos paso a paso por la brillante escalera que conduce a la ciudad de Dios, cuántas veces nos desanimaremos y lloraremos a los pies de Jesús por nuestros fracasos y derrotas. En nuestros esfuerzos por seguir la copia que nos dio nuestro Señor, haremos renglones torcidos, y dejaremos muchas páginas manchadas y ampolladas por nuestras lágrimas de arrepentimiento. Pero no cejemos en nuestro empeño. El cielo puede ser alcanzado por cada uno de nosotros si nos esforzamos legítimamente, haciendo la voluntad de Jesús y creciendo a su imagen. El fracaso temporal debe hacernos apoyarnos más en Cristo, y debemos seguir adelante con corazón valiente, voluntad decidida y propósito inquebrantable.

Debemos soltarnos continuamente de la tierra y aferrarnos al cielo. Pronto deberemos rendir cuentas a Dios de todos los actos realizados en el cuerpo. Esta rendición de cuentas se extiende a nuestros más mínimos actos, palabras y pensamientos, e incluso alcanza a la influencia inconsciente que exhala nuestra vida como la fragancia de una flor. Debemos rendir cuentas, no sólo por lo que hemos hecho de malo y de bueno, sino por lo que podríamos haber hecho, pero hemos descuidado. Vista así, la vida es un deber sagrado. No es un mero juego. Cada momento de ella es intensamente real, cargado de intereses eternos. Démonos cuenta, pues, de nuestra gran necesidad de Cristo y de nuestra dependencia de Él; y demos gracias a Dios por haber confiado nuestra ayuda a Aquel que es poderoso para salvar.

21 de agosto de 1884

Condiciones para que prevalezca la oración

EGW

Cuando Jesús estaba en la tierra, enseñó a sus discípulos a orar. Les ordenó que presentaran sus necesidades diarias ante Dios, y que depositaran toda su preocupación en Él. Y la seguridad que les dio de que sus peticiones serían escuchadas, es una seguridad también para nosotros.

Una de las primeras cosas necesarias para que nuestras oraciones sean escuchadas, es sentir nuestra necesidad de ayuda de Dios. Podemos acudir a Él tal como somos, desvalidos, indigentes, necesitados, y Él no nos enviará con las manos vacías. Las riquezas del universo pertenecen a Dios; suyos son todos los tesoros temporales y espirituales. Él puede suplir todas nuestras necesidades con su abundante plenitud. De Él recibimos nuestro aliento; cada bendición de la naturaleza que disfrutamos es una expresión de su amor. También dependemos de Él para las bendiciones espirituales, para la gracia, la sabiduría y la fuerza para hacer la voluntad de Dios. Y está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que se lo piden que los padres a dar buenos regalos a sus hijos.

Nuestra gran necesidad es en sí misma un argumento, y aboga muy elocuentemente en nuestro favor. Pero hay que buscar al Señor para que haga por nosotros las cosas que deseamos. ¡Oh, cuán vergonzosamente ha sido tratado Jesús! Nos invita, nos exhorta a que acudamos a él y recibamos la ayuda que necesitamos; sin embargo, con demasiada frecuencia se desprecian sus invitaciones y se rechaza la ayuda que nos ofrece.

Somos pecadores por naturaleza, y por eso se nos ordena ser celosos y arrepentirnos. Si tenemos iniquidad en el corazón, el Señor no nos oirá; pero la oración del alma penitente y contrita siempre es aceptada. Cuando todos los males conocidos hayan sido corregidos, podemos creer que Dios responderá a nuestras peticiones. Debemos hacer lo que podamos de nuestra parte; pero nuestro propio mérito nunca nos hará merecedores del favor de Dios. Es la valía de Jesús la que nos salvará, su sangre la que nos limpiará.

Otro elemento para que prevalezca la oración es la fe. "Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan". Jesús dijo a sus discípulos: "Todo lo que pidieréis orando, creyendo, lo recibiréis." "Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá".

Jesús dijo al hombre que le trajo a su hijo gravemente afligido por un espíritu maligno: "Si puedes creer, todo es posible para el que cree". Cristo ordena y alienta la oración de fe; ¿le tomamos la palabra? Si pedimos dudando y desconfiando, esa oración no es de fe; y "todo lo que no es de fe es pecado".

"Pedid y recibiréis". La seguridad es amplia e ilimitada, y es fiel Aquel que lo ha prometido. A veces fracasamos en la fe porque la Sabiduría Infinita no se aviene a nuestras condiciones. Cuando por cualquier razón no recibimos las mismas cosas que pedimos en el momento en que las pedimos, aún debemos creer que el Señor oye, y que nos dará aquellas cosas que son mejores para nosotros. Su propia gloria es una razón suficiente para retener a veces lo que pedimos, y responder a nuestras oraciones de una manera que no esperábamos. Pero debemos aferrarnos a la promesa, porque llegará el momento de la respuesta y recibiremos las bendiciones que más necesitamos.

Necesitamos examinar nuestros corazones como preparación para presentarnos ante Dios en oración, para saber de qué espíritu somos. Si no perdonamos a los que nos han ofendido, nuestras oraciones de perdón no serán escuchadas. "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Cuando, como pecadores, nos acercamos al propiciatorio, no podemos expresar el sentimiento de esta petición sin perdonar en nuestro corazón a todos los que nos han ofendido. Sobre esta petición Jesús hace un comentario: "Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas."

En otra ocasión, Jesús insistió aún más en el deber del perdón. Pedro preguntó: "¿Cuántas veces pecará mi hermano contra mí, y yo le perdonaré?". En respuesta, Jesús relató la parábola de cierto rey que perdonó a su siervo una deuda de diez mil talentos, pero que revocó el perdón y ordenó que este siervo fuera entregado a los verdugos, porque en su trato con sus consiervos no aplicaba los mismos principios justos que había manifestado al tratar con él. Después de haber recibido tanta misericordia, no quiso, a su vez, perdonar una pequeña deuda de cien peniques, sino que, por el contrario, trató a su deudor con gran severidad. Nuestro Señor concluye con estas impresionantes palabras: "Así hará también con vosotros mi Padre celestial, si de corazón no perdonáis cada uno a su hermano sus ofensas".

"El que odia a su hermano es un asesino". Debemos abrigar un espíritu bondadoso e indulgente. Es una solemne burla participar en actos de culto

religioso con el corazón lleno de envidia, malicia y amargura hacia nuestros semejantes. El Dios que ve todas las acciones y comprende todos los motivos del alma, un Ser de infinita pureza e inagotable bondad, misericordia y verdad, mira las oraciones de tales personas con aborrecimiento.

La oración perseverante se ha convertido en una condición para recibir. Debemos orar siempre si queremos crecer en fe y experiencia. Debemos ser instantáneos en la oración, - "perseverar en la oración, y velar en ella con acción de gracias". Pedro exhorta a los creyentes a ser "sobrios, y velad en oración". Pablo dirige: "En toda oración y ruego, con acción de gracias, sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios". "Pero vosotros, amados", dice Judas, "orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios". La oración incesante es la unión ininterrumpida del alma con Dios, de modo que la vida de Dios fluye a nuestra vida, y de nuestra vida la pureza y la santidad fluyen de vuelta a Dios.

Hay necesidad de diligencia en la oración; que nada te lo impida. Obtendrás la bendición que desees si no desmayas. Mantén tus necesidades, tus alegrías, tus penas, tus preocupaciones y tus temores delante de Dios. No puedes agobiarlo, no puedes cansarlo. El que cuenta los cabellos de tu cabeza, el que nota la caída de un gorrión, no es indiferente a las necesidades de su pueblo. "El Señor es muy compasivo, y de tierna misericordia". Le afectan nuestras penas, e incluso que las expresemos. Llévale todo lo que te desconcierte. Nada es demasiado grande para que él lo soporte; porque él sostiene los mundos; él gobierna sobre todos los asuntos del universo. Nada es demasiado pequeño para él que perturbe nuestra paz. No hay capítulo en nuestra experiencia demasiado oscuro para que él lo lea; no hay perplejidad demasiado dolorosa para que él la desentrañe. Ninguna calamidad puede acontecer al menor de los suyos, ninguna ansiedad acosar el alma, ninguna alegría alegrar, ninguna oración sincera y contrita escapar de los labios, de la cual nuestro Padre celestial no esté atento, o en la cual no se interese inmediatamente. "El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas".

Hay un trabajo individual para cada uno. Las relaciones entre Dios y cada alma son tan distintas y plenas como si no hubiera otra alma en la tierra que compartiera el cuidado vigilante de nuestro Padre celestial, ni otra alma por la que hubiera dado a su Hijo amado. "Tú comprendes mis pensamientos desde lejos", dice el salmista. "Tú rodeas mi camino y mi reposo, y conoces todos mis caminos. Porque no hay palabra en mi lengua, sino que tú, Señor, la conoces toda". "Tú cuentas mis andanzas. Pon mis lágrimas en tu frasco; ¿no están en tu

libro?" Aquí tenemos una representación de la inescrutable grandeza de Dios, mientras que no podemos sino impresionarnos con su íntimo conocimiento de todos nuestros caminos, y con la gran ternura expresada por los objetos de su creación.

Jesús nos ha dado su nombre, sobre todo nombre. "Todo lo que pidáis en mi nombre, dice Cristo, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré. Si me amáis, guardad mis mandamientos". "Os he elegido y os he ordenado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, él os lo dé." "Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo." "En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros; porque el Padre mismo os ama, por cuanto me habéis amado, y habéis creído que salí de Dios." Tenemos un collar de perlas preciosas en las promesas, si tan sólo cumplimos con las condiciones. Pero orar en el nombre de Jesús es algo más que una mera mención de ese nombre al principio y al final de una oración. Es orar en la mente y el Espíritu de Jesús, mientras obramos sus obras, creemos sus promesas y confiamos en su gracia incomparable.

Dios no quiere decir que ninguno de nosotros se convierta en ermitaño o monje, y se retire del mundo para dedicarse a actos de culto. La vida debe ser como la de Cristo, entre la montaña y la multitud. Quien no hace otra cosa que rezar, pronto dejará de rezar, o sus oraciones se convertirán en una rutina formal. Cuando los hombres se apartan de la vida social, de la esfera del deber cristiano y de la carga de la cruz; cuando dejan de trabajar seriamente por el Maestro, que trabajó seriamente por ellos, pierden el tema de la oración, y no tienen incentivo para la devoción. Sus oraciones se vuelven personales y egoístas. No pueden orar por las necesidades de la humanidad o por la edificación del reino de Cristo, suplicando fuerza para trabajar.

Mantengamos el hábito de una estrecha relación con Dios. Mostrémosle toda nuestra vida en agradecimiento por su larga paciencia, su penitencia por el pecado y su fe sincera en las promesas. La oración de Jesús justo antes de su crucifixión debería interesarnos intensamente; leámosla y penetremos en su espíritu.

4 de septiembre de 1884

Inmutabilidad de la Ley de Dios

EGW

"No penséis que he venido a destruir la ley o los profetas; no he venido a destruir, sino a cumplir".

Qué contraste entre las palabras de Cristo y el lenguaje de los que afirman que vino a abrogar la ley de Dios y a suprimir el Antiguo Testamento. Nuestro Salvador, que conocía todas las cosas, comprendía las artimañas de Satanás, las trampas con que trataría de atrapar a los hijos de los hombres, y por eso hizo esta declaración positiva para hacer frente a las dudas inquisitivas y a la ciega incredulidad de todos los tiempos venideros.

Pero hay una ley que fue abolida, que Cristo "quitó de en medio, clavándola en su cruz". Pablo la llama "la ley de los mandamientos contenidos en ordenanzas". Esta ley ceremonial, dada por Dios por medio de Moisés, con sus sacrificios y ordenanzas, debía ser obligatoria para los hebreos hasta que el tipo se encontrara con el antitipo en la muerte de Cristo como Cordero de Dios para quitar el pecado del mundo. Entonces todas las ofrendas y servicios de sacrificio debían ser abolidos. Pablo y los otros apóstoles se esforzaron por demostrar esto, y se opusieron resueltamente a los maestros judaizantes que declaraban que los cristianos debían observar la ley ceremonial.

Cristo mismo declara que no vino a destruir la ley de los diez preceptos, que fue pronunciada desde el Sinaí. Dice: "De cierto os digo", haciendo la afirmación lo más enfática posible, "que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido". Aquí enseña no sólo lo que las demandas de la ley de Dios habían sido y eran entonces, sino que estas demandas se mantendrán mientras permanezcan los cielos y la tierra. Este testimonio debería zanjar para siempre la cuestión. La ley de Dios es tan inmutable como su trono. Mantendrá sus demandas sobre toda la humanidad en todas las épocas, sin cambiar por el tiempo, el lugar o las circunstancias. El sistema ritual era de un carácter completamente diferente, y tipificaba la muerte de Cristo como sacrificio por los preceptos quebrantados de la ley moral.

"No he venido a destruir", dice Cristo, "sino a cumplir", "a magnificar la ley y hacerla honorable", como Isaías, cientos de años antes, había profetizado con respecto a la obra del Mesías.

"Para cumplir la ley". En su propia vida, el Salvador dio a los hijos de los hombres un ejemplo de perfecta obediencia. En sus enseñanzas aclaró y distinguió cada precepto de la ley divina; barrió la basura de la tradición errónea con la que los judíos la habían cargado; ilustró y aplicó sus principios, y mostró en todos sus detalles la longitud y anchura y altura y profundidad de la justicia requerida por la ley de Dios.

Los fariseos estaban descontentos con las enseñanzas de Cristo. La piedad práctica que él ordenaba los condenaba. Deseaban que se detuviera en las observancias externas de la ley ceremonial y en las costumbres y tradiciones de los padres. Pero Jesús enseñó la naturaleza espiritual de la ley y dejó claras sus exigencias de largo alcance. El amor a Dios y a los hombres debe vivir en el corazón y dominar la vida, como manantial de todo pensamiento y de toda acción.

Existe una perfecta armonía entre la ley de Dios y el Evangelio de Jesucristo. "Yo y mi Padre somos uno", dice el gran Maestro. El Evangelio es la buena nueva de la gracia, o favor, por la cual el hombre puede ser liberado de la condenación del pecado, y capacitado para rendir obediencia aceptable a la ley. El Evangelio señala el código moral como regla de vida. Esa ley, por sus exigencias de obediencia sin desviaciones, está continuamente señalando al pecador al evangelio para el perdón y la paz.

Dice el gran apóstol: "¿Anulamos, pues, la ley por la fe? Dios no lo quiera. Sí, establecemos la ley". Y de nuevo declara que la "ley es santa, y el mandamiento santo, y justo, y bueno". Al imponer el amor supremo a Dios y el mismo amor a nuestros semejantes, es indispensable tanto para la felicidad humana como para la gloria de Dios.

Hay personas que profesan ser ministros de Cristo y declaran con la mayor seguridad que ningún hombre guardó ni podrá guardar jamás la ley de Dios. Pero, según las Escrituras, Cristo "tomó sobre sí nuestra naturaleza", y "fue hecho semejante a los hombres". Fue el ejemplo del hombre, el representante del hombre, y declara: "He guardado los mandamientos de mi Padre". El discípulo amado exhorta a que todo seguidor de Cristo "debe andar como él anduvo". Todos los que están en Cristo seguirán el ejemplo de Cristo. Todos los que justifican al pecador en su transgresión de la ley de Dios pertenecen a esa clase de quienes nuestro Salvador dijo: "Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos." No pueden tener parte con

Aquel que vino a magnificar la ley y hacerla honorable. Están engañando al pueblo con sus sofismas, diciendo al pecador: "Te irá bien", cuando Dios ha declarado: "El alma que pecare [transgrediere la ley], esa morirá."

Las palabras de Cristo son explícitas y exhaustivas. "Cualquiera" -ministro o laico, sabio o ignorante- "que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños" -voluntaria o presuntuosamente, como hicieron Adán y Eva- está incluido en la condena. Quebrantar uno de los mandamientos convierte al hombre en un quebrantador de mandamientos. "Cualquiera que guardare toda la ley, y ofendiere en un punto, es culpable de todos". No hay excusa que valga para el que obedece estrictamente nueve de los preceptos de la ley de Dios, pero se aventura a quebrantar uno porque le conviene o le beneficia hacerlo. Dios exige obediencia implícita a todas sus exigencias.

"Y así enseñará a los hombres". Este es un punto digno de cuidadosa consideración. Cristo previó que los hombres no sólo quebrantarían ellos mismos los mandamientos de Dios, sino que enseñarían a otros a quebrantarlos. Algunos no se contentan con hacer esto con el ejemplo; defienden el pecado, y pervierten la palabra de Dios para justificar al transgresor. Tales personas no tendrán parte con el pueblo de Dios. Pero la mayor culpa recae sobre los profesos vigilantes, que no vacilan en hablar mal de la ley, y aun en hacer creer a los ignorantes de la Biblia que están caídos de la gracia si la guardan. "Todo lo que tenemos que hacer", dicen, "es creer en Cristo, venir a Cristo".

El engaño más fatal del mundo cristiano en esta generación es que, al verter desprecio sobre la ley de Dios, piensan que están exaltando a Cristo. ¡Qué posición! Fue Cristo quien pronunció la ley desde el Sinaí. Fue Cristo quien dio la ley a Moisés, grabada en tablas de piedra. Era la ley de su Padre; y Cristo dice: "Yo y mi Padre somos uno". Los fariseos sostenían lo contrario de la posición moderna, pero estaban en un error igual de grande. Rechazaban a Cristo, pero exaltaban la ley. Y poco importa qué posición se adopte, siempre que ignoremos la verdadera: que la fe en Cristo debe ir acompañada de la obediencia a la ley de Dios.

Mientras señalamos al pecador a Jesús como el que puede quitar el pecado, debemos explicarle qué es el pecado y mostrarle que puede salvarse *de* sus pecados, pero no *en* ellos. Hay que hacerle comprender que "el pecado es la transgresión de la ley". Pablo hace la pregunta, muchos años después de la muerte de Cristo: "¿Es pecado la ley? Dios no lo quiera. No, yo no hubiera conocido la lujuria, si la ley no hubiera dicho: No codiciarás". Así exalta Pablo

la ley moral. Cuando esta ley se pone en práctica en la vida cotidiana, se descubre que es la sabiduría de Dios. Sirve para detectar el pecado. Descubre los defectos del carácter moral, y muestra que el pecado es excesivamente pecaminoso, revelándolo en todo su horror. Mediante la obediencia a sus exigencias, se perfecciona el carácter cristiano.

La ley de Dios es una copia de su mente y voluntad. Los pecados prohibidos en ella nunca podrían tener cabida en el Cielo. Fue el amor lo que impulsó a Dios a expresar su voluntad en los diez preceptos del decálogo. Después mostró su amor al hombre enviando profetas y maestros para explicar e ilustrar su santa ley.

Dios ha dado al hombre una regla completa de vida en su ley. Obedecida, el hombre vivirá por ella, por los méritos de Cristo. Transgredida, tiene poder para condenar. La ley envía a los hombres a Cristo, y Cristo los devuelve a la ley.

11 de septiembre de 1884

Discurso a los jóvenes

[Palabras pronunciadas en la reunión de las 6 de la mañana en Oakland, Cal., el jueves 24 de abril de 1884].

EGW

El bienestar espiritual de los jóvenes es un tema en el que todos deberían sentir un profundo interés. Ahora, en las horas finales del período de prueba, deberían estar adquiriendo experiencia en las cosas de Dios. Necesitan edificar diariamente un carácter firme, puro y simétrico, que Dios pueda aprobar, o Satanás se aprovechará de su debilidad para arruinarlos, y serán presa fácil de sus tentaciones. Para cada joven que carece de fe y consagración, y es débil en poder moral, Satanás tiene preparadas tentaciones. Tal vez haya un socio agradable, que, como él, piense que es varonil despreocuparse enteramente de la salvación de su alma, y se fortalezcan mutuamente en un camino equivocado.

Los que piensan que no necesitan un Salvador, que pueden hacer el bien y conservar una conducta correcta sin hacer de Cristo su fortaleza, muestran la debilidad más deplorable. Cristo hizo provisión para la redención del hombre; trazó un costoso plan de salvación. Supongamos que Adán, después de su caída, se hubiera negado a cumplir las condiciones. Supongamos que hubiera dicho: "Yo soy bueno; no hago daño a nadie. No siento necesidad de un Salvador".

¿No habría permanecido entonces en la desgracia del pecado, un transgresor, un rebelde contra Dios? Pero cada pecador que descuida la mediación del Salvador, por su propia elección se coloca precisamente en esta posición. Está en la esclavitud del pecado, sujeto al tirano más cruel que jamás haya existido.

Caín intentó este camino de autodependencia. Sintió, como muchos jóvenes inexpertos sienten ahora, que sería un reconocimiento de debilidad de su parte seguir el plan trazado por Dios. Vendría por sus propios méritos. No traería el cordero, ni mezclaría su sangre con su ofrenda; pero sería muy generoso, y ofrecería de *sus* frutos, los productos de *su* trabajo. Miró con desprecio a Abel, que consideraba que no podía acercarse a Dios sin un mediador. Abel siguió las instrucciones precisas dadas por Dios. El resultado es bien conocido. El Señor aceptó la ofrenda de Abel, presentada con humildad y fe en la venida del Cordero de Dios. Su obediencia le fue contada por justicia. Caín, enojado porque su ofrenda fue rechazada, mató a su hermano.

Caín y Abel representan dos clases de hombres que han existido de generación en generación, y seguirán existiendo hasta el fin de los tiempos. Uno se sirvió del sacrificio prometido por el pecado; el otro se aventuró a depender de sus propios méritos. El suyo fue el sacrificio de un pecador sin la virtud de la mediación divina, que es la única capaz de llevarlo al favor de Dios. Sólo por los méritos de Jesús pueden ser perdonadas nuestras transgresiones de la ley. Los que creen que pueden ser morales sin la ayuda divina, que no sienten necesidad de la sangre de Cristo, son traicionados en pecados graves. Si no aceptan de buen grado y con gratitud la sangre purificadora, están condenados. No hay otra provisión por la cual puedan ser liberados de la terrible esclavitud del pecado. Debe haber arrepentimiento hacia Dios y fe en nuestro Señor Jesucristo. Esta es la única manera de asegurar la excelencia de carácter, el único camino al favor divino.

El Señor le aseguró a Caín que si obraba bien, sería aceptado. Pero en vez de escuchar el consejo de Dios, eligió seguir su propio curso, seguir los impulsos de su corazón pecaminoso, y el resultado está ante nosotros. Que los jóvenes consideren que ninguno de sus caminos o propósitos está oculto al ojo de Jehová. Él no ignora su voluntad propia y su autosuficiencia. Él marca su curso al despreciar la sangre del pacto que ha sido provista para su santificación y redención.

Jóvenes amigos, dondequiera que estéis y hagáis lo que hagáis, recordad: "Tú Dios me ves". Ninguna parte de vuestra conducta escapa a la observación. No

podéis ocultar vuestros caminos al Altísimo. Las leyes humanas, aunque a veces severas, a menudo se transgreden sin ser detectadas, y por lo tanto con impunidad. Pero no es así con la ley de Dios. La más profunda medianoche no es cobertura para el culpable. Puede pensar que está solo, pero los motivos mismos de su corazón están abiertos a la inspección divina. Cada acción, cada palabra, cada pensamiento, está tan claramente marcado como si hubiera un solo individuo en todo el universo, y la atención del Cielo estuviera centrada en su conducta.

Dice el patriarca Job: "Cuando reflexiono, le temo". Cuanto más reflexionamos, más terrible nos parece Dios. Seguramente no lo conoces como deberías. Si tuvieras un sentido permanente de su presencia, temerías ofender a un Dios justo y santo, y habría un freno a la maldad. Considera que el Juez de toda la tierra, que ha de decidir tu destino para la eternidad, tiene un conocimiento exacto de tu vida diaria. ¿Cómo puedes violar sus preceptos? ¿Cómo puedes menospreciar su autoridad?

Aquellos que tranquilizan una conciencia culpable con el pensamiento de que pueden cambiar un curso de maldad cuando quieran, que pueden jugar con las invitaciones de la misericordia, y sin embargo ser impresionados una y otra vez, toman este curso por su cuenta y riesgo. Piensan que después de hacer caso omiso del Espíritu de gracia, después de poner toda su influencia del lado del gran rebelde, en un momento de terrible extremo, cuando el peligro los rodea, cambiarán de capitán. Pero esto no es tan fácil. La experiencia, la educación, la disciplina, de una vida de indulgencia pecaminosa, han moldeado tan completamente el carácter que no pueden recibir entonces la imagen de Jesús. Una larga vida ha dado su testimonio. Si no hubiera brillado la luz en su camino, si no hubieran sido advertidos, rogados y orados por los mensajeros de Dios, el caso sería diferente. La misericordia se interpondría, y les daría otra oportunidad de aceptar sus proposiciones; pero después de que la luz ha sido rechazada y despreciada, la otra oportunidad no siempre llega.

Hay un poder en la impenitencia y la rebelión que sólo puede explicarse suponiendo que es sobrenatural. Satanás imbuye a sus súbditos voluntarios con su propio espíritu. Obra mediante el engaño; les promete el deseo de su corazón; pero no encuentran descanso, ni paz, ni gozo, en el camino de la transgresión.

Tú que desprecias los ofrecimientos de misericordia, deja que entre la consideración, y dispersa los engaños que se han acumulado alrededor de tu alma. Piensa en la larga serie de cifras que se acumulan contra ti en los libros

del Cielo; porque hay un registro infalible de las impiedades de las naciones, de las familias, de los individuos. Dios puede aguantar mientras la cuenta continúa, y se pueden hacer llamadas al arrepentimiento y ofertas de perdón; sin embargo, llegará un momento en que la cuenta estará completa, y la paciencia divina no se ejercerá más. Entonces se dará la señal para que se derrame la ira de la justicia ofendida, para que se ejecute el juicio.

Los impenitentes a veces se consuelan diciendo de los que profesan ser cristianos: "Yo soy tan bueno como ellos. No son más abnegados, sobrios o circunspectos en su conducta que yo. Aman el placer y la autoindulgencia tan bien como yo". Estas pobres almas se atrincheran aquí, haciendo de las faltas de los cristianos una excusa para su negligencia en el cumplimiento del deber. Pero si tan bien conocen la vida y el carácter que deben desarrollar los cristianos, que se pongan del lado de Cristo, y den a estos tropiezos un ejemplo correcto. Vengan, ustedes que acusan a otros, y muéstrenles cuán de cerca pueden imitar el Modelo. Muéstrales que puedes caminar firmemente, haciendo sendas rectas para tus pies.

Los pecados y defectos de los demás no excusan a nadie; porque el Señor no nos ha dado un modelo humano errado. El inmaculado Hijo de Dios ha sido dado como modelo; y aquellos que se quejan de los malos ejemplos en los cristianos profesos, son los que deberían mostrar mejores vidas y ejemplos más puros. Si saben tan bien lo que debe ser un cristiano, serán de aquellos que conocían la voluntad de su Maestro, y no la hicieron; y serán azotados con muchos azotes.

Martín Lutero vivió durante años una vida de severas exacciones y penitencias, pensando que así podría comprar el favor de Dios. Y cuando Cristo le fue presentado como el amigo y abogado del pecador, un Salvador que amaba tanto al hombre que dio su preciosa vida para salvarlo, el pensamiento de que esta salvación era un don gratuito, que no debía comprarse con tediosos viajes, largos y rigurosos ayunos, o azotando el cuerpo, le pareció demasiado grande para comprenderlo. Ya no necesitaba invocar a todos los santos para que suplicaran a Cristo en su favor. ¡Cuán ansiosamente bebió su alma sedienta el precioso trago! Su mano se aferró temblorosa a las promesas de Dios. Aceptó a Jesús como su Salvador, que perdonaría y redimiría su alma. Pudo exclamar:

"Tú eres nuestra sabiduría, y nunca somos sabios hasta que tú eres nuestro maestro. Nuestros oídos son sordos a toda voz que no sea la tuya. La voz del mundo y la voz de los falsos maestros pueden llenar el oído externo; pero en

adelante debemos escuchar sólo la voz que habla en nuestro interior. Oh, ven, precioso Santo, y quédate siempre con nosotros. Permítenos conocerte y estrecharte siempre en el fuerte abrazo del amor perfecto. Tú eres el único anhelo de mi alma, la única y más hermosa. Sin ti no podríamos entrar en el Cielo".

Podemos tener una experiencia similar, sólo que más rica y abundante, porque tenemos más luz. Pero muchos que deberían haber adquirido una valiosa experiencia cristiana están donde estaban hace años. No se honra a Cristo cuando sus profesos seguidores se comparan entre sí, y excusan sus defectos porque algún otro se ha aventurado a cometer pecado.

Los jóvenes son propensos a concluir que no se espera de ellos mucha responsabilidad, cuidado o carga. Pero la obligación de alcanzar la norma bíblica recae sobre cada uno. La luz que brilla en los privilegios y oportunidades, en el ministerio de la palabra, en los consejos, advertencias y reprensiones, perfeccionará el carácter o condenará al descuidado. La luz debe ser apreciada tanto por los jóvenes como por los mayores. ¿Quién tomará ahora una posición a favor de Dios en contraste con los amantes de la facilidad y la autocomplacencia? ¿Quiénes serán portadores de luz para Dios? Los jóvenes pueden hacer un buen trabajo para salvar almas. Pueden llegar a sus jóvenes asociados cuando los que son mayores no pueden, y Dios los hace responsables del uso que hagan de los talentos que se les han confiado. Que los que pretenden ser hijos e hijas de Dios aspiren a una norma más elevada. Que utilicen todas las facultades que Dios les ha dado. Que lo glorifiquen representando correctamente la religión de la Biblia.

"Acuérdate ahora de tu Creador en los días de tu juventud". Jesús quiere el servicio de aquellos que tienen el rocío de la juventud sobre ellos. Quiere que sean herederos de la inmortalidad. Pueden llegar a ser hombres y mujeres nobles, a pesar de las contaminaciones morales que abundan y que corrompen a tantos jóvenes a una edad temprana. No hay felicidad ni seguridad sino en el temor del Señor. Jóvenes amigos, por la mañana y por la noche elevad vuestras oraciones de labios sinceros para que el Espíritu Santo tome posesión de vuestros corazones y os guarde de las influencias seductoras del mundo. Trabajen por Jesús; defiendan a Jesús; y él los defenderá en el día de la venganza de Dios.

18 de septiembre de 1884

El verdadero objetivo de la educación

EGW

Debe tenerse constantemente presente el verdadero objeto de la educación. Dios ha confiado a cada uno capacidades y poderes, para que le sean devueltos ampliados y mejorados. Sus dones nos son concedidos para que los utilicemos al máximo. Él exige que cada uno alcance el mayor grado posible de utilidad. Todos los talentos que poseemos, ya sean de capacidad mental, dinero o influencia, son de Dios, de modo que al dedicarlos a su servicio podemos decir con David: "Todo procede de ti, y de lo tuyo te hemos dado."

Queridos jóvenes amigos, ¿cuál es vuestro objetivo en la vida? ¿Tenéis la ambición de educaros para que un día podáis tener un nombre y una posición en el mundo? ¿Tenéis pensamientos que no os atrevéis a expresar, para que un día podáis estar en la cumbre de la grandeza intelectual; para que podáis sentaros en los consejos deliberativos y legislativos, y ayudar a promulgar leyes para la nación? No hay nada malo en las aspiraciones elevadas. Cada uno de vosotros puede dejar su huella. No debéis contentaros con logros mezquinos. Apuntad alto y no escatiméis esfuerzos para alcanzar el estándar.

Pero recuerda que "el temor del Señor es el principio de la sabiduría", y está en la base de toda verdadera grandeza. La integridad, la integridad inquebrantable, es el principio que debes llevar contigo en todas las relaciones de la vida. Equilibrado por el principio religioso, puedes subir a cualquier altura que te plazca. Nos alegraría verte elevarte a una noble altura. Jesús ama a la preciosa juventud, y no le agrada verla crecer con talentos no cultivados ni desarrollados. Pueden llegar a ser hombres y mujeres de principios firmes, aptos para que se les confíen altas responsabilidades, y con este fin pueden esforzar legítimamente todos sus nervios.

Que nadie cometa un crimen tan grande como pervertir los poderes que Dios le ha dado para hacer el mal y destruir a los demás. Hay hombres dotados que usan su capacidad para propagar la ruina moral y la corrupción; pero todos ellos están sembrando una semilla que producirá una cosecha que no les importará recoger. Es terrible sembrar plagas y desgracias en lugar de bendiciones en la sociedad. También es temible doblar en una servilleta el talento que se nos ha confiado y esconderlo en el mundo, porque esto es despojarse de la corona de la vida. Dios reclama nuestro servicio. Hay responsabilidades que cada uno debe asumir; y

sólo podremos cumplir la gran misión de la vida cuando estas responsabilidades sean plenamente aceptadas y fiel y concienzudamente cumplidas.

Dice el sabio: "Recuerda a tu Creador en los días de tu juventud". Pero no supongas ni por un momento que la religión te volverá triste y melancólico. No pierdas nunca de vista que Jesús es un manantial de alegría. Él no se complace en la miseria de los seres humanos, sino que ama verlos felices. La religión no bloquea el camino del éxito, no anula ni debilita ninguna facultad. De ninguna manera te incapacita para el disfrute de la verdadera felicidad; no está diseñada para disminuir tu interés en la vida, o para hacerte indiferente a las demandas de los amigos y de la sociedad.

"La entrada de tu palabra alumbró; da inteligencia a los sencillos", es el testimonio del salmista. Como poder educativo, la Biblia no tiene rival. El estudio de las Escrituras ennoblecerá todo pensamiento, sentimiento y aspiración, como no puede hacerlo el estudio de ningún otro libro. Ninguna otra cosa dará tanta frescura y vigor a todas las facultades. La mente se adapta gradualmente a los temas en los que se la entrena para que se detenga. Si sólo se ocupa de asuntos comunes, se empequeñecerá y debilitará. Si nunca se le exige que se ocupe de problemas difíciles o que comprenda verdades importantes, al cabo de un tiempo casi perderá el poder de crecer.

La Biblia es la historia más completa e instructiva que poseen los hombres. Surgió fresca de la fuente de la verdad eterna, y una mano divina ha preservado su pureza a través de todas las épocas. Sus brillantes rayos brillan en el pasado lejano, donde la investigación humana busca en vano penetrar. Sólo en la palabra de Dios encontramos un relato auténtico de la creación. Aquí contemplamos el poder que puso los cimientos de la tierra y que extendió los cielos. Sólo aquí podemos encontrar una historia de nuestra raza, no mancillada por el prejuicio o el orgullo humanos.

En la palabra de Dios la mente encuentra materia para el pensamiento más profundo, la aspiración más elevada. Aquí podemos comulgar con patriarcas y profetas, y escuchar la voz del Eterno cuando habla con los hombres. Aquí contemplamos a la Majestad del Cielo cuando se humilló para convertirse en nuestro sustituto y fiador, para enfrentarse sin ayuda a los poderes de las tinieblas y obtener la victoria en nuestro favor. Una contemplación reverente de los temas presentados en la palabra de Dios, no puede dejar de ablandar, purificar y ennoblecer el corazón, y, al mismo tiempo, inspirar la mente con nueva fuerza y energía.

Esta palabra sagrada es la voluntad de Dios revelada a los hombres. Aquí aprendemos lo que Dios espera de los seres formados a su imagen. Aquí aprendemos cómo mejorar la vida presente y cómo asegurar la vida futura. Ningún otro libro puede satisfacer los interrogantes de la mente y los anhelos del corazón. Conociendo la palabra de Dios y prestando atención a ella, los hombres pueden elevarse desde las profundidades más bajas de la ignorancia y la degradación, hasta convertirse en hijos de Dios, asociados de los ángeles sin pecado.

Una concepción clara de lo que Dios es, y de lo que Él requiere que seamos, nos dará una visión humilde de nosotros mismos. El que estudia correctamente la palabra sagrada, aprenderá que el intelecto humano no es omnipotente; que, sin la ayuda que nadie más que Dios puede dar, la fuerza y la sabiduría humanas no son más que debilidad e ignorancia.

Esta es la educación que tanto se necesita en la época actual. En una época como la nuestra, en la que abunda la iniquidad, y el carácter de Dios y su ley se consideran por igual con desprecio, debe tenerse especial cuidado en enseñar a la juventud a estudiar, reverenciar y obedecer la voluntad divina revelada al hombre. El temor del Señor se está desvaneciendo de las mentes de nuestros jóvenes debido a su negligencia en el estudio de la Biblia.

Para Daniel, el temor del Señor era el principio de la sabiduría. Se encontraba en una posición en la que la tentación era fuerte. En las cortes de los reyes, la disipación era omnipresente; la indulgencia egoísta, la intemperancia y la glotonería estaban a la orden del día. Daniel podía unirse a las prácticas debilitantes y corruptoras de los cortesanos, o podía resistir las influencias que tendían hacia abajo. Eligió esta última opción. Ni siquiera quiso contaminarse con la carne del rey ni con el vino que bebía. Al Señor le agradó la conducta de Daniel. Fue muy amado y honrado por el Cielo; el Dios de la sabiduría le dio habilidad en la ciencia de los caldeos, y entendimiento en todas las visiones y sueños.

Si los jóvenes que asisten a nuestras diversas instituciones educativas desecharan las diversiones inútiles y la indulgencia del apetito, sus mentes estarían despejadas para la búsqueda del conocimiento. Si se mantuvieran firmes en lo correcto y no se asociaran con los que caminan por las sendas del pecado, gozarían, como Daniel, del favor de Dios. Obtendrían así un poder moral que les permitiría permanecer impasibles cuando se vieran asaltados por la tentación. Requiere una lucha continua estar constantemente alerta para

resistir al mal; pero vale la pena obtener una victoria tras otra sobre el yo y los poderes de las tinieblas.

Un carácter intachable es tan precioso como el oro de Ofir. Nadie puede ascender a una eminencia honorable sin una virtud pura e inmaculada. Pero las aspiraciones nobles y el amor a la justicia no se heredan. El carácter no puede comprarse; debe formarse mediante esfuerzos diarios para resistir la tentación. La formación de un carácter recto es el trabajo de toda una vida, y debe ser el resultado del esfuerzo individual. Los amigos pueden animarte, querido joven, pero no pueden hacer el trabajo por ti. Desear, suspirar, soñar, nunca te hará grande o bueno. Debes escalar. Cíñete los lomos de tu mente y ponte a trabajar con todas las fuerzas de tu voluntad. Es la sabia mejora de vuestras oportunidades, el cultivo de los talentos que Dios os ha dado, lo que hará de vosotros hombres y mujeres que puedan ser aprobados por Dios y una bendición para la sociedad. Que vuestro estándar sea alto, y con energía indomable presionad hacia la meta.

El temor del Señor es el fundamento mismo de todo progreso. Vuestras facultades intelectuales y morales son dones de Dios, talentos que os han sido confiados; y no podéis dejar que permanezcan latentes por falta de un cultivo adecuado, o que queden lisiadas y empequeñecidas por falta de ejercicio. A ti te corresponde determinar si las pesadas responsabilidades que descansan sobre ti serán o no fielmente cumplidas, si tus esfuerzos serán o no bien dirigidos y lo mejor de ti.

2 de octubre de 1884

Hogares felices e infelices

EGW

Muchos son infelices en su vida familiar porque se esfuerzan por mantener las apariencias. Gastan grandes sumas de dinero, y trabajan sin descanso, para que puedan hacer una exhibición, y ganar la alabanza de sus asociados, los que realmente no se preocupan por ellos o su prosperidad. Un artículo tras otro se consideran indispensables para el menaje del hogar, hasta que se hacen muchas adiciones costosas que, aunque agradan a la vista y gratifican el orgullo y la ambición, no aumentan en lo más mínimo la comodidad de la familia. Y sin embargo, estas cosas han puesto a prueba la fuerza y la paciencia, y han consumido un tiempo valioso que debería haberse dedicado al servicio del Señor.

La preciosa gracia de Dios queda relegada a un segundo plano frente a asuntos sin importancia real; y muchos, mientras acumulan material para disfrutar, pierden la capacidad de ser felices. Descubren que sus posesiones no les dan la satisfacción que esperaban obtener de ellas. Esta interminable ronda de trabajo, esta incesante ansiedad por embellecer el hogar para que visitantes y extraños lo admiren, nunca compensa el tiempo y los medios así gastados. Es poner sobre el cuello un yugo de esclavitud penoso de llevar.

Cuatro paredes y muebles costosos, alfombras de terciopelo, espejos elegantes y cuadros finos, no hacen un "hogar" si faltan la simpatía y el amor. Esa palabra sagrada no pertenece a la mansión reluciente donde las alegrías de la vida doméstica son desconocidas. Hay amplios salones cerrados a la dulce luz del sol y al aire que da vida, por temor a que estos dones más selectos del Cielo empañen los muebles y decoloren las alfombras. Estas habitaciones están sin sol y húmedas, sin luz y sin calefacción, excepto cuando hay visitas. *Entonces* las puertas se abren de par en par, y las hermosas habitaciones, demasiado finas para el uso y la comodidad de la familia, se dedican a conocidos antipáticos.

Estas habitaciones son demasiado valiosas para el uso diario; sobre todo, los niños deben ser estrictamente excluidos de su recinto, por temor a ensuciar los muebles o las cortinas. De hecho, la comodidad y el bienestar de los niños son lo último en lo que se piensa en un hogar así. Son desatendidos por la madre, que dedica todo su tiempo a mantener las apariencias y satisfacer las exigencias de la sociedad de moda. Sus mentes están desentrenadas, adquieren malos hábitos y se vuelven inquietos e insatisfechos. Al no encontrar placer en sus hogares, sino sólo incómodas restricciones, se alejan del círculo familiar lo antes posible. Se lanzan al gran mundo con poca reticencia, sin la influencia del hogar ni los tiernos consejos de la chimenea.

Cuán diferente es en el hogar cristiano, donde la madre está atenta a las necesidades del esposo y de los hijos, y se complace en el desempeño de sus dulces deberes hogareños; donde el padre coopera en todos sus esfuerzos por hacer feliz el hogar, y por poner los cimientos de un buen carácter cristiano educando a los hijos en el camino que deben seguir. Tales padres, al mismo tiempo que se ganan el afecto de sus hijos por su simpatía y tierno cuidado, serán firmes y decididos en su gobierno, y los guardarán con celoso cuidado. Exhortarán, reprenderán y aconsejarán a sus hijos cuando se levanten y cuando se sienten; cuando salgan y cuando entren. Será "línea sobre línea, precepto sobre precepto; aquí un poco, y allá otro poco". En tales hogares, a los ángeles

les encantará quedarse; y ¿quién puede decir qué influencia para el bien saldrá de ellos?

Para que los niños estén contentos y sean felices en sus hogares no se requiere un entorno costoso ni muebles caros; pero es necesario que los padres les den tierno amor y cuidadosa atención. Los padres deben fomentar con su ejemplo la formación de hábitos de sencillez, y alejar a sus hijos de una vida artificial para llevarlos a una vida natural. Los modales suaves, la conversación alegre y los actos cariñosos unirán los corazones de los niños a sus padres con las cuerdas de seda del afecto, y harán más atractivo el hogar que los adornos más raros que puedan comprarse con oro.

Hay muy pocos padres y madres verdaderos en esta época del mundo, y esto se debe más a las vidas artificiales que generalmente se llevan que a cualquier otra causa. Debería haber menos ansiedad por las apariencias externas, y un esfuerzo más serio por asegurar la comodidad práctica en cada habitación de la casa. Menos desfile en el salón, y más tiempo dedicado a la educación de los niños, a la preparación de alimentos sencillos y saludables, y a la economía y comodidad general del hogar, harían que los corazones fueran felices y las caras agradables en el hogar. Hay muchos que deberían vivir menos para el mundo exterior y más para los miembros de su propio círculo familiar. Debería haber menos muestras de cortesía superficial y afecto hacia los extraños y visitantes, y más de la cortesía que brota del amor genuino y la simpatía hacia los seres queridos de nuestro propio hogar.

La mejor parte de la casa, las habitaciones más soleadas y acogedoras, y los muebles más confortables, deben estar en uso diario por aquellos que realmente viven en la casa. Esto hará que la casa sea atractiva para los internos, y también para esa clase de amigos que realmente se preocupan por nosotros, a quienes podríamos beneficiar, y por quienes podríamos ser beneficiados. Pero esos invitados que se sienten atraídos por la perspectiva de cenas suntuosas y un lujo extravagante de estilo, no son aquellos cuya compañía mejorará nuestras mentes y corazones. No tenemos ningún derecho moral a gastar nuestro tiempo y medios en entretener a tales visitantes, mientras que nuestros preciosos hijos, dados por Dios, están sufriendo un grave abandono.

Pero es tan halagador para el orgullo de algunas personas exhibir un cierto estilo de vida extravagante y a la moda en beneficio de invitados ocasionales, que están dispuestas a sacrificar la paz y la comodidad del hogar por esta gratificación vacía. La hermosa mansión, los muebles y adornos costosos, el

trabajo de servir platos delicados para satisfacer el apetito, los costosos entretenimientos que consumen dinero y tiempo, y los elegantes carruajes diseñados más para el espectáculo que para la comodidad, no traen ninguna satisfacción pacífica. No tienen conexión con las verdaderas alegrías de la vida; interfieren con la tranquilidad doméstica e incapacitan la mente para los deberes hogareños pero placenteros de la vida práctica.

Como estas extravagancias no satisfacen a sus poseedores, éstos tratan ciegamente de remediar el fracaso añadiendo nuevos lujos y sumergiéndose más profundamente en el torbellino de la sociedad de moda. Pero el resultado inevitable es una mayor insatisfacción y un aumento de la preocupación y la ansiedad. Los adornos en el vestir y en las casas no hacen felices a las personas; pero la morada más humilde puede embellecerse, y la familia más pobre enriquecerse, mediante la posesión de mansedumbre, bondad y amor. Las voces agradables, los modales gentiles y el afecto sincero que se expresa en todas las acciones, junto con la laboriosidad, la pulcritud y la economía, hacen que hasta un tugurio sea el más feliz de los hogares. El Creador considera tal hogar con aprobación; y sus moradores, aunque no tengan "el adorno exterior de trenzar el cabello, ni de llevar oro, ni de vestirse", tienen lo que es mucho mejor: "el ornamento de un espíritu manso y apacible, que es de grande estima delante de Dios".

"La piedad con contentamiento es gran ganancia". Es "provechosa para todas las cosas, pues tiene promesa de la vida presente y futura". Debemos abrir nuestros corazones y nuestras casas al Señor. La restricción que su palabra nos impone es por nuestro propio interés. Aumenta la felicidad de nuestras familias y de todos los que nos rodean. Refina el gusto, santifica el juicio y trae paz a la mente y, al final, la vida eterna.

9 de octubre de 1884

Los beneficios de la industria

EGW

Los que consideran el trabajo como una maldición tienen una idea equivocada. Dios designó el trabajo como una bendición para el hombre, para ocupar su mente, fortalecer su cuerpo y desarrollar sus facultades. Adán trabajó en el jardín del Edén, y encontró en ello uno de los placeres de su santa existencia. Y cuando, como resultado de su desobediencia, fue expulsado de su hermoso hogar y se vio obligado a luchar con una tierra obstinada para ganarse el pan de

cada día, ese mismo trabajo, aunque muy diferente de su agradable ocupación en el jardín, fue una protección contra la tentación y una fuente de felicidad.

Durante treinta años Jesús fue habitante de Nazaret, y su vida fue de paciente laboriosidad. Caminaba por las calles vestido con el sencillo atuendo de un trabajador común. Trabajaba subiendo y bajando las cuestas de las montañas, yendo y volviendo de su humilde trabajo. No empleó su poder divino para aligerar su carga o su trabajo. Vivió en casa de un campesino, se mezcló con los humildes y compartió su trabajo diario. Su ejemplo nos muestra que es deber del hombre ser laborioso, que el trabajo es honorable.

La vida de Jesús debe animar a los pobres y humildes a contentarse con su suerte. El trabajo honesto ha recibido la sanción del Cielo, y hombres y mujeres pueden tener la más estrecha comunión con Dios, mientras ocupan las posiciones más humildes en la vida. Jesús cumplía su misión tan fielmente cuando trabajaba en su humilde oficio como cuando curaba a los enfermos o caminaba sobre las olas de Galilea azotadas por la tempestad.

Los que divorcian la religión de sus negocios mundanos son reprendidos por el ejemplo de Jesús. Aunque podía mandar a toda la hueste angélica, moraba entre las colinas de Nazaret, era un simple carpintero, trabajaba por un salario y llevaba una vida piadosa. No llamaba la atención como personaje destacado; sin embargo, su vida es una lección que la humanidad debe copiar hasta el fin de los tiempos. Era un misterio para los ángeles que Cristo condescendiera, no sólo a tomar sobre sí la humanidad, sino a asumir sus cargas más pesadas y sus ocupaciones más humildes. Pero lo hizo para ser como uno de nosotros, para conocer los trabajos, las penas y las fatigas de los hijos de los hombres, para comprender mejor sus privaciones y compadecerse de sus pruebas.

La lección esencial de la laboriosidad satisfecha en los deberes necesarios de la vida, por humildes que sean, aún debe ser aprendida por la mayor parte de los seguidores de Cristo. Aunque no haya ojo humano que examine nuestro trabajo, ni voz que alabe o culpe, debe hacerse tan bien como si el Infinito mismo lo inspeccionara personalmente. Debemos ser tan fieles en los detalles menores de nuestro negocio como lo seríamos en los asuntos más grandes de la vida.

Nuestras diversas confianzas son proporcionales a nuestras diversas capacidades. Donde mucho se da, mucho se requiere. Dios espera una recompensa correspondiente por los talentos que ha confiado a sus siervos. No es la grandeza de los talentos que se poseen lo que determina la recompensa, sino la manera en que se emplean, el grado de fidelidad con que se cumplen los

deberes de la vida, sean éstos grandes o pequeños. Quien hace su trabajo a conciencia y bien, ya sea en la tienda, en el campo o en el púlpito, será recompensado según el espíritu con que haya trabajado. Se requiere más gracia y disciplina de carácter para trabajar para Dios en calidad de mecánico, comerciante, abogado o agricultor, llevando los preceptos del cristianismo a las actividades ordinarias de la vida, que para trabajar como ministro de Cristo, donde la posición de uno es comprendida, y la mitad de sus dificultades obviadas por ese mismo hecho. Se requiere un fuerte nervio y músculo espiritual para llevar la religión al taller y a la oficina de negocios, santificando los detalles de la vida diaria y ordenando cada transacción mundana de acuerdo con la norma bíblica; pero esto es lo que Dios requiere de su pueblo.

El trabajo juicioso es un tónico saludable para la raza humana. Hace fuertes a los débiles, ricos a los pobres y felices a los desdichados. La ociosidad es la mayor maldición que puede recaer sobre el hombre, porque el vicio y el crimen le siguen. Satanás está al acecho, listo para destruir a aquellos que están desprevenidos, cuyo ocio le da la oportunidad de insinuarse en su favor bajo algún disfraz atractivo. Nunca tiene más éxito que cuando se acerca a los hombres en sus horas ociosas.

Entre los males que resultan de la riqueza, uno de los mayores es la idea en boga de que el trabajo es degradante. Dice el profeta Ezequiel: "He aquí que ésta fue la maldad de tu hermana Sodoma: soberbia, saciedad de pan y abundancia de ociosidad hubo en ella y en sus hijas, y no fortaleció la mano del pobre y del necesitado". Aquí se presentan ante nosotros los terribles resultados de la ociosidad, que debilita la mente, envilece el alma y pervierte el entendimiento, convirtiendo en maldición lo que fue dado como bendición.

La gloria y la alegría de la vida sólo las encuentra el hombre o la mujer que trabaja. El trabajo trae su propia recompensa, y es dulce el descanso que se compra con la fatiga de un día bien empleado. Pero hay un trabajo autoimpuesto que es totalmente insatisfactorio y perjudicial. Es el que gratifica la ambición no santificada, que busca la ostentación o la notoriedad. El orgullo de la apariencia o el amor a la posesión lleva a muchos a llevar al exceso lo que es en sí mismo lícito, a dedicar toda la fuerza del cuerpo y de la mente a aquellos intereses que no deberían ocupar más que una pequeña porción de su tiempo. Dedicán toda su energía a la adquisición de riquezas u honores; hacen que todos los demás objetos sean secundarios a éste; trabajan incesantemente durante años para lograr su propósito; sin embargo, cuando se alcanza la meta, el codiciado

premio asegurado, se convierte en cenizas a su alcance; es una sombra, una ilusión. Han dado su vida por lo que no les aprovecha.

Dios está observando el carácter que desarrollamos en nuestra vida diaria, sopesando nuestro valor moral. Aquellos que ignoran los reclamos de Dios en su vida de negocios, como carpinteros, abogados o comerciantes, son infieles en asuntos de interés eterno, ya que es la *vida* la que indica el avance espiritual, y registra en los libros del Cielo las cifras inmutables del futuro. A los que son infieles en las cosas pequeñas, no se les pueden confiar las verdaderas riquezas del reino. Sin embargo, todas las actividades lícitas de la vida pueden seguirse con seguridad, si el espíritu se mantiene libre de esperanzas egoístas y de la contaminación del engaño y la envidia. La vida de negocios del cristiano debe estar marcada por la misma pureza que reinaba en el taller del santo Nazareno. Es el hombre o la mujer de trabajo que ve algo grande o bueno en la vida, y que está dispuesto a asumir sus responsabilidades con fe y esperanza.

Dios quiso que todos fueran trabajadores. La bestia de carga trabajadora responde mejor al propósito de su creación que el hombre indolente, que no desarrolla sus facultades físicas y mentales, sino que descuida las tareas que Dios le ha encomendado. En la causa de la reforma, la indolencia de muchos hace necesario el trabajo excesivo de unos pocos obreros serios y devotos. Como a éstos se les permite hacer el trabajo de otros además del suyo propio, a menudo fracasan bajo la carga. Pero aunque el camino del reformador cristiano sea duro y estrecho, está honrado por las huellas del Redentor, y está a salvo quien sigue ese camino sagrado.

Los ángeles son trabajadores; son ministros de Dios para los hijos de los hombres. Aquellos espíritus perezosos que esperan un Cielo de inacción serán decepcionados; porque la economía del Creador no prepara ningún lugar para la gratificación de la indolencia pecaminosa. Pero al cansado y cargado se le promete descanso. El siervo fiel será recibido en la alegría de su Señor. Se despojará de su armadura con regocijo, y olvidará el ruido de la batalla en el glorioso descanso preparado para aquellos que vencen a través de la cruz del Calvario.

23 de octubre de 1884

Salud y religión

EGW

El sabio dice que los "camino de la sabiduría son caminos de complacencia, y todas sus sendas son de paz". Muchos abrigan la impresión de que la devoción a Dios es perjudicial para la salud y para la alegre felicidad en las relaciones sociales de la vida. Pero los que caminan por la senda de la sabiduría y la santidad descubren que "la piedad es provechosa para todas las cosas, pues tiene promesa de la vida presente y futura". Están vivos para el disfrute de los verdaderos placeres de la vida, mientras que no están preocupados por vanos remordimientos por horas malgastadas, ni por la melancolía o el horror de la mente, como el mundano lo está con demasiada frecuencia cuando no se divierte con alguna diversión emocionante.

Es verdad que hay muchos cristianos profesantes que tienen imaginaciones enfermas, y no representan correctamente la religión de la Biblia. Siempre andan bajo una nube. Parecen creer que es una virtud quejarse de la depresión de espíritu, de las grandes pruebas y de los conflictos severos. Este proceder no está de acuerdo con las palabras del Salvador: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Es el deber de todos caminar en la luz, y cultivar la alegría habitual de la mente, para que puedan reflejar la luz en lugar de la oscuridad y las tinieblas.

La piedad no entra en conflicto con las leyes de la salud, sino que está en armonía con ellas. Si los hombres hubieran sido obedientes a la ley de los diez mandamientos, si hubieran llevado a cabo en sus vidas los principios de estos diez preceptos, no existiría la maldición de la enfermedad que ahora inunda el mundo. Los hombres pueden enseñar que las diversiones insignificantes son necesarias para mantener la mente por encima del abatimiento. La mente puede, en efecto, distraerse de este modo por un tiempo; pero cuando la excitación termina, viene la reflexión tranquila. La conciencia se despierta, y hace oír su voz, diciendo: "Este no es el camino para obtener la salud o la verdadera felicidad."

Hay muchas diversiones que excitan la mente, pero la depresión es segura. Otros modos de recreación son inocentes y saludables; pero el trabajo útil que proporciona ejercicio físico a menudo tendrá una influencia más beneficiosa

sobre la mente, mientras que al mismo tiempo fortalecerá los músculos, mejorará la circulación, y demostrará ser un agente poderoso en la recuperación de la salud.

"¿Qué hombre es aquel que desea la vida, y quiere muchos días para ver el bien? Guarda tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño. Apártate del mal, y haz el bien; busca la paz, y síguela. Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a su clamor. El rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para cortar de la tierra su recuerdo. Claman los justos, y el Señor los oye y los libra de todas sus angustias."

La conciencia de hacer el bien es la mejor medicina para los cuerpos y las mentes enfermos. La bendición especial de Dios que descansa sobre quien la recibe es salud y fortaleza. Aquel cuya mente está tranquila y satisfecha en Dios está en el camino de la salud. Tener la conciencia de que el ojo del Señor está sobre nosotros, y que su oído está abierto a nuestras oraciones, es una verdadera satisfacción. Saber que tenemos un Amigo inagotable a quien podemos confiar todos los secretos del alma, es una felicidad que las palabras nunca podrán expresar. Aquellos cuyas facultades morales están nubladas por la enfermedad no son los indicados para representar correctamente la vida cristiana o las bellezas de la santidad. Con demasiada frecuencia se encuentran en el fuego del fanatismo, o en el agua de la fría indiferencia o de la melancolía.

Aquellos que no sienten que es un deber religioso disciplinar la mente para que se dedique a temas alegres, se encontrarán generalmente en uno de dos extremos: estarán eufóricos por una ronda continua de diversiones excitantes, entregándose a conversaciones frívolas, riendo y bromeando, o estarán deprimidos, teniendo grandes pruebas y conflictos mentales, que piensan que muy pocos han experimentado o pueden entender. Estas personas pueden profesar el cristianismo, pero engañan a sus propias almas. No tienen el artículo genuino.

Muchos tienen un sentimiento de autocomplacencia. Se halagan a sí mismos pensando que si tuvieran una oportunidad, o estuvieran en una situación más favorable, podrían y harían una gran obra. Estas personas no ven las cosas desde un punto de vista correcto. Su imaginación está enferma. Soñar despiertos, construir castillos, les ha incapacitado para la utilidad. Han vivido en un mundo imaginario, han sido mártires imaginarios y son cristianos imaginarios. No hay nada real y sustancial en su carácter. Las personas de esta clase a veces piensan que tienen una exquisita delicadeza de organización, una naturaleza refinada y

simpática, que debe ser reconocida y respondida por los demás. Dan una apariencia de languidez y facilidad indolente, y con frecuencia piensan que no se les aprecia. Sus fantasías enfermizas no les ayudan ni a sí mismos ni a los demás. Un trabajo apropiado, el sano ejercicio de todas sus facultades, apartaría sus pensamientos de sí mismos.

Algunos son naturalmente devotos; pero gran parte de su vida se ha desperdiciado soñando con hacer alguna gran obra en el futuro, mientras que los deberes presentes, aunque sean pequeños, son descuidados. Han sido infieles. Si entrenaran sus mentes para detenerse en temas que no tienen nada que ver con el yo, aún podrían ser útiles; pero el Señor no encomendará a su confianza ninguna obra mayor hasta que el deber más cercano haya sido visto y realizado con una voluntad pronta y alegre. A menos que se ponga el corazón en la obra, ésta se arrastrará pesadamente. El Señor prueba nuestra capacidad y fidelidad dándonos primero pequeños deberes. Si los rechazamos con insatisfacción y murmuración, no se nos darán más; pero cuando aceptamos alegremente los pequeños deberes que se encuentran en nuestro camino, y los hacemos bien, se nos confiarán responsabilidades más altas y más grandes.

Dios da generosamente, y espera devoluciones correspondientes. Los talentos que se nos confían no son para despilfarrarlos, sino para emplearlos en el bien, a fin de que, a su venida, el Maestro reciba a los suyos con usura. Estos talentos no se distribuyen indiscriminadamente. Dios dispensa sus sagradas confianzas según las facultades y capacidades de sus siervos, y así ha dado a "cada uno su obra". Cuando su fidelidad ha sido probada, su sabia administración es prueba de que se les pueden confiar las verdaderas riquezas, incluso el don de la vida eterna.

Los sentimientos de abatimiento son frecuentemente el resultado de un exceso de ocio. Las manos y la mente deben ocuparse en trabajos útiles, aligerando las cargas de los demás; y los que así se ocupan se beneficiarán también a sí mismos. La ociosidad da tiempo para cavilar sobre penas imaginarias; y con frecuencia los que no tienen penas y pruebas reales, las toman prestadas del futuro.

Hay mucho engaño que se lleva a cabo bajo la cubierta de la religión. La pasión controla las mentes de muchos que se han depravado en pensamiento y sentimiento como consecuencia del "orgullo, la saciedad de pan y la abundancia de ociosidad." Estas almas engañadas se lisonjean de que tienen una mente espiritual y están especialmente consagradas, cuando su experiencia religiosa

consiste en un sentimentalismo enfermizo más que en pureza, verdadera bondad y humillación de sí mismas. La mente debe apartarse del yo; sus poderes deben ejercitarse en idear medios para hacer a los demás más felices y mejores. "La religión pura y sin mácula delante de Dios y del Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo".

La verdadera religión ennoblece la mente, refina el gusto, santifica el juicio y hace a su poseedor partícipe de la pureza y la santidad del Cielo. Acerca a los ángeles y nos separa cada vez más del espíritu y de la influencia del mundo. Entra en todos los actos y relaciones de la vida, y nos da el "espíritu de una mente sana", y el resultado es la felicidad y la paz.

Dijo el apóstol Pablo a sus hermanos filipenses: "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad." Adoptad esto como norma de vida. "Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús."

6 de noviembre de 1884

La falsamente llamada ciencia

EGW

En estos días en que el escepticismo y la infidelidad aparecen tan a menudo con un ropaje científico, necesitamos estar vigilados por todas partes. A través de estos medios, nuestro gran adversario está engañando a miles de personas y llevándolas cautivas según su voluntad. La ventaja que saca de las ciencias, ciencias que pertenecen a la mente humana, es tremenda. Aquí, como una serpiente, se arrastra imperceptiblemente para corromper la obra de Dios.

Esta entrada de Satanás a través de las ciencias está bien planeada. Por el canal de la frenología, la psicología y el mesmerismo, llega más directamente al pueblo de esta generación, y obra con ese poder que ha de caracterizar sus esfuerzos cerca del fin del tiempo de prueba. Las mentes de miles de personas han sido así envenenadas y llevadas a la infidelidad. Mientras se cree que una mente humana afecta tan maravillosamente a otra, Satanás, que está dispuesto a presionar toda ventaja, se insinúa y obra a diestra y siniestra. Y mientras los

que se dedican a estas ciencias, las alaban hasta el cielo por las grandes y buenas obras que afirman que se obran por medio de ellas, poco saben qué poder para el mal están abrigando; pero es un poder que aún obrará con todas las señales y prodigios mentirosos, con todo engaño de iniquidad. Fíjate en la influencia de estas ciencias, querido lector; porque el conflicto entre Cristo y Satanás no ha terminado todavía.

Si Satanás hiciera un ataque abierto y audaz contra el cristianismo, llevaría al cristiano de inmediato a los pies de su poderoso Libertador, el único que podría poner en fuga al adversario. Él generalmente no hace esto. Es astuto, y sabe que la manera más eficaz de llevar a cabo sus designios es venir al pobre hombre caído en forma de ángel de luz. Con este disfraz trabaja sobre la mente para desviarla del camino seguro y correcto. Siempre ha ambicionado falsificar la obra de Cristo y establecer su propio poder y pretensiones. Lleva a los mortales engañados a explicar las obras y milagros de Cristo sobre principios científicos; los hace aparecer como el resultado de la habilidad y el poder humanos. En muchas mentes destruirá así finalmente toda verdadera fe en Cristo como el Mesías, el Hijo de Dios.

Satanás obró de manera semejante cuando por medio de Moisés se manifestó el poder de Dios en Egipto. Sabía muy bien que Moisés había sido elegido por Dios para romper el yugo de esclavitud de los hijos de Israel; y sabía también que en esta obra Moisés era un tipo de Cristo, que había de venir para romper el reinado del pecado sobre la familia humana, y para libertar a los que estaban cautivos de su poder. Era consciente de que, cuando Cristo apareciera, realizaría obras poderosas y milagros, para que el mundo supiera que el Padre lo había enviado. Temía por su poder. Resolvió llevar a cabo una obra que respondería a un doble propósito: (1) destruir la influencia de Moisés como siervo de Dios, valiéndose de sus agentes para falsificar la verdadera obra de Dios; (2) ejercer una influencia por medio de su obra a través de los magos, que se extendería a través de todas las edades, y destruiría en muchas mentes la verdadera fe en los poderosos milagros que realizaría Cristo cuando viniera a este mundo.

Fue el poder de Dios, y ninguna influencia o poder humano poseído por Moisés, lo que produjo esos milagros realizados ante el Faraón. Esas señales y prodigios fueron diseñados para convencer al Faraón de que el gran "YO SOY" había enviado a Moisés, y que era el deber del rey dejar ir a Israel para que pudieran servir al Dios viviente. El Faraón llamó a los magos para que trabajaran con sus encantamientos. También ellos hacían señales y prodigios; pues no obraban sólo por su propia ciencia, sino por el poder de su dios, el diablo, que por medio de

ellos realizaba ingeniosamente su obra engañosa. Sin embargo, incluso aquí se demostró que el poder de Dios era superior al de Satanás, pues los magos eran incapaces de realizar todos los milagros que Dios obró por medio de Moisés. Sólo unos pocos pudieron hacer. Las varas de los magos se convirtieron en serpientes, pero la vara de Aarón se las tragó. Y cuando trataron de producir piojos, y no pudieron, se vieron obligados a reconocer incluso al Faraón: "Este es el dedo de Dios."

Satanás no estaba dispuesto a que los hijos de Israel fueran liberados de la esclavitud para que pudieran servir a Dios. Obró por medio de los magos de manera de endurecer el corazón del tirano contra las manifestaciones milagrosas del poder de Dios. También pensó hacer tambalear la fe de Moisés y Aarón en el origen divino de su misión, y entonces sus instrumentos prevalecerían. Pero después de que los magos fracasaron en producir la plaga de piojos, ya no pudieron imitar a Moisés y Aarón. Dios no permitiría que el engaño satánico siguiera adelante. Su poder controlador cortó el canal a través del cual actuaba Satanás, y ni siquiera los instrumentos a través de los cuales Satanás actuaba tan maravillosamente pudieron salvarse de las plagas. Leemos: "Los magos no pudieron estar delante de Moisés a causa de los furúnculos; porque el furúnculo estaba sobre los magos y sobre todos los egipcios."

Cuando Cristo vino a la tierra, Satanás renovó su ataque. Vino al Salvador en el desierto en forma de un hermoso joven, más parecido a un monarca que a un ángel caído, con la Escritura en la boca. Dijo: "Está escrito". Expuso el mundo ante Cristo bajo la luz más atractiva, y le insinuó que no necesitaba soportar tanto sufrimiento para ganar sus reinos; Satanás cedería todas sus pretensiones si Cristo no hiciera más que adorarlo.

Satanás estaba descontento en el Cielo porque no podía ser el primero y el que más mandaba, igual al Padre, exaltado por encima de Cristo. En el desierto esperaba sacar ventaja de la debilidad y el sufrimiento de Cristo, y obtener de él el homenaje que no podía ganar en el Cielo. Si lo hubiera conseguido, el plan de salvación habría fracasado y la humanidad se habría hundido en una miseria sin esperanza. Pero Jesús no cedió ni un momento a la sugestión del tentador; al contrario, afirmó su poder superior ordenándole: "Vete de aquí". Satanás quedó desconcertado. Entonces se dedicó a cumplir su propósito de otra manera, ganando de la raza humana el honor que le fue negado en el Cielo y por Jesús en la tierra; y en esto ha tenido demasiado éxito.

El plan de redención no fue derrotado. El caro precio ha sido pagado por el rescate del hombre. Y ahora nuestro gran adversario trata de arrancar el fundamento de la esperanza del cristiano, encauzando la mente de los hombres de tal manera que no puedan ser beneficiados por medio del gran sacrificio ofrecido. Los induce a creer que pueden arreglárselas muy bien sin una expiación; que no necesitan depender de un Salvador crucificado y resucitado; que sus propios méritos les darán derecho al favor de Dios. Y luego destruye la confianza en la Biblia, bien sabiendo que si tiene éxito aquí, y se destruye la fe en el detector que pone una marca sobre sí mismo, no hay límites a las victorias que puede obtener.

Si el tentador puede engañar de tal manera a la mente humana que lleve a los mortales a pensar que poseen el poder inherente para realizar grandes y buenas obras, dejan de confiar en Dios. No reconocen un poder superior. No dan a Dios la gloria que reclama y que se debe a su grande y excelente Majestad. Satanás logra así su objetivo, y se regocija de que los hombres caídos se enaltezcan presuntuosamente, como él se enaltecó en el cielo y fue expulsado. Sabe que si siguen este camino, su ruina es tan segura como la suya.

Otro medio por el cual Satanás trata de separar el alma de Dios es hacer creer al hombre que la oración no es más que una forma inútil. Sabe muy bien cuán necesarias son la meditación y la oración, y con sus artimañas quiere desviar la mente de estos importantes ejercicios, para que el alma no se apoye en el Poderoso en busca de ayuda, y obtenga fuerzas para resistir sus ataques. La oración de fe es la gran fuerza del cristiano, y con seguridad prevalecerá. Por eso Satanás insinúa que no necesitamos orar.

El descuido de la oración lleva a los hombres a confiar en sus propias fuerzas, y abre la puerta a la tentación. En muchos casos la imaginación es cautivada por la investigación científica, y los hombres son halagados a través de la conciencia de sus propios poderes. Las ciencias que tratan de la mente humana son muy exaltadas. Son buenas en su lugar; pero son aprovechadas por Satanás como sus poderosos agentes para engañar y destruir las almas. Sus artes son aceptadas como venidas del Cielo, y recibe así el culto que le conviene. El mundo, que se supone tan beneficiado por la frenología y el magnetismo animal, nunca estuvo tan corrompido como ahora. Por medio de estas ciencias se destruye la virtud, y se ponen los cimientos del Espiritismo. Y miles de personas conversan y reciben instrucciones de este dios-demonio, y actúan de acuerdo con sus enseñanzas, al mismo tiempo que suponen que están obedeciendo la voz de Dios a través de sus amigos muertos.

(Concluido la próxima semana).

13 de noviembre de 1884

La falsamente llamada ciencia

(Concluido.)

EGW

Dice Pablo: "Guardaos de que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según la tradición de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo." Esta escritura es especialmente aplicable como advertencia contra el espiritismo moderno. Si la mente comienza a correr en el canal de la frenología y el magnetismo animal, es casi seguro que perderá su equilibrio. El "vano engaño" se apodera de la imaginación. Muchos piensan que hay tal poder en sí mismos que no se dan cuenta de su necesidad de ayuda de un poder superior. Sus principios y su fe son "según las tradiciones de los hombres, según los rudimentos del mundo, y no según Cristo." Jesús no les ha enseñado esto. Él no dirige la mente de los hombres hacia sí mismos, sino hacia Dios, el Creador del universo, como fuente de fuerza y sabiduría.

"Que nadie os engañe en vuestra recompensa con una humildad voluntaria y adorando a los ángeles, entrometiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su mente carnal". En este versículo se da una advertencia especial. Los maestros del espiritismo vienen de una manera agradable y embujadora. Su objeto es engañar, y los que escuchan sus fábulas son seducidos por el enemigo de la justicia. Cuando uno es vencido por esta fascinante influencia, la mente es envenenada, y la fe en Cristo como el Hijo de Dios es destruida. La víctima de este sofisma es engañada de su recompensa; porque es llevada a confiar en sus propios méritos para la salvación. Muchos ejercen una humildad voluntaria, incluso están dispuestos a hacer sacrificios, a rebajarse y a ceder sus mentes a la creencia de una tontería suprema. Reciben las ideas más absurdas y erróneas de aquellos a quienes creen sus amigos muertos, ahora ángeles en una esfera superior; y sus ojos están tan cegados y su juicio tan pervertido que no ven el mal.

El espiritismo es un engaño muy exitoso y fascinante, uno que está calculado para apoderarse de las simpatías de aquellos que han dejado a sus seres queridos en la tumba. Los ángeles malignos se presentan bajo la forma de estos seres queridos; relatan incidentes relacionados con sus vidas y ejecutan actos que

realizaron en vida. De este modo, hacen creer a las personas que sus amigos muertos son ángeles que revolotean a su alrededor y están en comunión con ellos. Estos ángeles malignos que se hacen pasar por amigos muertos, son considerados con cierta idolatría, y para muchos, lo que puedan decir tiene mayor influencia que la palabra de Dios. Rechazan por completo esta santa palabra, o seleccionan las porciones vitales que testifican de Cristo y señalan el camino al cielo, y cambian estas sencillas afirmaciones para adaptarlas a su propia naturaleza corrupta y arruinar las almas.

Con la debida atención a la palabra de Dios, todos pueden convencerse, si quieren, de este engaño destructor del alma. Esa palabra declara en términos positivos que "los muertos nada saben". Eclesiastés 9:5, 6: "Porque los vivos saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen ya recompensa, porque su memoria es olvidada. También su amor, y su odio, y su envidia, ya perecieron; ni tienen más parte para siempre en nada de lo que se hace debajo del sol." La palabra de Dios declara expresamente que los muertos ya no tienen parte en nada de lo que se hace bajo el sol. Los espiritistas dicen que los muertos saben todo lo que se hace; que se comunican con sus amigos en la tierra, dan información valiosa y hacen maravillas. "Los muertos no alaban al Señor, ni los que descienden al silencio". Satanás, transformado en ángel de luz, obra con todo engaño de injusticia. El que pudo tomar al Hijo de Dios y colocarlo sobre un pináculo del templo, y de nuevo pudo llevarlo a un monte muy alto y presentar ante él los reinos del mundo, puede ejercer su poder sobre la familia humana, que es muy inferior a Jesús en fuerza y sabiduría, aun después de haber tomado sobre sí la naturaleza del hombre.

"Intrigando en las cosas que no ha visto, vanamente hinchado por su mente carnal", dice el apóstol. Algunos manipulan el espiritismo para satisfacer su curiosidad. No tienen verdadera fe en él, y retrocederían horrorizados ante la idea de ser médiums; sin embargo, se colocan en una posición en la que Satanás puede ejercer su poder sobre ellos. No quieren meterse a fondo en este trabajo; pero no saben lo que hacen. Se aventuran en terreno prohibido; y el poderoso destructor los considera su presa legítima, y ejerce su poder sobre ellos contra su voluntad. Han sometido su mente a su control, y él los tiene cautivos. Nada puede liberar a estas almas atrapadas sino el poder de Dios en respuesta a las fervientes oraciones de sus fieles seguidores.

Satanás no puede controlar las mentes a menos que se le rindan. Pero los que se apartan del recto camino corren grave peligro. Se separan de Dios y de la vigilancia de sus ángeles; y el príncipe de las tinieblas, que está siempre alerta

para destruir las almas, comienza a presentarles sus engaños. Los tales corren el mayor peligro. Si ven la trampa y tratan de librarse de ella, no es cosa fácil. Se han aventurado en el terreno de Satanás, y él los reclama. No vacilará en emplear todas sus energías, y en llamar en su ayuda a toda su hueste maligna, para arrancar a un solo ser humano de la mano de Cristo. Los que han tentado al diablo para que los tienta no pueden liberarse de su poder sin hacer un esfuerzo desesperado. Pero cuando empiezan a trabajar por sí mismos, los ángeles de Dios, a quienes han contristado, acuden en su ayuda. Satanás y sus ángeles no están dispuestos a perder su presa, y el conflicto es severo. Pero si los que han errado continúan suplicando, y con profunda humildad confiesan sus males, los ángeles que sobresalen en fuerza prevalecerán, y los arrancarán de los poderes de las tinieblas.

La única seguridad ahora consiste en buscar la verdad tal como se revela en la Palabra de Dios, como buscaríamos un tesoro escondido. Las grandes e importantes verdades de este tiempo servirán de ancla para sostener al pueblo de Dios en medio de los peligros de los últimos días. Pero la mayoría de la humanidad desprecia la palabra de Dios y prefiere las fábulas. No reciben el "amor de la verdad para ser salvos. Y por esto Dios les enviará un fuerte engaño, para que crean la mentira".

Los más licenciosos y corruptos se sienten muy halagados por estos espíritus, que ellos creen que son los espíritus de sus amigos muertos, y los malvados y viles se envanecen vanamente en sus mentes carnales, "no reteniendo la Cabeza, de la cual todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por las coyunturas y ligamentos, va creciendo con el crecimiento de Dios". Niegan a Aquel que da fuerza al cuerpo, para que cada miembro crezca con el crecimiento de Dios, y cada uno llegue a ser perfecto en Cristo Jesús.

¡Vana filosofía! Los miembros del cuerpo son controlados por la cabeza. Los espiritistas dejan de lado la cabeza y creen que todos los miembros del cuerpo deben actuar según su naturaleza, y que leyes fijas los conducirán en un estado de progresión sin cabeza. Dijo Jesús: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita; y todo sarmiento que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto." "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. Si alguno no permanece en mí, como

pámpano es echado fuera, y se seca; y los hombres los recogen, y los echan en el fuego, y arden."

Cristo es la fuente de nuestra fuerza. Él es la vid, nosotros los sarmientos. Debemos recibir alimento de la Vid viva. Privados de la fuerza y el alimento de esa Vid, somos como miembros del cuerpo sin cabeza, justo la condición en que Satanás desea que estemos, para poder controlarnos a su antojo. El obra "con todo engaño de injusticia en los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Y por esto Dios les enviará un gran engaño, para que crean la mentira". El espiritismo es una mentira. Está fundado en la gran mentira original: "*No morirás ciertamente*".

Satanás es el enemigo personal de Cristo. Él es el originador y líder de toda especie de rebelión en el Cielo y en la tierra. Su furia aumenta a medida que se acorta el tiempo para obrar, y no nos damos cuenta de su poder. Los ángeles malignos nos siguen la pista a cada momento. ¿Estamos preparados para resistirles? ¿No serán atrapadas y raptadas muchas almas? Todos debemos tratar ahora de armarnos para la contienda en la que pronto debemos participar; y la palabra de Dios es la única arma que podemos usar con éxito. Esa palabra, estudiada en oración y aplicada en la práctica, será nuestro escudo contra las engañosas artes de Satanás, y nos hará vencedores por la sangre del Cordero.

20 de noviembre de 1884

El buen uso de los talentos

EGW

Poco antes de que Jesús entrara en Getsemaní para cargar con los pecados del mundo, pronunció el memorable discurso registrado en Mateo 24:1 y Mateo 25:1, incluyendo la parábola de los talentos, dada en el cap. 25: 14-30. Participaba de nuestra naturaleza humana y estaba cansado del trabajo del día. Los fariseos lo habían presionado para que hablara de varios temas, mientras vigilaban sus palabras, esperando encontrar algo que les permitiera condenarlo y vindicarse en su cruel propósito contra él; y él había agotado sus fuerzas prolongando sus palabras de predicción y advertencia. Sus propias palabras fueron: "Me es necesario hacer las obras del que me envió mientras es de día; viene la noche, cuando nadie puede trabajar."

La parábola de los talentos tiene relación con la de las diez vírgenes, que la precedió. En la parábola de las vírgenes, Jesús había presentado los

acontecimientos relacionados con su segunda venida, mostrando el deber de estar preparados, y de esperar y velar por ese gran acontecimiento; y en la parábola de los talentos presentó ante sus discípulos de la manera más impresionante el deber solemne y sagrado del trabajo desinteresado y vigilante en la causa de Dios. Jesús quiso enseñarnos que el carácter cristiano no se perfecciona únicamente con una vida de meditación tranquila y orante; se necesita algo más para que estemos preparados para su segunda aparición. Tampoco la religión consiste únicamente en el trabajo; no es necesario estar siempre ocupado, cargado de preocupaciones y responsabilidades, de modo que se descuide el cultivo de la piedad personal. La exhortación de Pablo a Timoteo iba al grano: "Ten cuidado de ti mismo", y luego "de la doctrina". Guárdate en el amor y temor de Dios, y luego predica la palabra con toda diligencia. Debemos ser, "no perezosos en los negocios, fervorosos en espíritu, sirviendo al Señor".

Hay muchos cuya religión consiste en actividades. Quieren comprometerse en alguna gran obra y tener el mérito de hacerla, mientras que las pequeñas gracias que componen un hermoso carácter cristiano son totalmente pasadas por alto. El servicio atareado y bullicioso, que da la impresión de que uno está haciendo alguna obra maravillosa, no es aceptable a Dios. Es un espíritu de Jehú, que dice: "Venid, ved mi celo por el Señor". Es gratificante para el yo; alimenta un sentimiento autocomplaciente; pero todo el tiempo el alma puede estar contaminada con la mancha de la peste del egoísmo no dominado, no controlado.

Jesús dice: "Yo conozco tus obras". Es cierto que todas nuestras obras pasan revista ante Dios; entonces, ¿cuán cuidadosos debemos ser para que sean tales que soporten la inspección, honestas, puras y santas? Deberíamos ser cuidadosos en el autoexamen, asegurándonos de que tenemos el aceite de la gracia en nuestra vasija con nuestras lámparas. Debemos mantener una conexión viva con Dios, para que no se permita que ningún espíritu satánico ejerza una influencia moldeadora sobre nuestra experiencia y estropee nuestra obra. El cristiano debe representar a Jesús siendo bueno y haciendo el bien. Entonces habrá una fragancia en su vida, una hermosura de carácter, que revelará que es hijo de Dios, heredero del cielo.

El alma debe ser entregada a Dios, sometida para ser purificada y hecha apta para la morada de su Espíritu Santo. A menos que la fuente sea purificada, el arroyo que de ella brote será impuro; pero si la fuente es pura, no puede arrojar agua amarga. Es cultivando la mansedumbre y la humildad, realizando actos

bondadosos y considerados para con los demás cuando ningún ojo humano puede verlos ni ningún elogio humano estimularlos, ocultándonos en Jesús y dejando que su mansedumbre aparezca en la vida del hogar, ejercitando la paciencia cuando se nos provoca, dando una respuesta suave cuando se nos tienta a ser duros, dominantes y vengativos, como dejamos la impresión inequívoca en la mente de nuestros hijos de que el padre y la madre son cristianos. Ser cristiano es parecerse a Cristo, aprender de Él cada día, trabajar como Él trabajó, negarse a sí mismo como Él se negó a sí mismo. Jesús no vivió para complacerse a sí mismo, y sus discípulos deben seguir su ejemplo.

A todos los que Jesús ha dejado una obra por hacer, no hay quien pueda alegar que está excusado. Todo cristiano ha de ser obrero con Cristo; pero aquellos a quienes ha confiado grandes medios y habilidades tienen las mayores responsabilidades, y Satanás tentará a éstos de diversas maneras para que descuiden su sagrada confianza. En la parábola, Jesús adelanta a sus oyentes al Juicio general, cuando el caso de cada hombre se decidirá de acuerdo con su fidelidad en la obra que le ha sido encomendada. Los hombres son justificados por la fe, pero juzgados y recompensados según sus obras.

El Maestro concede sus dones según las diversas capacidades de sus siervos. En la parábola leemos: "A uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno; a cada uno según su capacidad; y en seguida se puso en camino". A cada uno de nosotros se le confía algún talento para que lo mejore con el uso. Los bienes del Cielo nos han sido confiados, no para que los atesoremos o los idolatremos, sino para que los empleemos sabiamente al servicio de Cristo. Debemos dar el más alto valor a los talentos que nos han sido confiados, y comerciar incluso con peniques y monedas de cinco centavos. Nuestras oportunidades pueden parecer pequeñas; pero si somos diligentes, la bendición de Dios descansará sobre nuestros esfuerzos. No admite holgazanes en su viña. Todos serán considerados responsables, desde los que ocupan los puestos más altos hasta los más humildes; y de todos espera rendimientos correspondientes a los dones concedidos.

Cada hombre es responsable del uso que hace de su tiempo, sus talentos y sus posesiones, porque no son suyos. En la parábola se nos representa como negociando con capital prestado. Nuestra relación con Dios es la de prestatarios; con nuestros semejantes, la de propietarios. Dios es el dador de todos nuestros beneficios. No sólo tiene el derecho de propiedad sobre nosotros y sobre todo lo que tenemos, sino que es el único que puede darnos sabiduría para guiarnos de modo que no nos equivoquemos al usar nuestros poderes de acuerdo con sus

propósitos. Sin embargo, cuán pocos son los que consideran que deben dar cuenta a Dios del uso que hacen de cada facultad. Cuán a menudo los hombres actúan como si su tiempo y sus posesiones fueran suyos, para usarlos como mejor les plazca.

Ningún trabajador honesto y fiel descansará contento mientras descuide el uso de su tacto, habilidad y poderes inventivos para promover los intereses de su empleador. Si para llevar a cabo con éxito las diversas empresas relacionadas con los negocios mundanos, se requiere aptitud, pensamiento cuidadoso, educación y disciplina, cuánto más esencial es que estas cualidades se utilicen en el servicio del Señor, en el avance de su causa en la tierra; y a medida que las facultades se ejercitan en esta dirección, su poder se incrementa, de modo que cada día sucesivo seremos capaces de hacer un mejor trabajo para Dios y la humanidad.

El poder de la palabra es uno de los dones de Dios al hombre. En el día de las cuentas finales, encontraremos que la lengua fue un poder para el bien o un poder para el mal. A menudo se usa para pronunciar discursos duros, para decir palabras que descienden como un granizo desolador sobre las plantas tiernas. Hay mucha deshonestidad, mucha exageración, en el uso de la lengua. Todas estas cosas caen bajo la denominación de palabras ociosas; y por cada palabra ociosa que los hombres pronuncian, deben dar cuenta ante el tribunal de Dios.

Hay muchos cuya conversación es apta y apropiada en lo que concierne a sus propios intereses, y que nunca piensan en su obligación de usar su precioso talento para ganar almas para Cristo. Pero el poder de la palabra es una confianza sagrada que debe mejorarse para exaltar el plan de la redención y magnificar a su Autor, para hablar palabras de consuelo a los desalentados y abatidos, para hablar palabras amables y agradables que serán como una refrescante bebida para los que están sedientos de simpatía y amor. Nuestra conversación no debe versar sobre nuestras propias desilusiones y pruebas, sino sobre el amor de Jesús y el mejor hogar en el Cielo. Querido lector, que tu conversación sea honesta. Usa palabras sanas que no puedan ser condenadas, para que ministren gracia y conocimiento al oyente.

El don de escribir es un talento de Dios; pero en muchos casos también se ha pervertido, de modo que se ha convertido en un agente activo para promover el mal. Muchos que profesan ser hijos de Dios escriben a sus amigos en un tono extravagante y jocoso, convirtiendo incluso temas serios en deporte y burla. Cada comunicación se registra en el Cielo; una copia se imprime en los libros

de arriba, con el resultado de estas producciones; y en el día del Juicio, qué vergüenza cubrirá a los que han escrito o hablado palabras ociosas y maliciosas. Pero si el amor de Jesús está en el corazón, las letras respirarán su espíritu. Del tesoro de tal corazón saldrán cosas buenas y preciosas, que edificarán a aquel con quien te comuniques.

El Maestro ha dado instrucciones: "Ocupaos hasta que yo venga". Él es el gran propietario, y tiene derecho a investigar cada transacción, y aprobarla o condenarla; tiene derecho a reprender, alentar, aconsejar o expulsar. La obra del Señor requiere un pensamiento cuidadoso y el intelecto más elevado. Él no preguntará cuán exitoso has sido en reunir medios para atesorar, o si puedes sobresalir entre tus vecinos en propiedades, y atraer la atención hacia ti mismo mientras excluyes a Dios de tus corazones y hogares. Él preguntará: ¿Qué has hecho para promover mi causa con los talentos que te presté? ¿Qué has hecho por mí en la persona del pobre, del afligido, del huérfano y del huérfano de padre? Estaba enfermo, pobre, hambriento y desprovisto de ropa; ¿qué hiciste por mí con los medios que te confié? ¿En qué empleaste el tiempo que te presté? ¿Cómo empleaste tu pluma, tu voz, tu dinero, tu influencia? Te hice depositario de una preciosa confianza al abrir ante ti las emocionantes verdades que anuncian mi segunda venida. ¿Qué has hecho con la luz y el conocimiento que te di para hacer a los hombres sabios para la salvación?

Nuestro Señor se ha ido a recibir su reino; pero nos preparará mansiones, y luego vendrá a llevarnos consigo. En su ausencia nos ha dado el privilegio de ser colaboradores suyos en la obra de preparar a las almas para entrar en esas mansiones de luz y de gloria. No fue para que lleváramos una vida de placeres mundanos y extravagancias por lo que dejó las cortes reales del Cielo, revistiendo su divinidad con humanidad, y haciéndose pobre para que nosotros, a través de su pobreza, nos enriqueciéramos. Lo hizo para que siguiéramos su ejemplo de abnegación por los demás.

Cada uno de nosotros está construyendo sobre los verdaderos cimientos, madera, heno y hojarasca, que se consumirán en la última gran conflagración, y la obra de nuestra vida se perderá, o estamos construyendo sobre esos cimientos, oro, plata y piedras preciosas, que nunca perecerán, sino que brillarán más en medio de los elementos devoradores que pondrán a prueba la obra de cada hombre. Cualquier infidelidad en las cosas espirituales y eternas aquí resultará en pérdida a través de las edades sin fin. Los que llevan una vida sin Cristo, los que excluyen a Jesús del corazón, del hogar y de los negocios, los que lo dejan fuera de sus consejos y confían en su propio corazón y en su propio

juicio, son siervos infieles y recibirán la recompensa que sus obras han merecido.

En su venida, el Maestro llamará a sus siervos y hará cuentas con ellos. La parábola ciertamente enseña que las buenas obras serán recompensadas de acuerdo con el motivo que las impulsó; que la habilidad y el intelecto utilizados en el servicio de Dios probarán ser un éxito, y serán recompensados de acuerdo con la fidelidad del trabajador. Aquellos que han tenido un solo ojo para la gloria de Dios tendrán la recompensa más rica. El egoísmo, la indolencia, la mundanalidad, el orgullo, la codicia y la ambición humana aparecerán en su verdadero y odioso carácter, como obras de Satanás; mientras que toda obra hecha por amor a Jesús, con sincero deseo de glorificarlo, aparecerá como la cumbre de la excelencia y sabiduría humanas.

Con la conciencia de que sólo han cumplido con su deber y no merecen recompensa alguna, los mayordomos fieles presentarán los talentos que han adquirido con el uso. Traen gavillas. Con su dinero y sus talentos han contribuido a honrar a Jesús; gracias a la bendición que él ha concedido a sus esfuerzos, han podido beneficiar a otros. Presentan a su Señor tanto el capital como los intereses; pero es con un sentido de humildad. Se les concede un peso eterno de gloria; pero lo reciben como un don gratuito.

Pero a los que esconden los talentos de su Señor en la tierra, Jesús les dirá: "De tu propia boca te juzgaré, siervo malvado.... ¿Por qué no diste mi dinero al banco, para que a mi venida yo exigiera lo mío con usura? Y dijo a los que estaban allí: Quitadle la libra, y dadla al que tiene diez libras."

Quítale las oportunidades de utilidad que no ha sabido mejorar. No tengo confianza en él; no hará un trabajo fiel para mí. Ha abusado de mis dones, ha pervertido mis talentos. Si hubiera negociado en mi interés sobre el capital que le confié, ahora cosecharía la vida eterna; pero ha vivido egoístamente; la obra de su vida ha sido un fracaso. Y ahora viene desenrollando una servilleta, y diciéndome que tengo lo mío. No trae ningún interés. Quítale el talento, porque ya no es digno de él, y dáselo al que tiene diez talentos; porque al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará lo que yo le confié. Y sufrirá la pérdida eterna. "Echad al siervo inútil a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes".

Presento estos pensamientos ante los laicos de la iglesia, para que despierten a un sentido de su responsabilidad. ¿Qué estás haciendo, querido lector, con los talentos que te han sido confiados? Si los estás enterrando en el mundo, no lo

hagas más. Trabaja para Jesús; pon todo tu interés en su causa. La autoalabanza y el autoengaño te harían creer que estás haciendo lo correcto; pero ¿cómo se compara tu vida con la de Jesús cuando estaba en este mundo? Jesús lo ha hecho todo por ti; ni siquiera se retuvo a sí mismo. Muestra ahora celo y seriedad poniendo todas tus fuerzas al servicio de él, y recibirás como recompensa el don de la vida eterna.

27 de noviembre de 1884

La época de Noé y la nuestra

EGW

En los días de Noé "vio Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal." "También la tierra estaba corrompida delante de Dios, y la tierra estaba llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. Y dijo Dios a Noé: El fin de toda carne ha llegado delante de mí; porque la tierra está llena de violencia por causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra." Esta es una descripción exacta de la generación que pereció en las aguas del diluvio; pues fue escrita por inspiración.

"Vio Dios que la maldad del hombre era mucha" y que "la tierra estaba llena de violencia". Reinaba la anarquía. Dios había dado a los hombres sus mandamientos como regla de vida; pero el temor de Dios casi había desaparecido de sus corazones. Se transgredía su ley, y el resultado era casi todo pecado concebible. La maldad de los hombres era abierta y atrevida, y los gritos de los oprimidos llegaban hasta el Cielo. La justicia fue pisoteada en el polvo. Los fuertes no sólo despreciaban los derechos de los débiles, sino que los obligaban a cometer actos de violencia y crímenes.

Las mismas características prevalecen en nuestros días. Se perpetran crímenes tan graves, tan negros y terribles. Cuántos hombres en posiciones elevadas, que han sido honrados como hombres de talento e integridad, han demostrado ser indignos de confianza. Cuántas de esas personas han sido detectadas en fraudes, sobornos, robos e incluso asesinatos. Tomen los periódicos seculares y lean los relatos de asesinatos. Muchos de estos crímenes son tan fríos y sin causa que parece como si los hombres se mataran unos a otros simplemente por impulso o diversión. Y estas atrocidades se han vuelto tan comunes que apenas suscitan

comentarios o sorpresa. Se ven como algo natural, como males que hay que soportar.

Antes del diluvio la maldad del hombre era grande; pero esto no era todo. "Todo designio de los pensamientos de su corazón era de continuo solamente el mal". Los propósitos y deseos del corazón eran corruptos de día en día.

Los hombres a veces se halagan de que en esta época ilustrada son superiores en conocimientos y talentos a los que vivieron antes del diluvio; pero quienes piensan esto no estiman correctamente la fuerza física y mental de aquella longeva raza. El crecimiento era lento y firme. Los hombres no alcanzaban, como en la actualidad, la madurez precozmente, agotaban sus fuerzas vitales y sólo vivían la mitad de sus días. Sus mentes eran de alto nivel, fuertes y claras. Si estos hombres, con sus raras facultades para concebir y ejecutar, se hubieran dedicado al servicio de Dios, habrían hecho del nombre de su Creador una alabanza en la tierra, y habrían respondido al propósito para el que les dio el ser. Pero no lo hicieron. El hombre corrompió su camino en la tierra. Hubo muchos gigantes, hombres de gran estatura y fuerza, renombrados por su sabiduría, hábiles para idear las obras más astutas y maravillosas; pero en proporción a su destreza y habilidad mental estaba su gran culpa a causa de una iniquidad desenfrenada. Eran apóstatas de Dios, y eran crueles y opresivos con aquellos que no eran capaces de resistirles.

Dios concedió a estos antediluvianos muchos y ricos dones; pero ellos utilizaron sus dádivas para glorificarse a sí mismos, y las convirtieron en una maldición al fijar sus pensamientos y afectos en los dones en vez de en el Dador. Tenían árboles hermosos de gran variedad y casi sin límite; pero de ellos hicieron templos, donde se deleitaban en escenas de placer y maldad. Abundaban el oro, la plata y las piedras preciosas, pero también los utilizaban para satisfacer los deseos de sus orgullosos corazones.

Estos hombres pecadores no podían negar la existencia de Dios; pero les habría agradado saber que no había Dios para presenciar sus actos y pedirles cuentas. Se deleitaban en apartarlo de sus mentes y corazones. A los niños no se les enseñaba a temer y reverenciar a su Creador. Crecían sin freno en sus deseos, sin principios ni conciencia. Sus mentes estaban absortas en idear medios para rivalizar unos con otros en placeres y vicios. Este mundo era todo el Cielo que esta gente quería. Eran esclavos del apetito y de la pasión, y su ambición era satisfacer todos sus deseos. Eran precipitados y violentos, y no soportaban

ninguna contradicción. Todo lo que interfería con sus deseos era amargamente odiado y rápidamente apartado del camino.

Sin embargo, no todo el mundo estaba corrompido. Había testigos fieles de Dios. Matusalén, Enoc, Noé y muchos otros trabajaron para mantener vivo en la tierra el conocimiento del Dios verdadero y para detener la marea del mal moral. Dios declaró que su Espíritu no debía luchar siempre con los hombres culpables, sino que su período de prueba sería de ciento veinte años; si entonces no dejaban de contaminar con sus pecados el mundo y sus ricos tesoros, los borraría de su creación; y estos fieles ministros de justicia dieron el mensaje de advertencia al mundo. Pero la luz no fue escuchada; y la predicación de Noé y sus colaboradores impresionó cada vez menos los corazones. Muchos, aun entre los adoradores de Dios, fueron seducidos al pecado por las seducciones hechiceras que estaban constantemente ante ellos, y perdieron su carácter peculiar y santo. No tenían suficiente poder moral para resistir las influencias corruptoras de la época.

Por su obstinada resistencia a los reproches de la conciencia y a las advertencias de los profetas de Dios, aquella generación llenó la medida de su iniquidad y se hizo madura para la destrucción. La paciencia de Dios se agotó, y determinó manifestar su justicia en la extinción total de la raza pecadora, que se había entregado al control casi desenfrenado de Satanás. Porque la humanidad había pervertido sus dones, Dios desfiguraría y destruiría las cosas con que se había deleitado en bendecirla; barrería las bestias del campo y la rica vegetación que le proporcionaba tan abundante alimento, y transformaría la hermosa tierra en un vasto escenario de desolación y ruina.

¿No se reproduce en nuestro tiempo este cuadro del mundo antediluviano? El hombre no se ha vuelto más puro y santo desde los días de Noé. Su corazón no ha cambiado; sigue siendo "engañoso sobre todas las cosas, y perverso". La intensa mundanalidad de aquella generación es superada por la de la generación que vive ahora. El dinero se gasta pródigamente en casas costosas, caballos y carruajes finos, y otros artículos caros para el lujo y la ostentación, mientras que los pobres sufren para comer y vestirse. Dios confía medios a sus administradores para que prevengan la pobreza que enferma el corazón, con su ignorancia y miseria concomitantes; pero ellos no se dan cuenta de su deber para con sus semejantes. El temor de Dios está desterrado de sus corazones, y su ley es tratada con indiferencia y negligencia.

Dijo Cristo: "Como en los días que precedieron al diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no lo supieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre." Dios no condenó a los antediluvianos por comer y beber; les había dado los frutos de la tierra en gran abundancia para satisfacer sus necesidades físicas. Su pecado consistió en tomar estos dones sin gratitud al Dador, y degradarse a sí mismos satisfaciendo el apetito sin restricción.

Les era lícito casarse. El matrimonio estaba en el orden de Dios; fue una de las primeras instituciones que estableció. Dio instrucciones especiales acerca de esta ordenanza, revistiéndola de santidad y belleza; pero estas instrucciones fueron olvidadas, y el matrimonio se pervirtió y se hizo para servir a la pasión. Los piadosos se mezclaron con los depravados y se asemejaron a ellos en espíritu y en obras. "Los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran hermosas, y les tomaron por esposas a todas las que quisieron".

Un estado de cosas similar existe ahora en relación con el matrimonio. Se forman matrimonios entre piadosos e impíos porque la inclinación gobierna en la selección del esposo o la esposa. Las partes no piden consejo a Dios, ni tienen en vista su gloria. El cristianismo debiera tener una influencia controladora y santificadora sobre la relación matrimonial; pero el marido y la mujer no están unidos por principios cristianos; la pasión incontrolada está en la base de muchos de los matrimonios que se contraen en la actualidad.

En tiempos de Noé hubo hombres que se burlaron de sus palabras de advertencia. Decían que había leyes fijas en la naturaleza que hacían imposible un diluvio; que Noé estaba loco sobre este tema, y que si hubiera algo de verdad en lo que decía, los hombres de renombre, los sabios, los prudentes, los grandes hombres, entenderían el asunto. Hubo total incredulidad en el testimonio de Noé con respecto a los juicios venideros; pero esta incredulidad no impidió ni obstaculizó la tormenta que se avecinaba. A la hora señalada, "las fuentes del gran abismo se rompieron, y las ventanas del cielo se abrieron", y la tierra fue lavada de su corrupción. Sólo se salvaron los que encontraron refugio en el arca.

Lector, se acerca otra tormenta. La tierra será de nuevo barrida por la ira desoladora de Dios; y de nuevo el pecado y los pecadores serán destruidos. ¿Cree usted que es un acontecimiento de poca importancia? Lee algunas de las palabras de los profetas en referencia al día de Dios: "He aquí que viene el día que arderá como un horno; y todos los soberbios, sí, y todos los que obran

impiamente, serán estopa; y el día que vendrá los abrasará, dice Jehová de los ejércitos, que no les dejará ni raíz ni rama." "¡Ay del día! porque el día del Señor está cerca, y como una destrucción del Todopoderoso vendrá". "El gran día del Señor está cerca, está cerca, y se apresura grandemente, la voz del día del Señor. Allí clamará amargamente el poderoso. Aquel día es día de ira, día de angustia y de aflicción, día de soledad y de desolación, día de tinieblas y de oscuridad, día de nubes y de densas tinieblas."

Pero aunque éste sea un día de tribulación y angustia para los impíos, los justos podrán decir: "He aquí, éste es nuestro Dios"; "le hemos esperado, nos alegraremos y gozaremos en su salvación". La verdad será su escudo y su coraza. Dios será su refugio, y bajo sus alas confiarán. Dice el salmista: "Porque has hecho del Señor, que es mi refugio, del Altísimo, tu morada, no te sobrevendrá mal, ni plaga alguna se acercará a tu morada. Porque a sus ángeles mandará sobre ti, que te guarden en todos tus caminos".

4 de diciembre de 1884

Requisitos para una buena reunión de oración

EGW

Los cristianos no siempre dan suficiente importancia al culto público a Dios. No se dan cuenta de su responsabilidad en este asunto. La reunión de oración, especialmente, es a menudo aburrida, sin espíritu y poco atractiva. Pero no tiene por qué serlo. Aun cuando pocos amen la hora de oración, puede hacerse interesante y provechosa. La presencia de Jesús no se limita a las grandes asambleas. "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre", dice, "allí estoy yo en medio de ellos". "Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos".

Podemos descansar con seguridad en estas promesas; pero si queremos que se nos cumplan, debemos vivir de modo que Dios pueda bendecirnos constantemente. Si conscientemente abrigamos envidia, malicia o cualquier maldad en nuestros corazones, nuestra adoración es sólo una burla a los ojos de Dios. Debemos confesar y abandonar nuestros pecados; debemos escudriñar nuestros corazones, y ver que todo lo que aflige al amado Salvador sea desechado; debemos ser ejemplos vivientes de la gracia transformadora de Dios. Pero cuando hayamos hecho todo de nuestra parte, podemos acudir a Jesús con humilde fe; y él escuchará nuestras oraciones, porque su palabra está empeñada.

Para que la reunión de oración sea lo que debe ser, debe ir precedida de una vida santa. "El reino de Dios y su justicia deben ser la primera consideración. Satisfacer las demandas de Dios implica una cruz. Tenemos la obligación de honrarlo con una vida ordenada y una conversación piadosa, y de hacer todo lo que esté a nuestro alcance para ganar a otros a su servicio. Y hacer esto requiere abnegación. No nos deja tiempo para dedicarnos a planes o búsquedas egoístas. Con frecuencia los asuntos de negocios reciben cuidadosa atención, mientras que los intereses del alma pasan a un segundo plano. Mientras exista este estado de cosas, los cristianos nunca podrán tener un poder convincente con los incrédulos, y la reunión de oración estará desprovista de la presencia del Espíritu de Dios.

Que todo el que se declare seguidor de Cristo se pregunte: ¿Qué hago yo por Jesús? "Vosotros sois la luz del mundo", dijo Cristo a sus discípulos. ¿Puedes, entonces, sentirte claro en la inactividad y la indolencia en la causa de Dios? No hay tal cosa como el egoísmo en la religión, no hay tal cosa como una religión que pueda ser disfrutada sin beneficiar a nadie. La verdad sostenida con humildad se recomendará a las mentes y corazones de los demás. La fe que obra por el amor y purifica el corazón, no puede conservarse embotellada como un perfume precioso. La luz del cristiano no debe ponerse debajo de un celemín, sino en el palo de una vela, para que alumbre a todos los que están en la casa.

Amigos cristianos, ¿podrían considerar cómo hacer que la reunión de oración sea interesante? Pueden hacerlo si lo desean. No piensen que Dios se ocupará de la reunión, y ustedes no tienen nada que hacer. Él te ha dado capacidad, y requiere que la uses. En el plan de salvación, el hombre debe cooperar con Dios. Tiene deberes que cumplir, así como esperanzas que abrigar. En primer lugar, no deben dejar de reunirse. Sean puntuales y regulares en su asistencia. No permitan que pequeñeces los alejen de la casa de oración. Aunque sólo sean dos o tres los que se reúnen, estén en su lugar a la hora señalada.

Antes de salir de casa, acude a Dios en oración secreta. Suplícale su bendición, y Aquel que "ve en secreto, te recompensará abiertamente". Con el corazón ablandado por el amor de Jesús, acude a la reunión, sintiéndote personalmente responsable de su éxito. Si son pocos los que asisten, debes sentirte doblemente responsable. Estáis al servicio de Dios, y debéis hacer lo que podáis con vuestro talento, tacto y habilidad para que su culto sea interesante. Dedicas cuidado y reflexión a los asuntos de negocios; trabajas para que tengan éxito. ¿Harías menos por la adoración de Dios? ¿No son los intereses eternos mucho más importantes que los terrenales? En este asunto actúa como seres inteligentes y

racionales. No os agobiéis tanto con las preocupaciones temporales que no tengáis vida y energía para la reunión de oración. Dios obrará con vuestros esfuerzos; pero no os bendecirá en la indolencia y el descuido. Él habla a los corazones que sienten, a las conciencias que responden a sus reclamos.

Cuando habléis u oréis, esforzaos por hablar en tono claro, lo bastante alto para que os oigan todos. Usted no se dirige a su familia en un susurro, sino en una voz alegre, agradable y audible; ¿por qué no dejar que los mismos tonos distintos y agradables se escuchen en la reunión de oración? Si nunca has aprendido a hablar en voz alta cuando hablas de Jesús, que ésta sea una de tus primeras lecciones. Si has tenido el hábito de orar de modo que nadie de los presentes pudiera entender lo que decías, reserva todas esas oraciones susurradas para el armario. ¿Cómo puede hacerse interesante la reunión de oración, cuando las oraciones ofrecidas y los testimonios pronunciados se dicen en un tono tan bajo que sólo puede oírse una palabra de vez en cuando? ¿Quién puede responder "Amén"? ¿A quién pueden beneficiar tales testimonios, por buenos y apropiados que sean en sí mismos? ¿Quién puede saber decir palabras de consuelo y aliento, o ayudar a los que necesitan ayuda?

Muchas oraciones y testimonios están tan desprovistos del Espíritu de Dios como una esponja seca está desprovista de humedad; porque no hay Jesús morando en el corazón. Esto hace que la reunión de oración sea fría y sin vida, y no es de extrañar que los niños teman tales momentos. No traigas un espíritu aburrido y quejoso a la reunión de oración. No compares notas para ver qué historia triste puedes contar. Hay suficiente de qué hablar sin levantar una sola tristeza. Cuando estemos dispuestos a venir como niños pequeños, conscientes de nuestra propia debilidad, y dispuestos a ser instruidos por los Maestros Divinos, nuestros corazones se llenarán del amor de Jesús, y anhelaremos hablar de su incomparable valor. Dejaremos de hablar de nosotros mismos. Nuestras pruebas parecerán tan pequeñas que nos olvidaremos de mencionarlas. Tenemos muchas bendiciones. Cultivemos la gratitud y hablemos de la bondad de Dios.

Deberíamos conocer individualmente a Jesús como Salvador que perdona los pecados. Deberíamos poder dar testimonio de su amor compasivo y de las virtudes de la corriente purificadora que lava las manchas del pecado. ¿Por qué no hablar a menudo unos con otros de la bendita esperanza que nos ofrece el gran plan de salvación? ¿Por qué no hablar de la herencia celestial y de las ricas promesas de Dios? Jesús vive para interceder por nosotros; alegrémonos, pues. Presentémonos ante el Señor con gratitud y alabanza en el corazón y en los

labios. Con regocijo, hablemos unos a otros "con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando" al Señor en nuestros corazones. "Quien ofrece alabanzas", dice el Creador, "me glorifica". No retengamos el tributo que le es debido.

Lleno a rebosar estará el corazón transformado por la gracia. El amor divino se revelará en la manera, en el habla, en la vida. El cristiano disfrutará de la comunión con su Hacedor; gozará de los preciosos privilegios de su elevado llamamiento en Cristo Jesús. Queremos devoción tranquila; queremos el valor y la esperanza que se derivan de adorar a Dios con su pueblo; pero también debemos tener actividad y energía, porque tenemos una obra que hacer. "Sois linaje escogido", dice Pedro, "real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que *anunciéis* las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable."

Nosotros, que hemos experimentado estas ricas bendiciones, tratemos de atraer a otros hacia el Salvador, para que compartan la luz que brilla en nuestro camino. Señalémosles a Jesús y digámosles: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". El mayor elogio que podemos recibir como obreros cristianos es decir que presentamos a Cristo levantado en la cruz como objeto de supremo deseo; y ¿cómo podemos hacerlo mejor que haciendo atractiva la religión? Mostremos que para nosotros el culto a Dios no es monotonía y forma árida, sino espíritu y vida.

18 de diciembre de 1884

Dios trata la apostasía

EGW

El Señor eligió a Israel como su pueblo peculiar, y quiso que fuera depositario de su ley. Debían ser una nación distinta y santa, separada de las naciones paganas que los rodeaban. Debían preservar el conocimiento del Dios verdadero, y a través de ellos, la luz del Cielo debía derramar sus rayos sanadores por todo el mundo. Debían ser una ilustración viviente de la superioridad de aquella religión que reconoce a Dios como el soberano supremo del universo.

Pero en los días de Acab, uno de los reyes malvados de Israel, el pueblo se alejó de Dios. La pagana Jezabel, con quien se casó Acab, introdujo la adoración de dioses falsos, Baal y la diosa sidonia Astoret. A través de su influencia, se

enseñó al pueblo que estos dioses ídolos eran deidades que gobernaban los elementos de la tierra, el fuego y el agua con su poder místico. Olvidaron que las colinas y los valles, los arroyos y las fuentes, estaban en manos del Dios vivo; que él controlaba el sol, las nubes del cielo y todos los poderes de la naturaleza. Olvidaron que en el desierto, en el día de la necesidad de Israel, había escuchado las oraciones de Moisés, y que en obediencia a su palabra brotaron aguas vivas de la roca herida.

El Señor envió a su profeta con palabras de advertencia y reprensión. Se dirigió al rey, por cuya influencia el pueblo había sido inducido a la idolatría, y afirmó el derecho de Jehová a ser el único Dios en Israel. Se hicieron repetidas advertencias que fueron desoídas. El pueblo quedó cautivado por la magnífica ostentación y los ritos fascinantes del culto de los ídolos; siguió el ejemplo de su rey y se entregó a un culto degradante y sensual, y a sus placeres embriagadores. Guiados por el rey y su corte, rechazaron el gobierno moral de Jehová, y fueron infieles a su confianza como depositarios de la verdad divina. La luz clara brilló sobre ellos; pero prefirieron seguir sus propios caminos antes que los caminos de Dios. Y el culto de Dios, y las leyes buenas y sanas que él les había dado, fueron desatendidos.

Llegó un momento en que Dios no pudo soportarlos más y envió a su profeta con un mensaje de denuncia. Elías se presentó ante el rey sin anunciarse y, levantando la mano hacia el cielo, declaró solemnemente: "Vive el Señor Dios de Israel, ante quien estoy, que no habrá rocío ni lluvia estos años, sino según mi palabra". Después de pronunciar su terrible mensaje, partió tan repentinamente como había venido, y se marchó antes de que el atónito rey pudiera formular una respuesta.

La palabra del Señor entró en vigor inmediatamente. El apóstata Israel debía poner a prueba el poder de los dioses a quienes había rendido homenaje. Habían abandonado al que los sacó de Egipto, y habían olvidado las maravillosas demostraciones de su poder en el Mar Rojo y en el desierto; y él retiró sus bondadosas bendiciones, que ellos habían tomado como algo natural, sin gratitud, sin siquiera reconocerlas como sus dones. Cortó el rocío y la lluvia del cielo, y ¡qué escena de desolación se convirtió la tierra reseca y estéril! Ahora el pueblo podía ver que Aquel que había creado la naturaleza podía controlar sus leyes y convertirlas en instrumentos de bendición o de destrucción.

Los sacerdotes de Baal han adorado a la naturaleza y han exaltado lo creado por encima del Creador. Todas las bendiciones de que gozan se las han atribuido a

la naturaleza y a sus dioses. Ahora tienen la oportunidad de probar el poder de sus dioses y de demostrar que las palabras de Elías son falsas. Tienen altares y sacerdotes, y se ofrecen costosos sacrificios a sus dioses ídolos. Si la naturaleza, gobernada por sus leyes infalibles, continúa su curso desafiando las amenazas de Jehová, entonces que la naturaleza sea exaltada por encima del Dios de la naturaleza. Si Baal puede hacer llover; si puede vestir los campos de verdor y hacer florecer la vegetación; si puede hacer brotar la cosecha en su estación y proporcionar así alimento al hombre y a la bestia, entonces que se adore a los dioses de madera y piedra. ¿Quién temerá al Dios de Elías, o temblará ante las palabras del profeta?

Llegó el hambre con todos sus horrores; pero el pueblo no aprendió la lección que Dios le enseñaría. No humillaron sus orgullosos corazones, sino que empezaron a buscar otra causa de sus sufrimientos que no fuera la verdadera. Finalmente decidieron que Elías era el causante de toda su miseria. Él les había dicho que estaban quebrantando la ley de Dios; que todos, tanto los maestros como el pueblo, estaban entregados a la idolatría; y les había anunciado que el Señor no los soportaría más. Si pudieran quitar de en medio a Elías, se acabarían sus problemas. El rey lo buscó por toda la tierra, y no hubo nación ni reino adonde no enviara mensajeros en busca del hombre a quien temía y odiaba.

Pero al fin llegó la palabra del Señor a Elías: "Ve, muéstrate a Ajab, y yo enviaré lluvia sobre la tierra". El rey y el profeta se encuentran, y el rey le pregunta con altanería: "¿Eres tú el que perturba a Israel?". El profeta rechaza la acusación. "Yo no he perturbado a Israel", responde, "sino tú y la casa de tu padre, que habéis abandonado los mandamientos del Señor y habéis seguido a los baales".

Fue el desprecio de la ley de Dios por parte de Acab y su pueblo lo que les había acarreado todas sus calamidades; y Elías no vaciló en declarar toda la verdad al rey culpable. El mundo está lleno de aduladores y disimuladores, tanto en los palacios como en la vida ordinaria; pero cuán pocos son los que tienen el valor que Elías manifestó, cuán pocos los que defenderán la quebrantada ley de Dios en oposición a los grandes hombres de la tierra.

El carácter de Baal y el del verdadero Dios quedaron plenamente revelados. Durante la larga hambruna, el Señor se había mostrado más poderoso que los dioses de los paganos; y entonces llegó la gran prueba del Carmelo, cuando cayó fuego del cielo y consumió el sacrificio de Elías. El pueblo estaba ahora dispuesto a admitir que el Dios de Elías estaba por encima de todo dios, y unánimemente exclamó: "¡El Señor, él es el Dios! ¡El Señor, él es el Dios!".

Pero había que protegerlos de los que les habían enseñado la idolatría. Para que no siguieran incitando a las almas a la ruina, se ordenó a Elías que destruyera a los cuatrocientos cincuenta falsos maestros que habían inducido al pueblo a la transgresión. Cuando Israel hubo reconocido lealtad al Dios del Cielo, y los sacerdotes de Baal fueron muertos, se abrieron las ventanas del cielo, y se permitió que las lluvias benditas cayeran sobre la tierra abrasada y ennegrecida.

El carácter de Dios no ha cambiado. Sigue siendo el Dios poderoso de Israel. "He aquí que las naciones son como la gota de un balde, y se cuentan como el polvillo de la balanza; he aquí que él toma las islas como cosa muy pequeña. Y el Líbano no basta para arder, ni sus bestias bastan para holocausto. Todas las naciones delante de él son como nada; y le son tenidas por menos que nada, y vanidad." Y es tan celoso de su ley ahora como lo fue en los días de Acab y Elías.

Y ¡cómo se hace caso omiso de esa ley en la actualidad! Muchos la invalidan, aun entre los que profesan ser cristianos. Esta es una generación aborrecedora de la verdad, negligente de la Biblia y rencorosa. Muchos consideran que burlarse de la Palabra de Dios es una prueba de habilidad y erudición, y en muchos casos se ridiculiza a los que son lo bastante sencillos como para aceptarla tal como está escrita y creer en ella. Pero el Señor no permitirá que su ley sea quebrantada impunemente. Se acerca un tiempo "en que serán humilladas las altivas miradas del hombre, y se abatirá la soberbia de los hombres, y sólo el Señor será exaltado en aquel día". Entonces aprenderán la importante lección de que "el temor del Señor es el principio de la sabiduría"; se darán cuenta de que "buen entendimiento tienen todos los que cumplen sus mandamientos."

1 de enero de 1885

El año viejo y el nuevo

EGW

El año viejo, con sus trescientos sesenta y seis días de privilegios y deberes, ha pasado a la eternidad; y cada día ha quedado registrado en los libros del Cielo. Nuestros caracteres individuales están allí tan clara y fielmente representados como lo están los rasgos del rostro en la placa pulida del artista. El Señor nunca se equivoca al estimar nuestros actos y motivos. Nuestras vidas se revelan ante los ángeles en su verdadera luz. Si el carácter es poco amable y degradado, si la disposición es dura, dominante y apasionada, estos rasgos excluirán a su

poseedor del Cielo. Todos nuestros actos, con los motivos que los impulsaron, se pesan en la balanza del santuario, y las decisiones que se toman son justas y equitativas. El Señor no disculpa en uno lo que condena en otro.

Querido lector, examina tu propio corazón y tu propia vida a la luz de la Palabra de Dios, y pregúntate: "¿Cuál ha sido mi balance del año que acaba de terminar? ¿Qué progresos he hecho en la vida cristiana? ¿Qué victorias he obtenido? y ¿qué he hecho para ayudar a otros y llevarlos a Cristo?".

Dios no te ha puesto en este mundo para que lleves una vida sin rumbo. Él quiere que seas útil y que alcances un alto nivel de excelencia moral. A cada uno se le asigna un trabajo. Durante el año pasado, ¿has desempeñado la tarea que te ha sido asignada con alegría y fidelidad, con la vista puesta únicamente en la gloria de Dios? Se te han concedido oportunidades y privilegios; ¿qué uso has hecho de estos buenos dones que te ha confiado nuestro amoroso Padre celestial? ¿Has sido una bendición para los que te rodean? ¿Has hecho lo que has podido para hacerlos felices y ganarlos para Cristo?

Todo esto forma parte de su trabajo señalado. Dios también requiere que cada uno de nosotros se someta a sí mismo, que no dé rienda suelta a la autoindulgencia o al apetito, y que forme caracteres que resistan la prueba del Juicio y nos acompañen en la vida futura. Para guiarnos en esta obra nos ha dado su ley, esa gran norma de rectitud, que será una lámpara para nuestros pies y una luz para nuestro camino. ¿Has estado conformando tu vida a esta norma? ¿Has estado formando hábitos correctos, un carácter semejante al de Cristo, o has dejado que los hábitos viciosos crezcan y se fortalezcan hasta esclavizar la mente y el corazón?

Recordemos que el carácter no es el resultado de un accidente, sino que día a día se va formando para bien o para mal. La obra de edificar el carácter reviste gran importancia, porque sus resultados son de largo alcance. Somos constructores para el tiempo y para la eternidad. Pocos se dan cuenta del poder del hábito. La inspiración pregunta: "¿Podrá el etíope mudar de piel, o el leopardo sus manchas?" Y añade: "Entonces también vosotros, que estáis acostumbrados a hacer el mal, podéis hacer el bien". Esta es una afirmación solemne, y bien puede hacernos reflexionar. Pero hay consuelo y valor en la reflexión de que si los malos hábitos adquieren tal fuerza que parece casi imposible volverse en la dirección correcta, el poder de los buenos hábitos es igualmente fuerte. Los resultados del trabajo de cada día, ya sea que la tendencia sea elevarnos en la escala del valor moral o empujarnos hacia abajo, hacia la

perdición, están influenciados por los días que los han precedido. La derrota de hoy prepara el camino para una derrota aún mayor mañana; la victoria de hoy asegura una victoria más fácil mañana. Cuánto cuidado debemos poner en que los hábitos y caracteres que estamos formando sean correctos y virtuosos, según el modelo divino.

Jóvenes amigos, refrenad vuestros pies de todos los malos caminos. No deis el primer paso en esa dirección, porque no hay paz ni felicidad en ellos. Las tentaciones pueden venir a vosotros en muchas formas hechizantes para atraeros del camino de la rectitud; pero tened cuidado. Los ángeles malignos, como una nube oscura, rodean a los viciosos y depravados. Los atan, en cuerpo y alma, con firmes cadenas que nada sino la gracia de Dios puede desatar. Mirad los rostros pálidos y enfermizos de vuestros jóvenes compañeros que se han extraviado. Sus prácticas viciosas pueden leerse en sus semblantes demacrados y en su andar tembloroso y tambaleante. Los malos hábitos han fijado en ellos una marca que llevarán hasta la tumba. Pueden reformarse y mejorar su condición física y mental, y Dios los perdonará, pero las huellas del pecado permanecerán.

Los hombres pueden disciplinarse para hacer el bien. Como Daniel, pueden tener un propósito nacido del cielo en sus corazones de no contaminar alma ni cuerpo, a pesar de la degeneración y corrupción de la época. Dios dio a Daniel "conocimiento y habilidad en toda ciencia y sabiduría". Su bendición asistió al hombre que se esforzó humanamente de acuerdo con la voluntad divina. La misma ayuda se dará todavía a todos los que sigan un curso similar y, con la gloria de Dios en vista, practiquen la abstinencia y la moderación. Entre ellos y los indulgentes se verá la misma diferencia que había entre Daniel y sus compañeros y los demás jóvenes de la corte del rey. Habrá ojos y cutis claros, pisada firme, fuerza y vigor de intelecto, aguda percepción de la verdad espiritual.

"Haced sendas derechas para vuestros pies", dice el apóstol, "no sea que el cojo se desvíe del camino". El camino que conduce lejos de Dios, lejos de su santa y perfecta norma de rectitud, es siempre torcido y peligroso. Sin embargo, durante el año pasado muchos han estado caminando en este camino de transgresión. En muchos casos no empezaron bien en la infancia y la juventud, y han seguido caminos torcidos todo el tiempo. No sólo se han desviado ellos mismos del camino recto, sino que, por la influencia de su ejemplo, otros se han desviado del camino recto y llano, y han cometido errores fatales.

No siempre comprendemos el sentido sagrado de nuestra vida y de nuestro trabajo. No siempre nos damos cuenta del poder del ejemplo. Entramos en contacto con los demás. Nos encontramos con personas que se equivocan, que hacen el mal de diversas maneras; pueden ser desagradables, rápidas, apasionadas, dictatoriales. Al tratar con ellos debemos ser pacientes, tolerantes, amables y gentiles. Satanás obra por medio de ellos para provocar y hostigar, a fin de que no mostremos una disposición agradable y amable. Todos tenemos que enfrentarnos a pruebas y perplejidades, porque estamos en un mundo de preocupaciones, ansiedades y desilusiones. Pero estas continuas molestias deben afrontarse con el espíritu de Cristo. Por medio de la gracia podemos elevarnos por encima de lo que nos rodea, y mantener nuestro espíritu tranquilo e imperturbable en medio de las preocupaciones de la vida cotidiana. Así representaremos a Cristo ante el mundo.

Sólo con la ayuda del Espíritu de Dios podemos obtener una victoria tan grande. El apóstol exhorta a sus hermanos de Éfeso: "Fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis resistir contra las asechanzas del diablo.... Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz; sobre todo, tomando el escudo de la fe, con el cual podréis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia."

La consagración a Dios debe ser un asunto vivo y práctico; no una teoría de la que hablar, sino un principio entretejido con toda nuestra experiencia. Debemos dejar que nuestra luz brille de tal manera ante los demás que ellos, al ver nuestras buenas obras, glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos. Debemos manifestar las alabanzas de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable. Si la luz del Cielo está en el alma, se reflejará en todos los que nos rodean. Ojalá todos pudieran ver este importante tema en su verdadera luz. No habría entonces tal desconsideración de palabras y actos, tal vida descuidada, indolente e irreligiosa.

Querido lector, ¿te encontrarás al final del año 1885 más adelantado de lo que estás hoy? ¿Dejarás atrás los malos hábitos? ¿Serás considerado con los demás, fiel para hacer la obra de un cristiano? Si lleváis los principios del bien obrar a todos los asuntos de la vida, encontraréis que esto promoverá la salud del cuerpo, la paz de la mente y la prosperidad del alma. Tendrás una fuerza,

dignidad y dulzura de carácter que ejercerán una influencia transformadora sobre los demás.

Estamos entrando en un nuevo año, y que sea para nosotros un comienzo de años. Si en el año viejo cometimos errores, comencemos el nuevo rectificándolos en la medida de lo posible. Si el año viejo ha llevado a la eternidad un registro manchado de oportunidades descuidadas y privilegios menospreciados, procuremos que el nuevo año esté libre de estas manchas. Todos sus días están ante nosotros; comencemos ahora a hacer que la historia de cada uno de ellos sea tal que no temamos encontrarnos en el Juicio. Llenemos cada uno de trabajo amoroso y útil para los demás. Desarrollemos todas nuestras facultades y hagamos de nosotros mismos todo lo que Dios quiso que hiciéramos.

En el cumplimiento de los mandamientos de Dios hay una gran recompensa. Una recompensa aguarda al vencedor en el gran día, cuando oirá de labios de nuestro Señor las graciosas palabras: "Bien, buen siervo y fiel"; y hay también una recompensa presente en la paz y la felicidad que fluyen de una conciencia tranquila, de la dulce seguridad de que gozamos del favor de Dios. "Todas las sendas del Señor son misericordia y verdad para los que guardan su pacto y sus testimonios". Para todos los que caminan por sus sendas, el nuevo año será coronado de bondad y bendición.

8 de enero de 1885

La vocación y el carácter de Juan

EGW

Juan fue uno de los primeros en reconocer a Jesús como el Mesías. Había escuchado la predicación de Juan el Bautista, y sabía que había sido enviado como precursor de Aquel que era la Esperanza de Israel. A Juan y Andrés el Bautista les señaló a Jesús como "el Cordero de Dios". Inmediatamente buscaron una entrevista con el nuevo maestro. Si era cierto el testimonio que habían oído dar de él, de que era quien iba a quitar el pecado del mundo, querían conocerle y ser instruidos por sus sabias palabras. Jesús vio que lo seguían y los acogió en su humilde morada. Permanecieron con él aquella noche, y cuando abandonaron su presencia, lo hicieron con la fe plenamente confirmada en su carácter y misión divinos.

Andrés fue en busca de su propio hermano, Simón, y lo llevó a Jesús, con el anuncio de bienvenida: "Hemos encontrado al Mesías." Al día siguiente, Jesús llamó a Felipe para que le siguiera. Felipe buscó a Natanael, de quien sabía que era un hombre sincero y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y le expresó su firme convicción de que en Jesús de Nazaret había encontrado "a Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas."

Andrés, Pedro, Santiago y Juan fueron conocidos en adelante como discípulos de Jesús. Le acompañaron a Jerusalén, y estuvieron con él mientras predicaba en las ciudades y aldeas de Judea, y en Samaria a su regreso a Galilea. Oyeron sus enseñanzas y presenciaron las exhibiciones del poder divino en los milagros que realizaba; y día a día aumentaba su fe en que aquel modesto campesino galileo era realmente el Mesías prometido, que restauraría el reino a Israel.

Aunque asistían a la predicación de Jesús y se relacionaban mucho con él, seguían ejerciendo su humilde vocación; pero llegó el momento en que debían dejar sus redes y sus barcas de pesca y asociarse más estrechamente con Jesús. Las multitudes asistían ahora a su ministerio; y mientras enseñaba junto al lago de Genesaret, "le apremiaban tanto para oír la palabra de Dios", que entró en la barca de Pedro, y desde ella enseñaba a la gente que estaba en la orilla. Cuando hubo cesado de hablar, dijo a Pedro: "Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar". Pedro respondió que habían trabajado toda la noche y no habían pescado nada. Sus trabajos habían sido infructuosos en el tiempo habitual para la pesca, y no había ninguna probabilidad humana de éxito ahora; "sin embargo", dijo Pedro, "en tu palabra echaré la red." Así se hizo, y la corriente de peces era tan grande que la red no podía contenerlos, y Santiago y Juan, los compañeros de Andrés y Pedro, fueron llamados en su ayuda.

Asombrado sin medida ante el inesperado resultado de su acto de sencilla obediencia, Pedro exclamó impulsivamente: "Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador". Pero Jesús tranquilizó a sus excitados discípulos, diciéndoles que en adelante serían pescadores de hombres. Tenían ante sí una obra importante y solemne. Debían renunciar a su único medio de subsistencia y dedicar sus vidas a esfuerzos desinteresados para salvar a los pecadores que perecían; pero antes de llamarlos a esta vida de abnegación y dependencia de Dios, el amoroso Salvador les mostró que, como Señor del cielo y de la tierra, era abundantemente capaz de proveer a todas sus necesidades.

"Y cuando trajeron a tierra sus naves, lo dejaron todo y le siguieron". Desde este momento estuvieron constantemente con Jesús. El Gran Maestro pasó junto a

los sabios de la tierra, los talentosos y los educados, acostumbrados a recibir alabanzas y homenajes como líderes del pueblo. Eran tan orgullosos y estaban tan seguros de sí mismos en su presumida superioridad que no se les podía moldear para que simpatizaran con la humanidad sufriente y se convirtieran en colaboradores del humilde Hombre de Nazaret. Era más fácil entrenar y educar a estos pescadores ignorantes para la elevada y santa obra a la que les había llamado; porque eran enseñables. Se les podía elevar a la altura de la norma divina. Se les podía enseñar a dominarse a sí mismos e imbuirlos de principios correctos y doctrinas puras.

Antes de salir a predicar a todo el mundo la buena nueva de la salvación por Cristo, los discípulos debían adquirir una experiencia; su fidelidad debía ser puesta a prueba.

Mientras les enseñaba, Jesús instruía al mundo. Les abría verdades sagradas. Les enseñaba el valor del alma, para que sintieran la importancia de trabajar por su salvación con celo y entusiasmo. Debían estar preparados para la gran obra que iban a llevar a cabo cuando Jesús los dejara y regresara al Padre; y los mantenía cerca de él para que pudieran ver el carácter de su labor y se inspiraran en su espíritu.

Juan se distinguía por encima de los demás discípulos como aquel a quien Jesús amaba; y recibió muchas muestras de la confianza y el amor de que gozaba en grado tan preeminente. Aunque su carácter no era en absoluto débil ni vacilante, había cultivado una disposición amable y poseía un corazón cálido y amoroso. Se deleitaba en estar siempre al lado de su Maestro, escuchando sus amables palabras de instrucción, y su profundo y genuino afecto le llevaba a ser tanto un hacedor como un oidor de la palabra. Día tras día, su corazón se inclinaba hacia Cristo, hasta que se olvidó de sí mismo por amor a su Maestro.

Su amor por Jesús no era una mera amistad humana; era el amor de un pecador arrepentido, que sentía su dependencia del amor perdonador y de la gracia transformadora de su Redentor. Su afecto profundo y ferviente no era la causa, sino el efecto del amor de Cristo por él. No brotaba de la bondad natural de su corazón, pues tenía por naturaleza graves defectos de carácter. Pero el yo estaba escondido en Cristo. Estaba estrechamente unido a la Vid Viva; y aunque naturalmente orgulloso, ambicioso y rápido para resentir los desaires y las injurias, se hizo manso y humilde de corazón, partícipe de la naturaleza divina. Tal será siempre el resultado de la comunión con Cristo.

Juan estaba dispuesto a ser instruido en cuanto a su manera de trabajar y al espíritu con que debía hacerlo. No se aferró tenazmente a su propio camino, sino que sometió su voluntad a la de Cristo. Amaba contemplar la vida de Jesús; y su gran amor le dio una visión más profunda y clara del carácter de su divino Señor que la que poseía cualquiera de los otros discípulos. Aquí encontró las grandes lecciones y el modelo perfecto de su propia vida, y siempre estaba tratando de moldear su carácter según el hermoso presentado por el Salvador.

El amor confiado y la devoción desinteresada de Juan ofrecen lecciones de incalculable valor para la Iglesia cristiana. Dios no hace acepción de personas. El cielo es un lugar preparado para aquellos que tienen un carácter apto para la sociedad de los ángeles. Sus elevados asientos no están reservados para parientes y amigos particulares, sino que se conceden a los que más aman. Las hermosas mansiones se abren a aquellos que han practicado la abnegación, que han sometido su voluntad a la voluntad de Dios, y que en su vida y carácter se han conformado a la norma divina. Pueden tener por naturaleza temperamentos fieros y faltas graves, y éstas pueden haber sido fomentadas y aumentadas por métodos equivocados de entrenamiento; pero si por la gracia de Cristo someten sus rasgos desagradables, y pelean la buena batalla de la fe, recibirán la rica recompensa del vencedor.

La obra que tenemos por delante todos los que hemos invocado el nombre de Cristo es copiar el modelo divino. Debemos confiar amorosamente en los méritos de Cristo y aferrarnos a su fuerza. Día tras día debemos subyugar los rasgos malignos que pugnan por el dominio. La fe sincera y la obediencia amorosa nos llevarán a una relación tan estrecha con Cristo como la del amado y amado Juan. Los que sean fieles en esta obra señalada serán los héroes reconocidos de los atrios celestiales. Ellos reflejan una luz brillante para el mundo ahora, porque el poder de la gracia divina se manifiesta en ellos; y con el tiempo brillarán para siempre como estrellas en el reino de los cielos.

15 de enero de 1885

Lecciones de humildad y amor

EGW

En una ocasión, mientras Jesús viajaba con sus discípulos, los doce discutían entre sí sobre cuál de ellos debía ser el mayor. Pensaban que Jesús, como el Mesías prometido, establecería un reino terrenal y reinaría en Jerusalén en el trono de su padre David; y Juan no estaba menos ansioso que sus hermanos por

asegurarse el lugar más alto en ese reino. Los discípulos no pretendían que sus palabras llegaran a oídos de su Maestro; pero él conocía sus corazones, y aprovechó esta oportunidad para darles una lección de humildad.

Cuando entraron en la casa, Jesús les preguntó: "¿Qué era lo que discutíais entre vosotros por el camino?". La presencia de Jesús, y su pregunta, pusieron el asunto bajo una luz enteramente diferente de la que les había parecido mientras contendían por el camino, y callaron. Ahora podían ver que el egoísmo y el orgullo de corazón estaban en la base de su deseo de preeminencia. No es de extrañar que la vergüenza y la autocondena los mantuvieran en silencio. Pero poco antes, Jesús les había dicho que iba a morir por ellos, y su ambición egoísta contrastaba dolorosamente con su amor desinteresado.

Cuando Jesús les dijo que había de morir y resucitar al tercer día, quiso despertar su interés y atraerlos a conversar con él sobre este tema; pero, totalmente absortos en sus propias esperanzas y planes egoístas y ambiciosos, no le comprendieron, y dejaron pasar sin aprovechar esta oportunidad de oro para obtener un conocimiento definitivo acerca de la gran prueba de fe que les esperaba. Si esta importante verdad hubiera impresionado profundamente sus mentes, se habrían ahorrado mucha angustia y desesperación. Jesús les habría dicho palabras que les habrían proporcionado consuelo y esperanza en su hora de aflicción y aguda desilusión.

Había un defecto radical en el carácter de los doce elegidos, que debía ser señalado y remediado. Jesús "se sentó, llamó a los doce y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el último de todos y el servidor de todos. Y tomando a un niño, le puso en medio de ellos; y tomándole en sus brazos, les dijo: El que reciba en mi nombre a uno de estos niños, a mí me recibe; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí, sino al que me envió". Los que poseen el espíritu de Cristo no tendrán ningún deseo de ocupar una posición por encima de sus hermanos; y los que son pequeños a sus propios ojos son los que serán tenidos por grandes a los ojos de Dios.

Esta lección no pasó desapercibida para Juan. Vio su carácter bajo una nueva luz. Se le trajo a la mente un acto que había supuesto correcto, pero que ahora comenzó a cuestionar. "Maestro", dijo, "vimos a uno que echaba fuera demonios en tu nombre, y no nos seguía; y se lo prohibimos". Santiago y Juan habían pensado que, al prohibir a este hombre que hiciera milagros en nombre de Cristo, habían tenido en cuenta el honor de su Señor; pero empezaron a ver que habían estado influidos por aprensiones erróneas y por un celoso deseo de

superación personal. Reconocieron su error y aceptaron mansamente la suave reprensión de Jesús: "No se lo prohibáis; porque no hay nadie que haga un milagro en mi nombre, que pueda hablar mal de mí a la ligera. Porque el que no está contra nosotros, está de nuestra parte".

Pero aunque tan dispuestos a aplicar personalmente las lecciones de Jesús, Santiago y Juan no estaban en absoluto dispuestos a abandonar sus ambiciosos designios. Poco después, acompañados de su madre, acudieron a Jesús con la petición de que se les permitiera ocupar la posición de mayor honor en su reino. Jesús les respondió: "No sabéis lo que pedís". Sabía el sacrificio infinito que le esperaba; que ante el trono real iba a haber humillación y vergüenza, y la muerte agonizante de la cruz. Y, sin embargo, estaba dispuesto a soportar la terrible prueba con tal de ver a las almas salvadas en su reino, para que gozasen de indecible dicha durante las edades incesantes de la eternidad.

Este era el gozo que estaba puesto ante Cristo, la gloria que iba a recibir, y que los dos discípulos, sin saberlo, habían pedido compartir. Jesús les preguntó: "¿Sois capaces de beber del cáliz que yo beberé, y de ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?". Poco comprendían el amargo cáliz del que hablaba su Señor, ni se daban cuenta del ardiente bautismo; pero respondieron sin temor: "Somos capaces." Jesús les dijo: "Ciertamente beberéis de mi cáliz, y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado; pero el sentarme a mi derecha y a mi izquierda no me toca a mí darlo, sino que será dado a aquellos para quienes está preparado por mi Padre."

"Al oírlo los diez, se indignaron contra los dos hermanos". No estaban menos ansiosos que Santiago y Juan por asegurarse los primeros puestos en el reino de Cristo; por eso se enfadaron con los dos hermanos por tomar, según ellos, una ventaja indebida. Consciente de su ambición y de su resentimiento, Jesús razonó con ellos. "Sabéis -les dijo- que los príncipes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros, que sea vuestro ministro; y el que quiera ser jefe entre vosotros, que sea vuestro servidor." Debía haber una diferencia entre su reino y los reinos del mundo. "Los príncipes de los gentiles" eran ambiciosos, y buscaban el lugar y el poder; pero su conducta a este respecto resultaba de falsas ideas de grandeza y del orgullo del corazón humano. Entre los discípulos de Cristo debía existir un estado de cosas completamente diferente. Uno no debía aspirar al dominio sobre sus hermanos, ni tratar de ser señor de la herencia de Dios.

"El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos". Él, su Maestro, les había dado ejemplo de desinteresado cuidado por los demás. Era el Señor del Cielo, y los ángeles obedecían su palabra; sin embargo, condescendió a tomar sobre sí las debilidades y flaquezas de la naturaleza humana, a vivir el ejemplo del hombre y a morir su sacrificio. Mientras estuvo en la tierra, no eligió para sí riquezas, honores y asociaciones agradables, sino que su vida transcurrió entre humildes campesinos, atendiendo las necesidades de los necesitados y afligidos. No rehuyó el contacto con los más degradados y pecadores; predicó la buena nueva del perdón y la paz a todos los que quisieran aceptarla en los términos bondadosos y liberales del Cielo. Y en su ministerio los discípulos debían seguir su ejemplo.

La gran lección que Jesús enseñó en estas ocasiones es expresada así por el apóstol Pablo: "Amaos los unos a los otros con amor fraternal, prefiriéndoos con honra los unos a los otros." Los discípulos estaban en una escuela en la cual Cristo era maestro; y los que estaban dispuestos a ver sus propios defectos, y ansiosos de mejorar su carácter, tenían amplia oportunidad. Constantemente recibían línea tras línea, precepto tras precepto, mostrándoles que la mansedumbre, la humildad y el amor eran esenciales para el crecimiento en la gracia, y para una aptitud para la obra en la cual pronto iban a entrar.

La instrucción que Cristo dio no fue diseñada meramente para el pequeño grupo que escuchó sus palabras, sino que fue registrada para beneficio de todos sus seguidores hasta el fin de los tiempos. Las verdades que desarrolló son de aplicación universal, y deberían impresionar profundamente nuestros corazones; porque nunca fueron más necesarias que en el tiempo presente. El deseo de posición y poder nunca fue más fuerte; y hay muchos que piensan en los demás sólo para planear beneficiarse ellos mismos a expensas de su prójimo.

El pueblo de Dios debería estar firmemente unido en el amor, fortaleciéndose mutuamente contra las tentaciones y las pruebas; pero cuán a menudo Satanás desvía la mente hacia objetos egoístas. Conoce nuestros malos rasgos de carácter, y aprovecha toda oportunidad para despertarlos a la actividad. Excita la contienda, y lleva a los que profesan ser cristianos a buscar la supremacía, mientras por medio del orgullo y el amor propio les ciega los ojos a sus propios defectos de carácter. Mientras los discípulos discutían entre sí sobre cuál de ellos debía ser el más grande, poco pensaban que Jesús los escuchaba; pero él leía sus corazones y comprendía sus ambiciosos deseos. Lo mismo sucede ahora. Jesús está sopesando el carácter de cada individuo. Si nuestros motivos no son puros, si nuestro deseo de agradarnos a nosotros mismos es más fuerte

que nuestro deseo de justicia o de glorificar a Dios, podemos estar seguros de que nada está oculto a sus ojos, y que los deseos de nuestros corazones, así como los actos de nuestras vidas, serán considerados en el Juicio.

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primero y el gran mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

22 de enero de 1885

El tullido curado

EGW

Después de la muerte de Cristo, Juan se convirtió en un trabajador fiel y ardiente para su Maestro. Durante un tiempo, desde el punto de vista del mundo, la fe cristiana estuvo a punto de extinguirse. Su Autor había muerto en la cruz como un malhechor, y su puñado de oscuros discípulos estaba cubierto de oprobio. Pero Juan y sus hermanos no se desanimaron. Obedientes a la palabra de su Señor, permanecieron en Jerusalén hasta después de la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés. Entonces, investidos del poder de lo alto, predicaron a un Salvador resucitado; y multitudes salieron a escuchar, muchos de los cuales fueron curados de sus enfermedades, en el nombre de Jesús de Nazaret, ese nombre tan odiado entre los judíos.

Poco después de que los apóstoles comenzaran su ministerio público, Pedro y Juan realizaron un notable milagro. Cuando un día subían al templo, a la hora de la oración, vieron tendido a la puerta de la Hermosa a un pobre tullido, de más de cuarenta años de edad, cuya vida entera había sido de dolor y enfermedad. Este pobre hombre había deseado durante mucho tiempo ir a Jesús y ser curado; pero estaba muy lejos de la escena de los trabajos del Gran Médico, y cuando por fin convenció a sus amables amigos para que lo llevaran a la puerta del templo, fue sólo para encontrar que Aquel en quien se centraban sus esperanzas, había sufrido una muerte cruel.

Su desilusión despertó compasión, y cada día se le ponía a la puerta del templo, para que los que subían a adorar se animasen a darle algo para aliviar sus necesidades. Al pasar Pedro y Juan, les pidió limosna. Los apóstoles le miraron con compasión. "Pedro, fijando en él los ojos con Juan, dijo: Míranos". Los ojos del mendigo se alzaron hacia los compasivos que se inclinaban sobre él. "No tengo plata ni oro -continuó el apóstol-, pero lo que tengo te doy". El semblante

del pobre, que había decaído cuando Pedro declaró su propia pobreza, se iluminó con fe y esperanza al oír las palabras que siguieron: "En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda".

Cuando Pedro lo tomó de la mano derecha y lo levantó, sintió a través de su cuerpo la estremecedora influencia del poder divino. "Inmediatamente sus pies y los huesos de sus tobillos recibieron fuerza. Y él, levantándose de un salto, se puso en pie y echó a andar", y entró con Pedro y Juan en el templo. "Y todo el pueblo le veía andar y alabar a Dios; y sabían que era él quien se sentaba a pedir limosna a la puerta Hermosa del templo, y estaban llenos de asombro y admiración por lo que le había sucedido."

Al ver el milagro que se había realizado, la gente se congregó en el templo, y los apóstoles aprovecharon esta oportunidad para predicarles el evangelio de Cristo. Mientras Pedro se dirigía a ellos en una parte del templo, Juan les hablaba en otra. Los apóstoles negaron el mérito de la buena acción realizada, dando todo el honor a Jesús de Nazaret, de quien eran instrumentos. Hablaron claramente del gran crimen de los judíos al rechazar y dar muerte al Príncipe de la vida; sin embargo, tuvieron cuidado de no desesperar a aquellos cuya conciencia se había despertado. Declararon que el Espíritu Santo les exhortaba a arrepentirse de sus pecados y a convertirse, y que, por la misericordia de Cristo, todas sus transgresiones podían ser canceladas.

Cuando los apóstoles predicaron que Cristo había resucitado de entre los muertos, y que mediante su muerte y resurrección resucitaría finalmente a todos los que duermen en el polvo, los saduceos se sintieron profundamente conmovidos. Sintieron que su doctrina favorita estaba en peligro, y su reputación en juego. El capitán del templo y algunos de los otros funcionarios eran saduceos, y arrestaron a los dos apóstoles y los encarcelaron, ya que era demasiado tarde para que sus casos fueran examinados esa noche.

Los judíos se asombraron de que los discípulos pudieran realizar milagros semejantes a los que habían visto obrar a Jesús. Habían supuesto que, cuando muriera, cesarían todas esas manifestaciones maravillosas. Pero aquí estaba este hombre que había sido un lisiado indefenso durante cuarenta años, ahora libre de dolor, y regocijándose en el pleno uso de sus miembros.

Al día siguiente se reunieron Anás y Caifás, con los restantes miembros del consejo, y Pedro y Juan fueron llevados ante ellos. En aquella misma sala, y ante aquellos mismos hombres, Pedro había negado vergonzosamente a su

Señor. Todo esto le vino claramente a la mente al comparecer ahora para su propio juicio.

Los miembros del consejo recordaron la cobardía de Pedro cuando su Maestro estaba ante ellos, y se lisonjaban de que pudiera ser intimidado con amenazas de prisión y muerte. Pero el Pedro impulsivo y seguro de sí mismo que negó a Cristo en la hora de su mayor necesidad, era un hombre muy diferente del Pedro que estaba entonces ante el Sanedrín para ser examinado. Ya no era un orgulloso fanfarrón; se había convertido y desconfiaba de sí mismo. Estaba lleno del Espíritu Santo y, gracias a su poder, se había vuelto firme como una roca y estaba dispuesto, con modesto valor, a honrar el nombre del que antes había renegado. Aprovecharía esta oportunidad para redimir su antigua cobardía y eliminar la mancha de su apostasía.

Incapaz de negar que se había realizado un milagro y, sin embargo, poco dispuesto a admitir que se había hecho por poder divino, el consejo preguntó: "¿Con qué poder o con qué nombre habéis hecho esto?". Pedro respondió: "Sabed todos vosotros y todo el pueblo de Israel que por el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos, por él está este hombre aquí delante de vosotros sano y salvo".

Pedro se refirió entonces a las palabras proféticas "La piedra que desecharon los constructores se ha convertido en la piedra angular del ángulo". Dejó bien clara la aplicación de las palabras del salmista. Los sacerdotes y los escribas, que tenían autoridad en la Iglesia, eran ellos mismos los constructores; y, dice Pedro, Aquel a quien vosotros despreciasteis, cuyo carácter divino no supisteis ver, se ha convertido en la cabeza del ángulo. Él es el deseo de todas las naciones; suyo es el único "nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podemos ser salvos".

Nos resulta difícil comprender el grado de gracia y valor necesario para permitir a los apóstoles hacer tal confesión de fe ante los gobernantes intolerantes y prejuiciosos de un pueblo intolerante y prejuicioso, que habían hecho al Señor lo que sus perversos corazones habían enumerado, y estaban dispuestos a repetir sus actos de crueldad contra las personas de sus seguidores. La intrépida confesión de Pedro de la fuente de donde obtenía su fuerza, y su audaz acusación de que en la persona de Jesús de Nazaret habían crucificado a su Mesías prometido, horrorizó a estos sacerdotes y gobernantes. Habían supuesto que estos pescadores ignorantes se sentirían intimidados y avergonzados al enfrentarse a los sacerdotes, los escribas y los ancianos; pero, asombrados por

la audacia de los apóstoles, "tomaron conocimiento de que habían estado con Jesús".

Para disimular su perplejidad, los sacerdotes y los gobernantes ordenaron que sacaran a los apóstoles de la sala para que pudieran aconsejar entre ellos. Todos estuvieron de acuerdo en que sería inútil negar que el impotente había sido curado mediante el poder derivado del Crucificado. De buena gana encubrirían este hecho con falsedades; pero el milagro se había realizado ante muchos testigos, y ya era ampliamente conocido. Miles de personas habían abrazado la nueva doctrina, y tanto fariseos como saduceos estaban convencidos de que si se permitía que estos maestros siguieran sin control, su propia autoridad e influencia estarían en mayor peligro que cuando Jesús mismo estaba en la tierra. Sentían que la obra de los apóstoles debía ser detenida inmediatamente, o tantos creerían en Jesús que serían considerados culpables del asesinato del Hijo de Dios.

Los gobernantes habrían destruido de buena gana a los apóstoles, pero temían al pueblo, sabiendo que "todos los hombres glorificaban a Dios por lo que se había hecho." Así que cuando Pedro y Juan fueron convocados de nuevo ante el consejo, fueron despedidos con amenazas de severos castigos si continuaban enseñando, u obrando milagros, en nombre de Jesús. Impertérritos ante las amenazas de sus enemigos, estos nobles hombres declararon que su obra les había sido dada por Dios; eran sus testigos, y no podían dejar de decir las cosas que habían visto y oído.

Tan pronto como fueron liberados, buscaron a sus hermanos, quienes, conociendo la malignidad de los judíos, estaban llenos de intensa ansiedad. La alegría de los creyentes era grande porque los apóstoles habían escapado ilesos, y todos se unieron en acción de gracias y oración a Dios. Su petición no era que fuesen librados del poder de sus enemigos, ni que fuesen liberados de su deber a causa del peligro que los amenazaba, sino que tuviesen más fuerza en la obra del ministerio.

"Y ahora, Señor", oraban, "mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con toda valentía puedan hablar tu palabra, extendiendo tu mano para sanar; y que se hagan señales y prodigios en el nombre de tu santo hijo Jesús". No deseaban glorificarse a sí mismos, sino que procuraban exaltar a Jesús y rescatar a las almas de la ruina eterna.

He aquí un ejemplo de devoción noble y desinteresada a la obra de Dios; ¿y cuál fue el resultado? Mientras sus oraciones ascendían al Cielo, llegó la

respuesta. El lugar donde estaban reunidos fue sacudido, y fueron llenos del Espíritu Santo. Salieron a su trabajo con renovado celo, hablando la palabra de Dios con poder convincente, de modo que cada día había grandes adiciones a la iglesia.

Tal valor y firmeza, en el camino del deber, como fue manifestado por Pedro y Juan y sus colaboradores en el ministerio del evangelio, es realmente raro; sin embargo, la iglesia no puede alcanzar ningún gran grado de prosperidad sin él. Su ejemplo, junto con el de otros que han sido eminentes por sus buenas obras, debe encender nuestro ardor y despertar una generosa emulación. Hay un amplio campo en el cual trabajar. Los pecadores están pereciendo a nuestro alrededor; y cada uno de los que han pronunciado el nombre de Cristo debe sentirse bajo la solemne obligación de hacer todo lo posible por su salvación. Llevar a un pecador a Cristo es elevar, dignificar y ennoblecer todo su carácter, y hacer de él una bendición en el hogar, en la sociedad y en la iglesia. ¿No es ésta una obra digna de nuestros más altos poderes?

29 de enero de 1885

La predicación de Juan

EGW

Juan era un fiel ministro de Cristo, que daba testimonio sincero de su Señor en toda ocasión propicia. No había disfrutado de la formación de las escuelas, ya que su vida temprana había transcurrido junto al mar de Galilea en compañía de pescadores incultos; pero, por asociación con el gran Maestro, había obtenido la educación más elevada que puede recibir un hombre mortal. Bebió ávidamente en la fuente de la sabiduría, y luego trató de conducir a otros a esa "fuente de agua que salta para vida eterna".

Comprendía claramente el carácter y la misión de Jesús. La evidencia de que el despreciado Nazareno era realmente el Mesías que Israel había esperado tanto tiempo, le parecía tan clara que nadie necesitaba caminar en la oscuridad del error. Pero los judíos no creían. El corazón del apóstol se entristeció al ver que el prejuicio y el odio que tan obstinadamente abrigaban, estaban llevando a la nación a la ruina y destruyendo su esperanza de vida eterna; que su propia ceguera, orgullo, superstición e ignorancia de las Escrituras, estaban poniendo en sus almas grilletes que nunca se romperían. Sin embargo, a pesar de su obstinada resistencia a la verdad, Juan no cesó de advertirles y de presentarles a Jesús como su única esperanza de salvación.

Al predicar las palabras de vida, Juan hablaba con gran poder y sentimiento. La sencillez de sus palabras, el poder sublime de las verdades que pronunciaba y el fervor espiritual que caracterizaba sus enseñanzas, le daban acceso a todas las clases. Parecía estar siempre imbuido del Espíritu Santo. La sabiduría con que hablaba hacía que sus palabras cayeran como el rocío, ablandando y subyugando el corazón. Su objetivo constante era elevar las mentes del pueblo para que comprendieran lo oculto; sin embargo, incluso los creyentes eran incapaces de comprender plenamente los sagrados misterios de la verdad divina que se desplegaban en sus discursos.

Juan creía en Dios como un niño cree en un padre bondadoso y tierno. Su gran amor expresado al dar a su Hijo para morir por una raza perdida le parecía al apóstol demasiado grande para que el lenguaje pudiera expresarlo, un misterio que las mentes finitas no podían comprender. "Mirad", exclama, "qué amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios". Estaba perdido en el asombro de que el plan de salvación, ideado a tal costo para el Cielo, fuera rechazado por aquellos por quienes se había hecho un sacrificio tan grande. Su tema favorito era el amor infinito de Cristo. Cuando hablaba de este tema, se olvidaba de sí mismo; y el amor y la confianza que impregnaban su propio corazón daban un poder estremecedor a sus palabras.

Tenía un agudo sentido del amor que debe existir entre los hermanos cristianos; e insistió en este amor a sus hijos en la fe como una característica esencial de los seguidores de Cristo. Mientras el corazón esté desprovisto de caridad cristiana, todas las pretensiones al nombre cristiano son vanas. "El que no ama a su hermano, a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ha visto?".

El apóstol fue un maestro de santidad práctica, dando, en sus sermones y escritos, reglas infalibles para la conducta de los cristianos. Declaró en términos inequívocos que ser cristiano es ser semejante a Cristo. Es ser puro de corazón y recto en la moral; en ningún caso debe uno conformarse con una profesión vacía. Su propia vida fue una ilustración de sus enseñanzas, tanto en santidad práctica como en amor a Dios y a los hombres. Su único gran objetivo era conformarse a la voluntad de Dios. Seguía tan de cerca a su Salvador, y tenía tal sentido de su pureza y exaltada santidad, que, en contraste, su propio carácter parecía sumamente defectuoso, y su humildad era profunda y genuina.

Aunque expuesto a persecuciones y peligros, y encontrando muchos obstáculos en su obra, Juan se salvó para la iglesia durante muchos años. Hombres malvados, instigados por Satanás, conspiraron para truncar la vida útil de este

hombre de Dios; pero los santos ángeles lo protegieron de su malicia. La iglesia necesitaba su testimonio, y se le permitió presentarse como testigo de Cristo.

El apóstol vivió para ver el Evangelio que amaba predicado a lo largo y ancho del mundo, y a miles de personas aceptando ansiosamente su bondadosa oferta de perdón. Pero la alegría de ver a los pecadores llevados a Cristo no estuvo exenta de tristeza al ver a muchos entrar en la iglesia que no estaban completamente convertidos y que traían consigo errores perniciosos. Algunos eran engañadores. Aunque profesaban creer en el Evangelio, negaban a Cristo y enseñaban falsas doctrinas; y los tiempos estaban llenos de peligros para la iglesia naciente. Algunos afirmaban que la fe en Cristo los liberaba de la necesidad de obedecer la ley. Otros sostenían que la ley era obligatoria, así como las costumbres y ceremonias judías, y que la observancia de éstas era suficiente para asegurar la salvación sin la sangre de Cristo. Sostenían que Jesús era un hombre bueno, como los apóstoles, pero negaban su divinidad.

Juan vio el peligro a que estaba expuesta la Iglesia, y actuó con prontitud y decisión. Los emisarios de Satanás trataron, mediante tergiversaciones y falsedades, de suscitar oposición y obstaculizar su obra. Pero Juan había estado íntimamente asociado con Cristo; había escuchado sus enseñanzas y presenciado sus poderosos milagros; y dio un testimonio convincente que hizo que las falsedades de sus enemigos no tuvieran ningún efecto. Escribió a las iglesias, exhortándolas a no alentar en lo más mínimo a los líderes de estas herejías, y con su influencia personal y su celo por la verdad les cerró el paso y salvó a muchas almas de la ruina.

A una de las ayudantes en el evangelio, una dama de buena reputación y amplia influencia, le escribió: "Muchos engañadores han entrado en el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Este es un engañador y un anticristo. Mirad por vosotros mismos, que no perdamos lo que hemos hecho, sino que recibamos galardón completo. El que prevarica y no permanece en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios. El que permanece en la doctrina de Cristo, tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no lo recibáis en vuestra casa, ni le deis la bienvenida; porque el que le da la bienvenida, es partícipe de sus malas obras."

También enseñó, en los términos más inequívocos, la fuerza vinculante de la ley de los diez mandamientos. "Cualquiera que comete pecado", dijo, "transgrede también la ley; porque el pecado es transgresión de la ley. Y sabéis que Él fue manifestado para quitar nuestros pecados; y en Él no hay pecado. El

que permanece en él no peca; el que peca [transgrede la ley] no le ha visto, ni le ha conocido."

El apóstol da testimonio de que los que profesan conocer a Dios y vivir sin pecado, y sin embargo quebrantan la ley divina, desmienten su profesión. Sus epístolas respiran un espíritu de amor; sin embargo, cuando entra en contacto con esta clase, no duda en reprenderlos duramente y advertirles de su temible engaño. Dice: "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él". "Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no hacemos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros." "Hijitos, que nadie os engañe. El que hace justicia es justo, como Él es justo. El que comete pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio."

Aquí el apóstol habla en términos sencillos, como consideraba que exigía el tema. En esta época de presumida liberalidad, tal franqueza sería tachada de intolerancia. "Debéis tener caridad", es el clamor de todas partes, especialmente de aquellos que profesan la santificación. Pero la caridad es demasiado pura para cubrir un pecado no confesado. El apóstol enseña que, aunque debemos manifestar cortesía cristiana, estamos autorizados a llamar al pecado y a los pecadores por sus nombres correctos, y que esto es coherente con la verdadera caridad. Aunque debemos amar a las almas por las que Cristo murió y trabajar por su salvación, no debemos transigir con el pecado. No debemos unirnos a los que se rebelan contra la autoridad divina, y llamar a esto caridad.

El carácter de Dios no ha cambiado. Es el mismo Dios celoso hoy que cuando dio su ley en el Sinaí, y la escribió con su propio dedo en las tablas de piedra. Los que pisotean su santa ley pueden decir: "Yo soy santificado"; pero ser santificado de verdad, y *pretender* la santificación, son dos cosas diferentes. Juan gozaba de la bendición de la santificación genuina; pero no pretendía estar libre de pecado. Buscaba la perfección de la manera que Cristo indicó en su oración por sus discípulos: "Santifícalos en tu verdad, tu palabra es verdad".

Los errores que se introdujeron en la Iglesia primitiva y amenazaron su prosperidad nunca se han extinguido. Están particularmente activos en la

actualidad, constituyendo uno de los peligros de los últimos días. Y Dios requiere que nos mantengamos firmes en la verdad, como lo hizo Juan en su tiempo. Con el amor a la verdad ardiendo en nuestros corazones, debemos "contender ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos".

5 de febrero de 1885

El apóstol Juan en el exilio

EGW

El maravilloso éxito que acompañó a la predicación del Evangelio por los apóstoles y sus colaboradores, aumentó el odio de los enemigos de Cristo. Hicieron todo lo posible para impedir su progreso, y finalmente lograron alistar el poder del gobierno romano contra los cristianos. Se desató una terrible persecución, y muchos de los seguidores de Cristo fueron ejecutados.

El apóstol Juan era ya un anciano, pero su celo y su éxito en la causa de Cristo no habían disminuido. El odio más encarnizado se encendió contra él por su inquebrantable fidelidad. Era el último superviviente de los que estuvieron íntimamente asociados con Jesús; y sus enemigos decidieron que su testimonio debía ser silenciado. Si esto se lograba y la nueva secta era tratada con severidad, pensaban que la doctrina de Cristo pronto desaparecería del mundo.

En consecuencia, Juan fue llamado a Roma para ser juzgado por su fe. Sus doctrinas fueron tergiversadas. Falsos testigos le acusaron de sedicioso, que había enseñado públicamente teorías que subvertirían a la nación. El apóstol expuso su fe de forma clara y convincente, con tal sencillez y franqueza que sus palabras tuvieron un efecto poderoso. Sus enemigos se asombraron de su sabiduría y elocuencia; pero cuanto más convincente era su testimonio, más intenso era su odio contra él. No podían rebatir su razonamiento, ni igualar el poder que acompañaba a la expresión de la verdad, y decidieron silenciar a su fiel defensor. Por decreto del emperador, Juan fue desterrado a la isla de Patmos, condenado "por la palabra de Dios y por el testimonio de Jesucristo".

Patmos, el lugar del exilio de Juan, era una isla estéril y rocosa del mar Egeo, que había sido elegida por el gobierno romano como lugar de destierro para los criminales. En años anteriores su vida había transcurrido entre colinas cubiertas de bosques, verdes valles y llanuras fructíferas; ahora su solitario hogar se hallaba en medio de escenas de desolación que a muchos habrían parecido sombrías y carentes de interés. Pero para él era todo lo contrario. Aunque

alejado de las ajetreadas escenas de la vida y del trabajo activo como evangelista, no estaba excluido de la presencia de Dios. Podía estar en comunión con el Rey de reyes y estudiar las manifestaciones del poder divino reveladas en el libro de la naturaleza y en la página de la inspiración. Se había deleitado trazando la sabiduría y la habilidad del Creador en las bellezas de su obra; y ahora podía ver señales del mismo Arquitecto divino en las rocosas selvas de Patmos.

En los alrededores de su isla natal, el profeta exiliado comulgaba con su Dios. Los cielos azules que se inclinaban sobre él en la solitaria Patmos eran tan brillantes como los cielos de su amada Jerusalén. Las palabras del salmista parecían apropiadas: "Los cielos alabarán tus maravillas, Señor; tu fidelidad también en la congregación de los santos. Porque ¿quién en el cielo puede compararse al Señor? ¿Quién entre los hijos de los poderosos puede compararse al Señor? Dios es digno de gran temor en la congregación de los santos, y de reverencia de todos los que le rodean". En la gloria de los cielos el hombre ve una ilustración de la grandeza del Creador, y se le hace sentir su propia pequeñez. Si ha acariciado el orgullo y la prepotencia a causa de la riqueza, los talentos o los atractivos personales, que aprenda aquí a humillar su espíritu orgulloso como en presencia del infinito.

En el sonido de muchas aguas -profundas llamando a profundas-, Juan oyó la voz del Creador. El mar, azotado con furia por los vientos despiadados, representaba la ira de un Dios ofendido. Las poderosas olas, en su más terrible conmoción, contenidas dentro de los límites señalados por una mano invisible, daban testimonio de un poder infinito que controlaba las profundidades, de Alguien que hablaba al orgulloso océano: "Hasta aquí llegarás, pero no más allá", y las aguas se apresuraban a obedecer su palabra. En contraste con el poder y la majestad de Aquel que tiene en sus manos el grande y ancho mar, ¡cuán débil es el hombre enclenque, que se gloria en su sabiduría y fuerza, y pone su corazón en contra del Gobernante del universo!

Las rocas recordaban a Juan a Cristo, la Roca de su fortaleza, en cuyo refugio podía esconderse sin temor. También le recordaban el Horeb rocoso, donde Dios pronunció su ley a oídos de todo el pueblo. El divino Legislador proclamó su ley en medio de truenos y relámpagos, y de la espesa nube que se cernía sobre el monte, con voz como de trompeta, muy fuerte, para que Israel quedara impresionado por su poder y su gloria, y temiera transgredir sus mandamientos. Juan recordó que uno de estos diez preceptos le exhortaba a "acordarse del día de reposo para santificarlo". Y el día del Señor, el día en que Jehová descansó

después de la gran obra de la creación, y que bendijo y santificó, era tan sagradamente observado por él en la isla solitaria como lo había sido cuando estaba entre las iglesias, adorando con ellas en ese día santo.

Los despojos rocosos que lo rodeaban hablaban elocuentemente del carácter inmutable de la ley divina, pues daban testimonio del diluvio que Dios trajo sobre la tierra a causa de la transgresión de sus habitantes. Las rocas arrojadas desde el gran abismo, o desgarradas de la tierra sólida por la ruptura de las aguas, le trajeron vívidamente a la mente los terrores de aquella terrible efusión de la ira de Dios, y le recordaron que no es cosa fácil para el hombre pecar, oponer su perversa voluntad a la voluntad de su Hacedor.

Incluso en este mundo la obediencia es para el mayor bien del hombre; y sin duda es para su interés eterno someterse a Dios y estar en paz con Él. De todas las criaturas que Dios ha hecho sobre la tierra, sólo el hombre es rebelde; sin embargo, sólo él posee facultades de razonamiento para comprender las exigencias de la ley divina, y una conciencia para sentir la culpa de la transgresión y la paz y el gozo de la obediencia.

A medida que Juan iba conociendo más íntimamente el carácter divino a través de las obras de la creación, aumentaba su reverencia hacia Dios, y se sentía abrumado por el pensamiento de su majestad y grandeza. Dios no depende del hombre para ser honrado. Él podría barrer a todos los mortales de la faz de la tierra en un momento de tiempo, y crear una nueva raza para poblarla y glorificar su nombre. El apóstol se preguntaba a menudo: ¿Por qué los hombres, que dependen totalmente de Dios, no tratan de reconciliarse con él mediante la obediencia voluntaria? Dios es infinito en sabiduría, y su poder no tiene límites. Conserva en perfecta armonía la grandeza y la belleza de las cosas que ha creado. Si el pecado nunca hubiera entrado en el universo, no habría discordia en el cielo ni en la tierra. La desobediencia a la ley de Dios ha traído toda la miseria que ha existido entre sus criaturas. Entonces, ¿por qué el hombre no se somete a un Gobernante tan grande y poderoso, a un Ser tan sabio y bondadoso?

En su destierro, Juan evoca los maravillosos incidentes que ha presenciado en la vida de Cristo. En su imaginación disfruta de nuevo de la preciosa relación con su Señor, y su corazón se siente reconfortado. De repente, sus meditaciones son interrumpidas; se le habla en tonos claros y definidos. Se vuelve para ver de dónde procede la voz, y he aquí que contempla a Jesús, a quien ama, con quien caminó y conversó, y cuyos sufrimientos en la cruz presenció. Pero ¡qué cambiada está la apariencia del Salvador! Ya no es "varón de dolores,

experimentado en quebranto". No lleva marcas de su humillación. Sus ojos son como una llama de fuego; sus pies, como el bronce fino que resplandece en un horno. Los tonos de su voz son como el sonido musical de muchas aguas. Su rostro brilla como el sol en su gloria meridiana. En su mano hay siete estrellas, que representan a los ministros de las iglesias. De su boca sale una espada afilada de dos filos, emblema del poder de su palabra.

Juan, que tanto ha amado a su Señor, y que tan firmemente se ha adherido a la verdad frente al encarcelamiento, los azotes y la amenaza de muerte, no puede soportar la excelente gloria de la presencia de Cristo, y cae a tierra como un muerto fulminado. Una mano divina se posa sobre la forma postrada, y oye las palabras: "No temas, yo soy el que vivo y estuve muerto, y he aquí que vivo por los siglos de los siglos."

Juan es fortalecido, y se presentan ante él, en santa visión, los propósitos de Dios para las edades futuras. Se le muestra la historia de la Iglesia a través de los siglos; la ve débil y luchando, casi dominada por sus enemigos; la ve vadeando persecuciones sangrientas, luego emergiendo de la oscuridad del error papal, acercándose cada vez más a la clara luz de la verdad, hasta que al fin se muestra "hermosa como la luna, clara como el sol y terrible como un ejército con estandartes".

Y esto no es todo. Se le dan a conocer los atractivos del hogar celestial. Contempla la hermosa ciudad con sus almenas resplandecientes y sus muchas mansiones. Se le permite contemplar el trono de Dios y la multitud de redimidos vestidos de blanco. Oye la música de los ángeles y los cánticos triunfales de los que han vencido por la sangre del Cordero y la palabra de su testimonio. Su corazón se llena de anhelo por la presencia ininterrumpida de su Señor. A la alegre promesa: "Ciertamente vengo pronto", responde con un alegre: "Amén". Así sea, ven, Señor Jesús".

Este héroe de la fe cristiana se vio muy favorecido. En la desolada isla, y con el profundo mar gimiendo a su alrededor, fue encerrado con Dios; y su sombría morada le resultó ser la misma puerta del Cielo. Sus enemigos pensaron silenciar a un testigo fiel de Cristo; pero del lugar del destierro le llegaron las revelaciones más maravillosas, las verdades más estremecedoras jamás presentadas al hombre. Y se verificó la promesa de Dios: "Yo honraré a los que me honren".

12 de febrero de 1885

Un espíritu alegre honra a Dios

[Comentarios hechos en la reunión de las 6 de la mañana en el campamento de Los Ángeles, Cal., 14 de mayo de 1884].

EGW

El cristiano debe vivir tan cerca de Dios que pueda aprobar las cosas que son excelentes, "lleno de los frutos de justicia que son por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios." Su corazón debe estar en sintonía con la gratitud y la alabanza. Debe estar siempre dispuesto a reconocer las bendiciones que recibe, recordando quién es el que ha dicho: "El que ofrece alabanza me glorifica".

Muchos cristianos profesos se detienen demasiado en el lado oscuro de la vida, cuando podrían regocijarse en el sol; se lamentan cuando deberían alegrarse; hablan de pruebas cuando deberían alabar las ricas bendiciones que disfrutan. Se fijan en las cosas desagradables, acumulan las desilusiones y suspiran por las penas y, en consecuencia, se entristecen y se entristecen, cuando, si contaran sus bendiciones, las encontrarían tan numerosas que se olvidarían de mencionar sus disgustos. Si cada día tomaran nota de los favores que se les hacen; si almacenaran en sus mentes el precioso recuerdo de las bondades recibidas, cuántas ocasiones encontrarían para dar gracias y alabar al Dador de todo bien.

Algunas esposas cristianas que tienen esposos e hijos inconversos hacen de esto una causa de abatimiento y melancolía. Manifiestan tanta más ansiedad por sus amigos que confianza en Dios, que pierden las bendiciones de paz, gozo y espíritu agradecido que podrían ser suyas. He oído a algunos decir que ni siquiera les importaba ser salvos a menos que sus esposos e hijos fueran salvos con ellos. Sienten que el cielo no sería el cielo para ellas sin la presencia de estos seres tan queridos. Pero, ¿tienen un solo ojo puesto en la gloria de Dios cuando abrigan este sentimiento? ¡Oh, no! Tales expresiones no son agradables a Dios, pues colocan a la criatura antes que al Creador. Pero son justamente lo que deleita a Satanás, pues puede usar la evidente tristeza y desaliento de espíritu que surgen de este sentimiento para hacer que la religión cristiana parezca poco atractiva.

Queridas hermanas cristianas, lo mejor que podéis hacer por vuestros seres queridos que están fuera de Cristo es vivir ante ellos una vida de paz y alegría, mostrarles que en Jesús encontráis un ayudante que os da fuerzas según vuestro

día. Alegra el hogar. En el círculo del hogar ejerce la cortesía, la paciencia y el amor cristianos; pero la tristeza, las lágrimas y la angustia por tus amigos inconversos deben reservarse para el armario. Jesús os encontrará allí, y podréis echar todas vuestras cargas sobre él, el Cargador. Nuestro precioso Salvador es el amigo del hombre. Murió por estas almas; está esperando para bendecirlas y salvarlas. Tiene derecho a su servicio, pues las ha comprado a un precio infinito; y está más profundamente afligido de lo que tú puedas estarlo por la resistencia que oponen a sus demandas, por su rechazo a sus ofertas de misericordia.

Dios te ha dado también a ti una obra que hacer; y porque tu marido y tus hijos se niegan a cumplir con su deber, ¿vas a cejar en tus esfuerzos por su causa? El mero hecho de que estos seres tan queridos ignoren sus justas demandas sobre ellos, ¿no debería incitarte a una mayor diligencia, para que, en la medida de lo posible, puedas suplir su deficiencia?

Esposas, madres, cultivad la confianza en Dios. Él no quiere que llevéis una carga constante de ansiedad y cuidado. Elevaos por encima de vuestras pruebas; apartad de ellas la mirada hacia las bendiciones que estáis recibiendo. Fijad la mente en las mansiones que Jesús ha ido a preparar para los que le aman. Cultiva percepciones claras de la verdad, propósitos desinteresados y el deseo de hacer el bien a los demás y hacerlos felices.

"Estoy persuadido", dice Pablo, "de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro." Otra vez dice: "Nuestra ligera aflicción, que es momentánea, nos produce un peso de gloria mucho mayor y eterno; mientras no miramos las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas."

Al leer estas palabras fuertes y valientes de alguien que sufrió tanto por su fe en Cristo y, sin embargo, consideró sus pruebas más severas como aflicciones ligeras, que sólo duraban un momento, ¿no te propondrás poseer tu alma en paciencia en medio de las pequeñas molestias de la vida cotidiana, que a menudo son tan irritantes y tan difíciles de soportar? ¿No te propones que estas cosas no interrumpan tu comunión con Dios ni te separen de su amor?

No permitas que las perplejidades y preocupaciones de la vida cotidiana perturben tu mente y nublen tu frente. Si lo haces, siempre tendrás algo que te moleste. La vida es lo que hacemos de ella, y encontraremos lo que buscamos. Si buscamos tristeza y problemas, si estamos en un estado de ánimo para

magnificar las pequeñas dificultades, encontraremos un montón de ellas para absorber nuestros pensamientos y nuestra conversación. Pero si miramos el lado bueno de las cosas, encontraremos suficiente para alegrarnos y estar contentos. Si sonreímos, se nos devolverá; si decimos palabras agradables y alegres, se nos repetirán.

Cuando los cristianos se muestran tan sombríos y deprimidos como si se creyeran sin amigos, dan una impresión equivocada de la religión. En algunos casos se ha tenido la idea de que la alegría es incompatible con la dignidad del carácter cristiano; pero esto es un error. El Cielo es todo alegría; y si recogemos en nuestras almas las alegrías del Cielo, y en la medida de lo posible las expresamos en nuestras palabras y conducta, seremos más agradables a nuestro Padre celestial que si estuviéramos sombríos y tristes.

Es deber de todos cultivar la alegría en vez de rumiar penas y problemas. Muchos no sólo se hacen desgraciados de este modo, sino que sacrifican la salud y la felicidad a una imaginación morbosa. Hay cosas en su entorno que no son agradables, y sus semblantes llevan un ceño continuamente fruncido que, más claramente que las palabras, expresa descontento. Estas emociones deprimentes son un gran perjuicio para su salud, ya que, al dificultar el proceso de la digestión, interfieren con la nutrición. Aunque la pena y la ansiedad no pueden remediar un solo mal, pueden hacer un gran daño; pero la alegría y la esperanza, mientras alegran el camino de los demás, "son vida para los que las encuentran, y salud para toda su carne."

Cristo vino a devolver su belleza original a un mundo arruinado por el pecado. La obra de la caída será deshecha. Todo lo que se perdió en la transgresión de Adán se recuperará mediante los sufrimientos y la muerte de Cristo. En la tierra nueva no habrá pecado ni enfermedad. Todas las manchas y deformidades quedarán en la tumba, y el cuerpo será restaurado a su perfección original. Llevaremos la imagen inmaculada de nuestro Señor, porque "transformará nuestro cuerpo vil, para que sea semejante al cuerpo de su gloria."

El desarrollo del carácter cristiano, que tiende hacia este estado de perfección, es un crecimiento hacia la belleza. El carácter se expresa en el semblante. La maldad que hay en el corazón despliega su signo, y leemos a simple vista tosquedad, malestar, egoísmo, astucia, engaño, lujuria, falsedad, envidia, orgullo y malicia. A medida que el corazón se transforma por la renovación de la mente, las gracias del Espíritu dejan su impronta en el rostro, y éste expresa el refinamiento, la delicadeza, la paz, la benevolencia y el amor puro y tierno,

que reinan en el corazón, y constituyen el "adorno" interior, que es a los ojos de Dios de "gran precio".

El apóstol Pablo exhorta: "Alegraos siempre; orad sin cesar". Dad "gracias siempre a Dios por todas las cosas," "cantando y alabando al Señor en vuestros corazones."

19 de febrero de 1885

El fariseo y el publicano

EGW

"Y dijo esta parábola a unos que confiaban en sí mismos que eran justos, y menospreciaban a los demás: Dos hombres subieron al templo a orar; el uno fariseo, y el otro publicano. El fariseo, de pie, oraba consigo mismo así: Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, extorsionadores, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todo lo que poseo. Y el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador."

En la historia del fariseo y el publicano, Cristo enseña una de las lecciones más importantes que tenemos que aprender: el peligro de la autoalabanza. Aquí se presentan dos clases de adoradores. La clase representada por el fariseo es considerada como eminente por su piedad, poseedora de gran excelencia de carácter. La otra clase, representada por el publicano, es mucho menos respetable a los ojos del mundo. Pero, ¿es correcta esta estimación? No; es exactamente lo opuesto de la verdad, exactamente lo opuesto de la estimación en que son tenidos en el Cielo. Tanto el fariseo como el publicano están bajo la mirada del Dios que escruta el corazón, que no hace acepción de personas. La riqueza y los títulos, el talento y la reputación, no son recomendación para su favor. "El Señor no mira como mira el hombre; porque el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira el corazón".

La estimación relativa que el fariseo y el publicano hacen de sí mismos es tan falsa como la que otros hacen de ellos. Ambos acuden al templo a la hora de la oración pública, profesando adorar a Dios; ¡pero qué contraste hay en los motivos que los impulsan y en sus sentimientos, expresados en sus oraciones!

El fariseo iba, no porque sintiera su gran necesidad de Dios, sino porque quería ser considerado un hombre muy piadoso y excelente. Estaba perfectamente satisfecho de sí mismo, y pensaba que los demás lo miraban con la misma complacencia con que él se miraba a sí mismo. No presentó la ofrenda de un corazón quebrantado y contrito. No vino con la confesión de sus pecados, y con el amor fluyendo en palabras de gratitud por la gran misericordia de un Dios guardador del pacto. No vino a presentar sus necesidades. No hizo ninguna súplica; no expresó ninguna necesidad. De pie en el templo de Dios, se atrevió a jactarse de su propia bondad, a medirse con otros hombres y a reclamar superioridad. Comenzó a adorarse a sí mismo: "Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, extorsionadores, injustos, adúlteros, ni siquiera como este publicano". Luego procedió a enumerar algunas de sus propias buenas obras: "Ayuno dos veces por semana; doy el diezmo de todo lo que poseo"

El fariseo bajó a su casa desprovisto de la bendición divina; pero su amor propio y su vanidad fueron alimentados. Se engañó terriblemente a sí mismo. Se juzgaba a sí mismo según una norma humana, se exaltaba a sí mismo y cubría sus pecados de su propia vista. Pero Dios lo aborrecía. El publicano se consideraba un hombre muy malvado, y otros lo miraban bajo la misma luz; pero no había nada en su vida tan ofensivo para el Cielo como la autocomplacencia expresada en la oración jactanciosa y farisaica del fariseo.

El publicano subió al templo con otros adoradores; pero pronto se separó de ellos, como indigno de mezclarse con ellos en sus devociones. Estando lejos, "no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho" con amarga angustia y aborrecimiento de sí mismo. Expresaba así su sentimiento de lejanía de Dios y de indignidad de acudir a su presencia. Sentía que había ofendido a Dios, que era pecador y estaba contaminado ante Él. No podía esperar ayuda de los que le rodeaban, pues le miraban con un desprecio indisimulado. Sintiendo que no tenía derecho a la misericordia de Dios, esperaba con terrible temor el Juicio, cuando se decidirá cada caso. En su gran necesidad, encuentra voz para clamar fervientemente: "Dios, sé propicio a mí, pecador".

El proceder del publicano es el único que le asegurará el perdón y la paz con Dios. No comparó sus pecados con los de otros que eran peores que él. Se presentó ante Dios con su propia carga de culpa y vergüenza, como transgresor de la ley de Dios, pecador de pensamiento, palabra y obra. Reconoció que si recibía castigo por sus pecados, sería justo y correcto. Misericordia,

misericordia, era su única súplica. ¡Oh, por la seguridad del perdón, que da paz y descanso al alma enferma por el pecado!

El anonadamiento manifestado por el publicano es totalmente aceptable para Dios. Conocernos a nosotros mismos es ser humildes. El autoconocimiento nos quitará toda disposición de agasajar al Altísimo con un recital de nuestras propias cualidades excelentes. Al darnos cuenta de nuestros pecados e imperfecciones, acudiremos a los pies de Jesús con fervorosas súplicas, y nuestras peticiones no pasarán inadvertidas. Esdras tenía el verdadero espíritu de oración. Presentando su petición ante Dios por Israel, cuando habían pecado gravemente a la vista de gran luz y privilegios, exclamó: "Me avergüenzo y me ruborizo de alzar mi rostro a ti, Dios mío; porque nuestras iniquidades se han aumentado sobre nuestra cabeza, y nuestra transgresión ha crecido hasta los cielos". Esdras recordó la bondad de Dios al volver a dar a su pueblo un punto de apoyo en su tierra natal, y se sintió abrumado por la indignación y el dolor al pensar en su ingratitud a cambio del favor divino. Su lenguaje es el de la verdadera humillación del alma, la contrición que prevalece ante Dios en la oración. Sólo la oración de los humildes entra en los oídos del Señor de Sabaoth. "Aunque el Señor sea alto, respeta a los humildes; pero a los soberbios los conoce de lejos". "A éste miraré", dice el Señor, "al que es pobre y de espíritu contrito, y tiembla a mi palabra."

El fariseo expresó su autocomendación en forma de acción de gracias. "Dios, te doy gracias", dice, "porque no soy como los demás hombres". Pero no había verdadera gratitud en su corazón. Su amor propio había excluido todo principio generoso. No amaba supremamente a Dios ni a su prójimo como a sí mismo; sin embargo, ante Dios y los hombres podía jactarse en voz alta de su propia bondad. Así insultaba a Dios, mientras engañaba a los hombres en cuanto a su verdadero carácter.

Hay muchos ahora que abrigan el mismo sentimiento de autocomplacencia que tenía el fariseo. ¿Se levanta este sentimiento en tu corazón en algún grado, querido lector? Si es así, puedes estar seguro de que mientras te alabas a ti mismo, la condenación de Dios descansa sobre tí. Puedes ser considerado excelente en carácter. Tu nombre puede estar registrado en el libro de la iglesia; pero no está escrito en el libro de la vida del Cordero. Si se ha hecho una obra especial en favor de alguno de nosotros, es únicamente por la gracia de Dios. El hombre no debe atribuirse ningún mérito, pues no tiene nada que no haya recibido.

Examinémonos a nosotros mismos, y veamos cuántos pensamientos vanos habitan en nuestros corazones, cuánto amamos la alabanza, cuánto egoísmo se muestra en nuestros modales, cuán a menudo juzgamos mal el carácter y los motivos de los demás, o sentimos desprecio por ellos porque su apariencia no es atractiva. Pensemos cómo suenan nuestras palabras a los oídos de Dios, cómo se ven a sus ojos nuestros pensamientos egoístas, cuando juzgamos y condenamos a otros, que pueden ser mejores de corazón y de propósito que nosotros.

De la parábola del fariseo y el publicano aprendemos que profesar una excelencia que no poseemos, nos excluirá de la gracia que es la única que puede hacernos valiosos a los ojos de Dios. Las enseñanzas de Cristo no admiten un espíritu de justicia propia que se exalte a sí mismo por encima de los demás. La vanidad nunca es el resultado de la virtud y de la verdadera piedad. "Todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido".

26 de febrero de 1885

Santificación: lo verdadero y lo falso

EGW

La parábola del fariseo y el publicano fue dada en beneficio de aquellos que "confiaban en sí mismos que eran justos, y despreciaban a los demás". Este espíritu es la roca oculta sobre la cual miles están naufragando sus esperanzas del Cielo; y el Salvador muestra aquí cuán ofensivo es a los ojos de Dios. Muchos se engañan a sí mismos, llenos de orgullo y vanidad espirituales. No ven la enormidad del pecado, y siguen ostentando sus propias virtudes, las de la pobre humanidad caída, ante la Majestad del Cielo, cuyos ojos leen las intenciones y propósitos del corazón, y ven desobediencia y graves defectos de carácter en quienes se ensalzan a sí mismos y pretenden una bondad superior.

Juan define el pecado como la "transgresión de la ley". Pablo dice: "Por la ley es el conocimiento del pecado". "Yo no había conocido la lujuria, si la ley no hubiera dicho: No codiciarás". "Una vez viví sin la ley; pero cuando llegó el mandamiento [a la conciencia], revivió el pecado y morí. Y el mandamiento, que estaba ordenado para vida, hallé que era para muerte. Porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató".

Jesús vino al mundo porque la raza humana estaba condenada a muerte por sus transgresiones. Su obra fue devolverlos a la lealtad a la ley de Dios, que Pablo

declara que es "santa, justa y buena". Guardó los mandamientos de su Padre. Aquellos que mediante el arrepentimiento y la obediencia den testimonio de su aprecio por la salvación que él vino a traer, mostrarán la obra del Espíritu en sus corazones. Y la prueba es la vida. "Por sus frutos los conoceréis". "El que dice: Yo le conozco", dice Juan, "y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él."

Sin embargo, a pesar de estos testimonios inspirados en cuanto a la naturaleza del pecado, muchos afirman ser santificados e incapaces de pecar, mientras transgreden constantemente la ley de Dios. A través de ellos el enemigo está haciendo una obra de engaño. Nunca podrían jactarse tan alto de su propia bondad, si no hubieran rechazado la gran norma de Dios sobre el bien y el mal, y establecido en su lugar una de su propia invención. Juzgándose a sí mismos por su propia norma imperfecta, se atreven a decir: "Estoy libre de pecado".

La "gente de santidad" y el Ejército de Salvación tienen mucho de lo que Pablo denomina "ejercicio corporal", que "de poco aprovecha". Siguen impresiones y pretenden ser enseñados por el Espíritu; y como los fanáticos que perturbaron a Lutero, colocan estas impresiones por encima de la palabra escrita de Dios, mientras pisotean la ley divina porque sus corazones no están en armonía con sus preceptos. El Espíritu y la palabra concuerdan. El Espíritu de Cristo guía a toda la verdad; pero hay en estos enseñados por el espíritu una enemistad contra las declaraciones más claras de la Biblia. El espíritu que los guía los lleva a creer mentiras en vez de la verdad, mostrando que su maestro es el gran espíritu maestro que "obra en los hijos de desobediencia."

Los que han tenido la luz de la ley de Dios, y sin embargo han rehusado aceptar esa luz, no están bajo la influencia del Espíritu de Dios, cualesquiera que sean las profesiones que hagan o las obras maravillosas que se hagan por medio de ellos. Son engañados por los sofismas de Satanás. Pero aman sus engaños; porque él exalta el yo, y los induce a confiar en su propia bondad; y esto es más agradable que verse a sí mismos tal como aparecen ante un Dios justo y santo.

Dijo Cristo: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre hemos echado fuera demonios, y en tu nombre hemos hecho muchas maravillas? Y entonces les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad".

Estos pueden profesar ser seguidores de Cristo, pero han perdido de vista a su Líder. Pueden decir: "Señor, Señor"; pueden señalar a los enfermos que son sanados por medio de ellos, y otras obras maravillosas, y afirmar que tienen más del Espíritu y del poder de Dios de lo que manifiestan los que guardan su ley. Pero sus obras se realizan bajo la supervisión del enemigo de la justicia, cuyo objetivo es engañar a las almas, y están diseñadas para alejarlas de la obediencia, la verdad y el deber. En un futuro próximo habrá manifestaciones aún más marcadas de este poder milagroso; porque se dice de él: "y hace grandes maravillas, de tal manera que hace descender fuego del cielo a la tierra a la vista de los hombres".

Nos sorprende ver a tantos dispuestos a aceptar estas grandes pretensiones como la obra genuina del Espíritu de Dios; pero quienes se fijan meramente en las obras maravillosas, y se guían por impulsos e impresiones, serán engañados. Hermano mío, hermana mía, ¿pesarás el pecado en tu propia balanza o en la balanza del Cielo? Al darte cuenta de su verdadera naturaleza, verás tu condición deshecha, y te aferrarás a la misericordia ofrecida. Pero aquellos que sienten que sus ofensas son muy pequeñas, nunca podrán comprender la perfección de Cristo, ni el gran sacrificio que ha hecho para rescatarlos de la esclavitud y degradación del pecado.

Nadie que se precie de ser santo lo es realmente. Los que están registrados como santos en los libros del Cielo no son conscientes del hecho, y son los últimos en jactarse de su propia bondad. Ninguno de los profetas y apóstoles profesó jamás la santidad, ni siquiera Daniel, Pablo o Juan. Los justos nunca hacen tal afirmación. Cuanto más se parecen a Cristo, más lamentan su falta de semejanza con él; porque sus conciencias son sensibles, y consideran el pecado más como Dios lo considera. Tienen una visión exaltada de Dios y del gran plan de salvación; y sus corazones, humillados bajo el sentido de su propia indignidad, están vivos al honor de ser considerados miembros de la familia real, hijos e hijas del Rey Eterno.

Los que aman la ley de Dios no pueden armonizar en adoración o en espíritu con los transgresores decididos de esa ley, que se llenan de amargura y malicia cuando se enseñan las verdades claramente reveladas de la Biblia. Tenemos un detector que discrimina entre lo verdadero y lo falso. "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos".

La única posición segura para cualquiera de nosotros es considerarnos pecadores, necesitados diariamente de la gracia divina. La misericordia a través

de la sangre expiatoria de Cristo es nuestra única súplica. Pero evitemos el fariseísmo. Cuando más le conviene, Satanás puede aparecer como un ángel de luz. Pero no presenta ante los hombres la mansedumbre y humildad de la religión cristiana, sino sus propias buenas obras y maravillosas impresiones. Sólo con la palabra de Dios podemos hacer frente a sus engañosas tentaciones. Los que tienen la verdad tal como está revelada en esa santa palabra, deben permanecer firmes en la plataforma de la verdad, apoyándose en: "Escrito está". La pregunta que cada uno de nosotros debe resolver es: "¿Estoy exaltando el yo, o estoy exaltando a Dios y su gracia, buscando la salvación sólo por medio de Cristo?".

Dios tiene grandes bendiciones que conceder a su pueblo. Pueden tener la "paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento". Podrán "comprender con todos los santos [no pecadores, que son transgresores de la ley de Dios] cuál es la "anchura, longitud, profundidad y altura" del amor de Cristo, estando "llenos de toda la plenitud de Dios." Pero Cristo sólo se manifestará así a los mansos y humildes de corazón. Aquellos a quienes Dios justifica están representados por el publicano más que por el fariseo santurrón. La humildad nace del Cielo; y nadie puede entrar en las puertas del cielo sin ella. Toda inconscientemente, brilla en la iglesia y en el mundo, y brillará en los atrios del Cielo.

5 de marzo de 1885

Cristo, nuestro modelo

**[Charla matutina en
Los Angeles, Cal., 11 de mayo de 1884]**

EGW

"No sois vuestros; habéis sido comprados por precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, que son Dioses." "Si coméis o bebéis, o hacéis cualquier cosa, hacedlo todo para gloria de Dios".

Si se observaran estas reglas, no habría esa tensión constante tras las cosas del mundo que hace de la vida una carga en su intensidad; sino que en su lugar habría el descanso y la paz que vienen de buscar primero el "reino de Dios, y su justicia." Muchos cristianos profesos parecen pensar que no es necesario ningún esfuerzo de su parte para asegurar el crecimiento en la gracia, y como consecuencia son indolentes y apáticos en las cosas espirituales. Pero tienen una opinión equivocada. Están llamados a ser un pueblo peculiar, una nación santa,

un sacerdocio real. Dios les ha abierto los tesoros de su palabra. Cristo les ha de ser hecho sabiduría y justicia, santificación y redención; y quiere que comuniquen al mundo los ricos tesoros de su gracia.

Requerirá un esfuerzo constante de nuestra parte vencer las tentaciones que debemos enfrentar diariamente. El mundo está contra nosotros; los cristianos nominales están contra nosotros; y Satanás está contra nosotros, decidido a resistir todo esfuerzo que hagamos para avanzar en la vida divina. Está atento a toda oportunidad de interponerse entre nuestras almas y nuestro Creador. Nos agolpará en innumerables preocupaciones, para que no encontremos tiempo para leer la Biblia y orar. Pero no estamos solos en nuestra guerra contra los poderes de las tinieblas, y no debemos permitir que nos separen de la Fuente de nuestra fuerza.

Si queremos crecer en Cristo, nuestra cabeza viviente, debemos hacer de la oración una necesidad diaria, no sólo en el armario, sino también en la familia. Es porque oramos tan poco que nuestras oraciones no son más urgentes e inteligentes. En la oración estamos en comunión con Dios y llegamos a conocerlo. Qué privilegio es que podamos acercarnos a él por la fe, presentando las promesas dadas en su palabra. Alentemos y refresquemos nuestras almas con estas promesas seguras, alegando nuestra gran necesidad como razón para que se cumplan. Aprendamos el sencillo arte de la fe, comprendiendo cada día mejor cómo acercarnos a nuestro Padre celestial. Observemos sus mandamientos como hijos obedientes, y luego descansemos en su palabra, confiando en que él hará con seguridad lo que dijo que haría. Jesús nos ama; y si le confiamos la custodia de nuestras almas, no defraudará nuestras esperanzas. Él está esperando para ser misericordioso con aquellos que se sienten débiles e indignos. Él ama bendecirlos; porque ellos apreciarán sus bendiciones. Pero no importunará con su presencia; no forzará la voluntad ni obligará a la obediencia.

Jesús puede parecer lejano, y Satanás puede insistir en que no se interesa por alguien como tú. Puede señalar tu caminar vacilante y lleno de tropiezos, y decirte que el Dios del Cielo no condescenderá a responder a tus oraciones quebrantadas. Es entonces cuando puedes presentar el poderoso argumento de la cruz: "Jesús murió por mí. Él es mi Redentor. No me avergonzaré ni me confundiré; porque me aferraré a él, y confiaré en su justicia."

Familiarízate con las Escrituras, y aprende a confiar implícitamente en ellas, para que cuando el enemigo venga como una inundación, el Espíritu del Señor

pueda levantar un estandarte contra él. Pocos tienen el poder de la fe y de la verdadera piedad, porque, en la mayoría de los casos, las facultades dadas por Dios se dedican a los planes y empresas mundanos, y a las locuras y modas de la vida social, descuidando las cosas de Dios. Las facultades inventivas se emplean para el vestido y el adorno del hogar; pero el ornamento de un espíritu manso y tranquilo, que a los ojos de Dios es de gran precio, se convierte en un asunto de importancia secundaria.

No podemos darnos el lujo de desperdiciar los momentos de oro estudiando las modas o siguiendo las costumbres de aquellos cuyo dios es este mundo. El precioso tiempo de prueba no debe dedicarse a ornamentos innecesarios; sin embargo, el cristiano no debe ser descuidado y desaliñado. Es nuestro deber ser pulcros y gustosos en nuestra persona, vestidos y hábitos; y mantener en orden nuestras casas y locales. El cielo es un lugar de orden perfecto, y en la medida de lo posible debemos copiar el modelo celestial. Somos representantes de Cristo; luego no le deshonremos con nuestra vida defectuosa. Procuremos que nuestros gustos, nuestros hábitos, nuestra conversación y nuestras asociaciones estén de acuerdo con nuestra elevada vocación de hijos e hijas del Rey eterno.

Muchos tienen una visión superficial del carácter y la misión de Cristo. Imaginan que carecía de calidez y de sol; que era sombrío, severo, inflexible, severo y sin alegría. Este es el Jesús que se le presentó a Martín Lutero. Se le enseñó, como la Iglesia Católica ha instruido a tantos de sus votantes, que nuestro Señor es un ser austero, que se deleita en los sufrimientos de sus criaturas; que se complace con largos ayunos y penitencias del carácter más doloroso y repugnante. Y en muchos casos toda la experiencia religiosa está teñida por estas visiones sombrías, y toda la vida deformada.

A menudo se dice que Jesús lloró, pero nunca sonrió. Nuestro Salvador era ciertamente un Varón de dolores y conecedor del dolor; pues abrió su corazón a todas las aflicciones del hombre. "Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados". Pero aunque su vida fue abnegada, y ensombrecida por el dolor y el cuidado, su espíritu no se quebrantó. Su semblante no mostraba una expresión de dolor o queja, sino siempre una de serenidad pacífica. Su corazón era un manantial de vida, y dondequiera que iba llevaba descanso y paz, gozo y alegría.

Nuestro Salvador era profundamente serio e intensamente serio, pero nunca sombrío ni malhumorado. La vida de quienes lo imiten estará llena de serios

propósitos; tendrán un profundo sentido de responsabilidad personal. La ligereza será reprimida; no habrá algarabía bulliciosa, ni bromas o chistes groseros. Pero la religión de Jesús da paz como un río. No apaga la luz de la alegría; no refrena la jovialidad, ni nubla el rostro soleado y sonriente. Nuestras vidas deberían respirar la fragancia del Cielo, mientras obedecemos el mandato del apóstol, -"Hablando entre vosotros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones."

El alma es exaltada y transformada al morar, no en sí misma y en las penas y dificultades que nos rodean, sino en las glorias del mundo eterno. La comunión ininterrumpida con Dios da un mayor conocimiento de su verdad y voluntad, y de las susceptibilidades y poderes del alma; y el resultado serán motivos desinteresados y rasgos rectos de carácter. No habrá oscuridad ni tinieblas que reflejar a los demás. Más Cielo en los hombres de la tierra haría atractiva la religión y ganaría almas para Cristo.

Cristo no vino a ser servido, sino a servir; y cuando su amor reine en el corazón, seguiremos su ejemplo. Si tenemos muy presentes los actos crueles e injustos de los demás, nos resultará imposible amarlos como Cristo nos ha amado; porque hay pocas personas que, al conocerlas de cerca, no revelen rasgos de carácter desagradables. Incluso los mejores de nosotros tienen estos rasgos desagradables; y al seleccionar amigos debemos elegir a aquellos que no se alejarán de nosotros cuando sepan que no somos perfectos. Es necesaria la tolerancia mutua. Debemos amarnos y respetarnos unos a otros a pesar de las faltas e imperfecciones que no podemos evitar ver; porque éste es el Espíritu de Cristo. Hay que cultivar la humildad y la desconfianza en uno mismo, y una paciente ternura con los defectos de los demás. Esto acabará con todo egoísmo estrecho y nos hará generosos y de gran corazón.

Si tienes perplejidades y problemas -y éstos son la suerte común de la humanidad-, no se los cuentes a los demás, ensombreciendo así su camino. No acudas en busca de ayuda a todas las fuentes menos a la correcta; sino cuéntaselo todo a Jesús; llévaselo al Señor en oración, y entonces cree que Él te acepta a ti y a tu carga. La fe es un don de Dios, pero el poder de ejercitarla es tuyo. Una sola expresión sincera de fe fortalece la fe; pero cada expresión de duda confirma la duda, y ayuda a reunir alrededor de tu alma las sombras oscuras de la incredulidad. Entonces no abras tu alma a las tentaciones de Satanás abrigando y expresando las dudas que él insinúa. Habla con fe y valor. Acércate a la luz; y los brillantes rayos del Sol de Justicia disiparán las nubes y las tinieblas, y una dulce paz invadirá el alma.

"Poned vuestro afecto en las cosas de arriba, no en las de la tierra". "Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad", y haced de ello vuestra regla de vida. Y "cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con él en gloria".

6 de agosto de 1885

El poder de la verdad

[Un sermón pronunciado en Oakland, Cal., el 11 de julio de 1885.]

EGW

Texto: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así también yo los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por la verdad". Juan 17:17-19.

Esta oración del Redentor del mundo abarca mucho más de lo que se ha pensado, y deseo que las verdades aquí enseñadas se graben en todos nuestros corazones. "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad". "Por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por medio de la verdad". Cada uno de nosotros que profesa creer en Cristo está abrazado en esta oración, y tiene una responsabilidad de la cual es imposible desprenderse. Se nos pide que nos santifiquemos, no sólo para que seamos beneficiados personalmente, sino para que podamos ayudar a otros.

En estos días es difícil que la verdad encuentre acceso al corazón humano. Sabéis que en una ocasión, cuando Jesús entró en el templo, encontró allí "sentados a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas de moneda." Así, los sagrados atrios de la casa del Señor se convirtieron en un lugar de mercancías, donde florecieron la codicia y la avaricia. Cuando la mirada de Jesús recorrió la escena del ajetreado tráfico, la divinidad destelló a través de su humanidad. Expulsó a todos los que vendían y compraban en el templo, derribó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas, y les dijo: "Está escrito: Mi casa será llamada casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones". El tráfico se detuvo de repente, y la multitud de compradores y vendedores huyó como si los persiguiera una compañía de hombres armados. Con la respiración contenida, los sacerdotes y los gobernantes miraron a aquel que estaba revestido de tanta

majestad y poder; y, como si un rayo de luz del Cielo hubiera revelado la verdad a sus nubladas mentes, se impuso en ellos la convicción de que no se trataba de un hombre común.

Así como a Cristo le resultó difícil entrar en los atrios del templo porque estaban llenos de cosas que nunca debieron estar allí, así el corazón humano se cierra a la verdad porque está lleno de las preocupaciones y cargas de este mundo. Ha recibido el molde mundano. El príncipe de los poderes de las tinieblas está jugando el juego de la vida para el alma. Está obrando con todos los artificios que puede inventar, con todo engaño de iniquidad, para separar al hombre de Dios. Los deseos de la carne, el orgullo de la vida, las vanidades del mundo, han tomado posesión del templo del alma, y no queda lugar para Jesús. Pero cuando el corazón es sometido una vez al poder de la verdad, hasta sus recovecos secretos sienten la influencia renovadora y transformadora. A los que han cargado el templo del alma con preocupaciones mundanas, y lo han profanado con compradores y vendedores, les diríamos: Quitad estas cosas de aquí, y dejad que la verdad tome posesión del alma. Jesús está llamando a tu corazón, suplicando: "Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, cenaré con él y él conmigo". ¿Dejaremos entrar al Señor de la gloria? ¿Haremos sitio a la verdad de origen celestial?

Jesús dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí". Si haces lugar para Jesús, y limpias el alma de la contaminación del pecado, puedes gozar de perfecta paz con Dios. Pero algunos preguntarán: ¿Cómo voy a hacer esto? Mediante una rendición total de tu voluntad y tu camino a Dios. La paz de Dios no reinará en vuestros corazones mientras conservéis vuestras ambiciones e indulgencias mundanas. Las pasiones que se han apoderado del alma deben ser eliminadas. Cuando profesamos la verdad, es nuestro privilegio y deber mostrar al mundo que ha tenido un poder transformador sobre la vida y el carácter.

¿Por qué es tan difícil para muchos andar rectamente delante de Dios? Porque tratan de servir a dos señores, cosa que el Salvador declara que nadie puede hacer. Si se entregaran a Jesús, él tomaría posesión del alma, y todo mal deseo, toda falsa ambición, todo mal propósito, se sometería a la voluntad de Dios. Esta es la santificación a la que Cristo se refería cuando dijo: "Yo me santifico". Esta es la santificación que deseaba para sus discípulos cuando oró: "Santifícalos en tu verdad." Profesamos ser hijos e hijas del Señor; los elegidos de Cristo, de quienes dice: "Yo les he dado tu palabra; y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo." ¿Qué

derecho tenemos a dejar que las cosas del mundo se apoderen del corazón y absorban nuestras energías? ¿Qué derecho tenemos a hacer del corazón una autopista para los viajes del mundo, o a imitar sus costumbres y prácticas? No podemos servir a Dios y a las riquezas. Debemos salir del mundo y estar separados. Sus modas no deben controlarnos; sus principios no deben ser nuestros principios.

Si se permite que el elemento mundano tome posesión del corazón, las cosas que no son aprobadas por Dios parecerán correctas, y la vida religiosa se mezclará con el error. Las percepciones no serán claras y distintas para entender la palabra y la voluntad del Señor. Existe el peligro de seguir este curso de desobediencia hasta que el mal se dore, la conciencia se embote, y el autoengañado se crea en el camino de la santidad cuando está en el camino descendente hacia la perdición.

La obra del vencedor es una obra reñida y difícil. Tenemos que pelear individualmente la buena batalla de la fe, y la guerra contra los poderes de las tinieblas; porque cuando la verdad comienza la obra de purificar el templo del alma, el conflicto entre el bien y el mal comienza en serio.

Un ministro que profesaba predicar el evangelio, en conversación con una hermana se enteró de que ella guardaba concienzudamente el sábado del cuarto mandamiento. "Bueno", dijo él, "tienes razón en lo que respecta al argumento. El sábado es el verdadero día que hay que guardar; la Biblia es clara al respecto. Pero", añadió, "yo no lo guardo, porque crearía confusión. El Señor pasará por alto esto en mí porque es tan inconveniente, tan contrario a la costumbre de la sociedad. Y entonces no creo que realmente haga ninguna diferencia el día que yo observe, porque estoy santificado; tú sabes que eso hace toda la diferencia. Pero mantén tu fe, porque tienes derecho a ella". He aquí un hombre que afirma estar santificado mientras vive en desobediencia a la palabra de Dios; pero ¿qué hay que santifique fuera de la verdad?

Dijo Cristo: "Cualquiera que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre una roca; y descendió la lluvia, y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos, y azotaron aquella casa, y no cayó; porque estaba fundada sobre una roca. Y cualquiera que me oye estas palabras, y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió la lluvia, y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, y cayó, y fue grande su ruina". Aquí se representan dos clases: los que se santifican por medio

de la verdad, y los muchos que profesan estar santificados mientras quebrantan a sabiendas la ley de Dios. El verdadero fundamento son los mandamientos de Dios y el testimonio de Jesucristo. Los hombres pueden erigir una norma de justicia propia aparte de la presentada en la Palabra de Dios; pero su esperanza, como la casa construida sobre la arena, seguramente caerá.

Debemos escuchar lo que Dios dice, y ser obedientes a su palabra. No son los sermones largos ni las oraciones, no son las cosas que decimos, sino las cosas que hacemos, los caracteres que formamos, lo que nos hace aceptables a Dios. La verdad debe influir en nuestra vida diaria, y entonces cuando nos asociamos juntos la lengua no correrá sobre cosas sin importancia, frívolas.

"Vosotros sois la luz del mundo", dice Cristo. Por tanto, "brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." En la muerte de Cristo se derramaron sobre la humanidad los tesoros inestimables del Cielo. ¿Podemos guardar para nosotros tan preciosas riquezas? Deberíamos presentar al Salvador resucitado ante la gente y decirles qué querido Redentor hemos encontrado. Somos sus representantes; andemos dignamente de nuestra vocación. La razón por la que no tenemos mayor influencia para ganar almas para Cristo es que no somos hacedores de la palabra. Cuando hagamos las obras de Cristo, cuando la verdad se convierta en un principio vivo en el alma, tendremos poder ante Dios y ante los hombres. Otros tomarán conocimiento de nosotros, de que hemos estado con Jesús y aprendido de él, y nuestra sola presencia será una influencia para el bien. No nos atreveremos a pecar, no sea que otros sigan nuestro ejemplo de locura.

"Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo, y yo os recibiré, y seré para vosotros Padre, y seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso." Dice el Testigo Verdadero: "Conozco tus obras". Entonces tengamos cuidado de no ser cristianos a medias. Podemos ser llevados a una perfecta armonía con Dios y su verdad; pero hay mucho que debemos resistir. Debemos escudriñar nuestras Biblias, y aprender lo que dicen las Escrituras en relación con nuestro deber.

Dijo Cristo: "Mirad, velad y orad; ... porque el Hijo del hombre es como un hombre que emprende un largo viaje, que dejando su casa, dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su trabajo, y mandó al portero que velase". Ninguno de nosotros está excusado de los deberes aquí ordenados. Debemos vigilar todas las avenidas del alma, no sea que Satanás entre y profane el templo del corazón, que debe estar enteramente consagrado a Dios. Debemos vigilar para que la

pasión no se apodere del alma, para que no se abriguen pensamientos egoístas. La razón por la que no hay más vitalidad y poder en la Iglesia es que no trabajamos y velamos como debiéramos. Deberíamos permanecer como centinelas fieles en el puesto del deber. Ruego que la gracia de Cristo entre en nuestros corazones y que estemos siempre atentos a las oportunidades de hacer el bien.

El que está verdaderamente convertido no encontrará ninguna satisfacción en dedicar el tiempo de prueba que Dios le ha dado a la preparación del vestido, al adorno exterior del cuerpo. Para él, el orgullo de la vida, las vanidades y locuras del mundo, serán un asunto muy inferior. Siempre sentirán que están en la presencia de Dios; su ojo discierne todo pensamiento de vanidad, todo intento de ensalzarse y glorificarse a sí mismos. Si el tiempo que se pierde en vanos intentos de hacer atractiva la apariencia exterior, se dedicara al estudio de la Biblia, a la oración ferviente por la gracia de Cristo, al espíritu manso y tranquilo que es el adorno celestial del alma, y que nunca perecerá, cuán fácil, cuán agradable sería el servicio de Cristo. Se cumpliría la promesa: "Un corazón nuevo os daré, y un espíritu nuevo pondré dentro de vosotros".

Hay una guerra constante de la carne contra el Espíritu, y del Espíritu contra la carne. Las contaminaciones abrigadas en el alma guerrean contra la verdad pura y santificadora. Algunos han avanzado la idea de que si estamos una vez en gracia, siempre estamos en gracia. Pero nuestro trabajo es vencer cada día. Las tentaciones presionan en todas partes; ¿las resistimos y salimos victoriosos en el nombre de Cristo?

Cuando nos convertimos en hijos de Dios, nuestros nombres son escritos en el libro de la vida del Cordero, y permanecen allí hasta el momento del Juicio investigador. Entonces el nombre de cada individuo será llamado, y su registro examinado por Aquel que declara: "Yo conozco tus obras." Si en aquel día resultare que no nos hemos arrepentido plenamente de todas nuestras malas obras, nuestros nombres serán borrados del libro de la vida, y nuestros pecados permanecerán contra nosotros. Si el creyente profeso se confía en sí mismo, si de palabra o de espíritu quebranta el menor precepto de la santa ley de Dios, tergiversa a Jesús, y en el Juicio se pronunciarán las horribles palabras: "Borrado su nombre del libro de la vida; es obrador de iniquidad." Pero el Padre se compadece del alma desconfiada de sí misma y temerosa de Dios, acosada como está por dudas y tentaciones. Jesús suplica por él y confiesa su nombre ante el Padre y sus santos ángeles.

Aquel que ha de ser nuestro juez conoce nuestras obras. Él comprende cada tentación y prueba, y me alegro de ello. Él conoce las circunstancias que rodean a cada alma. Conoce nuestras debilidades, y se conmueve con el sentimiento de nuestras flaquezas. "Si alguno pecare", dice Juan, "abogado tenemos para con el Padre: a Jesucristo el justo". Jesucristo el justo". ¡Oh, cuán precioso es el nombre de Jesús, y cuán precioso todo nombre que confiesa ante el Padre! Cuando nuestro bondadoso Redentor dice del pobre penitente: "Es mío; he grabado su nombre en las palmas de mis manos", viene la respuesta: "No borraré su nombre del libro de la vida, sino que nunca más se recordarán contra él sus pecados."

La promesa es: "Que se aferre a mi fuerza, para que haga la paz conmigo; y hará la paz conmigo". Hay poder en la sangre de Cristo para quitar el pecado. Pobre pecador tembloroso, hoy eres prisionero de la esperanza. Jesús vive, y porque él vive tú puedes vivir también.

Dijo el ángel de Dios a Juan, al contemplar las multitudes de los redimidos reunidas en torno al trono: "Estos son los que salieron de la gran tribulación, y han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo." A través de la sangre del Cordero es el privilegio de cada uno de nosotros hacer de nuestra vida una gloriosa victoria. Tendremos pruebas y dificultades que enfrentar, pero si nos santificamos por la obediencia a la verdad, el Dios de Israel será nuestra fortaleza. "Entonces sabremos, si seguimos adelante para conocer al Señor, que su salida está preparada como la mañana". El Señor quiere dar poder a su pueblo. Quiere que se regocijen en el Dios de su salvación. Quiere que se conformen a su imagen, para que, cuando venga, los reciba para sí. Si nos aferramos al brazo del Poder Infinito, nos sostendrá a través de cada conflicto y desaliento de la vida, y finalmente pondrá una corona de gloria sobre nuestras cabezas, y nos llevará a compartir la recompensa eterna de los justos.

"Bienaventurados los que guardan sus mandamientos", dice el Salvador, "para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad". "Y las naciones de los que se salven caminarán a la luz de ella, y los reyes de la tierra traerán a ella su gloria y honor". "Y no entrará en ella nada que contamine", "sino los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero".

13 de agosto de 1885

Deberes de la Escuela Sabática en el Campamento y en el Hogar

EGW

Queridos hermanos y hermanas que se reúnen en nuestros campamentos, deseamos dirigirles algunas palabras en interés de nuestras escuelas sabáticas. Esta es una de las ramas importantes de la obra, y no debe dejarse al azar, o a una administración fortuita. Si estas escuelas se dirigen como es debido, los esfuerzos que se hacen en el púlpito para presentar la verdad de una manera que gane almas pueden profundizarse; y si el trabajo que se hace es seguido por obreros interesados en la Escuela Sabática, se logrará mucho bien. Pero no basta que la Escuela Sabática funcione como una maquinaria bien regulada. Debe haber obreros prácticos; los maestros deben ser de esa clase que tiene una conexión viva con Dios, que tiene apetito por el estudio, que dedicará tiempo y seriedad moral a su trabajo, y que no estará satisfecha a menos que vea que se logra algo.

Debe haber un interés vivo y creciente en almacenar la mente con la verdad bíblica. El precioso conocimiento así adquirido construirá una barrera alrededor del alma. Aunque los asalte la tentación, habrá una firme confianza en Jesús, mediante el conocimiento de aquel que los llamó a la gloria y a la virtud. Que los maestros entren de corazón y alma en el tema de la lección. Que tracen planes para hacer una aplicación práctica de la lección, y despierten interés en las mentes y corazones de los niños a su cargo. Permitan que las actividades de los alumnos encuentren campo para resolver los problemas de la verdad bíblica. Los maestros pueden dar carácter al trabajo, para que los ejercicios no sean áridos y sin interés.

Los maestros no trabajan tan seriamente como debieran en los ejercicios de la escuela sabática; debieran acercarse a los corazones de los alumnos, por aptitud, por simpatía, por esfuerzo paciente y decidido para interesar a cada alumno en la salvación del alma. Estos ejercicios deben llegar a ser lo que el Señor quiere que sean: motivos de profunda convicción de pecado y de reforma del corazón. Si el trabajo correcto se hace de una manera hábil y semejante a Cristo, las almas serán convencidas, y la pregunta será: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" En algunas escuelas sabáticas se dan puestos a personas que no tienen aptitud para enseñar. No tienen un amor sincero por las almas. Ni siquiera comprenden a medias los aspectos prácticos de la verdad. ¿Cómo, entonces, pueden conducir a los niños y jóvenes a la fuente viva? Que los propios maestros beban

profundamente del agua de la salvación; y entonces los ángeles de Dios les ministrarán, y sabrán exactamente qué curso quiere el Señor que tomen para ganar a la preciosa juventud para Jesús. Se requiere aptitud, voluntad, perseverancia, un espíritu como el que tenía Jacob cuando luchaba en oración y exclamaba: "No te soltaré si no me bendices." Cuando la bendición de Dios descansa sobre los maestros, no puede sino reflejarse en los que están a su cargo. Nunca coloquéis a la juventud bajo individuos que sean espiritualmente indolentes, que no tengan aspiraciones altas, elevadas, santas; porque la misma mente de indiferencia, fariseísmo, de forma sin el poder, se verá tanto en los maestros como en los eruditos.

Que los padres hagan su parte, no sólo ayudando a los niños en su estudio, sino familiarizándose ellos mismos con las lecciones. La Biblia es nuestro libro de texto. Padres, maestros y eruditos necesitan familiarizarse mejor con las preciosas verdades contenidas tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Debemos subir a un plano superior de acción. Que el espíritu de Jesús vitalice las almas de los obreros. Entonces sus planes y métodos de trabajo serán de ese carácter para ganar almas para Jesucristo. En nuestras iglesias grandes, donde hay muchos niños y jóvenes, hay gran peligro de manejar la Escuela Sabática de tal manera que se convierta en una mera forma, mecánica pero sin espíritu. Le falta Jesús. No permitáis que toda vuestra fuerza y energía se dedique a cosas mundanas y temporales durante la semana, y así no tengáis energía y fuerza moral para dar al servicio de Cristo el sábado. Hay un trabajo serio que hacer ahora. No tenemos un momento del tiempo para usarlo egoístamente. Que todo lo que hagamos lo hagamos con un solo ojo para la gloria de Dios. Nunca descansen hasta que cada niño de su clase sea llevado al conocimiento salvador de Cristo.

Es importante que los ejercicios de las escuelas sabáticas de nuestras reuniones campestres se lleven a cabo con orden, prontitud y eficiencia. Entonces se dará el molde correcto a las escuelas sabáticas en las diferentes iglesias, cuando la gente regrese a sus hogares. No permitamos que los negocios y otros intereses desplacen el interés de la escuela sabática, de modo que sea considerada como un asunto sin importancia especial.

Se puede hacer mucho por la educación y la formación moral y religiosa de nuestra juventud mediante escuelas sabáticas bien organizadas y dirigidas. Debe dedicarse tiempo y atención a esta rama de la obra, pues no puede estimarse la importancia de su influencia sobre nuestra juventud. Pero nuestros maestros deben ser hombres y mujeres convertidos, que sepan lo que significa luchar con

Dios, que no descansarán hasta que los corazones de los niños estén afinados para amar, alabar y glorificar a Dios. ¿Quiénes serán los fervientes obreros por las almas en nuestras escuelas sabáticas? ¿Quién tomará a los jóvenes por separado, y hablará y orará con ellos, y les hará llamamientos personales, suplicándoles que rindan su corazón a Jesús, para que sean como un olor grato a Cristo? Al contemplar la magnitud de la obra y ver lo poco que se aprecia, sentimos deseos de gemir en espíritu y exclamar: ¿Quién aceptará estas graves responsabilidades y velará por las almas como quienes han de dar cuenta de ellas? Somos los representantes de Cristo en la tierra. ¿Cómo cumplimos nuestra misión? Los representantes de Cristo estarán en comunión diaria con él. Sus palabras serán selectas, su discurso sazonado de gracia, sus corazones llenos de amor, sus esfuerzos sinceros, serios, perseverantes, para salvar a las almas por las que Cristo ha muerto. Que todos hagan cuanto esté en su mano para trabajar por la salvación de los queridos niños y jóvenes, y en breve escucharán con gozo las palabras de Jesús: "Bien, buen siervo y fiel, entra en el gozo de tu Señor." ¿Cuál es ese gozo? Contemplar a los santos redimidos, salvados por medio de la sangre de Jesucristo.

La Sra. E. G. White, en S. S. Worker

27 de agosto de 1885

Una ocasión rentable

EGW

Los siguientes párrafos no estaban destinados a la publicación, sino que son de una carta privada escrita por la hermana White a miembros de su familia. Nos complace presentarlos a los lectores de los Signos, seguros de que se interesarán por el éxito que está teniendo su labor:

Llegamos a Worcester, Massachusetts, sobre las ocho y media de la tarde del viernes 31 de julio, y fuimos directamente a las salas de la misión. Por la tarde tuvimos una tormenta de truenos de Nueva Inglaterra; pero se disipó antes de la hora de la reunión, y a la hora señalada la tienda estaba llena de oyentes interesados. Hablé a partir de las palabras del Salvador que se encuentran en Mateo 7:24-27. Aquí se había creado la más amarga oposición y prejuicio contra mí, y algunos de los más prejuiciados salieron a escucharme. El Señor me permitió presentar la verdad con tal poder que la gente escuchaba como hechizada, y muchos quedaron profundamente impresionados. Uno, un infiel,

tomó partido por el sábado, y otros expresaron su intención de no volver a despreciar el día santo de Dios.

El sábado tuvimos una congregación de unos cien fieles. Hablé del capítulo cincuenta y ocho de Isaías, y tuve una libertad especial. Por la tarde, varios dijeron que guardaban el sábado por primera vez.

El domingo estuvo nublado todo el día, y por la tarde empezó a neblinar. Temíamos que lloviera y que no tuviéramos congregación, pero la carpa estaba llena y había una gran multitud fuera. Estaba representada la mejor parte de la comunidad. Hablé del tercer capítulo de Primera de Juan: "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios", etc. Me detuve especialmente en las exigencias vinculantes de la ley de Dios, y nunca vi mayor interés manifestado. Se había avisado a la policía para que vigilara que no se fumara ni se hablara fuera de la tienda. Tres hombres poderosos estaban de guardia, pero el élder Canright dijo que permanecían como columnas de mármol, sin apartar la vista de mí ni un momento.

Cuando terminó la reunión, la gente no abandonó la tienda, sino que se quedó como si no quisieran irse. Un comerciante que había asistido a las reuniones y el infiel de quien he hablado, se reunieron. Dijo el mercader: "De ahora en adelante, las puertas de mi negocio se cerrarán todos los sábados a la puesta del sol". El infiel respondió: "Jamás volveré a quebrantar un sábado". "Bien", dijo el mercader, "dame tu mano en eso". Y allí se dieron la mano, comprometiéndose mutuamente a guardar el sábado del Señor.

Unos veinticinco guardan el sábado aquí. El trabajo no ha hecho más que empezar, y esperamos ver más frutos como resultado de este esfuerzo.

10 de septiembre de 1885

Influencia e importancia de las asociaciones

EGW

En nuestras relaciones sociales, en nuestro trato mutuo, son especialmente ciertas las palabras de Cristo: "Vosotros sois la luz del mundo". Cada asociación que formamos, por limitada que sea, ejerce una influencia sobre la vida y el carácter; y la extensión de esa influencia estará determinada por el grado de intimidad mantenida, la constancia de la relación, y el amor y la confianza que se sientan por aquel con quien nos asociamos. Incluso los enemigos de Cristo,

al ver su espíritu y su vida ejemplificados en la vida diaria de sus seguidores, serán llevados a glorificar a Dios, la fuente de su fuerza y honor. Así, los que tienen una conexión viva con Dios pueden ejercer un poder salvador en la iglesia y en la sociedad. Lector, examina tu propio curso; considera el carácter de los asociados que estás escogiendo. ¿Buscas la compañía de los sabios, o estás dispuesto a escoger asociados mundanos, compañeros que no temen a Dios ni obedecen al evangelio? ¿Son tus recreaciones tales que imparten vigor moral y espiritual? ¿Llevarán a la pureza de pensamiento y de acción?

Muchos padres están desatendiendo las más sagradas demandas de Dios, por su negligencia en consagrarse a sí mismos y a sus hijos a Él. Muchos descansan en una falsa seguridad, absorbidos por intereses egoístas y atraídos por los tesoros terrenales. No temen al mal. El peligro les parece muy lejano. Serán engañados, engañados, para su ruina eterna, a menos que despierten, y con penitencia y profunda humillación, vuelvan al Señor.

El orgullo, la autoindulgencia, la impiedad y la iniquidad que nos rodean ejercen una influencia maligna sobre nosotros. Pocos se dan cuenta de la importancia de evitar, en la medida de lo posible, todas las asociaciones hostiles a la vida religiosa. Pocos son los que, a la hora de elegir su entorno, hacen de su prosperidad espiritual la primera consideración.

Los padres acuden con sus familias a las ciudades, porque les parece más fácil ganarse la vida allí que en el campo. Los niños, al no tener nada que hacer cuando no están en la escuela, reciben una educación callejera. Con malas compañías adquieren hábitos de vicio y disipación. Los padres ven esto, pero como corregir su error requerirá un sacrificio, se quedan donde están, hasta que Satanás obtiene el control total de sus hijos. Es mejor sacrificar todas y cada una de las consideraciones mundanas que poner en peligro las preciosas almas confiadas a su cuidado. Serán asaltadas por tentaciones, y se les debe enseñar a hacerles frente; pero es vuestro deber cortar toda influencia, romper todo hábito, desligaros de toda atadura que os impida la más libre, abierta y sincera entrega de vosotros mismos y de vuestra familia a Dios.

En lugar de la ciudad atestada de gente, buscad algún lugar retirado donde vuestros hijos estén, en la medida de lo posible, protegidos de la tentación, y allí formadlos y educadlos para la utilidad. El profeta Ezequiel enumera así las causas que llevaron a Sodoma al pecado y a la destrucción: "Soberbia, saciedad de pan y abundancia de ociosidad había en ella y en sus hijas; ni fortaleció la mano del pobre y del necesitado". Todos los que quieran escapar de la

condenación de Sodoma, deben evitar el curso que trajo los juicios de Dios sobre esa ciudad malvada.

¿Quién escuchará el consejo del Testigo Fiel de buscar el oro probado en el fuego, las vestiduras blancas y el colirio? El oro es la fe y el amor, la vestidura blanca es la justicia de Cristo, el colirio es el discernimiento espiritual que nos permitirá ver las artimañas de Satanás y evitarlas, detectar el pecado y aborrecerlo, ver la verdad y obedecerla.

El letargo mortal del mundo paraliza los sentidos. El pecado no parece repulsivo a los que están cegados por Satanás. Los juicios de Dios pronto se derramarán sobre la tierra. "Escapa por tu vida", es la advertencia de los ángeles de Dios. Se oyen otras voces que dicen: "No te excites; no hay motivo de especial alarma". Los que están tranquilos en Sión, claman paz y seguridad, mientras que el Cielo declara que la destrucción rápida está a punto de venir sobre el transgresor. Los jóvenes, los frívolos, los amantes del placer, consideran estas advertencias como cuentos ociosos, y se apartan de ellas con sorna. Los padres se inclinan a pensar que sus hijos tienen razón en este asunto, y todos duermen tranquilos. Así fue en la destrucción del viejo mundo, y cuando Sodoma y Gomorra fueron consumidas por el fuego. En la noche anterior a su destrucción, las ciudades de la llanura se alborotaron de placer. Se burlaron de Lot por sus temores y advertencias. Pero estos burladores perecieron en las llamas. Esa misma noche se cerró para siempre la puerta de la misericordia a los malvados y descuidados habitantes de Sodoma.

Es Dios quien tiene en sus manos el destino de las almas. No siempre se burlará de Él; no siempre se jugará con Él. Sus juicios ya están en la tierra. Tempestades feroces y espantosas dejan a su paso destrucción y muerte. El fuego devorador arrasa el bosque desolado y la ciudad atestada. Tormentas y naufragios aguardan a quienes surcan las profundidades. Accidentes y calamidades amenazan a los que viajan por tierra. Los huracanes, los terremotos, la espada y el hambre se suceden con rapidez. Sin embargo, los corazones de los hombres están endurecidos. No reconocen la voz de advertencia de Dios. No huyen al único refugio contra la tormenta que se avecina.

Muchos de los que han sido colocados sobre los muros de Sión, para vigilar con ojo de águila la aproximación del peligro, y alzar la voz de advertencia, están ellos mismos dormidos. Los mismos que deberían ser más activos y vigilantes en esta hora de peligro están descuidando su deber, y trayendo sobre sí la sangre de las almas.

Que nadie haga a un lado la advertencia y diga: "No se refiere a mí. No me perturbará este excitable mensaje". Es el siervo malvado que dice en su corazón: "Mi Señor retrasa su venida". Profesando ser siervo de Cristo, puede que no niegue de palabra que el Señor ha de venir pronto; pero sus acciones demuestran que aplaza ese día para un período lejano. Presume culpablemente de la supuesta demora; se vuelve descuidado, y sus obras testifican su incredulidad. Adopta las máximas y se conforma a las prácticas del mundo.

Tan pronto como el siervo malo comienza a perder el espíritu y el poder del mensaje, manifiesta su incredulidad. Golpea a sus consiervos. Está dispuesto a censurar a los que son mejores que él. "El veneno de los áspides está debajo de sus labios". A menudo se le encuentra "comiendo y bebiendo con los borrachos", uniéndose a los mundanos en sus reuniones de placer, y, a todos los efectos, uno con ellos. Tal es la condición de muchos entre nosotros hoy.

En la instrucción dada por nuestro Salvador a sus discípulos hay palabras de admonición especialmente aplicables a nosotros: "Mirad por vosotros mismos, no sea que en cualquier momento vuestros corazones se sobrecarguen con el exceso y la embriaguez, y los cuidados de esta vida, y así ese día venga sobre vosotros de improviso". Velad, orad, trabajad: ésta es la verdadera vida de fe. "Orad siempre", es decir, estad siempre en espíritu de oración, y entonces estaréis preparados para la venida de vuestro Señor.

La vida cristiana es una guerra. El Apóstol Pablo habla de luchar contra principados y potestades mientras peleaba la buena batalla de la fe. De nuevo declara: "Aún no habéis resistido hasta la sangre, luchando contra el pecado". Ah, no. Hoy el pecado es apreciado y excusado. La espada afilada del Espíritu, la palabra de Dios, no corta el alma. ¿Ha cambiado la religión? ¿Ha disminuido la enemistad de Satanás contra Dios? Antes, la vida religiosa presentaba dificultades y exigía abnegación. Ahora todo es muy fácil. ¿Y a qué se debe esto? El profeso pueblo de Dios se ha comprometido con los poderes de las tinieblas.

El camino al Cielo no es más fácil ahora que en los días de nuestro Salvador. Todos nuestros pecados deben ser eliminados. Toda indulgencia que obstaculice nuestra vida religiosa debe ser eliminada. El ojo derecho o la mano derecha deben ser sacrificados si nos hacen ofender. ¿Estamos dispuestos a renunciar a nuestra propia sabiduría y a recibir el reino de los cielos como un niño pequeño? ¿Estamos dispuestos a desprendernos de la justicia propia? ¿Estamos dispuestos a renunciar a nuestros socios mundanos elegidos?

¿Estamos dispuestos a sacrificar la aprobación de los hombres? El premio de la vida eterna tiene un valor infinito. ¿Nos esforzaremos y haremos sacrificios proporcionales al valor del objeto que hemos de alcanzar?

Se atribuye gran importancia a nuestras asociaciones. Podemos formar muchas que son agradables y útiles; pero ninguna es tan preciosa como aquella por la cual el hombre finito se pone en conexión con el Dios infinito. Cuando estamos así unidos, las palabras de Cristo permanecen en nosotros. No nos mueve un sentimiento espasmódico, sino un principio vivo y permanente. El resultado será un corazón purificado, una vida circunspecta y un carácter intachable. Pero sólo mediante el conocimiento y la asociación con Cristo podemos llegar a ser como él, el único ejemplo intachable.

La comunión con Cristo, ¡qué indeciblemente preciosa! Tal comunión es nuestro privilegio disfrutar, si la buscamos, si hacemos cualquier sacrificio para asegurarla. Cuando los primeros discípulos oyeron las palabras de Cristo, sintieron que lo necesitaban. Lo buscaron, lo encontraron y lo siguieron. Estaban con él en la casa, en la mesa, en el armario, en el campo. Estaban con él como alumnos con un maestro, recibiendo diariamente de sus labios lecciones de la santa verdad. Le miraban como siervos a su señor, para aprender su deber. Le servían alegremente, con gusto. Le seguían, como los soldados siguen a su comandante, peleando la buena batalla de la fe. "Y los que están con él son llamados, escogidos y fieles".

8 de octubre de 1885

Trabajadores con Cristo

EGW

Muchos profesan ser seguidores de Cristo y trabajar por la edificación de su causa, cuando todo el peso de su influencia está del lado del gran adversario. Por esta razón es muy importante preguntarse: ¿Por qué medios determinaremos de qué lado estamos? Esta cuestión puede resolverse fácilmente si consideramos el carácter de nuestros pensamientos y de los temas sobre los que nos gusta conversar, y también quién tiene nuestras mejores energías y los afectos más cálidos de nuestros corazones. Si estamos del lado del Señor, nuestros pensamientos más dulces serán de él. No tendremos amistad con el mundo. Todo lo que tenemos y somos estará consagrado a nuestro Dios; anhelaremos llevar su imagen, respirar su Espíritu, y hacer su voluntad y agradecerle en todas las cosas.

Se ha encomendado una gran obra a la Iglesia de Dios. ¡Oh, que cada uno de nosotros pudiera darse cuenta de cuánto depende de nuestra seriedad y fidelidad! Todos los que se dan cuenta de su responsabilidad ante Dios, serán portadores de carga en la iglesia. No puede haber tal cosa como un cristiano perezoso, aunque hay muchos profesantes indolentes del cristianismo. Mientras los seguidores de Cristo se den cuenta de su propia debilidad, clamarán fervientemente a Dios por fortaleza, para que puedan ser obreros junto con él. Buscarán constantemente convertirse en mejores hombres y mujeres, para poder realizar más fielmente la obra que Él ha encomendado a sus manos.

Cada uno puede hacer algo para fortalecer y edificar la Iglesia, y para iluminar a los que están en las tinieblas del pecado y del error. Debe existir un sentimiento de responsabilidad individual. Cada uno debe tratar de mantener una estrecha relación con Dios, a fin de tener fuerzas para ayudar y aconsejar a los demás. "Dios es luz, y en él no hay tiniebla alguna". El corazón en el que habita su Espíritu, será un canal de luz para los demás. No puede ser de otra manera.

Aquellos que no conservan una conexión viva con Dios, tendrán poco interés en la salvación de los demás. No tienen luz del Cielo que reflejar al mundo. Si estos descuidados e irresponsables pudieran ver los terribles resultados de su conducta, se alarmarían. Cada uno de nosotros está ejerciendo una influencia sobre alguna otra alma; y cada uno será responsable del efecto de esa influencia. Las palabras y las acciones tienen un poder revelador, y el largo más allá mostrará los resultados de nuestra vida aquí. Sin embargo, cuán pocos consideran estas cosas. Los miembros de la iglesia escuchan las palabras de Dios pronunciadas por su siervo, y luego uno va a su granja, otro a su mercancía; y por su interés absorbente en los asuntos de esta vida, declaran que las cosas eternas son de importancia secundaria.

Los días son malos, la maldad prevalece; por eso hay mayor necesidad de que Cristo sea fielmente representado ante el mundo como un poderoso Salvador, capaz de salvar perpetuamente a todos los que por él se acercan a Dios. Pero el profeso pueblo de Dios está dormido. No están haciendo lo que está en su poder hacer por la salvación de las almas. Especialmente los jóvenes son deficientes. No parecen sentir ninguna carga por las almas, ningún deber de representar a Cristo ante aquellos con quienes se relacionan. En todo esto, ¿no están siguiendo los pasos de los miembros de la iglesia que son mayores en experiencia, y que deberían haberles dado un mejor ejemplo?

Los jóvenes, así como los de edad más avanzada, son responsables ante Dios de su tiempo, su influencia y sus oportunidades. Tienen su destino en sus propias manos. Pueden elevarse a cualquier altura de excelencia moral, o pueden hundirse en el nivel más bajo de depravación. No hay más elección que la propia por la cual alguien pueda perecer. Cada persona es un agente moral libre, que decide su propio futuro con su vida diaria. ¿Qué curso, entonces, es el más sabio para nosotros, como seres racionales, seguir? ¿Viviremos como candidatos a la eternidad, o fracasaremos en el cumplimiento del gran fin de nuestra creación?

Jesús murió para que por sus méritos los hombres fuesen redimidos del poder del pecado y adoptados en la familia de Dios; y en vista del gran sacrificio que se ha hecho por nosotros, se nos exhorta a trabajar en nuestra propia salvación con temor y temblor. Sin embargo, cuántos, dotados por su Creador de facultades razonadoras, rechazan los altos honores que Cristo les ofrece, y se degradan al nivel de los brutos. Porque no les gusta retener a Dios en sus pensamientos, les deja seguir sus propios malos caminos. Ceden al dominio de Satanás las almas por cuya redención ha muerto Cristo.

Somos libres para obedecer o desobedecer la voluntad de Dios; libres para vivir sin orar o para orar. Así como Dios no obliga a nadie a ser justo, nadie está obligado a ser impenitente y vicioso. Las pasiones humanas pueden ser fuertes y descarriadas, pero la ayuda ha sido depositada en Uno que es poderoso. Aunque esa ayuda no se impondrá a nadie que desprecie el don, se da libremente y con gusto a todos los que la buscan con sinceridad.

Podemos ser asaltados por fuertes tentaciones, pues tenemos un enemigo poderoso y astuto; pero estas tentaciones nunca son irresistibles. El que lucha contra ellas con la fuerza de Cristo, vencerá; pero Dios nunca librará a los que no se esfuerzan por liberarse. El cristiano debe estar vigilante contra los pecados de la carne, vigilante contra los pecados de la mente. Dice el apóstol: "Ceñid los lomos de vuestra mente". Los pensamientos y los sentimientos deben ser refrenados con mano firme, para que no nos lleven al pecado. Cuántos se han convertido en esclavos voluntarios del vicio, sus facultades mentales y físicas enervadas, sus almas envilecidas, porque se permitió que pensamientos impuros moraran en la mente y mancharan el alma. "Para los puros, todas las cosas son puras". Para aquellos que son puros de corazón, todos los deberes y actividades lícitas de la vida son puros; mientras que para aquellos cuyo corazón y conciencia están contaminados, todas las cosas son impuras.

Otro pecado de la mente es el de ensalzar y divinizar la razón humana, descuidando la revelación divina. También aquí debemos "ceñir los lomos de la mente". Vivimos en una época en que las mentes de los hombres están siempre a la búsqueda de algo nuevo. Dirigido correctamente, y mantenido dentro de los límites apropiados, este deseo es encomiable. Dios nos ha dado en sus obras creadas lo suficiente para excitar el pensamiento y estimular la investigación. No desea que los hombres sean menos agudos, menos indagadores o menos inteligentes. Pero con todas nuestras aspiraciones y en todas nuestras investigaciones, debemos recordar que la arrogancia no es grandeza, ni la presunción es conocimiento. El orgullo humano no es prueba de fuerza, sino de debilidad. No revela sabiduría, sino necedad. Exaltar indebidamente la razón es rebajarla. Poner lo humano en rivalidad con lo divino, es hacerlo despreciable.

¿Cómo puede el hombre ser justo con Dios? Esta es la gran pregunta que más nos preocupa. ¿Puede el razonamiento humano encontrar una respuesta? No; sólo la revelación puede resolver el importantísimo problema, puede iluminar el camino de la vida del hombre. Qué locura, entonces, apartarse de la única gran fuente de luz, el Sol de Justicia, para seguir la débil e incierta luz de la sabiduría humana.

Cada uno de nosotros debe tener una experiencia por sí mismo. La obra de nuestra salvación está entre Dios y nuestras propias almas. Aunque todas las naciones han de pasar en juicio ante él, examinará el caso de cada individuo con un escrutinio tan minucioso y escudriñador como si no hubiera otro ser sobre la tierra. Cada individuo tiene un alma que salvar o que perder. Cada uno tiene un caso pendiente ante el tribunal de Dios. Cada uno debe encontrarse cara a cara con el gran Juez. Cuán importante es, pues, que cada mente contemple a menudo la solemne escena cuando se celebre el Juicio y se abran los libros, cuando, con Daniel, cada individuo deba enfrentarse a su suerte al final de los días.

En el día final, seremos aprobados o condenados según nuestras obras. El Juez de toda la tierra tomará una decisión justa. No será sobornado; no puede ser engañado. El que hizo al hombre, y cuyos son los mundos y todos los tesoros que contienen, él es quien pesa el carácter en la balanza de la justicia eterna.

¡Oh, que los seguidores de Cristo se dieran cuenta de que no son casas y tierras, acciones bancarias o campos de trigo, o incluso la vida misma, lo que ahora está en juego, sino las almas por las que Cristo murió! Deberíamos recordar siempre que los hombres y mujeres con quienes nos encontramos a diario están

condenados al Juicio Final. Estarán ante el gran trono blanco, para testificar contra nosotros si somos infieles al deber, si nuestro ejemplo los aleja de la verdad y de Cristo, o para dar testimonio de que nuestra fidelidad los ha animado en el camino de la rectitud. Estas almas vivirán para ofrecer alabanzas a Dios y al Cordero a través de los siglos, o perecerán con los impíos. Cristo sufrió y murió para que ellas pudieran disfrutar de una eternidad dichosa. ¿Qué sacrificios estamos dispuestos a hacer por su salvación?

15 de octubre de 1885

Carta de la Sra. E. G. White

[Escrito para la reunión del campamento de Nueva York. Copiado del Syracuse Standard. Ver nota en la última página].

EGW

A bordo del S.S. "Cephalonia",
cerca de Queenstown, Irlanda,

17 de agosto de 1885.

Me siento urgido a dirigirme a aquellos que están comprometidos en dar el último mensaje de advertencia al mundo. El que aquellos para quienes trabajan vean y acepten la verdad depende mucho de los obreros individuales. El mandamiento de Dios es: "Sed limpios, los que lleváis los vasos del Señor". Pablo encarga a Timoteo: "Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina". La obra debe comenzar con el obrero. Debe estar unido a Cristo como el sarmiento está unido a la vid. "Yo soy la vid verdadera", dijo Cristo, "vosotros sois los sarmientos". Aquí se representa la conexión más estrecha posible. Inserta el sarmiento sin hojas en el tallo floreciente de la vid, y se convertirá en un sarmiento vivo, que extrae savia y alimento de la vid. Fibra a fibra, vena a vena, el retoño se aferra hasta que brota, florece y da fruto. La ramita sin savia representa al pecador. Cuando se une a Cristo, el alma se une al alma, lo débil y finito a lo santo e infinito, y este hombre se convierte en uno con Cristo. "Sin mí", dice Cristo, "no podéis hacer nada". Dios es hecho para nosotros sabiduría, justicia y santificación. ¿Estamos unidos a él los que pretendemos ser obreros de Cristo? ¿Permanecemos en Cristo y somos uno con él? El mensaje que llevamos es mundial. Debe llegar a todas las naciones, lenguas y pueblos. El Señor no requerirá que ninguno de nosotros salga con este mensaje a menos que nos dé poder y gracia para presentarlo a la gente de una manera que corresponda

a su importancia. La gran pregunta que se nos plantea hoy es: ¿Llevamos este solemne mensaje de la verdad de una manera que esté a la altura de su importancia? El Señor obrará con los obreros si ellos hacen de Cristo su única dependencia. Nunca quiso que sus misioneros trabajaran sin su gracia y destituidos de su poder. El corazón humilde y contrito será la morada del Espíritu de Cristo. "Si alguno me ama, guardará mis palabras; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él".

Dios nos ha escogido del mundo para que seamos un pueblo peculiar y santo. "El cual se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". Los obreros de Dios deben ser hombres de oración, estudiantes diligentes de las Escrituras, hambrientos y sedientos de justicia, para que sean luz y fortaleza a los demás. Nuestro Dios es un Dios celoso, y requiere que lo adoremos en espíritu y en verdad, y en la belleza de la santidad. El salmista dice: "Si mirare a la iniquidad en mi corazón, no me oirá el Señor". Debemos, como obreros, cuidar nuestros caminos. Si el salmista no podía ser oído si consideraba la iniquidad en su corazón, ¿cómo pueden ser oídas las oraciones de los ministros si consideran la iniquidad entre ellos? Hay peligros a los que estamos expuestos continuamente. Es un plan estudiado de Satanás hacer que los obreros sean débiles en oración, débiles en poder, débiles en influencia ante el mundo, a causa de los defectos de sus caracteres, defectos que de ninguna manera armonizan con la verdad. Debemos, como obreros, estar unidos para fruncir el ceño y condenar todo lo que se acerque lo más mínimo al mal en nuestra asociación de unos con otros. Nuestra fe es santa, y nuestra obra es vindicar el honor de la ley de Dios. Nuestro trabajo no tiene el carácter de rebajar a nadie a un nivel inferior en pensamiento o conducta. Hay muchos que afirman creer y enseñar la verdad, pero que tienen errores e ideas fantasiosas mezcladas con la verdad. Hay una plataforma exaltada sobre la cual debemos pararnos. Debemos creer y enseñar la verdad tal como está en Jesús.

La santidad de corazón nunca conducirá a acciones impuras. Cuando alguien que dice estar enseñando la verdad se inclina a estar mucho en compañía de mujeres jóvenes o incluso de mujeres casadas; cuando familiarmente pone su mano sobre sus hombros, o se le encuentra a menudo conversando con ellas de una manera familiar, tened miedo de él. Los principios puros de la verdad no están arraigados en el alma. Los tales no son obreros de Jesús; no están en Cristo, y Cristo no mora en ellos. Necesitan una conversión completa antes de que Dios pueda aceptar sus labores. La verdad de origen celestial nunca degrada al receptor, nunca lo lleva al menor acercamiento a una familiaridad indebida.

Por el contrario, santifica al receptor, refina el gusto, lo eleva y ennoblece, y lo pone en estrecha relación con Jesús. No le lleva a desoír el mandato del apóstol Pablo de abstenerse incluso de la apariencia del mal, para que no se hable mal de su bien. Tenemos un gran trabajo que hacer para elevar al hombre y ganarlo para Cristo, para llevarlo a elegir y buscar seriamente ser partícipe de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Cada pensamiento, cada palabra y cada acción de los obreros debe ser de ese carácter elevado que está en armonía con la verdad sagrada que defienden. Vivimos en una época en que abunda la iniquidad, y una palabra descuidada o una acción impropia pueden perjudicar grandemente la utilidad de quien muestra esta debilidad. Mantened las barreras de la reserva. No dejes que ocurra un solo caso en tu relación con los demás que el enemigo pueda aprovechar. Si comenzáis a poner vuestros afectos unos sobre otros, prestando especial atención a los favoritos, usando palabras lisonjeras, Dios retirará su Espíritu. Si los hombres casados dejan a sus esposas al cuidado de sus hijos en casa, la esposa y madre está haciendo una obra tan grande e importante como el esposo y padre. Aunque uno esté en el campo misionero, la otra es una misionera en el hogar, cuyos cuidados, ansiedades y cargas frecuentemente exceden con mucho los del esposo y el padre. Su labor es solemne e importante. Consiste en moldear la mente y formar el carácter de sus hijos, capacitarlos para ser útiles aquí y prepararlos para la vida futura e inmortal. El esposo en el campo misionero abierto puede recibir los honores de los hombres, mientras que la trabajadora del hogar puede no recibir ningún crédito por su labor. Pero si ella trabaja por el mejor interés de su familia, para formar su carácter según el modelo divino, el ángel registrador escribe su nombre como una de las más grandes misioneras del mundo. Dios no ve las cosas como las ve la visión finita del hombre.

Me duele ver a los hombres alabados, adulados y acariciados. Dios ha revelado el hecho de que algunos que reciben estas atenciones son indignos de llevar su nombre en sus labios. Sin embargo, son exaltados al Cielo en la estimación del hombre finito, que sólo lee por la apariencia exterior. Hermanas mías, nunca aduléis, acariciéis ni halaguéis a los hombres pobres, fracasados y descarriados, sean jóvenes o viejos, casados o solteros. No conocéis sus debilidades, y no sabéis que estas mismas atenciones y estos elogios profusos pueden ser su ruina. Me alarma la miopía, la falta de sabiduría, que muchos manifiestan con respecto a esta familiaridad. Los hombres que están haciendo la obra de Dios y que tienen a Cristo morando en sus corazones, no bajarán el nivel de moralidad, sino que buscarán siempre elevarlo. No encontrarán placer en la adulación de las mujeres, ni en ser acariciados por ellas. Que los jóvenes y los casados digan:

"¡No me toques! No daré la menor ocasión de que se hable de mi buen mal. Mi buen nombre es capital, de mucho más valor para mí que el oro o la plata. Permítanme conservarlo intacto. Si los hombres atacan ese nombre, no será porque yo les haya dado ocasión de hacerlo, sino por la misma razón por la que hablaron falsamente de Cristo, porque odiaban la pureza y santidad de su carácter, pues era una constante reprensión para ellos."

Desearía poder inculcar en cada obrero la gran necesidad de la oración continua y ferviente. No pueden estar constantemente de rodillas, pero pueden elevar sus corazones a Dios. Esta es la manera en que Enoc caminó con Dios. Cuando hombres y mujeres jóvenes, o incluso casados, te abran sus secretos familiares, ten cuidado. Cuando expresen un deseo de simpatía, sepa que es el momento de actuar con gran cautela. Aquellos que están imbuidos con el Espíritu de Cristo, y que están caminando con Dios, no tendrán un impío deseo de simpatía. Tienen una compañía que satisface todo deseo de la mente y del corazón. Los hombres casados que aceptan la atención, los elogios y las caricias de las mujeres, deben estar seguros de que el amor y la simpatía de esta clase no vale la pena obtenerlos. No tiene valor. Este es un tema al que debemos prestar atención. Debemos protegernos contra los pecados de esta época degenerada. Debemos mantenernos alejados de todo lo que huelga a vulgaridad y familiaridad indebida. Dios lo condena. Es terreno prohibido, sobre el cual no es seguro poner los pies. Cada palabra y cada acción deben tender a elevar, refinar y ennoblecer el carácter. Hay pecado en la irreflexión acerca de tales asuntos. El apóstol Pablo exhortó a Timoteo a la diligencia y minuciosidad en su ministerio, y le exhortó a meditar en las cosas puras y excelentes, para que su provecho apareciese a todos. El mismo consejo es muy necesario para los jóvenes de la época actual. La reflexión es esencial. Si los hombres pensarán más y actuarán menos impulsivamente, tendrían mucho más éxito en sus labores. Estamos tratando temas de infinita importancia, y no podemos permitirnos entretener en nuestra obra nuestros propios defectos de carácter. Queremos representar el carácter de Cristo.

Las mujeres son tentadoras con demasiada frecuencia. Con uno u otro pretexto atraen la atención de los hombres casados o solteros, y los llevan hasta transgredir la ley de Dios. Su utilidad se arruina y sus almas corren peligro. La historia de José queda registrada para beneficio de todos los que, como él, son tentados. Fue firme como una roca a los principios, y respondió al tentador: "¿Cómo puedo hacer esta gran maldad y pecar contra Dios?". Un poder moral como el suyo es lo que se necesita ahora. Si las mujeres elevaran sus vidas y se convirtieran en obreras con Cristo, habría menos peligro a través de su

influencia. Pero con sus sentimientos actuales de despreocupación respecto a las responsabilidades del hogar, y respecto a las demandas que Dios tiene sobre ellas, su influencia es a menudo fuerte en la dirección equivocada. Sus poderes están empujados, y su obra no lleva el sello de lo divino. No son misioneros en casa, ni son misioneros fuera de casa, y con frecuencia el hogar, el precioso hogar, es una desolación. ¿No hay suficientes acontecimientos a nuestro alrededor para mostrarnos los peligros que acechan nuestro camino? Por todas partes se ven naufragios de humanidad, altares familiares destrozados, familias deshechas. Hay un extraño abandono de los principios. Se ha rebajado el nivel de moralidad, y la tierra se está convirtiendo rápidamente en Sodoma. Las prácticas sodomitas que trajeron el juicio de Dios sobre el viejo mundo e hicieron que fuera destruido por el agua, y que hicieron que Sodoma fuera destruida por el fuego, están aumentando rápidamente.

Nos acercamos al fin. Dios ha soportado mucho tiempo la perversidad de la humanidad, pero su castigo no es menos cierto. Que los que profesan ser la luz del mundo se aparten de toda iniquidad. Vemos manifestarse contra la verdad el mismo espíritu que se vio en los días de Cristo. A falta de argumentos bíblicos, los que están anulando la ley de Dios fabricarán falsedades para manchar y ennegrecer a los obreros. Así lo hicieron con el Redentor del mundo; así lo harán con sus seguidores. Informes que no tienen el menor fundamento serán afirmados como verdad. Que el Señor atraiga las almas hacia sí, y les imparta individualmente un sentido de sus sagradas responsabilidades para formar caracteres tales que Cristo no se avergüence de llamarlos hermanos. Elevad la norma, y entonces se pronunciará sobre vosotros la bendición celestial en aquel día en que cada uno recibirá según las obras hechas en el cuerpo. Los obreros para Dios deben vivir como ante sus ojos, y desarrollarse constantemente en carácter, verdadera virtud y piedad. Sus mentes y corazones deben estar tan completamente imbuidos del espíritu de Cristo, y solemnizados por el sagrado mensaje que tienen que llevar, que cada pensamiento, cada acción y cada motivo estarán por encima de lo terrenal y sensual. Su felicidad no estará en la gratificación prohibida y egoísta, sino en Jesús y su amor.

La norma de moralidad no se ha exaltado lo suficiente entre el pueblo de Dios. En vista de los peligros de este tiempo, como pueblo que guarda los mandamientos, ¿no hemos de apartar de nosotros todo pecado, toda iniquidad y toda perversidad? Las mujeres que profesan la verdad, ¿no deberán guardar estricta vigilancia sobre sí mismas, para que no se dé el menor estímulo a la familiaridad injustificada? Podrían cerrar muchas puertas a la tentación si observaran en todo momento estricta reserva y decoro en su conducta. Que los

hombres encuentren un ejemplo en la vida de José, y se mantengan firmes en sus principios, a pesar de las fuertes tentaciones. Queremos ser hombres y mujeres fuertes por el derecho. A nuestro alrededor hay quienes son débiles en poder moral. Necesitan estar en compañía de aquellos que son firmes, y cuyos corazones están estrechamente unidos con el corazón de Cristo. Los principios de cada uno serán puestos a prueba, pero hay quienes van a la tentación como un necio a la corrección del cepo. Invitan al diablo a tentarlos. Se ponen nerviosos, se debilitan en poder moral, y el resultado es vergüenza y confusión. Nunca debe borrarse la marca de distinción entre los seguidores de Jesús y los seguidores de Satanás. Hay una línea distintiva trazada por Dios mismo entre el mundo y la iglesia, entre los que guardan los mandamientos y los que los quebrantan. Estos no se mezclan. Están tan separados, son tan diferentes, como el mediodía y la medianoche; diferentes en sus gustos, sus objetivos, sus búsquedas, sus caracteres. Si cultivamos el amor y el temor de Dios, aborreceremos el menor acercamiento a la impureza.

Mi oración es, oh Señor, unge los ojos de tu pueblo, para que pueda discernir entre el pecado y la santidad, entre la contaminación y la justicia, y salga al fin victorioso.

Ellen G. White.

22 de octubre de 1885

Fortalecimiento del carácter

EGW

"Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con él en gloria." Colosenses 3:1-4.

"Buscad las cosas de arriba", dice el apóstol. ¿Estamos obedeciendo este mandato? ¿Retiramos nuestros afectos de las cosas de la tierra y los ponemos en las cosas eternas, que pertenecen al reino de Dios? No hagamos caso omiso de estas palabras, no sea que sigamos nuestros propios caminos, alentándonos en malos pensamientos y acciones desagradables, que nos separan de Dios, y nos colocan en el terreno del enemigo, sujetos a su control.

"Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios". El carácter del verdadero cristiano será coherente, manso, alegre, fragante de buenas obras, y tan resuelto que el pecado no encontrará sanción en el corazón ni en las palabras y los actos. La paz de Cristo, que reina en el corazón del cristiano ferviente y trabajador, al mismo tiempo que elevará y refinará el gusto y santificará el juicio, se reflejará en los demás y los ayudará en el camino ascendente. Tal será el carácter de los que han "resucitado con Cristo" y buscan "las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios".

Pero ninguno de nosotros es perfecto. Sólo somos aprendices en la escuela de Cristo. Si con mente libre de prejuicios y corazón humilde escudriñamos cuidadosamente las Escrituras, encontraremos mucho que condenar en nuestras vidas y caracteres, mucho que necesita ser remediado. Pero en esa palabra se señala plenamente el camino de la vida, para que no haya ningún error. Así explica el apóstol lo que es morir al yo y vivir para Dios:

"Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación, inmundicia, afectos desordenados, mala concupiscencia y avaricia, que es idolatría; por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia; en las cuales también anduvisteis vosotros alguna vez, cuando vivíais en ellas. Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus obras, y revestido del nuevo, el cual se renueva en el conocimiento según la imagen del que lo creó."

"Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de longanimidad; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro; así como Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros." ¡Qué solemnes e importantes son estas palabras! ¿Y qué peso tienen para nosotros? Si alguien ha tenido el hábito de regalárselas a alguien más, espero que ahora las lleve a su propio corazón. Examínate atentamente, lector cristiano, no una vez a la semana, sino todos los días, y comprueba si estás cultivando un espíritu manso, tolerante, sufrido, humilde y dócil, y si así estás produciendo en tu vida los preciosos frutos del Espíritu, que crecen únicamente en el árbol cristiano.

Algunos estarán dispuestos a preguntar: "¿Cómo puedo salir de las preocupaciones en las que me veo envuelto? ¿Cómo podré ser comprendido y apreciado? No confío en la religión ni en la honradez de éste, y aquél me ha hecho mal". Cuidado con pecar contra tus hermanos juzgándolos mal y

hablando mal de ellos. Dios no te ha dado permiso para subirte al tribunal y declarar bueno a uno porque te alaba, te quiere y te favorece, y denunciar a otro porque no es tu amigo particular. Este espíritu egoísta, estrecho e intolerante perjudica a aquellos con quienes te relacionas. No es el espíritu de Cristo, sino de aquel que ha sido desde el principio el acusador de los hermanos. En lugar de juzgar mal a los demás, examina tu propia conducta. Pon la construcción más favorable en las palabras y acciones de otros, y así estarás ejerciendo la misericordia que es propia de aquellos que son los santos y amados de Dios, miembros de la familia real. Buscad la mansedumbre de Cristo. Él sufrió el mal, y no intentó vengarse.

Tal vez algún hijo de Dios sea comisionado para reprenderte por alguna incoherencia en tus palabras o conducta, y en vez de sentirte agradecido por el fiel cumplimiento de un deber realmente desagradable, y de prestar atención a la advertencia dada con amor a tu alma, te apartes con ira. Toda la ira y la malicia de un corazón no dominado pueden ser despertadas, y las aguas sucias vertidas para envenenar las mentes y los corazones de otros. Esto demuestra que no has mortificado tus miembros. "La ira, el enojo, la malicia" no han sido "apagados". No habéis procurado reprimir todo lo que en vuestro carácter es contrario a la palabra de Dios. Satanás se ríe, y los ángeles lloran, porque usted es demasiado orgulloso y obstinado para confesar y abandonar sus faltas.

Las pruebas no pueden evitarse. Cuando lleguen, no te permitas pensar: "Si los que me rodean hicieran lo correcto, sería fácil estar alegre, feliz y contento. Oh, si pudiera llegar a un lugar donde no hubiera irritaciones, donde la vida para mí no estuviera llena de desalientos, y mi temperamento constantemente puesto a prueba. Si pudiera escapar de estas cosas". Puedes escapar de ellas sólo teniendo un corazón nuevo y muriendo al yo. No obtendrás verdaderas victorias mientras permitas que tu temperamento se levante en el momento en que se cruce tu camino; tampoco vencerás huyendo del campo de batalla. El que huye es un cobarde, no un conquistador.

Enfrenta tus pruebas con la fortaleza de Jesús, y sopórtalas. Que la pregunta sea: ¿Cómo puedo soportar las pruebas de Dios? ¿Cómo puedo enfrentar las provocaciones y no perder el dominio propio? Cuando afirmas que no puedes hacer esto, reconoces que tu vida no está escondida en Cristo; que no estás ejemplificando el carácter de tu divino Señor; que el yo no está muerto, sino que está clamando por la supremacía. Tu vida cristiana puede ser victoriosa; pero debes esforzar cada nervio y músculo en la lucha contra el yo y el pecado. No hay liberación en esta guerra, no hay cenador delicioso donde puedas

descansar y dormir; porque tu astuto enemigo obtendría ventajas que resultarían en pérdida eterna.

Cuando hayas hecho todo lo que puedas de tu parte, puedes pedir ayuda con fe al Capitán de tu salvación, y él traerá la ayuda divina para que se combine con el esfuerzo humano; y él atará sobre tu frente los laureles del vencedor, tal como si tú mismo hubieras forjado la victoria. Y recuerda, es el vencedor el que entra por los portales del reino de gloria; es el vencedor el que lleva la corona de la vida, y está con la multitud bañada en sangre alrededor del gran trono blanco.

Nuestro trabajo aquí es el de edificar el carácter; y que cada uno construya sobre su propia casa. Se nos ha concedido generosamente tiempo para esta obra; y día a día, ladrillo a ladrillo, la estructura se va levantando. Que no sea defectuosa ni deforme, sino que sea simétrica y hermosa, fuerte para resistir el frío y el calor, la tormenta y el sol.

En la sabia providencia de Dios, los obstáculos son permitidos, sí, ordenados, como medio de disciplina, y para infundirnos la determinación de no dejarnos vencer por las circunstancias. La vida de Cristo es nuestro ejemplo. ¿Buscó él la comodidad y la autocomplacencia? Fue "varón de dolores y experimentado en quebranto". Sin embargo, su corazón estaba tan lleno de amor e interés por los demás, que no pensaba, no planeaba, no vivía para sí mismo. Vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido, y dejó a sus seguidores para que llevaran a cabo esta obra en su nombre. Pero nadie puede llevar a otro hacia el cielo; cada uno debe recorrer el áspero camino que Jesús ha recorrido antes que él, y que él ha iluminado con su presencia.

No debemos pensar que podemos esperar a llegar al Cielo para perfeccionar caracteres puros, castos y hermosos. El cristiano será semejante a Cristo aquí. Hay diversidad entre nosotros. Cada uno de nosotros tiene rasgos de carácter, gustos, dones y capacidades peculiares, todos los cuales han sido establecidos o modificados por la educación y el hábito. Pero por la gracia de Cristo todas estas características variadas pueden armonizarse con la voluntad de Dios.

En nuestra primera experiencia, un hermano canoso, dando su testimonio en una reunión social, expresó el temor de ser vencido por la tentación, y renunciar a la fe una vez dada a los santos. Dijo: "No puedo permitirme perder la vida eterna. Qué no daría por saber que nunca caeré!".

Una semana después, cuando se levantó para hablar en la reunión social, su rostro estaba resplandeciente con la luz y la paz del Cielo. "Hermanos",

exclamó, "he encontrado una regla segura para el éxito en el camino cristiano. La leeréis en 2 Pedro 1:5-7: "Poniendo toda diligencia, añadid a vuestra fe virtud; y a la virtud, ciencia; y a la ciencia, templanza; y a la templanza, paciencia; y a la paciencia, piedad; y a la piedad, fraternidad; y a la fraternidad, caridad". Debemos subir esta escalera, vuelta tras vuelta, recordando que Dios está por encima de ella, dispuesto a ayudarnos en nuestros esfuerzos. Debemos vivir según el plan de la adición, y Dios ha prometido que nos multiplicará su gracia". Luego, con seriedad y entusiasmo, añadió: "Comencemos hoy a subir la escalera de Pedro, sin mirar atrás; porque tenemos la palabra del apóstol inspirado de que si hacemos estas cosas nunca caeremos, sino que se nos concederá una entrada abundante en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador."

Este hermano continuó siguiendo la excelente regla de Pedro para la vida cristiana hasta que terminó su trabajo en la tierra; y ahora duerme en Jesús, esperando la mañana de la resurrección.

¿Seremos diligentes para asegurar nuestra vocación y elección? ¿Subiremos pacientemente la escalera del progreso cristiano, hasta que desde el último peldaño entremos en el reino de nuestro Señor Jesucristo? Podemos llegar a ser puros y santos. Podemos llegar a ser más preciosos que el oro fino, incluso la cuña de oro de Ofir. Y qué alegría será oír de labios de Jesús la dulce bendición: "Bien, buen siervo y fiel". Qué victoria ser de esa compañía de la que habla Juan: "Respondió uno de los ancianos, diciéndome: ¿Qué son éstos que están vestidos de ropas blancas, y de dónde han venido? Y yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que salieron de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono morará en medio de ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, ni el sol brillará sobre ellos, ni calor alguno. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará, y los conducirá a fuentes de aguas vivas; y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos."

29 de octubre de 1885

La prueba de la vida cristiana

EGW

"Por tanto, cualquiera que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre una roca; y

descendió la lluvia, y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos, y azotaron aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre una roca. Y cualquiera que me oye estas palabras, y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió la lluvia, y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu sobre aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina." Mateo 7:24-27.

En este texto se nos presenta algo que debemos hacer individualmente para construir con seguridad, donde la feroz tempestad no barrerá nuestros cimientos. La pregunta seria y ansiosa de cada alma debería ser: ¿Cómo estoy construyendo? ¿Son mis cimientos arena resbaladiza o roca sólida?

Consideremos más detenidamente la lección que Jesús dio en su sermón de la montaña, mientras con gran claridad y fuerza sus palabras caían en los oídos de la multitud que escuchaba. "Entrad por la puerta estrecha", dice; "porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran."

Muchos nos dicen: "Sois demasiado exigentes". Dios no espera que estemos constantemente en guardia para no cometer errores. Él es demasiado bueno para hacernos responsables de nuestro proceder día a día". Pero hemos de recordar que el camino de la perdición es ancho, mientras que el camino de la vida eterna es estrecho y angosto. Escucha de nuevo las palabras del gran Maestro: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces". Esto nos muestra que debemos estar vigilantes por todas partes, no sea que nos equivoquemos de camino. Debemos tener cuidado de no escuchar a los agentes del gran adversario, que guiarían nuestros pies por senderos prohibidos, como nuestros primeros padres fueron llevados a la transgresión.

Nuestro Señor no nos deja en la oscuridad sobre en quién confiar. He aquí la regla para decidir: "Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol corrompido da frutos malos". He aquí la prueba con que se ha de juzgar a todo hombre que pretenda ser maestro y guía del pueblo. Y ahora escuchen su sorprendente denuncia de aquellos maestros que hacen grandes pretensiones de piedad, mientras que sus obras no corresponden con su profesión: "Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego". ¿Sus elevadas pretensiones prueban que son cristianos genuinos y guías confiables? En

absoluto. Debemos examinar cuidadosamente la vida y el carácter, las palabras y los hechos.

Jesús está protegiendo a sus oyentes de engaños que pondrían en peligro sus almas; y les advierte que tengan cuidado con los falsos maestros, que son lobos disfrazados de ovejas. Él quiere que todos aquellos por quienes su preciosa sangre es un rescate, estén constantemente en guardia, comparando las pretensiones de cada hombre con la gran norma de justicia. La pregunta es: "¿Qué dicen las Escrituras?". Los labios humanos pueden proferir cosas perversas, doctrinas mentirosas que no tienen fundamento en la palabra de Dios, y las almas pueden ser sinceras al aceptar estas doctrinas erróneas; pero ¿su sinceridad las salvará del resultado seguro y desastroso? La Biblia es la norma de la verdad y la santidad. Si vivieran cuidadosamente y en oración según esta palabra, no serían engañados.

Las palabras de Jesús están llenas de un significado terrible: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos". Esa voluntad se da a conocer en su ley, que es el fundamento de su gobierno en el Cielo y en la tierra. Los que obedecen alegremente esa ley están haciendo la voluntad de Dios.

La lección continúa: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad". Aquí se llama la atención a una clase que está activamente comprometida en la obra religiosa, haciendo grandes pretensiones al favor de Dios, mientras que todo el tiempo están sirviendo al gran adversario de las almas. Transgreden la ley de Dios y enseñan a otros a transgredirla también. Así son celosos obreros de iniquidad, mientras afirman que Cristo es su Señor, y profesan hacer grandes obras en su nombre.

"Por tanto, cualquiera que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca". "Y cualquiera que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será semejante a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena."

Aquí hay dos casas. Una está construida sobre una roca, y es casi inaccesible; la otra está sobre el terreno llano, en un lugar mucho más agradable. Al observador irreflexivo le parece que el hombre que construyó su casa sobre la roca escarpada era raro y necio, mientras que el que construyó en la llanura baja y llana es considerado sabio y prudente. Pero llega la tormenta. Los vientos

soplan y las tempestades azotan estas casas. ¿Y cuál es el resultado? La hermosa casa de la llanura es derribada y yace en la playa, como una ruina inútil, mientras que la otra, encaramada en la alta roca, se mantiene firme, impasible ante la tormenta y la inundación.

Jesús comparó al hombre que escucha y obedece sus palabras con el que construyó su casa sobre una roca. Pueden venir las inundaciones de la tentación y azotar las tempestades de la prueba; pero él permanece inmovible, porque su fundamento es seguro. Pero el hombre que construyó su casa sobre la arena, donde no tenía cimientos firmes, sino que pronto fue socavada y derribada, representa adecuadamente al que oye las palabras de Cristo y no las tiene en cuenta. ¿Dejaremos que esta lección impresione nuestros corazones e influya en la formación de nuestro carácter? ¿Plantaremos nuestros pies sobre la verdad de Dios, el fundamento seguro, o confiaremos en doctrinas erróneas, que no son más que arena movediza? La santidad y el pecado se oponen entre sí. "El pecado es la transgresión de la ley"; por lo tanto, los "hacedores de la palabra" no son los que anulan la ley de Dios. "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad". La bendición se pronuncia sobre los que obedecen, no sobre los que transgreden, la santa ley de Dios.

En todas partes se presentará el error como verdad; y a menos que tengamos una conexión viva con Dios, y seamos diligentes en escudriñar las Escrituras, hay peligro de ser engañados. Por todas partes se oirán voces que digan: "Ven con nosotros; nosotros tenemos la verdad". Jesús es el verdadero Pastor. Sus ovejas oyen su voz y le siguen; pero "a un extraño no seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños". Pero, a menos que estemos siempre en guardia, existe el peligro constante de escuchar voces extrañas.

El Señor ordenó a Adán en el Edén: "Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás", "porque el día que de él comas, ciertamente morirás". Pero se oyó otra voz que decía: "No moriréis". Esta voz extraña puso a prueba a Adán y Eva, y probó su lealtad. Tenían la oportunidad de demostrar si obedecerían a Dios, o desoírían su palabra y aceptarían la del engañador que venía a destruirlos.

El Señor no probó a Adán y Eva en un asunto grande. La prueba que se les dio fue la más pequeña que se pudo haber ideado. Si hubiera sido una prueba grande, entonces los hombres y las mujeres cuyos corazones se inclinan al mal se excusarían diciendo: "Esto es un asunto trivial, y Dios no es tan particular acerca de las cosas pequeñas", y habría transgresión constante en cosas

consideradas pequeñas, y que pasan sin reproche entre los hombres. Pero el Señor ha hecho muy evidente que el pecado, en cualquier grado, es ofensivo para él.

A Eva le pareció poca cosa desobedecer a Dios probando el fruto del árbol prohibido, y tentar a su marido a transgredir también; pero su pecado abrió la compuerta del infortunio sobre el mundo. Y su posteridad habría permanecido en la esclavitud sin esperanza del pecado, si Cristo no se hubiera apiadado de ellos. Dejó su trono en los atrios del Cielo; se despojó de su manto real, revistió su divinidad de humanidad, y vino a nuestro mundo todo abrasado y estropeado por la maldición, para llegar a los hombres allí donde estaban. Descendió peldaño a peldaño en la humillación, para llegar hasta lo más profundo de la aflicción humana, donde el hombre se había hundido por su transgresión de la ley, mientras con su brazo divino agarraba al Infinito, conectando así al hombre con Dios, y la tierra con el Cielo. Este gran sacrificio no se hizo para verificar las palabras de Satanás salvando al hombre en sus transgresiones. El designio no era suprimir y dejar sin efecto la ley de Dios, sino dar al hombre otra prueba, otra oportunidad de probar su lealtad al Dios del Cielo.

"Por la ley es el conocimiento del pecado". La ley es el gran espejo en el que el hombre debe mirarse para discernir los defectos de su carácter. Si rehúsa consultar este detector divinamente designado, y conocer así su verdadero estado, ¿podemos sorprendernos de que se jacte orgullosamente de la perfección? Debe ver su carácter a la luz de la ley de Dios. Debe tener un corazón nuevo, puro, amoroso y obediente. Debe renunciar a la vieja vida de pecado y alejamiento de Dios, y comenzar una nueva vida de obediencia amorosa y confiada. Entonces la paz de Cristo reinará en el corazón y santificará la vida; y la senda por la que transite será el camino trazado para los rescatados del Señor, donde siempre brilla la luz del cielo.

12 de noviembre de 1885

El trabajo es una bendición

EGW

Muchos consideran el trabajo útil como una maldición originada por el enemigo de las almas; pero ésta es una opinión errónea. El trabajo juicioso es indispensable tanto para la felicidad como para la prosperidad de la raza. Dios lo ordenó para el hombre como una bendición, para ocupar su mente, fortalecer su cuerpo y desarrollar sus facultades. La industria hace fuerte al débil, valiente

al tímido, rico al pobre y feliz al desdichado. Adán trabajó en el jardín del Edén, y encontró en la actividad mental y física los mayores placeres de su santa existencia. Cuando, como resultado de su desobediencia, fue expulsado de aquel hermoso hogar, y se vio obligado a luchar con una tierra obstinada para ganarse el pan de cada día, ese mismo trabajo fue un alivio para su pena y remordimiento, una salvaguardia contra la tentación.

La ociosidad es una de las mayores maldiciones que pueden caer sobre el hombre, porque el vicio y el crimen la acompañan. Satanás nunca tiene más éxito que cuando se acerca a los hombres en sus horas ociosas. Está al acecho con sus tentaciones, listo para sorprender y destruir a aquellos que están desprevenidos, cuyo ocio le da la oportunidad de insinuarse en su favor bajo algún disfraz atractivo.

La mayor maldición que sigue al tren de la riqueza es la idea en boga de que el trabajo es degradante. "He aquí, ésta fue la iniquidad de tu hermana Sodoma: soberbia, saciedad de pan y abundancia de ociosidad había en ella y en sus hijas; ni fortaleció la mano del pobre y del necesitado". Aquí se presentan ante nosotros, en las palabras de la Sagrada Escritura, los terribles resultados de la ociosidad. Fue ésta la causa de la ruina de las ciudades de la llanura. La ociosidad debilita la mente, envilece el alma y pervierte el entendimiento.

Los ricos a menudo se consideran con derecho a la preeminencia entre sus semejantes y en el favor de Dios. Muchos se sienten por encima del trabajo honrado y miran con desprecio a sus vecinos más pobres. A los hijos de los ricos se les enseña que para ser caballeros y damas deben vestir a la moda, evitar todo trabajo útil y rehuir la sociedad de las clases trabajadoras. No se atreven a escandalizar a sus socios de moda poniendo en práctica los talentos que Dios les ha dado. Pero tales ideas de la industria útil están totalmente en desacuerdo con el propósito divino en la creación del hombre. ¿Qué son las posesiones de los más ricos comparadas con la herencia dada al señorial Adán? Sin embargo, Adán no debía estar ocioso. Nuestro omnisapiente Creador, que comprende bien lo que es para la felicidad del hombre, asignó a Adán su trabajo.

El Hijo de Dios honró el trabajo. Aunque era la Majestad del Cielo, eligió su hogar terrenal entre los pobres y humildes, y trabajó para ganarse el pan de cada día en la humilde carpintería de José. Cristo es nuestro ejemplo. Vino a la tierra para enseñarnos a vivir. ¿Es una humillación demasiado grande para nosotros caminar por la senda de la industria útil, donde el Rey de la gloria nos ha marcado el camino?

Dios ordenó el trabajo para el hombre; pero los padres equivocados tratan de mejorar su plan. Muchos envían a sus hijos lejos de las influencias y deberes del hogar, a algún internado o colegio, para obtener una educación. Allí, privados del cuidado de los padres, gastan horas preciosas que deberían dedicarse al estudio útil y al empleo útil, en lecturas novedosas, en diversiones frívolas o en estudiar el adorno de su persona, para poder aventajar a sus compañeros. Por tales afanes descuidan sus deberes para con Dios y sus semejantes.

Esta falsa educación lleva a las jóvenes a considerar la inutilidad, la frivolidad y el desamparo como pruebas de gentileza. No son más que mariposas de moda, que no tienen nada que hacer por el bien de los demás, en casa o en el extranjero. Aquí puede encontrarse el secreto de muchos de los matrimonios infelices, y de los flirteos que terminan en vergüenza, que maldicen nuestro mundo de hoy.

Tanto los jóvenes como las jóvenes manifiestan una triste falta de propósito serio y de independencia moral. Vestirse, fumar, decir tonterías y dar rienda suelta a su pasión por la diversión es el ideal de felicidad, incluso para muchos que profesan ser cristianos. Es doloroso pensar en el tiempo que así se malgasta, en las horas que deberían dedicarse a algún empleo útil, al estudio de las Escrituras o al trabajo activo por Cristo, que son peor que desperdiciadas.

Aquellos que poseen riqueza y tiempo libre, y sin embargo no tienen un objetivo en la vida, no tienen nada que los despierte a la actividad mental o física. Sin embargo, la vida fue dada para un propósito verdadero y santo, y es demasiado preciosa para ser desperdiciada. Hay trabajo que hacer, y no es sólo trabajo físico lo que se requiere. Hay que fortalecer la mente, con todas sus capacidades, y almacenarla con los tesoros de la sabiduría divina. Hay un cielo que ganar; hay almas que salvar; hay batallas que librar. Joven amigo, lector cristiano, puedes venir al frente en la guerra contra las huestes del mal. En la fuerza de Dios puedes hacer una obra buena y noble para el Maestro.

Dios ha querido que todos seamos trabajadores. Nuestras diversas confianzas son proporcionales a nuestras diversas habilidades, y nuestro Creador espera rendimientos correspondientes por los talentos que nos ha confiado. Sobre aquellos cuyas oportunidades y habilidades son mayores recaen las responsabilidades más pesadas. Sobre ellos caerá también la más pesada condenación si son infieles a su confianza. Sin embargo, una gran clase se niega a pensar o actuar por sí misma. No están dispuestos a salir de los viejos surcos del prejuicio y del error; y por su negligencia y perversidad, bloquean el camino

de los que quieren progresar, y ocasionan el exceso de trabajo de los pocos obreros serios y devotos. Éstos fracasan a menudo por falta de ayuda y se hunden bajo su doble carga.

La verdadera gloria y alegría de la vida sólo la encuentran el hombre y la mujer trabajadores. El trabajo trae su propia recompensa, y es dulce el descanso que se compra con la fatiga de un día bien empleado. Pero hay un trabajo autoimpuesto que es totalmente insatisfactorio y perjudicial. Es el que se hace para satisfacer la ambición no santificada de ostentación o notoriedad. El amor a la apariencias o a la posesión lleva a miles de personas a llevar al exceso lo que en sí mismo es lícito, a dedicar toda la fuerza de la mente y del cuerpo a lo que sólo debería ocupar una pequeña parte de su tiempo. Dedicán toda su energía a la adquisición de riquezas u honores; hacen que todos los demás objetos sean secundarios a éste; se esfuerzan incansablemente durante años para lograr su propósito; sin embargo, cuando alcanzan la meta y se aseguran la codiciada recompensa, ésta se convierte en cenizas a su alcance; es una sombra, una ilusión. Han dado su vida por lo que no les aprovecha.

Sin embargo, todas las actividades lícitas pueden seguirse con seguridad, si el espíritu se mantiene libre de esperanzas egoístas y de la contaminación del engaño y la envidia. Son los hombres y mujeres de trabajo, que están dispuestos a soportar sus responsabilidades con valor y esperanza, los que ven algo grande y bueno en la vida. Pero la vida empresarial del cristiano debe estar marcada por la misma pureza que reinaba en el taller del santo Nazareno.

Pacientes obreros, recordad que eran robustos trabajadores a quienes Cristo escogió de entre los pescadores de Galilea para trabajar con él en la obra de la salvación. Y de estos hombres humildes surgió un poder que se sentirá por toda la eternidad.

Los ángeles son trabajadores; son ministros de Dios para los hijos de los hombres. Aquellos espíritus perezosos que esperan un Cielo de inacción serán decepcionados, porque el Creador no ha preparado ningún lugar para la gratificación de la indolencia pecaminosa. Pero a los cansados y agobiados se les promete descanso. Es a los siervos fieles a quienes se da la bienvenida desde sus trabajos al gozo de su Señor. Con alegría se despojarán de sus armaduras y olvidarán el tumulto de la batalla en la paz que será la herencia de los santos.

El camino del trabajador cristiano puede ser duro y estrecho; pero está honrado por las huellas del Redentor, y está a salvo quien sigue ese camino sagrado.

26 de noviembre de 1885

La Biblia, la verdadera prueba

EGW

"La entrada de tus palabras alumbra; da entendimiento a los sencillos".

Es importante para todos saber lo que enseña la Biblia. Como los nobles de Berea, debemos escudriñar las Escrituras cuidadosamente, con oración, para familiarizarnos con las palabras de Dios. No debemos preguntar lo que dice el ministro, la iglesia o algún amigo personal, sino lo que dice el Señor. "A la ley y al testimonio. Si ellos [ministros, iglesias o amigos] no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos."

Mientras se busca la verdad como si fueran tesoros escondidos, la luz de la palabra escrita irrumpe en la mente. Las facultades adormecidas y dormidas se despiertan a una nueva vida y energía, las capacidades limitadas se expanden para comprender la verdad, y se hacen serios esfuerzos para traer a otros a la luz. Entonces, ¿por qué hay tanta ceguera con respecto a las Escrituras? ¿Por qué se tienen ideas, y a veces se enseñan a otros, que son tan vagas e inconsistentes? Es porque el corazón no está en armonía con la palabra revelada; la conciencia ha estado tanto tiempo depravada por prácticas condenadas por esa palabra, que las facultades mentales y morales son incapaces de discernir las cosas espirituales.

Una gran responsabilidad recae sobre los que ministran en palabra y doctrina. Deben tratar a las almas con amabilidad, pero también con fidelidad. Si hablan como embajadores de Dios, se harán eco de las enseñanzas de los profetas y de los apóstoles y, sobre todo, de Cristo mismo. No sólo en el escritorio, sino también fuera de él, deben tratar de inducir a sus oyentes a escudriñar las Escrituras e inculcarles la necesidad de comprender la Palabra por sí mismos.

Que nadie piense que sólo el ministro es capaz de entender las Escrituras. Todo hombre puede tener un conocimiento inteligente de la Palabra de Dios; y el que no se esfuerza por comprenderla corre el peligro de hacer naufragar su fe. Debe estudiarla, comparando Escritura con Escritura. Tal estudio fortalece y agranda la mente. Por medio de él, bajo la guía del Espíritu de Dios, se han desenterrado y sacado a la luz verdades que han estado ocultas durante siglos, enterradas bajo la basura de la superstición y el error.

Muchos no quieren conocer la verdad, porque condena sus prácticas. Las palabras de Cristo son aplicables a ellos: "Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas". No tienen valor moral para obedecer a la verdad cuando ésta les llama a dejar las costumbres y prácticas del mundo. Han decidido que no seguirán las enseñanzas de la Biblia si ello requiere una separación del mundo. Cuando la obediencia a Dios requiere que se vuelvan peculiares en fe y práctica, y que tomen su posición con un pueblo que es distinto del mundo, piensan que la cruz es demasiado pesada para que la levanten. Escuchan la verdad, y se convencen de que es la verdad; pero el mundo ocupa un lugar importante en sus afectos, y se alejan y olvidan la palabra pronunciada.

Los que buscan la salvación deben emprender la obra con comprensión. La palabra de Dios es nuestro libro de texto. Nos dice qué es el pecado y señala el remedio. Cuando el abogado preguntó: "Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna?". Cristo le remitió a la ley. "¿Qué está escrito en la ley?", preguntó; "¿cómo lees?". El apóstol nos dice: "El pecado es la transgresión de la ley". La convicción del pecado es el primer paso de la conversión; y la ley de Dios es el instrumento para convencer al pecador. Es esta santa ley la que descubre la deformidad del carácter, la que revela la mancha de peste del pecado.

Y cuando el hombre es convicto de pecado, cuando se da cuenta de su condición perdida y deshecha, Jesús se revela como un Salvador que perdona el pecado. Por medio de él el pecador puede obtener el perdón, aunque haya faltado tan decididamente a su deber de rendir obediencia a Dios. Pero la salvación nunca se obtiene aboliendo la ley o disminuyendo sus exigencias sagradas.

"Si no hubiera venido y les hubiera hablado", dijo Cristo de los que rechazaron su evangelio, "no hubieran tenido pecado; pero ahora no tienen manto para su pecado". No hay condenación donde no hay luz. Pero Jesús vino como la luz del mundo. Enseñó a los hombres el verdadero objetivo de la vida, los propósitos y principios que subyacen a una vida recta. La adquisición de bienes no es el gran fin de nuestro ser. Tenemos individualmente un trabajo que hacer para colocarnos en relaciones correctas con Dios, para bendecir a otros, y para ganar almas para Cristo. Hay verdadera nobleza y dignidad en este servicio. Las riquezas no son duraderas; a menudo desaparecen en un momento. Pero el tesoro en el cielo, que el obrero temeroso de Dios está acumulando, perdurará por toda la eternidad. Será para su poseedor riqueza y gozo en la vida futura, cuando la riqueza, la fama y los honores mundanos hayan perecido.

Justo antes de su crucifixión, Jesús oró por sus discípulos: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad". Pero los que aman la verdad, y se aferran a sus Biblias, tendrán que afrontar pruebas y persecuciones. En todas las épocas los defensores de la fe se han dado cuenta de la verdad de las palabras del apóstol: "Todos los que vivan piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución". Pero siempre ha habido algunos que han permanecido incommovibles en su adhesión a los principios, y se han negado a ceder en su fe para salvar sus vidas. Los primeros reformadores pertenecían a este grupo. Cuando se les instaba a aceptar la tradición y los mandamientos de los hombres en lugar de la palabra de Dios, estos hombres, agarrando firmemente sus Biblias, replicaban: "Aquí está el fundamento de nuestra fe. Muéstrannos por la Biblia que estamos en un error, y renunciaremos voluntariamente a nuestras doctrinas". Pero sus enemigos sabían que si la Biblia decidía el asunto, serían condenados; porque no tenían un claro "Así dice el Señor" para las doctrinas que sostenían. Por lo tanto, se negaron a someter sus opiniones a la prueba de la palabra de Dios, y trataron de arrancar las Escrituras de las manos de los defensores de la fe.

Hay muchos ministros que ahora siguen un curso similar al de los papistas. Cuando se les presenta la verdad, y saben que no pueden probar sus doctrinas con la Biblia, aconsejan a sus congregaciones que no tengan nada que ver con estas nuevas doctrinas; la mejor manera es no hacerles caso. Y toman este camino porque saben que la Biblia condena sus doctrinas y sus prácticas.

Jesús se encontró con tales maestros en su tiempo. Los fariseos pretendían enseñar la palabra de Dios al pueblo; pero en lugar de eso enseñaban sus propios sentimientos y los mandamientos de los hombres. Jesús dijo a los que le sorprendían en sus palabras "Erráis, no conociendo las Escrituras, ni el poder de Dios". Del gran Maestro se reflejaba al mundo una luz firme; pero los prejuicios de los sumos sacerdotes y de los gobernantes se excitaban contra él. Ellos vieron la luz; la evidencia de las Escrituras del Antiguo Testamento de que Jesús era el Cristo era abrumadora. Pero ejercieron su influencia para apartar al pueblo de la verdad; y muchos que creían en las enseñanzas de Cristo no tuvieron el valor, ante los sacerdotes prejuiciosos, ceñudos y santurriones, de reconocer su fe en el despreciado Nazareno.

Dice el salmista: "La entrada de tus palabras alumbrá; da entendimiento a los sencillos". Cuando la luz de la palabra de Dios brilla en el alma, el hombre deja de ser sensible al reproche, a la negligencia o al desprecio. No ambicionará el rango ni el honor mundanos, sino que se convertirá en un aprendiz manso y tranquilo en la escuela de Cristo. Aquellos que son santificados por medio de la

verdad tendrán el valor de permanecer del lado de la verdad y el derecho, sin importar quién se burle o cuán amarga sea la oposición que tengan que enfrentar. Tampoco perderán su recompensa los que así sirvan a Dios. "Serán míos, dice Jehová de los ejércitos, en aquel día en que yo componga mis joyas; y los perdonaré, como el hombre perdona a su propio hijo que le sirve."

3 de diciembre de 1885

Colaboradores de Cristo

EGW

"Porque el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que se había perdido".

Antes de que Cristo viniera al mundo, su hogar estaba en el reino de la gloria, entre seres que nunca habían caído. Ellos le amaban, y él podría haberse quedado allí y regocijarse en su amor. Pero no lo hizo. Abandonó los atrios reales y salió fuera del campamento, cargando con el reproche del pecado. Vino a un mundo todo manchado y abrasado por la maldición para salvar a la oveja perdida; y reunió en su seno divino a todos los que quisieron venir a él. Fue Varón de dolores y experimentado en la aflicción. Él mismo recorrió el escabroso camino de la abnegación, y así nos dio ejemplo. Esta fue la obra de Cristo por nosotros. Si no lo hubiera hecho, habríamos perecido sin esperanza en Dios.

Encontramos aquí un deber que incumbe a todos por igual; ninguno de nosotros está excusado. Aquellos que ven la preciosidad del amor del Salvador cuando colgaba de la cruz, aquellos que comprenden su valor tal como allí se revela, estarán serios; estarán ansiosos por convertirse en colaboradores de Cristo en la búsqueda de los perdidos y los que perecen. No hemos sido puestos aquí simplemente para buscar nuestra propia gratificación. Hay pecadores que salvar, y están a nuestro alrededor.

Es terrible perderse al fin. Una vez, cuando estaba en mi casa de Battle Creek, Michigan, un grito amargo resonó en toda la casa. Me apresuré a ver qué sucedía y descubrí que uno de mis hijos se estaba ahogando. Cuando lo rescataron del agua, y su cuerpo, aparentemente sin vida, fue depositado en su pequeña cuna, recuerdo que permanecí de pie junto a él durante tres cuartos de hora, trabajando por aquel pequeño cuya vida temblaba en la balanza. Los que me rodeaban pensaban que mis esfuerzos eran en vano; sin embargo, seguí trabajando hasta que aquella pequeña vida me fue devuelta.

Aquella noche, cuando el niño que había resucitado yacía sobre mi pecho y yo me regocijaba en mi corazón de que se me hubiera salvado, aunque todavía se encontraba en un estado muy precario, las campanas repicaron con fuerza y un grito agudo se oyó en el aire tranquilo de la noche: "¡Perdido, perdido! Entonces pensé en cómo el pequeño que Dios me había dado había estado a punto de perderse, en el lugar vacante que habría quedado en la cunita de mimbre junto a mi cama; y la palabra "perdido" volvió a mí con una fuerza y un significado que nunca antes había tenido.

Nunca olvidaré los incidentes de aquella noche. Era sólo una pequeña vida la que estaba en juego, pero parecía como si toda la ciudad de Battle Creek se hubiera movilizado para salir en busca del niño perdido. Las luces brillaban por todas partes. Destellaban por las calles, a lo largo de la orilla del río y por los bosques adyacentes, y resonaba el grito: "¡Se ha perdido un niño! Se ha perdido un niño!" Tras una larga búsqueda, se oyó un grito: "¡Se ha encontrado al niño!".

Sí, el niño había sido encontrado; pero podía extraviarse en el camino de la vida y perderse al fin. Sabía también que la muerte podía llegar al pequeño que me había sido salvado, y que si vivía, tendría que enfrentarse a los males de esta vida y luchar contra ellos. Y mi pensamiento era: ¿Se perderá finalmente este niño, cuya vida aprecio tanto, o se salvará para alabar a Dios para siempre en su reino?

Aquella noche no hubo sueño para mis ojos. Pensé en las ovejas perdidas que Jesús vino del Cielo a la tierra a buscar y salvar. Pensé en Cristo mientras miraba desde el Cielo a un mundo de pecadores perdidos, perdidos sin esperanza, y en la compasión que lo llevó a dejar su alto y exaltado lugar en el trono de su Padre, y hacer el sacrificio infinito necesario para levantar al hombre de la degradación del pecado, y traerlo de vuelta al redil de Dios.

El pecado de nuestros primeros padres había separado a este mundo del Cielo. Pero Cristo tomó sobre sí nuestras debilidades y pecados. Fue tentado, ridiculizado, acosado por todas partes. Sufrió todos los males, todas las penas y aflicciones de la humanidad, sin murmurar, para dejarnos un ejemplo. Descendió paso a paso por el camino de la humillación, hasta colgar como un criminal en la cruz, para rodear con su brazo derecho de amor infinito a la raza, mientras se aferraba al trono del Poder Infinito, uniendo así la tierra con el Cielo. Esta fue su obra, esta fue su misión en este mundo, y cuán fervoroso fue en sus esfuerzos por buscar y salvar lo que estaba perdido.

Entonces, ¿cuál es nuestra labor como colaboradores de Cristo? Al mirar el campo, me pregunto: ¿Por qué vemos tanta indiferencia, tanta negligencia en la salvación de los demás? ¿Por qué toda la obra de trabajar por las almas se deja en manos del ministro? Dios ha prometido a todos por igual, a cuantos la busquen, la misma redención, el mismo amor, la misma luz. ¿Por qué no nos aferramos con fe viva al poder que él está tan dispuesto a darnos, para que seamos una bendición para los que están perdidos? Nuestros corazones han palpitado de amor ante la sola mención del nombre de Cristo, cuando hemos recordado que nos ha salvado de nuestros pecados. Ahora bien, si todos nosotros fuéramos, como Cristo, a salvar lo que se ha perdido, ¿cómo se verían nuestras obras? ¿No serían muy diferentes de lo que son hoy?

Nuestro primer trabajo es hacer que nuestras familias comprendan su responsabilidad ante Dios. No hay padre ni madre que haya estudiado la Biblia que pueda saber qué curso tomar con los hijos, y cómo refrenarlos. Los padres pueden tener sabiduría de Dios para atar a sus hijos al trono de la misericordia. Además de nuestras familias, debemos tratar de ejercer una influencia para llevar a otros en la dirección correcta, para sacarlos de las tinieblas del error a la preciosa luz de la verdad.

Los peligros de los últimos días nos acechan; y debemos tener un amor tan intenso por las almas por quienes Cristo murió, que no podamos quedarnos en casa. Cuando nuestros corazones rebosen de amor por los pecadores, estaremos ansiosos de salir al campo de la cosecha para trabajar por otros, y trabajaremos como Jesús trabajó. Pero sabemos que hay algunos que no quieren ser disciplinados para trabajar bajo el Capitán de nuestra salvación. Es muy difícil hacerles ver su deber, porque durante mucho tiempo se han salido con la suya. Se ha permitido que sus inclinaciones los gobiernen. Los tales tendrán que dar cuenta de su conducta en el día de Dios. Que los ojos de estos ciegos se abran para ver la responsabilidad que Dios les ha dado.

Todos desean la felicidad, y muchos la buscan de todas las maneras menos de la correcta. Algunos viajan de un lugar a otro en su búsqueda; otros la buscan en una montaña o en un balneario junto al mar; otros van a lugares de diversión; y otros intentan cambiar de empleo. La verdadera felicidad no se encuentra de ninguna de estas maneras, y sin embargo no es difícil de encontrar. Puede conseguirse si tratamos de ayudarnos unos a otros, de llevar las cargas de los demás, cumpliendo así la ley de Cristo.

En el Cielo hay paz y felicidad, y todos esperamos compartirlas. Este es nuestro privilegio. Se nos puede administrar una entrada abundante en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo; pero debemos prepararnos para la sociedad celestial mediante una vida de trabajo desinteresado por los demás. Hay muchos que no comprenden el camino de la vida; ésta es una de las razones por las que no son más los que lo recorren. Hay multitudes que siguen los dictados de un corazón no consagrado y que no saben lo que hacen. Y no debemos pensar que no recae sobre nosotros ninguna responsabilidad. Cada uno de nosotros forma parte de la gran familia humana, y debemos llevar el caso de cada uno a nuestros corazones. Cuanto más se acerquen nuestras vidas a la vida de Cristo, más útiles seremos a los que nos rodean y más felicidad podremos aportar a sus vidas. Estamos llamados a trabajar comprensivamente por la humanidad caída. Y cuando el Hombre de Nazaret "vea los dolores de su alma y se sacie", entraremos en el gozo de nuestro Señor. Pero seamos fieles en el trabajo que se nos ha encomendado, porque sólo se dirá "Bien hecho" a los que lo han hecho bien.

10 de diciembre de 1885

La utilidad cristiana

EGW

"Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo".

Hemos leído relatos de viajeros que escalan montañas. ¡Cuánto cuidado deben tener al pisar! Deben tener un guía a lo largo de la escarpada y peligrosa ascensión, no sea que den un paso en falso y se pierdan. A veces, al pasar por lugares muy peligrosos, se ata a todo el grupo con cuerdas, de modo que si uno resbala, los demás lo sostienen hasta que pueda recuperar el equilibrio. Y así lograron subir la escarpada y peligrosa montaña.

Estamos en camino hacia la ciudad de Dios, y los peligros de los últimos días nos acechan. El camino por el que subimos es estrecho y peligroso, y no queremos dar pasos en falso. En un momento como éste, un guía fiel es tan necesario para nosotros como para los alpinistas, y tal guía se nos proporciona en la palabra de Dios.

En este peligroso viaje debemos ser un apoyo los unos para los otros. No es seguro para ninguno de nosotros permanecer solo. Debemos estar unidos por las cuerdas de la verdad y del amor. Presionemos juntos, sin permitir que nada

debilite los lazos de unión, de modo que si uno resbala y cae, los demás puedan levantarlo. No debemos pensar que no recaerá sobre nosotros ninguna responsabilidad en el caso de nuestro hermano, sino que debemos manifestar siempre el más tierno interés por el bienestar de los demás y procurar ser útiles a los que nos rodean. Estando así unidos, y al gran corazón del Amor Infinito, los poderes de las tinieblas no pueden dañarnos; y cuando las tormentas de la tentación y la persecución se abatan sobre nosotros, no seremos barridos.

Muchos desean dedicarse a la obra misionera, y esto está bien; es nuestro deber hacer lo que podamos por los demás. Pero no piensen, amigos cristianos, que pueden dejar que sus hijos vayan a la destrucción, y sin embargo traer a otros al reino de Dios. Esto no es comenzar en el lugar correcto. La obra debe comenzar en casa, y luego ir a otros. Pero no podemos comenzar la obra en nuestras familias, a menos que primero sometamos nuestros propios corazones a la voluntad de Dios. "Volveos a mí, dice Jehová de los ejércitos, y sanaré vuestras rebeliones". Cada uno de nosotros debe tener una experiencia en las cosas de Dios. Como Josué de antaño, debemos decidir: "En cuanto a mí y a mi casa, serviremos al Señor". Cuando vemos el poder de Dios manifestado en nuestras familias, podemos tomarlo como evidencia de que tendremos ayuda divina para trabajar por otros.

Los niños necesitan orientación. Es cierto que hay algunos que no quieren que se les imponga ninguna restricción. No quieren que nadie les diga que deben hacer tal o cual cosa. Pero se les debe enseñar la lección de la obediencia perfecta. Cuando no son llamados por el deber, deben estar en casa, bajo el techo paterno. Cuando, con nuestros hijos, vamos a la casa de Dios, deben tomar asiento a nuestro lado; y cuando el servicio termina, deben regresar con nosotros a nuestros hogares.

Padres, agonizad con Dios en favor de vuestros hijos. Si tenéis a Cristo en vuestros corazones y en vuestros hogares, no ejerceréis influencia para apartar a otros del camino de la justicia. No dejaréis, como Elí, que vuestros hijos sigan en el pecado hasta que la levadura haya atravesado el campamento de Israel, mientras sentís que vuestros queridos están más o menos bien. ¿Cómo podéis esperar la presencia divina en vuestros hogares, si seguís el camino que siguió Elí? Es el bajar el listón de la piedad lo que nos priva de la bendición de Dios; y, sin embargo, su bendición vale más que la cuña de oro y el vestido de Babilonia, por los que tan a menudo se troca.

Hay una duda y un temor que no nacen del Cielo; es incredulidad. Las personas afectadas por ella van de un lado a otro, hasta que se confunden y no saben cuándo tienen razón y cuándo están equivocadas. Pequeñas cosas se apoderan de sus mentes, y las mantienen en una constante fiebre e inquietud. Algún asunto que no les pertenece atrae su atención, y no dejan de agitarlo, como si fuera el asunto más importante a considerar. Si estas personas manifestaran toda esta seriedad y celo para dar el golpe donde tanto se necesita, su conducta sería encomiable; pero descuidan los asuntos de mayor peso, los deberes del corazón y del hogar. Cuando se trata de ser un verdadero cristiano, uno que cumple con su deber todos los días y soporta las pruebas sin quejarse, estas personas no saben nada al respecto.

No está lejos el tiempo en que Satanás descenderá con gran poder, y obrará señales maravillosas y grandes milagros; y con sus engaños barrerá a todo el que no se apoye en la roca de la verdad eterna. Dios nos está probando incluso ahora. Vemos a algunos que dicen ser seguidores de Cristo haciendo milagros; pero ¿guardan los mandamientos de Dios? Iremos a la palabra inspirada, y probaremos a cada uno de ellos. "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". Cuando los jóvenes salgan de nuestras escuelas, tendrán que encontrarse con estas personas; y queremos que estén firmemente establecidos en la verdad. Queremos que tengan una formación que los prepare para resistir el error, y que guíe sus pies por el camino angosto y ascendente.

Y al salir al mundo, querida juventud, recuerda que has de buscar y salvar lo que estaba perdido. Cuán preciosas son las almas por las que Cristo murió; pero ¿dónde está el amor por los pecadores que él manifestó? ¿Quién irá y traerá de vuelta a aquellos cuyos pies se han desviado del camino recto? ¿Y dónde está el regocijo por la oveja perdida que ha sido encontrada y llevada de nuevo al redil?

Hoy en día se hace muy poco de este trabajo. Si se hiciera más, habría más orden y armonía en nuestras iglesias. Para hacer este trabajo, debemos conectarnos con Cristo, asirnos del Poder Infinito, y ser verdaderos cristianos en casa. Pero nadie debe sentirse con derecho a la vida eterna por haber entregado a Dios su dinero, su educación, o incluso a sí mismo; porque todo era suyo antes, y sólo le ha devuelto lo suyo. Por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, nos enriqueciéramos. Nos ha confiado su capacidad; nos ha dado todas las cosas gratuitamente; y espera que sus dones le sean devueltos con usura.

Si apreciáramos como deberíamos lo que Cristo ha hecho por nosotros, lo que hacemos por él no lo haríamos de mala gana. He aquí el medio que se nos ha confiado. Nuestro Salvador nos dice: "Proveeos de bolsas que no se envejezcan" Estas "bolsas que no se envejecen" son los tesoros del Cielo. ¿Estamos poniendo nuestros medios en ellos? ¿Estamos reduciendo o aumentando nuestras posesiones terrenales? Si vendemos una granja ahora y otra después, y ponemos el producto en el banco del Cielo, tal vez no podamos embellecer nuestras casas tan elaboradamente, pero no será como poner dinero en los bancos de esta tierra. Tendremos un tesoro "que no se agota", y será algo por lo que alegrarnos cuando lleguemos al Cielo.

Pero alguien dirá: "Supongamos que doy todo lo que tengo, y entonces me vuelvo dependiente de otros. Se diría: Ese hombre fue un necio al hacer lo que hizo; ¿y qué haremos entonces? Así no hablaba la Majestad del Cielo. Él no contó el costo de salvar a los pecadores. Se hizo varón de dolores y experimentado en quebranto, y no tenía dónde recostar la cabeza, para que tú y [yo] pudiéramos salvarnos. Pero parece que pensamos que si hacemos un pequeño sacrificio, hemos hecho mucho, cuando deberíamos decir con David: "Todo procede de ti, y de lo tuyo te hemos dado."

Amigos cristianos, dejad que vuestros tesoros vayan al otro lado, y que vuestras simpatías se extiendan los unos por los otros y por los pecadores que os rodean. Y queremos que nuestros corazones vayan tras Jesús, la Fuente de aguas vivas, para que podamos contemplar sus encantos incomparables. Yo lo amo, y quiero que tome posesión de mi alma. Podemos permitirnos ser ridiculizados y sufrir por su causa, si podemos tener su bendición con nosotros. ¿Qué son los sufrimientos de esta vida presente, comparados con el eterno peso final de la gloria? "Los sabios resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a muchos, como las estrellas por los siglos de los siglos".

Que Dios nos ayude a enderezar nuestros corazones ante él. Cuando el amor divino transforme el corazón, sacando de él todo lo que es egoísta y codicioso, llevaremos todos nuestros diezmos y ofrendas al almacén del Señor, y él nos derramará una "bendición que no habrá lugar suficiente para recibir." Y dentro de poco, cuando hayamos guardado la verdad hasta el fin, se nos abrirán las puertas de la ciudad celestial, y oiremos la voz de nuestro Salvador que dice: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo."

17 de diciembre de 1885

El descanso del cristiano

EGW

"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

Aquí se revela el secreto del descanso del cristiano. Sólo se encuentra en Cristo. Si poseemos su mansedumbre de espíritu, encontraremos paz y gozo en él. El mundo está lleno de inquietud, pruebas y dificultades. Es tierra de enemigos, y por todas partes nos acosan las tentaciones. "En el mundo", dice Jesús, "tendréis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo", y "mi paz os doy".

Nuestro Salvador representa sus exigencias como un yugo, y la vida cristiana como una carga. Sin embargo, contrastándolas con el cruel poder de Satanás y con las cargas impuestas por el pecado, declara: "Mi yugo es fácil y mi carga ligera". Cuando intentamos vivir la vida de un cristiano, llevar sus responsabilidades y cumplir sus deberes sin Cristo como ayudante, el yugo es mortificante, la carga intolerablemente pesada. Pero Jesús no desea que hagamos esto. Al alma enferma de pecado, cansada y agobiada por su carga de culpa y preocupación, le extiende la amable invitación: "Venid a mí, y yo os haré descansar". "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas".

Muchos profesan venir a Cristo, mientras todavía se aferran a sus propios caminos, que son un yugo doloroso. El egoísmo, la codicia, la ambición, el amor al mundo, o algún otro pecadopreciado, destruyen su paz y su gozo. Están inquietos, impacientes, insatisfechos, sus espíritus se resienten bajo el peso del cuidado y la responsabilidad, todo porque no han hecho una entrega completa a Jesús, y están tratando de llevar su carga sin su ayuda. Si Él estuviera a su lado, el sol de su presencia dispararía todas las nubes; la ayuda de su brazo fuerte aligeraría toda carga.

Cristo se entregó por nosotros, "para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". Sus verdaderos seguidores son distintos del mundo en palabras, en obras y en conducta. Pero muchos tienen tanto miedo de provocar críticas inamistosas o chismes maliciosos que no tienen

el valor moral de actuar por principios. No se atreven a identificarse con los que siguen plenamente a Cristo. Aman al mundo y desean conformarse a sus costumbres y obtener la aprobación de los mundanos. Así se atormentan con preocupaciones y ansiedades innecesarias, y se agobian con pesadas cargas. ¿Por qué no siguen plenamente al Salvador todos los que profesan ser hijos de Dios? ¿Por qué asumen cargas que él no les ha impuesto?

Seríamos mucho más felices y útiles si nuestra vida hogareña y nuestras relaciones sociales se rigieran por los principios de la religión cristiana e ilustraran la mansedumbre y sencillez de Cristo. En vez de esforzarnos por hacer ostentación y despertar admiración y envidia, que parezca que nos esforzamos por conformarnos a la voluntad de Cristo. Que los visitantes vean que tratamos de hacer felices a todos los que nos rodean con nuestra alegría, simpatía y amor.

Mientras nos esforzamos por asegurar la comodidad y la felicidad de nuestros huéspedes, no pasemos por alto nuestra obligación para con Dios. La hora de oración no debe ser descuidada por ninguna consideración. No dediquéis el tiempo a la conversación y al recreo hasta que estéis demasiado cansados para disfrutar de la hora de devoción. Hacer esto es presentar a Dios una ofrenda coja. A una hora temprana de la noche, cuando puedan orar sin prisa y con comprensión, presenten sus súplicas y alcen sus voces en alabanzas felices y agradecidas. Que todos los que visitan a los cristianos vean que la hora de la oración es la más sagrada, la más preciosa y la más feliz del día. Tal ejemplo no carecerá de efecto. Estos momentos de devoción ejercen una influencia refinadora y elevadora sobre todos los que participan en ellos. Pensamientos rectos y deseos nuevos y mejores se despertarán en los corazones de los más descuidados. La hora de oración trae una paz y un descanso agradecidos al espíritu cansado; porque la atmósfera misma de un hogar cristiano es de paz y descanso.

En cada acto el cristiano debe tratar de representar a su Maestro, de hacer que su servicio parezca atractivo. Que nadie haga repulsiva la religión con su persistente melancolía y relatando sus pruebas y sus dificultades, sus abnegaciones y sus sacrificios. Habla menos de estas cosas, amigo cristiano, y más del incomparable amor de Jesús, del Cielo y de sus glorias. No desmientas tu profesión de fe con la impaciencia, la inquietud y el lamento. Que se vea que para ti el amor de Cristo es un motivo permanente; que tu religión no es como una prenda que puedes quitarte y volver a ponerte, según lo exijan las circunstancias, sino un principio, tranquilo, firme, invariable, que gobierna toda tu vida. ¡Ay, que el orgullo, la incredulidad y el egoísmo, como un cáncer

asqueroso, están corroyendo la piedad vital del corazón de muchos que profesan ser cristianos! Cuando sean juzgados según sus obras, cuántos aprenderán, demasiado tarde, que su religión no era más que un reluciente engaño, no reconocido por el Redentor del mundo.

Cualquiera que sea tu suerte en la vida, recuerda que estás al servicio de Cristo, y manifiesta un espíritu contento y agradecido. Cualquiera que sea tu carga o tu cruz, levántala en el nombre de Jesús; llévala con su fuerza. Él dice que el yugo es fácil y la carga ligera; y yo le creo, porque he comprobado la verdad de sus palabras. Se han hecho todas las provisiones para nosotros a un costo infinito, para que podamos tener la bendición del Cielo en nuestra vida diaria. Podemos caminar en la luz del sol de la presencia divina, y tejer en nuestros caracteres los hilos de oro de la tolerancia y del amor, de la gratitud y de la paz. Así estaremos reflejando la luz del Cielo en medio de todas las preocupaciones e irritaciones que nos llegan día a día.

Sólo mediante un esfuerzo serio y perseverante, ayudado por la gracia de Dios, podemos alcanzar esta altura de excelencia moral. Pero ésta es la religión que es la luz del mundo. La Iglesia se está debilitando por falta de miembros consagrados, que sientan que no son suyos; que su tiempo, sus talentos, sus energías, pertenecen a Cristo; que Él los ha comprado con su sangre, y está suplicando por ellos en el santuario de lo alto. Hay muchos que nunca han sentido la necesidad de dominarse a sí mismos y de vencer los malos temperamentos. Albergan amargura e ira en sus corazones, y estos rasgos malignos contaminan el alma. Así niegan a Cristo y oscurecen el camino de los demás. Nadie será excusado por la exhibición de temperamentos incontrolables; miles se perderán el Cielo por su falta de dominio propio.

No debemos dejar que nada, pequeño o grande, nos desequilibre. Nueve décimas partes de las pruebas y perplejidades por las que tantos se preocupan son imaginarias, o provocadas por su propio mal proceder. Deberían dejar de hablar de estas pruebas y de magnificarlas. El cristiano puede encomendar a Dios toda preocupación, toda perturbación. Nada es demasiado pequeño para que nuestro compasivo Salvador lo note; nada es demasiado grande para que lo lleve. Entonces pongamos en orden nuestros corazones y nuestros hogares; enseñemos a nuestros hijos que el temor del Señor es el principio de la sabiduría; y expresemos, mediante una vida alegre, feliz y bien ordenada, nuestra gratitud y amor a Aquel "que nos da ricamente todas las cosas para gozar". Pero, sobre todas las cosas, fijemos nuestros pensamientos y los afectos de nuestros

corazones en el amado Salvador que sufrió por el hombre culpable, y así nos abrió el Cielo.

El amor a Jesús no puede ocultarse, sino que se hará ver y sentir. Ejerce un poder maravilloso. Hace audaz al tímido, diligente al perezoso, sabio al ignorante. Hace elocuente la lengua tartamuda, y despierta el intelecto adormecido a una nueva vida y vigor. Vuelve esperanzado al abatido, alegre al sombrío. El amor a Cristo llevará a su poseedor a aceptar responsabilidades y preocupaciones por su causa, y a soportarlas con su fuerza. El amor a Cristo no se dejará abatir por las tribulaciones, ni se apartará del deber por los reproches. Y el alma que no está imbuida de este amor a Jesús no es de los suyos.

La paz en Cristo vale más que todos los tesoros de la tierra. Entonces abramos nuestros corazones a los brillantes rayos del Sol de Justicia. Busquemos al Señor con todo el corazón, y aprendamos de Cristo a ser mansos y humildes, para que podamos encontrar el descanso del alma. Trabajemos alegre y gozosamente al servicio de nuestro Maestro, recordando que tanto la conducta como las palabras del cristiano deben ser tales que despierten en el corazón del pecador el deseo de acercarse a la Fuente de la vida.

Sigamos adelante, pues aspiramos a una corona inmortal. Seamos diligentes para asegurar nuestro llamamiento y elección. Un profesor perezoso y lánguido nunca se asegurará la entrada en el reino de Dios. Desde la cruz hasta la corona hay un trabajo serio que hacer. Hay una lucha contra el pecado innato; hay una guerra contra el mal exterior. Pero al final triunfaremos, si no nos cansamos de hacer el bien. Las puertas del cielo se abrirán para todo aquel que haga lo mejor por Dios y por sus semejantes.

7 de enero de 1886

Vigilancia y oración

EGW

"Mirad por vosotros mismos, no sea que en cualquier momento sus corazones se sobrecargan con el exceso, y la embriaguez, y los cuidados de esta vida, y así ese día venga sobre vosotros sin avisar. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, y orad siempre, para que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre." Lucas 21:34-36.

En el lenguaje solemne de esta escritura, se señala un deber que está en el camino diario de cada uno, ya sea viejo o joven. Este es el deber de la vigilancia, y de nuestra fidelidad aquí depende nuestro destino para el tiempo y para la eternidad.

Vivimos en una época importante. Cuando en 1844 se proclamó el mensaje: "Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado", ese anuncio conmovió a todas las almas hasta lo más profundo. Una profunda solemnidad se apoderó de todos los que lo oyeron. Cuán ansiosos estábamos de mostrar nuestra fe con nuestras obras, y de que nuestras palabras y acciones causaran una impresión favorable en el mundo. Han pasado más de cuarenta años desde entonces, y estamos mucho más cerca de la conclusión del Juicio y de la venida del Hijo del Hombre: "más cerca del gran trono blanco, más cerca del mar de cristal".

Hoy los ángeles vigilan el desarrollo del carácter; y pronto nuestras vidas tendrán que pasar revista ante Dios. Pronto seremos pesados en la balanza del santuario, y sobre nuestros nombres se registrará el juicio emitido. Y recibiremos el don supremo de la vida eterna o seremos castigados con la destrucción eterna de la presencia del Señor. Puede que no estemos dispuestos a examinarnos de cerca ahora para ver cuál es nuestra condición espiritual, y si nuestros corazones están siendo adecuadamente impresionados por el mensaje de prueba de la verdad; pero eso no hará ninguna diferencia con la obra del Juicio. Sus decisiones se tomarán de la misma manera; y cuando el "Hijo del hombre venga en la gloria de su Padre con sus ángeles", "pagará a cada uno según sus obras".

"Mirad por vosotros mismos, no sea que en algún momento vuestros corazones se sobrecarguen de glotonería y embriaguez, y de los afanes de esta vida, y así aquel día os sobrevenga de improviso". Cuántos hay que están privados de su razón, tan intoxicados con los afanes de esta vida como el borracho con su licor.

Cuántos hay cuyos corazones se duelen hoy bajo su carga de cuidados, y que piensan: "¡Oh, si hubiera alguien que me ayudara a llevar mis cargas!". Pues bien, hay alguien que te ayuda a llevar tu carga; hay descanso para ti que estás cargado. Jesús, el gran Cargador, invita: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". He aquí la promesa del Maestro; pero es con condición. "Llevad mi yugo sobre vosotros", dice, "y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas". "Porque mi yugo es pesado". ¿Es eso lo que dice? No. "Mi yugo es

llevadero, y ligera mi carga". La carga que llevas y que es tan pesada, y que causa tanto cansancio y perplejidad, es tu propia carga. Deseáis cumplir la norma del mundo; y en vuestros ansiosos esfuerzos por gratificar deseos ambiciosos y mundanos, herís vuestras conciencias, y así traéis sobre vosotros la carga adicional del remordimiento. Cuando no queréis distinguiros del mundo, sino que deseáis mezclaros con él de modo que no se vea ninguna diferencia entre vosotros y el mundo, entonces podéis saber que estáis embriagados por los afanes de esta vida. ¡Oh, hay tantos intereses egoístas, tantas cuerdas que nos atan a este mundo! Pero debemos seguir cortando estas cuerdas, y estar en condiciones de esperar a nuestro Señor.

El mundo se ha interpuesto entre nuestras almas y Dios. Pero, ¿qué derecho tenemos a permitir que nuestros corazones se sobrecarguen con las preocupaciones de esta vida? ¿Qué derecho tenemos, por nuestra devoción al mundo, a descuidar los asuntos de la iglesia y los intereses de nuestros semejantes? ¿Por qué habríamos de fabricarnos cargas y preocupaciones que Cristo no nos ha impuesto? ¿Por qué habríamos de sufrir, por desconfianza en sus promesas, un cuidado desgastante y ansioso? Él dice: "No os afanéis diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos? "porque vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas".

"Considerad los lirios del campo, cómo crecen. No trabajan ni hilan, y sin embargo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos". La magnificencia de Salomón no podía compararse con la belleza de una de estas florecillas, con sus delicados colores, que el Dios del Cielo había pintado sobre ella con su portentosa habilidad. Aquel que se ha preocupado tanto de las flores del campo, ¿no se preocupará de vuestros cuerpos mortales? ¿No cuidará de que tengáis pan que comer y vestido que poner, oh hombres de poca fe? Y más que todo esto, ¿no os vestirá también con el manto de su propia justicia?

Nuestro Padre celestial tiene mil maneras de proveernos que desconocemos. Pero no estamos exentos de esfuerzo. Aunque podemos confiar en su cuidado constante, no debemos concluir que podemos ser perezosos en lo que nuestras manos encuentran que hacer. Debemos ser "no perezosos en los negocios, fervorosos en espíritu, sirviendo al Señor". "Si alguno no provee para los suyos, y especialmente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un infiel".

Hay una cosa en la que debemos ser profundamente serios, y es en el servicio de Dios. Aquí no hay peligro de tener demasiado celo. Si tan sólo trabajáramos con la vista puesta únicamente en la gloria de Dios, las nieblas se disiparían, y

nuestros puntos de vista sobre el bien y el mal se aclararían. Deberíamos consagrar nuestros bienes. El lenguaje de nuestros corazones sería: "Señor, aquí están los medios de los que me has hecho responsable; ¿qué quieres que haga con ellos?". Y deberíamos hacer senderos rectos para nuestros pies, no sea que por cualquier paso en falso el cojo se desvíe del camino. Todo el esfuerzo de nuestras vidas sería glorificar al Salvador, el Hombre del Calvario, y prepararnos para la vida inmortal.

"Velad, pues, y orad en todo tiempo". Hay gran necesidad de vigilancia, no sólo por nuestro propio bien, sino también por el bien de nuestra influencia sobre los demás. Nuestra influencia es de largo alcance. Podemos pensar que está confinada a nuestros propios hogares; que sólo los miembros de nuestras propias familias saben lo que somos y lo que hacemos. En algunos casos esto puede parecer cierto; pero de alguna manera la influencia de la vida hogareña va más allá del hogar.

¿Y qué aprendemos de esto? Que en nuestros hogares y en todas las relaciones de la vida, debemos ser vigilantes y orantes. Nos incumben deberes solemnes y sagrados. Debemos hablar y andar de tal manera que el Espíritu de Dios esté en nuestros corazones, y su bendición en nuestros hogares. Si tuviéramos más del amor de Dios en nuestros corazones, y su alabanza estuviera más a menudo en nuestros labios, estaríamos mejor preparados para glorificarlo aquí y en el más allá. Pero ¿qué lograrán nuestras palabras si no están respaldadas por una vida santa?

"Velad, pues, y orad en todo tiempo," para que "podáis estar en pie delante del Hijo del hombre," ¡Qué posición para estar en pie delante del mundo, para estar listos y esperando la venida del Señor, para que en su aparición podamos decir: "He aquí, éste es nuestro Dios; le hemos esperado, y él nos salvará."! ¡Qué triunfo será entrar por las puertas en la ciudad de Dios, llevando la palma de la victoria! ¡Qué privilegio tener derecho al árbol de la vida y comer de sus preciosos frutos!

Si queremos participar de la gloriosa recompensa prometida al vencedor, debemos pelear la buena batalla de la fe. Esto es lo que hizo el apóstol Pablo, y dice: "Por lo demás, me está guardada la corona de justicia que el Señor, Juez justo, me dará en aquel día." Seamos del número de los que son "ricos en buenas obras", "preparándose un buen fundamento para el tiempo venidero, a fin de aferrarse a la vida eterna."

14 de enero de 1886

Hogares cristianos

EGW

Nuestro tiempo, nuestras fuerzas y nuestras energías pertenecen a Dios; y si están consagradas a su servicio, nuestra luz brillará. Afectará primero y más fuertemente a aquellos en nuestros propios hogares, que están más íntimamente asociados con nosotros; pero se extenderá más allá del hogar, incluso al "mundo". Para muchos será un sabor de vida para vida; pero hay algunos que rehusarán ver la luz, o caminar en ella. Son de la clase de la que habló nuestro Salvador cuando dijo: "Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas". Los tales están en una posición muy peligrosa; pero su conducta no excusa a ninguno de nosotros de dejar brillar nuestra luz.

Supongamos que el farero apagara sus luces y dijera: "No voy a prestar más atención al faro", porque algún barco ha hecho caso omiso de su faro de advertencia y se ha ido a pique contra las rocas. Pero no lo hace así. Él mantiene sus luces encendidas toda la noche, lanzando sus rayos lejos en la oscuridad, para el beneficio de cada marinero que se acerca al peligroso alcance de las rocas y los bancos de arena. Si algún barco naufragara porque se apagaron las luces, se telegrafiaría por todo el mundo que tal noche, en tal punto, un barco se hizo pedazos contra las rocas porque no había luz en la torre. Pero si algunos barcos naufragan porque no prestan atención a la luz, el farero queda libre de culpa; se les advirtió, pero no hicieron caso.

¿Y si se apagara la luz de la casa? Entonces todos en esa casa estarían en tinieblas; y el resultado sería tan desastroso como si se apagara la luz en la torre del faro. Las almas os miran a vosotros, hermanos cristianos, para ver si estáis embriagados con las preocupaciones de esta vida, o si os estáis preparando para la vida futura e inmortal. Observarán para ver cuál es la influencia de vuestra vida, y si sois verdaderos misioneros en casa, entrenando a vuestros hijos para el Cielo.

El primer deber del cristiano está en el hogar. Padres y madres, vuestra es una gran responsabilidad. Están preparando a sus hijos para la vida o para la muerte; los están entrenando para un lugar permanente aquí en la tierra, para la autogratificación en esta vida, o para la vida inmortal, para alabar a Dios por siempre. ¿Y cuál será? La carga de tu vida debe ser que cada hijo que Dios te

ha confiado reciba el molde divino. Tus hijos deben ser enseñados a controlar sus temperamentos y a cultivar un espíritu amoroso, semejante al de Cristo. Dirigidlos de tal modo que amen el servicio de Dios, que sientan más placer en ir a la casa de culto que a los lugares de diversión. Enséñales que la religión es un principio vivo. Si me hubieran educado con la idea de que la religión es un mero sentimiento, mi vida habría sido inútil. Pero nunca dejo que el sentimiento se interponga entre el Cielo y mi alma. Cualesquiera que sean mis sentimientos, buscaré a Dios al comienzo del día, al mediodía y por la noche, para poder sacar fuerzas de la Fuente viva del poder.

Madres, no tenéis derecho a gastar vuestro tiempo en alborotar, remeter y bordar los vestidos de vuestras hijas para exhibirlos. ¿No se les ha dado su tiempo para un propósito más elevado y noble? ¿No se os ha dado para que lo empleéis en embellecer las mentes de vuestros hijos y en cultivar la belleza de su carácter? ¿No debería emplearlo en aferrarse al Poderoso del Cielo, y pedirle poder y sabiduría para entrenar a sus hijos para un lugar en su reino, para asegurarles una vida que dure tanto como el trono de Jehová?

Pero cuántas madres hay que están tan lejos de Dios que dedican su tiempo a su propia gratificación, y dejan a sus hijos al cuidado de manos no consagradas. O tal vez la madre se sienta en su trabajo noche tras noche, mientras sus hijos se van a la cama sin una oración o un beso de buenas noches. No une sus tiernos corazones a los suyos con las cuerdas del amor, porque está "demasiado ocupada". ¿Y es así como Dios lo quiere? No. Algo le ha quitado la razón a la madre, ¿y qué es? ¿No es el deseo de cumplir las normas del mundo y ajustarse a sus costumbres?

Algunos se preguntarán por qué hablamos tanto de la religión del hogar y de los niños. Es debido a la terrible negligencia de los deberes del hogar por parte de tantos. Como siervos de Dios, padres, sois responsables de los niños confiados a vuestro cuidado. Muchos de ellos están creciendo sin reverencia, creciendo descuidados e irreligiosos, ingratos e impíos.

Si estos niños hubieran sido debidamente educados y disciplinados, si hubieran sido criados en la crianza y amonestación del Señor, los ángeles celestiales estarían en vuestros hogares. Si ustedes fueran verdaderos misioneros en el hogar, ejemplificando en su vida diaria las enseñanzas de la Palabra de Dios, se estarían preparando para un campo más amplio de utilidad, y al mismo tiempo prepararían a sus hijos para estar a su lado, como obreros eficientes en la causa de Dios. Qué impresión causa en la sociedad ver a una familia unida en la obra

y el servicio del Señor. Una familia así es un poderoso discurso en favor de la realidad del cristianismo. Los demás ven que en la familia actúa una influencia que afecta a los hijos, y que el Dios de Abrahán está con ellos. Y lo que tiene una influencia tan poderosa en los hijos se siente más allá del hogar, y afecta otras vidas. Si los hogares de los cristianos profesos tuvieran un molde religioso correcto, ejercerían una poderosa influencia para el bien. Serían en verdad la "luz del mundo".

Un hogar cristiano bien ordenado es un argumento que el infiel no puede resistir. No encuentra lugar para sus cavilaciones. Y los hijos de un hogar así están preparados para enfrentarse a los sofismas de la infidelidad. Han aceptado la Biblia como la base de su fe, y tienen una base firme que no puede ser barrida por la marea del escepticismo.

Dijo Cristo: "Vosotros sois la luz del mundo". Nos ha confiado sus talentos. ¿Qué hacemos con los dones que nos ha confiado? ¿Dejamos brillar nuestra luz usándolos para su gloria y el beneficio de nuestros semejantes, o los usamos para promover nuestros propios intereses egoístas? Muchos los utilizan egoístamente. No parecen darse cuenta de que todos estamos destinados al Juicio Final, y que pronto tendremos que dar cuenta del uso que hemos hecho de las oportunidades que Dios nos ha dado para hacer el bien. Pero ¿qué excusa darán en ese gran día para no usar en la causa de Dios su habilidad, su educación, su tacto, y su perseverancia y celo?

Necesitamos ayuda divina si queremos mantener encendidas nuestras luces. Pero Jesús murió para proporcionarnos esa ayuda. Él extiende la invitación: "Que se aferre a mi fuerza, para que haga las paces conmigo; y hará las paces conmigo". Aférrate al brazo del Poder Infinito; entonces lo encontrarás precioso para tu alma, y todo el Cielo estará a tus órdenes. "Si andamos en luz, como Él está en luz", tendremos la compañía de los santos ángeles. A "Josué" se le dijo: "Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Si anduvieres en mis caminos, y si guardares mi ordenanza", "te daré lugar para que andes entre estos que están junto a ti". ¿Y quiénes son "los que están junto a ti"? Son los ángeles de Dios. Josué debía tener una confianza viva y confiada en Dios todos los días; y entonces los ángeles caminarían con él, y el poder de Dios reposaría sobre él en todas sus labores.

Entonces, amigos cristianos, padres y madres, dejen que su luz se apague, ¡no, nunca! Dejad que vuestro corazón desfallezca o que vuestras manos se cansen, ¡no, nunca! Y pronto se os abrirán los portales de la ciudad celestial, y podréis

presentaros con vuestros hijos ante el trono, diciendo: "Aquí estoy yo, y los hijos que me has dado". Y ¡qué recompensa a la fidelidad será ver a vuestros hijos coronados de vida inmortal en la hermosa ciudad de Dios!

14 de enero de 1886

El Misionero

Una advertencia

EGW

"La tierra de cierto hombre rico produjo en abundancia; y pensó dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde repartir mis frutos? Y dijo: Esto haré: Derribaré mis graneros, y edificaré otros mayores; y allí repartiré todos mis frutos y mis bienes. Y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe y alégrate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche tu alma te será requerida; entonces, ¿de quién serán las cosas que has provisto? Así es el que acumula tesoros para sí, y no es rico para con Dios."

El rico insensato amaba y se servía a sí mismo. Si hubiera amado a Dios supremamente, no habría acumulado tesoros tan grandes que le faltara espacio para repartirlos. Si hubiera usado sus bienes para suplir las necesidades de los pobres, no habría habido necesidad de derribar sus graneros y construir otros mayores. Si hubiera empleado su riqueza como una recompensa que Dios le prestaba para hacer el bien, se habría enriquecido con buenas obras y habría acumulado tesoros en el Cielo. Pero hizo caso omiso de los principios de la ley divina. No amó a Dios por encima de todo, ni a su prójimo como a sí mismo.

Mientras disfrutaba de los dones del Cielo, no reconocía de dónde procedían todas sus posesiones. Permitted que estos beneficios terrenales se apoderaran de su mente y absorbieran sus afectos, de modo que se olvidó del Dador. Reclamó como suyo lo que Dios le había prestado. No elevó agradecimiento alguno a su bondadoso Benefactor. El Maestro que le había confiado riquezas terrenales con las cuales bendecir a sus semejantes y glorificar a su Hacedor, se enojó justamente por su ingratitud.

Esta parábola ilustra el pecado y el peligro de una vida egoísta. Pobres son los devotos de las riquezas. Han malversado los bienes del Señor, han puesto su propio nombre donde debería estar escrito el nombre de Dios, y han robado al

alma su amor y su favor. "Así es el que acumula tesoros para sí, y no es rico para con Dios". Hay un número mayor del que imaginamos que sigue el ejemplo del rico insensato. El culto debido a Dios se da al dinero. Se busca como bien supremo lo que puede satisfacer las facultades terrenas y sensuales. Muchos muestran que no confían en las promesas de Dios, sino que confían en la propiedad para ser felices. Pueden llamarse ricos, pero Dios los llama pobres. Hombres que pretenden reconocer a Dios, lo olvidan y lo repudian. Se apartan del tesoro celestial en busca de placeres y goces mundanos, hasta que se agota la paciencia de Dios, y él dice: "Esta noche tu alma será requerida de ti". "He aquí el hombre que no hizo de Dios su fuerza, sino que confió en la abundancia de sus riquezas".

Estas advertencias son para nosotros, y nos interesa prestarles atención. Deberían repetirse con tanta insistencia y recordarse tan claramente como el Evangelio de la salvación por medio de Cristo. Pero a pesar de que nuestro Señor mismo las dio tan claramente, muy pocos se detienen en estas lecciones, porque perturbarían la complacencia del hombre rico que vive para el disfrute egoísta. Los ministros tienen poco que hacer con estas agudas advertencias. Al pueblo que Dios profesa no se le habla de su peligro. Siguen el ejemplo del rico insensato y se ilusionan con que tienen todo lo que el alma necesita.

Escucha las palabras de tu Redentor: "'Si las riquezas aumentan, no pongas tu corazón en ellas'. Las riquezas son mías. Las he puesto en tus manos para que las emplees sabiamente en mi servicio, para que ayudes a los que sufren, para que las inviertas en abrir el Evangelio a los que están en tinieblas. Las riquezas no deben ser tu confianza, ni tu dios, ni tu salvador".

Los canales para hacer el bien son muchos, y están abiertos de par en par. Tus graneros son grandes, demasiado grandes ya. Si se desbordan, en lugar de construir más grandes, envía tu tesoro al Cielo. Hay viudas que alimentar, huérfanos que tomar bajo la tutela de tu hogar, y compartir tus amplios almacenes; hay almas que perecen por el pan de vida; hay misiones que sostener, casas de reunión que construir. Si la causa de Dios exige una parte, no sólo de tu interés, sino de tu capital, debes devolverle lo suyo. Él os llama a sembrar ahora, para que podáis recoger vuestra cosecha con gozo eterno.

Los dones de Dios aumentan a medida que son impartidos. Vemos esto ilustrado en el caso de la viuda pobre a quien el profeta Eliseo, por un milagro, alivió de sus deudas. Ella sólo tenía una vasija de aceite; pero el profeta le dijo que pidiera prestadas vasijas a sus vecinos, y el aceite vertido de esa única vasija continuó

fluyendo hasta que todas las vasijas se llenaron. El suministro cesó sólo cuando no se trajeron más vasijas para recibirlo. Lo mismo ocurrirá ahora. Mientras dejemos que los dones de Dios fluyan en canales de bien, el Señor suplirá el flujo.

Cristo dice a sus hijos e hijas: "Vosotros sois la luz del mundo". Pero, ¿quién os dio la luz? No la teníais en vosotros de forma natural. Dios es la fuente de la luz; la verdad ha brillado en nuestros corazones, para ser reflejada a los demás. El verdadero amor a Dios producirá amor al hombre. Esto es lo que necesitamos: amor paciente, abnegado, perseverante, inteligente, práctico.

El Señor os ha dado medios, para que, dándoos un uso correcto, podáis desarrollar rasgos buenos y nobles de carácter. Cuando seguís el propósito de vuestros propios corazones egoístas, no sólo estáis apartando vuestros medios de la causa de Dios, sino privándoos de la oportunidad de cultivar principios nobles y desinteresados; y así vuestro propio carácter sufre pérdidas.

El día del juicio está ante nosotros; ¿seremos absueltos o condenados? Vosotros que creéis que el Señor ha de venir pronto, mostraréis vuestra fe por vuestras obras. El Juicio ha de sentarse, los libros han de abrirse, y cada uno recibirá según hayan sido sus obras. Ahora somos árboles en el jardín del Señor, y él dice: "Por sus frutos los conoceréis". Si nuestra fe no nos ha llevado a negarnos a nosotros mismos, a hacer cualquier sacrificio para salvar las almas de nuestros semejantes, no nos salvará.

Cada excusa que los hombres ofrecen para no obedecer los requerimientos de Dios con respecto al uso de su propiedad, es una evidencia de rebelión contra él. El argumento del siervo inútil es el argumento del hombre de hoy, de que el Señor no tiene derecho a exigir que sus siervos empleen su tiempo y su capacidad en ganar dinero para él. Pero Dios no exige de ninguno de nosotros lo que no nos conviene hacer. A muchos les daría vergüenza expresar en palabras la razón que secretamente abrigan para vindicarse a sí mismos y acallar su propia conciencia; pero no por eso dejan de atraer sobre sí la denuncia pronunciada contra el siervo inútil. "Quitadle el talento", oirán muchos oídos renuentes.

¿Qué mal he hecho? puede preguntarse. La respuesta viene, ataste el dinero de tu Señor en grandes graneros, en los cuales otorgar tus bienes. Inmovilizaste tus medios en una buena casa, en costosas alfombras, muebles y cosas bonitas, mientras las almas se dejaban perecer en sus pecados. Enterraste tus talentos porque no amaste a Dios y a su causa ni la mitad de lo que te amaste a ti mismo.

Dios y el hombre perdieron todas las ganancias que tus medios habrían traído si se hubieran empleado correctamente. Hoy el Señor está decepcionado de ti. Él esperaba una preciosa ofrenda de gratitud, pero no se le devuelve su maravilloso amor y su gran sacrificio por ti. ¿De qué tengo que arrepentirme? - De una vida impía, egoísta y complaciente. No has reflejado la luz de un ejemplo piadoso. Dijiste claramente: "Reclamo mi porción como mía".

Espero ver a nuestros hermanos y hermanas mejorando el poco tiempo de prueba que les queda. Hermanos, no os engañéis; Dios no se burla. Las excusas que habéis preparado para el Juicio no resistirán la prueba. Veamos obreros activos, enérgicos, que esperan el regreso de su Señor, y que están dispuestos a presentar los talentos que han negociado, diciendo: Toma, Señor, tus cinco talentos han ganado otros cinco talentos; tus dos talentos han ganado otros dos. ¿Dónde están los obreros temerosos de Dios? Que vengan al frente. Ya viene el Señor. No tenéis tiempo que perder. No hagáis como los habitantes del mundo antediluviano: plantar y construir, comer y beber, casaros y daros en matrimonio, lo mismo que el mundano descuidado. Que los libros del Cielo presenten un registro diferente del que ahora aparece. Apresuraos a redimir el tiempo; haceos bolsas que no envejezcan, un tesoro en los cielos que no se agote.

E. G. White.

21 de enero de 1886

Beneficencia bíblica

EGW

"Honra al Señor con tus bienes y con las primicias de todos tus frutos. Así se llenarán de abundancia tus graneros, y tus lagares rebosarán de mosto." "Hay quien esparce, y sin embargo aumenta; y hay quien retiene más de lo justo, pero tiende a la pobreza. El alma liberal será engordada; y el que riega, él mismo también será regado."

Las promesas a los liberales son muy grandes; y Aquel que las hizo es capaz de cumplir su palabra, pues sus recursos son infinitos. Sin embargo, todas sus promesas se basan en condiciones, y sólo cumpliéndolas podemos esperar obtener la bendición ofrecida. Dios ha confiado sus dones a todos los hombres, pero en distinta medida, según sus diversas capacidades. Estos dones de una Providencia bondadosa han de emplearse sabiamente en el servicio del Dador,

y han de devolverse con intereses en el día del ajuste de cuentas. Aquellos que demuestren ser buenos administradores recibirán en mayor medida, a medida que utilicen sus medios para promover la causa de Dios y bendecir a sus semejantes.

Los hijos de Dios no son como los mundanos, envueltos en tinieblas morales, amándose a sí mismos y buscando tesoros terrenales. Son siempre un "pueblo peculiar, celoso de buenas obras". Seguir las huellas de nuestro Salvador requiere abnegación y sacrificio. Y para ello debemos cultivar un espíritu de beneficencia. El primer gran principio de la ley de Dios es el amor supremo al Creador; el segundo, igual amor al prójimo. "De estos dos mandamientos", dijo Cristo, "penden toda la ley y los profetas".

La experiencia demuestra que el espíritu de benevolencia es más frecuente entre las personas de escasos recursos que entre las más ricas. Muchos que desean grandemente las riquezas se arruinarían por su posesión. Cuando a tales personas se les confían talentos de medios, con demasiada frecuencia atesoran o malgastan el dinero del Señor, hasta que el Maestro les dice individualmente: "Ya no serás mayordomo." Usan deshonestamente lo ajeno como si fuera propio. Dios no les confiará las riquezas eternas.

El clamor de las almas que han sido abandonadas en las tinieblas, y el clamor de la viuda y del huérfano, suben al Cielo como rápido testimonio contra los administradores infieles. Pero el don del pobre, fruto de la abnegación para extender la preciosa luz de la verdad, es como incienso fragante ante Dios. Cada acto de abnegación por el bien de los demás fortalecerá el espíritu de beneficencia en el corazón del donante, uniéndolo más estrechamente al Redentor del mundo, "el cual, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para que nosotros, por su pobreza, fuésemos enriquecidos."

La suma más pequeña dada alegremente como resultado de la abnegación tiene más valor a los ojos de Dios que las ofrendas de aquellos que podrían dar miles y, sin embargo, no sentir ninguna carencia. La pobre viuda que echó dos ácaros en el tesoro del Señor, mostró amor, fe y benevolencia. Dio todo lo que tenía, confiando en el cuidado de Dios para un futuro incierto. Su pequeña ofrenda fue considerada por nuestro Salvador como la más grande que se echó aquel día en el tesoro. Su valor se midió, no por el valor de la moneda, sino por la pureza del motivo que la impulsó. La bendición de Dios sobre esa ofrenda sincera la ha convertido en la fuente de grandes resultados. El ácaro de la viuda ha sido como un pequeño arroyo que fluye a través de los siglos, ensanchándose y

profundizándose en su curso, y contribuyendo en mil direcciones a la extensión de la verdad y al alivio de los necesitados. La influencia de ese pequeño donativo ha actuado y reaccionado sobre miles de corazones en todas las épocas y en todos los países. Como resultado, innumerables donaciones han llegado al tesoro del Señor de los pobres liberales y abnegados. Y, de nuevo, su ejemplo ha estimulado a realizar buenas obras a miles de amantes de la facilidad, egoístas y escépticos, y sus donativos también han ido a engrosar el valor de su ofrenda.

La liberalidad es un deber que no debe descuidarse bajo ningún concepto; pero que ni ricos ni pobres piensen ni por un momento que sus ofrendas a Dios pueden expiar sus defectos de carácter cristiano. Dice el gran apóstol: "Aunque entregue todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y aunque entregue mi cuerpo para ser quemado, y no tenga caridad, de nada me sirve".

Además, expone los frutos de la verdadera caridad: "La caridad es sufrida y benigna; la caridad no tiene envidia; la caridad no se vanagloria de sí misma, no se envanece, no se comporta indecorosamente, no busca lo suyo, no se irrita fácilmente, no piensa el mal; no se goza de la iniquidad, sino que se goza de la verdad; todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad nunca falla". Si queremos ser aceptados como seguidores de Cristo, debemos producir los frutos de su Espíritu; porque nuestro Salvador mismo declara: "Por sus frutos los conoceréis".

Es para cultivar un espíritu de benevolencia en nosotros que el Señor pide nuestros dones y ofrendas. Él no depende de los hombres para sostener su causa. Él declara, por el profeta: "Mía es toda bestia del bosque y el ganado de las mil colinas. Conozco todas las aves de los montes, y las fieras del campo son mías. Si tuviera hambre, no te lo diría; porque mío es el mundo y su plenitud".

El Señor no aceptará nuestras ofrendas si nos negamos a nosotros mismos. Pide lo que es suyo, no sólo los medios que se nos confían, sino todo lo que tenemos y somos, en cuerpo, alma y espíritu; porque todo ha sido comprado al precio infinito de la sangre de Cristo. Dios podría haber hecho de los ángeles los embajadores de su verdad. Podría haber dado a conocer su voluntad, como proclamó la ley desde el Sinaí, con su propia voz. Pero eligió emplear a los hombres para realizar esta obra. Y sólo en la medida en que cumplimos el propósito divino en nuestra creación, la vida puede ser una bendición para nosotros.

La Majestad del Cielo renunció a su alto mando, a su gloria con el Padre, e incluso a su propia vida, para salvarnos. ¿Y ahora qué haremos por él? Dios nos libre de que sus hijos profesos vivan para sí mismos. Hay trabajo que hacer para el Maestro, por nuestros medios y por nuestra influencia. La pretensión de Dios subyace a cualquier otra. Lo primero y lo mejor de todo le pertenece por derecho. Cuando Cristo venga en las nubes del cielo, no necesitará el dinero que nos ha confiado. Es en esta vida cuando exige que todos nuestros talentos sean entregados a los cambistas. En esta vida nos pide que llevemos todos los diezmos al alfolí, y así lo probaremos y veremos si no nos derrama una bendición. Esta proposición la hace el Señor de los ejércitos. ¿Cumpliremos las condiciones y obtendremos así la bendición prometida?

"¿Robará un hombre a Dios? Pues a mí me habéis robado. Pero vosotros decís: ¿En qué te hemos robado? En diezmos y ofrendas". Ha habido una temible retención de Dios y, como resultado, la retirada de su bendición especial. No debemos considerar el diezmo como el límite de nuestra liberalidad. A los judíos se les exigía traer a Dios numerosas ofrendas además del diezmo; y nosotros, que gozamos de las bendiciones del Evangelio, ¿no debemos hacer tanto para sostener la causa de Dios como se hacía en la dispensación anterior, menos favorecida? Como la obra de este tiempo se está extendiendo en la tierra, los pedidos de ayuda aumentan constantemente. Y en vista de esto el Señor nos manda: "Traed todos los diezmos al alfolí, para que haya alimento en mi casa", es decir, un excedente de medios en la tesorería, para que la obra de Dios en sus diversas ramas pueda sostenerse ampliamente.

Así como recibimos continuamente las bendiciones de Dios, así también debemos dar continuamente. Cuando el Benefactor celestial cese de darnos, entonces podremos ser excusados; porque no tendremos nada que otorgar. Dios nunca nos ha dejado sin pruebas de su amor. Nos da lluvia del cielo y estaciones fructíferas, proveyéndonos abundantemente con sus generosidades y llenando nuestros corazones de alegría. Ha declarado que "mientras subsista la tierra, no cesarán la siembra y la cosecha, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche."

Dios nos sostiene en todo momento y nos sostiene con su poder. Él nos da de comer. Nos da un sueño tranquilo y reparador. Semanalmente nos trae el sábado, para que descansemos de nuestros trabajos temporales y le adoremos en su propia casa. Nos ha dado su palabra para que sea lámpara a nuestros pies y luz a nuestro camino. En sus páginas sagradas encontramos los consejos de la sabiduría; y siempre que elevamos nuestros corazones a él en penitencia y fe,

nos concede las bendiciones de su gracia. Por encima de todo está el don infinito del querido Hijo de Dios, a través del cual fluyen todas las demás bendiciones para esta vida y para la venidera.

Ciertamente, la bondad y la misericordia nos acompañan a cada paso. No debemos impacientarnos por dar hasta que deseemos que el Padre Infinito deje de concedernos sus dones. No sólo debemos entregar fielmente a Dios nuestros diezmos, que Él reclama como suyos, sino que debemos llevar un tributo a su tesoro como ofrenda de gratitud. Llevemos a nuestro Creador, con alegría de corazón, las primicias de todas sus bondades, nuestras posesiones más selectas, nuestro mejor y más santo servicio.

28 de enero de 1886

"Predicar la Palabra"

EGW

"Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad", fue la oración de Cristo por sus discípulos. En cada época, Dios ha encomendado a su pueblo alguna verdad especial que se opone directamente a los deseos y propósitos del corazón humano, y que tiende a separar a su iglesia del mundo; y ha sido deber de sus ministros proclamar esta verdad, ya sea que los hombres la escuchen o se abstengan de hacerlo.

Cuando Cristo vino como maestro y guía de la humanidad, le trajo verdades resplandecientes con la luz del Cielo, mostrando en contraste la oscuridad del error, y revelando la superstición, la justicia propia y el fanatismo de aquella época. Su corazón rebosaba de amor por los pobres, los ignorantes, los afligidos y los caídos. Sanaba a los enfermos, consolaba a los abatidos, expulsaba a los demonios, resucitaba a los muertos y predicaba a todos las palabras de la vida eterna. Pero muchos de los que escuchaban al divino Maestro recibían sus palabras con poco favor. Los sacerdotes y ancianos, supuestos expositores de la verdad divina, no enviaban rayos de luz. En su santurronería, se mantenían alejados del pueblo iluminado, que necesitaba instrucción y guía. Cuando Jesús tomó la obra que ellos habían dejado sin hacer, sintieron que su vida era una constante reprensión para ellos, y temieron que apartara de ellos los corazones del pueblo y destruyera su influencia. Estaban llenos de orgullo, amor a la ostentación y deseo de alabanza, y despreciaban la humildad y la abnegación de Jesús. Odiaban la pureza a la vez que temían el poder de sus enseñanzas. Se negaron a aceptarlo ellos mismos, y dedicaron todas sus energías a impedir que

otros creyeran en él. No es de extrañar que lanzara contra ellos la terrible acusación: "Os habéis llevado la llave del conocimiento. Vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis".

No es argumento contra la verdad que haya pocos dispuestos a aceptarla. Pocos aceptaron al Redentor del mundo. Aunque la multitud se agolpaba a su alrededor, ansiosa de recibir bendiciones temporales, él declaró tristemente: "No queréis venir a mí para que tengáis vida". Ahora los hombres no son más favorables a la piedad práctica; buscan con la misma intensidad el bien terrenal, descuidando las riquezas eternas. Y los reformadores del día presente se encontrarán con los mismos desalientos que su Maestro.

De la gente de su tiempo dijo Cristo: "Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y sus oídos se han embotado para oír, y han cerrado sus ojos; no sea que alguna vez vean con sus ojos, y oigan con sus oídos, y entiendan con su corazón, y se conviertan, y yo los sane." Los judíos cerraron voluntariamente sus ojos y sus oídos, y cerraron sus corazones con prejuicios, para no ver un camino mejor y ser despertados de su sueño de seguridad. Los hombres de la generación actual siguen un camino semejante. Nuevas verdades se revelan constantemente; nueva y más clara luz brilla sobre el camino del pueblo de Dios. Pero la gran masa de la humanidad está satisfecha con su condición actual, y no está dispuesta a cambiar el error por la verdad. Pero hemos de ser santificados mediante la obediencia a la verdad. Por falta de esta santificación bíblica, el alma de muchos que profesan ser cristianos se ha convertido en un santuario profanado, el refugio del formalismo vacío, del egoísmo y la hipocresía, del orgullo y la pasión.

Hoy es más difícil llegar al corazón de los hombres que hace veinte años. Se pueden presentar los argumentos más convincentes y, sin embargo, los pecadores parecen estar tan lejos del arrepentimiento como siempre. El trabajo del ministro fiel no es un juego de niños. Se requiere un esfuerzo sincero e incansable para arrancar la presa de Satanás de sus garras. Pero Dios sostendrá a sus siervos en la obra que él mismo ha encomendado a sus manos. Dijo Cristo a sus discípulos, mientras se afanaban en el mar de Galilea: "Seguidme, y os haré pescadores de hombres". Cuando se echa la red del Evangelio, debe haber una vigilia junto a la red, con lágrimas y oraciones fervientes. Que los obreros se decidan a no soltar la red hasta que sea recogida en la orilla, con el fruto de su trabajo. A veces, ciertamente, podemos decir con Pedro: "Hemos trabajado toda la noche, y nada hemos recogido"; pero aun así es el mandato del Maestro,

como antaño: "Echad la red a la derecha de la barca"; trabajad con fe, y Dios dará el éxito.

Cualesquiera que sean las pruebas y dificultades que el embajador de Cristo tenga que afrontar, puede llevarlas todas a Dios en oración. Puede llorar entre el pórtico y el altar, suplicando: "Perdona, Señor, a tu pueblo, y no entregues tu heredad al oprobio". Y mediante el estudio de las Escrituras y la oración ferviente y luchadora, puede llegar a ser "un obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad". Trabajad, pues, mientras dure el día, vosotros que habéis sido llamados a predicar la buena nueva de la salvación por Cristo; porque viene la noche, en la cual nadie puede trabajar. Dios nos ha llamado a trabajar en su viña, y si descuidamos nuestro deber, se perderán almas por nuestra infidelidad.

Aunque los siervos de Cristo puedan, a veces, sentirse casi descorazonados al ver cuántos obstáculos hay en el camino de la vida cristiana, y cuán lentamente parece avanzar la obra de Dios, su deber sigue siendo el mismo. Deben sembrar la semilla de la verdad junto a todas las aguas. En todas sus labores públicas debe verse un esfuerzo constante por promover la piedad personal. No deben predicar sermón tras sermón sólo sobre temas doctrinales. La piedad práctica debe encontrar un lugar en cada discurso, y los discursos deben ser breves y directos.

El ministro no debe limitarse a presentar la verdad desde el escritorio, sino que, como pastor del rebaño, debe cuidar de las ovejas y los corderos, buscar a los perdidos y extraviados y traerlos de vuelta al redil. Debe visitar a todas las familias, no sólo como invitado para disfrutar de su hospitalidad, sino para informarse de la condición espiritual de cada miembro de la familia. Su propia alma debe estar imbuida del amor de Dios; entonces, mediante una amable cortesía, podrá ganarse el corazón de todos y trabajar con éxito en favor de padres e hijos, suplicando, advirtiendo, alentando, según lo exija el caso. Que procure mantener viva a la iglesia y que trabaje con él por la conversión de los pecadores. Esto es buen generalato; y los resultados serán mucho mejores que si el ministro realizara todo el trabajo solo.

Jesús pide a su pueblo: "Adelante". El ministro puede trabajar para el pueblo, pero no puede asumir la responsabilidad que Dios ha depositado en él. Hay logros más altos para nosotros, hay un amor más puro, una experiencia más profunda, si nos consagramos a Dios y humildemente le tomamos la palabra. La razón por la cual no tenemos mayor confianza y gozo, es que no somos

santificados por medio de la obediencia a la verdad. Hay en nosotros un corazón malvado de incredulidad. Nuestro Padre celestial está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que se lo piden que los padres terrenales a dar buenos regalos a sus hijos. Despojémonos, pues, de la pereza espiritual que le deshonra y pone en peligro nuestras propias almas. Si nos acercamos a Dios, Él se acercará a nosotros. No debemos esperar mejores oportunidades, fuertes persuasiones o temperamentos más santos. No podemos hacer nada por nosotros mismos. Debemos confiar en el poder de Jesús para salvarnos. Él nos tiende la corona de la vida, y ¿no la aceptaremos? Acudamos a él tal como somos, y encontraremos en él una ayuda presente en nuestro momento de necesidad.

La dulce sensación de los pecados perdonados, la luz y el amor que sólo Cristo puede dar, llenan el alma de paz y alegría. La seguridad de que estamos bajo la protección de la Omnipotencia imparte valor y confianza, inspira una esperanza que es "como un ancla del alma, segura y firme, y que penetra hasta lo que está dentro del velo". Esta seguridad es una fuente de fuerza desconocida para el mundano o para el profesor poco entusiasta. Mientras contemos con la presencia de nuestro Salvador, las dificultades no pueden consternarnos ni los peligros turbarnos; y estamos dispuestos a cumplir alegremente cualquier deber que Dios nos exija. Si fuéramos tan libres para hablar de las bendiciones que recibimos de Dios como lo somos para hablar de nuestras dudas y desalientos, gozaríamos mucho más de su presencia. Nuestro bondadoso Padre celestial declara: "Quien ofrece alabanzas me glorifica". Alabémosle más, y quejémonos menos; hablemos más del amor y del maravilloso poder de nuestro Redentor, y nos acercaremos más y más a él, a relaciones cada vez más estrechas con aquel en quien se centra nuestra esperanza.

¿No hemos de consagrarnos a Dios sin reservas? Cristo, Rey de gloria, se entregó en rescate por nosotros. ¿Podemos negarle algo? ¿Pensaremos que nuestro pobre e indigno yo es demasiado precioso, que nuestro tiempo o nuestros bienes son demasiado valiosos para dárselos a Jesús? No, no; el homenaje más profundo de nuestros corazones, el servicio más hábil de nuestras manos, nuestros talentos de capacidad y de medios, -todo es demasiado pobre ofrenda para traer a Aquel que fue inmolado, y nos ha redimido para Dios por su sangre "de todo linaje y lengua y pueblo y nación".

28 de enero de 1886

Misioneros a domicilio

EGW

Muchos que profesan ser cristianos están poniendo sobre la piedra fundamental madera, heno y hojarasca, que los fuegos del último día consumirán. Se dedican a trabajos que cansan, trabajos que ocupan horas de oro; pero no son trabajos necesarios. Su tiempo está ocupado, sus energías agotadas, en aquello que no les reportará ningún precioso beneficio ni en esta vida ni en la futura vida inmortal. ¡Qué diferencia se verá cuando el trabajo espiritual ocupe la mente, cuando los talentos se empleen en el servicio de Jesús! La luz que Él nos ha dado brillará entonces en rayos directos y concentrados para los demás. Todo lo que hagamos por Jesús nos permitirá disfrutar mejor de esta vida. ¡Oh, que todos pudieran ver, como yo he visto, la alegría de aquellos que han trabajado lo mejor que han podido, con humildad y mansedumbre, para ayudar a las almas a venir a Jesús! ¡Oh, el gozo que experimentarán los obreros cuando las almas salvadas gracias a ellos expresen su gratitud en las mansiones de arriba! Mientras Cristo será glorificado como el único Redentor, habrá un desbordamiento de gratitud por parte de los salvados por los instrumentos humanos empleados en su salvación. Su gratitud hacia quienes los rescataron se expresará en palabras como éstas: "Yo seguía un camino que era una deshonra y una ofensa a mi Redentor; tú manifestaste amor por mi alma; tú me abriste la palabra de Dios. Estaba al borde de la ruina; tus oraciones, tus súplicas llenas de lágrimas, tu sincero interés, atraieron mi atención. Pensé que debías tener la verdad o no estarías tan interesado en la salvación de los demás. Leí la Palabra de Dios por mí mismo y descubrí que lo que usted me había dicho era la verdad. Estoy salvado, y alabaré a mi Redentor por su incomparable misericordia y amor perdonador".

Los que piensan que pueden hacer poco, deberían mejorar cada oportunidad de hacer ese poco. Puede ser el eslabón más pequeño de la cadena más larga. Separado de otras influencias, puede parecer de poco valor; pero en la gran cadena de circunstancias de Dios puede ser el eslabón que conecta un alma con el Cielo. Todos pueden hacer algo si quieren; pero con demasiada frecuencia el egoísmo les impide hacer lo que podrían, hasta que las almas que podrían haber salvado, están fuera del alcance del esfuerzo humano. Queridos hermanos y hermanas, necesitáis la iluminación divina. Cuando tengáis una conexión tan

estrecha con el Redentor del mundo como debéis tener, seréis llevados a hacer esfuerzos personales, prontos y decididos para salvar a vuestros semejantes.

El futuro del pueblo de Dios está en el presente. Él nos ha dado un tiempo de prueba en el que se pondrá a prueba nuestra fidelidad a Él. Es ahora cuando se aplica la prueba. Se nos ha confiado tiempo, fuerza, medios, luz y capacidades mentales. ¿Qué uso hacemos de estos dones? ¿Cómo estamos resistiendo la prueba? ¿Nos damos cuenta de que nuestro bienestar eterno está determinado por nuestro presente curso de acción? Si no honramos a Dios aquí haciendo un uso correcto de nuestras confianzas, no lo honraríamos si fuéramos llevados al Cielo. Si demostramos ser infieles a las responsabilidades menores, ¿cómo puede Dios hacer recaer sobre nosotros esas responsabilidades más pesadas y eternas que todo habitante del cielo debe llevar? En aquellos que son limpiados y renovados, los frutos aparecerán, no sólo en su confesión de pecados, sino en su conducta hacia los demás. Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, no es de los suyos. Cristo se entregó en sacrificio para salvar a los pecadores que perecían. Consintió en la pobreza porque así podía llegar mejor a los pobres y oprimidos; así podía comprender mejor sus privaciones y penas. Fue su gran amor por nuestras almas lo que le llevó a renunciar a los goces del Cielo, e incluso a las comodidades de esta vida; y si tenemos su espíritu en nuestros corazones, se manifestará en un fervor similar por salvar a las almas que perecen. La medida del amor de Cristo que poseamos, se evidenciará por el curso que sigamos. Dios nos está probando para ver si hemos escogido a Cristo o a las riquezas como nuestro amo. Su palabra declara claramente que no podemos servir a ambos.

Sra. E. G. White

11 de febrero de 1886

La reforma de la templanza desde el punto de vista bíblico

EGW

No podemos tener una comprensión correcta del tema de la templanza hasta que lo consideremos desde un punto de vista bíblico. Y en ninguna parte encontraremos una ilustración más completa y convincente de la verdadera templanza y sus bendiciones concomitantes que la que nos ofrece la historia del profeta Daniel y sus asociados en la corte de Babilonia. Cuando fueron seleccionados para que se les enseñara "la ciencia y la lengua de los caldeos", a fin de que pudieran "estar en el palacio del rey", "el rey les señaló una ración

diaria de la comida del rey, y del vino que él bebía". "Pero Daniel se propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que bebía".

Estos jóvenes no sólo se negaron a beber el vino del rey, sino que se abstuvieron de los lujos de su mesa. La comida que se les daba "de la mesa del rey" incluía carne de cerdo y otras carnes consideradas impuras por la ley de Moisés, y que los judíos tenían prohibido comer. Pidieron al oficial que los tenía a su cargo que les concediera una comida más sencilla, pero éste vaciló, temiendo que una abstinencia tan rígida como la que ellos proponían afectara desfavorablemente a su aspecto personal y se enemistara con el rey. Daniel pidió diez días de prueba. Se les concedió, y al cabo de ese tiempo se comprobó que el aspecto de aquellos jóvenes era mucho más saludable que el de los que habían comido los manjares del rey. De ahí que la simple "legumbre y agua" que pidieron al principio fuera a partir de entonces la comida de Daniel y sus compañeros.

No era su propio orgullo o ambición lo que había llevado a estos jóvenes a la corte del rey, a la compañía de aquellos que ni conocían ni temían al Dios verdadero. Eran cautivos en tierra extraña, y la Sabiduría Infinita los había colocado donde estaban. Consideraron su posición, con sus dificultades y sus peligros; y luego, en el temor de Dios, tomaron su decisión. Aun a riesgo del disgusto del rey, serían fieles a la religión de sus padres. Obedecieron la ley divina, tanto natural como moral, y la bendición de Dios les dio fuerza y elegancia, y poder intelectual.

Estos jóvenes habían recibido una educación correcta en sus primeros años de vida; y ahora, cuando estaban separados de las influencias del hogar y de las asociaciones sagradas, honraban a los instructores de su infancia. A sus hábitos de abnegación se unían la seriedad de propósito, la diligencia y la constancia. No tenían tiempo que malgastar en placeres, vanidad o insensatez. No los movía el orgullo ni la ambición indigna, sino que procuraban absolverse honrosamente, por el honor de su pueblo oprimido y por la gloria de Aquel de quien eran siervos.

Dios siempre honra lo correcto. Los jóvenes más prometedores de todas las tierras sometidas por el gran conquistador habían sido reunidos en Babilonia; sin embargo, entre todos ellos, los cautivos hebreos no tenían rival. La forma erguida, el paso firme y elástico, el bello semblante que mostraba que la sangre no estaba corrompida, los sentidos inmaculados, el aliento impoluto, todos eran otros tantos certificados de buenas costumbres, insignias de la nobleza con que

la naturaleza honra a los que son obedientes a sus leyes. Y cuando el rey puso a prueba su capacidad y sus conocimientos al final de los tres años de entrenamiento, no se encontró a nadie "como Daniel, Ananías, Misael y Azarías". Su aguda comprensión, su lenguaje selecto y exacto, sus amplios y variados conocimientos, atestiguaban la fuerza y el vigor intactos de sus facultades mentales.

La historia de Daniel y sus compañeros ha quedado registrada en las páginas de la palabra inspirada para beneficio de la juventud de todas las épocas sucesivas. Lo que los hombres han hecho, los hombres pueden hacerlo. ¿Acaso aquellos fieles hebreos se mantuvieron firmes en medio de grandes tentaciones y dieron un noble testimonio en favor de la verdadera templanza? Los jóvenes de hoy pueden dar un testimonio semejante, aun en circunstancias tan desfavorables. Ojalá emularan el ejemplo de estos jóvenes hebreos; porque todos los que lo hagan podrán, como ellos, gozar del favor y la bendición de Dios.

La lección de la experiencia de estos jóvenes es una sobre la que todos haríamos bien en reflexionar. Nuestro peligro no es la escasez, sino la abundancia. Estamos constantemente tentados al exceso. Pero aquellos que quieran conservar sus poderes intactos para el servicio de Dios deben observar una estricta templanza en el uso de todas sus bondades, así como una abstinencia total de toda indulgencia perjudicial o degradante.

Los hábitos físicos correctos promueven la superioridad mental. El poder intelectual, la fuerza física y la longevidad dependen de leyes inmutables. No hay casualidad en este asunto. El cielo no interferirá para preservar a los hombres de las consecuencias de la violación de las leyes de la naturaleza. Hay mucho de cierto en el adagio de que cada hombre es el arquitecto de su propia fortuna. Aunque los padres son responsables de la impronta del carácter, así como de la educación y formación que dan a sus hijos e hijas, no es menos cierto que nuestra posición y utilidad en el mundo dependen, en gran medida, de nuestro propio proceder.

Que los viejos y los jóvenes recuerden que por cada violación de las leyes de la vida, la naturaleza emitirá su protesta. El castigo recaerá tanto sobre las facultades mentales como sobre las físicas. Y no termina con el culpable. Los efectos de sus faltas se ven en su descendencia, y así los males hereditarios se transmiten, incluso a la tercera o cuarta generación. Piensen en esto, padres, cuando se entreguen al uso del narcótico que adormece el alma y el cerebro, el

tabaco. ¿Dónde os dejará esta práctica? ¿A quién afectará además de a vosotros mismos?

Dondequiera que vayamos, nos encontramos con el devoto del tabaco, que debilita tanto la mente como el cuerpo con su querida indulgencia. Rara vez pasamos entre una multitud, pero los hombres soplarán su aliento envenenado en nuestra cara. ¿Es honesto contaminar el aire que otros deben respirar? ¿Tienen derecho los hombres a privar a su Hacedor y al mundo del servicio que les corresponde? ¿Es tal proceder propio de Cristo?

Sufrimos por los malos hábitos de nuestros padres y, sin embargo, ¡cuántos siguen un camino peor que el de ellos! Cada año se beben millones de galones de licores embriagantes y se gastan millones de dólares en tabaco. El opio, el té, el café, el tabaco y los licores embriagantes están extinguiendo rápidamente la chispa de vitalidad que aún queda en la raza. Y los esclavos del apetito, mientras gastan constantemente sus ganancias en la indulgencia sensual, roban a sus hijos el alimento y el vestido y las ventajas de la educación.

Mientras existan estos males, nunca podrá haber una sociedad justa. Y no se efectuará ninguna reforma real hasta que la ley cierre los salones de licor, no sólo los domingos, sino todos los días de la semana. El cierre de estos salones promovería el orden público y la felicidad doméstica. ¿Y por qué no pueden cerrarse? No es demasiado decir que los salones de licor se cerrarían rápidamente, en obediencia a los dictados de la razón y la religión, si los funcionarios públicos no estuvieran entre los clientes. Estos hombres, con su influencia, corrompen a la sociedad, y luego juzgan y condenan a los descarriados que siguen su ejemplo.

Sólo los hombres de estricta templanza e integridad deben ser admitidos en nuestros recintos legislativos y elegidos para presidir nuestros tribunales de justicia. La propiedad, la reputación y hasta la vida misma son inseguras cuando se dejan al juicio de hombres destemplados e inmorales. ¡Cuántos inocentes han sido condenados a muerte, cuántos más han sido despojados de todos sus bienes terrenales, por la injusticia de jurados, abogados, testigos e incluso jueces bebedores!

El uso de bebidas embriagantes destrona la razón y endurece el corazón contra toda influencia pura y santa. La roca inanimada escuchará antes los llamamientos de la verdad y la justicia que el hombre cuya sensibilidad está paralizada por la intemperancia. Los sentimientos más sutiles del corazón no se embotan de golpe. Se produce un cambio gradual. Aquellos que se aventuran a

entrar en el camino prohibido son desmoralizados y corrompidos gradualmente. Y aunque en las ciudades abundan los salones de bebidas alcohólicas, que facilitan la indulgencia, y aunque la juventud está rodeada de atractivos para tentar el apetito, el mal no suele comenzar con el uso de bebidas embriagantes. El té, el café y el tabaco son estimulantes artificiales, y su uso crea la demanda del estímulo más fuerte que se encuentra en las bebidas alcohólicas. Y mientras los cristianos duermen, este gigantesco mal de la intemperancia gana fuerza y hace nuevas víctimas.

Ahora se necesitan hombres como Daniel, hombres que tengan la abnegación y el valor de ser reformadores radicales de la templanza. Que cada cristiano vea que su ejemplo y su influencia están del lado de la reforma. Que los ministros del Evangelio sean fieles en instruir y advertir al pueblo. Y que todos recuerden que nuestra felicidad en dos mundos depende de la mejora correcta de uno.

18 de febrero de 1886

Quema de los libros de magia

EGW

El templo de la diosa Diana en Éfeso, famoso por su tamaño y esplendor, era una de las maravillas del mundo y el orgullo tanto de la ciudad como de la nación. El ídolo en sí no era más que una tosca imagen de madera, en la que estaban inscritos caracteres y símbolos que se suponía poseían un gran poder. Cuando se pronunciaban, estas palabras místicas hacían maravillas; cuando se escribían, se consideraban un potente amuleto que protegía a su poseedor de los ladrones, de las enfermedades e incluso de la muerte.

En tiempos de los apóstoles, la ciudad de Éfeso era famosa por el culto a la diosa Diana y la práctica de la magia. Había muchos devotos de las artes mágicas, y se habían escrito numerosos y costosos libros en explicación de estos misterios. Aquí, en este reducto de superstición y hechicería, el apóstol Pablo trabajó durante varios años. Y el poder de Dios se manifestó poderosamente a través de su siervo en la curación de los enfermos y la expulsión de los espíritus malignos.

Los milagros realizados por Pablo en el nombre de Jesús crearon un gran entusiasmo entre los efesios. Y ciertos exorcistas judíos, creyendo que el nombre sagrado actuaba como un amuleto, decidieron expulsar a los espíritus malignos por los mismos medios que había empleado el apóstol. Siete

hermanos, hijos de Esceva, sacerdote principal de los judíos, pertenecían a este grupo. Al encontrar a un hombre poseído por un espíritu maligno, se dirigieron a él: "Te conjuramos por Jesús, a quien predica Pablo". Pero el espíritu maligno respondió con desprecio: "A Jesús conozco, y a Pablo conozco; pero ¿quiénes sois vosotros?". Y el hombre poseído los atacó y los venció, "de modo que huyeron de aquella casa desnudos y heridos." Su confusión fue pronto conocida por judíos y gentiles en todo Éfeso; y proporcionó una prueba inequívoca de la santidad del nombre de Jesús, y del peligro en que incurrían los que lo invocaban mientras no tenían fe en su misión divina.

Muchos de los que hasta entonces habían vituperado el nombre de Jesús, ahora no se atrevían a pronunciarlo en voz alta. Un gran número de ellos, convencidos de que Jesús era todo lo que Pablo afirmaba que era, decidieron recibir el Evangelio. Estos renunciaron abiertamente a la práctica de la hechicería y reconocieron que sus artes secretas eran satánicas y engañosas. Reunieron los costosos libros de encantamientos, que contenían los símbolos místicos de Diana y los secretos de su arte, y los quemaron en presencia del pueblo. El valor de los libros así sacrificados se estimó en cincuenta mil piezas de plata, equivalentes a unos diez mil dólares.

Estos libros contenían reglas y formas de comunicación con los espíritus malignos. Eran los reglamentos para la adoración de Satanás, instrucciones para solicitar su ayuda y obtener información de él. El sistema de magia, o hechicería, entonces existente, era el mismo que en esta época y nación cristianas se conoce como espiritismo. En los días de Pablo muchos fueron engañados por este engaño satánico, y muchos son engañados hoy por el mismo poder. Satanás tiene acceso a miles de mentes presentándose bajo la apariencia de amigos difuntos. Las Escrituras de la verdad declaran que "los muertos nada saben". Sus pensamientos, su amor, su odio, han perecido. Los muertos no comulgan con los vivos. Pero Satanás -fiel a su astucia primitiva, cuando en forma de serpiente engañó a la madre de nuestra raza- emplea este artificio para apoderarse de las mentes de los hombres.

Y los "libros mágicos" no se han limitado a la era apostólica o a las naciones llamadas paganas. La libertad de prensa ha sido aprovechada para extender la influencia de esta literatura nefasta. Si todas las producciones modernas de esta clase -todas las publicaciones del espiritismo- fuesen tratadas como lo fueron estos libros mágicos de los efesios, se cortarían una de las vías más exitosas de Satanás para acceder a las almas de los hombres.

Se dejó constancia de este incidente para que sirviera de lección importante para todas las épocas. Cuando se convencieron de que sus libros mágicos eran falsos y perniciosos, los efesios no quisieron venderlos, poniendo así la tentación en el camino de otros. El poder de la verdad triunfó sobre sus prejuicios, sus pasatiempos favoritos y su amor al dinero; y aunque implicaba un gran sacrificio personal, quemaron prontamente los registros de adivinación.

Los efesios dirigieron sus esfuerzos contra el mismo pecado del que eran culpables. ¿Toma el pueblo de Dios en esta era un curso similar? Hay muchos que no lo hacen. Manifiestan una devoción suprema por su dinero, sus negocios, sus casas y sus tierras. El hombre codicioso fomenta su amor por la ganancia. El sensualista está casado con su querida pasión. El ambicioso adora la fama como a un ídolo. Estos aman sus preciados objetos de persecución más de lo que aman a Dios. Son idólatras. Pero los que así se aventuran a abrigar el pecado que más aman, están manipulando la hechicería de Satanás. El poder encantador de la tentación ha paralizado la conciencia y cegado la razón, de modo que no perciben su peligro. Los libros mágicos no han sido destruidos.

Cuando la verdad es presentada al entendimiento, y ejerce su poder santificador sobre el corazón, los pecados que una vez reinaron en el corazón serán desechados, para que Jesús pueda ocupar el templo del alma. Si se ha dado rienda suelta a la codicia, se abandonará. Si la ambición o el amor al mundo han cautivado los sentidos, una atracción superior romperá su poder. El engaño, la falsedad, la impureza, serán limpiados del corazón. El que mantiene su lealtad a Cristo no puede prestar ningún servicio al enemigo más acérrimo de Cristo.

Cuando los conversos efesios quemaron sus libros de magia, pusieron el hacha en la raíz del árbol. Demostraron que odiaban lo que una vez habían amado, y amaban lo que una vez habían odiado. La luz de la verdad, brillando en sus mentes, les había convencido de la ilegalidad de sus artes, y había despertado en sus almas el aborrecimiento de sus actos impíos. Por muy serios y vigilantes que hubieran sido para corregir otros males, si se hubieran ahorrado este único pecado habrían acabado por rendir su fe.

Un cambio como el operado en estos efesios por la predicación de la verdad siempre acompañará a la verdadera conversión, y es la mejor evidencia de una obra genuina de la gracia en el corazón. El mundo y la iglesia tienen derecho a esperar una prueba de conversión como la que dieron los efesios, una prueba de que se ha creado un nuevo gusto moral. Usted, querido lector, puede no haber practicado la hechicería, puede no haber manipulado el espiritismo; pero

recuerde que "a quien os prestáis siervos para obedecer, siervos suyos sois a quien obedecéis". Si os entregáis a cualquier práctica prohibida en la palabra de Dios, habéis rendido obediencia a Satanás; sois sus siervos.

Una persona puede no ser capaz de decir el tiempo exacto o el lugar de su conversión; sin embargo, esto no prueba que sea un inconverso. Cristo dijo a Nicodemo: "El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo aquel que ha nacido del Espíritu". Aunque la obra de la gracia sea silenciosa y casi imperceptible, puede ser tan eficaz como cuando sus operaciones son más evidentes. Pero si el corazón ha sido renovado por el Espíritu Santo, la vida dará testimonio del hecho. "Por sus frutos los conoceréis". La luz y las tinieblas no son más distintas que los estados del convertido y del inconverso. Se verá un cambio en el carácter, los hábitos y las actividades. El contraste será claro y decidido entre lo que han sido y lo que son.

El infiel, una vez convertido, aborrecerá los libros que le indujeron a dudar de la palabra de Dios. El hombre disoluto que ha purificado su alma por la obediencia a la verdad, no se aventurará, por curiosidad o costumbre, en los lugares de disipación; ni permitirá que su mente se detenga en las escenas familiares del vicio. Estará despierto a su peligro, rehuyendo él mismo la tentación y advirtiendo a los demás de su poder sutil y embrujador. El hombre convertido no sólo resistirá el mal, sino que, en la medida de lo posible, se colocará más allá del poder de las artimañas de Satanás. Seguidores de Cristo, ¿habéis quemado los libros mágicos?

4 de marzo de 1886

El pecado de la presunción

EGW

Cuando el obrero cristiano es presionado por los adversarios de Dios y de su verdad, y es llevado así a lugares difíciles, debe recordar el ejemplo de Cristo, y aprender de él a no ser presuntuoso. En vez de intentar precipitadamente hacer una providencia para sí mismo, debe esperar pacientemente que Dios lo libere. Y nadie debe sentir que tiene derecho a pedir una interposición del poder divino en su favor, simplemente para salvarse de una molestia personal, o para no sufrir humillación y ansiedad. La gran pregunta debe ser: ¿Cómo puede Dios ser glorificado y su verdad vindicada?

En sus encuentros con los enemigos de la verdad, los cristianos deben moverse con la fuerza y el temor de Dios, como hizo David cuando se enfrentó a Goliat. Estaban reunidos los ejércitos de Israel y de Filistea, y ante ellos se alzaba el gigante, con su maciza figura sobresaliendo por encima de los demás hombres. Iba armado con una lanza como el haz de un telar; sobre su frente había un yelmo de bronce; su cuerpo estaba envuelto en una cota de malla; tenía grebas de bronce en las extremidades y una diana entre los hombros. Y ¡escuchad! De este poderoso gigante, este entrenado hombre de guerra, viene el desafío, resonando en el aire quieto: "Desafío hoy a los ejércitos de Israel; dadme un hombre, para que luchemos juntos".

El orgulloso fanfarrón infundía terror en el corazón de los hombres de Israel. Pero David preguntó: "¿Quién es este filisteo incircunciso, para que desafíe a los ejércitos del Dios vivo?". Y David dijo a Saúl: "Que no desfallezca el corazón de nadie a causa de él; tu siervo irá y peleará con este filisteo."

¿Fue la presunción lo que llevó a David a pensar que podría estar a la altura de Goliat? ¿Fue un espíritu de orgullo y autosuficiencia lo que le hizo atreverse a enfrentarse a este poderoso guerrero que desafiaba al Israel de Dios? David no tenía nada de ese espíritu. Modesto y modesto, no hizo esta declaración confiando en su propia sabiduría, habilidad o poder, sino en la fuerza de Dios, que lo había librado de las garras del león y del oso cuando cuidaba los rebaños de su padre en el desierto.

En obediencia a la orden real, la armadura del rey fue puesta sobre David; el pesado casco de bronce fue puesto sobre su cabeza, y la espada de Saúl fue ceñida a su muslo. Pero David no podía salir con esto; no había probado la armadura del rey, y no estaba acostumbrado al uso de la espada. Con un bastón en la mano y una honda como única arma, salió al encuentro del fanfarrón campeón del ejército filisteo. Cuando el orgulloso gigante vio a su antagonista, le preguntó desdeñoso e indignado: "¿Soy yo un perro, para que vengas a mí con bastones?". Y maldijo a David por sus dioses. Después de este arrebato de pasión, exclamó con altivo desdén al joven pastor que había aceptado su desafío: "Ven a mí, y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo."

El corazón de David no se intimidó en lo más mínimo, pues sabía en quién tenía puesta su confianza. "Tú vienes a mí con espada, lanza y escudo; pero yo vengo a ti en nombre del Señor de los ejércitos, el Dios de los ejércitos de Israel, a quien tú has desafiado. Hoy te entregará Jehová en mi mano", "para que sepa toda la tierra que hay un Dios en Israel. Y toda esta asamblea sabrá que el Señor

no salva con espada y lanza; porque del Señor es la batalla, y él te entregará en nuestras manos."

Con qué ansioso interés observan ambos ejércitos el desigual combate. Los filisteos y muchos de los israelitas creen que David es temerario; pero esto no es más que un momento. Mientras corría al encuentro de Goliat, ajustó una piedra en la honda, y al instante ésta alcanzó su objetivo y se clavó en la frente del gigante. Se le nubla la vista, se tambalea y cae pesadamente al suelo, como un poderoso roble derribado por un rayo. La consternación se apodera de los filisteos, que se retiran confusa y precipitadamente. Los guerreros de Israel, con un grito de triunfo, siguen a las huestes voladoras, y la victoria es completa.

He aquí un ejemplo de valor sublime, de fe humilde pero viva. David no confiaba en sí mismo, ni tenía motivos egoístas. Pero estaba dispuesto, con la fuerza de Dios, a enfrentarse al enemigo de Israel, a probar el poder de Jehová contra un gigante pagano, para poder "quitar el oprobio de Israel". Este era el plan divino para distinguir a David, futuro rey de Israel, y para humillar a los adversarios del Dios verdadero.

Aquellos que son leales a Dios, guardando todos sus mandamientos, encontrarán un espíritu de oposición similar al que David encontró. Los hombres cultos, orgullosos y jactanciosos de su supuesta superioridad, sentirán, como Goliat, que desprecian al pequeño grupo que es leal a Dios. Muchos de ellos nunca se graduaron de una universidad; pero, con la Biblia en sus manos, defienden la verdad de Dios, y vindican su sábado, que ha sido pisoteado por pies sin ley. Pero el Señor puede hacer perfecta su fuerza en la debilidad del hombre. Si, como David, los hombres se olvidan de sí mismos y procuran honrar a Dios y vindicar su nombre y su verdad, él obrará poderosamente con ellos y coronará sus esfuerzos con éxito. Pero hay muchos que se atribuyen la gloria si la obra de Dios prospera en sus manos. Se vuelven orgullosos y autosuficientes, y se lisonjean de que su éxito se debe a sus propias habilidades superiores. La prosperidad resultaría a menudo la ruina de quien es así honrado por el Señor. Nuestro compasivo Padre celestial se compadece de la debilidad de nuestra naturaleza y soporta nuestras locuras. Si no fuera así, no habría dado a su Hijo para que viniera a un mundo caído y soportara los azotes y las tentaciones de Satanás, a fin de mostrar a los hombres cómo vencer.

Los enemigos de la verdad se harán más fuertes y más encarnizados en su oposición a la ley de Dios. Recurrirán al ridículo y al insulto; tergiversarán y malinterpretarán las Escrituras, y sostendrán sus posiciones con opiniones y

argumentos humanos. Presentarán las cosas bajo una luz falsa, y así pervertirán aun las mentes honestas. Se gloriarán de su fuerza, como hizo el gigante filisteo, y por un tiempo parecerá que prosperan. Pero su triunfo no durará siempre; ellos mismos caerán en el hoyo que han cavado para otros.

Cuando, en la providencia de Dios, somos puestos en contacto con estos injuriadores, y nos encontramos en posiciones de peculiar prueba, no debemos permitirnos irritarnos por sus provocadoras burlas e insultantes palabras, que están calculadas para despistarnos, y llevarnos a responder con nuestro propio espíritu. Tampoco debemos precipitarnos para librarnos de esas posiciones desagradables, en las que debemos sufrir humillaciones y derrotas.

En presencia de los que se oponen a la verdad, y mientras conversan con ellos, los cristianos deben tener cuidado de no exaltarse a sí mismos ni pronunciar una palabra para provocar o irritar. Dejad que se burlen y se mofen si quieren; pero seguid adelante como si no los oyerais. A menudo, las mayores victorias se obtienen a través del silencio. El yo puede clamar por reivindicación; pero el silencio da tiempo para la reflexión y la oración, y para que Dios hable al alma. El silencio es una prueba, no de debilidad, sino de fortaleza, y a menudo es más poderoso que los argumentos más fuertes.

El pueblo de Cristo es su representante en la tierra. Deben trabajar por la salvación de las almas. Este es el propósito por el cual nuestro Salvador hizo su advenimiento al mundo, y fue firme en llevar a cabo ese propósito. No se dejó desviar en lo más mínimo de su gran obra. Ni la oposición de sus enemigos, ni los halagos y persuasiones de sus amigos lo desviaron de su camino. En esto, como en todo, Cristo es nuestro ejemplo. Debemos ser diligentes y fieles en la obra que se nos ha encomendado. Debemos llegar a la gente, no por la mera fuerza de los argumentos, sino por el poderoso poder de Dios que obra a través de nuestros esfuerzos.

Especialmente los ministros deben sentir su responsabilidad en este asunto. Están tratando con mentes, y es necesario que sean prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Deben estar siempre dispuestos a dar "razón de la esperanza que hay en ellos", pero "con mansedumbre y temor", no sea que las palabras que pronuncien causen una impresión desfavorable y desvíen las mentes en la dirección equivocada. El honor de Dios y la salvación de las almas deben ser su motivo principal; entonces no estropearán la obra con un espíritu imprudente y presuntuoso.

11 de marzo de 1886

Responsabilidad parental

EGW

"Instruye al niño en el camino que debe seguir, y cuando sea viejo no se apartará de él".

A pesar de los presumidos avances que se han hecho en los métodos educativos, la formación de los niños en la actualidad es tristemente defectuosa. Lo que se descuida es la educación en el hogar. Los padres, y especialmente las madres, no se dan cuenta de su responsabilidad. No tienen ni la paciencia para instruir, ni la sabiduría para controlar a los pequeños que les han sido confiados.

Es demasiado cierto que las madres no se mantienen en su puesto, fieles a su maternidad. Por lo general, son siervas voluntarias de la mundanalidad y la moda. Muchas, incluso entre las que profesan haber renunciado al mundo, están influenciadas en gran medida por sus costumbres y su espíritu. Muchas veces la madre descuida su preciosa carga, y espera que la maestra del sábado y de la escuela diurna supla su deficiencia. Pero ella no tiene derecho de trasladar así su responsabilidad a otros, y dejar que ellos hagan su trabajo. Dios no la llama a comprometerse en ninguna empresa para promover su causa o beneficiar a la humanidad que la lleve a descuidar la educación física, mental y moral de sus propios hijos; y ¿qué diremos de su conducta cuando descuida sus deberes sagrados por motivos mundanos y egoístas?

Las opiniones y máximas del mundo no deben gobernar a la madre, ni ella debe esforzarse por alcanzar el estándar del mundo. Debe decidir por sí misma cuál es el gran fin y objetivo de la vida, y luego dedicar todos sus esfuerzos a alcanzar ese fin. Puede, por falta de tiempo, descuidar muchas cosas de su casa, sin resultados graves; pero no puede impunemente descuidar la disciplina apropiada de sus hijos. Sus caracteres defectuosos publicarán su infidelidad. Los males que deja pasar sin corregir -los modales groseros y ásperos, la falta de respeto y la desobediencia, los hábitos de ociosidad y falta de atención- reflejarán deshonra sobre ella y le amargarán la vida. Madres, en gran medida el destino de vuestros hijos está en vuestras manos. Si faltáis a vuestro deber, podéis colocarlos en las filas del enemigo, y hacerlos sus agentes para arruinar las almas; pero mediante un ejemplo piadoso y una disciplina fiel podéis conducirlos a Cristo, y hacerlos los instrumentos en sus manos para salvar muchas almas.

Dondequiera que voy, me duele la falta de disciplina y contención adecuadas en el hogar. A los niños pequeños se les permite contestar, manifestar falta de respeto e impertinencia. Los padres que lo permiten son más culpables que sus hijos. La impertinencia no debe tolerarse en un niño ni una sola vez. Pero padres y madres, tíos y tías y abuelos y abuelas se ríen de la exhibición de pasión en la criaturita de un año. Sus imperfectas expresiones de falta de respeto, su infantil obstinación, se consideran bonitas y astutas. Así se confirman los malos hábitos, y el niño crece siendo objeto de aversión por parte de todos los que le rodean.

Una gran razón por la que tantos niños son atrevidos, osados e impertinentes es que se les presta demasiada atención y se les elogia demasiado, y se repiten a sus oídos sus dichos inteligentes y agudos. No los exhibáis ante las visitas como prodigios de ingenio o sabiduría, sino dejadlos, en la medida de lo posible, en la sencillez de su infancia. Procura no censurar indebidamente, ni abrumar con elogios y halagos.

Padres, debéis empezar pronto a enseñar a vuestros hijos el respeto, la obediencia y el autocontrol. Recuerden que toda exhibición de pasión que no se controle firme y decididamente es una lección de maldad. Su descuido de la moderación apropiada abre la puerta a Satanás, y lo invita a entrar y controlar a sus hijos; y él no tardará en mejorar su oportunidad.

Los niños requieren un cuidado paciente y fiel. No basta con alimentarlos y vestirlos; hay que desarrollar sus facultades mentales e imbuir sus corazones de principios rectos. Necesitan cuidados constantes; pero no es necesario que les hagáis ver que siempre los estáis vigilando. Aprended la disposición de vuestros hijos tal como se revela en su asociación mutua, y luego tratad de corregir sus faltas fomentando los rasgos opuestos. Hay que enseñar a los niños que el desarrollo de las facultades físicas y mentales depende de ellos mismos y es el resultado de un esfuerzo. Deben aprender pronto que la felicidad no se encuentra en la gratificación egoísta, sino que sólo sigue la estela del deber.

He oído a madres decir que no tienen la habilidad para gobernar que tienen otras; que es un talento peculiar que ellas no poseen. Aquellas que se dan cuenta de su deficiencia en este aspecto deben hacer del tema del gobierno familiar su estudio más diligente. Y, sin embargo, las sugerencias más valiosas de los demás no deben adoptarse sin reflexión y discernimiento. Es posible que no se adapten por igual a las circunstancias de cada madre, o a la disposición y temperamento peculiares de cada niño de la familia. Que la madre estudie con cuidado la experiencia de otros, observe la diferencia entre sus métodos y los

suyos, y pruebe cuidadosamente los que parezcan ser de verdadero valor. Si un modo de disciplina no produce los resultados deseados, que se pruebe otro plan y se observen cuidadosamente sus efectos.

Las madres, por encima de todo, deben acostumbrarse a pensar e investigar. Si perseveran en este camino, descubrirán que están adquiriendo la facultad de la que se creían deficientes; que están aprendiendo a formar correctamente el carácter de sus hijos. El resultado del trabajo y la reflexión dedicados a esta obra se verá en su obediencia, su sencillez, su modestia y su pureza; y recompensará con creces todo el esfuerzo realizado.

La falta de firmeza en el gobierno familiar produce un gran daño; de hecho, es casi tan mala como la ausencia total de gobierno. A menudo se pregunta: ¿Por qué los hijos de padres religiosos son tan testarudos, desafiantes y rebeldes? La razón hay que buscarla en la educación en el hogar. Los hijos no han tenido un buen ejemplo, una instrucción fiel y una moderación adecuada. Con demasiada frecuencia los padres no están unidos en su gobierno familiar. El padre, que está poco con sus hijos e ignora sus peculiaridades de disposición y temperamento, es duro y severo. No controla su temperamento, sino que corrige con pasión. El niño lo sabe, y en lugar de ser sometido, el castigo lo llena de ira. La madre deja pasar faltas en un momento por las que castigará severamente en otro. Los niños nunca saben a qué atenerse y sienten la tentación de ver hasta dónde pueden transgredir impunemente. Así se siembran las semillas del mal que brotan y dan fruto.

La firmeza y la decisión son necesarias. He conocido a padres que decían: "No puedes tener esto o aquello", y luego cedían, pensando que podían ser demasiado estrictos, y le daban al niño lo mismo que al principio rechazaban. Así se inflige un daño para toda la vida. Es una ley importante de la mente -una que no debe pasarse por alto- que cuando un objeto deseado es negado tan firmemente como para eliminar toda esperanza, la mente pronto dejará de anhelarlo, y se ocupará en otras actividades; pero mientras haya alguna esperanza de obtenerlo, se hará un esfuerzo persistente para lograrlo.

Cuando es necesario que los padres den una orden directa, el castigo por la desobediencia debe ser tan invariable como lo son las leyes de la naturaleza. Los niños que están bajo esta regla firme y decisiva, saben que cuando una cosa es prohibida o negada, ninguna burla o artificio asegurará su objeto; por lo tanto, pronto aprenden a someterse, y son mucho más felices al hacerlo. Los hijos de padres indecisos y demasiado indulgentes tienen la esperanza constante de que

pueden conseguir su fin mediante la insinuación, el llanto o la hosquedad, o de que pueden aventurarse a desobedecer sin sufrir el castigo. Así los mantienen en un estado de suspenso, que los hace inquietos, irritables e insubordinados. Dios considera a tales padres culpables de arruinar la felicidad de sus hijos. Esta mala administración es la clave de la impenitencia y la irreligión de miles de personas. Ha demostrado ser la ruina de muchos que han profesado el nombre cristiano. En muchos casos el espíritu inquieto y rebelde, no dominado en la juventud, crea disturbios en la iglesia. Muchos juicios eclesiásticos pueden atribuirse a un gobierno familiar defectuoso. La intemperancia y el crimen de todo grado son a menudo los frutos de la semilla sembrada por los padres.

Que nadie imagine, sin embargo, que la dureza y la severidad son necesarias para asegurar la obediencia. He visto el más eficiente gobierno familiar mantenido sin una palabra o mirada dura. He estado en otras familias donde las órdenes se daban constantemente en tono autoritario, y a menudo se administraban duras reprimendas y severos castigos. En el primer caso, los hijos seguían el curso seguido por los padres y rara vez se hablaban en tono áspero. En el segundo caso, los hijos imitaban el ejemplo de los padres, y se oían insultos, reproches y disputas de la mañana a la noche.

Padres y madres, sois maestros; vuestros hijos son los alumnos. Vuestros tonos de voz, vuestro comportamiento, vuestro espíritu, son copiados por vuestros pequeños. Debéis estar unidos en su gobierno. Estudiad con cuidado sus disposiciones, y buscad juntos la sabiduría y la fuerza de Dios para tratarlos rectamente. Si intentáis gobernar sin ejercitar el dominio propio, sin sistema, pensamiento y oración, cosecharéis con toda seguridad las amargas consecuencias. Pero cuando hayas cumplido fielmente con tu deber, puedes entonces pedir al Señor que haga por tus hijos lo que tú no puedes hacer. Y habiéndolos educado en el camino que deben seguir, descubrirás que cuando sean mayores no se apartarán de él.

11 de marzo de 1886

El trabajo en Europa

EGW

Los siguientes interesantes párrafos proceden de una carta privada de la hermana White, fechada en Basilea, Suiza, el 27 de enero:

"Todas las semanas llegan a este lugar cartas de Francia, Italia, Rusia y la India, diciendo que las almas están abrazando la verdad gracias a la lectura de nuestro periódico francés. Hoy se ha recibido una con cinco nombres firmados de personas que están muy interesadas en la verdad por leer *Les Signes*, y que envían el pago de una suscripción anual. Otro viene de un hombre de Francia, agradeciendo al Hermano Whitney los periódicos que le envía. Dice que no tiene dinero para pagar el periódico, y pregunta si el Hermano Whitney aceptará un libro en blanco (un registro) a cambio. Su padre y su madre se han opuesto a que leyera *Les Signes*, pero ahora lo están leyendo ellos mismos. El Hermano Whitney también ha recibido cartas preciosas de la India y Rusia, elogiando *Les Signes* y contando el bien que ha hecho. Estos testimonios alegran nuestros corazones.

"Ha habido algunas conversiones aquí. Un joven alemán, que asistía a la facultad de teología, dejó los estudios y ahora trabaja en la oficina del periódico alemán. Es la ayuda que necesitamos aquí.

"Estas señales de que Dios está obrando en Europa son motivo de gran regocijo para nosotros. Esperamos que la verdad salga como una lámpara encendida. Pero es más difícil para los hombres y mujeres que reciben la verdad aquí que en América. Los obreros, los joyeros, reciben sólo un dólar al día como salario más alto, y tienen grandes familias que mantener. Muchos reciben por su jornada de trabajo sólo de uno a dos francos; y cuando reciben el sábado, es dudoso que puedan conseguir algún trabajo, y se ven obligados a aceptar cualquier empleo que puedan conseguir.

"Si nuestra gente en América pudiera entender las privaciones que hay que soportar aquí, y la estrecha economía que hay que practicar para obtener incluso lo necesario para vivir, cuidarían sus medios para no gastar ni un centavo innecesariamente. No tendrían ni una pluma en sus sombreros, ni llevarían adornos innecesarios; tampoco construirían casas extravagantes, ni gastarían dinero en muebles costosos. Deben tener en cuenta que es el dinero de Dios el que están usando, dinero que podría ser invertido en salvar almas por las que Cristo murió. Cualquier gasto innecesario de este dinero está bloqueando el camino; porque los medios así usados enviarían publicaciones y al predicador vivo a los que no tienen la verdad."

18 de marzo de 1886

El sistema bíblico de diezmos y ofrendas

EGW

"Hay quien esparce, y sin embargo aumenta; y hay quien retiene más de lo conveniente, pero tiende a la pobreza. El alma liberal engordará; y el que riega, él también será regado." Proverbios 11:24, 25.

Dar forma parte de la religión evangélica. El fundamento del plan de salvación se estableció en el sacrificio. Jesús dejó las cortes reales del Cielo, y se hizo pobre, para que nosotros, a través de su pobreza, nos enriqueciéramos. Su vida en la tierra fue desinteresada, marcada por la humillación y el sacrificio. ¿Es acaso el siervo mayor que su Señor? ¿Acaso los hombres, partícipes de la gran salvación que él realizó para ellos, se negarán a seguir a su Señor y a compartir su abnegación? Cuando el Redentor del mundo ha sufrido tanto por nosotros, ¿vamos a vivir nosotros, los miembros de su cuerpo, en una autoindulgencia irreflexiva? No; la abnegación es una condición esencial del discipulado.

"Yo soy la vid", dice Cristo; "vosotros sois los sarmientos". ¡Qué unión tan estrecha! El mismo principio vital, la savia, que fluye por la vid, alimenta los sarmientos, para que florezcan y den fruto. El espíritu del Maestro animará a sus seguidores. De nuevo dijo Jesús: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". Él guía el camino de la abnegación, y no requiere nada de sus seguidores sino aquello de lo que les ha dado ejemplo en su vida.

Cristo, como nuestra cabeza, dirigió la gran obra de la salvación; pero ha confiado esa obra a sus seguidores en la tierra. No puede llevarse a cabo sin medios, y él ha dado a su pueblo un plan para recaudar los medios suficientes para hacer que su causa prospere. El sistema del diezmo, instituido con este propósito, se remonta a los tiempos de Moisés. Ya en los días de Adán, mucho antes de que se diera el sistema definitivo, se exigía a los hombres que ofrecieran a Dios dones con fines religiosos. Así debían manifestar su agradecimiento por las misericordias y bendiciones que recibían.

Estas ofrendas se continuaron a través de generaciones sucesivas. El principio no era desconocido en los días de Job. Abraham dio diezmos a Melquisedec, el sacerdote del Dios Altísimo. Jacob, cuando estaba en Betel, exiliado y

vagabundo sin dinero, prometió al Señor: "De todo lo que me des, sin duda te daré la décima parte".

Dios no obliga a los hombres a dar a su causa. Su acción debe ser voluntaria. No quiere que su tesoro se llene con ofrendas involuntarias. Su designio en el plan de dar sistemáticamente era poner al hombre en estrecha relación con su Creador y en simpatía y amor con sus semejantes, imponiéndole así responsabilidades que contrarrestarían el egoísmo y fortalecerían los impulsos desinteresados y generosos. El hombre tiende a ser egoísta y a cerrar su corazón a las acciones generosas. El Señor, al exigir que las ofrendas se hicieran en momentos determinados, quiso que el dar se convirtiera en un hábito y se considerara como un deber cristiano. El corazón, abierto por una ofrenda, no debía tener tiempo de cerrarse y enfriarse egoístamente, antes de que otra ofrenda fuera otorgada.

En cuanto a la cantidad requerida, Dios ha especificado una décima parte del aumento como lo que le corresponde; pero se deben hacer otras ofrendas, y aunque las instrucciones son lo suficientemente definidas para que todos entiendan su deber, hay espacio para que el juicio y la conciencia tengan libre juego. Dice el apóstol: "Cada uno de vosotros ponga aparte lo que Dios le haya concedido". El sistema del diezmo es hermoso en su igualdad y sencillez. Da a todos la oportunidad de ayudar a llevar adelante la preciosa obra de la salvación. Cada hombre, mujer y niño puede convertirse en un tesorero para el Señor.

Con este sistema pueden lograrse grandes objetivos. Si todos lo aceptan, no faltarán medios para llevar adelante la obra de Dios en la tierra. La tesorería estará llena, y las contribuciones no se dejarán a los miembros más pobres de la iglesia. Cada inversión que se haga atraerá el corazón para amar la causa de Dios más y más; y los liberales, que están dispuestos a sacrificarse por la difusión de la verdad y la salvación de las almas, estarán "acumulando para sí un buen fundamento para el tiempo venidero, a fin de aferrarse a la vida eterna."

La iglesia cristiana, como cosa general, desatiende las demandas de Dios sobre ellos para que den de las cosas que poseen para apoyar la guerra contra las tinieblas morales que están inundando el mundo. Cada miembro de la iglesia debería ser un trabajador ferviente, un dador liberal y sistemático. Pero algunos ricos tienen ganas de murmurar porque hay demandas de dinero. Dicen que continuamente surge un objeto tras otro, y que las peticiones de medios no tienen fin. No recuerdan que dentro de un tiempo tendrán una deuda que saldar con el Maestro.

Dice el apóstol: "No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio"; no con "cosas corruptibles, como oro o plata", sino con la "sangre preciosa de Cristo". A cambio nos pide que utilicemos los dones que nos ha confiado para ayudar a la salvación de las almas. Ha dado su sangre; pide nuestros talentos de medios y de influencia. Es por su pobreza que tenemos riquezas eternas; y ¿nos negaremos a devolverle la plata y el oro que son sus propios dones? Si los hombres prefieren hacer caso omiso de las exigencias de Dios y acaparar los medios que les da, Él callará por el momento. Con frecuencia continuará poniéndolos a prueba aumentando sus generosidades, dejando que fluyan sus bendiciones; estos hombres pueden pasar recibiendo honores de los hombres, y sin censura en la iglesia, pero pronto se les dirá: "Da cuenta de tu mayordomía."

Dios no depende del hombre. Él dice: "Mía es la plata y mío es el oro". "Toda bestia del bosque es mía, y el ganado sobre mil colinas". "Si tuviera hambre, no te lo diría; porque mío es el mundo y su plenitud". Es por nuestro propio bien que Él ha planeado que tengamos alguna parte en el avance de su causa. Nos ha honrado haciéndonos colaboradores suyos. Ha ordenado que haya necesidad de la cooperación de los hombres, para que cultiven y mantengan en ejercicio sus afectos benévolos.

En la sabia providencia de Dios, los pobres están siempre con nosotros, para que, mientras presenciamos las diversas formas de sufrimiento y necesidad en el mundo, seamos probados y desarrollemos el carácter cristiano. Dios los ha puesto entre nosotros para suscitar la simpatía y el amor cristianos. Están aquí como representantes de Cristo. Él se identifica con la humanidad sufriente. Hace suyas sus necesidades y toma en su seno los sufrimientos de los hijos de los hombres. "En cuanto no servisteis", dice, "a uno de estos más pequeños, a mí no me lo servisteis".

La oscuridad moral de un mundo arruinado también apela a los hombres y mujeres cristianos para que hagan un esfuerzo individual. Las Escrituras les exigen que mantengan en constante ejercicio el interés por la salvación de sus semejantes. La condición de la vida eterna, tal como la expresó el propio Cristo, es el amor supremo a Dios y el mismo amor al prójimo.

Los primeros discípulos expresaron su gratitud por los beneficios de la era cristiana en obras de caridad y benevolencia. La efusión del Espíritu de Dios, después de que Cristo dejara a sus discípulos y ascendiera al Cielo, condujo a la abnegación y al autosacrificio por la salvación de los demás. Cuando los pobres santos de Jerusalén estaban en necesidad, Pablo, apelando a los

cristianos gentiles en su favor, les instó a demostrar la sinceridad de su amor por su liberalidad. "Por tanto", dice, "así como abundáis en todo, en fe, en palabra, en ciencia y en toda solicitud, y en vuestro amor para con nosotros, procurad abundar también en esta gracia". Aquí la benevolencia se coloca al lado de la fe, el amor y la diligencia cristiana.

El Evangelio, a medida que se extiende y amplía, requiere mayores provisiones para sostenerlo que las que se requerían antiguamente, y esto hace que la ley de los diezmos y las ofrendas sea una necesidad más urgente ahora que bajo la economía hebrea. La causa de Dios requiere, no menos, sino mayores donativos que en cualquier otro período de la historia del mundo. El principio establecido por Cristo es que las ofrendas deben ser proporcionales a la luz y a las bendiciones de que se goza. "A quien mucho se le da, mucho se le exige". Pero los que dan de acuerdo con esta regla cosecharán una bendición proporcional. "El alma liberal será engordada". "El liberal concibe cosas liberales; y por las cosas liberales se mantendrá".

25 de marzo de 1886

El portador de luz cristiano

EGW

"Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una vela para ponerla debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrá a todos los que están en la casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos."

"Vosotros sois la luz del mundo", dijo Cristo a sus discípulos. Así como el sol sale por los cielos, disipando las sombras de la noche y llenando el mundo de resplandor, así los seguidores de Jesús deben dejar brillar su luz para disipar las tinieblas morales de un mundo sumido en el pecado. Pero ellos no tienen luz propia; es la luz del Cielo la que deben reflejar al mundo.

"Una ciudad asentada sobre una colina no puede ocultarse". Nuestros pensamientos y propósitos son los resortes secretos de la acción, y por lo tanto determinan el carácter. No es necesario que el propósito formado en el corazón se exprese de palabra o de hecho para que sea pecado y lleve al alma a la condenación. Cada pensamiento, sentimiento e inclinación, aunque invisibles para los hombres, son discernidos por el ojo de Dios. Pero sólo cuando el mal

que ha echado raíces en el corazón llega a su fruición en la palabra o el hecho ilícitos, puede el hombre juzgar el carácter de sus semejantes. El cristiano es el representante de Cristo. Debe mostrar al mundo el poder transformador de la gracia divina. Es una epístola viviente de la verdad de Dios, conocida y leída por todos los hombres. La regla dada por Cristo para determinar quiénes son sus verdaderos seguidores es: "Por sus frutos los conoceréis".

Muchos que profesan ser cristianos, algunos incluso que exponen las verdades sagradas de la Biblia, viven todavía como si no existiera un Dios que pueda leer lo más íntimo del alma. Olvidan la dignidad y solemnidad de su alto llamamiento como hijos del Rey celestial, y su responsabilidad como "luz del mundo". Puede que ahora no se den cuenta de su pecaminosidad; pero cuando sean convocados ante el gran trono blanco, serán condenados con un terror mudo. Con el ojo del Juez mirándolos, no se atreverán a mencionar las excusas que ahora esgrimen con tanta ligereza para escudarse de las exigencias divinas. Conocían la voluntad de su Maestro, pero no la cumplieron.

Y sin embargo, las faltas y errores de los miembros de la iglesia no serán escudo para los impenitentes en el día de Dios. Los que quieren hacerlos tales cuando se presentan los reclamos de Dios, demuestran su verdadero carácter de amantes del pecado. Están actuados por el mismo espíritu que su amo, a quien la Biblia declara ser el "acusador de los hermanos". El hecho de que algunos cristianos profesos no sean lo que deberían ser, no prueba nada en contra de la religión, sino sólo que estas personas no son fieles a su profesión. Tampoco prueba que la iglesia sea corrupta. ¿Acaso no se ocupa ella de los miembros ofensores, y separa de su compañía a los que persisten en el mal camino? Y estas personas que señalan con tanta complacencia las faltas de los cristianos no son coherentes. Sacarán el mayor provecho de las faltas de un hombre mientras sea miembro de la iglesia; pero si se le expulsa, se vuelven y simpatizan con él, declarando que la iglesia es poco caritativa y severa.

"Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". La vida piadosa y la conversación santa del cristiano son un testimonio diario contra el pecado y los pecadores. Pero debe presentar a Cristo, no a sí mismo. Cristo es el gran remedio para el pecado. Nuestro compasivo Redentor nos ha proporcionado la ayuda que necesitamos. Está esperando para imputar su justicia al penitente sincero, y para encender en su corazón el amor divino que sólo nuestro bondadoso Redentor puede inspirar. Entonces, nosotros que profesamos ser sus testigos en la tierra, sus embajadores

desde la corte del Cielo, glorifiquemos a Aquel a quien representamos, siendo fieles a nuestra confianza como portadores de luz para el mundo.

Todo el que al fin obtenga la vida eterna manifestará aquí celo y devoción en el servicio de Dios. No abandonará el puesto del deber al acercarse la prueba, la dificultad o el reproche. Será un estudiante diligente de las Escrituras, y seguirá la luz a medida que brille en su camino. Cuando se le presente algún requisito bíblico claro, no se detendrá a preguntar: "¿Qué dirán mis amigos si tomo mi posición con el pueblo de Dios? Conociendo su deber, lo cumplirá de corazón y sin temor. De tales seguidores de corazón sincero, Jesús declara que no se avergüenza de llamarlos hermanos. El Dios de la verdad estará de su parte y nunca los abandonará. Todas las pérdidas aparentes por causa de Cristo les parecerán ganancias infinitas.

Dijo nuestro Salvador: "Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas". La palabra de Dios, creída y obedecida, ejerce un poder transformador sobre la vida y el carácter. Sus verdades sublimes, sus principios puros y santos, fortalecen el intelecto, ennoblecen los afectos, iluminan el entendimiento. Cuán grande es la pérdida que sufren los que descuidan este depósito de riquezas eternas. Pero la palabra de Dios discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Por eso muchos se oponen a las verdades que enseña. Aman alguna indulgencia que ella condena, y por lo tanto odian la luz que revela su pecado. "Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas".

Muchos a quienes el mundo considera hombres liberales, de corazón generoso y nobles, a los ojos de Dios son perversos y corruptos. Porque Dios no ve como ve el hombre; sus pensamientos no son como nuestros pensamientos. Los hombres, en su autocomplacencia, tratan de disimular los defectos de su vida y de su carácter, y se ilusionan con que todo está bien. Pero la luz de la verdad revelaría su peligro y asestaría un golpe mortal a su autosatisfacción. Entonces verían la importancia de una vida santa y su propia necesidad de Cristo como Salvador.

No tenemos más que un breve espacio en el que prepararnos para la vida futura; y todos los que esperan morar en el más allá con los puros y santos, deben obtener aquí una aptitud para tal sociedad. Entonces, que los momentos hasta ahora malgastados en la ociosidad y la insensatez se dediquen de ahora en

adelante a la oración y a la lectura de la palabra de Dios. Esta disciplina puede tenerla todo cristiano, y, bien perfeccionada, le hará sabio para la vida eterna.

La mente crece con lo que se alimenta. El entendimiento se adapta gradualmente a los temas que debe comprender. Si se le permite detenerse sólo en las cosas de esta vida, se empequeñece y debilita. Si se absorbe en la vanidad y la locura, después de un tiempo casi perderá el poder de crecimiento. Para asegurar fuerza y vigor, la mente debe ser ejercitada; y no hay otro medio por el cual esto pueda lograrse tan exitosamente como por el estudio de las Sagradas Escrituras.

Los medios que Dios nos ha dado para resistir la tentación son el estudio de su Palabra y la oración sincera. En su encuentro con el príncipe de las tinieblas en el desierto de la tentación, nuestro Salvador precedió cada respuesta con las palabras: "Está escrito". Fue la palabra de Dios la que venció a Satanás. Quien la estudia, se arma con las armas del poder divino contra los ataques del enemigo. "Tu palabra", dijo el salmista, "he guardado en mi corazón, para no pecar contra ti".

En su conversación con Nicodemo, Cristo explicó la naturaleza y la importancia de la verdadera conversión. Declaró solemnemente: "El que no naciere de nuevo" -a menos que reciba un corazón nuevo, nuevos deseos, propósitos y motivos, que lo lleven a una vida nueva- "no puede ver el reino de Dios". Ya no debe ser un súbdito voluntario del enemigo de Cristo, ni permanecer sujeto al poder del pecado.

Los que han experimentado el nuevo nacimiento acaban de entrar en la vida cristiana. A ellos se dirigen las palabras del apóstol: "De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él". En las tentaciones y pruebas de la vida, a menudo es difícil mantener la paciencia y la mansedumbre de Cristo; pero que no se desanimen los que son duramente probados, y que sienten que no tienen fuerza suficiente para hacer frente por sí solos al poder del mal. Dios ha prometido gracia según nuestro día. Mediante la paciente resistencia podemos llegar a ser fuertes, mediante el fracaso podemos aprender el éxito, y mediante la aparente derrota podemos vencer.

Todo el pueblo de Dios debe convertirse en colaborador suyo. Ninguno necesita esperar grandes oportunidades ni pedir talentos extraordinarios. La capacidad que Dios les ha dado es todo lo que Él requiere. Él quiere que cada uno de nosotros haga callada y fielmente lo que pueda, y que le dejemos a Él el resultado. Nuestra vida diaria puede ser una luz para el mundo, un testimonio

vivo del poder de la gracia divina; y la influencia de ese testimonio se ampliará y profundizará, mientras estemos conectados con el Dios de sabiduría y poder.

"Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad". Esta es la regla de vida establecida en las Sagradas Escrituras. Y los que la practiquen no amarán más las tinieblas que la luz, sino que vendrán a la "luz, para que se manifiesten sus obras, que son hechas en Dios."

1 de abril de 1886

Una lección de la época de Noé

EGW

"Como fue en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre. Comían, bebían, se casaban, se daban en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. Lo mismo sucedió en los días de Lot. Comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; pero el mismo día que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así sucederá también el día en que se manifieste el Hijo del hombre".

La naturaleza del pecado es propagarse y aumentar. Desde el primer pecado de Adán, de generación en generación se ha propagado como una enfermedad contagiosa. Cuando el mundo estaba aún en su infancia, el pecado adquirió proporciones temibles. El odio a la ley de Dios y, como resultado seguro, el odio a toda bondad, se hizo universal. Dios, que había creado al hombre y le había dado con mano implacable las bondades de su providencia, fue deshonrado por los seres que había creado, menospreciado y despreciado por los destinatarios de sus dones. Pero aunque el hombre pecador olvidó a su benévolo Benefactor, Dios no olvidó a la criatura que había formado. No sólo envió "lluvia del cielo y estaciones fructíferas", llenando el corazón del hombre de "alimento y alegría", sino que también le envió mensajes de advertencia y súplica. La maldad del hombre fue plenamente expuesta ante él, y el resultado de transgredir la ley divina.

En los días de Noé, la maldad del mundo llegó a ser tan grande que Dios no pudo soportarla más; y dijo: "Destruiré de la faz de la tierra al hombre que he creado". Pero se compadeció de la raza, y en su amor proporcionó un refugio

para todos los que lo aceptaran. Le dio el mensaje a Noé para que se lo diera a la gente: "Mi Espíritu no contendrá siempre con el hombre". Noé recibió instrucciones de construir un arca y, al mismo tiempo, predicar que Dios traería un diluvio de aguas sobre la tierra para destruir a los malvados. Los que creyesen el mensaje y se preparasen para ese acontecimiento mediante el arrepentimiento y la reforma, encontrarían el perdón y se salvarían; pero una resistencia continua a las súplicas y advertencias de Dios por medio de su siervo Noé, los separaría de Dios, y como resultado la misericordia y el amor infinitos cesarían sus súplicas. El Espíritu de Dios continuó luchando con el hombre rebelde hasta que el tiempo especificado casi había expirado, cuando Noé y su familia entraron en el arca, y la mano de Dios cerró su puerta. La misericordia había abandonado el trono de oro, para no interceder más por el pecador culpable.

Todos los hombres de aquella generación no eran, en el sentido más pleno del término, idólatras paganos. Muchos tenían conocimiento de Dios y de su ley; pero no sólo rechazaron ellos mismos el mensaje del fiel predicador de la justicia, sino que usaron toda su influencia para impedir que otros fuesen obedientes a Dios. A cada uno le llega un día de prueba y de confianza. Aquella generación tuvo su día de oportunidad y privilegio mientras Noé hacía sonar la nota de advertencia de la destrucción venidera; pero sometieron sus mentes al control de Satanás más bien que al de Dios, y él los engañó, como engañó a nuestros primeros padres. Puso ante ellos tinieblas y falsedad en lugar de luz y verdad; y aceptaron sus sofismas y mentiras, porque eran aceptables para ellos y estaban en armonía con sus vidas corruptas, mientras que la verdad que los habría salvado fue rechazada como un engaño.

Los números no estaban del lado del bien. El mundo se alzó contra la justicia de Dios y sus leyes, y Noé fue considerado un fanático. Satanás, al tentar a Eva para que desobedeciera a Dios, le dijo: "No moriréis ciertamente". Grandes hombres, mundanos, honrados y sabios, repitieron la misma historia: "No moriréis ciertamente". "Las amenazas de Dios", decían, "son para intimidar, y nunca se verificarán. No debéis alarmaros. Tal acontecimiento como la destrucción del mundo por el Dios que lo hizo, y el castigo de los seres que ha creado, nunca tendrá lugar. Estad en paz; no temáis. Noé está loco; es el fanático más salvaje". Así que el pueblo no humilló su corazón ante Dios, sino que continuó con su desobediencia y su maldad, lo mismo que si Dios no les hubiera hablado por medio de su siervo.

Pero Noé se mantuvo como una roca en medio de la tempestad. Estaba rodeado de toda clase de maldad y corrupción moral; pero en medio del desprecio y el ridículo populares, en medio de la maldad y la desobediencia universales, se distinguió por su santa integridad y su inquebrantable fidelidad. Mientras el mundo a su alrededor despreciaba a Dios y se entregaba a todo tipo de disipación extravagante que conducía a la violencia y a crímenes de todo tipo, el fiel predicador de la justicia declaró a aquella generación que un diluvio de agua iba a inundar el mundo a causa de la insuperable maldad de sus habitantes. Les advirtió que se arrepintieran y creyeran, y que se refugiaran en el arca.

El mensaje de Noé era para él una realidad. En medio de las burlas y mofas del mundo, fue un testigo inquebrantable de Dios. Su mansedumbre y rectitud contrastaban brillantemente con los repugnantes crímenes, intrigas y violencia que se practicaban continuamente a su alrededor. Sus palabras tenían poder, pues eran la voz de Dios a los hombres a través de su siervo. La conexión con Dios le hizo fuerte en la fuerza del poder infinito, mientras que durante ciento veinte años su solemne voz de advertencia cayó en los oídos de los hombres de aquella generación en relación con acontecimientos que, hasta donde la sabiduría humana podía juzgar, parecían imposibles. Algunos estaban profundamente convencidos, y habrían prestado atención a las palabras de advertencia; pero había tantos para burlarse y ridiculizar que participaron del mismo espíritu, resistieron las invitaciones de misericordia, se negaron a reformarse, y pronto estuvieron entre los burladores más audaces y desafiantes; porque nadie es tan imprudente, y llega tan lejos en el pecado, como aquellos que una vez tuvieron luz, pero han resistido al Espíritu condenador de Dios. Así, mientras Dios trabajaba para atraer al hombre hacia sí, el hombre, en su rebelión, se alejaba de Dios y resistía continuamente las súplicas del amor infinito.

El mundo anterior al diluvio razonaba que durante siglos las leyes de la naturaleza habían sido fijas. Las estaciones se repetían en su orden. Los ríos y arroyos nunca habían traspasado sus límites, sino que habían llevado sus aguas con seguridad al mar. Decretos fijos habían impedido que las aguas se desbordaran. Pero estos razonadores no reconocieron la Mano que había detenido las aguas, diciendo: Hasta aquí llegarás, y no más allá.

A medida que pasaba el tiempo sin que se produjera ningún cambio aparente en la naturaleza, los hombres cuyos corazones habían temblado a veces de miedo, empezaron a tranquilizarse. Razonaban entonces, como muchos razonan ahora, que la naturaleza estaba por encima del Dios de la naturaleza, y que sus caminos

eran tan fijos que Dios mismo no podía cambiarlos. Razonando que si el mensaje de Noé era correcto, la naturaleza se desviaría de su curso, hicieron de ese mensaje, en las mentes del mundo, una ilusión, un gran engaño. Manifestaron su indiferencia y desprecio por la solemne advertencia de Dios haciendo lo mismo que habían hecho antes de que se diera la advertencia. Continuaron sus festividades, sus banquetes glotones, comiendo y bebiendo, plantando y edificando, en referencia a la ventaja que esperaban obtener en el futuro lejano; y llegaron a mayores extremos en maldad, y en desafiante desprecio de los requerimientos de Dios, para testificar que no tenían temor del Todopoderoso ante sus ojos.

Qué sencilla e infantil, en medio de la incredulidad de un mundo burlón, fue la fe de Noé. Su fe era en verdad la "sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no se ven". Fue una fe que se perfeccionó y se hizo evidente por sus obras. Dio al mundo un ejemplo de creer exactamente lo que Dios decía. Siguiendo las instrucciones de Dios, comenzó a construir el arca, una inmensa barca, en tierra seca. Multitudes vinieron de todas partes para ver este extraño espectáculo, y para escuchar las palabras serias y fervientes de este hombre singular, que parecía creer cada palabra que pronunciaba. Noé era realmente singular. Estaba en el mundo, pero no era del mundo. Se convirtió en objeto de desprecio y ridículo por su firme adhesión a las palabras de Dios; sin embargo, obedeció sin dudar. Qué marcado contraste con la incredulidad reinante y el desprecio de la ley de Dios.

El tiempo de Noé prefigura la época actual. Cristo nos dice que como fue en tiempos de Noé, así será en los días que precedan inmediatamente a su aparición en las nubes del cielo. La naturaleza humana en nuestros días, no influenciada por el Espíritu de Dios, es la misma que en la época de Noé. Y Satanás no está dormido; está tan activo y vigilante ahora como lo estaba entonces. Mientras la voz de Dios se hace oír por medio de sus siervos en advertencias y súplicas, él reúne sus fuerzas. Compromete a sus huestes con gigantescas energías para que, por medio de sus sofismas, crueldades y opresión, las palabras de advertencia queden sin efecto. El pueblo es puesto a prueba, y la gran masa se encontrará del lado del gran engañador, y será arrollada en una destrucción rápida e irremediable. Pero los que presten atención a las advertencias de Dios y produzcan en sus vidas frutos dignos de arrepentimiento, "morarán en el lugar secreto del Altísimo"; "permanecerán bajo la sombra del Omnipotente". Para ellos es la promesa: "Con larga vida lo saciaré, y le mostraré mi salvación."

8 de abril de 1886

La ley de Dios, norma de gobierno interno

EGW

La obra de los padres es importante y solemne; los deberes que recaen sobre ellos son grandes. Pero si estudian cuidadosamente la Palabra de Dios, encontrarán en ella instrucciones completas y muchas promesas preciosas que se les hacen a condición de que realicen su obra fielmente y bien. Les exhorta a criar a sus hijos "en disciplina y amonestación del Señor", y les asegura que si educan a sus hijos en el camino que deben seguir, cuando sean mayores no se apartarán de él. Una vez más, la amonestación se da en relación con los mandamientos de Dios: "Los enseñarás diligentemente a tus hijos, y hablarás de ellos cuando estés sentado en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes".

Para realizar esta obra, los padres deben familiarizarse ellos mismos con la palabra de Dios. En vez de gastar su tiempo en chismes, o en adornos innecesarios de sus casas o de sus personas, buscarán diligentemente entender la voluntad de Dios tal como les ha sido revelada en su Palabra. Y en vez de hablar palabras vanas y contar cuentos ociosos a sus hijos, hablarán con ellos sobre temas bíblicos. Ese libro no fue diseñado sólo para eruditos. Fue escrito en un estilo llano y sencillo para satisfacer el entendimiento de la gente común; y, con las explicaciones apropiadas, una gran parte de él puede hacerse intensamente interesante y provechosa para los niños muy pequeños.

Tanto los padres como los hijos deben estar bajo el control de Dios. No debe haber opresión por parte de los padres, ni desobediencia por parte de los hijos. La razón inteligente debe tomar las líneas de control. Si los padres de esta edad del mundo se ajustan a la mente de Dios en la educación de sus hijos, se experimentará una gran reforma en el carácter de muchos. Sus hábitos, sus temperamentos y sus ideas tendrán que cambiar enteramente antes de que puedan guiar a sus hijos a obedecer a Dios. Primero deben controlar su propia voluntad, y obedecer ellos mismos la palabra de Dios. En vez de regañar, enfurecerse y luego consentir a sus hijos, los padres que andan concienzudamente en el camino del Señor procurarán, por precepto y ejemplo, educar a sus hijos en la abnegación y el dominio propio. También sentirán la responsabilidad de enseñarles la verdad. Con la palabra de Dios extendida ante ellos, los padres mostrarán a sus hijos la importancia de seguir las enseñanzas de la Biblia, y de no apartarse de ellas bajo ninguna consideración.

Después de la muerte de Moisés, Josué fue el líder de Israel. Pero a pesar de sus cargas nacionales, no podía olvidar los deberes que recaían sobre él con respecto a su propia familia. Pregunta al pueblo si servirán plenamente al Señor y guardarán todos sus mandamientos; y luego declara enfáticamente: "En cuanto a mí y a mi casa, serviremos al Señor". Este debería ser el lenguaje de todo padre y madre en nuestros días.

Los padres tienen ante sí el ejemplo de Abraham, el padre de los fieles. El Dios del Cielo dice: "Yo le conozco, que *mandará a* sus hijos y a su casa después de él, y guardarán el camino del Señor, haciendo justicia y juicio". No habrá traición a la verdad por su parte; no habrá compromiso en el asunto. Guardará la ley de Dios, enseñará a sus hijos a guardarla. No permitirá que el afecto ciego, que es la mayor crueldad, lo controle, ni permitirá que sus hijos se conviertan en el poder dominante en el hogar. Cuidará de que se rinda lealtad al Dios del Cielo, y de que Satanás no se apodere de los miembros de su familia.

Hasta que los propios padres no caminen en la ley del Señor con corazones perfectos, no estarán preparados para mandar a sus hijos después de ellos. El Santo de Israel nos ha dado a conocer los estatutos y leyes que han de regir todas las inteligencias humanas. Estos preceptos, que han sido declarados "santos, justos y buenos", han de formar la norma de acción en el hogar. No puede haber desviación de ellos sin pecado, pues son el fundamento de la religión cristiana. Uno de los más claros de estos preceptos es el que se refiere a la observancia del sábado. "Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios. En él no harás obra alguna, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas".

A lo largo de toda la Biblia encontramos que se ordena repetidamente la observancia cuidadosa del sábado, y Dios ha declarado claramente que no prosperarán los que a sabiendas quebranten el sábado. El que ha dado al hombre seis días para trabajar y ganarse el sustento, se ha reservado sólo un día para sí mismo; y mira con indignación a los que se apropian de cualquier porción de este tiempo para sus propios negocios seculares. Hay algunos que llevan sus negocios a las horas del sábado hasta tal punto que escriben cartas comerciales, e incluso cobran deudas, pagan facturas y arreglan cuentas en sábado. Pero el ojo de Dios está sobre ellos, y aunque por un tiempo parezcan prosperar, seguramente los visitará con juicio. Con una palabra puede dispersar más rápido de lo que ellos pueden reunir. Por fuego, por inundación, por tempestad o por terremoto, puede hacerles perder todo lo que han ganado violando el sábado.

¡Cuán ciego está el mundo cristiano a sus propios intereses más elevados! Podrían ver si quisieran, cómo el favor de Dios fue quitado de su gente antiguamente, y fueron dejados para ser vencidos por sus enemigos y para convertirse en una gente dispersada y odiada, porque transgredieron sus mandamientos y violaron su Sabbath. El Señor no ha cambiado, ni ha quitado la santidad de su día de descanso.

Algunos que afirman estar rindiendo pleitesía a la ley de Jehová han llegado incluso tan lejos en la profanación del sábado como para unirse en sociedad con los que no respetan el sábado. El que profesa guardar el sábado puede cesar sus propias labores en sábado, pero su socio continúa el trabajo. ¿Cómo deben mirar los ángeles esta asociación, cuando el observador del sábado se arrodilla reverentemente ante Dios en la casa de adoración, mientras que aquellos con quienes está unido en el negocio continúan su trabajo igual que en cualquier otro día? ¿Cómo ve el Cielo el ruido y la confusión, el sonido del hacha y el martillo del mecánico, que asciende en lugar de la acción de gracias, como si desafiara sus mandatos? ¿Puede el Señor considerar inocente al hombre que así se une a los transgresores?

El ateísmo y la infidelidad prevalecen en todas las tierras. Osados blasfemos se levantan en la tierra, la casa del propio edificio de Dios, y niegan la existencia del Creador, y desafían al Dios del Cielo a que los mate en el acto si su posición es errónea. Ved a las sociedades de infieles formándose en todas partes para idear medios de propagar sus venenos infernales. Ved a los papistas tramando cómo suprimir la palabra de Dios y encubrir la verdad con la basura del error.

En vista de todas estas influencias que actúan en el mundo para inculcar sentimientos infieles en las mentes de la nueva generación, ¿ayudarán en esta obra los padres que tienen la luz de la verdad? ¿Deberán, con su ejemplo y su influencia, dar la impresión a sus propios hijos y al mundo de que poco importa si obedecen a Dios en todo? Todos necesitamos tanto la sana doctrina bíblica como la religión pura de corazón para que podamos representar la verdad tal como es en Jesús. Necesitamos respirar continuamente la atmósfera vitalizadora del Cielo para que podamos tener salud y fortaleza espirituales. La verdad de Dios debe ser un principio permanente y activo en el corazón, si queremos ejercer una influencia correcta sobre los demás. Debe tener una influencia controladora sobre la conciencia y el entendimiento, y sobre los pensamientos, las palabras y las obras.

Hay tal cosa como sostener la verdad en la injusticia; profesando creerla mientras nuestras acciones son como las de los transgresores. La verdad bíblica será un poder en la vida del verdadero creyente. Dará dirección a todos sus esfuerzos, y un propósito santo a todas sus labores. Los incrédulos argumentan con frecuencia que los que profesan creer en la Biblia no ejemplifican sus enseñanzas en sus relaciones de negocios con sus semejantes. Mi alma se ha afligido a menudo al ver que los que defienden la ley de Dios no ponen en práctica sus principios en la vida pública y privada.

No tenemos tiempo ahora para conferenciar con la carne y la sangre. No hay tiempo para estudiar las ganancias y las pérdidas, y para cortar las esquinas afiladas de la verdad para que no molesten a los demás. Las costumbres del mundo no deben ser imitadas por el pueblo de Dios. Lo que puede parecer perfectamente correcto en los incrédulos puede no serlo en absoluto para los que profesan amar a Dios y guardar sus mandamientos. La pregunta no debe ser: ¿Qué es la costumbre? ¿Qué pensarán y dirán los demás? sino: ¿Qué ha dicho Dios en su palabra? ¿Cuál será el efecto de mi ejemplo en el mundo y en los miembros de mi propia familia?

Para que la religión influya en la sociedad, debe influir primero en el círculo familiar. Si los niños fueran educados para amar y temer a Dios en el hogar, cuando salieran al mundo estarían preparados para educar a sus propias familias para Dios, y así los principios de la verdad se implantarían en la sociedad y ejercerían una influencia reveladora en el mundo. La religión no debe separarse de la educación en el hogar. Que Dios se apiade de los padres que no enseñan a sus hijos, por precepto y por ejemplo, el camino del Señor; porque tendrán que dar una cuenta terrible al Juez de toda la tierra por su malvada negligencia del deber para con sus hijos y para con la sociedad. Deben presentar a sus hijos las advertencias divinas contra el pecado, y enseñarles la importancia de la obediencia implícita. Deben mostrarles el peligro de unirse al mundo si alguna vez esperan llegar a ser hijos de Dios.

Muchos padres cristianos no *ordenan a* sus hijos después de ellos, y se extrañan de que sus hijos sean perversos, desobedientes, ingratos e impíos. Tales padres están bajo la reprensión de Dios. Han descuidado criar a sus hijos en la crianza y amonestación del Señor. No les han enseñado la primera lección del cristianismo: "El temor del Señor es el principio de la sabiduría". "La necedad", dice el sabio, "está atada al corazón del niño". El amor a la necedad, el deseo de hacer el mal, el odio a las cosas santas, son algunas de las dificultades que los padres deben enfrentar en el campo misionero del hogar.

Hay muchos, aun entre los que profesan ser cristianos, que no asumen sus deberes hogareños en el temor del Señor. Hay muchos hogares sin oración, y eso, también, entre los que profesan creer las verdades especiales para este tiempo. La Biblia no se introduce en la familia como guía de la vida. Los padres, al no ser hombres y mujeres de oración, no instruyen ni ordenan a sus hogares en el camino de los mandamientos de Dios. Esa norma santa se deja de lado porque el hombre finito cree ver un camino mejor.

Con la fuerza de Dios, los padres deben levantarse y mandar a sus familias después de ellos. Deben aprender a reprimir el mal con mano firme, pero sin impaciencia ni pasión. No deben dejar que los hijos adivinen lo que es correcto, sino que deben señalar el camino en términos inequívocos y enseñarles a andar por él. Los padres deben orar mucho, y deben guiar las mentes de los niños hacia Dios y el Cielo. Una religión de fe sencilla en el sacrificio expiatorio de Cristo, y de obediencia implícita a la regla moral de Dios, hará que el hogar sea tal que el Cielo pueda sonreír. Producirá pureza y paz, porque están obedeciendo al guía que vino del cielo a la tierra para conducir al hombre errante a las mansiones de arriba.

¡Oh, el pecado de la negligencia de los padres! ¡Cuántos hijos se pierden para Dios y se convierten en una fuente de tristeza y angustia para sus padres, porque no son educados de acuerdo con las instrucciones expresas de Dios! Qué historia revelará el Juicio de aflicción y miseria producida por los hijos de padres que profesaron ser cristianos, pero que no hicieron de la palabra de Dios su norma, su regla de vida. Qué registro de crímenes de toda magnitud se abrirá entonces a la vista de los padres, y se rastreará hasta su disciplina laxa. Sus hijos, como los de Elí, hacían el mal desde la niñez; pero en vez de refrenarlos firmemente, los acariciaban y los consentían. Permitían que la maldad innata del corazón natural creciera y se fortaleciera. Ni siquiera la casa de Dios era venerada.

Elí era un creyente en Dios y en su palabra; pero no "*mandó*", como Abraham, a sus hijos y a su casa después de él. Oigamos lo que Dios dice acerca de la negligencia de Elí: "He aquí que yo hago una cosa en Israel, por la cual se agitarán los oídos de todos los que la oyeren. Había sido advertido e instruido; pero, como los padres de hoy, no había hecho caso de la advertencia. Pero cuando el Señor se ocupó del caso, no cesó hasta que hubo hecho una obra completa. Dice: "Cuando yo comience, también terminaré. Porque he dicho a Elí que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad que él conoce; porque sus hijos se envilecieron, y él no los refrenó."

Aquí la negligencia de Elí se presenta claramente ante todos los padres y madres de la tierra. Como resultado de su afecto no santificado, o de su renuencia a cumplir un deber desagradable, recogió una cosecha de iniquidad en sus hijos perversos. Tanto el padre que permitió la maldad como los hijos que la practicaron, eran culpables ante Dios, y él no aceptaría sacrificio ni ofrenda alguna por su transgresión. Hay muchas lecciones en la Biblia calculadas para impresionar a los padres y a las madres sobre el pecado de descuidar su deber para con sus hijos; y sin embargo, ¡cuán silenciosas son las voces de los maestros en Israel sobre estos importantes temas! Los padres permiten que los defectos de sus hijos pasen sin ser corregidos, hasta que la maldición de Dios recaea tanto sobre sus hijos como sobre ellos mismos. Como Elí, no muestran decisión en reprimir la primera aparición del mal.

¡En qué contraste tan asombroso se encuentran los casos de Elí y Abraham! El ejemplo de uno se da para que los padres eviten una conducta similar; el ejemplo del otro se da para que los padres lo imiten. Las características de cada uno se destacan nítida y claramente. Cada uno estaba haciendo una obra cuyo resultado no sólo se vería en su propia vida, sino que alcanzaría a las generaciones futuras, a sus hijos y a los hijos de sus hijos. La influencia que una persona ejerce en su propia familia es la que atestigua la autenticidad de su experiencia religiosa. Descuidado e infiel allí, será infiel en todas partes. La religión en el hogar, la formación en el hogar, es lo que más se necesita ahora. El futuro de la sociedad está determinado por la juventud de hoy.

Basilea, Suiza,

4 de marzo de 1886.

15 de abril de 1886

El carácter de la Ley de Dios

EGW

David dice: "La ley del Señor es perfecta". "En cuanto a tus testimonios, desde antiguo he sabido que los fundaste para siempre". Y Pablo testifica: "La ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno".

Como Supremo Gobernante del universo, Dios ha ordenado leyes para el gobierno no sólo de todos los seres vivos, sino de todas las operaciones de la naturaleza. Todo, ya sea grande o pequeño, animado o inanimado, está sometido

a leyes fijas que no pueden ser ignoradas. No hay excepciones a esta regla, porque nada de lo que la mano divina ha hecho ha sido olvidado por la mente divina. Pero mientras todo en la naturaleza se rige por la ley natural, sólo el hombre, como ser inteligente, capaz de comprender sus exigencias, es susceptible de someterse a la ley moral. Sólo al hombre, obra cumbre de su creación, ha dado Dios una conciencia capaz de comprender las sagradas exigencias de la ley divina, y un corazón capaz de amarla como santa, justa y buena; y del hombre se exige una obediencia pronta y perfecta. Sin embargo, Dios no le obliga a obedecer; se le deja como agente moral libre.

Pocos comprenden el tema de la responsabilidad personal del hombre; y, sin embargo, es un asunto de la mayor importancia. Cada uno de nosotros puede obedecer y vivir, o puede transgredir la ley de Dios, desafiar su autoridad y recibir el castigo que le corresponde. Entonces a cada alma le llega con fuerza la pregunta: ¿Obedeceré la voz del Cielo, las diez palabras pronunciadas desde el Sinaí, o iré con la multitud que pisotea esa ley ardiente? Para los que aman a Dios, guardar sus mandamientos y hacer lo que es agradable a sus ojos será el mayor deleite. Pero el corazón natural odia la ley de Dios y lucha contra sus santas exigencias. Los hombres cierran sus almas a la luz divina, negándose a caminar en ella cuando brilla sobre ellos. Sacrifican la pureza de corazón, el favor de Dios y su esperanza del Cielo, por la gratificación egoísta o la ganancia mundana.

Dice el salmista: "La ley de Jehová es perfecta". ¡Qué maravillosa es la ley de Jehová por su sencillez, su amplitud y su perfección! Es tan breve que podemos memorizar fácilmente cada precepto, y, sin embargo, de tan largo alcance que expresa toda la voluntad de Dios y tiene en cuenta no sólo las acciones externas, sino también los pensamientos y las intenciones, los deseos y las emociones del corazón. Las leyes humanas no pueden hacer esto. Sólo pueden ocuparse de las acciones externas. Un hombre puede ser un transgresor y, sin embargo, ocultar sus fechorías a los ojos humanos; puede ser un criminal, un ladrón, un asesino o un adúltero, pero mientras no sea descubierto, la ley no puede condenarlo como culpable. La ley de Dios toma nota de los celos, la envidia, el odio, la malignidad, la venganza, la lujuria y la ambición que surgen en el alma, pero que no han encontrado expresión en la acción exterior, porque ha faltado la oportunidad, no la voluntad. Y estas emociones pecaminosas serán puestas en la cuenta en el día cuando "Dios traerá toda obra a juicio, con toda cosa secreta, sea buena o sea mala."

La ley de Dios es sencilla y fácil de comprender. Hay hombres que se jactan orgullosamente de creer sólo en lo que pueden comprender, olvidando que hay misterios en la vida humana y en la manifestación del poder de Dios en las obras de la naturaleza, misterios que la filosofía más profunda, la investigación más amplia, son incapaces de explicar. Pero no hay misterio en la ley de Dios. Todos pueden comprender las grandes verdades que encierra. El intelecto más débil puede comprender estas reglas; el más ignorante puede regular la vida y formar el carácter según la norma divina.

Si los hijos de los hombres obedecieran esta ley lo mejor que pudieran, adquirirían fuerza de mente y poder de discernimiento para comprender aún más los propósitos y planes de Dios. Y este progreso continuaría, no sólo durante la vida presente, sino durante las edades eternas; porque por mucho que avancemos en el conocimiento de la sabiduría y el poder de Dios, siempre hay un infinito más allá.

La ley divina nos exige amar a Dios en grado sumo y al prójimo como a nosotros mismos. Sin el ejercicio de este amor, la más alta profesión de fe es mera hipocresía. "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primer y gran mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos -dice Cristo- depende toda la Ley y los Profetas."

La ley exige una obediencia perfecta. "Cualquiera que guardare toda la ley, y ofendiere en un punto, es culpado de todos". Ni uno solo de esos diez preceptos puede quebrantarse sin deslealtad al Dios del Cielo. La menor desviación de sus requisitos, por negligencia o transgresión voluntaria, es pecado, y todo pecado expone al pecador a la ira de Dios. La obediencia era la única condición para que el antiguo Israel recibiera el cumplimiento de las promesas que lo convirtieron en el pueblo altamente favorecido de Dios; y la obediencia a esa ley traerá ahora tan grandes bendiciones a los individuos y a las naciones como las habría traído a los hebreos.

La obediencia a la ley es esencial, no sólo para nuestra salvación, sino para nuestra propia felicidad y la felicidad de todos aquellos con quienes estamos relacionados. "Mucha paz tienen los que aman tu ley, y nada los ofenderá", dice la palabra inspirada. Sin embargo, el hombre finito presentará al pueblo esta ley santa, justa y buena, esta ley de libertad, que el Creador mismo ha adaptado a las necesidades del hombre, como un yugo de esclavitud, un yugo que ningún hombre puede soportar. Pero es el pecador quien considera la ley como un yugo

penoso; es el transgresor quien no puede ver belleza alguna en sus preceptos. Porque la mente carnal "no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede".

"Por la ley es el conocimiento del pecado", porque "el pecado es infracción de la ley". Es por medio de la ley que los hombres son convencidos de pecado; y deben sentirse pecadores, expuestos a la ira de Dios, antes de darse cuenta de su necesidad de un Salvador. Satanás trabaja continuamente para disminuir la estimación que el hombre tiene del carácter grave del pecado. Y los que pisotean la ley de Dios están haciendo la obra del gran engañador, porque rechazan la única regla por la cual pueden definir el pecado y llevarlo a la conciencia del transgresor.

La ley de Dios alcanza esos propósitos secretos que, aunque puedan ser pecaminosos, a menudo se pasan por alto a la ligera, pero que en realidad son la base y la prueba del carácter. Es el espejo en el que el pecador debe mirarse si quiere tener un conocimiento correcto de su carácter moral. Y cuando se ve condenado por esa gran norma de justicia, su siguiente paso debe ser arrepentirse de sus pecados y buscar el perdón por medio de Cristo. Al no hacer esto, muchos tratan de romper el espejo que revela sus defectos, de anular la ley que señala las manchas de su vida y de su carácter.

Vivimos en una época de gran maldad. Multitudes están esclavizadas por costumbres pecaminosas y malos hábitos, y los grilletes que las atan son difíciles de romper. La iniquidad, como un diluvio, está engañando [inundando] la tierra. Crímenes casi demasiado espantosos para ser mencionados, son de ocurrencia diaria. Y sin embargo, hombres que profesan ser atalayas en los muros de Sión enseñarán que la ley fue diseñada sólo para los judíos, y que desapareció con los gloriosos privilegios que marcaron el comienzo de la era evangélica. ¿No hay una relación entre la anarquía y el crimen prevalecientes, y el hecho de que los ministros y el pueblo sostienen y enseñan que la ley ya no tiene fuerza obligatoria?

El poder condenatorio de la ley de Dios se extiende, no sólo a las cosas que hacemos, sino también a las que no hacemos. No debemos justificarnos por omitir hacer las cosas que Dios requiere. No sólo debemos dejar de hacer el mal, sino que debemos aprender a hacerlo bien. Dios nos ha dado poderes para que los ejercitemos en buenas obras; y si estos poderes no se ponen en uso, ciertamente seremos considerados como siervos malvados y perezosos. Podemos no haber cometido pecados graves; tales ofensas pueden no estar registradas contra nosotros en el libro de Dios; pero el hecho de que nuestras

obras no estén registradas como puras, buenas, elevadas y nobles, mostrando que no hemos mejorado nuestros talentos encomendados, nos coloca bajo condenación.

La ley de Dios existía antes de la creación del hombre. Estaba adaptada a la condición de los seres santos; incluso los ángeles se regían por ella. Después de la caída, los principios de justicia no cambiaron. Nada fue quitado de la ley; ni uno solo de sus santos preceptos pudo ser mejorado. Y como ha existido desde el principio, así continuará existiendo a través de las incesantes edades de la eternidad. "En cuanto a tus testimonios", dice el salmista, "he sabido desde antiguo que tú los fundaste para siempre".

Por esta ley, que gobierna a los ángeles, que exige pureza en los pensamientos, deseos y disposiciones más secretos, y que "permanecerá firme para siempre", todo el mundo ha de ser juzgado en el día de Dios que se acerca rápidamente. Los transgresores pueden lisonjearse de que el Altísimo no sabe, de que el Todopoderoso no considera; no siempre los soportará. Pronto recibirán la recompensa de sus obras, la muerte que es la paga del pecado; mientras que la nación justa, que ha guardado la ley, será introducida por las puertas nacaradas de la ciudad celestial, y será coronada con la vida inmortal y la alegría en la presencia de Dios y del Cordero.

22 de abril de 1886

La ley en la era patriarcal

EGW

Cuando Adán y Eva fueron creados y colocados en su hogar del Edén, conocían la ley que los regiría. Sus preceptos fueron impresos en sus corazones por Jehová mismo, y estaban al tanto de lo que exigía de ellos. Cuando transgredieron esa ley, cayeron de ese estado de feliz inocencia y se convirtieron en pecadores a los ojos de Dios, el oscuro futuro de la raza caída no fue aliviado por un solo rayo de esperanza. A causa de la transgresión de la ley divina, el paraíso se perdió para el hombre, la maldición fue pronunciada sobre la tierra y comenzó el reino de la muerte.

Pero el Cielo se compadeció del hombre y se concibió el plan de salvación. Cuando la maldición fue pronunciada sobre la raza, en conexión con la maldición se dio la promesa de perdón a través de un Salvador que había de venir. Esta promesa fue la estrella de esperanza que iluminó la oscuridad que,

como un manto de muerte, se cernía sobre el futuro del hombre y del mundo que le había sido dado como dominio. El Evangelio fue predicado por primera vez a Adán y Eva en el Edén. Se arrepintieron sinceramente de su culpa, creyeron en la promesa de Dios y fueron salvados de la ruina total.

Los que vivieron antes del diluvio fueron favorecidos al recibir instrucción de Adán, que había conversado con Dios y los ángeles en el Edén. Vivió casi mil años, y con sus enseñanzas y su ejemplo de humilde obediencia, exaltó la ley de Dios. Trató de apartar a su posteridad de la transgresión y llevarla a una vida de obediencia y de fe en un Salvador prometido; pero descubrió por triste experiencia que era más fácil abrir las compuertas del pecado y del infortunio sobre el mundo, que resistir y hacer retroceder la marea de miseria moral que se abatía sobre la humanidad como consecuencia de su transgresión.

Enoc fue también un predicador de la justicia y trató de apartar a los hombres de sus malos caminos. Durante trescientos años caminó con Dios, dando al mundo el ejemplo de una vida pura y sin mancha, que contrastaba marcadamente con la vida de los hombres de aquella generación obstinada y perversa, que despreciaban abiertamente la santa ley de Dios y se jactaban de estar libres de sus restricciones. Pero su testimonio y su ejemplo fueron igualmente desoídos, porque los hombres amaban más el pecado que la santidad. Enoc sirvió a Dios con sencillez de corazón; y el Señor le comunicó su voluntad, y por medio de una santa visión le reveló los grandes acontecimientos relacionados con la segunda aparición de Cristo. Y entonces este siervo favorecido del Señor fue llevado al cielo por los ángeles sin ver la muerte.

Al final, la maldad del hombre llegó a ser tan grande que Dios no pudo soportarla por más tiempo, y le hizo saber a Noé que, a causa de las continuas transgresiones de su ley, destruiría al hombre, a quien había creado, mediante un diluvio de agua que haría caer sobre la tierra. Noé y su familia fueron obedientes a la ley divina, y por su lealtad al Dios del Cielo se salvaron de la destrucción que abrumaba al mundo impío que los rodeaba. Así el Señor preservó para sí un pueblo en cuyos corazones estaba su ley.

Noé advirtió a la gente. Creyó que el castigo amenazado vendría sobre el mundo, e hizo todo lo posible para que aquella generación pecadora pasara de la transgresión a la obediencia. Pero no tuvo éxito. Sólo su propia familia recibió finalmente su mensaje.

Los terribles juicios de Dios en la destrucción de los antediluvianos deberían ser una advertencia suficiente para todos los que han vivido desde entonces sobre la tierra, de que Dios castigará seguramente a los que desobedecen su ley. Pero el corazón humano es propenso al mal; y como los hombres se multiplicaron sobre la tierra después del diluvio, pronto se volvieron audaces en sus transgresiones. Existía la idolatría, y aumentó hasta un punto temible, hasta que finalmente el Señor dejó que los transgresores endurecidos siguieran sus malos caminos, mientras que eligió a Abraham, y le hizo depositario de su ley para las generaciones futuras.

Abraham fue llamado de una familia idólatra, y fue designado por Dios para preservar su verdad en medio de las corrupciones prevalecientes y crecientes de aquella época idólatra. El Señor se apareció a Abrahán y le dijo "Yo soy el Dios Todopoderoso; camina delante de mí y sé perfecto. Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera". "Y estableceré mi pacto entre mí y ti y tu descendencia después de ti por sus generaciones, por pacto eterno, para ser un Dios para ti y para tu descendencia después de ti."

El Señor comunicó su voluntad a Abrahán y le dio un conocimiento claro de las exigencias de la ley moral y de la salvación que se realizaría por su intermedio. Abraham fue llamado a un alto honor, el de ser el padre del pueblo que durante siglos fue el guardián y preservador de la verdad de Dios para el mundo, de ese pueblo a través del cual todas las naciones de la tierra serían bendecidas en el advenimiento del Mesías prometido. Pero Aquel que llamó al patriarca lo juzgó digno. Este es el testimonio de Dios acerca de su siervo elegido, tal como está registrado en la página sagrada: "Abraham obedeció mi voz y guardó mi ordenanza, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes". Y de nuevo: "Yo le conozco, que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, y guardarán el camino del Señor, haciendo justicia y juicio".

Es Dios quien habla. El que comprende los pensamientos a distancia, y pone la justa estimación en los hombres, dice: "Yo lo conozco". Abraham no traicionará la verdad con fines egoístas. Guardará la ley y actuará con justicia y rectitud, pues sabe que debe responder ante Dios de su conducta. Y no sólo temerá al Señor él mismo, sino que cultivará la religión en su hogar. Instruirá a su familia en la justicia; la ley de su Dios será la regla en su hogar. Ojalá se pudiera dar este testimonio de todos los que en este día conocen el camino del Señor y profesan andar en él.

Dios confirió a su fiel servidor honores y bendiciones especiales. Por medio de la visión y de los ángeles que caminaban y hablaban con él como amigo y amigo, se le hicieron conocer los propósitos y la voluntad de Dios. Cuando los juicios estaban a punto de caer sobre Sodoma, no se ocultó el hecho a Abrahán. "El Señor dijo: "¿He de ocultar a Abrahán lo que hago, puesto que Abrahán llegará a ser una nación grande y poderosa, y todas las naciones de la tierra serán benditas en él? Y a petición de Abraham, habría perdonado la vida a aquella ciudad impía, si en ella se hubieran encontrado siquiera diez justos.

Las bendiciones sobre el patriarca Abraham se repiten a Isaac en estas palabras: "Y haré que tu descendencia se multiplique como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras; y en tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra, porque Abraham obedeció mi voz y guardó mi ordenanza, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes."

Dios dio a Abraham y a su descendencia el rito de la circuncisión como señal de que los había separado de todas las demás naciones como su tesoro peculiar. Mediante este signo, se comprometían solemnemente a cumplir los términos del pacto hecho con Abraham y repetido a Isaac y Jacob. Pero los descendientes de Abrahán se apartaron del culto del Dios verdadero y transgredieron su ley. Se mezclaron con las naciones que no tenían conocimiento ni temor de Dios ante sus ojos, e imitaron gradualmente sus costumbres y modales, hasta que la ira de Dios se encendió contra ellos, y les permitió que se salieran con la suya y siguieran los designios de sus propios corazones corruptos.

Dios reveló a Abraham que su posteridad se convertiría en siervos de una nación idólatra. Pero cuando se humillaron ante Dios, y reconocieron sus tratos, y clamaron a él fervientemente por la liberación del yugo opresivo de los egipcios, sus gritos y sus promesas de ser obedientes llegaron al Cielo. Sus oraciones fueron respondidas de la manera más maravillosa, e Israel fue sacado de Egipto, y el pacto hecho con sus padres les fue renovado.

Así se conservó el conocimiento de la ley de Dios a través de sucesivas generaciones, desde Adán hasta Noé, desde Noé hasta Abraham y desde Abraham hasta Moisés.

6 de mayo de 1886

La Ley dada a Israel

EGW

Cuando el Señor estaba a punto de liberar a su pueblo de la esclavitud egipcia, eligió a Moisés como su líder. Moisés conocía todos los conocimientos de los egipcios y era un guerrero hábil y poderoso. También se había preparado para sus deberes mediante largos años de meditación silenciosa y comunión con Dios en el desierto de Horeb. Por medio de Moisés, el Señor hizo muchas señales y prodigios en la tierra de Egipto. Sacó a su pueblo de la casa de servidumbre "con mano poderosa, brazo extendido y grandes espantos", abriendo incluso las aguas del Mar Rojo para abrirles paso.

Finalmente llegaron al desierto del Sinaí, acamparon ante el monte y allí, de la manera más solemne, el Señor hizo un pacto con ellos. Moisés fue llamado a la montaña, y se le dio este mensaje para el pueblo: "Habéis visto lo que hice a los egipcios, y cómo os llevé sobre alas de águila y os traje a mí. Ahora, pues, si en verdad obedecéis mi voz y guardáis mi pacto, seréis para mí un tesoro especial por encima de todos los pueblos; ... y me seréis un reino de sacerdotes y una nación santa." Moisés regresó al campamento y expuso ante el pueblo todas las palabras que el Señor le había mandado pronunciar; y ellos respondieron juntos y dijeron: "Haremos todo lo que el Señor ha dicho."

Entonces el Señor condescendió bondadosamente a descender sobre el monte Sinaí, no para dar una nueva ley, sino para decir con voz audible, a oídos de todo el pueblo, la ley que había sido desde el principio el fundamento de su gobierno. No permitió que ni siquiera los ángeles comunicaran estos preceptos sagrados a los hombres, ni los confió a la memoria de un pueblo propenso a olvidar sus exigencias. Quiso eliminar toda posibilidad de malentendido, de mezclar cualquier tradición con los diez mandamientos de la ley moral, o de confundir los requisitos divinos con las prácticas de los hombres; y para ello, no sólo pronunció las diez palabras de la ley moral a oídos de todo Israel, sino que las escribió con su propio dedo sobre tablas de piedra.

El Señor hizo de la ocasión de pronunciar su ley una escena de terrible grandeza y sublimidad, de acuerdo con su carácter exaltado. El pueblo debía quedar impresionado de que todo lo relacionado con el servicio de Dios debía considerarse con la mayor reverencia. Se les exigía que se santiguaran y lavaran sus vestidos, y que "estuvieran preparados para el tercer día", cuando el Señor

"descendiera a la vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí". Se establecieron límites alrededor de la montaña que tan pronto iba a ser honrada con la presencia divina; y se ordenó que si una bestia tocaba la montaña debía ser apedreada o atravesada con un dardo.

Llegó el tercer día; y hubo "truenos y relámpagos, y una nube espesa sobre el monte". "Y todo el monte Sinaí estaba envuelto en humo, porque el Señor descendió sobre él en fuego; y su humo subía como el humo de un horno, y todo el monte temblaba en gran manera". La gloria del Señor era como un fuego devorador en la cima del monte a la vista de las multitudes reunidas. Tan terribles fueron las señales de la presencia de Jehová, que las huestes de Israel temblaron de miedo y cayeron sobre sus rostros ante el Señor. Incluso Moisés exclamó: "Temo y tiemblo en gran manera".

Entonces, por encima de los elementos beligerantes, se oyó la voz de Jehová, que pronunciaba los diez preceptos de su ley. El pueblo de Israel quedó sobrecogido de terror. El terrible poder de las palabras de Dios parecía más de lo que sus temblorosos corazones podían soportar. Suplicaron a Moisés: "Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, no sea que muramos". Porque al presentarse ante ellos la gran regla del derecho de Dios, se dieron cuenta, como nunca antes, del carácter ofensivo del pecado, y de su propia culpa a los ojos de un Dios puro y santo.

Hablando desde la densa oscuridad que lo envolvía, mientras estaba en el monte rodeado de un séquito de ángeles, el Señor dio a conocer su ley. Moisés, describiendo la escena, dice: "El Señor vino del Sinaí, y se levantó de Seir hacia ellos; resplandeció del monte Parán, y vino con diez mil santos; de su diestra salió una ley ardiente para ellos". Así fueron pronunciados los sagrados preceptos del decálogo en medio de truenos y llamas, y con un maravilloso despliegue del poder y la majestad del gran Legislador. Dios acompañó la proclamación de su ley con estas exhibiciones de su poder y gloria, para que su pueblo nunca olvidara la escena, y para que quedara impresionado con profunda veneración hacia el Autor de la ley, el Creador de los cielos y de la tierra. También quería mostrar a todos los hombres el carácter sagrado, la importancia y la permanencia de su ley.

La ley de los diez preceptos no fue de ningún modo dada exclusivamente a los hebreos, sino que Dios los honró altamente al hacerlos depositarios de su ley para las generaciones futuras. Los que pisotean la autoridad de Dios y desprecian la ley dada con tanta grandeza en el Sinaí, prácticamente desprecian

y menosprecian al Legislador. Porque esa ley es la gran norma de rectitud del Cielo, con la cual debemos comparar nuestras vidas y caracteres. Puesto que la ley señala nuestros pecados y declara nuestra culpa, no debemos pisotearla ni apartarnos cuando nuestro carácter se revela en toda su deformidad moral. Pero estamos llamados a ejercitar el arrepentimiento hacia Dios, y la fe hacia nuestro Señor Jesucristo. Debemos ser hacedores de la palabra, y no solamente oidores. El corazón, sede de los afectos, debe ser transformado; la naturaleza moral debe ser renovada por la gracia.

Es una verdad preciosa que el único que puede dar paz al alma cansada y enferma por el pecado es el autor de la ley que el pecador ha violado. Cristo conoce la enormidad de la culpa del hombre; y por esta razón vino a la tierra para abrir un camino por el cual el hombre pueda ser liberado de la esclavitud del pecado, y rendir obediencia aceptable a la ley divina. Así podremos llegar a ser una generación escogida, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo peculiar, para proclamar las alabanzas de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable.

Pero Aquel que tan libremente perdona y recibe al pecador penitente, de ninguna manera justificará a aquellos que permanecen voluntaria y persistentemente desobedientes. A los hijos de Israel, que habían transgredido el primero y el segundo mandamientos, se les ordenó que no se les viera cerca del monte cuando Dios estaba a punto de descender para escribir la ley por segunda vez en tablas de piedra, para que no fueran consumidos por la ardiente gloria de su presencia. Y cuando Moisés regresó al campamento después de pasar cuarenta días en el monte, en comunión con su Hacedor, ni siquiera pudieron mirarle a la cara por la gloria de su rostro. Incluso Aarón se apartó de él aterrizado. Cuánto menos podrán los transgresores mirar al Hijo de Dios cuando aparezca en las nubes del cielo, en la gloria de su Padre, rodeado de toda la hueste angélica, para ejecutar el juicio sobre todos los que han desobedecido los mandamientos de Dios y han pisoteado la sangre de Cristo.

13 de mayo de 1886

Israel y la Ley

EGW

El Señor dio a los israelitas pruebas de su presencia entre ellos, para que supieran que los guiaba, y para que temieran su nombre y obedecieran su voz. Grandes y radicales cambios debían operarse en la vida de este pueblo

desmoralizado, en cuyo carácter, hábitos y apetitos habían dejado huella la servidumbre y las asociaciones idólatras de Egipto. Dios los estaba elevando a un nivel moral más alto, dándoles un conocimiento de sí mismo a través de las manifestaciones del poder divino que se veían en sus tratos con ellos, y un conocimiento de su voluntad expresada en las leyes dadas para su gobierno.

Moisés, que bajo la dirección divina conducía a los hijos de Israel hasta la tierra prometida, comprendía el carácter y el valor de la ley de Dios. Aseguró al pueblo que ninguna otra nación tenía reglas tan sabias, justas y misericordiosas como las que se habían dado a los hebreos. "He aquí," dice, "yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que así lo hagáis en la tierra a la cual entráis para poseerla. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque ésta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de las naciones, las cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente esta gran nación es un pueblo sabio y entendido."

Moisés les llamó la atención sobre el "día en que estuviste delante del Señor tu Dios en Horeb". "Y el Señor os habló de en medio del fuego; oísteis la voz de las palabras, pero no visteis ninguna semejanza; sólo oísteis una voz. Y os declaró su pacto, que os mandó cumplir, los diez mandamientos." Y desafió a la hueste hebrea: "¿Qué nación hay tan grande, que tenga a Dios tan cerca de sí como lo está el Señor nuestro Dios en todas las cosas por las que le invocamos? ¿Y qué nación hay tan grande, que tenga estatutos y juicios tan justos como toda esta ley, que yo pongo hoy delante de vosotros?".

Cuando Moisés estaba a punto de abandonar la posición que había ocupado durante tanto tiempo como jefe visible de las huestes de Israel, repitió ante el pueblo los tratos de Dios con ellos y las reglas y reglamentos que les había dado. Se esforzó por inculcar en sus mentes la importancia de obedecer la ley de Dios, y los instó a hacer de sus preceptos sagrados la regla de su vida diaria. Como hijos de Dios, debían estar dispuestos a sufrir cualquier inconveniente antes que quebrantar uno de sus mandamientos. Tal proceder le sería más grato que meras profesiones de lealtad o palabras de alabanza.

La obediencia a Dios preservaría la armonía entre el hombre y el hombre y entre el hombre y su Creador, y haría que Israel fuese considerado como un pueblo sabio y comprensivo. Y sólo en el camino de la obediencia había seguridad para ellos como individuos o como nación; porque nada sino la obediencia les aseguraría el favor divino, y les aseguraría felicidad y prosperidad en la tierra a la cual iban. Dios se lo había dicho claramente. Si no guardaban sus

mandamientos, no cumpliría -no podría cumplir- las ricas promesas que se les habían hecho a condición de obediencia.

Israel era altamente honrado por Dios, y las naciones circundantes lo miraban con asombro y admiración. Sus leyes y su disciplina, comparadas con las leyes de otras naciones, parecían, incluso a sus enemigos, superiores en todos los sentidos a las suyas. Y Moisés, como su líder visible y legislador, aparece en la página de la historia como superior en sabiduría e integridad a todos los soberanos y estadistas de la tierra; sin embargo, Moisés siempre reconoce que es el siervo de Dios, hablando y actuando de acuerdo con la dirección divina. No se atribuye ningún mérito, sino que señala al pueblo a Dios como fuente de poder y sabiduría.

Cuando la ley fue dada a Israel, el sábado se hizo especialmente prominente. Había sido instituido en el Edén como memorial de la obra creadora de Dios. Después de haber trabajado seis días, Dios descansó el séptimo; y bendijo y santificó ese día, apartándolo como día de descanso y adoración para la humanidad. Y en el Sinaí ordenó: "*Acuérdate* del día de reposo para santificarlo". "En él no harás obra alguna". El hombre debía descansar de su trabajo, y al contemplar la tierra abajo y los cielos arriba, sus pensamientos debían dirigirse hacia Aquel que trajo a la existencia todas estas cosas maravillosas y hermosas; y su corazón debía llenarse de amor y reverencia hacia su Hacedor, al contemplar las pruebas tangibles de su infinita sabiduría y bondad.

El sábado fue colocado en el decálogo como el sello del Dios viviente, señalando al dador de la Ley y dando a conocer su derecho a gobernar. Era una señal entre Dios y su pueblo, una prueba de su lealtad a él. El Señor ordenó a Moisés que les dijera: "De cierto guardaréis mis sábados, porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy el Señor que os santifico". Y cuando algunos del pueblo salieron en sábado a recoger maná, el Señor les preguntó: "¿Hasta cuándo rehusaréis guardar mis mandamientos y mis leyes?".

Se dieron instrucciones particulares respecto a la manera de observar el sábado. Se prohibió estrictamente todo trabajo innecesario, y el día anterior al sábado se convirtió en un día de preparación, para que todo estuviera listo para sus horas sagradas. "Esto es lo que ha dicho el Señor: Mañana es el descanso del santo sábado para el Señor. Hornead lo que vayáis a hornear hoy, y coced lo que vayáis a cocer; y lo que os sobre, guardadlo para mañana."

Los israelitas no debían en ningún caso hacer su propio trabajo en sábado. La orden divina era: "Seis días trabajarás, pero el séptimo día descansarás. En el tiempo de la espiga y de la siega descansarás". En las estaciones más ocupadas del año, cuando debían asegurar sus frutos y granos, no debían traspasar el tiempo sagrado. Debían recordar que sus bendiciones temporales provenían de la mano generosa de su Creador, y que él podía aumentarlas o disminuirlas según su fidelidad o infidelidad en su servicio.

El Señor tiene en gran estima su sábado. A través de su profeta ha prometido: "Si apartas tu pie del sábado, de hacer tu placer en mi día santo; y llamas al sábado delicia, el santo del Señor, honorable; y lo honras, no haciendo tus propios caminos, ni hallando tu propio placer, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en el Señor; y te haré cabalgar sobre las alturas de la tierra, y te alimentaré con la herencia de Jacob tu padre; porque la boca del Señor lo ha dicho."

Dios es misericordioso. Sus exigencias son razonables, de acuerdo con la bondad y benevolencia de su carácter. Él reclama el sábado como suyo, y no permitirá que su bendición descansa sobre aquellos que ignoran su día santo; sin embargo, la institución del sábado fue diseñada como una bendición para la humanidad. El hombre no fue hecho para adaptarse al sábado; el sábado fue hecho después de su creación, para satisfacer las necesidades de su naturaleza. El sábado debe permanecer ante el pueblo en su poder moral, respondiendo a su designio original: guardar en la memoria al Dios viviente, el Creador de los cielos y de la tierra. Pero el sábado ha sido tratado con gran falta de respeto. Los hombres se han atrevido a restarle dignidad; se han aventurado a quitarle la santidad que le confirió el Creador mismo.

Los asuntos temporales deben someterse a las restricciones divinas. El sábado no debe moldearse para satisfacer los arreglos de negocios de los hombres, sino que los asuntos de negocios deben arreglarse para satisfacer la gran norma de justicia de Dios. Pero el dios de este mundo ha confundido las mentes de muchos sobre este tema. Necesitan venir a la presencia divina, y escuchar la voz del gran YO SOY.

Con Dios no hay acepción de personas. Los que le temen y hacen justicia son preciosos a sus ojos; pero él exige que su pueblo muestre su lealtad mediante la obediencia estricta a todos los preceptos de la ley moral, el mandamiento del sábado con los demás. Dios es celoso de su honor, y que los hombres se guarden de quitar una jota o tilde de esa ley que él habló con su propia voz y escribió

con su propio dedo en tablas de piedra, y que él ha declarado santa, justa y buena.

20 de mayo de 1886

Necesidad de una reforma del sábado

EGW

Mientras los hijos de Israel obedecieron a Dios, fueron prósperos; pero cuando se apartaron de él desobedeciendo su ley, se acarrearón humillación y angustia. Se les hizo comprender que su defensa era de Dios, y que cuando se les retiraba su protección eran débiles, expuestos a los estragos de sus enemigos. Pero aunque fueron llevados al cautiverio, la mirada de Dios estaba puesta en ellos, pues debían conservar el conocimiento de su ley hasta que viniera el Mesías prometido.

Una de las principales maneras en que los judíos se apartaron de Dios fue la profanación del sábado. Los paganos que los rodeaban despreciaban el día santo de Dios, y por asociación con estos vecinos idólatras muchos habían sido inducidos a imitar su ejemplo. Algunos no sólo comerciaban con mercaderes paganos en el día de reposo, sino que trataban de vencer los escrúpulos de sus compatriotas más conscientes y los inducían al pecado de quebrantar el sábado. Así se destruyó en gran medida el carácter sagrado del sábado.

En aquel tiempo Nehemías era el instrumento elegido por Dios para llevar a cabo una reforma entre su pueblo y librarlo de la opresión de sus enemigos. Las circunstancias eran desalentadoras; pero Nehemías era un hombre de valor y fidelidad. Hizo que se instruyera al pueblo en la ley que habían quebrantado. Precepto por precepto fue explicada cuidadosamente, para que todos pudieran comprender plenamente la voluntad de Dios.

Los judíos reconocieron que su deplorable condición era el resultado de sus transgresiones; y en una asamblea general, los levitas, como representantes del pueblo, confesaron la bondad de Dios en su trato con ellos, y su ingratitud y pecados como nación. Habiendo sufrido el castigo por sus pecados, y reconocido la justicia de Dios en sus tratos con ellos, los israelitas pactaron obedecer su ley. Y para que fuera un pacto seguro, y se conservara en forma permanente, fue escrito; y los sacerdotes, los levitas y los príncipes "lo sellaron". Comprendían claramente las exigencias de Dios y el carácter del

pecado; y para quienes tenían verdaderos principios, ver y comprender era actuar.

La iglesia de hoy ha seguido los pasos de los judíos de antaño, dejando de lado los mandamientos de Dios. Ha cambiado la ordenanza, ha roto el pacto eterno, y ahora, como entonces, el orgullo, la incredulidad y la infidelidad son el resultado.

Necesitamos Nehemías ahora, hombres fieles que despierten al pueblo para que vea cuán lejos está de Dios por sus transgresiones. Dijo el salmista: "Tiempo es ya, Señor, de obrar; porque han invalidado tu ley". Estas palabras son tan aplicables en el tiempo presente como lo fueron en los días del salmista. Todo el mundo cristiano debería escudriñar las Escrituras por sí mismo; porque la ley de Dios es anulada por la enseñanza en los púlpitos. El poder papal ha pensado cambiar la ley instituyendo un sábado para el mundo y la iglesia cristiana; y este sábado espurio es exaltado y reverenciado, mientras que el sábado de Jehová es pisoteado bajo pies impíos. Pero, ¿degradará el Señor su ley para satisfacer la norma de los hombres? ¿Aceptará una institución hecha por el hombre en lugar del sábado que él ha santificado y bendecido? No; la conveniencia o el provecho de los hombres no deben interferir con las demandas de Dios, porque él es un Dios celoso. No altera sus preceptos para satisfacer los deseos de los ambiciosos o los codiciosos. "Así dice el Señor" es suficiente para zanjar toda controversia.

El que instituyó el sábado nunca lo ha cambiado por otro día. Él descansó en un día definido, y bendijo y santificó un día definido, y requiere que la familia humana observe ese día definido. La posición de que Dios bendijo y santificó una séptima parte del tiempo, y ningún día en particular, es un engaño. Por este medio muchos se han confundido tanto que consideran que el santo día de descanso de Dios no posee ningún carácter sagrado especial. Debido a que el mundo lo hace así, se sienten en libertad de hacer a un lado el sábado bíblico, y seleccionar uno que se adapte a su propia conveniencia; y los ministros del evangelio aseguran a sus congregaciones que este curso es correcto.

Se necesita una reforma del sábado entre los que profesan observar el santo día de descanso de Dios. Muchos buscan agradarse a sí mismos en vez de honrar a Dios. Algunos discuten asuntos de negocios y hacen planes en sábado, y Dios mira esto bajo la misma luz que si se ocuparan en la transacción real de negocios. Otros se asocian con hombres que no respetan el sábado. Si un guardián del sábado, por afán de lucro, permite que su socio incrédulo lleve a cabo en sábado los negocios en que tiene interés, es igualmente culpable que el

incrédulo, y es su deber disolver la relación, por mucho que pierda al hacerlo. No debe permitir que sus empleados, pagados con su dinero, trabajen en sábado. Los hombres pueden pensar que no pueden permitirse obedecer a Dios en sus asuntos de negocios; pero no pueden permitirse desobedecerlo. Él no permitirá que la negligencia en la observancia del sábado quede impune. Si queremos gozar de su bendición, el sábado debe guardarse santamente.

La misericordia divina ha ordenado que los enfermos y los que sufren sean atendidos; el trabajo requerido para hacerlos sentir cómodos es un trabajo de necesidad, y no una violación del sábado. Pero debe evitarse todo trabajo innecesario. Muchos descuidadamente posponen hasta el comienzo del sábado pequeñas cosas que deberían haberse hecho en el día de preparación. Esto no debe ser así. Cualquier trabajo que se descuide hasta el comienzo del tiempo santo, debe permanecer sin hacerse hasta que pase el sábado. Esto podría ayudar a la memoria de estos desconsiderados, y hacerlos más cuidadosos de hacer su propio trabajo en los seis días laborables.

Para santificar el sábado, ni siquiera debemos permitir que nuestra mente se detenga en cosas de carácter mundano. Sin embargo, no es necesario que nos aislemos de la naturaleza y nos privemos del aire libre y vigorizante del cielo. El sábado fue hecho para ser una bendición para el hombre, al apartar su mente del trabajo secular para contemplar la bondad y la gloria de Dios. Es necesario que el pueblo de Dios se reúna expresamente para su culto, para intercambiar pensamientos respecto a las verdades de su palabra, y para dedicar una porción de tiempo a la oración. Pero estos momentos, aun en sábado, no deben hacerse tediosos por su duración y falta de interés. Durante una parte del día, todos deben tener la oportunidad de estar al aire libre.

Padres, ¿por qué no aprovecháis las preciosas lecciones que Dios os ha dado en el libro de la naturaleza para dar a vuestros hijos una idea correcta de su carácter? Siéntense con ellos en las arboledas o bajo el sol radiante, y den a sus mentes inquietas algo de qué alimentarse conversando con ellos sobre las maravillosas obras de Dios. Llama su atención sobre las muestras del amor de Dios al hombre, tal como se ve en sus obras creadoras, y sus jóvenes mentes se sentirán atraídas e interesadas, y sus corazones se inspirarán con amor y reverencia.

Todos los que aman a Dios deben hacer lo posible para que el sábado sea un deleite, santo y honorable. No pueden hacerlo buscando su propio placer en diversiones pecaminosas y prohibidas. Pero exaltando el sábado en la familia,

puede convertirse en el día más interesante de la semana, de modo que su regreso semanal sea saludado con alegría por todos los miembros de la familia. De ninguna manera pueden los padres exaltar y honrar mejor el sábado que ideando medios para impartir instrucción apropiada a sus hijos e interesarlos en las cosas espirituales, dándoles una visión correcta del carácter de Dios y de lo que él requiere de ellos para alcanzar la vida eterna. Padres, haced del sábado un deleite, para que vuestros hijos lo esperen con ansia y le den la bienvenida en sus corazones. Así se honrará a Dios en el hogar.

Cuando Nehemías actuó como reformador y libertador en Israel, lo hizo movido por el amor a Dios y la ansiedad por la prosperidad de su pueblo. Su corazón estaba en la obra que había emprendido; y su esperanza, su energía, su entusiasmo, su determinación de carácter, eran contagiosos, e inspiraban a otros con el mismo coraje y elevado propósito que lo animaban. Cada hombre se convirtió en un Nehemías en su propia esfera, y ayudó a fortalecer la mano y el corazón de su vecino; y pronto la debilidad fue reemplazada por la fuerza y el coraje.

He aquí una lección para los ministros y otros que trabajan por la salvación de las almas. Los obreros cristianos deben manifestar el mismo celo y seriedad que caracterizaron a Nehemías. Si los ministros son inactivos e irresolutos, desprovistos de celo piadoso, ¿qué se puede esperar de aquellos a quienes ministran? En algunos casos pueden elevarse por encima del nivel moral de sus maestros, pero no a menudo. Pero cuando los ministros amplían sus planes, y demuestran que van en serio, el pueblo responderá a sus esfuerzos; y los obreros desunidos y desanimados se volverán unidos, fuertes, esperanzados y ansiosos.

Es un pecado ser descuidado, sin propósito e indiferente en cualquier trabajo en el que nos comprometamos, pero especialmente en la obra de Dios. Toda empresa relacionada con su causa debe llevarse adelante con energía, reflexión y oración sincera. Se necesitan abanderados fieles de Dios y de su verdad, y muchos están dispuestos a responder al llamamiento. A medida que éstos vean la iniquidad y la violencia que existen como consecuencia de anular la ley de Dios, verán más razones que nunca para reverenciar esa ley, y apreciarán altamente sus influencias justas y restrictivas. El desprecio y la injuria aumentan su amor por los preceptos de Jehová. Con David dirán: "Amo tus mandamientos más que el oro; sí, más que el oro fino".

3 de junio de 1886

La permanencia de la verdad

EGW

Durante todo el peregrinaje de los hijos de Israel por el desierto, Jesús, que era igual al Padre, fue su líder y guía. Envuelto en una columna de nube durante el día y en una columna de fuego por la noche, su presencia estaba siempre con ellos. Había símbolos y tipos sombríos que apuntaban a un Salvador venidero; había también un Salvador presente, que daba órdenes directamente a Moisés para los hijos de Israel, y que se presentaba ante ellos como el único canal de bendiciones. El sistema de sacrificios estaba diseñado para tipificar al Salvador, que había de convertirse en la ofrenda perfecta por el hombre pecador.

En la época judía, todas las revelaciones de Dios a su pueblo, todo lo relacionado con su culto, estaba estrechamente relacionado con el santuario, con el tabernáculo en el desierto, y después con el templo. Aquí se adoraba a Dios; aquí se presentaban ante él las ofrendas de los sacrificios. Aquí estaba el pectoral del sumo sacerdote, engastado con piedras preciosas, desde donde se recibían los mensajes de Jehová. Aquí, en el lugar santísimo, sombreado por las alas de los querubines, moraba la señal perpetua de la presencia del Santo, el Creador de los cielos y de la tierra. Allí estaba el arca de la alianza, que contenía las tablas de la ley, el arca que era para Israel el símbolo de la presencia divina y la prenda de la victoria en la batalla. Los ídolos no podían estar ante el arca sagrada de Dios, y la muerte era la pena de un toque imprudente e irreverente o de una mirada curiosa.

En todas las páginas de la historia sagrada, donde se registran los tratos de Dios con su pueblo elegido, hay huellas ardientes del gran YO SOY. Nunca ha dado a los hijos de los hombres manifestaciones más abiertas de su poder y gloria que cuando sólo él fue reconocido como gobernante de Israel, y dio la ley a su pueblo. Aquí había un cetro manejado por ninguna mano humana; y las majestuosas salidas del Rey invisible de Israel eran indeciblemente grandiosas y espantosas.

Verdaderamente esta fue una dispensación maravillosa, y aquellos que hablan burlonamente de la antigua ley judía y de la Edad Oscura, deberían recordar que están pisando terreno sagrado. Aunque hoy nos regocijamos de que nuestro Salvador haya aparecido en la tierra, y de que la ofrenda por el pecado tipificada en la ley ceremonial se haya hecho realidad, no tenemos excusa para albergar

sentimientos de falta de respeto por aquel período en que Cristo mismo era el líder de su pueblo. Los que hacen esto tal vez no sepan lo que hacen; pero se muestran ignorantes tanto de las Escrituras como del poder de Dios. Demuestran que necesitan iluminación divina, un conocimiento más inteligente de Dios y de su palabra.

El Cristo tipificado en los ritos y ceremonias de la ley judía es el mismo Cristo que se revela en el Evangelio. Las nubes que cubrían su forma divina se han retirado; las nieblas y las sombras han desaparecido; y Jesús, el Redentor del mundo, se ha revelado. Él vino tal como las profecías predijeron que vendría. En su vida y muerte, el tipo se encontró con el antitipo, y los ritos y ceremonias de la Iglesia judía encontraron su cumplimiento. Apareció entre los hombres, no como el Mesías que esperaban los judíos, un rey que vendría con poder y gloria a conquistar a sus enemigos y a exaltar a su nación favorecida, sino como varón de dolores y experimentado en la aflicción. Él, la Majestad del Cielo, condescendió a ser nuestro amigo, nuestro consejero, nuestro guía, nuestro modelo perfecto, así como nuestro redentor. "Herido fue por nuestras rebeliones; molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra paz fue sobre él; y por sus llagas fuimos nosotros curados."

La obra de Dios es la misma en todos los tiempos, aunque hay diferentes grados de desarrollo y diferentes manifestaciones de su poder para satisfacer las necesidades del hombre en las diferentes épocas. Comenzando con la caída, a través de las edades patriarcal y judía, hasta el tiempo presente, ha habido un desarrollo gradual de los propósitos de Dios en el plan de redención. Noé, Abrahán, Isaac, Jacob y Moisés comprendieron el Evangelio por medio de Cristo; esperaban la salvación de la raza por medio del sustituto y fiador del hombre. Estos santos hombres de la antigüedad tuvieron comunión con el Salvador que había de venir a nuestro mundo en carne humana; y algunos de ellos hablaron con Cristo y con los ángeles celestiales cara a cara, como un hombre habla con su amigo.

A través del registro sagrado, podemos conversar con los patriarcas y escuchar a Moisés cuando legisla para Israel. Oímos las advertencias de los profetas cuando miran a través de las edades y revelan escenas que han de tener lugar hasta el fin de los tiempos. Y cuando vemos que los acontecimientos que han predicho se desarrollan tal como lo predijeron, nos sentimos más cercanos a estos hombres de Dios, que hablaron movidos por el Espíritu Santo.

A medida que pasa el tiempo y se revelan nuevas verdades, se arroja luz sobre lo que se ha conocido desde el principio; vemos nueva belleza y fuerza en la palabra inspirada, y estudiamos sus páginas sagradas con un interés más profundo y absorbente. Vemos el significado de la economía judía, y el carácter y los propósitos de Dios se manifiestan en sus tratos con su pueblo elegido. Cuán grandiosa fue la disposición de Dios para preservar el conocimiento de sí mismo y de su ley, que es el fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra. Aunque las tinieblas cubrieron la tierra, y las más densas tinieblas al pueblo, el Señor no quiso dejarse sin testigo.

En el solemne servicio del templo se tipificaban las grandes verdades que habían de revelarse a través de las sucesivas generaciones. La nube de incienso llevaba hacia arriba la oración del corazón contrito. La víctima sangrante en el altar del sacrificio daba testimonio de un Redentor venidero, y desde el lugar santísimo resplandecía la señal visible de la presencia divina. Así, edad tras edad de idolatría y apostasía, la estrella de la esperanza se mantuvo brillando en los oscurecidos cielos morales, hasta que llegó el momento del advenimiento del Mesías prometido. Ahora, Cristo, el verdadero sacrificio, ha derramado su sangre para la remisión de los pecados, y la presenta ante el Padre en nuestro favor. Pero la luz creciente que brilla sobre nuestro camino no debe tentarnos a despreciar el principio. Cada rayo de luz adicional que recibimos nos da una comprensión más clara y distinta del plan de redención, que es la realización de la voluntad divina en la salvación del hombre.

Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza. Puso los cimientos de la tierra y la vistió con el ropaje de la belleza; creó todas las maravillas de la tierra y del mar. Y exige del hombre que reverencie sus mandamientos, que fueron pronunciados en medio de tales despliegues de poder y majestad divinos, y que los obedezca sin cuestionar la viabilidad o conveniencia de tal obediencia. El ejemplo de Adán y Eva debería ser una advertencia suficiente para nosotros contra cualquier desobediencia de la ley divina. Su pecado al escuchar las engañosas tentaciones del enemigo, trajo culpa y dolor al mundo, y, si no hubiera sido por la bondad y misericordia de Dios, habría sumido a la raza en una desesperación sin esperanza.

Que nadie se engañe ni por un momento pensando que su pecado no traerá su merecido castigo. Sus transgresiones serán castigadas con la vara, porque han tenido la luz, pero han caminado directamente en contra de ella. Dios no pasará por alto ninguna violación de su ley con más ligereza ahora que en el día en que pronunció el juicio contra Adán. El Salvador del mundo levanta su voz de

protesta contra los que miran la ley de Dios con descuido e indiferencia. Dijo: "Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos."

Es la más crasa presunción que el hombre mortal se aventure a transigir con el Todopoderoso, a fin de asegurar sus propios intereses temporales. "Yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso", trueno desde el Sinaí; y no podemos ignorar esa voz porque las palabras fueron pronunciadas hace más de tres mil años, y fueron dirigidas a los descendientes lineales de Abraham. El Señor exige sacrificio voluntario. Ninguna obediencia parcial, ningún interés dividido, es aceptado por Aquel que declara que las iniquidades de los padres se visitarán sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que le aborrecen, y que mostrará misericordia a millares de los que le aman y guardan sus mandamientos.

No hay nada en la palabra de Dios que se pueda desechar; no hay nada en el plan de redención que carezca de importancia o que se pueda ignorar a la ligera. La Biblia nos da un relato de los tratos de Dios con el hombre desde la creación hasta la venida del Hijo del hombre en las nubes del cielo; nos lleva aún más lejos en el futuro, y abre ante nosotros las glorias de la ciudad de Dios, y la belleza y la perfección de la tierra hecha nueva, la morada segura de los santos. Pero aunque la larga línea de los acontecimientos se extiende a través de tantos siglos, y nuevas e importantes verdades se desarrollan de tiempo en tiempo, lo que era verdad en el principio sigue siendo la verdad. La mayor luz del día presente no contradice ni deja sin efecto la luz más tenue del pasado.

Todas las verdades de la revelación son de valor para nosotros; y al contemplar las cosas de interés eterno, obtendremos verdaderas percepciones del carácter de Dios. El cultivo de la reverencia hacia él afectará a la vida diaria. Todo el carácter será elevado y transformado. El alma entrará en armonía con el Cielo. El creyente llegará a ser semejante a Cristo, y finalmente obtendrá una entrada abundante en la ciudad de Dios.

10 de junio de 1886

El valor del estudio de la Biblia

EGW

Dijo Cristo: "Escudriñad las Escrituras, porque en ellas creéis tener la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí". Nadie puede descuidar la palabra de Dios y, sin embargo, alcanzar la perfección cristiana. Pero escudriñando cuidadosamente esa palabra, nos familiarizamos con el Modelo divino; y para imitar el Modelo, debe ser inspeccionado frecuente y estrechamente.

Al estudiar la vida de Cristo, descubrimos en nosotros defectos de carácter; nuestra falta de semejanza con él es tan grande que no podemos ser sus seguidores sin un cambio muy grande en nuestra vida. Aun así estudiamos, con el deseo de ser como nuestro gran Ejemplo; captamos las miradas, el espíritu, de nuestro amado Maestro. Al contemplar, al "mirar a Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe", nos convertimos en la misma imagen. No podemos imitar la vida de Cristo mientras miramos lejos de él; debemos hacerlo morando en él y hablando de él, procurando refinar el gusto y elevar el carácter, tratando por medio de un esfuerzo ferviente y perseverante, por la fe y el amor, de acercarnos al Modelo perfecto. Fijada la atención en Cristo, su imagen, pura y sin mancha, se consagra en el corazón como "la más hermosa entre diez mil y la más bella de todas". Incluso inconscientemente imitamos aquello con lo que estamos familiarizados; y al adquirir un conocimiento de Cristo, de sus palabras, de sus hábitos, de sus lecciones de instrucción, y al imitar las virtudes del carácter que hemos estudiado tan de cerca, nos imbuimos del espíritu del Maestro, que tanto hemos admirado.

Los que conocen la bienaventuranza de la unión con Dios no deben dejar de ejemplificar la vida de Cristo en su conversación diaria, con caracteres puros y virtuosos. Haciendo el bien, siendo corteses y benéficos, adornan la doctrina cristiana, y muestran que la verdad de origen celestial embellece el carácter y ennoblece la vida. Los seguidores de Cristo son "epístolas vivas, conocidas y leídas de todos los hombres". Sus vidas cotidianas recomiendan la verdad de Dios a quienes han sido prejuiciados contra ella por profesantes nominales, que tienen una forma de piedad, mientras que sus vidas testifican que nada saben de su poder santificador.

La palabra de Dios ha sido tristemente descuidada, en lugar de ser apreciada como debiera. Este libro, que revela la voluntad de Dios al hombre, merece ser tenido en la más alta estima; porque da una instrucción de inestimable valor a todas las clases. Sus enseñanzas son tan claras que hasta los más humildes e ignorantes pueden comprenderlas y aprender a ordenar su conversación y a comportarse con circunspección para no deshonrar ni reprochar la causa de su

Redentor. Si tienen fe viva en Dios, no darán ocasión, por sus inconsistencias, de desacreditar la verdad, cuando debería ser sabor de vida para vida.

Las verdades de la Palabra de Dios, recibidas en el corazón, tienen un poder animador; y los que inventen cualquier excusa para no familiarizarse con las Escrituras descuidarán las demandas de Dios en muchos aspectos. El carácter se deformará, las palabras y los actos serán un reproche a la verdad.

El mandato de nuestro Salvador de escudriñar las Escrituras debe ser considerado religiosamente por todo hombre, mujer y niño que profese su nombre. El estudiante de la escuela sabática debe sentirse tan profundamente interesado en llegar a ser inteligente en el conocimiento de las Escrituras como en sobresalir en el estudio de las ciencias. Si se descuida alguna de ellas, deben ser las lecciones de los seis días. Los maestros de la escuela sabática tienen una obra misionera encomendada: enseñar las Escrituras, no repetir como loros lo que no se han esmerado en comprender. "Ellos son los que dan testimonio de mí": el Redentor, aquel en quien se centran nuestras esperanzas de vida eterna. Si los maestros no están imbuidos de un espíritu de verdad, y no se preocupan por el conocimiento de lo que está revelado en la palabra de Dios, ¿cómo pueden presentar la verdad bajo una luz atractiva a los que están bajo su cargo? La oración de Cristo por sus discípulos fue: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad". Si hemos de ser santificados mediante el conocimiento de la verdad que se encuentra en la Palabra de Dios, debemos tener un conocimiento inteligente de esa Palabra. Debemos escudriñar las Escrituras, no simplemente apresurarnos a leer un capítulo y repetirlo, sin esmerarnos en entenderlo, sino que debemos escarbar en busca de las joyas de la verdad, que enriquecerán la mente y fortificarán el alma contra las artimañas del archiengañador.

Los padres alegan excusas insignificantes para no interesarse en las lecciones bíblicas con sus hijos, y no llegan a familiarizarse con las Escrituras. Los padres se excusan de disciplinar sus propias mentes. No buscan primero el reino de Dios y su justicia, sino que exaltan lo temporal por encima de lo espiritual y eterno. Este olvido de Dios y de su palabra es el ejemplo que dan a sus hijos, que moldean sus mentes según la norma mundana, y no según la norma exaltada erigida por Cristo. También las madres son infieles a su confianza. El adorno interior de la mente y la cultura del alma se descuidan como si fueran inferiores al adorno del vestido. Sus propias mentes y las mentes de sus hijos mueren de hambre para seguir la costumbre y la moda.

Padres y madres, retomad vuestros deberes largamente descuidados. Escudriñad vosotros mismos las Escrituras; ayudad a vuestros hijos en el estudio de la palabra sagrada. Trabajad con diligencia por la negligencia pasada. No enviéis a los niños solos a estudiar la Biblia, sino leedla con ellos, enseñadles de una manera sencilla lo que sabéis, y manteneos vosotros mismos en la escuela de Cristo como estudiantes diligentes.

Jesús, el más grande maestro que el mundo haya visto, reconoció el valor de las Sagradas Escrituras, y las expuso a sus discípulos. Después de su resurrección, se acercó a dos de ellos cuando iban camino de Emaús, y les habló de las esperanzas defraudadas por la muerte del amado Maestro. Le hablaron del profeta poderoso de palabra y de obra que había sido apresado por manos inicuas y crucificado. Al tercer día llegaron a sus oídos extrañas noticias de que Jesús había resucitado y había sido visto por María y algunos discípulos. Jesús les dijo: "¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas! ¿No tenía que haber padecido Cristo estas cosas y haber entrado en su gloria?". Y comenzando por Moisés y los profetas, "les expuso en todas las Escrituras lo que de él decían."

Jesús reprendió a los discípulos por no conocer las Escrituras que daban testimonio del Mesías. Si hubieran estado familiarizados con las Escrituras, su fe se habría sostenido en la hora de la prueba, y su esperanza habría permanecido inquebrantable; porque el trato que Cristo recibiría de manos de aquellos a quienes vino a salvar estaba claramente indicado en las profecías. Los discípulos se asombraron de no haber reconocido inmediatamente a Jesús, en cuanto les habló por el camino, y de no haber recordado las Escrituras que les había recordado. Habían perdido de vista la palabra divina; pero cuando las cosas dichas por los profetas les fueron traídas a la memoria, la fe revivió, y la esperanza brotó de nuevo en sus corazones. Y cuando se separó de ellos, se dijeron unos a otros: "¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino, y mientras nos abría las Escrituras?".

El apóstol nos dice: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra." Si los cristianos escudriñaran seriamente las Escrituras, más corazones arderían con las vívidas verdades reveladas en ellas. Sus esperanzas brillarían al contemplar las preciosas promesas esparcidas como perlas por todos los escritos sagrados. Al contemplar la historia de los patriarcas, de los profetas, de los hombres que amaron y temieron a Dios y que caminaron con él, al detenerse en la virtud y

piEDAD de estos santos hombres de la antigüedad, el espíritu que los inspiró encendería una llama de amor y santo fervor en los corazones de aquellos que serían como ellos en carácter.

17 de junio de 1886

La verdadera norma de la excelencia cristiana

EGW

"Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo".

"Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto".

Es el designio de Dios que el mejoramiento sea la obra de la vida de todo su pueblo, y que en todos sus objetivos sean guiados y controlados por el principio cristiano y la experiencia correcta. Pero muchos no comprenden el verdadero objeto de la vida; y bajo la influencia de errores acariciados, sacrifican todo lo que hay de realmente valioso en la vida. El verdadero hombre es aquel que está dispuesto a sacrificar su propio interés por el bien de los demás, y que se olvida de sí mismo al atender a su felicidad. El intelecto es una fuerza más poderosa que la riqueza o el poder físico. Si es santificado y controlado por el Espíritu de Dios, puede ejercer una poderosa influencia para el bien. Sin embargo, el intelecto por sí solo no hace al hombre, según la norma divina. Cuando se convierte en ministro del vicio, el gran intelecto es una maldición para su poseedor y para todos los que están bajo su influencia.

El derecho de una persona a ser verdaderamente hombre debe determinarse por el uso de los poderes que Dios le ha dado. Lord Byron tenía dotes intelectuales poco comunes; pero no era un hombre, según la norma de Dios. Era un agente de Satanás. Sus pasiones eran feroces e incontrolables. Sembró a lo largo de su vida la semilla que maduró en una cosecha de corrupción. La obra de su vida rebajó el nivel de la virtud. Este hombre era uno de los más distinguidos del mundo; sin embargo, el Señor sólo lo reconoció como alguien que había abusado de los talentos que Dios le había dado. Muchos otros a quienes Dios dotó de mentes gigantescas, y a quienes el mundo llamaba grandes hombres, se unieron bajo la bandera de Satanás, y usaron los dones de Dios para la perversión de la verdad y la destrucción de las almas de los hombres. Nerón fue reconocido por el mundo como un gran hombre; pero, ¿lo consideraba Dios

como tal? No, no estaba unido por una fe viva al gran corazón de la humanidad. Él y otros como él en el mundo comían, bebían y dormían como hombres de mundo; pero eran satánicos en su crueldad. Dondequiera que iban estos monstruos con forma humana, el derramamiento de sangre y la destrucción marcaban su camino. Eran alabados mientras vivían, pero cuando eran enterrados, el mundo se regocijaba. En contraste con las vidas de tales hombres, está la de Martín Lutero. No nació príncipe. No llevaba corona real. Desde una celda enclaustrada se oyó su voz y se sintió su influencia. Tenía un corazón noble y generoso, así como un intelecto vigoroso, y todas sus facultades las ejerció para el bien de la humanidad. Defendió valientemente la verdad y el derecho, y se enfrentó a la oposición del mundo en beneficio de sus semejantes.

Lo que bendecirá a la humanidad es la vida espiritual. Si el hombre está en armonía con Dios, dependerá continuamente de él para su fortaleza. "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". Debe ser el trabajo de nuestra vida avanzar continuamente hacia la perfección del carácter cristiano, esforzándonos siempre por la conformidad con la voluntad de Dios, recordando que los esfuerzos comenzados en la tierra continuarán por toda la eternidad. Dios ha puesto ante la familia humana una norma elevada, y el que es fiel a la humanidad que Dios le ha dado, no sólo promoverá la felicidad de sus semejantes en esta vida, sino que les ayudará a obtener una recompensa eterna en la vida venidera.

Tampoco hay que considerar ningún deber como pequeño y sin importancia. Es difícil para los seres humanos prestar atención a asuntos menores mientras la mente está ocupada en asuntos de mayor importancia. Pero, ¿no debería existir esta unión? El hombre formado a imagen de su Hacedor debería unir las responsabilidades mayores con las menores. Puede estar absorto en ocupaciones de abrumadora importancia y descuidar la instrucción que necesitan sus hijos. Estos deberes pueden ser considerados como los deberes menores de la vida, cuando en realidad están en la base misma de la sociedad. La felicidad de las familias y de las iglesias depende de *las influencias del hogar*. Los intereses eternos dependen del correcto cumplimiento de los deberes de esta vida. El mundo no tiene tanta necesidad de grandes mentes como de hombres buenos que sean una bendición en sus hogares.

Los miembros de la familia humana sólo tienen derecho al nombre de hombres y mujeres cuando emplean sus talentos, de todas las maneras posibles, para el bien de los demás. La vida de Cristo está ante nosotros como un modelo, y es cuando ministran, como ángeles de misericordia, a las necesidades de los demás

que el hombre está estrechamente aliado con Dios. La naturaleza del cristianismo es hacer familias felices y miembros felices de la sociedad. La discordia, el egoísmo y la contienda serán eliminados de todo aquel que posea el Espíritu de Cristo.

Los que participan del amor de Cristo no tienen derecho a pensar que hay un límite a su influencia y a su trabajo en el intento de beneficiar a la humanidad. Cristo no se cansó en sus esfuerzos por salvar a los hombres caídos; y nuestro trabajo ha de ser continuo y perseverante. Encontraremos trabajo que hacer hasta que el Maestro nos ordene poner nuestra armadura a sus pies; y debemos esperar y velar, sumisos a la voluntad de Dios, listos y dispuestos a responder a toda llamada del deber.

Los ángeles están ocupados noche y día en el servicio de Dios, para la elevación del hombre de acuerdo con el plan de salvación. Se requiere que el hombre ame a Dios supremamente, es decir, con todo su poder, mente y fuerza, y a su prójimo como a sí mismo. Esto no puede hacerlo a menos que se niegue a sí mismo. Dijo Cristo. "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".

Negarse a sí mismo significa gobernar el espíritu cuando la pasión busca el dominio; resistir a la tentación de censurar y pronunciar palabras culpables; tener paciencia con el niño que es torpe, y cuya conducta es penosa y penosa; permanecer en el puesto del deber cuando otros pueden fallar; asumir responsabilidades donde y cuando el deber lo exija, no por el aplauso, no por política, sino por el bien del Maestro, que ha dado a cada uno de sus seguidores un trabajo que debe realizar con fidelidad inquebrantable; cuando uno podría alabarse a sí mismo, guardar silencio y dejar que otros labios lo alaben. La abnegación consiste en hacer el bien a los demás cuando la inclinación nos llevaría a servirnos y complacernos a nosotros mismos. Aunque nuestros semejantes nunca aprecien nuestros esfuerzos, debemos seguir trabajando.

Compañeros cristianos, escudriñad cuidadosamente, y ved si la obra de Dios es en verdad la regla de vuestra vida. ¿Lleváis a Cristo con vosotros cuando salís del armario de la oración? ¿Guarda tu religión la puerta de tus labios? ¿Se siente tu corazón atraído por la simpatía y el amor hacia los demás fuera de tu propia familia? ¿Buscas diligentemente una comprensión más clara de la verdad de las Escrituras, para que puedas dejar que tu luz brille para los demás? A estas preguntas podéis responder vuestras propias almas. Que su discurso sea sazonado con gracia, y su comportamiento muestre elevación cristiana.

"Bienaventurado el hombre que soporta la tentación; porque cuando haya sido probado, recibirá la corona de vida que el Señor ha prometido a los que le aman". Recuerda siempre que la naturaleza moral necesita ser fortalecida con vigilancia constante y oración. Mientras miréis a Cristo, estaréis seguros; pero en el momento en que confiéis en vosotros mismos, perderéis vuestro asidero en Dios, y estaréis en gran peligro.

Muchos limitan la Providencia divina, y divorcian la misericordia y el amor de su carácter. Insisten en que la grandeza y majestad de Dios le prohibirían interesarse por las preocupaciones de la más débil de sus criaturas. Pero de labios de Jesús tenemos la seguridad: "¿No se venden dos gorriones por un cuarto de penique? y no caerá uno de ellos en tierra sin vuestro Padre. Pero los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues, porque valéis más que muchos pajarillos".

24 de junio de 1886

Culto aceptable

EGW

A través del salmista, Dios declara: "El que ofrece alabanza me glorifica". Gran parte del culto público a Dios consiste en la alabanza y la oración, y todo seguidor de Cristo debe participar en este culto. También está el servicio de predicación, dirigido por aquellos cuyo trabajo es instruir a la congregación en la palabra de Dios. Aunque no todos están llamados a ministrar en palabra y doctrina, no tienen por qué ser oyentes fríos e insensibles. Cuando la palabra de Dios fue hablada a los hebreos antiguamente, el Señor dijo a Moisés: "Y que todo el pueblo diga: Amén". Esta respuesta, en el fervor de sus almas, era requerida como evidencia de que entendían la palabra hablada y estaban interesados en ella.

Cuando el arca de Dios fue introducida en la ciudad de David y se entonó un salmo de alegría y triunfo, todo el pueblo dijo: Amén. Y David se sintió plenamente recompensado de su trabajo y ansiedad por esta respuesta alegre y universal del pueblo.

Hay demasiada formalidad en la iglesia. Las almas perecen por la luz y el conocimiento. Deberíamos estar tan conectados con la Fuente de luz que podamos ser canales de luz para el mundo. El Señor quiere que sus ministros que predicán la palabra sean energizados por su Espíritu Santo. Y las personas

que escuchan no deben sentarse en somnolienta indiferencia o mirar vacuamente a su alrededor, sin responder a lo que se dice. El espíritu del mundo ha paralizado la espiritualidad de los tales, y no están despiertos al precioso tema de la redención. La verdad de la palabra de Dios se dice a oídos de plomo y a corazones duros e impresentables. La impresión que estos cristianos profesos dan al incrédulo es cualquier cosa menos favorable para la religión de Cristo. Muestran celo y ambición cuando están ocupados en los negocios del mundo, pero las cosas de importancia eterna no absorben su mente ni les interesan como lo hacen las cosas mundanas. La voz de Dios por medio de sus mensajeros es un canto agradable; pero sus sagradas advertencias, reprensiones y estímulos son todos desatendidos. Las cosas eternas y sagradas se ponen al mismo nivel que las cosas comunes, y el Espíritu Santo se entristece. Dijo Cristo: "Mirad, pues, cómo oís". Están espiritualmente muertos los que profesan adorar a Dios mientras el corazón no está en la obra. Debe haber una iglesia cordial y despierta para alentar y sostener las manos de los ministros de Jesucristo.

Los que profesan guiarse por la palabra de Dios pueden estar familiarizados con las evidencias de su fe, y sin embargo ser como la higuera pretenciosa, que ostentaba su follaje a la vista del mundo, pero, cuando fue escudriñada por el Maestro, fue hallada desprovista de fruto. Los cristianos fructíferos están conectados con el Cielo y son inteligentes en las cosas de Dios. La verdad y el amor de Dios son su meditación. Se han deleitado con la palabra de vida, y cuando la oyen pronunciada desde el escritorio, pueden decir, como los dos discípulos que viajaban a Emaús cuando Cristo les explicó las profecías concernientes a sí mismo: "¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba por el camino, y mientras nos abría las Escrituras?".

Todos los que están conectados con la luz dejarán que su luz brille para el mundo y, en sus testimonios, alabarán a Dios, a quien sus corazones fluirán agradecidos. Los que tienen una unión vital con Cristo se regocijarán en la seguridad de su amor. Nada del mundo podrá entristecerlos cuando Jesús los alegre con su presencia. Caminando en la luz, nunca deshonrarán su profesión ni traerán reproche a la causa de Cristo. Es privilegio de todo hijo de Dios almacenar su mente con la verdad divina, y cuanto más lo haga, más vigor y claridad de mente tendrá para comprender las cosas profundas de Dios. Será cada vez más ferviente y vigoroso a medida que los principios de la verdad se pongan en práctica en su vida diaria.

Todos debemos ser trabajadores junto con Dios. Ningún ocioso es reconocido como su siervo. Los miembros de la iglesia deben sentir individualmente que la vida y la prosperidad de la iglesia se ven afectadas por su proceder. Los miembros de la iglesia que tienen suficiente talento para dedicarse a cualquiera de las diversas vocaciones de la vida, tales como la enseñanza, la construcción, la manufactura y la agricultura, generalmente estarán dispuestos a trabajar para la edificación de la iglesia, sirviendo en comisiones o como maestros en las escuelas sabáticas, dedicándose a la obra misionera o desempeñando los diferentes cargos relacionados con la iglesia.

Dios exige que se empleen los primeros, los mejores y los más útiles talentos para llevar adelante su obra en la tierra. El mismo celo y energía, tacto y orden, que se ejercitan en las salas de contabilidad, en los talleres y en las bellas artes, deben llevarse a la vida religiosa y ejercitarse en la obra de Dios. Todos son responsables de los talentos que Dios les ha dado para que los empleen en su gloria. Él los llama para que acudan en ayuda del Señor contra los poderosos.

Muchos darán dinero porque cuesta menos abnegación y sacrificio que darse a sí mismos. Algunos dicen: Mi negocio reclama todo mi tiempo. Son tan numerosos mis compromisos y tan apremiantes sus exigencias, que no puedo dar mi tiempo". ¿De qué sirven los medios sin agentes que los utilicen? Los ministros no pueden hacer ni el diezmo del trabajo necesario en este momento para salvar almas y preservar la vitalidad de la iglesia.

¿Qué revelaciones se harán en el día de Dios, cuando cada individuo vea su vida como Dios la ve! ¿Cuántas oportunidades perdidas para salvar almas! ¿Cuántas horas preciosas desperdiciadas en seguir la inclinación en vez de cumplir con los deberes! ¿Cuánto mayor avance podría haberse hecho en el conocimiento de la verdad! ¿Cuánto talento que fue dado por Dios para un sabio perfeccionamiento, para ser gastado en su servicio, ha sido enterrado en los cuidados y atractivos de este mundo! Cuánta fuerza y valor podrían haber recibido los miembros individuales de la iglesia, si hubieran dedicado a Dios sus talentos y los hubieran usado para su servicio y gloria. Y cuántas almas podrían haberse salvado, si hubieran sido sabios y buscado primero el reino de Dios y su justicia.

¿Qué podemos decir para despertar en aquellos que profesan ser seguidores de Cristo, un sentido de las solemnes responsabilidades que descansan sobre ellos? ¿No hay ninguna voz que los despierte a trabajar mientras dure el día? ¿Nuestro

divino Maestro dio su vida por un mundo arruinado? ¿Quién se negará a sí mismo y hará algún sacrificio para salvar a las almas por las que murió?

En cada acto de la vida, los cristianos deben tratar de representar a Cristo, tratar de hacer que su servicio parezca atractivo. Que nadie haga repulsiva la religión con gemidos y suspiros y una relación de sus pruebas, sus abnegaciones y sacrificios. No desmientan su profesión de fe con la impaciencia, la inquietud y los lamentos. Que las gracias del Espíritu se manifiesten en bondad, mansedumbre, paciencia, alegría y amor. Que se vea que el amor de Cristo es un motivo permanente; que tu religión no es un vestido que se pone y se quita para adaptarse a las circunstancias, sino un principio, tranquilo, firme, invariable. Lamentablemente, el orgullo, la incredulidad y el egoísmo, como un cáncer asqueroso, están carcomiendo nuestra piedad vital del corazón de muchos cristianos profesos. Cuando sean juzgados según sus obras, cuántos aprenderán, demasiado tarde, que su religión no era más que un reluciente engaño, no reconocido por Jesucristo.

El amor a Jesús se verá, se sentirá. No se puede ocultar. Ejerce un poder maravilloso. Hace audaz al tímido, diligente al perezoso, sabio al ignorante. Hace elocuente la lengua tartamuda, y despierta el intelecto adormecido a una nueva vida y vigor. Vuelve esperanzado al abatido, alegre al sombrío. El amor a Cristo llevará a su poseedor a aceptar responsabilidades por su causa, y a soportarlas con su fuerza. El amor a Cristo no se dejará abatir por las tribulaciones, ni se apartará del deber por los reproches. El alma que no está imbuida de este amor a Jesús no es de los suyos.

La paz en Cristo vale más que todos los tesoros de la tierra. Busquemos al Señor con todo nuestro corazón, aprendamos de Cristo a ser mansos y humildes, para que podamos encontrar el descanso del alma. Despertemos nuestras energías dormidas y volvámonos activos, serios y fervientes. El ejemplo mismo y la conducta, así como las palabras del cristiano, deben ser tales que despierten en el pecador el deseo de venir a la Fuente de la vida.

Entonces abramos nuestros corazones a los brillantes rayos del Sol de Justicia. Trabajemos alegre y gozosamente al servicio de nuestro Maestro. Alabémosle, no sólo con nuestras palabras en la congregación de sus santos, sino con una vida bien ordenada y una conversación piadosa, una vida de esfuerzo cristiano activo y noble. Esforcémonos por asegurar nuestra vocación y elección, recordando que triunfaremos al fin, si no nos cansamos de hacer el bien.

1 de julio de 1886

Importancia de la formación en casa

EGW

En las palabras: "Que nuestros hijos sean como plantas crecidas en su juventud; que nuestras hijas sean como piedras angulares, pulidas a semejanza de un palacio", el salmista resume los resultados de una cuidadosa educación en el hogar. El objetivo de todo padre debería ser asegurar a sus hijos un carácter bien equilibrado y simétrico. Y ésta es una obra de no poca magnitud e importancia, pero que requerirá serias reflexiones y oraciones, así como un esfuerzo paciente y perseverante. Hay que poner los cimientos correctos, erigir un armazón fuerte y firme, y luego, día tras día, avanzar en el trabajo de construir, pulir y perfeccionar.

Padres, vuestro propio hogar es el primer campo en el que estáis llamados a trabajar. Las preciosas plantas del jardín de casa exigen vuestro primer cuidado. A vosotros se os ha asignado velar por las almas como quienes han de dar cuenta. Considera cuidadosamente tu trabajo, su naturaleza, su importancia y sus resultados. Línea sobre línea, precepto sobre precepto, un poco aquí y otro poco allá, debéis instruir, advertir y aconsejar, recordando siempre que vuestras miradas, palabras y acciones tienen una influencia directa en el curso futuro de vuestros seres queridos. Vuestro trabajo no es pintar una forma de belleza sobre un lienzo, o cincelarla en mármol, sino imprimir en un alma humana la imagen de la Divinidad.

Si las madres se dieran cuenta de la importancia de su misión, orarían mucho en secreto, presentando sus hijos a Jesús, implorando su bendición sobre ellos y suplicando sabiduría para cumplir correctamente sus deberes sagrados. Que la madre aproveche toda oportunidad para moldear y formar la disposición y los hábitos de sus hijos. Que vigile cuidadosamente el desarrollo del carácter, reprimiendo los rasgos demasiado prominentes y estimulando los deficientes.

Madres, ¿no prescindiréis del trabajo inútil e insignificante por el que ha de perecer con el uso? ¿No procuraréis acercaros a Dios, para que su sabiduría os guíe y su gracia os asista, en una obra que será tan duradera como la eternidad? Procura que tus hijos sean perfectos de carácter. Recordad que sólo los tales pueden ver a Dios.

Hablo con mayor libertad y seriedad, porque sé que muchos padres descuidan la obra que Dios les ha encomendado. Ellos mismos están lejos de la pureza y la santidad, y no ven los defectos de sus hijos como lo harían si sus propios ojos contemplaran y admiraran la perfección del carácter de Cristo.

Padres, por amor a Cristo, por amor a vuestros hijos, procurad conformar vuestras propias vidas a la norma divina. Dad un ejemplo puro y noble ante vuestros preciosos hijos. Que nada se interponga entre vosotros y vuestro Dios. Sed serios, pacientes y perseverantes, prontos a tiempo y fuera de tiempo. Dad a vuestros hijos cultura intelectual y formación moral. Que sus jóvenes corazones se fortalezcan con principios firmes y puros. Enseñales a ejercitar todas las facultades de la mente y del cuerpo. Mientras tengáis la oportunidad, echad los cimientos de una noble hombría y fembría, y vuestra labor se verá mil veces recompensada.

Deben hacer de la Biblia su guía, si quieren educar a sus hijos en la crianza y amonestación del Señor. Presénteles la vida y el carácter de Cristo como modelo a imitar. Si se equivocan, léales lo que el Señor ha dicho acerca de pecados similares. Hay necesidad de cuidado y diligencia constantes en esta obra. Un rasgo erróneo tolerado por los padres, no corregido por los maestros, puede causar que el carácter se deforme y se desequilibre. Enseñad a los niños que deben tener un corazón nuevo; que deben crearse nuevos gustos, inspirarse nuevos motivos. Deben contar con la ayuda de Cristo; deben familiarizarse con el carácter de Dios revelado en su palabra.

La oración familiar recibe muy poca atención. En muchos casos, el culto matutino y vespertino es poco más que una mera forma, una aburrida repetición monótona de frases hechas en la que el espíritu de gratitud o el sentido de necesidad no encuentran expresión. El Señor no acepta tal servicio. Pero no despreciará las peticiones de un corazón humilde y de un espíritu contrito. La apertura de nuestros corazones a nuestro Padre celestial, el reconocimiento de nuestra entera dependencia, la expresión de nuestras necesidades, el homenaje de amor agradecido, esto es la verdadera oración. Cuando acudimos invocando los méritos de la sangre de Cristo y confiando con fe implícita en sus promesas, obtendremos la bendición del Señor.

Aprovecha las horas preciosas que se pierden hablando de tus problemas o chismorreando sobre las faltas de los demás. Busca fervientemente la ayuda de Dios, y te fortalecerás en su fuerza. Puedes tener a Cristo como huésped en tu casa. No os contentéis con llevar el nombre de Cristo. Sed en verdad seguidores

de Jesús. Dejad que vuestros corazones se calienten con su amor. Hacedle vuestro amigo, vuestro ayudador, vuestro consejero.

Las reglas más valiosas para las relaciones sociales y familiares se encuentran en la Biblia. Allí no sólo se encuentra la mejor y más pura norma de moralidad, sino también el más valioso código de cortesía. El sermón del monte de nuestro Salvador contiene instrucciones de valor incalculable para viejos y jóvenes. Debería leerse a menudo en el círculo familiar, y sus preciosas enseñanzas deberían ejemplificarse en la vida diaria. La regla de oro: "Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos", así como el mandato apostólico: "En el honor, prefiriéndoos los unos a los otros", deben convertirse en la ley de la familia. Los que abrigan el espíritu de Cristo manifestarán cortesía en el hogar, un espíritu de benevolencia incluso en las cosas pequeñas. Buscarán constantemente hacer felices a todos los que los rodean, olvidándose de sí mismos en sus amables atenciones hacia los demás. Este es el fruto que crece en el árbol cristiano.

Pocos se dan cuenta de la influencia de las pequeñas cosas de la vida en el desarrollo del carácter. Madres, dejen de gastar su tiempo y sus fuerzas en aquello que es meramente atractivo a la vista, pero que no contribuye a la comodidad ni a la verdadera felicidad, y eliminarán una gran parte de los cuidados y preocupaciones que las ponen nerviosas e irritables, descorteses y poco cristianas. Los preciosos momentos hasta ahora dedicados a trabajos inútiles deberían dedicarse a embellecer las almas de sus hijos, enseñándoles cómo pueden obtener el adorno interior, ese espíritu manso y tranquilo que Dios considera de gran valor.

Si todos los seguidores de Cristo practicaran la verdadera cortesía, si la obediencia a la regla de oro se convirtiera en una de las piedras angulares del carácter cristiano, veríamos menos pleitos en la iglesia, menos dureza y animosidad entre los hermanos. No habría palabras ásperas y desconsideradas, ni luchas por el lugar más alto. El pueblo de Dios será probado. Cada uno será expuesto al fuego feroz de la prueba y la tentación. Si no queremos ser consumidos como escoria, debemos tener el amor de Dios-el oro que ha sido probado-permaneciendo en nosotros. Ahora es el momento de suavizar y dominar nuestros rasgos ásperos y duros de carácter. Debemos apreciar la bondad, la paciencia, la integridad cristiana. La crítica poco generosa, los discursos duros, el cuestionamiento de los motivos de otro, o la exageración de sus faltas, abren la puerta a las tentaciones de Satanás, y alejan a muchos de Dios. Las Sagradas Escrituras nos dan una regla segura y provechosa para el

pensamiento y la conversación. "Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad". Si queremos que nuestros hijos practiquen la bondad, la cortesía y el amor, nosotros mismos debemos darles ejemplo.

"La caridad sufre mucho y es bondadosa". No piensa el mal", otro fruto del árbol del amor. Nuestras almas deben permanecer en Dios, imbuidas de su Espíritu, si queremos aprender estas lecciones sagradas. Dijo el apóstol: "Ceñid los lomos de vuestra mente". Si los pensamientos están correctamente disciplinados, será una tarea mucho menos difícil controlar los sentimientos. Mirar a Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe, nos dará valor, esperanza y constancia. ¿No obedeceremos las enseñanzas de la palabra de Dios? ¿No la convertiremos en nuestra guía y consejera? ¿No le dedicaremos tiempo y reflexión? ¿Cómo pueden los cristianos descuidar el libro en el que Dios ha revelado su voluntad a los hombres? Nuestros hijos necesitan ayuda para comprender las Escrituras. Deben familiarizarse con la vida y el carácter de Jesús, para que puedan amarlo y elegir obedecerlo.

Los padres y tutores deben ejercer una vigilancia incesante. Cada día se despiertan nuevos pensamientos en las mentes de los jóvenes; nuevas impresiones se hacen en sus corazones. Las asociaciones que forman, los libros que leen, los hábitos que abriga, todo debe ser vigilado; porque los intereses de los niños, para esta vida y la próxima, están en juego.

"Lo que ahora haces, no lo sabes,
Pero lo sabrás más adelante,
Cuando las semillas que tus manos siembran,
Crecan hasta una cosecha madura."

Cuando estés ante el gran trono blanco, entonces tu obra aparecerá tal como es. Los libros se abren, el registro de cada vida se da a conocer. Muchos en esa vasta compañía no están preparados para las revelaciones hechas. En los oídos de algunos, las palabras caerán con sorprendente claridad, "Pesado en la balanza, y hallado falto". A muchos padres dirá el Juez en aquel día: "Tuvisteis mi palabra, que claramente establecía vuestro deber. ¿Por qué no habéis obedecido sus enseñanzas? ¿No sabíais que era la voz de Dios? ¿No os ordené que escudriñarais las Escrituras para no extraviaros? No sólo habéis arruinado vuestras propias almas, sino que con vuestras pretensiones de piedad habéis engañado a muchos otros. No tenéis parte conmigo. ¡Vete, vete!"

Otra clase permanece pálida y temblorosa, confiando en Cristo y, sin embargo, oprimida por un sentimiento de su propia indignidad. Oyen con lágrimas de gozo y gratitud el elogio del Maestro. Los días de incesante trabajo, de soportar cargas, de temor y angustia, son olvidados, cuando esa voz, más dulce que la música de las arpas de los ángeles, pronuncia las palabras: "Bien, buen siervo y fiel; entra en el gozo de tu Señor". Allí está la hueste de los redimidos, la rama de palma de la victoria en su mano, la corona sobre su cabeza. Estos son los que, mediante una labor fiel y sincera, han obtenido la idoneidad para el Cielo. La obra de la vida realizada en la tierra es reconocida en las cortes celestiales como una obra bien hecha.

Con indecible alegría, los padres ven la corona, el manto, el arpa, entregados a sus hijos. Los días de esperanza y temor han terminado. La semilla sembrada con lágrimas y oraciones puede haber parecido sembrada en vano, pero su cosecha se recoge al fin con alegría. Sus hijos han sido redimidos. Padres, madres, ¿en aquel día las voces de vuestros hijos entonarán el canto de la alegría?

8 de julio de 1886

El cristiano, obrero misionero

EGW

"El que sale y llora, llevando preciosa semilla, sin duda volverá con regocijo, trayendo consigo sus gavillas".

Ninguno de nosotros debe contentarse con salvar simplemente su propia alma. Jesús, nuestro perfecto Patrón, dejó las cortes reales del Cielo. Renunció a su alto mando y a la gloria que tenía con el Padre, y por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, a través de su pobreza, nos enriqueciéramos. Trabajó en su viña entre las colinas de Galilea, y al fin regó con su propia sangre la semilla que había sembrado. Cuando la mies de la tierra sea recogida en el granero del Cielo, y Cristo contemple a los santos redimidos, verá los dolores de su alma y quedará satisfecho.

Los que aprecian el plan de salvación, el precio infinito pagado por la redención del hombre, no vivirán sólo para sí mismos. Tendrán el más profundo interés en salvar a sus semejantes, para que Cristo no haya muerto por ellos en vano. Todo el Cielo está interesado en la salvación de las almas, y todos los que participan de los beneficios celestiales sentirán una intensa ansiedad porque este interés

manifestado en el Cielo no sea en vano. En la tierra cooperarán con los ángeles del Cielo, manifestando su aprecio por el valor de las almas por las que Cristo ha muerto. Con su labor seria y juiciosa, llevarán a muchos al redil de Cristo. Nadie que participe de la naturaleza divina será indiferente en este asunto. El mundo es nuestro campo; aferrados firmemente a Dios por su fuerza y su gracia, podemos avanzar por el camino del deber, como colaboradores del Redentor del mundo. Nuestro trabajo es difundir la luz de la verdad y avanzar en la obra de la reforma moral, para elevar, ennoblecer y bendecir a la humanidad. Debemos aplicar los principios del sermón de Cristo en la montaña a cada paso que demos, y luego confiar las consecuencias a Dios.

"Os digo que igualmente habrá gozo en el Cielo por un pecador que se arrepienta, más que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento". "Asimismo os digo que hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente". Si Dios y Cristo y los ángeles se regocijan cuando un solo pecador se arrepiente y se hace obediente a Cristo, ¿no debería el hombre imbuirse del mismo espíritu, y trabajar por el tiempo y por la eternidad con esfuerzo perseverante para salvar, no sólo su propia alma, sino las almas de los demás? Si trabajan en esta dirección con interés de todo corazón como seguidores de Cristo, cumpliendo cada deber, mejorando cada oportunidad, sus propias almas se irán asentando gradualmente en el molde de un cristiano perfecto. El corazón no será árido e insensible. La vida espiritual no estará empequeñecida. El corazón brillará con la impresión de la imagen divina, porque estará en estrecha simpatía con Dios. Toda la vida fluirá con alegre prontitud en canales de amor y simpatía por la humanidad. El yo será olvidado, y los caminos de esta clase se establecerán en Dios. Al regar a otros, sus propias almas serán regadas. La corriente que fluye a través de sus almas es de un manantial vivo, y fluye hacia los demás en buenas obras, en un esfuerzo sincero y desinteresado por su salvación. Para ser un árbol fructífero, el alma debe obtener su apoyo y alimento de la Fuente de la vida, y debe estar en armonía con el Creador.

Todo el que trabaje fielmente para Dios le entregará su espíritu y todas sus fuerzas como un sacrificio voluntario. El Espíritu de Dios que opera en su espíritu hace surgir las armonías sagradas del alma en respuesta al toque divino. Esta es la verdadera santificación, tal como la revela la Palabra de Dios. Es el trabajo de toda una vida. Y lo que el Espíritu de Dios ha comenzado en la tierra para la perfección del hombre, la gloria lo coronará en las mansiones de Dios. Los que son indolentes y poco cuidadosos no conocen la verdadera felicidad y la paz. Pierden, aun en esta vida; ¡y qué gloria pierden en la futura vida inmortal!

Quisiera poder decir a los hombres y a las mujeres palabras que los enervasen a la acción diligente. Los momentos que ahora se nos conceden para trabajar son pocos. Estamos parados en las fronteras mismas del mundo eterno. No tenemos tiempo que perder. Cada momento es oro, y demasiado precioso para dedicarlo meramente a servirnos a nosotros mismos. ¿Quién buscará a Dios con fervor y obtendrá de él la fuerza y la gracia para ser sus fieles obreros en el campo misionero? El esfuerzo individual es esencial para el éxito de esta obra. Los fáciles y egoístas, los mundanos y ambiciosos se avergonzarán de comprometerse perseverantemente en la obra misionera. Algunos la emprenderán impulsivamente, pero no podrán soportar los desaires, las burlas y el desprecio. Estos pronto se cansan de hacer el bien, y vuelven a su propia posición de vivir y cuidar de sí mismos. Para los tales no habrá recompensa en el Cielo, pues Cristo ha de dar a cada uno según sean sus obras.

Es esencial que todos los que han nombrado el nombre de Cristo tengan un conocimiento personal de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo. Deben comprender las Escrituras por sí mismos. Toda indiferencia y letargo deben ser vencidos. El trabajo, el trabajo, se agolpa sobre los pocos que están dispuestos y son obedientes. Trabajan en exceso porque ven tanto que hacer y tan pocos que están dispuestos a levantar la carga y llevar el yugo de Cristo. Muchos que ven la obra para este tiempo, y se dan cuenta de su importancia, están presionados bajo el peso de la responsabilidad como un carro bajo las gavillas, mientras que cientos están muriendo una muerte espiritual de inacción porque no quieren trabajar en absoluto. Éstos podrían ponerse a trabajar si reunieran la fuerza divina y no cedieran a las influencias pasajeras. Tienen la oportunidad de cultivar rasgos de carácter que serían lo opuesto al egoísmo, que refinarían, enriquecerían y ennoblecerían sus vidas. Éstos pueden crecer en espiritualidad si aceptan las cargas del trabajo donde mejor puedan servir a la causa de Dios. Los cristianos, en la más plena acepción del término, crecen en la gracia y en el conocimiento de Jesucristo. Aman a Dios cada vez más y están cada vez más deseosos de participar en el gran plan de salvación. La pereza intelectual y el letargo espiritual deben ser vencidos, y como soldados de Cristo debemos ser fieles al deber, listos para toda buena obra.

El dulce sabor de Cristo los rodea; su influencia es para elevar y bendecir. Son árboles fructíferos. Los hombres y las mujeres de este carácter prestarán un servicio práctico en actos considerados de bondad y en una labor seria y sistemática. La prepotencia, la vanidad y el orgullo no deben mezclarse en ningún caso con la obra sagrada. Aquellos que se enaltecen porque pueden hacer algo por la causa de Dios, correrán el peligro de estropear la obra por su

engreimiento, y arruinarán sus propias almas. Todos los que están relacionados con la obra de Dios deben hacer que su misión sea lo más atractiva posible, a fin de que no creen aversión a la verdad como consecuencia de su conducta. El yo debe estar escondido en Jesús, y los que trabajan para Dios deben tener caracteres de sabor agradable. Ahora es el momento de esforzarse seriamente. Se necesitan hombres y mujeres que trabajen en el gran campo misionero con esfuerzo decidido, orando y llorando, sembrando la preciosa semilla de la verdad a imitación del Redentor, que fue el Príncipe de los misioneros.

El que da talentos acrecentados a los que han mejorado sabiamente los que les fueron confiados, se complace en reconocer el servicio de su pueblo creyente en el Amado, por cuya fuerza y gracia han obrado. Los que han procurado el desarrollo y la perfección del carácter cristiano ejercitando sus facultades en las buenas obras, sembrando las semillas de la verdad junto a todas las aguas, cosecharán en el mundo venidero lo que han sembrado. La obra comenzada en la tierra alcanzará su consumación en la vida superior y más santa, para perdurar por toda la eternidad. La abnegación y el autosacrificio requeridos en el cultivo del corazón al hacer las obras de Cristo, serán infinitamente sobrebalanceados por la rica recompensa del peso eterno de gloria, las alegrías de la vida que se mide con la vida de Dios.

Si el cristiano prospera y progresa en algo, debe hacerlo en medio de extraños a Dios, en medio de burlas, sujeto al ridículo. Debe mantenerse erguido como la palmera en el desierto. El cielo puede ser como el bronce, la arena del desierto puede golpear las raíces de la palmera y amontonarse sobre su tronco. Sin embargo, el árbol vive como una planta perenne, fresca y vigorosa en medio de las ardientes arenas del desierto. Retira la arena hasta que llegues a las raíces de la palmera y descubrirás el secreto de su vida: se hunde profundamente bajo la superficie, hasta las aguas secretas ocultas en la tierra. La palmera puede representar muy bien a los cristianos. Son como Enoc; aunque rodeados de influencias corruptoras, su fe se aferra a lo invisible. Caminan con Dios, obteniendo de Él fuerza y gracia para resistir la contaminación moral que les rodea. Como Daniel en los atrios de Babilonia, permanecen puros e incontaminados; su vida está escondida con Cristo en Dios. Son virtuosos de espíritu en medio de la depravación; son verdaderos y leales, fervientes y celosos, mientras están rodeados de infieles, profesantes hipócritas, hombres impíos y mundanos. Su fe y su vida están escondidas con Cristo en Dios. Jesús es en ellos una fuente de agua que salta para vida eterna. La fe, como las raíces de la palmera, penetra debajo de las cosas que se ven, extrayendo alimento espiritual de la Fuente de la vida.

El carácter del verdadero cristiano será coherente, manso, alegre, fragante de buenas obras, y tan resuelto que el pecado no encontrará sanción en el corazón, en las palabras pronunciadas o en el silencio. La paz de Cristo que reina en el corazón del cristiano ferviente y trabajador se reflejará en los demás, elevará y refinará el gusto y santificará el juicio. El fiel sembrador de la semilla oirá el elogio del Maestro: "Bien, buen siervo y fiel, ... entra en el gozo de tu Señor". ¿Cuál es el gozo de nuestro Señor? Es el gozo de ver redimidas en el reino de la gloria a las almas por las que Cristo murió. Aquellos que entran en los gozos de su Señor tendrán la bendita satisfacción de ver almas salvadas en las mansiones de Dios por medio de su instrumentalidad. Estas almas serán como estrellas en la corona de su regocijo.

15 de julio de 1886

Una lección del milagro de Betesda

EGW

"La sabiduría se justifica de sus hijos".

La curación del impotente en el estanque de Betesda nos enseña una lección importante, de inestimable valor para el cristiano y de temible importancia para el incrédulo y el escéptico. Mientras el paralítico yacía junto al estanque, indefenso y casi sin esperanza, Jesús se acercó y le preguntó con tono de piedad: "¿Quieres quedar sano?". Queda sano! -éste había sido el peso de sus deseos y oraciones durante largos y cansados años. Con temblorosa impaciencia contó la historia de sus pruebas y desilusiones al compasivo Hijo de Dios. Ningún amigo estaba cerca para llevarlo a la fuente de curación en la agitación de las aguas. Sus angustiosas súplicas de ayuda no fueron escuchadas. A su alrededor había quienes buscaban la codiciada bendición de la salud para sus propios seres queridos; y mientras él trataba penosamente de llegar al estanque, otro se precipitaba antes que él.

Jesús dijo al enfermo: "Levántate, toma tu lecho y anda". No hubo seguridad de ayuda divina, ni manifestación de poder milagroso. Qué maravilla si el hombre respondió: "¡Es imposible! ¿Cómo se puede esperar que use mis miembros, que no han obedecido a mi voluntad durante treinta y ocho años?". Desde un punto de vista meramente humano, tal razonamiento parecería coherente. El enfermo podría haber dado lugar a la duda, y haber permitido así que aquella oportunidad dada por Dios pasara sin mejorar. Pero no; sin permitirse un pensamiento

cuestionador, aprovechó su única oportunidad. Al intentar hacer lo que Cristo le había ordenado, le vinieron la fuerza y el vigor; fue sanado.

Lector, ¿está tu mente llena de dudas y recelos, y sin embargo deseas recibir la bendición del Señor? Deja de poner en duda su palabra y de desconfiar de sus promesas. Obedece el mandato del Salvador y recibe la fuerza. Si vacilas y esperas a entrar en discusión con Satanás, o a considerar las dificultades e improbabilidades, tu oportunidad pasará, tal vez para siempre.

El milagro de Betesda debería haber convencido a los judíos de que Jesús era el Hijo de Dios; pero ellos sólo deseaban un pretexto para la incredulidad, y no fue difícil encontrar lo que buscaban. A una orden del Salvador, el hombre impotente se había llevado la simple cama o estera sobre la cual había estado acostado tanto tiempo; y Satanás, siempre listo con sus insinuaciones, sugirió que este acto podría interpretarse como una violación del sábado. Los judíos, por sus costumbres y tradiciones, habían pervertido este sagrado día de descanso de su designio original, haciendo de su observancia una carga más bien que una bendición. Se esperaba que una controversia sobre este punto destruiría la fe inspirada en algunos corazones por la curación de este pobre paralítico.

Cuando el restablecido siguió su camino con paso rápido y elástico, con el pulso acelerado por el vigor de una salud renovada y el semblante resplandeciente de esperanza y alegría, fue recibido por los fariseos, que le dijeron, con aire de gran santidad, que no era lícito llevar su lecho en el día de reposo. No hubo regocijo por su parte ante la liberación de aquel cautivo encarcelado durante tanto tiempo, ni alabanza agradecida por la presencia entre ellos de alguien que podía curar toda clase de enfermedades. Sus tradiciones habían sido desatendidas, y este hecho les cerró los ojos a la evidencia del poder divino. Fanáticos y santurriones, no querían admitir que podían haber malinterpretado el verdadero propósito del sábado. En vez de esto, prefirieron condenar a Jesús, a pesar del poderoso milagro que había realizado. Hay hombres del mismo espíritu hoy en día, que están cegados por el error, y sin embargo se halagan a sí mismos de que están en lo correcto, y que todos los que difieren de ellos están equivocados.

El hombre que había sido sanado no entró en controversia con sus acusadores. Simplemente respondió: "El que me sanó, ése me dijo: Toma tu lecho, y anda". Los fariseos, fingiendo ignorancia, seguían insistiendo: "¿Qué hombre es el que te dijo: Toma tu lecho, y anda?". Su política consistía en interrogarle y ponerle

reparos, para confundirle y enredarle, y hacerle dudar o desacreditar su testimonio.

Cuando los judíos fueron informados de que era Jesús de Nazaret quien había realizado el milagro de la curación, trataron de condenarlo a muerte, "porque había hecho estas cosas en día de sábado". A sus acusaciones, Jesús respondió tranquilamente: "'Mi Padre obra hasta aquí, y yo obro'. A través de las operaciones de la naturaleza, y por el ministerio de los ángeles, Dios está constantemente trabajando para sostener y bendecir a la humanidad. Yo trabajo en perfecta armonía con mi Padre". Esta respuesta proporcionó otro pretexto para condenarlo. El asesinato estaba en sus corazones, y sólo esperaban una excusa plausible para quitarle la vida. Pero Jesús continúa afirmando su verdadera posición. "El Hijo -dice- no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; pues todo lo que éste hace, también lo hace el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él mismo hace."

Se habían presentado amplias pruebas de que Jesús era el Mesías prometido; sin embargo, todos los que deseaban dudar encontraron la oportunidad. Dios obra a través de quien quiere, por los caminos y medios que él mismo elige; pero siempre hay algunos que actúan como los fariseos criticones, capaces de hacer de la curación de un pobre enfermo la ocasión de un estallido homicida. No pueden negar que el poder de Dios se manifiesta por medio de sus siervos; pero aun así, en algunos puntos la obra no concuerda con su juicio, y si pueden encontrar tan sólo la apariencia de una excusa, son libres de cuestionar, dudar y oponerse.

La incredulidad siempre encontrará una excusa para su existencia. Si los hombres pudieron criticar y condenar la obra del Salvador, cuando tenían tal evidencia del poder divino como el milagro de Betesda, ¿podemos extrañarnos de que critiquen y condenen hoy? Dios quiere que los hombres crean, no porque no haya posibilidad de duda, sino porque hay abundantes pruebas en las que basar una fe inteligente.

Cristo ordenó a los fariseos: "Escudriñad las Escrituras, porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí." Los maestros judíos profesaban exponer la palabra de Dios; pero si hubieran estudiado con oración y comprendido correctamente sus enseñanzas, no habrían sustituido la ley divina por sus propias tradiciones.

Jesús continuó: "No queréis venir a mí para que tengáis vida". "Si hubierais creído a Moisés, me habríais creído a mí; porque él escribió de mí. Pero si no

creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?". La palabra de Dios es menospreciada y mirada con desconfianza por la misma razón que lo fue su Autor: porque reprueba y condena el pecado. Muchos que no están dispuestos a obedecer sus requerimientos, se esfuerzan por derrocar su autoridad. Leen la Biblia, o escuchan sus verdades tal como son presentadas desde el sagrado escritorio, meramente para encontrar faltas en las Escrituras o en el sermón. No pocos se convierten en infieles, simplemente por su negligencia voluntaria del deber. Otros son llevados a adoptar principios escépticos por orgullo o indolencia. No aman la aplicación minuciosa, y no harán el esfuerzo necesario para lograr algo noble o realmente útil; pero desean ser considerados agudos y críticos, para asegurarse una reputación de sabiduría superior. Volviendo su atención a la Biblia, encuentran mucho que la mente finita, no iluminada por la sabiduría de lo alto, es incapaz de comprender. He aquí un campo para el despliegue de sus talentos, donde pueden ganar reputación de ingenio y agudeza sin mucho esfuerzo; y comienzan a expresar sus dudas y cavilaciones.

Estos burladores pueden decir muchas cosas agudas, ingeniosas, aptas; pero el "veneno de los áspides está debajo de sus labios". El padre de la mentira les presta su poder y su astucia satánica. Los cristianos deben evitar las controversias con estos hombres. Podemos sentir que no estamos en peligro por su influencia; pero otros se reunirán para escuchar, y algún alma puede ser llevada al camino de la duda y el escepticismo. Tratadlos amablemente, pero no les deis oportunidad de hacer alarde de su infidelidad. No des lugar a que Satanás insinúe su presencia. No piséis el terreno del enemigo.

Dios quiere que su pueblo evite la sociedad de infieles, ateos y espiritualistas. Él nos ha advertido de su carácter y su destino: "El necio ha dicho en su corazón: No hay Dios". "El que aparta su oído para no oír la ley, aun su oración será abominación". "Los transgresores serán juntos destruidos; el fin de los impíos será cortado".

El gran adversario intentará derribar la fe de todo seguidor de Cristo. A algunos se les aparece como un león rugiente; a otros viene vestido con ropas de ángel, y su voz se reduce al más suave susurro. Nuestra única seguridad consiste en aferrarnos con fe inquebrantable a la palabra de Dios, y rehuir pronta y resueltamente todo lo que esa palabra condena, por agradable que sea su apariencia o por engañosas que sean sus pretensiones. Aunque la verdad de Dios sea para los "judíos tropezadero, y para los griegos locura", para los que creen es "poder de Dios y sabiduría de Dios", porque "la sabiduría se justifica de sus hijos".

22 de julio de 1886

Obediencia pronta y alegre

EGW

"¿Se complace tanto el Señor en los holocaustos y sacrificios como en obedecer la voz del Señor? He aquí que obedecer es mejor que los sacrificios, y escuchar que la grosura de los carneros."

Dios, como soberano supremo del universo, siempre ha exigido una obediencia pronta e incondicional. Incluso Cristo, en los días de su carne, fue obediente a la ley del Padre. Por medio del salmista inspirado declara: Sacrificio y ofrenda no quisiste"; "holocausto y expiación no exigiste". Entonces dije: He aquí, vengo; en el volumen del libro está escrito de mí: Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío; sí, tu ley está dentro de mi corazón". Pero los hombres son adormecidos por los engaños de Satanás, que sugiere excusas y vence sus escrúpulos, diciendo, como dijo a Eva en el jardín: "No moriréis ciertamente." Olvidan que la palabra del Señor es firme, y que toda transgresión recibirá "justa recompensa de galardón."

El Señor hizo un pacto con Abraham y su descendencia, y les dio el derecho [rito] de la circuncisión como señal de que los había separado de todas las naciones como su tesoro peculiar. Si los descendientes de Abraham hubieran guardado fielmente este pacto, habrían escapado a la gran tentación de entregarse a las prácticas pecaminosas de otras naciones, y no habrían sido seducidos por la idolatría. Al mezclarse con los idólatras, perdieron, en gran medida, su carácter peculiar y santo. Para castigarlos, el Señor trajo una hambruna sobre su tierra, que los obligó a bajar a Egipto para preservar sus vidas. El Señor permitió que fueran oprimidos por los egipcios; pero a causa de su pacto con Abrahán, no abandonó a su pueblo. Les dio la oportunidad de volverse a él en su angustia, elegir su gobierno justo y misericordioso, y obedecer sus requerimientos.

El Señor oyó los clamores de su pueblo en la tierra de su cautiverio y lo liberó para que pudiera servirle libremente. Después que salieron de Egipto y las aguas del Mar Rojo se dividieron ante ellos, los puso a prueba, para ver si confiaban en Aquel que con señales y prodigios los había liberado de la casa de servidumbre. Pero no soportaron la prueba. Murmuraron contra Dios a causa de las dificultades del camino, y desearon volver de nuevo a Egipto. Debido a su espíritu insatisfecho, impaciente y rebelde, vagaron durante cuarenta años por

el desierto. Pero el Señor no era responsable de este retraso en la posesión de Canaán. Él estaba más afligido que ellos porque no podía llevarlos a la posesión inmediata de la tierra prometida, y mostrar así ante todas las naciones su poderoso poder en la liberación de su pueblo. Con su desconfianza en Dios, con su orgullo e incredulidad, no estaban preparados para entrar en Canaán. No representarían en modo alguno a ese pueblo cuyo Dios es el Señor, pues no llevaban su carácter de pureza, bondad y benevolencia.

Los hijos de Israel perdieron el favor divino por su desobediencia. Si se hubieran sometido a la autoridad de Dios, como nación gobernada por sus juicios, y como individuos que andaban en sus ordenanzas, habrían sido un pueblo próspero, santo y feliz. Por su propia perversidad de espíritu, los israelitas hicieron imposible que Dios manifestara su poder protegiéndolos de las naciones que se oponían a su paso a Canaán. Cuando aquellos que habían sido elegidos por Dios como su pueblo peculiar, que habían presenciado tantas muestras de su grandeza y de la majestad de su poder, imitaron las iniquidades de los paganos, su culpa fue tan mayor que la de las naciones idólatras como lo fueron sus privilegios. Ni una sola de las cosas buenas que Dios había prometido a su pueblo habría faltado, si hubieran cumplido las condiciones en que estas bendiciones habían de ser otorgadas; pero Dios no podía sancionar el pecado, ni proteger la iniquidad.

La historia de los hijos de Israel está escrita para nuestra amonestación. Somos probacionistas, como lo fueron ellos. Dios nos ha dado sus mandamientos, como los dio a su pueblo antiguamente. Podemos llegar a ser fuertes en la fuerza del Dios de Israel, si creemos y obedecemos su palabra. Pero si somos desobedientes, dudosos y rebeldes, como lo fueron las multitudes que cayeron en el desierto, no seremos dignos de poseer las mansiones que Cristo fue a preparar para su pueblo.

Por medio de Samuel, Dios ordenó a Saúl que fuera y hiriera a los amalecitas, y destruyera por completo todas sus posesiones. Pero Saúl sólo obedeció parcialmente la orden; destruyó el ganado inferior, pero se reservó el mejor, y perdonó la vida al malvado rey. Al día siguiente se encontró con el profeta Samuel, y lo saludó con halagadoras autofelicitaciones. Dijo: "Bendito seas del Señor; he cumplido el mandamiento del Señor". Pero el profeta respondió inmediatamente: "¿Qué significa, pues, el balido de las ovejas en mis oídos, y el mugido de los bueyes que oigo?".

Saúl estaba confuso, y trató de eludir su responsabilidad respondiendo: "Los han traído de los amalecitas; porque el *pueblo* perdonó lo mejor de las ovejas y de los bueyes para sacrificar al Señor tu Dios, y lo demás lo hemos destruido por completo." Samuel reprendió al rey, recordándole el mandato explícito de Dios que le ordenaba destruir todo lo que perteneciera a Amalec. Señaló la transgresión de Saúl y declaró que había desobedecido al Señor. Pero Saúl se negó a reconocer que había obrado mal, y volvió a excusar su pecado alegando que había reservado lo mejor del ganado para sacrificarlo al Señor.

La persistencia del rey en negarse a ver y confesar su pecado entristeció a Samuel hasta el corazón. Con tristeza le preguntó: "¿Se complace tanto el Señor en los holocaustos y sacrificios como en obedecer la voz del Señor? He aquí que obedecer es mejor que los sacrificios, y escuchar que la grosura de los carneros". "Por cuanto desechaste la palabra del Señor, él también te ha desechado para que no seas rey". Y por su transgresión, el reino de Israel fue arrancado de las manos de Saúl, y entregado a un prójimo que era mejor que él, a David, hijo de Isaí.

Dios no es menos exigente ahora que en la antigüedad. Su mirada está sobre todo su pueblo y sobre toda la obra de sus manos. No aceptará ninguna obediencia parcial; no sancionará ningún compromiso consigo mismo. Tampoco dejará impunes a los que desobedezcan su palabra. Aunque aguante mucho tiempo al transgresor, al final vendrá el castigo.

Dios habló a los hijos de Israel por boca de profetas y apóstoles; pero nunca hubo un tiempo en que los hombres estuvieran más plenamente informados de lo que lo están ahora acerca de su voluntad y del camino que quiere que sigan. Pero, ¿aprovecharán sus enseñanzas? ¿Recibirán sus reproches y prestarán atención a sus advertencias?

La desobediencia endurece el corazón y adormece la conciencia del culpable, y también tiende a corromper la fe de los demás. Lo que al principio les parece muy malo, pierde gradualmente esta apariencia, hasta que finalmente se preguntan si es realmente pecado, e inconscientemente caen en el mismo error. Cuando se presenta un deber, no debemos demorarnos en cumplir sus exigencias. La demora da tiempo para que surjan dudas, se cuele la incredulidad, se pervierte el juicio, se oscurece el entendimiento; y al final las reprobaciones del Espíritu de Dios no llegan al corazón del engañado, que se ha cegado tanto que siente que no es posible que vayan dirigidas a él o se apliquen a su caso.

El precioso tiempo de prueba está pasando, y pocos se dan cuenta de su valor. Las horas de oro se malgastan en actividades mundanas, en placeres, en pecado absoluto, mientras que la preparación para la eternidad, el gran objetivo para el cual fueron dadas, se pasa totalmente por alto. La ley de Dios es menospreciada y olvidada; sin embargo, sus preceptos no son menos obligatorios, y cada transgresión recibirá su merecido castigo. Con el propósito de obtener ganancias mundanas, los hombres profanan el sábado; sin embargo, las exigencias de ese día santo no son abrogadas ni disminuidas. El mandamiento de Dios es claro e incuestionable sobre este punto. Nos ha prohibido perentoriamente trabajar en sábado; lo ha apartado como día santificado para sí mismo.

Los que quieran caminar por la senda de la obediencia a los mandamientos de Dios encontrarán muchos obstáculos. Hay influencias fuertes y sutiles que los atan a los caminos del mundo; pero el poder del Señor puede romper estas cadenas. Él quitará estos obstáculos de delante de los pies de sus fieles y humildes hijos, o les dará fuerza y valor para vencer todas las dificultades, si suplican fervientemente su ayuda. Todos los obstáculos se desvanecerán ante un deseo ferviente y un esfuerzo persistente por hacer la voluntad de Dios. La luz del Cielo iluminará el camino de aquellos que, no importa qué pruebas y perplejidades puedan encontrar, avanzan en el camino de la obediencia, mirando a Jesús en busca de ayuda y guía.

Basilea, Suiza.

29 de julio de 1886

Cristo y la Ley

EGW

La ley de Dios es inmutable. Por esta razón, Cristo murió, tomando sobre sí la culpa del transgresor, y haciendo posible que todo pecador penitente y arrepentido se apodere de su fuerza, y a través de él haga las paces con el Legislador ofendido.

"El pecado es la transgresión de la ley", y "la paga del pecado es muerte". Fue el pecado el que trajo la muerte al mundo. Si no hubiera habido pecado, no habría habido muerte. Cristo murió como sustituto del pecador, para salvarlo de la pena de su desobediencia. Si la ley de Dios hubiera sido cambiada o abolida, Cristo no habría tenido necesidad de morir; porque la muerte no era necesaria para abolir la ley. El hecho de que Dios no librara a su propio Hijo amado y sin

pecado de la pena que se comprometió a soportar como sustituto del pecador, es el argumento más elocuente que se puede producir para demostrar que las exigencias de su ley no se liberarán, ni siquiera en lo más mínimo, para salvar al transgresor. Así que en la muerte de Cristo tenemos evidencia, no sólo del amor de Dios por el hombre pecador, sino del carácter inmutable de su ley. La ley no podía ser abolida; un precepto no podía ser alterado para salvar al pecador y satisfacer al hombre en su condición caída; pero Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo para sufrir el castigo de su transgresión en lugar del pecador.

Es por gracia que el pecador es salvado, siendo justificado gratuitamente por la sangre de Cristo. Pero Cristo no murió para salvar al pecador en sus pecados. El mundo entero está condenado como culpable ante Dios, porque son transgresores de su santa ley; y perecerán ciertamente a menos que se arrepientan, se vuelvan de su desobediencia y, mediante la fe en Cristo, reclamen los méritos de su preciosa sangre. El pecado de Adán y Eva perdió el santo Edén para ellos y su posteridad, y los que siguen viviendo en la transgresión de la ley de Dios nunca recuperarán el paraíso perdido. Pero por la gracia de Cristo el hombre puede rendir obediencia aceptable, y ganar un hogar en el hermoso Edén restaurado.

Hay quienes no comprenden el plan de la redención, pero hacen de la muerte de Cristo un argumento para probar que la ley de Dios ha sido abolida. Hombres que pretenden ser maestros del pueblo ciegan los ojos de los ignorantes mezclando la ley moral con la ceremonial, y usando los textos que hablan de la ley ceremonial para probar que la ley moral ha sido abolida. Esto es una perversión de las Escrituras. Hay dos leyes distintas a la vista. Una es la ley de los tipos y sombras, que llegó hasta el tiempo de Cristo, y cesó cuando el tipo se encontró con el antitipo en su muerte. La otra es la ley de Jehová, y es tan permanente e inmutable como su trono eterno. Después de la crucifixión, fue una negación de Cristo que los judíos continuaran ofreciendo los holocaustos y sacrificios que eran típicos de su muerte. Era decir al mundo que esperaban un Redentor por venir, y que no tenían fe en Aquel que había dado su vida por los pecados del mundo. De ahí que la ley ceremonial dejara de tener vigencia con la muerte de Cristo.

El Evangelio de Cristo refleja la gloria sobre la era judía. Arroja luz sobre toda la economía judía y da significado a la ley ceremonial. El tabernáculo o templo de Dios en la tierra era un modelo del original en el Cielo. Todas las ceremonias de la ley judía eran proféticas, típicas de los misterios del plan de redención. Los ritos y ceremonias de la ley fueron dados por Cristo mismo, quien, envuelto

en una columna de nube de día y en una columna de fuego de noche, era el jefe de las huestes de Israel; y esta ley debe ser tratada con gran respeto, pues es sagrada. Incluso después de que ya no debía observarse, Pablo la presentó ante los judíos en su verdadera posición y valor, mostrando su lugar en el plan de la redención y su relación con la obra de Cristo; y el gran apóstol pronuncia esta ley gloriosa, digna de su divino Originador. La que iba a ser abolida era gloriosa, pero no era la ley instituida por Dios para el gobierno de su familia en el cielo y en la tierra; porque mientras los cielos permanezcan, tanto durará la ley del Señor.

Cristo vino a enseñar a los hombres el camino de la salvación; y podríamos esperar que cuando el servicio sombrío ya no tuviera ningún valor, si la ley de los diez mandamientos ya no fuera vinculante, declarararía su abrogación. Si las Escrituras del Antiguo Testamento ya no debían considerarse como una guía para los cristianos, lo haría saber. Pero esta no era la obra de Aquel que vino a buscar y salvar lo que se había perdido. En su memorable sermón de la montaña, en el que anunció a sus seguidores el objeto de su misión, declaró expresamente la perpetuidad de la ley moral. Sus solemnes advertencias a los negligentes y despreciadores de la ley de Dios, resuenan hasta nuestros días en las palabras: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos."

Estas son las palabras del gran Maestro, pero a menudo se pervierten y se les da un significado totalmente distinto de la lección que quiso dar a sus discípulos y, a través de ellos, a todos los que creyeran en su nombre. Él vino a cumplir las exigencias de la ley, a magnificarla y hacerla honorable, a mostrar a todos que Dios no remitirá la pena de su transgresión. El Altísimo cumplirá su palabra; no volverá a él vacía.

Después de su resurrección, cuando Jesús se reveló a los dos discípulos que iban de camino a Emaús y a los que estaban reunidos en Jerusalén, no señaló las obras poderosas que había hecho, para reavivar su fe en él como el Mesías prometido; sino que se remontó a Moisés y a los profetas, y explicó las Escrituras que se referían a él. Los santos profetas habían predicho la forma de su nacimiento, los acontecimientos de su vida, su misión, su muerte y resurrección; y Jesús inculcó a sus discípulos el hecho de que en su vida y

muerte estas profecías se habían cumplido. La esperanza revivió en los corazones de los discípulos, pues para ellos las palabras de los profetas estaban revestidas de nueva vida y fuerza, y estaban dispuestos a aceptar a Jesús de Nazaret como el Hijo de Dios, el Mesías largamente esperado.

No hay discordia entre el Antiguo Testamento y el Nuevo. En el Antiguo Testamento encontramos el evangelio de un Salvador venidero; en el Nuevo Testamento tenemos el evangelio de un Salvador revelado como las profecías habían predicho. Mientras que el Antiguo Testamento apunta constantemente hacia la verdadera ofrenda, el Nuevo Testamento muestra que el Salvador prefigurado por las ofrendas típicas ha llegado. La oscura gloria de la era judía ha sido sucedida por la gloria más clara y brillante de la era cristiana. Pero ni una sola vez ha afirmado Cristo que su venida destruyera las exigencias de la ley de Dios. Por el contrario, en el último mensaje a su iglesia, a través de Patmos, pronuncia una bendición sobre aquellos que guardan la ley de su Padre: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad".

El mundo está lleno de pruebas de la grandeza, majestad y benevolencia de Dios; pero la evidencia más fuerte de su amor por el hombre caído está contenida en el don de su Hijo, que tomó la naturaleza del hombre, descendió al oficio de siervo, probó el dolor más amargo de la vida, e incluso murió una muerte terrible e ignominiosa, para que a través de él pudiéramos ser restaurados a la obediencia y al favor de Dios, y ganar la vida eterna. Cristo, como nuestro ejemplo, cumplió la ley de su Padre. Como él venció, así podemos vencer nosotros. Y Él ha prometido: "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, como yo también he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono".

Basilea, Suiza.

5 de agosto de 1886

La Ley en la era cristiana

EGW

Después de la ascensión de Cristo, cuando sus seguidores ya no gozaban de su presencia personal ni de su instrucción, sus discípulos retomaron la obra donde él la dejó; y las palabras de verdad, tal como las recibieron de Aquel que habló como nunca habló hombre alguno, han llegado hasta nosotros revestidas de

poder divino. Pablo declaró que había enseñado a los efesios "públicamente y por las casas, testificando a judíos y a griegos acerca del arrepentimiento para con Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo." Pedro y los otros apóstoles predicaron el mismo evangelio.

Porque el pecador tiene problemas con el Padre. Ha transgredido la ley; debe ver su pecado y arrepentirse. Mirar a Jesús, cuya sangre es la única que puede limpiar de todo pecado. La fe en Cristo es necesaria; porque no hay ninguna cualidad salvadora en la ley. La ley condena, pero no puede perdonar al transgresor. El pecador debe depender de los méritos de la sangre de Cristo. "Que se aferre a mi fuerza", dice nuestro misericordioso Redentor, "para que haga las paces conmigo, y hará las paces conmigo". Nuestro Señor declaró que amaría más a quien más le fuera perdonado; y sólo sentirá que necesita el perdón quien se vea a sí mismo tal como es, manchado por el pecado, transgresor de la santa ley de Dios. El que tiene la más plena convicción de las sagradas exigencias de la ley, verá más claramente la enormidad de sus ofensas, y sentirá que en verdad se le perdona mucho.

Nos acercamos al fin de los tiempos; y brilla sobre nosotros una luz más amplia y clara que la que otros han recibido. Las nieblas se están disipando, y si somos humildes estudiantes de la palabra divina, sus verdades nos serán reveladas claramente. Pero Satanás y sus huestes están guerreando contra los mandamientos de Dios como nunca antes. Se hace todo lo posible para cegar los ojos de los hombres a la verdad. Si fuera posible, hasta los elegidos serían engañados. No se trata de un engaño común. El gran éxito de Satanás consiste en mantener a los hombres en la ignorancia de sus artimañas; porque entonces, mediante su sutileza, puede confundir las mentes de los incautos y, por decirlo así, conducirlos con los ojos vendados. Sigue de cerca a todos los que profesan la verdad bíblica. Está constantemente planeando su derrocamiento, y sus tentaciones los solicitan por todas partes.

Si hay alguien en posición de ejercer una influencia controladora sobre otros, Satanás obra de manera magistral para confundir la mente de ese hombre, y hacer que lo correcto parezca incorrecto, y lo incorrecto correcto. Sus sugerencias están siempre destinadas a restar importancia a los requerimientos de Dios, y a tranquilizar la mente mientras el andar diario es contrario a la ley divina, hasta que finalmente la víctima de sus engaños se lisonjea de que anda con Dios, mientras todo el tiempo va en contra de su ley.

Tales personas piensan que tienen fe; pero es presunción. El gran adversario ha tejido una trampa para sus pies; y cuando una vez que se enredan, no le faltan agencias para envolverlos aún más profundamente en sus peligros. Así el engaño se hace cada vez más fuerte, hasta que las almas se ven envueltas en una ruina irremediable.

Como Satanás, el dios de este mundo, tentó a Cristo en el desierto, así tentará a todo hijo e hija de Adán. Nuestra fe será probada, nuestros motivos y principios serán puestos a prueba; y si no tenemos una experiencia diaria y viva de la verdad, y una unión con Cristo, seremos arrastrados de nuestra firmeza al error de los impíos.

Si pudiéramos recordar siempre que Satanás viene a nosotros disfrazado, sus motivos ocultos, y él mismo vestido con ropas de luz, estaríamos en guardia, y no caeríamos presa de sus artimañas. Se nos ha proporcionado una defensa. Dice el apóstol: "Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo".

Esta es una armadura segura, pero no es más segura de lo que necesitamos; porque el apóstol continúa: "No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes". Deberíamos estudiar la naturaleza, el carácter y el alcance de estas huestes espirituales de maldad en las regiones celestes, para que no seamos engañados por las potestades de las tinieblas. Pero cuán difícil es despertar las mentes para que se den cuenta de la continua actividad y la gran seriedad de nuestro astuto enemigo, a pesar de las advertencias y advertencias de la Biblia, y de la experiencia de muchos que han sido derrocados por su sutileza. El testimonio pierde su fuerza; la advertencia desaparece de la mente. Los hombres dejan de velar y orar; no solicitan la ayuda de los santos ángeles, que levantarían para ellos un estandarte contra el enemigo.

Cuando termine la historia de esta tierra, sólo habrá dos divisiones: los justos y los impíos. Cada hombre, mujer y niño se encontrará en uno de estos dos ejércitos. Jesús será el jefe de los justos, y Satanás de las huestes opuestas. Los ángeles que no guardaron su primer estado, sino que abandonaron su propia morada, son rebeldes contra la ley de Dios y enemigos de todos los que aman y obedecen sus mandamientos; y todos los que quebrantan y enseñan a otros a quebrantar la ley de Dios, fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra, cooperan con estos ángeles caídos en su obra, y están agrupados bajo el mismo

jefe, que dirige sus operaciones en oposición al gobierno de Dios. Estos tratarán de fortalecer sus fuerzas reuniendo en sus filas al mayor número posible; y molestarán y hostigarán, falsificarán y tergiversarán a todos aquellos a quienes no puedan influir para que se unan a ellos en su obra.

Cuando Cristo estuvo en la tierra, hubo algunos que se le opusieron amargamente. No les gustaban sus enseñanzas; su vida santa era un reproche para ellos. Los apóstoles tuvieron que enfrentarse al mismo espíritu de oposición. Había espías tras la pista de estos primeros predicadores de la justicia, que captaban cada palabra donde había la menor posibilidad de arrancarle el significado. Pablo, el gran apóstol de los gentiles, fue objeto especial de ira. Su obra y sus resultados fueron falsamente declarados. Sus enemigos trataron de excitar la malicia tanto de judíos como de gentiles; y si no hubiera sido por el cuidado de Dios, mediante la ministración de santos ángeles, su vida habría sido sacrificada mucho antes de que lo fuera, y su obra truncada.

Dios tiene ahora un pueblo en el mundo, al que ha puesto para la defensa de su ley; y no debemos sorprendernos, ni desanimarnos en modo alguno, si tenemos que encontrarnos con el mismo espíritu de enemistad. Cristo dijo a los maestros religiosos de su tiempo: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!". ¿Por qué se pronunció este ay sobre ellos? No, porque cerráis el reino de los cielos a los hombres, pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que entran. Hay tales maestros ahora. No obedecen los requerimientos más claros de la palabra de Dios; y después de haberse apartado ellos mismos de la luz, usan toda su influencia para inducir a otros a rechazarla también. No quieren entrar en la senda de la obediencia, y se empeñan en cercar el camino para que otros no entren.

Pervierten las Escrituras, enseñando incluso que guardar la ley moral es negar a Cristo. El error se abriga como luz preciosa, mientras que la verdad llana, tan clara y señalada en la palabra de Dios, que marca el curso que deben seguir, se considera un cuento ocioso. Puede ser que profesen servir a Cristo, pero han cambiado de amo y están totalmente del lado del enemigo. La razón la da el apóstol cuando dice: "El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del glorioso evangelio de Cristo, que es la imagen de Dios". Estos falsos maestros manifiestan hacia los que guardan los mandamientos de Dios el mismo espíritu que los escribas y fariseos manifestaron hacia Cristo.

Algunos que no conocen la Biblia piensan que lo que les dicen los ministros debe ser verdad. No escudriñan las Escrituras por sí mismos, como los nobles bereanos, sino que aceptan las declaraciones de los que han estudiado la Palabra de Dios, no para aprender la verdad, sino para sostener doctrinas falsas, para justificar sus propias teorías. Muchas veces estas teorías falsas son un revoltijo de inconsistencias; y si los hombres usaran su razón, y tomaran la Biblia como se lee, verían lo absurdo de sus posiciones. El claro "Así dice el Señor" disiparía sus errores, como la niebla es disipada por las glorias del sol naciente.

Como protestantes, la Biblia, y sólo la Biblia, es el fundamento de nuestra fe; pero muchos citan a "los Padres" como autoridad. No vienen como humildes aprendices en la escuela de Cristo, diciendo: "Señor, lo que no sé, enséñame. Abre mis ojos para que vea las maravillas de tu ley".

Dice el sabio: "Oigamos la conclusión de todo el asunto: Temed a Dios, y guardad sus mandamientos; porque éste es todo el deber del hombre. Porque Dios someterá a juicio toda obra, y toda cosa secreta, sea buena o sea mala". Los hombres pueden cerrar los ojos a las verdades más claras de la palabra de Dios, pueden pisotear su ley; pero la ley, instituida en el principio, proclamada desde el Sinaí y grabada en tablas de piedra, los juzgará en el último día.

Basilea, Suiza.

12 de agosto de 1886

La responsabilidad del profesor

EGW

En una época como la nuestra, en la que abunda la iniquidad, y el carácter de Dios y su ley son considerados por igual con indiferencia, e incluso con desprecio, debe ponerse especial empeño en enseñar a la juventud a estudiar y a reverenciar y obedecer la voluntad divina revelada al hombre. Por medio de la prensa, el conocimiento de todo tipo se pone al alcance de todos; y sin embargo, qué gran proporción en cada comunidad está depravada en la moral, y superficial en los logros mentales. Esto se debe a que las palabras de Dios a los hombres, que deberían recibir nuestra primera atención, son descuidadas por las expresiones de la sabiduría humana. El temor del Señor se está desvaneciendo de las mentes de los jóvenes debido a su negligencia en el estudio de la Biblia. Si todos, viejos y jóvenes, se convirtieran en lectores y estudiantes de la Biblia, veríamos un estado diferente de las cosas.

En nuestras escuelas y colegios, las influencias morales y religiosas no deben quedar en un segundo plano. El estudio de las ciencias, por sí solo, no puede dar a los estudiantes la disciplina que necesitan. Es preciso sentar bases más amplias. El estudiante debe recibir una disciplina que le permita el desarrollo más completo y noble del carácter. Se necesita una educación que exija de los maestros y del director una reflexión y un esfuerzo que la mera instrucción en ciencias no requiere.

Hay que inculcar cada día a los jóvenes el sentido de su obligación para con Dios. Su ley es violada continuamente, incluso por los hijos de padres religiosos. En general, la juventud tiene muy poca fuerza moral, porque su educación en esta dirección ha sido descuidada; y el conocimiento del carácter de Dios y de nuestras obligaciones para con él no debe considerarse de menor importancia.

La moralidad y la religión deben recibir especial atención en nuestras instituciones educativas; porque la religión de la Biblia es la única salvaguardia de los jóvenes. Esta es la educación que tanto se necesita en la actualidad.

Si la moral y la religión han de vivir en una escuela, debe ser a través del conocimiento de la palabra de Dios. Como poder educativo, la Biblia no tiene rival. Esta palabra sagrada es la voluntad de Dios revelada a los hombres, y su estudio ennoblecerá todo pensamiento, sentimiento y aspiración. Aquí aprendemos lo que Dios exige de las criaturas formadas a su imagen. Aquí aprendemos cómo mejorar la vida presente para asegurar la vida futura e inmortal. Aquí podemos comulgar con patriarcas y profetas, y escuchar la voz del Eterno cuando habla con los hombres. Aquí podemos contemplar la Majestad de los Cielos, mientras se humilla para convertirse en nuestro sustituto y fiador, para enfrentarse sin ayuda a los poderes de las tinieblas y obtener la victoria en nuestro favor. Una contemplación reverente de estos temas no puede dejar de ablandar, purificar y ennoblecer el corazón y, al mismo tiempo, inspirar a la mente con nueva fuerza y vigor. Ningún otro libro puede satisfacer los interrogantes de la mente y los anhelos del corazón.

Una concepción clara de lo que Dios es, y de lo que Él requiere que seamos, nos dará una visión humilde de nosotros mismos. El que estudia la palabra sagrada hasta imbuirse de su espíritu sagrado, aprenderá que el intelecto humano no es omnipotente; que sin la ayuda que nadie más que Dios puede dar, la fuerza y la sabiduría humanas no son más que debilidad e ignorancia.

En relación con Dios, todo maestro ejercerá una influencia para inducir a sus alumnos a estudiar la palabra de Dios y a obedecer su ley. Dirigirá sus mentes a la contemplación de intereses eternos, abriendo ante ellos vastos campos de pensamiento, temas grandiosos y ennoblecedores, que el intelecto más vigoroso puede desplegar todas sus facultades para captar, y sin embargo sentir que hay un infinito más allá. Cuán importante es, pues, que los maestros sean personas capaces de ejercer una recta influencia; que sean hombres y mujeres de experiencia religiosa, que reciban diariamente la luz divina para impartirla a sus alumnos.

El objetivo de nuestras instituciones de enseñanza es educar y capacitar a los jóvenes de ambos sexos para una vida útil. Esto sólo puede lograrse manteniendo siempre ante ellos su elevado y santo llamamiento, las exaltadas demandas que Dios tiene sobre ellos, y cultivando adecuadamente la mente y los talentos para satisfacer el elevado estándar de la palabra de Dios. No podemos sobrestimar la importancia de tener una clase correcta de educadores. Deben ser hombres y mujeres de moral intachable, que tengan estabilidad de carácter, una clara concepción del deber y una profunda experiencia que les permita guiar, aconsejar y educar debidamente a la juventud que está bajo su cuidado.

Todo lo relacionado con el trabajo y la influencia de los educadores de la juventud es importante. Si son laxos en moral, si son triviales en su conducta, si carecen de devoción, si no son espirituales, la misma carencia se verá en los estudiantes bajo su cuidado. Si los maestros llevan el sello de una vida mimada y consentida, si sus padres han descuidado la obra de criarlos debidamente y educarlos para que cumplan la gran norma moral de la ley de Dios, para que se inclinen en obediencia a sus exigencias, no estarán inclinados a ver la necesidad de una disciplina estricta en nuestras escuelas, de rendir obediencia al gobernante ellos mismos, y dar así un ejemplo digno a sus alumnos. Aquellos que nunca han sido enseñados a someterse a la disciplina, a estar subordinados a la autoridad, que han sido abandonados a su propia cabeza, a su propio amo, no serán los que sabiamente disciplinen a los demás, mantengan el orden en el aula y exijan obediencia a las leyes de la escuela. Si este trabajo se deja en sus manos, se permitirá que cualquier cantidad de desorden e irregularidad entre y desmoralice la escuela.

Es mucho lo que está en juego. Los maestros deben gobernar con toda sabiduría, observando invariablemente las leyes de la cortesía, la urbanidad y la amabilidad cristianas, y poseyendo al mismo tiempo una firmeza y dignidad que

no se dejen pisotear. Los educadores deben ser hombres y mujeres que valoren las almas de los que están a su cargo; todos deben ser tratados como miembros más jóvenes de la familia del Señor, como la compra de la sangre de Cristo, su propiedad. Los maestros no deben manifestar preferencias, ni tener mascotas; sino que deben tratar a todos con equidad, sin parcialidad. La vida y la inmortalidad salen a la luz en el Evangelio, y para todo aquel que cree en Cristo hay una vida inmortal en el mundo futuro. Este hecho da dignidad a todo ser humano. Toda la instrucción y todos los actos del maestro deben tener por objeto educar a los alumnos que están a su cargo, de modo que no defrauden las esperanzas de Cristo en esos jóvenes, porque son la compra de su sangre.

Los maestros deben tener siempre presente que en sus vidas y caracteres deben representar el carácter de Cristo, ejemplificando su mansedumbre, humildad y pureza. Deben tener siempre una meta, un objeto en la vida: la perfección del carácter según el Modelo Divino, y el propósito de enseñar, educar y trabajar de tal manera que, por medio del Poderoso Auxiliador, presenten a cada joven a su cargo perfecto en Cristo Jesús. Puede que fracasen en algunos casos, porque no todos los jóvenes estarán subordinados. Algunos han elegido por tanto tiempo su propia voluntad, que actuarán sin referencia a Dios o al hombre, no pondrán sus vidas dentro de la línea de la ley o del deber. El yo, indisciplinado, áspero, tosco e indomable, buscará el dominio; y cuando la voluntad sea cruzada perderán el autocontrol, y tomarán el bocado en su propia boca. La persuasión, el consejo, las oraciones, las súplicas no tienen ninguna importancia para ellos. Son tan irracionales como el ebrio, y Satanás controla sus pensamientos y sus acciones. El demonio que llevan dentro se enfurece y están tan verdaderamente bajo su control como la persona cuya razón ha sido destronada por la copa embriagadora.

Cuando estas personas lleguen a un mejor estado de ánimo, considerarán cuánto han perdido. En lugar de herir a Satanás bajo sus pies, han abierto la puerta de sus labios y le han permitido controlar sus lenguas; han abierto la puerta de sus mentes y le han permitido tomar posesión de ellas; han abierto la puerta de sus corazones y le han permitido ocupar el asiento más alto en el templo del alma. Después de estas derrotas inglorias, llevarán siempre consigo las heridas y las cicatrices. Aunque Cristo se apiade de ellos y perdone sus pecados, las cicatrices permanecen; fueron vencidos en lugar de vencer. En tales conflictos con el enemigo son tomados cautivos por Satanás a su antojo.

Muchas veces los padres son justamente censurables por los fracasos de sus hijos. Han descuidado su deber, y no debe esperarse que el maestro haga el

trabajo de los padres. Los padres tienen la primera y más favorable oportunidad de controlar y entrenar a sus hijos, cuando el espíritu es enseñable, y la mente y el corazón fácilmente impresionables. Pero a veces descuidan estas oportunidades de oro, y permiten que sus hijos sigan su propia voluntad hasta que se endurecen en un mal curso; y entonces envían a estos niños indisciplinados a la escuela, para que reciban la formación que debería haberseles dado en casa. Si los maestros logran reformar a estos jóvenes descarriados, reciben poco crédito; pero si los jóvenes eligen la sociedad de los mal dispuestos, y van de mal en peor, los maestros son censurados, y la escuela es denunciada.

En nuestra conversación con los demás, nuestra influencia actúa constantemente. Cada uno depende de los demás, y todos tienen obligaciones, algo que recibir cada día, algo que impartir. Por las asociaciones humanas que nos rodean estamos unidos unos a otros, como por cuerdas, en una gran red de obligaciones mutuas. Estos lazos son firmes, fuertes y auténticos. Podemos ignorarlos o abusar de ellos, pero es imposible que rompamos alguno. Podemos ser desleales con cada uno de ellos, pero todos existen, y nuestra responsabilidad es la misma. Todo maestro debe inculcar estos principios a todos los que están bajo su influencia. Si el maestro es cristiano, revelará estos principios en su vida diaria. Como persona relacionada con Dios, como representante de Jesucristo, no exigirá del alumno lo que él no ejemplifica en su propia vida: pureza, imparcialidad, nobleza de alma. Puede entonces, como siervo de Cristo, enseñar a todos los que están a su cargo lo que es realmente una vida cristiana.

19 de agosto de 1886

¿Has elegido a Cristo?

EGW

Justo antes de su muerte, Josué pidió a los hijos de Israel que decidieran si serían leales o no al Dios del Cielo. Dijo: "Escogeos hoy a quién servís". La decisión tomada por Israel ese día es una que todos están llamados a tomar; porque todavía hay poderes rivales en el mundo. Consideremos los caracteres de estos poderes que reclaman el homenaje de los hombres.

Cristo, el amado comandante de las huestes del Cielo, dejó el mundo de gloria y el honor que tenía con el Padre, y vino a esta tierra a vivir como hombre entre los hombres, para rescatar al hombre del pozo de destrucción en que había

caído. Podía haber aparecido con todo el despliegue de la realeza, asistido por diez mil veces diez mil de sus ángeles ministradores; pero no hizo esto. Se humilló, no sólo para tomar nuestra naturaleza, sino para asumir la forma de siervo, para hacerse varón de dolores y experimentado en quebranto. Vino para hacer el bien, para ayudar a los necesitados y a los afligidos; para curar a los enfermos; para hablar de paz a los que sufrían; para liberar a los que Satanás afligía; para traer la redención a todos los que aceptaran la bendición enviada por el Cielo. Tal es el carácter de Aquel que dice: "Si me amáis, guardad mis mandamientos".

Hay otro que pretende ser el príncipe de este mundo; y muy pocos tienen idea de su actividad y sutileza. Busca la destrucción de los hijos de los hombres; la ruina de las almas es su deleite y su único empleo. Pero su paso es silencioso, sus movimientos sigilosos y sus baterías enmascaradas. Se ha ocultado tanto de la vista que muchos apenas pueden creer que existe, y mucho menos pueden convencerse de su asombrosa malignidad, actividad y poder. Si se mostrara abiertamente en su verdadero carácter, despertaría las energías dormidas del cristiano y lo enviaría a Dios en oración.

Muchos han olvidado el pasado de nuestro viejo adversario; pronto dejarán de considerarlo como un enemigo en absoluto, sino que lo verán como un amigo, uno que está haciendo una buena obra. Bajo su influencia engañosa y embrujadora, obedecerán a los peores impulsos del corazón humano y, sin embargo, creerán que Dios los está guiando. Si se les abrieran los ojos para distinguir a su capitán, verían que no están sirviendo a Dios, sino al enemigo de toda justicia. Verían que la independencia de que se jactan es uno de los grilletes más pesados que Satanás puede poner a las mentes desequilibradas.

Cuando Cristo estaba en el mundo, Satanás trabajaba constantemente para apartar de él la mente de los hombres; y lo consiguió en gran parte, porque el corazón natural prefiere hacer el mal antes que el bien. Había una batalla incesante entre Satanás y sus ángeles, y Cristo y sus ángeles. Nuestro Salvador mismo encontró a este astuto enemigo en el desierto de la tentación. Durante los cuarenta días y cuarenta noches del largo ayuno de Cristo, Satanás, ocultando su verdadero carácter, trató por todos los medios de vencer al Salvador del mundo. Incluso se disfrazó de ángel de luz, de amigo enviado del Cielo, y se ofreció a mostrarle un camino más fácil para conseguir su objetivo que el sendero de pruebas y sufrimientos por el que había entrado. Pero Jesús rechazó al enemigo y le obligó a marcharse como enemigo vencido.

Y ahora Satanás viene con sus tentaciones a los hijos de los hombres, que a menudo ignoran sus maquinaciones, y aquí tiene mejor éxito. Uno de sus ardidés más exitosos es mantener a los hombres en la ignorancia de sus artimañas; porque no estarán en guardia contra un enemigo cuya existencia ignoran. No hace mucho me preguntaron: "¿Cree usted en un demonio personal?". "Creo", fue la respuesta. "Pues bien", replicó el interlocutor, "yo no creo que exista tal ser; nuestros malos pensamientos e impulsos son todo el diablo que conocemos". "Pero", pregunté, "¿quién sugiere estos pensamientos? ¿De dónde proceden, si no de Satanás?".

Amigos cristianos, no os dejéis engañar por la falsa creencia, tan difundida, de que Satanás no existe. Tan cierto como que tenemos un Salvador personal, tenemos también un adversario personal, cruel y astuto, que siempre vigila nuestros pasos y conspira para extraviarnos. Dondequiera que se crea que no existe, allí está más ocupado. Cuando menos sospechamos de su presencia, está ganando ventaja sobre nosotros. Me siento alarmado al ver a tantos que ceden a su poder sin saberlo. Si vieran su peligro, huirían a Cristo, el refugio del pecador. Resistirían las artimañas del adversario. Orarían mucho pidiendo sabiduría, gracia y fortaleza, y procurarían sinceramente vencer todo rasgo malo de carácter. Caminarían por la senda que pisó Jesús, y evitarían lo que Satanás les insta a elegir.

El tentador susurra a menudo que la vida cristiana es una vida de exacción, de deberes rigurosos; que es difícil estar en guardia continuamente, y que no hay necesidad de ser tan particular. Así fue como engañó y derrotó a Eva en el Edén, diciéndole que los mandamientos de Dios eran arbitrarios e injustos, dados para impedir que el hombre llegara a ser libre y exaltado, como él mismo. Su objetivo es el mismo ahora que entonces. Desea engañarnos y arruinarnos.

Es cierto que nuestro Salvador representa su servicio como un yugo, y la vida cristiana como una carga que hay que llevar; sin embargo, contrastando esto con el cruel poder de Satanás y las cargas impuestas por el pecado, exclama: "Mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Si tratamos de hacer frente a las responsabilidades de la vida cristiana y de cumplir sus deberes sin Jesús como ayudante, el yugo es mortificante, y la carga intolerablemente pesada. Pero no es necesario que hagamos esto. Debemos estudiar la vida de Cristo, acariciar su espíritu y copiar su ejemplo; entonces seremos como él, y su paz reinará en nuestros corazones. Y cuanto más nos parezcamos a él, más claramente discerniremos las tentaciones de Satanás y con más éxito resistiremos su poder.

Jesús nos invita: "Venid a mí, y yo os haré descansar". "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas". La verdadera felicidad se encuentra, no en la autocomplacencia y la autocomplacencia, sino en aprender de Cristo, tomar su yugo y llevar su carga. Los que confían en su propia sabiduría y siguen sus propios caminos, van quejándose a cada paso, porque la carga que les impone el egoísmo es muy pesada y su yugo muy irritante. El egoísmo no puede existir en un corazón donde habita Cristo; si se lo abriga, desplazará todo lo demás. Llevará a las personas a seguir la inclinación más bien que el deber, a hacer del yo el tema del pensamiento, y a gratificarse y complacerse a sí mismas, en vez de procurar ser una bendición para los demás. Sus deseos, sus placeres, deben estar por encima de todo lo demás. En todo esto ejemplifican el espíritu de Satanás. Por sus palabras y hechos representan su carácter, en vez del carácter de Cristo.

Todo esto podría cambiar; porque la gracia de Cristo es suficiente, si vinieran a él. Si se despojaban de su carga autoimpuesta, renunciaran a su lealtad a Satanás, y tomaran la carga que Jesús les da, y dejaran que su yugo los atara a él en servicio voluntario, la esperanza y la alegría brotarían en sus corazones.

Jesús ama la compra de su sangre, y anhela verlos poseer la paz que sólo él puede impartir. Les pide que aprendan de él la mansedumbre y la humildad de corazón. Esta preciosa gracia rara vez se ve en la actualidad, incluso en aquellos que profesan ser cristianos. Sus propios caminos les parecen correctos. Al aceptar el nombre de Cristo, no aceptan su carácter, ni se someten a llevar su yugo; por lo tanto, nada saben del gozo y la paz que se hallan en su servicio.

Si nos hemos convertido en discípulos de Cristo, estaremos aprendiendo de él, aprendiendo cada día a superar algún rasgo desagradable de carácter, copiando cada día su ejemplo y acercándonos un poco más al modelo. Si hemos de heredar alguna vez esas mansiones que él ha ido a preparar para nosotros, debemos formar aquí caracteres acordes con nuestro elevado destino, caracteres que no estropeen la dicha del Cielo.

Ahora tenemos el privilegio de decidir si seremos contados entre los siervos de Cristo o los siervos de Satanás; y cada día demostramos por nuestra conducta a cuyo servicio hemos escogido. Si somos sabios, decidiremos como Josué: "Yo y mi casa serviremos al Señor".

26 de agosto de 1886

Métodos correctos en educación

EGW

El tema de la educación suscita en la actualidad un interés sin parangón. La amplia difusión del conocimiento a través de la prensa, que pone al alcance de todos los medios de autocultivo, ha despertado un deseo general de mejora mental. Pero si bien reconocemos con gratitud el aumento de nuestras facilidades educativas, no debemos ignorar los defectos de nuestros sistemas escolares actuales. En muchos casos, tanto la formación física como la moral han sido descuidadas en el deseo demasiado ansioso de asegurar la cultura intelectual; y los jóvenes han salido de la escuela con la moral envilecida y las facultades físicas debilitadas, sin conocimiento de la vida práctica y con poca fuerza para cumplir con sus deberes.

Como estos males han caído bajo mi observación, ha surgido la pregunta, ¿Deben nuestros hijos e hijas convertirse en débiles morales y físicos, para tener las ventajas que ofrece una educación en nuestras escuelas? Esto no debería ser así; y no tiene por qué serlo si los maestros y los estudiantes se atienen a las leyes de la naturaleza, que son también las leyes de Dios. Una educación correcta hará de los jóvenes hombres y mujeres fuertes y equilibrados, desarrollando y poniendo en ejercicio activo todas las facultades de la mente y del cuerpo. Los convertirá en una bendición para el mundo, pues los capacitará para alcanzar una hombría y una femineidad verdaderas y nobles.

Muchas veces los estudiantes están tan ansiosos por completar su educación que no son minuciosos en nada de lo que emprenden. No comprenden el verdadero objeto de la educación, y por eso no toman un curso que asegure este objeto. Se aplican al estudio de las matemáticas o de los idiomas, mientras descuidan un estudio mucho más esencial para la felicidad y el éxito en la vida. Muchos que pueden explorar las profundidades de la tierra con el geólogo, o atravesar los cielos con el astrónomo, no se interesan lo más mínimo por sus propios cuerpos. Otros pueden describir correctamente cada órgano del cuerpo, y decir cuántos huesos hay en la estructura humana, y sin embargo son tan ignorantes de las leyes de la salud, y la cura de la enfermedad, como si la vida estuviera controlada por el destino ciego, en lugar de una ley definida e invariable.

Una buena salud es la base del éxito del estudiante. Sin ella, nunca podrá ver el fruto de sus ambiciones y esperanzas. Por lo tanto, el conocimiento de las leyes

que aseguran y preservan la salud es de importancia preeminente. El cuerpo humano puede compararse a una maquinaria bien ajustada, que necesita cuidados para mantenerse en buen estado. Una parte no debe ser sometida a desgaste y presión constantes, mientras que otra parte se oxida por la inacción. Mientras la mente está sometida a presión, los músculos también deben tener su proporción de ejercicio. Todo joven debe aprender a regular sus hábitos dietéticos: qué comer, cuándo comer y cómo comer. También debe aprender cuántas horas puede dedicar al estudio y cuánto tiempo debe dedicar al ejercicio físico.

Es un deber que todo estudiante se debe a sí mismo, a la sociedad y a Dios, regular adecuadamente sus hábitos de alimentación, sueño, estudio y ejercicio; pero son pocos los que tienen el valor moral y el dominio de sí mismos para actuar por principio. El estudiante que estudia mucho, duerme y hace poco ejercicio, y come irregularmente alimentos inadecuados o de calidad inferior, está obteniendo disciplina mental a expensas de la salud y la moral, de la espiritualidad y, tal vez, de la vida misma.

Los jóvenes son activos por naturaleza, y si no encuentran un campo legítimo para sus energías reprimidas después del confinamiento del aula escolar, se vuelven inquietos e impacientes de control; por lo tanto, son llevados a participar en los deportes groseros y poco varoniles que deshonran a tantas escuelas y colegios, e incluso a sumergirse en escenas de disipación. Y muchos de los que salen inocentes de sus casas, son corrompidos por sus asociaciones en la escuela. Se podría hacer mucho para evitar estos males, si cada institución de enseñanza dispusiera el trabajo manual por parte de los estudiantes, para la práctica real de la agricultura y las artes mecánicas. Deberían proporcionarse maestros competentes para instruir a los jóvenes en diversas actividades industriales, así como en sus estudios en la escuela. Aunque se dedique una parte de cada día al perfeccionamiento mental y al trabajo físico, no deben pasarse por alto los ejercicios de devoción y el estudio de las Escrituras.

Los estudiantes formados de esta manera tendrían hábitos de confianza en sí mismos, firmeza y perseverancia, y estarían preparados para participar con éxito en los deberes prácticos de la vida. Tendrían valor y determinación para superar los obstáculos, y resistencia moral para resistir las malas influencias.

Si los jóvenes sólo pueden tener un conjunto de facultades disciplinadas, ¿qué es más importante, el estudio de las ciencias, con las desventajas para la salud y la moral bajo las cuales se obtienen generalmente tales conocimientos, o una

formación completa en deberes prácticos, con una moral sana y un buen desarrollo físico? En la mayoría de los casos se pueden conseguir ambas cosas si los padres se esmeran un poco; pero si no se pueden conseguir ambas cosas, nos decidiríamos sin vacilar a favor de la segunda.

Cuando el trabajo útil se combina con el estudio, no hay necesidad de ejercicios gimnásticos; y se obtiene mucho más beneficio del trabajo realizado al aire libre que del ejercicio en interiores. Tanto el agricultor como el mecánico hacen ejercicio físico; sin embargo, el agricultor es mucho más saludable que el mecánico, pues nada que no sea el aire vigorizante y la luz del sol satisfará plenamente las necesidades de su organismo. El agricultor encuentra en su trabajo todos los movimientos que alguna vez se practicaron en el gimnasio. Y su sala de movimiento son los campos abiertos; el dosel del cielo es su techo, y la tierra sólida su suelo. El agricultor que es moderado en todos sus hábitos suele gozar de buena salud. Su trabajo es agradable; y su ejercicio vigoroso causa inspiraciones y exhalaciones completas, profundas y fuertes, que expanden los pulmones y purifican la sangre, enviando la cálida corriente de la vida a través de arterias y venas.

En qué contraste con los hábitos del agricultor activo están los del estudiante que descuida el ejercicio físico. El estudiante se sienta día tras día en una habitación cerrada, inclinado sobre su escritorio o mesa, con el pecho contraído y los pulmones apretados. Su cerebro está sobrecargado al máximo, mientras que su cuerpo está inactivo. No puede hacer inspiraciones completas y profundas; su sangre se mueve con lentitud; tiene los pies fríos y la cabeza caliente. ¿Cómo puede tener salud una persona así? No es el estudio duro lo que está destruyendo la salud de los estudiantes, sino su desprecio de las leyes de la naturaleza. Que hagan ejercicio con regularidad que les haga respirar profunda y plenamente, y pronto sentirán que tienen un nuevo control sobre la vida.

También hay que enseñar a trabajar a las jóvenes. Deberían emplearse maestros experimentados para instruir las en los misterios de la cocina. El conocimiento de los deberes domésticos no tiene precio para ninguna mujer. No son pocas las familias cuya felicidad se ve arruinada por la ineficacia de la esposa y la madre. No es tan importante que las niñas aprendan pintura, trabajos de fantasía, música, o incluso las ramas más sólidas del estudio, como que aprendan a cortar, hacer y remendar su propia ropa, y cómo preparar comida sabrosa y saludable. Fue un padre sabio el que, cuando le preguntaron qué pensaba hacer con sus hijas, contestó: "Pienso ponerlas de aprendices de su excelente madre, para que

aprendan el arte de mejorar el tiempo, y sean aptas para llegar a ser esposas y madres, cabezas de familia y miembros útiles de la sociedad."

Toda mujer joven debe ser educada de tal manera que, si es llamada a ocupar el puesto de esposa y madre, pueda presidir como una reina en su propio dominio. Debe ser plenamente competente para guiar e instruir a sus hijos y dirigir los asuntos domésticos. Es su deber comprender el mecanismo del cuerpo humano y los principios de la higiene, las cuestiones de la dieta y el vestido, el trabajo y la recreación, y un sinnúmero de otras cosas que conciernen íntimamente al bienestar de su hogar. Muchas damas, consideradas bien educadas, graduadas con honores en alguna institución de enseñanza, son vergonzosamente ignorantes de los deberes prácticos de la vida. Carecen de las calificaciones necesarias para la adecuada regulación de la familia y, por lo tanto, esenciales para su felicidad y bienestar. Pueden hablar de los derechos de la mujer y de su elevada esfera; sin embargo, ellos mismos están muy por debajo de la verdadera esfera de la mujer.

La ignorancia de un empleo útil es contraria al designio de Dios en la creación del hombre, y no es en modo alguno una característica esencial del verdadero caballero o dama. La ociosidad es pecado, y la ignorancia de los deberes comunes es el resultado de la insensatez, una insensatez que la vida futura dará amplia ocasión de lamentar amargamente.

"Si coméis o bebéis, o hacéis cualquier cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios", será la regla de vida de los estudiantes que desean servir y honrar a Dios. Tales estudiantes preservarán su integridad frente a la tentación; saldrán de la escuela con intelectos bien desarrollados, y con salud de cuerpo y alma, y el mundo será mejor por su influencia y sus labores.

2 de septiembre de 1886

El amor de la ganancia

EGW

Pablo escribe a los filipenses: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". "No mire cada uno por lo suyo propio, sino también por lo de los demás". A sus hermanos hebreos amonesta: "Vuestra conducta sea sin avaricia, y contentaos con lo que tenéis, porque Él ha dicho: Nunca te dejaré ni te desampararé." A los Corintios les escribe: "Que nadie busque lo suyo, sino cada uno la riqueza de los demás". Estas exhortaciones son necesarias; porque

naturalmente "todos buscan lo suyo propio y no las cosas que son de Jesucristo" o de sus prójimos.

Al fin y al cabo, a nadie aprovecha ser egoísta, porque Dios marca todos esos actos, y dará a cada uno según sus obras. "Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará". "El que siembra escasamente, también cosechará escasamente".

Nuestra misión en este mundo es vivir para el bien de los demás. Y son las pequeñas cosas las que ponen a prueba el carácter. Son los actos sin pretensiones de abnegación diaria, realizados de corazón y con alegría, los que sonrían a Dios. Debemos apreciar el amor y la paciencia, y ser una bendición para los demás por nuestro olvido de nosotros mismos y nuestra preocupación por su bienestar.

Debemos practicar la hospitalidad. Debemos hospedar a aquellos que necesitan nuestro cuidado, y el beneficio de nuestra sociedad y nuestros hogares, aunque sea con algún inconveniente. Alguien debe llevar estas cargas necesarias; pero muchos cierran los ojos al bien que tienen oportunidad de hacer a otros, y por su negligencia pierden la bendición que podrían obtener, y aquellos que tienen corazones dispuestos, y que alegremente hacen suyos los casos de los necesitados, son cargados. El Señor tiene trabajo suficiente para emplear a todos sus seguidores. Todos pueden mostrar su gloria si quieren, pero la mayoría se niega a hacer el sacrificio necesario. Profesan fe, pero no tienen obras; y su fe está muerta, por estar sola. Rehúyen las responsabilidades y las cargas, y serán recompensados como lo han sido sus obras.

La obra del Señor es una gran obra, y se necesitan hombres sabios para dedicarse a ella. Dios pide obreros serios, desinteresados y generosos que se ocupen de las diversas ramas de la obra. El sacrificio, la abnegación, el trabajo y la benevolencia desinteresada caracterizaron la vida de Cristo, que es nuestro ejemplo en todas las cosas. Dejó a un lado su gloria, su alto mando, su honor y sus riquezas, y se humilló ante nuestras necesidades. La obra y el carácter de un verdadero obrero estarán de acuerdo con la vida de Cristo. No podemos igualar el ejemplo, pero debemos copiarlo. El amor a las almas por las cuales nuestro Señor hizo este gran sacrificio debe estimular a su pueblo a un esfuerzo abnegado por su salvación. Cuando este espíritu anima a los ministros y al pueblo, sus trabajos serán fructíferos, porque el poder de Dios se manifestará en ellos por medio de la benévola influencia de su Espíritu Santo.

Dios quiere que su pueblo se despierte y reúna fuerza y valor para superar los obstáculos. Quiere que, si es necesario, trabajen, como lo hizo el apóstol Pablo, en el cansancio, en el dolor, en la vigilancia, olvidando las debilidades por el profundo interés que sienten por las almas por las que Cristo murió. Muchos podrían hacer una buena obra en su causa si estuvieran consagrados, sin tener intereses egoístas propios que servir.

Se requiere que todos tengan un interés desinteresado en la obra de Dios, que trabajen por su progreso y que den de sus medios para sostenerla. Antiguamente, la codicia de algunos los llevó a hacer ofrendas escatimadas y a retener lo que el Señor exigía. Esto fue registrado contra ellos en el Cielo, y fueron maldecidos en sus cosechas y en sus rebaños en proporción a lo que habían retenido de la causa de Dios. Algunos fueron visitados con aflicción en sus familias. Dios no aceptaba una ofrenda manca ni coja. Debía ser sin defecto, lo mejor de sus rebaños y los mejores frutos de sus campos. Y debía ser una ofrenda voluntaria, si querían que la bendición del Señor descansara sobre sus familias y sus posesiones.

Los corazones serán puestos a prueba y probados por las peticiones de medios. Esta es una prueba constante y viva, que será difícil de soportar para los egoístas y codiciosos por naturaleza. Es una prueba que permite a cada uno comprender su propio corazón, para ver si predomina el amor a la verdad o el amor al mundo.

Cuando el joven se acercó a Jesús y le preguntó qué debía hacer para conseguir la vida eterna, Jesús le dijo que guardara los mandamientos. El joven declaró que así lo había hecho desde su juventud, y Jesús le dijo: "Una cosa te falta. Vete, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo; y ven, toma la cruz y sígueme." El resultado fue que el joven se fue triste, "porque tenía muchas posesiones". Hay muchos como este joven. Desean la vida eterna; pero no poseen el verdadero espíritu de sacrificio, que es el único aceptable a Dios. Aman más al mundo que a la verdad. No se equipan ni se preparan para el reino de Dios; y a causa de su codicia, la mano próspera de Dios no estará con ellos para bendecir sus empresas.

Dios conoce todos los corazones. Conoce todo motivo egoísta, y permite que surjan circunstancias para probar los corazones de sus profesos, para probarlos y desarrollar su carácter. La vida del pueblo de Dios que profesa serlo debe atestiguar que es sincero. A menos que su fe se demuestre por sus obras, está muerta; y nada sino una fe viva los salvará en el gran día de las cuentas finales.

Es tiempo de que los que tienen grandes posesiones comiencen a trabajar rápidamente. No sólo deben acumularlas como Dios las está prosperando ahora, sino como él las ha prosperado. En los días de los apóstoles, se hicieron arreglos para que todos compartieran por igual las cargas de la iglesia, según sus diversas capacidades. No les parecía coherente que a unos se les aliviara y a otros se les sobrecargara.

Los que, como Judas, han puesto el corazón en sus tesoros terrenales, se quejarán como él cuando se hagan llamamientos por la causa de Dios. Su corazón codiciaba el costoso unguento derramado sobre Jesús, y trató de ocultar su egoísmo bajo el disfraz de una piadosa y concienzuda consideración por los pobres. "¿Por qué", preguntó, "no se vendió este unguento por trescientos peniques y se dio a los pobres?". Deseaba tener el unguento en su poder; no se lo prodigaría así al Salvador. Lo vendería por dinero, y lo aplicaría a su propio uso.

Así como Judas invocó a los pobres como excusa, así los cristianos profesos cuyos corazones son codiciosos tratarán de ocultar su egoísmo bajo una supuesta conciencia. Ellos citan: "Que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha". "Mirad que no hagáis vuestra limosna delante de los hombres, para ser vistos de ellos". E insisten en que estos textos enseñan que deben ser secretos en sus obras de caridad. Parecen tener un deseo concienzudo de seguir exactamente el plan bíblico, tal como ellos lo entienden; pero ignoran por completo los textos claros que ordenan dar liberalmente. La mano izquierda no sabe lo que hace la derecha, porque la derecha no hace nada que merezca la atención de la izquierda.

Estas personas hacen muy poco excusándose porque no saben dar. Pero Jesús explicó el asunto para que no hubiera malentendidos. "Cuando hagas tu limosna", dice, "no toques trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas, en las sinagogas y en las calles, para tener gloria de los hombres. En verdad os digo que ya tienen su recompensa". Dieron para ser considerados nobles y generosos por los hombres. Recibieron la alabanza que buscaban, y ésta fue toda la recompensa que tendrían. Esta lección estaba destinada a reprender a los que deseaban recibir la gloria de los hombres. Daban grandes sumas con este objeto, y los medios dados se obtenían a menudo oprimiendo al asalariado en su salario, y moliendo la cara del pobre.

El testimonio de las Escrituras armonizará cuando se entienda correctamente. Y nuestro Salvador dice: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para

que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." "Por sus frutos los conoceréis". Las buenas obras de los hijos de Dios son la predicación más eficaz que tiene el incrédulo. Piensa que debe haber un fuerte motivo que impulse al cristiano a negarse a sí mismo y a usar sus medios para beneficiar a sus semejantes y hacer progresar la causa de Dios. No es como el espíritu del mundo. Tales frutos dan testimonio de la autenticidad del cristianismo.

"Hay quien esparce, y sin embargo aumenta; y hay quien retiene más de lo conveniente, pero tiende a la pobreza. El alma liberal engordará; y el que riega, él mismo también será regado."

9 de septiembre de 1886

La mujer en el hogar

EGW

El principio inculcado por el mandamiento: "Sed bondadosos los unos con los otros", está en la base misma de la felicidad doméstica. La cortesía cristiana debe reinar en todos los hogares. Es barata, pero tiene el poder de ablandar naturalezas que se volverían duras y ásperas sin ella. El cultivo de una cortesía uniforme, la voluntad de hacer por los demás lo que nos gustaría que hicieran por nosotros, desterraría la mitad de los males de la vida. La esposa y la madre pueden unir los corazones de su marido y de sus hijos al suyo propio con las fuertes cuerdas del amor, si en su trato con ellos manifiesta un amor invariable con palabras amables y un comportamiento cortés.

Es frecuente que en una misma familia existan marcadas diferencias de disposición y de carácter; porque está en el orden de Dios que personas de temperamento variado se asocien entre sí. Cuando éste es el caso, cada miembro de la familia debe considerar sagradamente los sentimientos y respetar los derechos de los demás. De este modo se cultivarán la consideración mutua y la tolerancia, se suavizarán los prejuicios y se limarán las asperezas de carácter. La armonía puede ser asegurada, y la mezcla de los temperamentos variados puede ser un beneficio para cada uno. La cortesía cristiana es el broche de oro que une a los miembros de la familia en lazos de amor cada vez más estrechos y fuertes.

En muchos casos, los hogares se vuelven infelices por la queja inútil de la esposa y madre, que se aparta con desagrado de las tareas sencillas y hogareñas

de su vida doméstica. Considera sus cuidados y deberes como penurias, y las tareas que podrían ser agradables e interesantes se convierten en una mera monotonía.

Muchas mujeres siguen la rutina de sus deberes diarios con fidelidad y exactitud, mientras están todo el tiempo comparando su suerte con la de otros a quienes consideran más favorecidos, y están abrigando anhelos no santificados por una posición más fácil, en la que estarán libres de los pequeños cuidados y exacciones que irritan su espíritu. Poco se imagina que en esa esfera tan diferente a la que aspira, la acosarán pruebas igual de molestas, aunque tal vez de distinta naturaleza. Y mientras anhela infructuosamente una vida diferente, está, por su pecaminoso descontento, desechando las bendiciones que una bondadosa Providencia ya le ha concedido.

Otras están tan ocupadas con sus preocupaciones domésticas que olvidan las pequeñas cortesías que hacen la vida agradable a sus maridos e hijos. Mientras su tiempo y sus energías están absorbidos en la preparación de algo de comer o de vestir, sus maridos e hijos entran y salen como extraños. Y muchas de ellas, al no encontrar nada atractivo en casa, tal vez al ser recibidas con continuas regañinas y murmuraciones, buscan consuelo y diversión en el bar o en otros lugares prohibidos.

La verdadera esposa y madre seguirá un curso completamente diferente. Cumplirá sus deberes con dignidad y alegría, sin considerar degradante hacer con sus propias manos lo que sea necesario hacer en un hogar bien ordenado.

Para ser una buena esposa, no es necesario que la naturaleza de la mujer se funda totalmente en la de su marido. Cada individuo tiene una vida distinta de todos los demás, una experiencia que difiere esencialmente de la de ellos. No es el designio de nuestro Creador que nuestra individualidad se pierda en la de otro; quiere que poseamos nuestros propios caracteres, suavizados y santificados por su dulce gracia. Él escucharía nuestras palabras frescas de nuestros propios corazones. Quiere que nuestros deseos anhelantes y nuestros clamores fervientes lleguen a él marcados por nuestra propia individualidad. No todos tenemos los mismos ejercicios mentales, y Dios no pide experiencias de segunda mano. Nuestro compasivo Redentor nos tiende la mano allí donde estamos.

Si la mujer busca en Dios fortaleza y consuelo, y en su temor procura cumplir con sus deberes diarios, se ganará el respeto y la confianza de su esposo, y verá a sus hijos llegar a la madurez como hombres y mujeres honorables, con vigor

moral para hacer el bien. Pero las madres que descuidan las oportunidades presentes, y dejan que sus deberes y cargas recaigan sobre otros, encontrarán que su responsabilidad sigue siendo la misma, y cosecharán con amargura lo que han sembrado con descuido y negligencia. No hay trabajo fortuito en esta vida; la cosecha será determinada por el carácter de la semilla sembrada.

Muchos a quienes les va bien en circunstancias favorables parecen sufrir una transformación de carácter cuando llegan las pruebas y la adversidad; se deterioran en proporción a sus problemas. Dios nunca quiso que fuéramos así el deporte de las circunstancias. No somos responsables de las circunstancias sobre las cuales no tenemos control, y es inútil negar que éstas a menudo afectan el trabajo de nuestra vida; pero pecamos cuando permitimos que las circunstancias subviertan los principios, cuando somos infieles a nuestra alta confianza y descuidamos el deber conocido.

El primer y más urgente deber que la madre debe a su Creador es educar para él a los hijos que le ha dado. Los niños pequeños son para la madre un espejo en el que puede ver reflejados sus propios hábitos y comportamiento. Cuán cuidadoso, entonces, debe ser su lenguaje y comportamiento en presencia de estos pequeños aprendices. Cualesquiera que sean los rasgos de carácter que desee ver desarrollados en ellos, debe cultivarlos en sí misma.

Cuando la madre se ha ganado la confianza de sus hijos y les ha enseñado a amarla y obedecerla, les ha dado la primera lección de la vida cristiana. Deben amar, confiar y obedecer a su Salvador, como aman, confían y obedecen a sus padres. El amor que los padres manifiestan a sus hijos mediante un cuidado fiel y una educación correcta, refleja ligeramente el amor de Jesús a su pueblo fiel.

Madres, despertad al hecho de que vuestra influencia y ejemplo están afectando el carácter y destino de vuestros hijos; y en vista de vuestra responsabilidad, desarrollad una mente bien equilibrada, y un carácter puro, reflejando sólo lo verdadero, lo bueno y lo bello. Vuestro compasivo Redentor os observa con amor y simpatía, dispuesto a escuchar vuestras oraciones y a prestaros la ayuda que necesitéis. Él conoce las cargas del corazón de toda madre, y es su mejor amigo en toda emergencia. Sus brazos eternos sostienen a la madre fiel y temerosa de Dios. Cuando estuvo en la tierra, tuvo una madre que luchaba con la pobreza, teniendo muchas preocupaciones angustiosas y perplejidades, y él simpatiza con cada madre cristiana en sus preocupaciones y angustias. Aquel Salvador que hizo un largo viaje con el propósito de aliviar el ansioso corazón

de una mujer cuya hija estaba poseída por un espíritu maligno, escuchará las oraciones de la madre y bendecirá a sus hijos.

El que devolvió a la viuda su único hijo cuando lo llevaban a la sepultura, se conmueve hoy por el dolor de la madre desconsolada. El que lloró lágrimas de compasión ante la tumba de Lázaro, y devolvió a Marta y María a su hermano sepultado; el que perdonó a María Magdalena; el que se acordó de su madre cuando agonizaba en la cruz; el que se apareció a las mujeres que lloraban, y las hizo sus mensajeras para difundir las primeras buenas nuevas de un Salvador resucitado, es hoy el mejor amigo de la mujer, y está dispuesto a ayudarla en todas las relaciones de la vida.

Nuestro Salvador, que comprende las dificultades de nuestro corazón y conoce la debilidad de nuestra naturaleza, se compadece de nuestras flaquezas, perdona nuestros errores y nos concede las gracias que deseamos fervientemente. La alegría, la paz, la longanimidad, la mansedumbre, la fe y la caridad son los elementos del carácter cristiano. Estas preciosas gracias son el fruto del Espíritu y la corona y el escudo del cristiano. Donde reinan estas gracias en el hogar, los hijos son "como plantas crecidas en su juventud", y las hijas "como piedras angulares pulidas a semejanza de un palacio". Estos logros celestiales no dependen de las circunstancias, ni de la voluntad o del juicio imperfecto del hombre. Nada puede dar un contento y una satisfacción más perfectos que el cultivo de un carácter cristiano; las aspiraciones más exaltadas no pueden aspirar a nada más elevado.

16 de septiembre de 1886

La mujer como trabajadora cristiana

EGW

El que murió para redimir al hombre de la muerte, ama con un amor divino; y dice a sus seguidores: "Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado". Cristo mostró su amor por la raza caída con sus acciones. El verdadero hijo de Dios será semejante a Cristo; y a medida que crezca en el conocimiento de la verdad, y se santifique por medio de la verdad, será cada vez más semejante a Cristo, y más deseoso de salvar almas, compra de su sangre.

Algunas pueden hacer más que otras, pero todas pueden hacer algo. Las mujeres no deben sentir que están excusadas debido a sus cuidados domésticos. Deben

llegar a ser inteligentes en cuanto a cómo pueden trabajar más exitosa y metódicamente en traer almas a Cristo. Si todas se dieran cuenta de la importancia de esforzarse al máximo de su capacidad en la obra de Dios, teniendo un profundo amor por las almas, sintiendo la carga de la obra sobre ellas, cientos se comprometerían como obreras activas que hasta ahora han sido aburridas y desinteresadas, sin lograr nada, o a lo sumo muy poco.

En muchos casos la basura del mundo ha obstruido los canales del alma. El egoísmo controla la mente y deforma el carácter. Si la vida estuviera escondida con Cristo en Dios, su servicio no sería un trabajo pesado. Si todo el corazón estuviera consagrado a Dios, todos encontrarían algo que hacer y codiciarían participar en la obra. Sembrarían junto a todas las aguas, orando y creyendo que el fruto aparecería. Los obreros prácticos y temerosos de Dios irán creciendo hacia arriba, orando en fe por gracia y sabiduría celestial para que puedan hacer la obra que les corresponde con alegría y una mente dispuesta. Buscarán los rayos divinos de luz para que puedan iluminar los caminos de los demás.

Aquellos que son colaboradores de Dios no estarán dispuestos a participar en los diversos medios de diversión; no buscarán la felicidad y el disfrute. Al dedicarse a su trabajo en el temor de Dios y servir al Maestro, obtendrán la felicidad más sustancial. Conectados con Jesucristo, serán sabios para la salvación. Serán árboles fructíferos. Desarrollarán una vida intachable, un carácter hermoso. La gran obra de la redención será su primera consideración. Comer y beber y vestirse, casas y tierras, serán asuntos secundarios. La paz interior de Dios arrancará las ramas marchitas o nudosas del egoísmo, la vanidad, el orgullo y la indolencia. La fe y la práctica constituyen la vida del cristiano. No cumplimos la norma del cristianismo con sólo profesar a Cristo y tener nuestros nombres en el libro de la iglesia. Debemos ser obreros individuales para Cristo. Por el esfuerzo personal podemos mostrar que estamos conectados con él.

Las mujeres cristianas son llamadas. Hay un amplio campo en el que pueden prestar un buen servicio al Maestro. Hay mujeres nobles que han tenido el valor moral de decidir a favor de la verdad a partir del peso de la evidencia. Tienen tacto, percepción y buena habilidad, y podrían ser obreras cristianas de éxito. Hay obras descuidadas o hechas imperfectamente que podrían realizarse cabalmente con la ayuda que ellas pueden prestar. Podrían llegar a una clase a la que los ministros no pueden llegar. Hay cargos en la iglesia que podrían desempeñar aceptablemente, y muchas ramas de la obra de la iglesia que podrían atender si se les instruyera debidamente.

Las mujeres pueden hacer un buen trabajo en el campo misionero, escribiendo a sus amigos y conociendo sus verdaderos sentimientos en relación con la causa de Dios. Por este medio salen a luz cosas muy valiosas. Los obreros no deben buscar la exaltación propia, sino presentar la verdad en su sencillez dondequiera que tengan oportunidad. El dinero que se ha gastado en adornos innecesarios y ornamentos inútiles debe dedicarse a la causa de Dios, y utilizarse para llevar la luz de la verdad a los que están en las tinieblas del error. Las almas salvadas a través de sus esfuerzos serán más preciosas para ellos que un vestido costoso y a la moda. Las vestiduras blancas y la corona enojada que Cristo les dará como recompensa por sus esfuerzos desinteresados en la salvación de las almas, serán más valiosas que adornos innecesarios. Las estrellas de sus coronas brillarán por los siglos de los siglos y les recompensarán mil veces la abnegación y el sacrificio que han hecho por la causa de Dios.

Se necesitan mujeres de principios firmes y carácter decidido, mujeres que crean que realmente estamos viviendo en los últimos días, y que tenemos el último mensaje solemne de advertencia que dar al mundo. Deben sentir que están comprometidas en una importante obra de difusión de los rayos de luz que el Cielo ha derramado sobre ellas. Cuando el amor a Dios y a su verdad sea un principio permanente, no dejarán que nada los disuada de su deber, ni los desaliente en su trabajo. Temerán a Dios, y no se desviarán de sus labores en su causa por la tentación de situaciones lucrativas y perspectivas atractivas. Mantendrán su integridad a cualquier precio. Estos son los que representarán correctamente la religión de Cristo, cuyas palabras serán pronunciadas correctamente, como manzanas de oro en cuadros de plata. Tales personas pueden hacer de muchas maneras una obra preciosa para Dios. Él los llama para que vayan al campo de la cosecha y ayuden a recoger las gavillas.

Las mujeres cristianas inteligentes pueden utilizar sus talentos al máximo. Pueden demostrar por su vida de abnegación y por su disposición a trabajar lo mejor que puedan, que creen en la verdad y que se están santificando por medio de ella. Muchos necesitan una obra de esta clase para desarrollar las facultades que poseen. Las esposas y las madres en ningún caso deben descuidar a sus esposos y a sus hijos; pero pueden hacer mucho sin descuidar los deberes del hogar, y no todas tienen estas responsabilidades.

¿Quién puede tener un amor tan profundo por las almas de los hombres y mujeres por quienes Cristo murió, como las que participan de su gracia? ¿Quién puede representar mejor la religión de Cristo que las mujeres cristianas, las mujeres que trabajan fervorosamente para llevar las almas a la luz de la verdad?

¿Quién más se adapta tan bien a la obra de la escuela sabática? La verdadera madre es la verdadera maestra de los niños. Si con un corazón imbuido del amor de Cristo enseña a los niños de su clase, orando con ellos y por ellos, puede ver almas convertidas y reunidas en el redil de Cristo. No recomiendo que la mujer busque ser votante o titular de un cargo; pero como misionera, enseñando la verdad por correspondencia epistolar, distribuyendo material de lectura, conversando con las familias y orando con la madre y los niños, puede hacer mucho y ser una bendición.

El Señor de la viña está diciendo a muchas mujeres que ahora no hacen nada: "¿Por qué estáis aquí todo el día ociosas?". Pueden ser instrumentos de justicia, prestando un servicio santo. Fue María la primera que predicó a Jesús resucitado; y la influencia refinadora y suavizadora de las mujeres cristianas es necesaria en la gran obra de predicar la verdad ahora. Si hubiera veinte mujeres donde ahora hay una que hiciera de la salvación de las almas su obra máspreciada, veríamos a muchas más convertidas a la verdad. El celo y la diligencia continua en la causa de Dios serían totalmente exitosos, y las asombrarían con sus resultados. La obra debe realizarse con paciencia y perseverancia, y en esto se manifiesta la verdadera devoción a Dios. Él pide hechos, y no sólo palabras.

La obra de Dios es digna de nuestros mejores esfuerzos. En cumplimiento del plan divino, el Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que estaba perdido. Él enseñó a los descarriados y pecadores a quienes vino a salvar, y luchó en ferviente oración a su Padre en favor de ellos; y nosotros debemos empeñarnos en la misma obra. Si esto no estaba por debajo de la dignidad del Hijo de Dios, el Creador de los mundos, ¿debería considerarse demasiado humillante o demasiado sacrificado para sus seguidores? Por muy aspirantes que seamos, no hay vocación más elevada, más santa y más ennoblecedora que la de ser colaboradores del Hijo de Dios.

A menudo estamos tan envueltas en nuestros intereses egoístas que nuestros corazones no se permiten acoger las necesidades y carencias de la humanidad; carecemos de actos de simpatía y benevolencia, de ministerio sagrado y social para con los necesitados, los oprimidos y los que sufren. Se necesitan mujeres que no sean engreídas, sino gentiles de modales y humildes de corazón, que trabajen con la mansedumbre de Cristo dondequiera que encuentren algo que hacer por la salvación de las almas. Todos los que han sido hechos partícipes de los beneficios celestiales, deben ser fervientes y estar ansiosos de que otros, que no tienen los privilegios que ellos han disfrutado, tengan las evidencias de la verdad presentadas ante ellos. Y no se limitarán a *desear que* otros tengan este

beneficio, sino que procurarán que lo tengan, y harán su parte para el logro de este objeto.

Los que se hacen colaboradores de Dios aumentarán en poder moral y espiritual, mientras que los que dedican su tiempo y sus energías a servirse a sí mismos se empequeñecerán, se marchitarán y morirán. Las mujeres cristianas, los jóvenes, los de mediana edad y los de edad avanzada, pueden tener parte en la obra de Dios por este tiempo; y al comprometerse en esta obra según tengan oportunidad, obtendrán una experiencia del más alto valor para sí mismos. En el olvido de sí mismos, crecerán en gracia. Entrenando la mente en esta dirección, aprenderán a llevar cargas por Jesús, y se darán cuenta de la bendición del servicio. Y pronto llegará el tiempo en que "los que siembran con lágrimas cosecharán con alegría".

28 de octubre de 1886

Los talentos, una confianza de Dios

EGW

Estamos en deuda con Dios por todas las facultades mentales que poseemos. A cada uno de nosotros nos ha confiado talentos, y nos hace responsables de su uso adecuado. Es su voluntad que nos eduquemos de tal manera que seamos capaces de usar estos talentos de una manera para lograr el mayor bien en el mundo y reflejar gloria al Dador; y nuestras facultades pueden ser cultivadas, dirigidas y controladas discretamente, para lograr este objetivo.

No todos somos iguales. Tenemos mentes variadas; algunos son fuertes en ciertos puntos, y muy débiles en otros. Estas deficiencias, que a menudo son tan evidentes, no necesitan ni deben existir. Si aquellos que las tienen se esforzaran en fortalecer los puntos débiles de su carácter mediante el cultivo y el ejercicio, pronto verían desaparecer estas desigualdades. Y cuando todas las facultades estén en armonioso ejercicio, el intelecto será claro y fuerte y el juicio sano.

Es un deber educar la mente de tal modo que se pongan de manifiesto todas sus energías y se desarrollen todas sus facultades. Si ciertas facultades se utilizan descuidando otras, el designio de Dios no se realiza plenamente en nosotros; porque en gran medida nuestras facultades son mutuamente dependientes, y cada una de ellas influye en todas las demás. Una serie de facultades no puede utilizarse eficazmente mientras las otras son débiles e inactivas. Si se presta toda la atención a aquellas facultades que ya son fuertes, mientras se permite que las

otras permanezcan dormidas, el desarrollo será fuerte en una dirección, y habrá extremos en el carácter, porque no se ha preservado el equilibrio mental. Y muchas mentes son enanas porque no se han cultivado todas sus facultades.

Es agradable, pero no muy provechoso, ejercitar aquellas facultades que son naturalmente las más fuertes, descuidando aquellas que son débiles y necesitan ser fortalecidas. Dependemos de Dios para la conservación de nuestras facultades, y no tenemos derecho a descuidar ninguno de los poderes que nos ha dado. Hay monomaniacos por todo el país. Es frecuente que muchos estén cuerdos en todos los temas menos en uno. Sus mentes están desequilibradas porque un órgano fue ejercitado especialmente, mientras que a los otros se les permitió permanecer inactivos. El que estaba en uso constante se desgastó y enfermó, y los otros se debilitaron por la inacción. Dios no es glorificado cuando se sigue semejante camino, y sus criaturas naufragan por un uso imprudente de las facultades que les ha dado.

Muchos no están haciendo la mayor cantidad de bien de que son capaces, porque ejercitan sus mentes en una dirección, y descuidan prestar cuidadosa atención a aquellas cosas para las que piensan que no están adaptados. Se permite así que las facultades que son débiles permanezcan así, porque el trabajo que las ejercitaría y fortalecería no es agradable. Y, sin embargo, el poder de concentrar la mente en un tema, excluyendo todos los demás, es bueno en cierto grado, si no se lleva tan lejos que la mente no pueda actuar saludablemente.

Los ministros deben cuidarse de no concentrar sus mentes y energías en un solo tema, excluyendo otros que puedan ser de igual importancia. Corren el peligro de reducir la obra de Dios y convertirse en hombres de una sola idea. Muchas veces toda la fuerza de su ser se concentra en el tema al cual se llama la atención por el momento, y toda otra consideración se pierde de vista. Este único tema favorito es la carga de sus pensamientos y el tema de su conversación. Todas las pruebas que tienen que ver con ese tema son ávidamente aprovechadas y apropiadas, y se habla de ellas tan extensamente que las mentes se cansan de seguir las.

Aquellos que ponen toda la fuerza de su mente en un tema, son muy deficientes en otros puntos. El tema que tienen ante sí encadena su atención, y son conducidos sin cesar, y profundizan más y más en el asunto. Se interesan y absorben, y ven nueva luz y belleza a medida que avanzan. Pero hay pocas mentes que puedan seguirlos, a menos que hayan reflexionado sobre el tema

con la misma atención. Existe el peligro de que tales hombres planten la semilla de la verdad tan profundamente que la tierna y preciosa hoja nunca encuentre la superficie.

A menudo se emplea mucho trabajo duro que no es necesario y que nunca será apreciado. Se pierde el tiempo explicando puntos que o bien son evidentes o bien carecen realmente de importancia, y que se darían por sentados sin prueba alguna. Pero si bien no debe gastarse tiempo en argumentos innecesarios y triviales, los puntos realmente vitales deben exponerse tan clara y contundentemente como el lenguaje y las pruebas puedan hacerlo.

Los puntos más esenciales de la verdad bíblica pueden hacerse indistintos prestando atención a cada detalle minucioso. Algunos, en sus escritos, necesitan ser constantemente vigilados, no sea que hagan ciegos puntos que son claros en sí mismos, cubriéndolos con muchos argumentos que no serán de vivo interés para el lector. Si se detienen tediosamente en los puntos, dando cada detalle que se sugiere a la mente, su trabajo será casi perdido; porque el interés del lector no será lo suficientemente profundo como para llevarlo a seguir el tema hasta el final. Se puede abarcar mucho terreno, pero la obra en la que se invierte tanto trabajo no está calculada para hacer el mayor bien, porque no logra despertar un interés general.

En esta época, cuando las fábulas agradables están a la deriva en la superficie y atraen la mente, la verdad presentada en un estilo fácil, respaldada por unas pocas pruebas fuertes, es mejor y más eficaz que si sus defensores tuvieran que buscar extensamente, y traer una abrumadora serie de pruebas; porque las proposiciones simples no son tan claras y distintas en muchas mentes como antes de que las objeciones y evidencias fueran presentadas ante ellos. Hay algunos que dan muchas cosas por sentadas, y las afirmaciones llegan más lejos con ellos que los argumentos largos y laboriosos.

Este es un mundo muy ocupado. Los hombres y las mujeres que se dedican a los negocios de la vida no tienen tiempo para meditar, ni siquiera para leer la Palabra de Dios lo suficientemente a fondo como para comprender todas sus verdades importantes. Los argumentos largos y laboriosos no interesarán sino a unos pocos; porque la gente lee mientras corre. Es mejor guardar una reserva de argumentos y pruebas que verter una profundidad de conocimientos sobre un tema que en sí mismo es claro y sencillo.

El ministerio de Cristo duró sólo tres años; pero se hizo una gran obra en ese corto período. En estos días también hay una gran obra que hacer en poco

tiempo; y mientras muchos se preparan para hacer algo, las almas perecerán por falta de luz y conocimiento.

Si los hombres que se dedican a presentar y defender la verdad de la Biblia, se comprometen a investigar las declaraciones, y a mostrar la falacia e inconsistencia de los hombres que deshonestamente convierten la verdad de Dios en una mentira, Satanás suscitará opositores suficientes para mantener sus plumas constantemente empleadas, mientras que otras ramas de la verdad de Dios serán dejadas a sufrir.

Dijo Nehemías, cuando sus enemigos trataron de atraerlo de su puesto de trabajo: "Estoy haciendo una gran obra, de modo que no puedo bajar. ¿Por qué ha de cesar la obra, si yo la dejo y bajo a vosotros?". Nosotros también estamos haciendo una gran obra, y no podemos bajar. Y necesitamos más del espíritu de aquellos hombres que se dedicaron a construir los muros de Jerusalén. Si Satanás ve que puede mantener a los hombres respondiendo a las objeciones de los opositores, y así callar sus voces, e impedirles hacer la obra más importante por este tiempo, se regocija; porque su objeto está logrado.

El mundo necesita ahora obreros. De todas partes se oye el grito macedonio: "Venid a ayudarnos". Nuestro éxito consiste en llegar a las mentes comunes. Los argumentos sencillos y puntiagudos, que sobresalen como mojonos, harán más por convencer a la gente que una gran variedad de argumentos que sólo las mentes investigadoras tendrán interés en seguir. Y si los obreros son puros de corazón y de vida, si usan para la gloria de Dios los talentos que Él les ha confiado, tendrán a Dios de su lado y a los ángeles celestiales para trabajar con sus esfuerzos.

Basilea, Suiza.

4 de noviembre de 1886

Daniel, ejemplo de fidelidad

EGW

Cuando Darío puso sobre las provincias de su reino ciento veinte príncipes, y sobre éstos, tres presidentes, a quienes los príncipes debían dar cuenta, leemos que "Daniel fue preferido sobre los presidentes y príncipes, porque se halló en él un espíritu excelente; y el rey pensó ponerlo sobre todo el reino". Pero los ángeles malos, temiendo la influencia de este hombre bueno sobre el rey y en

los asuntos del reino, incitaron a los presidentes y príncipes a la envidia. Estos malvados vigilaban de cerca a Daniel, para encontrar en él alguna falta que pudieran denunciar al rey; pero fracasaron. "Fue fiel, y no se halló en él error ni falta alguna".

Entonces Satanás trató de hacer de la fidelidad de Daniel a Dios la causa de su destrucción. Los presidentes y los príncipes se reunieron tumultuosamente ante el rey, y dijeron: "Todos los presidentes del reino, los gobernadores y los príncipes, los consejeros y los capitanes, se han consultado para establecer un estatuto real, y para hacer un decreto firme, que cualquiera que pida una petición a cualquier Dios u hombre durante treinta días, excepto a ti, oh rey, será arrojado al foso de los leones." El orgullo del rey fue halagado. Ignoraba la maldad que se proponía contra Daniel, y accedió a su petición. El decreto fue firmado y se convirtió en una de las leyes inalterables de los medos y los persas.

Estos hombres envidiosos no creían que Daniel sería infiel a su Dios, o que vacilaría en su firme adhesión a los principios; y no se equivocaban en su estimación de su carácter. Daniel conocía el valor de la comunión con Dios. Con pleno conocimiento del decreto del rey, todavía se inclinaba en oración tres veces al día, "estando abiertas las ventanas de su cámara hacia Jerusalén". No trató de ocultar su acto, aunque conocía muy bien las consecuencias de su fidelidad a Dios. Vio los peligros que acechaban su camino; pero sus pasos no vacilaron. Ante los que tramaban su ruina, no permitió ni siquiera la apariencia de que su conexión con el Cielo se había cortado.

En todos los casos en que el rey tenía derecho a mandar, Daniel obedecería. Estaba dispuesto a obedecer en la medida en que pudiera hacerlo en consonancia con la verdad y la justicia; pero los reyes y los decretos no podían hacerle desviarse de su lealtad al Rey de reyes. Sabía que ningún hombre, ni siquiera su rey, tenía derecho a interponerse entre su conciencia y su Dios, y a interferir en el culto debido a su Hacedor.

Daniel era sincero, noble y generoso. Aunque deseaba estar en paz con todos los hombres, no permitía que ningún poder lo desviara del camino del deber. Tuvo la oportunidad de testificar en favor del Dios verdadero, y de exponer las razones por las cuales sólo él debía recibir adoración, y el deber de rendirle alabanza y homenaje, y noblemente lo hizo. Si hubiera respetado el decreto del rey en este caso, habría deshonrado a Dios. Estaba rodeado de orgullosos idólatras, pero fue un testigo fiel de la verdad. Su intrépida adhesión a una

conducta correcta fue como una luz brillante en medio de las tinieblas morales de aquella corte pagana.

Por haber orado a Dios, Daniel fue arrojado al foso de los leones. Los hombres envidiosos y malvados lograron así su propósito. Pero Daniel continuó orando, incluso entre los leones. ¿Olvidó Dios a su fiel siervo y permitió que fuera destruido? Oh, no; Jesús, el poderoso Comandante de las huestes del Cielo, envió a sus ángeles para que cerraran las bocas de aquellos leones hambrientos, a fin de que no hirieran al hombre de Dios que oraba; y todo fue paz en aquel terrible foso. El rey fue testigo de la milagrosa preservación de Daniel, y lo sacó con honores; mientras que los que habían tramado su destrucción fueron completamente destruidos, con sus esposas e hijos, de la terrible manera en que habían planeado destruir a Daniel.

Gracias a la valentía moral de este hombre que, incluso ante la muerte, eligió el camino correcto en vez del político, Satanás fue derrotado y Dios honrado. Porque la liberación de Daniel del poder de los leones fue una prueba contundente de que el Ser a quien él adoraba era el Dios vivo y verdadero. Y el rey escribió a "todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra:" "Decreto que en todos los dominios de mi reino tiemblen y teman ante el Dios de Daniel; porque él es el Dios vivo y firme para siempre, y su reino el que no será destruido, y su dominio será hasta el fin".

Daniel fue duramente probado; pero venció porque era de espíritu humilde y orante. Aunque estaba rodeado de desconfianza y sospechas, y sus enemigos tendieron una trampa contra su vida, mantuvo una serena y alegre confianza en Dios, sin desviarse ni una sola vez de sus principios. Aunque Daniel era un hombre de pasiones semejantes a las nuestras, la pluma de la inspiración lo presenta como un personaje intachable. Su vida se nos da como un brillante ejemplo de lo que el hombre puede llegar a ser, incluso en esta vida, si hace de Dios su fuerza, y mejora sabiamente los privilegios y oportunidades a su alcance.

Daniel era un gigante moral e intelectual; sin embargo, no alcanzó esta preeminencia de golpe y sin esfuerzo. Continuamente buscaba mayores conocimientos, mayores logros. Otros jóvenes tuvieron las mismas ventajas, pero no dedicaron, como él, todas sus energías a buscar la sabiduría, el conocimiento de Dios revelado en su palabra y en sus obras. Daniel no era más que un joven cuando fue llevado a una corte pagana para servir al rey de Babilonia; y debido a su extrema juventud, cuando estaba expuesto a todas las

tentaciones de una corte oriental, su noble resistencia al mal y su firme adhesión al bien, a lo largo de su larga carrera, son aún más admirables. Su ejemplo debería ser una fuente de fortaleza para los probados y tentados, incluso en la actualidad.

Daniel amaba, temía y obedecía a Dios; sin embargo, no huyó del mundo para evitar su influencia corruptora. En la providencia de Dios, debía estar en el mundo, pero no ser del mundo. Con todas las tentaciones y fascinaciones de la vida de la corte rodeándole, se mantuvo en la integridad de su alma; porque hizo de Dios su fortaleza; y no fue abandonado por él en su hora de mayor necesidad.

De la historia de Daniel podemos aprender que el estricto cumplimiento de los requisitos de Dios resultará una bendición, no sólo en la vida futura e inmortal, sino también en la vida presente. Por medio de los principios religiosos, los hombres pueden triunfar sobre las tentaciones de Satanás y las artimañas de los malvados, aunque les cueste un gran sacrificio. ¿Qué hubiera sucedido si Daniel hubiera transigido con aquellos gobernantes paganos y hubiera negado a su Dios? ¿Y si, al entrar por primera vez en la corte, hubiera cedido a la presión de la tentación, comiendo y bebiendo como era costumbre entre los babilonios? Ese paso en falso probablemente le habría conducido a otros, hasta que, cortada su conexión con el Cielo, habría sido arrastrado por el poder de la tentación. Pero mientras se aferró a Dios con confianza inquebrantable y orante, no pudo ser abandonado. La protección divina está comprometida con aquellos que la buscan, y Dios no puede olvidar su palabra.

Gracias a la oración y a la adhesión a los principios rectos, Daniel pudo mantenerse firme en la hora de la prueba y la tentación. La oración de fe es la gran fuerza del cristiano, y con seguridad prevalecerá contra las maquinaciones de las huestes de las tinieblas. Satanás sabe muy bien cuán necesarias son la meditación y la oración para mantener despiertos a los seguidores de Cristo a fin de que comprendan sus maquinaciones y resistan sus tentaciones; por eso trata de hacer creer a los hombres que la oración es inútil y que no es más que una mera forma. Si puede desviar la mente de estos importantes ejercicios, de modo que el alma no se apoye en el Poderoso en busca de ayuda y obtenga la fuerza divina para resistir sus ataques, sabe muy bien que ha ganado una decidida ventaja.

Vivimos en el período más solemne de la historia de este mundo, cuando se libra el último conflicto entre la verdad y el error; y necesitamos valor y firmeza para el bien, y una confianza orante en Dios no menos que la que tuvo Daniel.

El destino de los millones de habitantes de la tierra está a punto de decidirse; y nuestro propio bienestar futuro, y la salvación de otras almas, dependen del curso que sigamos. Si poseemos la misma integridad inquebrantable que caracterizó al profeta de antaño, Dios será honrado a través de nuestro curso, y las almas serán salvadas para brillar como estrellas en la corona de nuestro regocijo.

Basilea, Suiza.

11 de noviembre de 1886

Cortesía de una gracia cristiana

EGW

Como cristianos se nos ordena estar separados del mundo; no debemos beber en su espíritu ni seguir sus costumbres; pero no es necesario que nos volvamos toscos y ásperos en nuestros modales y expresiones. La verdad de Dios está destinada a elevar al receptor, a refinar su gusto y a santificar su juicio. El carácter del cristiano debe ser santo, sus modales corteses, sus palabras sin engaño. Debe haber un esfuerzo continuo por imitar a la sociedad a la que espera unirse pronto, la de los ángeles que nunca han caído por el pecado.

Ningún hombre puede ser cristiano sin tener el Espíritu de Cristo; y si tiene el Espíritu de Cristo, se manifestará en palabras amables y en un comportamiento refinado y cortés. La religión de Jesús está diseñada para ablandar lo que es duro y áspero en el temperamento, y para suavizar lo que es áspero o cortante en los modales. El cambio externo dará testimonio de un cambio interno. La verdad es el santificador, el refinador. Recibida en el corazón, obra con poder oculto, transformando el carácter. Pero los que profesan ser seguidores de Cristo, y al mismo tiempo son ásperos, poco amables y descorteses en palabras y conducta, no han aprendido de Jesús. Un hombre bravucón, dominante y criticón no es un cristiano; porque ser cristiano es ser semejante a Cristo. No es propio de un cristiano estar continuamente celoso de su dignidad. Todas estas manifestaciones muestran que los hombres siguen siendo siervos del maligno.

Muchos que buscan la felicidad verán defraudadas sus esperanzas, porque la buscan equivocadamente y se entregan a temperamentos pecaminosos y sentimientos egoístas. Al descuidar los pequeños deberes y observar las pequeñas cortesías de la vida, violan los principios de los que depende la felicidad. La verdadera felicidad no se encuentra en la autogratificación, sino

en el camino del deber. Dios desea que el hombre sea feliz, y por esta razón le dio los preceptos de su ley, para que obedeciéndolos tuviera alegría en casa y fuera de ella. Mientras se mantenga en su integridad moral, fiel a sus principios, y tenga el control de todas sus facultades, no puede ser desdichado. Con sus zarcillos enroscados en Dios, el corazón estará lleno de paz y alegría, y el alma florecerá en medio de la incredulidad y la depravación.

Palabras amables, miradas agradables, un semblante alegre, arrojan un encanto alrededor del cristiano que hace que su influencia sea casi irresistible. Es la religión de Cristo en el corazón lo que hace que las palabras sean amables, y el comportamiento convincente, incluso para los más humildes. En el olvido de sí mismo, en la luz, la paz y la felicidad que otorga constantemente a los demás, se ve la verdadera dignidad del hombre. Esta es una manera de ganar respeto y extender la esfera de la utilidad, que cuesta muy poco; y el que sigue este curso no se quejará de que no recibe el honor que le corresponde. Pero las reglas bíblicas deben escribirse en el corazón; las reglas bíblicas deben llevarse a la vida diaria.

Ninguno de nosotros somos lo que podemos ser, lo que Dios quiere que seamos y lo que su palabra exige que seamos. Y es nuestra incredulidad la que nos aleja de Dios; porque en cualquier momento podemos elevar nuestras almas a él, y encontrar gracia y fortaleza. Cuando Cristo venga, nuestros cuerpos viles serán transformados y hechos semejantes a su cuerpo glorioso; pero el carácter vil no será santificado entonces. La transformación del carácter debe tener lugar antes de su venida. Nuestras naturalezas deben ser puras y santas; debemos tener la mente de Cristo, para que él pueda contemplar con placer su imagen reflejada en nuestras almas.

Enoc tuvo un carácter marcado, y muchos consideran su vida como algo muy por encima de lo que la generalidad de los mortales puede alcanzar jamás. Pero la vida y el carácter de Enoc, que eran tan santos que fue trasladado al cielo sin ver la muerte, representan la vida y el carácter de todos los que serán trasladados cuando venga Cristo. Su vida era lo que la vida de cada individuo puede ser si vive cerca de Dios. Debemos recordar que Enoc estaba rodeado de influencias impías. La sociedad que lo rodeaba era tan depravada que Dios trajo un diluvio de aguas sobre el mundo para destruir a sus habitantes por su corrupción. Si Enoc estuviera en la tierra hoy, su corazón estaría en armonía con todos los requisitos de Dios; caminaría con Dios, aunque rodeado de las influencias más perversas y degradantes. La palmera representa bien la vida del cristiano. Se

mantiene erguida en medio de las ardientes arenas del desierto, y no muere, porque se alimenta de manantiales que brotan bajo la superficie.

José conservó su integridad cuando estaba rodeado de idólatras en Egipto, en medio del pecado y la blasfemia y las influencias corruptoras. Cuando fue tentado a apartarse del camino de la virtud, su respuesta fue: "¿Cómo haré esta gran maldad, y pecaré contra Dios?". Enoc, José y Daniel dependían de una fuerza que era infinita; y éste es el único curso de seguridad que los cristianos deben seguir en nuestros días.

Las vidas de estos hombres marcados estaban escondidas con Cristo en Dios. Eran leales a Dios, puros en medio de la depravación, devotos y fervorosos cuando entraron en contacto con el ateísmo y la idolatría. Por la gracia divina cultivaron sólo las cualidades favorables al desarrollo de caracteres puros y santos.

Así puede ser con nosotros. El espíritu que poseían Enoc, José y Daniel, podemos tenerlo nosotros; podemos beber de la misma fuente de fuerza, poseer el mismo poder de autocontrol, y las mismas gracias pueden resplandecer en nuestras vidas. Dijo Cristo: "Una ciudad asentada sobre un monte no puede esconderse". "Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Reflejando la luz de Cristo a todos los que nos rodean, nos convertiremos en la luz del mundo; pero una persona egoísta, crítica y descortés no puede tener esta sagrada influencia.

Los cristianos agradables, amables y bien educados influirán en favor de Dios y de su verdad; no puede ser de otro modo. La luz prestada del Cielo derramará sus rayos iluminadores a través de ellos en el camino de los demás, llevándolos a exclamar: "Oh Señor de los ejércitos, bendito es el hombre cuya fuerza está en ti." Las palabras que pronunciamos, nuestro comportamiento diario, son el fruto que crece en el árbol. Si el fruto es agrio y desagradable, las raíces de ese árbol no se están nutriendo de una fuente pura. Si nuestro carácter es manso y humilde, si nuestros afectos están en armonía con nuestro Salvador, mostramos que nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, y dejamos tras nosotros una huella brillante. Nuestra vida estará en tan marcado contraste con la de los incrédulos, que nuestros asociados discernirán que hemos estado con Jesús y aprendido de él.

No es necesario que el cristiano se convierta en un recluso; pero aunque necesariamente se asocie con el mundo, no será del mundo. La cortesía cristiana

debe cultivarse y ponerse en práctica diariamente. La palabra poco amable no debe ser pronunciada; la indiferencia egoísta por la felicidad de los demás debe dar lugar a la simpatía reflexiva. La verdadera cortesía, combinada con la verdad y la justicia, hará la vida no sólo útil, sino hermosa y fragante de amor y buenas obras. No es prueba de que el cristiano haya perdido su religión el que tenga buena reputación entre los que no la tienen. La virtud, la honestidad, la bondad y la integridad fiel forman caracteres nobles; los que poseen estas características se ganarán la estima, aun de los incrédulos, y su influencia en la iglesia será muy preciosa. Se requiere que tengamos razón en los asuntos importantes; pero la fidelidad en las cosas pequeñas nos capacitará para puestos de mayor confianza.

Por parte de muchos, hay una gran falta de verdadera cortesía. Mucho se habla de las mejoras que se han hecho desde los días de los patriarcas; pero los que vivían en esa época podían jactarse de un estado más elevado de refinamiento, y de más verdadera cortesía en los modales, que la que posee la gente en esta época de jactanciosa ilustración. La integridad, la justicia y la bondad cristiana, mezcladas, forman una hermosa combinación. La cortesía es una de las gracias del Espíritu. Es un atributo del Cielo. Los ángeles nunca se apasionan, nunca son envidiosos, egoístas y celosos. No se les escapa ninguna palabra áspera o poco amable. Y si queremos ser compañeros de los ángeles, también nosotros debemos ser refinados y corteses. Y no tenemos demasiado tiempo para cambiar nuestros hábitos erróneos, reformar nuestros caracteres defectuosos, y obtener una aptitud para la sociedad de esos seres celestiales. Toda aspereza y severidad, grosería y falta de amabilidad, deben ser superadas; y ahora es el momento de que hagamos el trabajo. No podemos tener una segunda prueba. Pero si no mejoramos estas horas de privilegio, no mejoraremos una segunda probación, si se nos concediera.

El cristiano cultivará esa caridad que no se irrita fácilmente, que sufre mucho y es bondadosa, que todo lo espera y todo lo soporta. Si esta gracia está en ti, si estás gobernado por el Espíritu de Cristo, tus palabras y acciones atestiguarán que tu religión es genuina; porque tu vida estará llena de buenos frutos. Los hijos de Dios nunca se olvidan de hacer el bien y de comunicar. Las buenas obras les son espontáneas, pues Dios ha transformado su naturaleza por su gracia. "En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto".

18 de noviembre de 1886

El valor de la oración

EGW

"Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos abiertos a sus oraciones".

Se nos dice que Elías "era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente", y su oración fue escuchada. En los atrios de Babilonia se firmó un decreto real, según el cual si durante treinta días alguien hacía una petición a cualquier Dios u hombre, excepto al rey Darío, debía ser arrojado al foso de los leones; pero Daniel, a pesar de que conocía el decreto, no dejó de orar tres veces al día, con las ventanas abiertas hacia Jerusalén, como había hecho antes de que se promulgara el decreto; y el Dios a quien servía continuamente, lo libró del poder de los leones. Estos hombres santos conocían el valor de la comunión con Dios.

Cuando Jesús estaba en la tierra, y caminaba como hombre entre los hijos de los hombres, oraba, y ¡oh, cuán fervientes eran sus oraciones! ¡Cuántas veces pasó la noche entera sobre la tierra húmeda y fría, en agonizante súplica! Y, sin embargo, era el Hijo de Dios, amado y sin pecado. Si Jesús sintió la necesidad de estar en comunión con su Padre, y manifestó tanto fervor al invocarlo, cuánto más nosotros, a quienes ha llamado a ser herederos de la salvación, que estamos sujetos a las ardientes tentaciones del astuto enemigo, y dependemos de la gracia divina para vencer, deberíamos tener toda nuestra alma conmovida para luchar con Dios. El lenguaje de nuestras almas debería ser: "No te soltaré, si no me bendices". Pero muchos han permitido que sus corazones se sobrecarguen con los cuidados de esta vida, y Dios y su palabra han sido descuidados.

Los súbditos de Satanás, aunque se odian y guerrean entre sí, están activos y unidos en el único objeto de destruir las almas. Están vigilantes para aprovechar toda oportunidad de promover su interés común, y guerrear contra el reino de Cristo. Pero Aquel que es el gran Comandante en el cielo y en la tierra, ha limitado su poder.

Satanás está siempre dispuesto a insinuar que la oración es una mera forma, y que no nos sirve de nada. No soporta que se apele a su poderoso rival. Al oír una oración ferviente, las huestes de las tinieblas tiemblan. Temiendo que su cautivo pueda escapar, forman un muro a su alrededor, para que la luz del Cielo no llegue a su alma. Pero si en su angustia e impotencia el pecador mira a Jesús,

suplicando los méritos de su sangre, nuestro compasivo Redentor escucha la ferviente y perseverante oración de fe, y envía a su liberación un refuerzo de ángeles que sobresalen en fuerza. Y cuando estos ángeles, todopoderosos, revestidos del armamento del Cielo, acuden en ayuda del alma desfallecida y perseguida, los ángeles de las tinieblas retroceden, sabiendo bien que su batalla está perdida, y que un alma más escapa del poder de su influencia.

La oración es la vida del cristiano. Hay un remedio para el alma enferma de pecado, y ese remedio está en Jesús. Su gracia es suficiente para el más débil, y el más fuerte debe contar con su ayuda o perecer. El cristiano tiene victoria sobre sus pasiones y asechanzas. No deshonraría tanto a mi Maestro como para admitir que una persona descuidada, insignificante y sin oración es un cristiano. Es privilegio del cristiano gozar de las profundas mociones del Espíritu de Dios. Una paz dulce y celestial invadirá su mente. Amaré meditar en Dios y en el cielo, y deleitarse con las gloriosas promesas de la palabra escrita.

Pero, ¿cómo se obtendrá esta victoria sobre el mundo? Ve a tu armario, querido lector, y suplica allí a Dios: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí". Sé serio; sé sincero; como Jacob, lucha en oración. No salgas de tu armario hasta que te sientas fuerte en Dios. Quédate hasta que se despierten en tu corazón anhelos indecibles de salvación, y se obtenga la dulce evidencia del pecado perdonado. Entonces, cuando salgas de tu armario, vigila; y mientras vigiles y ores, la gracia de Dios aparecerá en tu vida.

En ningún caso descuides la oración secreta, pues es el alma de la religión. Si esperas la salvación, debes rezar. Tómate tu tiempo. No te apresures ni te descuides en tus oraciones. Intercede ante Dios para que obre en ti una reforma completa, para que los frutos del Espíritu moren en ti y para que, por tu vida piadosa, brilles como una luz en el mundo. Cuando sientas sinceramente que sin la ayuda de Dios perecerás, cuando jadees tras él como el ciervo jadea tras las corrientes de agua, entonces el Señor te fortalecerá rápidamente, y tendrás esa paz que sobrepasa todo entendimiento.

Mientras rezáis para no caer en la tentación, recordad que vuestro trabajo no termina con la oración. Debéis responder a vuestra propia oración en la medida de lo posible, resistiendo a la tentación, y dejar que Jesús haga por vosotros lo que no podéis hacer por vosotros mismos. No podemos ser demasiado cautelosos en nuestras palabras y en nuestro comportamiento, no sea que invitemos al enemigo a acercarse a nosotros con sus tentaciones. Con la palabra

de Dios como guía y Jesús como maestro celestial, no tenemos por qué ignorar las exigencias divinas ni las artimañas de Satanás. Y no será tarea desagradable ser obedientes a la voluntad de Dios, cuando nos entreguemos plenamente a ser dirigidos por su Espíritu.

Reza en familia. Mañana y tarde obtén la victoria en tu altar familiar. Que tu trabajo diario no te aleje de este deber. Dedicar tiempo a orar. Y mientras oras, cree que Dios te escucha, ten fe mezclada con tus oraciones. Deja que la fe se apodere de la bendición, y será tuya.

Por la mañana, el primer pensamiento del cristiano debe ser Dios. Acércate a él con humildad, con el corazón lleno de ternura y con el sentido de las tentaciones y peligros que te rodean a ti y a tus hijos. Mañana y tarde, con la oración ferviente y la fe perseverante, pon un cerco a vuestros hijos. Instrúyelos con paciencia; enséñales con bondad e incansablemente a vivir de modo que agraden a Dios.

Enseña a tus hijos la reverencia a Dios y la hora de la oración. El Señor nuestro Dios es santo, y su nombre debe ser tratado con gran reverencia. A los ángeles les disgusta y repugna la irreverencia con que a veces se usa en la oración el nombre de Dios, el gran Jehová. Mencionan ese nombre con el mayor temor, incluso velando sus rostros cuando pronuncian el nombre de Dios; el nombre de Cristo también es sagrado, y se pronuncia con la mayor reverencia. Y aquellos que en sus oraciones usan el nombre de Dios de una manera común y frívola, no tienen ningún sentido del carácter exaltado de Dios, de Cristo, o de las cosas celestiales.

Reza con fe. "Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe". La oración que prevalece es la oración de la fe viva; toma a Dios por su palabra, y reclama sus promesas. El sentimiento no tiene nada que ver con la fe. Cuando la fe trae la bendición a tu corazón, y te regocijas en la bendición, entonces ya no es fe, sino sentimiento. ¡Qué extraño es que los hombres confíen en la palabra de sus semejantes y, sin embargo, encuentren tan difícil ejercer una fe viva en Dios! Las promesas son amplias; ¿por qué no aceptarlas tal como se leen? "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él gratuitamente todas las cosas?".

Toda petición que se ofrece a Dios con fe y con un corazón sincero, será atendida. Tal oración nunca se pierde; pero pretender que siempre será contestada de la misma manera y para la cosa particular que deseamos, es presunción. Dios es demasiado sabio para equivocarse, y demasiado bueno para

negar nada bueno a los que caminan rectamente. No temas, pues, confiar en él aunque no veas la respuesta inmediata a tus oraciones. Confía en su promesa segura: "Pedid y recibiréis".

La oración ferviente y eficaz será considerada en el Cielo. Los cristianos tienen el privilegio de obtener de Dios la fuerza para sostener todo don precioso de su Espíritu. El poder de Dios no ha disminuido. Su gracia y su Espíritu serán otorgados tan libremente ahora como antes. Es la iglesia de Dios la que ha perdido su fe para reclamar, su energía para luchar, como lo hizo Jacob, clamando: "No te soltaré, si no me bendices." La fe perdurable se ha ido extinguiendo, y debe revivir en los corazones del pueblo de Dios. Debe haber un reclamo de la bendición de Dios. La fe viva siempre lleva hacia arriba, hacia Dios y la gloria; la incredulidad, hacia abajo, hacia las tinieblas y la muerte.

"Al que venciere, le daré que se sienta conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono". Podemos vencer, plenamente, enteramente. Jesús murió para hacernos una vía de escape, para que mediante la oración prevaleciente por su gracia, pudiéramos vencer toda tentación, toda trampa sutil del adversario, y al fin sentarnos con él en su reino.

Basilea, Suiza.

25 de noviembre de 1886

El pecado de la codicia

EGW

"Y yo os digo: Hacedos amigos de las riquezas injustas, para que, cuando faltéis, os reciban en las moradas eternas. El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y el que es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho. Por tanto, si no habéis sido fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las verdaderas? Y si no fuisteis fieles en lo ajeno, ¿quién os dará lo que es vuestro?". Lucas 16:9-12.

La parábola del administrador injusto fue dada para enseñarnos una lección con respecto a nuestro deber en las cosas temporales. Todo hombre es mayordomo de Dios. A cada uno ha confiado el Amo sus medios, y dice: "Ocupaos hasta que yo venga". Se acerca el tiempo en que exigirá lo suyo con usura. Dirá a cada uno de sus administradores: "Da cuenta de tu administración". Pero los hombres a menudo reclaman sus medios como propios. Parecen no tener noción de que

los bienes que usan pertenecen a Dios, y que deben darle cuenta del uso que hacen de ellos.

Dijo el Salvador: "Haced amigos de las riquezas injustas, para que, cuando faltéis, os reciban en las moradas eternas". Al usar nuestros medios para la gloria de Dios aquí, acumulamos un tesoro en el Cielo; y cuando todas las posesiones terrenales se acaben, el mayordomo fiel tiene a Jesús y a los ángeles por amigos, para recibirlo en su hogar en las moradas eternas.

"El que es fiel en lo poco, lo es también en lo mucho". El que es fiel en sus posesiones terrenales, que son las más pequeñas, haciendo un uso juicioso de los medios que Dios ha confiado a su cuidado, será fiel en todos los demás aspectos. Cada inversión hecha en la causa de Dios aumentará su amor por ella. No será el más pobre en este mundo, y estará "acumulando" para sí mismo "un buen fundamento para el tiempo venidero", a fin de "aferrarse a la vida eterna."

"El que es injusto en lo poco, también es injusto en lo mucho". Si no da de sus medios para apoyar la guerra contra las tinieblas morales que inundan el mundo, será infiel en las cosas de Dios en todos los aspectos. Impide que sus medios hagan el bien en la causa de Dios, y a menudo le es quitado lo que le ha sido confiado.

"Si, pues, no habéis sido fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las verdaderas?". La iglesia cristiana, por regla general, reniega de las exigencias de Dios para que den limosna de las cosas que poseen; y la obra de Dios nunca podrá avanzar como debiera hasta que los seguidores de Cristo se den cuenta de su deber a este respecto. Si se muestran infieles en la administración de sus asuntos temporales, Dios nunca les dará las verdaderas riquezas, la herencia inmortal.

"Si no habéis sido fieles en lo ajeno, ¿quién os dará lo propio?". Jesús ha comprado la redención para nosotros. Es nuestra; pero estamos aquí a prueba para ver si somos dignos de la vida eterna. Nuestro Padre celestial nos pone a prueba confiándonos posesiones terrenales. Si los usamos libremente para promover su causa y beneficiar a nuestros semejantes, demostraremos ser buenos administradores y ganaremos la aprobación de nuestro Señor. Pero "no podemos servir a Dios y a las riquezas", porque "si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él".

La idea de la mayordomía debería tener una repercusión práctica en todo el pueblo de Dios. La parábola de los talentos no ha sido plenamente comprendida,

pues de lo contrario excluiría la codicia, que Dios llama idolatría. Los talentos no representan solamente la capacidad de predicar e instruir con la palabra de Dios. La parábola se aplica también a los medios temporales que Dios ha confiado a su pueblo. Los que recibieron los cinco y los dos talentos negociaron y duplicaron lo que se les había confiado. El siervo que recibió un talento, fue y lo escondió en la tierra; y eso es lo que muchos de los que profesan ser pueblo de Dios están haciendo ahora. Pretenden que tienen derecho a hacer lo que les plazca con sus posesiones, y las almas no se salvan por el uso que hacen del dinero de su Señor. La benevolencia práctica daría vida espiritual a miles de profesantes nominales de la religión que ahora se lamentan por su oscuridad. Los transformaría de adoradores egoístas y codiciosos de las riquezas en colaboradores sinceros y fieles con Cristo en la salvación de los pecadores.

El fundamento del plan de salvación fue puesto en el sacrificio. Jesús dejó las cortes reales del Cielo, y se hizo pobre, para que nosotros, a través de su pobreza, pudiéramos ser enriquecidos. Todos los que comparten la salvación que el Hijo de Dios compró para ellos con tan infinito sacrificio, seguirán el ejemplo del Verdadero Modelo. Cristo es la piedra angular, y debemos edificar sobre este fundamento. Cada uno debe tener un espíritu de abnegación y sacrificio.

Dice Cristo: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos". "Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita; y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto". El mismo principio vital, la savia que fluye por la vid alimenta los sarmientos, para que florezcan y den fruto. La vida de Cristo en la tierra fue desinteresada; estuvo marcada por la humillación y el sacrificio. ¿Es el siervo más grande que su Señor? No; la abnegación es un principio esencial del discipulado.

El pueblo de Dios debe actuar por principios. Deben tener siempre en vista un objeto adecuado, y deben dar, no para ser vistos por los hombres, ni para ser alabados por su liberalidad, sino para glorificar a Dios y ayudar a sus semejantes. A veces el motivo de dar es egoísta. Hay personas que hacen grandes donaciones a empresas públicas o de caridad, mientras que un hermano pobre puede estar sufriendo cerca de ellos, y no hacen nada para aliviarlo. Pequeños actos de bondad realizados en secreto para este hermano necesitado unirían sus corazones, y serían notados y recompensados en el Cielo; porque el verdadero espíritu de sacrificio es aceptable a Dios. "Hay quien esparce, y sin embargo aumenta; y hay quien retiene más de lo conveniente, pero tiende a la pobreza. El alma liberal será engordada; y el que riega será también él mismo regado."

Cuando Jesús estaba en la tierra, reprendió a los que daban para ser vistos de los hombres. Dijo a sus discípulos: "Cuando hagas tu limosna, no toques trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para tener gloria de los hombres. En verdad os digo. Ellos tienen su recompensa". Recibían la alabanza de los hombres, y ésta era toda la recompensa que tendrían. Sus limosnas se hacían de manera muy pública, y su generosidad era proclamada ante el pueblo. De este modo daban a menudo grandes sumas que habían sido arrancadas a los necesitados oprimiendo al asalariado en su salario y moliendo la cara del pobre. El caso de los fariseos no es muy diferente del de muchos en la actualidad, que se suponen en un estado de prosperidad espiritual, y se halagan a sí mismos de que tienen el favor de Dios, cuando él desprecia su egoísmo.

El corazón egoísta y codicioso será puesto a prueba. Dios conoce todos los motivos, y permite que surjan circunstancias que desarrollen el carácter y lo muestren. "Por sus frutos los conoceréis", dice el Salvador. Las buenas acciones y las obras generosas de los hijos de Dios son la predicación más eficaz que tiene el incrédulo. Piensa que el cristiano debe tener fuertes motivos que lo lleven a negarse a sí mismo y a usar sus posesiones para el bien de los demás.

El principio de los mundanos es obtener todo lo que puedan de las cosas perecederas de esta vida. Con ellos, el amor egoísta por la ganancia es el principio dominante, y no pueden comprender la benevolencia desinteresada. Hay miles de personas que están pasando sus vidas en la indulgencia, y cuyos corazones están llenos de arrepentimiento. Son víctimas del egoísmo y del descontento. La infelicidad está estampada en sus semblantes, y detrás de ellos hay un desierto, porque sus vidas no son fructíferas en buenas obras. Porque la alegría más pura no se encuentra en las riquezas, ni donde la codicia es siempre anhelo, sino donde reina el contentamiento, y donde el amor abnegado es el principio gobernante.

El principio de la cruz de Cristo coloca a todos los creyentes bajo la pesada obligación de negarse a sí mismos, de impartir luz a los demás y de dar de sus medios para extender la luz. En la medida en que el amor de Cristo llene nuestros corazones y controle nuestras vidas, la codicia, el egoísmo y el amor a la comodidad serán vencidos, y será nuestro placer hacer la voluntad de Aquel de quien decimos ser siervos. Y nuestra felicidad será proporcional a nuestras obras desinteresadas, impulsadas por el amor divino; porque en el plan de salvación Dios ha establecido la ley de acción y reacción, haciendo que la obra de beneficencia, en todas sus ramas, sea doblemente bienaventurada.

Basilea, Suiza.

9 de diciembre de 1886

La norma de la excelencia cristiana

EGW

"En lo cual abundó para con nosotros en toda sabiduría y prudencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según el beneplácito que se había propuesto en sí mismo, para reunir en uno, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, todas las cosas en Cristo, así las que están en los cielos como las que están en la tierra, en él mismo, en quien también tenemos herencia, habiendo sido predestinados según el propósito de aquel que hace todas las cosas según el designio de su voluntad." Efesios 1:8-11.

Nuestro Padre celestial no presenta imposibilidades ante sus criaturas finitas; no exige de sus manos lo que no pueden realizar. No ha puesto ante su iglesia una norma que no puedan alcanzar; sin embargo, quiere que trabajen con ahínco para alcanzar la elevada norma que se les presenta en el texto. Quiere que oren para que sean "llenos de frutos de justicia", y entonces esperen esta bendición y la reciban, y en todas las cosas crezcan en Cristo, su Cabeza viviente. Este era el gran deseo del apóstol, no sólo con referencia a la iglesia de Éfeso, sino a todas las iglesias que él había contribuido a levantar.

Es porque los miembros individuales de la iglesia no cultivan la piedad personal, que no se dan más cuenta de la ayuda de Dios y de su propia responsabilidad personal. Tenemos que cumplir una norma más elevada. El mundo tiene demasiado de nuestros pensamientos, y el reino de los cielos demasiado poco. Dios nos ha dado talentos que requiere que usemos para la edificación de su reino. Lector, ¿considerarás estos talentos como una confianza sagrada? ¿Te preguntarás hoy: "¿Qué uso he hecho de estos talentos confiados, y qué uso estoy haciendo ahora de ellos? ¿He dado a las cosas temporales y terrenales mi fuerza de propósito, mi habilidad para planear e idear, mi tacto y destreza, y he aportado a la obra del Señor sólo un servicio débil e ineficiente? ¿Acaso lo eterno será secundario a lo temporal? ¿Aceptará el Señor esto de mis manos?"

A menudo oímos a cristianos expresar el deseo de que su marido, su mujer o sus hijos se unan a ellos en el servicio al Señor. Este deseo es correcto. Es el verdadero espíritu misionero, el espíritu que debe animar a todos los seguidores

de Cristo. Así lo sintieron sus primeros discípulos cuando escucharon las palabras de vida de labios del divino Maestro. Estaban convencidos de que era el Mesías, y querían que sus parientes y amigos reconocieran sus pretensiones.

Pero mientras deseamos la conversión de nuestros amigos, ¿estamos haciendo todo lo que podemos por nuestra parte? ¿Somos fieles en el trabajo que nos ha sido asignado? Por el contrario, ¿no faltamos a menudo al deber que se nos exige como colaboradores de Cristo? ¿Damos buen ejemplo en nuestras familias y ante el mundo? ¿Estamos, como Abraham, ordenando a nuestros hijos y a nuestras familias después de nosotros, que guarden el camino del Señor y hagan justicia y juicio? ¿Habita Cristo por la fe en nuestros corazones, y manifestamos en nuestro carácter y en nuestra vida diaria las alabanzas de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable? Si somos hacedores de la palabra, y no solamente oidores, seremos sinceros, minuciosos, de todo corazón, y Dios obrará con nuestros esfuerzos en favor de nuestros amigos.

Hay una obra que cada uno debe hacer; y nadie tiene por qué equivocarse en esa obra, pues los consejos de Dios en su palabra son amplios y completos. Si deseamos sinceramente hacer del nombre de Dios una alabanza en la tierra, si caminamos en la luz que él permite que brille en nuestro sendero, seremos hijos del día y no de la noche. Conoceremos la voluntad de Dios y la cumpliremos en todas las transacciones de nuestra vida cotidiana.

Muchos carecen de poder moral, y conocen muy poco la paz, la felicidad y el gozo del Cielo, porque no viven donde Cristo puede ser en ellos una fuente de agua que salte para vida eterna. Pretenden ser hijos de Dios; pero sólo son una carga para la iglesia, cuando Dios les ha dado la capacidad de ser grandes ayudas, y les exige que sean colaboradores con Cristo en la obra de salvar almas.

Si los que están tan faltos de vida espiritual vieran la fuerza de las palabras del texto, y comprendieran su deber de prestar atención y obedecer la lección aquí dada, habría mayor poder en la iglesia. Si todos los miembros mejoraran sus talentos al máximo de su capacidad, su luz no estaría oculta bajo un celemín, sino colocada en un candelero, donde sus rayos claros y firmes brillarían para todos a su alrededor.

Necesitamos una mayor seriedad en la causa de Cristo. El solemne mensaje de la verdad debe darse con una intensidad que impresione a los incrédulos de que Dios está obrando con nuestros esfuerzos, que el Altísimo es nuestra fuente viva de fortaleza. En esta gran obra, no se realiza ni un tercio de lo que podría hacerse, porque unos pocos dispuestos asumen la carga, y los descuidados y

amantes de la facilidad eluden toda responsabilidad. Esto no está en el orden de Dios, ni le agrada. Él no ha seleccionado a unos pocos para que se conviertan en obreros eficientes y lleven todas las cargas de la causa de Dios, para que hagan toda la oración y toda la vigilancia, toda la conquista y la súplica de los pecadores, mientras que la mayoría de los que profesan ser cristianos no tienen nada que hacer sino mirar. No quiere que se exijan al máximo las fuerzas de los obreros para contrarrestar la influencia de los de mentalidad mundana, vacilantes y dubitativos, que no llevan cargas ni muestran eficacia como obreros.

¿Va a continuar esta indiferencia de año en año? ¿Va a triunfar siempre Satanás, y Cristo va a quedar decepcionado de los siervos que ha redimido a un precio infinito? Esperamos el tiempo en que se derramará la lluvia tardía, confiando en un día mejor, en que la iglesia será investida de poder de lo alto, y por lo tanto capacitada para hacer una obra más eficiente para Dios. Pero la lluvia tardía nunca refrescará y vigorizará a las almas indolentes, que no están usando el poder que Dios ya les ha dado. La pereza espiritual no nos acercará a Dios. Debe haber energía y celo, así como devoción y piedad personal, entretejidas en todas nuestras obras.

Los que abrigan esta indolencia inexcusable, este sentimiento de que no tienen ninguna carga en la obra de Dios, son registrados en los libros del Cielo como siervos infieles. El "Bien hecho, siervos buenos y fieles," nunca será dicho a ellos; será dicho sólo a aquellos que han hecho bien, a aquellos que han sido trabajadores fieles, sinceros y desinteresados en la viña del Señor.

Hay por parte de muchos una piedad bulliciosa, al aire libre, pero poca de esa religión del corazón y del hogar que recoge los rayos del Sol de Justicia, y los difunde para calentar y alegrar los corazones afligidos. La gran necesidad de los tales es una vida más elevada, más pura y más noble. Una santa alegría debe reinar en el alma, y entonces la vida diaria será como un resplandor celestial para iluminar el camino de los demás.

Si amamos a Dios con todo el corazón, debemos amar también a sus hijos. Este amor es del Espíritu de Dios. Es el adorno celestial que da verdadera nobleza y dignidad al alma, y asimila nuestra vida a la del Maestro. Por muchas buenas cualidades que tengamos, por muy honorables y refinados que nos consideremos, si el alma no está bautizada con la gracia celestial del amor, somos deficientes en verdadera bondad, e inadecuados para el Cielo, donde todo es amor y unidad.

Cuando el principio celestial del amor llena el corazón, fluirá hacia los demás, no meramente porque se reciben favores de ellos, sino porque el amor es el principio de la acción, y modifica el carácter, gobierna los impulsos, somete la enemistad, y eleva y ennoblece los afectos. Este amor no se contrae para incluir sólo el círculo del hogar, sino que es tan amplio como el mundo, y está en armonía con el de los ángeles trabajadores. Este amor acariciado en el alma endulza toda la vida y ejerce una influencia refinadora sobre todo lo que nos rodea. Poseyéndolo, no podemos sino ser felices, sonría o frunza el ceño la fortuna. Dios, en su providencia, ha querido que nadie pueda asegurarse la felicidad viviendo sólo para sí mismo. El gozo de nuestro Señor consistió en soportar trabajos y sufrimientos por los demás; y nosotros encontraremos la verdadera felicidad siguiendo su ejemplo y viviendo para hacer el bien a nuestros semejantes.

La misión de la Iglesia es salvar almas. Cuando Jesús estaba a punto de ascender a lo alto, señaló los campos de cosecha, y dijo a sus seguidores: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio". "De gracia recibisteis, dad de gracia". Dios pide talentos de influencia y de medios; pide trabajo sincero y fiel. ¿Nos negaremos a obedecer? ¿No preferimos negarnos a nosotros mismos para que se recoja la mies que se desperdicia?

Para que nuestras labores sean aceptadas, debemos aprender en la escuela de Cristo; debemos tener piedad práctica. Cuando tenemos el poder salvador de la verdad en nuestras propias almas, no podemos dejar de comunicar a otros las verdades prácticas que han alegrado nuestros corazones en Dios.

"Llenos de los frutos del Espíritu", dijo el apóstol. "El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Y los que son de Cristo han crucificado la carne con sus afectos y concupiscencias. Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu. No busquemos la vanagloria, provocándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros".

Basilea, Suiza.

16 de diciembre de 1886

Caín y Abel a prueba

[Sermón pronunciado en Basilea, Suiza, el 30 de enero de 1886.]

EGW

"Y aconteció que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda al Señor. Y Abel trajo también de los primogénitos de su rebaño y de su grosura. Y el Señor tuvo respeto a Abel y a su ofrenda; pero a Caín y a su ofrenda no tuvo respeto. Y Caín se enojó mucho, y decayó su semblante. Y dijo Jehová a Caín: ¿Por qué te enojas, y por qué está decaído tu semblante? Si bien hicieres, no serás acepto, y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta; y a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él. Y habló Caín con su hermano Abel; y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató". Génesis 4:3-8.

Caín y Abel, los hijos de Adán, eran diferentes en carácter. Caín abrigaba sentimientos de rebelión y murmuración contra Dios a causa de la maldición pronunciada sobre la tierra y sobre la raza humana por el pecado de Adán; mientras que Abel tenía un espíritu de mansedumbre y de sumisión a la autoridad de Dios.

Estos hermanos fueron probados, como Adán había sido probado antes que ellos, para ver si serían obedientes a los requerimientos de Dios. Ambos habían sido instruidos con respecto a la provisión hecha para la salvación del hombre. Por medio del sistema de ofrendas de sacrificio, Dios se proponía grabar en la mente de los hombres el carácter ofensivo del pecado y darles a conocer su pena segura: la muerte. Las ofrendas debían ser un recordatorio constante de que el hombre sólo podía llegar a la presencia de Dios por medio del Redentor prometido. Caín y Abel comprendieron el sistema de ofrendas que debían realizar. Sabían que al presentar estas ofrendas demostraban obediencia humilde y reverencial a la voluntad de Dios, y reconocían fe y dependencia en el Salvador a quien estas ofrendas tipificaban.

Caín y Abel erigieron sus altares por igual, y cada uno trajo una ofrenda. Caín pensó que no era necesario cumplir todos los requisitos de Dios, por lo que presentó una ofrenda sin derramamiento de sangre. Trajo de los frutos de la tierra, y presentó su ofrenda ante el Señor; pero no hubo ninguna señal del Cielo que indicara que había sido aceptada. Abel suplicó a su hermano que sólo

llegara a la presencia de Dios de la manera divinamente prescrita. Pero sus protestas hicieron que Caín se decidiera aún más a llevar a cabo su propio propósito. Como el mayor, se sintió por encima de ser aconsejado por su hermano, y despreció su consejo.

Abel trajo de los primogénitos del rebaño, lo mejor, como Dios le había mandado. En el cordero inmolado ve por la fe al Hijo de Dios, destinado a la muerte por la transgresión de la ley de su Padre. Dios respeta la ofrenda de Abel. El fuego resplandece desde el cielo y consume el sacrificio del pecador penitente.

Caín tiene ahora la oportunidad de ver y reconocer su error. Puede cambiar su curso de acción, y testificar su obediencia presentando una ofrenda precisamente de acuerdo con la especificación divina; y Él, que no hace acepción de personas, respetará la ofrenda de fe y obediencia.

Después de la falta de respeto mostrada a sus mandatos, Dios no abandona a Caín a su suerte, sino que condesciende a razonar con el hombre que se ha mostrado tan irrazonable. "Y dijo Jehová a Caín: ¿Por qué te has airado, y por qué ha decaído tu semblante?".

El Señor no ignoraba los sentimientos de resentimiento abrigados por Caín; pero quería que Caín reflexionara sobre su conducta y, convencido de su pecado, se arrepintiera y pusiera los pies en el camino de la obediencia. No había ninguna causa para sus sentimientos de ira hacia su hermano o hacia su Dios; fue su propio desprecio de la voluntad de Dios, claramente expresada, lo que había llevado al rechazo de su ofrenda. A través de su ángel mensajero, Dios dijo a este hombre rebelde y obstinado: "Si haces bien, ¿no serás aceptado? y si no haces bien, el pecado está a la puerta". "Si haces bien": no seguir tu propio camino, sino obedecer los mandamientos de Dios, acudir a él con la sangre de la víctima inmolada, mostrando así fe en el Redentor prometido, que, en la plenitud de los tiempos, haría expiación por el hombre culpable, para que no pereciera, sino que tuviera vida eterna.

"Y a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él". La ofrenda de Abel había sido aceptada; pero esto se debía a que Abel había hecho en todos los detalles lo que Dios le exigía que hiciera. Esto no privaría a Caín de su primogenitura. Abel lo amaría como a su hermano, y como al menor, estaría sujeto a él.

Así, el asunto quedó claramente expuesto ante Caín; pero su combatividad se despertó porque se cuestionó su proceder, y no se le permitió seguir sus propias

ideas independientes. Estaba enojado con Dios y enojado con su hermano. Estaba enojado con Dios porque no aceptaba los planes del hombre pecador en lugar de las exigencias divinas, y estaba enojado con su hermano por no estar de acuerdo con él. Satanás presenta una tentación. El pensamiento que sugiere es terrible; ¿lo recibirá Caín? Sí; está abriendo la puerta de su corazón a los susurros de Satanás. Envidioso y celoso de la preferencia que se muestra a su hermano menor, no dudará en quitarle la vida.

Caín invita a Abel a pasear con él por el campo, y allí expresa su incredulidad y sus murmuraciones contra Dios. Afirma que hizo bien al presentar su ofrenda; y cuanto más habla contra Dios, e impugna su justicia y misericordia al rechazar su propia ofrenda y aceptar la de su hermano Abel, más amargos son sus sentimientos de ira y resentimiento.

Abel defiende la bondad e imparcialidad de Dios, y expone ante Caín la sencilla razón por la que Dios no aceptó su ofrenda.

El hecho de que Abel se aventurara a discrepar con él e incluso llegara a señalar sus errores, asombró a Caín. Era una experiencia nueva, pues hasta entonces Abel se había sometido al juicio de su hermano mayor; y Caín se enfureció en grado sumo porque Abel no simpatizaba con él en su desafecto. Abel cedía cuando no se trataba de la conciencia; pero cuando se ponía en tela de juicio el proceder del Dios del Cielo, y Caín hablaba burlescamente del sacrificio de la fe, Abel defendía valerosamente la verdad. La razón de Caín le decía que Abel tenía razón cuando hablaba de la necesidad de presentar la sangre de una víctima sacrificada si quería que se aceptara su sacrificio; pero Satanás presentó el asunto bajo una luz diferente. Impulsó a Caín a una furiosa locura, hasta que mató a su hermano, y el pecado de asesinato cayó sobre su alma.

Había transcurrido algún tiempo desde la muerte de Abel. "Y el Señor dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano? Y él respondió: No lo sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?". Cuán cierto es que un pecado lleva a otro; ¡y cuán forzosamente se ilustra esta verdad en el caso de Caín! Pareció sorprendido ante la pregunta: "¿Dónde está Abel tu hermano?". Había llegado tan lejos en el pecado, se había entregado tanto a la influencia de Satanás, que había perdido el sentido de la presencia de Dios, y de su grandeza y conocimiento. Así que mintió al Señor para encubrir su culpa. Caín sabía muy bien dónde estaba su hermano; y Dios sabía dónde estaba, pues había un testigo del hecho sangriento.

El espíritu de Satanás había entrado en Caín. Satanás era un acusador, y Caín comenzó su maldad acusando a Dios de parcialidad e injusticia. Satanás era un

engañador, y Caín engañó a Abel invitándolo al campo cuando el asesinato estaba en su corazón, para poder cometer la oscura acción en secreto. Satanás "fue homicida desde el principio"; e instigó a Caín a hacer la misma obra cruel. "Es mentiroso, y padre de mentira", y también en esto Caín demostró ser un discípulo apto y hábil.

De nuevo el Señor dijo a Caín. "¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra". Dios había dado a Caín la oportunidad de confesar su pecado antes de que se pronunciara sentencia contra él. Había tenido tiempo para reflexionar. Conocía la enormidad del acto que había cometido, y de la falsedad que había dicho para ocultarlo. Pero seguía rebelde. La mano que había extendido contra su hermano la había extendido contra Dios; y si hubiera tenido poder, habría acallado la voz acusadora de Dios, como había acallado la de su hermano.

Caín se ha mostrado incorregible, y la sentencia ya no se aplaza. La voz divina que ha sido escuchada en súplica y expostulación pronuncia las terribles palabras: "Y ahora te maldice la tierra, que ha abierto su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la tierra, no te dará en adelante su fuerza; fugitivo y vagabundo serás en la tierra". Con remordimiento y angustia, pero no con arrepentimiento, Caín exclama, como han hecho y volverán a hacer muchos que han rechazado la palabra del Señor: "Mi castigo es mayor de lo que puedo soportar."

(Concluido la próxima semana).

23 de diciembre de 1886

Caín y Abel a prueba

(Concluido.)

EGW

Estos dos hermanos, Caín y Abel, representan a toda la familia humana. Ambos fueron probados en el punto de la obediencia, y todos serán probados como ellos. Abel llevó la prueba de Dios. Reveló el oro de un carácter justo, los principios de la verdadera piedad. Pero la religión de Caín no tenía un buen fundamento; descansaba en el mérito humano. Llevó a Dios algo en lo que tenía un interés personal: los frutos de la tierra, que había cultivado con su trabajo; y presentó su ofrenda como un favor hecho a Dios, mediante el cual esperaba

obtener la aprobación divina. Obedeció al construir un altar, obedeció al traer un sacrificio; pero fue sólo una obediencia parcial. La parte esencial, el reconocimiento de la necesidad de un Redentor, fue omitida.

En cuanto a nacimiento e instrucción religiosa, estos hermanos eran iguales, aunque Caín, por ser el primogénito, era en algunos aspectos el favorecido. Ambos eran pecadores, y ambos reconocían los reclamos de Dios como objeto de adoración. En apariencia, su religión era la misma hasta cierto punto; pero la historia bíblica nos muestra que hubo un tiempo en que la diferencia entre los dos llegó a ser muy grande. Esta diferencia radicaba en la obediencia de uno y la desobediencia del otro.

El apóstol dice que Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que Caín. Abel comprendió los grandes principios de la redención. Se vio a sí mismo como pecador; y vio que el pecado y su castigo, la muerte, se interponían entre su alma y la comunión con Dios. Trajo la víctima muerta, la vida sacrificada, reconociendo así las exigencias de la ley que había sido transgredida. A través de la sangre derramada, miraba hacia el futuro Sacrificio, Cristo muriendo en la cruz del Calvario; y, confiando en la expiación que allí se iba a realizar, tenía el testimonio de que era justo y de que su ofrenda era aceptada.

¿Cómo conocía Abel tan bien el plan de salvación? -Adán se lo enseñó a sus hijos y nietos. Y el apóstol dice que "la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios". Después que Adán pecó, un sentimiento de terror se apoderó de él. Un temor constante se apoderó de él; la vergüenza y el remordimiento torturaron su alma. En este estado de ánimo deseaba alejarse lo más posible de la presencia de Dios, a quien tanto le había gustado encontrar en su casa del Edén. Pero el Señor siguió a este hombre atormentado por la conciencia, y mientras condenaba el pecado del que Adán había sido culpable, le dio palabras de graciosa promesa. Al pronunciar la maldición sobre el engañador, Dios había dicho: "Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar".

Este fue el primer sermón evangélico predicado al hombre caído; esta promesa fue la estrella de la esperanza, que iluminó el oscuro y sombrío futuro de la raza. Adán recibió gustoso la grata seguridad de la liberación, e instruyó diligentemente a sus hijos en el camino del Señor. Esta promesa fue presentada en estrecha relación con el altar de las ofrendas sacrificiales. El altar y la promesa están uno al lado del otro, y uno proyecta claros rayos de luz sobre el otro, mostrando que la justicia de un Dios ofendido sólo podía ser aplacada por

la muerte de su amado Hijo. La víctima sangrante que se consumía en el altar ilustraba las enseñanzas de Adán, y así la vista de los ojos profundizaba la impresión causada por la audición del oído.

Abel escuchó estas preciosas lecciones, y para él fueron como semilla sembrada en buena tierra. Caín también las escuchó. Tenía los mismos privilegios que su hermano, pero no los mejoró. Se aventuró a ir en contra de los mandamientos de Dios; y el resultado se presenta con fuerza ante nosotros. Caín no fue víctima de un propósito arbitrario; uno no fue elegido para ser escogido de Dios, y el otro para ser rechazado. Todo el asunto dependía de hacer o no hacer lo que Dios había dicho.

En el caso de Caín y Abel tenemos un tipo de dos clases que existirán en el mundo hasta el fin de los tiempos; y este tipo merece un estudio detenido. Hay una marcada diferencia en el carácter de estos dos hermanos, y la misma diferencia se ve hoy en la familia humana. Caín representa a los que llevan a cabo los principios y las obras de Satanás, adorando a Dios a su manera. Al igual que el líder al que siguen, están dispuestos a rendir una obediencia parcial, pero no una sumisión total a Dios. Al hombre, en el orgullo de su corazón, le gustaría creer que puede conferir algún favor a Dios; que nuestro Padre celestial puede ser el receptor, y no siempre el dador. Pero Dios no se deja sobornar. Él dice: "Toda bestia del bosque es mía, y el ganado sobre mil colinas". "Si tuviera hambre, no te lo diría; porque mío es el mundo y su plenitud". El hombre no tiene nada que dar que no haya recibido primero de Dios.

La clase de adoradores de Caín incluye, con mucho, el mayor número; porque cada religión falsa que se ha inventado se ha basado en el principio de Caín, que el hombre puede depender de sus propios méritos y justicia para la salvación.

La gran controversia, desde los días de Adán hasta nuestros días, ha versado sobre la obediencia o la oposición a la ley de Dios; y cada alma se encontrará del lado de los obedientes o de los rebeldes. Satanás, que una vez fue un ángel poderoso y elevado en el cielo, es el jefe de la rebelión contra Dios. Desde el principio se propuso destronar a Dios, quebrantando las reglas de su gobierno. Había inducido a los ángeles a unirse a él en el Cielo; y cuando Adán pecó, pensó llevar a toda la raza humana de su lado. La declaración de Dios: "Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya", fue el primer indicio que Satanás recibió de que el mundo no sería entregado a su dominio tenebroso, sino que el hombre tendría un Redentor. Naturalmente,

no hay enemistad entre los ángeles caídos y los hombres caídos. Ambos son malos; y el mal, dondequiera que exista, se aliará contra el bien.

Al hombre se le prometió un Redentor, y se le concedió una segunda prueba, para ver si desarrollaba un carácter justo; pero se le deja como agente moral libre. Y en todas las épocas las multitudes han aceptado el principio de Caín, y han sostenido que una obediencia parcial es todo lo que se necesita. Han reclamado el derecho al favor de Dios, mientras desatendían sus mandamientos positivos. Esta es la posición del mundo cristiano de hoy. Dios ha dado a los hombres un código de leyes, y el cuarto precepto de ese código ordena la observancia del sábado como memorial de la creación. Sólo hay un sábado del Señor, y es el séptimo día. Se han dado mandamientos especiales a los hombres para que recuerden este día y lo santifiquen; pero muchos muestran su desprecio por la autoridad divina guardando, en su lugar, un día que Dios les ha dado como día de trabajo.

Los que abrigan el error han manifestado siempre un espíritu de intolerancia hacia los hijos obedientes de Dios. Están animados por el espíritu que llevó a Caín a matar a su hermano. "¿Por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas". Abel, el primer mártir, no era viejo y débil, sino un joven lleno de vida y vigor; pero entregó su vida por la verdad de Dios. Y a lo largo de todas las épocas ha habido algunos que han perdido la vida por su adhesión a los principios religiosos.

Nuestro Salvador mismo fue víctima de la intolerancia religiosa. "Vino a los suyos; pero los suyos no le recibieron". Si hubiera alabado y exaltado a los hombres, si hubiera llamado a la corrupción pureza, y dado licencia a los credos humanos enseñando por doctrinas los mandamientos de los hombres, le habrían recibido de buena gana. Pero su celo por Dios, el justo fervor con que denunciaba toda abominación que se hacía en la tierra y, sobre todo, la pureza sin pecado de su propio carácter, despertaron el odio amargo de los "sepulcros blanqueados" que engañaban al pueblo con la apariencia de una gran santidad. Satanás y los ángeles malignos se unieron a los hombres malvados para destruir de la tierra al campeón de la verdad. El calcañar de la simiente de la mujer fue herido cuando Cristo fue despreciado como engañador, y fue perseguido y condenado a muerte como un criminal; pero si Satanás le hubiera inducido a cometer un solo pecado, habría sido herida la cabeza, y el mundo habría sido abandonado al poder del príncipe de las tinieblas.

Los hombres deben aceptar la religión de Cristo, con todos sus inconvenientes. Pueden inventar un camino más fácil, pero no conducirá a la ciudad de Dios, la morada segura de los santos. Sólo los que "cumplen sus mandamientos" tendrán "derecho al árbol de la vida" y "entrarán por las puertas en la ciudad".

30 de diciembre de 1886

Fe inteligente

EGW

"Entonces Jesús volvió a hablarles, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida." Juan 8:12.

Los judíos rechazaron a Cristo; pero se engañaron a sí mismos. Odiaban sus enseñanzas, porque exponía los secretos de sus corazones y reprendía sus pecados. Prefirieron las tinieblas a la luz, y no quisieron venir a la luz, temiendo que se manifestasen sus obras. "Esta es la condenación", dijo Cristo, "que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas." Los judíos rechazaron a Cristo hasta que sus ojos quedaron tan cegados por las tinieblas morales que pensaron que hacían un servicio a Dios crucificando al Hijo que les había enviado como mensajero de luz y esperanza.

Muchos están en peligro de un engaño similar. Dios no obliga a los hombres a creer. Él pone ante ellos la luz, y Satanás presenta sus tinieblas. Mientras el engañador grita constantemente: La luz está aquí, la verdad está aquí; Jesús dice: "Yo soy la verdad; yo tengo palabras de vida eterna. Si alguno me sigue, no andará en tinieblas. Si alguno quiere hacer su voluntad, conocerá la doctrina".

Se dan pruebas suficientes para equilibrar nuestras mentes del lado de la verdad. Si amamos a Dios y deseamos hacer su voluntad, elegiremos la luz y rechazaremos las tinieblas. Pero si deseamos llevar a cabo nuestros propios planes, y mantener la independencia del corazón natural, como los judíos, rehusaremos someternos a Dios; y estaremos en peligro de un engaño tan grande como el que ellos sufrieron, y en nuestra ciega infatuación podemos llegar tan lejos como ellos, y sin embargo lisonjearnos de que estamos haciendo la voluntad de Dios.

Las mentes que se someten al control de Satanás son conducidas cada vez más lejos de la luz de la verdad hacia el error y las tinieblas. Tiene gran poder para

enredar a las almas confundiendo las mentes de los que no caminan en la luz que una bondadosa Providencia permite que brille en su sendero. Si obtiene la menor ventaja, la llevará al máximo; aprovechará cualquier oportunidad para favorecer su causa y arruinar a las almas humanas.

Cristo advirtió a sus discípulos: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así todo buen árbol da buenos frutos; pero el árbol corrompido da malos frutos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol corrompido dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que por sus frutos los conoceréis". He aquí una prueba que todos pueden aplicar si quieren. No hay necesidad de dejar a nadie en la incertidumbre y la duda. Siempre hay suficiente evidencia sobre la cual basar una fe inteligente. Pero Dios nunca eliminará de ningún hombre toda ocasión de duda. Aquellos que aman morar en la atmósfera de la duda y la incredulidad cuestionadora pueden tener el poco envidiable privilegio. El que se aparta del peso de la evidencia porque hay unas pocas cosas que no puede aclarar a su entendimiento finito, será abandonado a la fría y escalofriante atmósfera de la incredulidad y el escepticismo, y naufragará en la fe.

No debería considerarse una virtud estar del lado de los que dudan en lugar de estar del lado de los que creen. Jesús nunca alabó la incredulidad, nunca elogió un espíritu dudoso y cuestionador. Él dio a su nación pruebas de su condición de Mesías en los milagros que realizó; pero hubo algunos que razonaron estas pruebas, y en cada buena obra encontraron algo que cuestionar y censurar.

El centurión que deseaba que Cristo viniera a curar a su siervo se sentía indigno de que Jesús entrara bajo su techo; pero su fe era tan fuerte que le rogó que le dijera simplemente la palabra, y la obra de curación se realizaría. "Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo que no he hallado tanta fe, ni aun en Israel. Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Jesús dijo al centurión: Vete, y como creíste, te sea hecho. Y su criado quedó sano en la misma hora".

Jesús exalta aquí la fe en contraste con la duda. Muestra la causa del tropiezo de los hijos de Israel. Su incredulidad les llevaría a rechazar la luz y resultaría en su condenación y derrocamiento.

Tomás no quiso creer a menos que pudiera meter el dedo en las huellas de los clavos y meter la mano en el costado de su Señor. Recibió la prueba que deseaba; pero Jesús reprendió su incredulidad: "Tomás, porque me has visto, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron".

Cuando Cristo envió a los doce, les ordenó: "Y en cualquier ciudad o pueblo donde entréis, preguntad quién es digno de ella; y quedaos allí hasta que salgáis. Y cuando entréis en una casa, saludadla. Y si la casa fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella; mas si no fuere digna, vuestra paz volverá a vosotros. Y a cualquiera que no os reciba ni oiga vuestras palabras, cuando salgáis de esa casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. De cierto os digo que será más tolerable para la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del Juicio, que para esa ciudad."

Jesús advirtió a los que enviaba a predicar el Evangelio que tuvieran cuidado con los hombres, porque serían entregados a los concilios y azotados en las sinagogas. Los corazones de los hombres no son más blandos hoy que cuando Cristo estaba en la tierra. Azotarán con la lengua de la calumnia y de la mentira. Con sus malvadas conjeturas, verán fraude y deshonestidad donde todo está bien, y donde existe perfecta integridad.

Noé predicó a los hombres de su tiempo que Dios les daría ciento veinte años para arrepentirse de sus pecados y refugiarse en el arca. Era un tiempo abundante para apartarse de sus pecados, superar los malos hábitos y formar un carácter recto. Pero rechazaron la amable invitación a arrepentirse y salvarse. Denunciaron al predicador de la justicia como un personaje visionario, un fanático y un alarmista, y se burlaron de lo que llamaban sus temores y presentimientos supersticiosos. Pero aunque la misericordiosa advertencia de Dios fue rechazada con burla y mofa, su incredulidad no impidió el acontecimiento predicho. Se les dejó en la oscuridad para que siguieran la maldición que sus propios corazones pecaminosos habían elegido; pero llegó el diluvio, y grande fue la ira de Dios que se manifestó en la ruina general.

"Como fue en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre". Esta es la actitud del mundo de hoy. Los hombres rechazan la verdad de Dios, como lo hicieron en tiempos de Noé.

La palabra de Dios es nuestra norma; pero qué pocos la siguen. Sin embargo, somos responsables de nuestra influencia. Muchos pierden su interés en la verdad de Dios, porque han tomado la incredulidad en estrecha conexión con ellos mismos. Respiran la atmósfera de la duda, del cuestionamiento, de la

infidelidad; su fe es imperceptiblemente socavada, y finalmente destruida. La influencia del mundo y del egoísmo es llevada por muchos que profesan seguir la Biblia. Son como una nube que enfría la atmósfera en que se mueven los demás. La influencia nefasta del pecado envenena la vida del alma, y nuestra única seguridad consiste en separarnos de los que andan en sus tinieblas.

Nuestra religión será de poco valor para nuestros semejantes si es sólo teórica y no práctica. Debemos ser firmes en la fe; no debemos ser inconstantes. Tenemos nuestra obra ante nosotros, que es hacer que la luz de la verdad, tal como se revela en la ley de Dios, brille sobre otras mentes y las saque de las tinieblas. Este trabajo requiere una energía determinada y perseverante, y un propósito fijo de tener éxito.

"Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, y capaz también de refrenar todo el cuerpo". El mayor triunfo que nos da la religión de Cristo es el dominio sobre nosotros mismos. Nuestras propensiones naturales deben ser controladas. Pocos se dan cuenta de lo que esto significa. No conocen su propia debilidad; y la pecaminosidad natural del corazón humano a menudo paraliza sus mejores esfuerzos. Debemos salir del mundo y acercarnos a Dios si queremos ser adoptados en la familia del Cielo como hijos del gran Rey. Debemos caminar por fe. Cuando hagamos la voluntad de Dios, conoceremos la doctrina. Nuestros pies estarán plantados sobre la roca de la verdad eterna, y no seremos arrastrados por la duda y el escepticismo de una época incrédula.

6 de enero de 1887

Una lección de humildad y amor

EGW

"Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: De cierto os digo que si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos. Y el que reciba en mi nombre a uno de estos niños, a mí me recibe. Pero el que ofenda a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo hundieran en el fondo del mar." Mateo 18:2-6.

Los discípulos habían estado discutiendo entre ellos cuál de ellos debía ser el más grande, según se desprende del relato que de este incidente hacen Marcos y Lucas. Los discípulos no comprendían la naturaleza del reino que Cristo iba

a instaurar. Esperaban un reino terrenal, con un gobierno terrenal; su ambición se había despertado y ansiaban ocupar el primer lugar. Jesús comprendió los pensamientos y sentimientos de sus corazones. Vio que les faltaba la preciosa gracia de la humildad, y que aquí había una lección que era esencial que aprendieran. Conoció el tema de su conversación por el camino, cuando habían hablado libremente, creyéndose solos. Así que, llamando a un niño, les dijo: "En verdad os digo que si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos."

De nuevo Jesús dijo: "El que reciba en mi nombre a uno de estos niños, a mí me recibe. Pero el que ofenda a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo hundieran en el fondo del mar". Aquí tenemos una expresión del cuidado que nuestro Salvador tiene por su pueblo. El hombre es la gloria suprema de las obras del Creador, y ha sido redimido a un costo inconcebible por el Hijo de Dios. Sólo él podía devolver al hombre la imagen moral de Dios, perdida por la transgresión. Jesús vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Se le representa como el verdadero Pastor. Dejando a las noventa y nueve en el desierto, va en busca de las ovejas descarriadas y descarriadas. Continúa buscando bajo las circunstancias más desalentadoras, sin retroceder ante las dificultades y el peligro, hasta que encuentra a la descarriada; y entonces todo el sufrimiento, y la prueba, y el peligro soportados por su causa se olvidan en la alegría de encontrar a la oveja perdida. Cuando a través del arrepentimiento genuino por el pecado, y la fe en Cristo, el pecador ha sido traído de vuelta al redil de Dios, hay gozo en el Cielo.

Jesús presenta aquí el deber del hombre para con sus semejantes. Cualquiera que sea su posición en la vida, el hombre es la compra de la sangre de Cristo, y no debe ser tratado con indiferencia o desprecio. Satanás opone grandes obstáculos a la salvación de la familia humana. Hay un camino escabroso que recorrer si quieren ir hacia el cielo, y cada uno necesita todo el aliento que sus compañeros de viaje puedan darle mientras se esfuerza en la empinada subida. La palabra de Dios nos abre el maravilloso conflicto entre la luz y las tinieblas, el bien y el mal, el cielo y el infierno. Cada uno de nosotros está en el campo de batalla, y Satanás lucha por la victoria. Nunca debemos poner un obstáculo en el camino de alguien que está librando la batalla con los poderes de las tinieblas y su propio corazón carnal; sino que debemos ayudarnos unos a otros en la lucha cuerpo a cuerpo con el engañador de las almas, en la que estamos comprometidos.

Ojalá pudiéramos ver este asunto en su verdadera luz. Un hombre se ve a sí mismo en la esclavitud del pecado, llevado cautivo por Satanás a su voluntad, y trata de romper la cadena de hábitos pecaminosos por la cual está atado. Huye a Jesús como su ayudador; y nuestro Salvador, que todo lo compadece, se hace cargo de su caso y entra en el campo de batalla en su favor. Es el Hijo de Dios combatiendo al príncipe de las tinieblas; y el premio por el que contienden es el alma del hombre. Si el pecador confía implícitamente en el poderoso Auxiliador, mediante su fuerza se convierte en vencedor y gana el premio de la vida eterna. Así se libra la batalla una y otra vez, y con qué interés observan los ángeles la contienda. Y cuando por la fe ferviente y la oración el hombre obtiene la victoria, hay gozo en la presencia de Dios.

Pero con demasiada frecuencia el hombre mira con fría indiferencia los conflictos por los que atraviesa su prójimo, como si esas luchas encarnizadas contra las potencias de las tinieblas no le concernieran en absoluto. Cuando vemos la condescendencia divina, los sacrificios y dolores a que se sometió el Hijo del Dios infinito para realizar la salvación de la raza caída, ¿cómo podemos permanecer indiferentes? ¿No deberían la ternura, la piedad y el amor de Cristo apoderarse de nuestros corazones y llevarnos a manifestar el mismo espíritu hacia cada soldado en las filas de nuestro gran Capitán? ¿No deberíamos recordar que nosotros también somos débiles, y que en la guerra que estamos librando necesitamos ayuda y simpatía?

Aquellos que son colaboradores de Cristo ejercerán ese cuidado, manifestarán ese amor, en el trato con sus semejantes, del que Cristo nos ha dado ejemplo en su vida, y que ha impreso en nuestros corazones por medio de las lecciones de su palabra. Pero nuestro trabajo no termina aquí. Hay que buscar a las pobres ovejas descarriadas y perdidas y llevarlas de nuevo al redil. Hay que cuidarlas, fortalecerlas y animarlas. Cada uno de nosotros necesita un Salvador, y cada uno de nosotros necesita la simpatía, el cuidado y el amor de nuestros hermanos. Al reunirnos en calidad de iglesia, nos comprometemos a ser fieles los unos a los otros; y cualquier falta a nuestro deber aquí, cualquier agravio hecho a nuestro hermano, queda registrado en los libros del Cielo como un agravio hecho a Cristo en la persona de sus santos.

Si tuviéramos un verdadero sentido de la obra de Cristo, apreciaríamos el valor de las almas por las que murió. "Amaos los unos a los otros, como yo os he amado", dijo Cristo. "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros". Al ver el amor que Cristo ha mostrado por el hombre caído, la divina compasión que ha manifestado por los

débiles, los descarriados y los más pecadores, cómo debería humillar nuestros orgullosos corazones, y despertar en ellos un amor profundo, sincero y de largo alcance por las almas.

Estamos errando, y veremos errores en aquellos que están conectados con nosotros en la fe. Ellos tendrán que soportar nuestras perversidades, y nosotros las tuyas. Pero tengamos cuidado de movernos con un solo ojo para la gloria de Dios, y de no ofender ni contristar a las almas tan preciosas a sus ojos. Si vemos que un hermano está equivocado, si vemos que está siguiendo un curso que traerá oscuridad a su propia alma, y está poniendo en peligro las almas de otros, hay un curso que Cristo nos ha dicho que sigamos, y no hay otro curso seguro que podamos tomar.

Si un hermano te ha hecho una injuria, amigo cristiano, no debes buscar venganza, ni siquiera albergar deseos de represalia; pero debes compadecerte de él; tiene necesidad de tu compasión. Ten por él los mismos sentimientos de compasión que quisieras que los demás manifestaran por ti si estuvieras envuelto en las tinieblas. Acuérdate de las muchas veces que has errado y te has equivocado en el trabajo de tu vida; y recuerda lo difícil que ha sido encontrar el camino recto cuando una vez lo habías abandonado. Si tienes el Espíritu de Cristo morando en ti, no saldrán de tus labios palabras desagradables. No empujarás a tu hermano a mayores tinieblas, sino que con un corazón lleno de compasión le hablarás de su peligro. Te agacharás y orarás con él, y tal vez salves su alma de la muerte, cubriendo así una multitud de pecados. ¿Qué derecho tienes a seguir otro camino que éste? Si lo haces, caminas en contra de la regla dada por Dios, y contristas a su Espíritu Santo.

Tomemos las palabras de Cristo. Si el hombre te ha hecho una injuria, ve a él, y entre tú y él solos traten de arreglar el asunto. No acudas a nadie más que a él mismo. Si se niega a escucharte, toma a otros dos o tres, y acude a él de nuevo; pero no lo publiques en la iglesia ni fuera de ella. Cuando hayas cumplido con tu deber, si aun así se niega a escucharte, deja que la iglesia se ocupe del asunto; pero que traten con delicadeza al descarriado. Ni siquiera escuches la lengua chismosa. Si alguien viene a ti con un mal informe, pregúntale si ha estado con el hermano ofensor, como lo indica la Biblia. Si no lo ha hecho, ni siquiera lo escuches. Nueve décimas partes de los juicios de la iglesia podrían evitarse, si todos, en espíritu de bondad y amor, siguieran el curso marcado por la Inspiración. Esto sólo puede hacerse derribando todo lo que se parezca a un espíritu de justicia propia.

Queremos que el amor y la misericordia se apoderen de nuestros corazones, y se entrelacen con nuestros caracteres; porque así como tratamos misericordiosamente a los demás, Dios tratará misericordiosamente con nosotros. ¡Oh, más del tierno amor de Jesús, más del espíritu de verdadera humildad ante Dios! Estas son las lecciones que debemos aprender individualmente, para preservar la armonía y la paz, y ganar la aprobación de nuestro Padre celestial.

Lo que necesitamos es ser obedientes a la palabra de Dios. "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro."

Aquí se pone de manifiesto la obra de purificación que llevará a cabo todo hijo de Dios. Los ángeles están pesando el carácter. Están marcando nuestros errores y defectos, y registrándolos en los libros del Cielo. Dentro de poco se abrirán estos libros, y cada uno será juzgado según sus obras y según la luz que haya brillado en su camino.

Basilea, Suiza.

10 de febrero de 1887

La invitación de la misericordia

EGW

"Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, cenaré con él y él conmigo".

Todos debemos abrir la puerta del corazón al visitante celestial. El Señor de la gloria, que nos ha redimido con su propia sangre, busca ser admitido; pero con demasiada frecuencia no le damos la bienvenida. La mundanalidad no nos inclina a abrir de par en par la puerta del corazón cuando llama el que desea entrar. Algunos abren un poco la puerta y permiten que entre un poco de luz de su presencia, pero no le dan una cordial bienvenida. No hay sitio para Jesús; el lugar que debería estar reservado para él está ocupado por otras cosas. Él suplica, y por un momento se sienten inclinados a escuchar y abrir la puerta; pero incluso esta inclinación se desvanece, y no consiguen la comunión con el huésped celestial que tenían el privilegio de tener.

"He aquí que estoy a la puerta y llamo", dice el Salvador. Las mansiones en la gloria son suyas, y el gozo de esa morada celestial; sin embargo, él se humilla para buscar una entrada a la puerta del corazón, a fin de bendecirnos con su luz y hacernos regocijar en su gloria. Su obra es buscar y salvar lo que está perdido y a punto de perecer. Redimirá del pecado y de la muerte a todos los que acudan a él, los elevará a su trono y les dará la vida eterna.

Jesús no abrirá por la fuerza la puerta del corazón. Debemos abrirla nosotros mismos y demostrar que deseamos su presencia dándole una sincera bienvenida. Si todos se esforzaran por limpiar la basura del mundo y preparar un lugar para Jesús, él entraría y se quedaría con ellos, y haría una gran obra a través de ellos para la salvación de los demás. Pero muchos no reciben las muestras de la misericordia y bondad amorosa de Dios con corazones agradecidos; no inclinan sus energías ni unen sus intereses en su obra, y no participan de la bendición que él está esperando otorgar.

"Si *alguno* oye mi voz -dice Cristo- y abre la puerta, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo". Estas palabras no se dirigen simplemente a los más inteligentes y refinados, sino a todos, sin acepción de personas. Un hombre puede no tener la apariencia más agradable; puede ser deficiente en muchos aspectos; pero si viene a Cristo, de ninguna manera será desechado. El problema es que muchos que hacen profesión de Cristo son controlados por los sentimientos. Su corazón no ha sido renovado por la influencia transformadora del Espíritu de Dios. No tienen profundidad ni estabilidad de carácter. Los principios no llegan a lo profundo, subyacentes a los resortes de la acción. Y cuando hay que hacer sacrificios por la causa de Cristo, se los encuentra faltos.

A esos profesores de corazón frío les diría: "Os ruego que busquéis a Cristo mientras os invita a venir a él para que tengáis vida". Ojalá pudiera alarmaros; ojalá pudiera incitaros a la acción. No tenéis tiempo que perder. Haced grandes esfuerzos para libraros de la trampa de Satanás. Él es vigilante en sus esfuerzos; su perseverancia es incansable, su celo ferviente e incesante. No espera que su presa venga a él; la busca. Arrancar almas de la mano de Cristo es su decidido propósito. Sin embargo, si vienes a Cristo y confías en Él, no estarás en peligro. Él peleará la batalla por ti, y vencerá los poderes de las tinieblas en tu favor.

Ustedes necesitan humillar sus corazones ante Dios, y buscar mansedumbre y justicia, para que puedan ser escondidos en el día de la ira feroz del Señor. Deben estar formando un carácter para el cielo y la vida eterna. ¿Qué cuentas daréis a Dios por el tiempo que os ha concedido, por el uso que hagáis de los

privilegios que ha puesto a vuestro alcance? A ti se dirigen las palabras de gracia: "Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo". Si desatienes la invitación, la misericordia que has despreciado te condenará en el Juicio.

Dedicaos sin reservas al Señor; entonces no será difícil servirle, y podréis hacer el bien en el mundo. Podéis "hacer brillar vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos."

No basta con que admitamos a Cristo en nuestros corazones; debe permanecer en ellos. Debemos fomentar su presencia con una vida de oración. Jesús es nuestro ejemplo en todas las cosas; y cuando nuestra naturaleza humana estaba sobre él, la oración se convirtió para él en una necesidad y un privilegio. Encontró gozo y consuelo en la comunión con su Padre. Allí podía desahogar las penas que le aplastaban; porque era un hombre de dolores y experimentado en la aflicción; y necesitaba todo el apoyo y el consuelo divinos que el Padre estaba dispuesto a impartir a su Hijo, que había dejado las alegrías del Cielo, y elegido su hogar, en beneficio del hombre, en un mundo frío e ingrato.

Jesús tenía lugares selectos de oración. Amaba la soledad de la montaña para estar en comunión con su Padre. Durante todo el día se afanaba por salvar a los hombres de la destrucción. Sanaba a los enfermos, consolaba a los enlutados, llamaba a los muertos a la vida y traía alegría y esperanza a los desesperados. Cuando terminaba su trabajo del día, salía, tarde tras tarde, lejos de la confusión de la ciudad, y su figura se inclinaba en súplica a su Padre. A veces brillaban sobre él los rayos de la luna, y otras veces las nubes y las tinieblas le ocultaban toda luz. A menudo continuaba sus súplicas durante toda la noche, y el rocío y la escarcha se posaban sobre su cabeza y su barba mientras estaba en actitud de súplica. Y salía de estas temporadas de oración vigorizado y fresco, preparado para el deber y la prueba.

Al convertirse así en un suplicante, en un poderoso suplicante, buscando de su Padre nuevas fuerzas, se identificó con nuestras necesidades y debilidades. Como es nuestro ejemplo en todo, se hizo hermano en nuestras debilidades, pero no compañero de nuestros pecados. Su naturaleza retrocedió ante el mal, y en un mundo pecador soportó la angustia y la tortura del alma. Si el Salvador de los hombres, con su fuerza divina, sintió la necesidad de la oración, ¡cuánto más los débiles y pecadores mortales deben sentir la necesidad de la oración, de la oración ferviente, constante e importuna!

Velar, orar y trabajar son las consignas del cristiano. La vida de un cristiano vivo es una vida de oración constante. La luz y la fuerza de un día no serán suficientes para las pruebas y conflictos del siguiente. Satanás cambia constantemente sus tentaciones, como hizo con Cristo. Cada día podemos ser colocados en nuevas posiciones. Y en las escenas no probadas que nos esperan, estaremos rodeados de nuevos peligros, y constantemente asaltados por tentaciones nuevas e inesperadas; pero la fuerza y la gracia que podamos obtener de los Cielos accesibles nos capacitarán para hacer frente a las nuevas tentaciones y soportar las responsabilidades más pesadas que siempre tenemos ante nosotros. Aquí, y sólo aquí, está nuestra fuente de luz y de fuerza.

Es de la mayor importancia que Dios nos manifieste su voluntad en las preocupaciones diarias de la vida; porque los resultados más importantes dependen frecuentemente de pequeños acontecimientos. No podemos confiar en nuestro propio juicio, y cuanto más conozcamos el carácter y la providencia de Dios, tanto más nos daremos cuenta de nuestra propia debilidad e imperfección, y de nuestra dependencia de la fuerza y sabiduría divinas. Nos daremos cuenta de que en Él tenemos lo que tanto necesitamos, una guía segura para dirigir nuestros pasos vacilantes.

"La senda del justo es como una luz resplandeciente, que brilla más y más hasta el día perfecto". La vida del cristiano es una vida de progresión. Avanza de fuerza en fuerza, de gracia en gracia, de gloria en gloria, recibiendo del Cielo la luz que Cristo, a un precio infinito para sí mismo, hizo posible que el hombre obtuviera. Pero el cristiano no puede dejar que su luz brille adecuadamente a menos que reciba, día a día, un aumento de la iluminación divina, que se corresponda con su crecimiento en el conocimiento de la verdad bíblica. Sería tan inconsecuente esperar ser sostenido el día de mañana por el alimento ingerido hoy, como depender de la luz presente y de las bendiciones presentes para la fuerza futura.

El Maestro exige a sus siervos no sólo que crezcan en gracia, sino que mejoren los talentos que les ha encomendado. Las buenas obras del pueblo de Dios tienen una influencia más poderosa que las palabras. Su vida virtuosa y sus actos desinteresados testifican en favor de Dios, y llevan al espectador a desear la misma rectitud que ha producido tan buenos frutos en sus caracteres. Queda encantado con el poder de Dios que transforma a los seres humanos egoístas en la imagen divina, y Dios es honrado, su nombre glorificado.

¿Por qué el pueblo de Dios no cumple las condiciones establecidas en su palabra? Si lo hicieran, no dejarían de realizar las excelentes bendiciones dadas gratuitamente a los humildes y obedientes. La perfección, la santidad, nada menos que esto, les daría éxito en llevar a cabo los principios que él les ha dado. Sin esta santidad, el corazón humano es egoísta, pecaminoso y vicioso; pero la santidad de corazón producirá acciones rectas y llevará a su poseedor a abundar en todas las buenas obras. El cristiano nunca se cansará de hacer el bien, ni buscará promoción en este mundo. Esperará con ansia el tiempo en que la Majestad del Cielo exalte a los santificados a su trono. Entonces, enumerando las obras de abnegación y misericordia, compasión y justicia que hayan realizado, les dirá: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo."

Jesús nos invita ahora a venir a él; ¿quién escuchará su voz? Adoptemos una postura más elevada que la que hemos adoptado hasta ahora. Hagamos que nuestro primer negocio sea ganar el reino de los cielos y la justicia de Cristo, y la recompensa eterna será nuestra al final de la carrera.

17 de febrero de 1887

Hacer por Cristo

EGW

"Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer? o sediento, y te dimos de beber? ¿cuándo te vimos forastero, y te hospedamos? o desnudo, y te vestimos? o ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis."

Estas son palabras que Cristo dirige a su pueblo redimido. Los invita a convertirse en trabajadores pacientes en un campo que exige una labor abnegada; pero es una obra gloriosa, que el Cielo sonrío. El trabajo fiel es más aceptable a Dios que el culto formal más celoso. La verdadera adoración consiste en trabajar junto con Cristo. Las oraciones, las exhortaciones y la palabrería son frutos baratos, que con frecuencia se atan; pero los frutos que se

manifiestan en buenas obras, en el cuidado de los necesitados, los huérfanos y las viudas, son genuinos y crecen naturalmente en un buen árbol.

La religión pura e inmaculada ante el Padre consiste en visitar a los huérfanos y a las viudas en su aflicción, y en mantenerse sin mancha del mundo. Debemos cultivar el principio del hacer. Cuando el corazón de uno se compadece de otros agobiados por el desaliento y la aflicción; cuando su mano viste al desnudo, y al forastero se le da la bienvenida a un asiento junto a su chimenea y a su mesa, entonces los ángeles se acercan con notas de alegría y alabanza en sus labios, y una melodía que responde en el Cielo. Todo acto de justicia, misericordia y benevolencia produce música allí. El Padre, desde su trono, contempla y cuenta a los trabajadores desinteresados entre sus tesoros más preciados. "Y serán míos, dice el Señor de los ejércitos, en aquel día en que yo componga mis joyas". Todo acto misericordioso hacia el necesitado o el que sufre es como si se hiciera a Cristo. Quien socorre al pobre, o se compadece del afligido y oprimido, o se hace amigo del huérfano, se acerca más al Salvador compasivo.

"Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces él les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna."

Jesús se identifica con su pueblo sufriente. Tuve hambre y sed, fui forastero, estuve desnudo, enfermo y en la cárcel. Mientras vosotros disfrutabais de la comida de vuestras mesas generosamente servidas, yo me moría de hambre en un tugurio o en la calle, no lejos de vosotros. Cuando me cerrabas las puertas de tus habitaciones bien amuebladas y desocupadas, no tenía dónde reclinar la cabeza. Mientras tus armarios se llenaban con una abundante provisión de trajes cambiantes, en los que los medios habían sido derrochados inútilmente, medios que podrías haber dado a los necesitados, yo estaba desprovisto de ropa cómoda. Cuando tú gozabas de salud, yo estaba enfermo. La desgracia me metió en la cárcel y me ató con grilletes, doblegando mi espíritu, privándome de libertad y esperanza, mientras tú vagabas en libertad. Jesús representa aquí la unidad que existe entre él y sus discípulos que sufren. Hace suyo el caso de ellos. Se representa a sí mismo como siendo, en su persona, el mismo que sufre. Fíjate

en esto, cristiano egoísta: toda negligencia de tu parte en cuidar de los necesitados y en compadecerte de los que sufren, es una negligencia hacia Jesús en su persona.

Algunos que hacen altas profesiones están tan encerrados en el egoísmo que no pueden apreciar los principios generosos de la religión cristiana. Toda su vida han vivido sólo para sí mismos. Hacer un sacrificio digno para hacer el bien a otros, ponerse en desventaja a sí mismos con el propósito de beneficiar a otros, está fuera de cuestión para ellos. No tienen la menor idea de que Dios lo exige de su mano. Semanas, meses y años preciosos pasan a la eternidad, pero en el Cielo no se registran actos bondadosos de abnegación, de dar de comer al hambriento, de vestir al desnudo o de acoger al forastero. Entretener a extraños en una empresa no es agradable; si supieran que todos los que comparten su generosidad son dignos, entonces podrían ser inducidos a hacer algo en esa dirección. Pero hay virtud en aventurarse a algo.

Cuando el Rey haga la investigación, las almas egoístas, iliberales y que no hacen nada aprenderán que el Cielo es para los que han sido trabajadores, los que se han negado a sí mismos por amor a Cristo. No se ha hecho ninguna provisión para aquellos que han tenido un cuidado tan especial en cuidar de sí mismos. El terrible castigo con que se amenaza a los que están a la izquierda del Rey no es, en este caso, la pena de algún gran crimen. No se les condena por lo que hicieron, sino por lo que no hicieron. No cumplieron con los deberes que el Cielo les asignó. Se complacieron a sí mismos, y deben tomar su parte con los que se complacen a sí mismos.

"No os olvidéis de hospedar a los extraños, porque algunos hospedaron ángeles sin saberlo", dice el Apóstol. ¿Acaso este mandamiento no tiene vigencia en la época actual? Nuestro Padre celestial pone en nuestro camino bendiciones disfrazadas; pero algunos no las aceptan por temor a que les resten placer egoísta.

La viuda de Sarepta compartió su bocado con Elías, y a cambio de hacer un hogar para el profeta de Dios, ella misma fue sostenida, y su vida y la de su hijo fueron preservadas. Así sucedería con otros, si, por la gloria de Dios, tomaran alegremente un camino similar. Pero muchos alegan mala salud. Llevan tanto tiempo encerrados en sí mismos, pensando en sus propios sentimientos y sufrimientos, que no pueden pensar en los demás, por muy necesitados que estén de simpatía y ayuda.

Tú que sufres de mala salud, hay ayuda para ti. Hacer el bien es un excelente remedio contra la enfermedad. Si vistiereis al desnudo, y trajereis a vuestra casa a los pobres desechados, y diereis vuestro pan al hambriento, vuestra luz resplandecerá como la mañana, y vuestra salud brotará pronto. Se te invita a llevar tus oraciones a Dios, y él se ha comprometido a responderlas. Tu alma se saciará en la sequía, y será como un huerto regado, cuyas aguas nunca faltan.

Si te dedicas a obras de misericordia y amor, ¿te resultará demasiado duro? Oh, no, Dios ha disipado cuidadosamente todas las dudas sobre esta cuestión, prometiéndote obediencia. Esta promesa cubre todo lo que el más exigente, el más vacilante podría exigir: "Entonces nacerá tu luz como la mañana, y tu salud brotará pronto". Sólo cree que es fiel Aquel que lo ha prometido. Dios puede renovar la salud física; y más, dice que lo hará. Y la promesa no termina aquí: "Tu justicia irá delante de ti; la gloria del Señor será tu retaguardia". Dios construirá una fortificación a tu alrededor.

"No os canséis de hacer el bien; porque a su tiempo segaréis, si no desmayáis". No esperéis a que os digan cuál es vuestro deber. Abrid los ojos y ved lo que hay que hacer; familiarizaos con las necesidades de los necesitados. No os escondáis de ellos; no cerréis los ojos a sus necesidades.

Se acerca la cosecha, el gran tiempo de la siega, cuando recogerás lo que has sembrado. No habrá fracaso en la cosecha. La cosecha es segura. Ahora es el tiempo de la siembra. Esforzaos ahora por ser ricos en buenas obras, prontos para distribuir, dispuestos a comunicar; acumulando para vosotros un buen fundamento para el tiempo venidero, a fin de que os aferréis a la vida eterna.

Algunos se excusarán alegando que han derramado su caridad sobre personas indignas, y se han desanimado. A éstos les presento el ejemplo de Jesús. Vino a salvar al hombre caído. Vino a traer la salvación a su propia nación; pero ellos no lo aceptaron. Trataron su misericordia con insulto y desprecio, y finalmente dieron muerte al que vino a darles la vida. Pero, ¿se apartó nuestro Señor de la raza caída por esto? No, en verdad; y él es nuestro modelo. Aunque por noventa y nueve veces tus esfuerzos por hacer el bien sean infructuosos, y sólo recibas insultos, reproches y odio, si la centésima vez resulta un éxito, y se salva un alma, ¡oh, qué victoria lograda! Esto te pagará mil veces todos tus esfuerzos. Y Jesús os dirá: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis."

La razón por la que el pueblo de Dios no tiene una mentalidad más espiritual, y por la que no tiene más fe, es porque está estrechado por el egoísmo. No es la

abundancia de sus reuniones lo que Dios acepta. No son las numerosas oraciones, sino hacer lo correcto, hacer lo correcto y en el momento correcto. Debemos ser menos egoístas y más benevolentes. Nuestras almas deben expandirse. Entonces Dios las hará como un jardín regado, cuyas aguas nunca faltan.

24 de febrero de 1887

Valor para la derecha

EGW

Hay muy pocos en esta era del mundo que tengan el valor moral de tomar su posición del lado de la verdad impopular. Sus principios son los principios del Cielo. Por lo tanto, entra en conflicto con todo hábito erróneo y deseo pecaminoso. Los que aceptan y obedecen la verdad, deben negarse a sí mismos, llevar la cruz diariamente y seguir las huellas de Jesús. "La mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede". Por eso hay una lucha constante entre la inclinación y el deber. La inclinación prevalece con demasiada frecuencia, y silencia las convicciones del Espíritu Santo.

La fe que abrigamos como "verdad presente" está sostenida por la evidencia más clara y concluyente de la Palabra de Dios. Sin embargo, hay una objeción contra ella que nuestros ministros más hábiles no pueden eliminar. Cristo mismo no pudo eliminarla. Ha bloqueado eficazmente el camino de la vida a miles de personas. Este obstáculo es la cruz. La cruz, cubierta de vergüenza y reproche, que Jesús llevó por nosotros, se interpone directamente en el camino del cristiano. Para eludir esa cruz, los egoístas, los amantes del mundo y los que buscan el placer se apartan de la luz que guiaría sus pies al Cielo. Eligen la duda, la incredulidad y la infidelidad, para tener el placer de seguir la inclinación y dar rienda suelta a los impulsos del corazón carnal. Los que escogen el camino más ancho y más fácil, pueden gozar de la amistad del mundo, que la inspiración declara enemistad con Dios; pueden recibir la alabanza vacía de hombres cuyos corazones no son puros y cuyas vidas no son santas; pero pierden el único honor que es de valor duradero, el honor que viene de lo alto. Pueden obtener ganancias mundanas y placeres pasajeros, pero pierden las riquezas eternas y esa vida que se mide con la vida de Dios. El lenguaje de muchos que están indecisos es

"Pensé que el camino del peregrino al cielo sería brillante como el verano y alegre como la mañana; Tú me mostraste el sendero; era oscuro y desigual, todo escabroso de rocas y todo enmarañado de espinas.

"Soñé con recompensas y renombre celestiales; me aferré al triunfo que bendice a los valientes; pedí la rama de palma, el manto y la corona: pedí y me mostraste una cruz y una tumba".

Los que creen y enseñan sinceramente la palabra de Dios deben esperar ser recibidos por el mundo con no mayor favor que el que tuvo el antiguo predicador de la justicia. Los que vivían en los días de Noé despreciaron su profecía; tildaron sus advertencias de fantasías ilusorias de un viejo imbécil. Pero la incredulidad y la burla del pueblo no impidieron el acontecimiento. Dios manifestó su poder de una manera que ha asombrado a los filósofos de todos los tiempos.

Las leyes de la naturaleza no pueden impedir el cumplimiento de la palabra de Dios. La ley nunca es mayor que el Legislador, ni las cosas creadas son mayores que el Creador. Como fue en los días de Noé, así será en los días del Hijo del hombre. Cuando los hombres sean advertidos del juicio inminente, miles dirán: No puede ser. Despreciarán la verdad, se burlarán de la profecía y escarnecerán al maestro de justicia. Uno se desviará a su granja, otro a su mercadería, y no se preocupará por ninguna de estas cosas.

Los habitantes del mundo antediluviano estaban condenados a la destrucción por su iniquidad; sin embargo, tenían la oferta de la misericordia. Mediante el arrepentimiento y la reforma de vida, podrían haber obtenido el perdón y la protección de Dios. Así en esta dispensación, todo el que crea y obedezca la palabra divina encontrará perdón y un refugio contra la ira venidera. La historia de sus pecados, con la destrucción segura que siguió, debe ser una advertencia para nosotros. Habrá un bautismo de fuego como lo hubo de agua, y toda la incredulidad y burla de los impíos no impedirá el acontecimiento.

Las Escrituras exponen brevemente la razón de la iniquidad reinante en tiempos de Noé. Los hijos de Dios se casaron con las hijas de los hombres. Los que aún abrigaban el conocimiento de Dios se unieron a los impíos y corruptos, y como resultado se asimilaron a ellos en carácter. El mensaje de advertencia habría sido recibido por un número mayor, si no hubiera sido por su conexión y asociación con los que despreciaban y se burlaban de la palabra de Dios.

En los días de Noé, el Espíritu de Dios fue rechazado durante tanto tiempo y tan obstinadamente que dejó de luchar con los hombres. Así sucederá antes del fin del mundo. Cuando el Evangelio caiga en oídos cerrados, cuando el Espíritu Santo deje de imprimir la verdad en el corazón, la predicación y la audición serán igualmente vanas. ¿No nos estamos acercando rápidamente a este estado de cosas?

Los que quieran mantenerse en pie ahora deben ser lectores de la Biblia y cristianos de la Biblia; deben obedecer fielmente los preceptos divinos, tanto en privado como en público. Hay quienes piensan que es una prueba de habilidad superior manifestar indiferencia por la Biblia y por las cosas religiosas. Piensan que es débil y poco viril estar siempre temiendo hacer el mal. Muchos hombres se dejan apartar de Cristo, de la pureza y de la santidad, por aquellos a quienes en el fondo desprecian. Y estas mismas personas ridiculizarán en privado su debilidad al ceder a la tentación. Aquellos que se asocian con compañeros impíos aprenden modos de vida, hábitos de pensamiento y habla, que los conducen a la oscuridad y la perdición. Para ganar el aplauso de los bajos, los despreciables y los vulgares, se degradan a sí mismos a los ojos de Dios y de los hombres.

No hay clase en mayor peligro que los jóvenes. Los hombres malvados y los seductores no son menos activos ahora que antes del diluvio. Por el contrario, la palabra de Dios declara que serán cada vez peores. No faltan agentes de Satanás para burlarse y ridiculizar a todos los que quieren ser fieles a la virtud y a Dios. Nos duele ver a jóvenes temerosos o avergonzados de reconocer sus principios ante el impío o el blasfemo; avergonzados de haber abrigado sentimientos más santos y cultivado una moral más pura. Oh, si estos jóvenes fueran firmes y audaces en la práctica de la virtud; si rechazaran con el ceño fruncido los viles avances de los agentes de Satanás, ¡qué victoria se obtendría sobre el mundo, la carne y el diablo! Dios llama a los jóvenes de hoy a amarle y servirle de todo corazón. Necesitan una conexión diaria con el Cielo para mantenerse inmaculados por las corrupciones de los últimos días.

Dice Cristo: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". Y otra vez: "Si alguno quiere hacer su voluntad, conocerá la doctrina". Aquellos que obedecen la voluntad de Dios tal como se revela a su entendimiento, serán guiados con seguridad por el camino de la vida. Pero es imposible para el hombre finito comprender plenamente los propósitos y caminos del Infinito. Aquellos que se niegan a aceptar y obedecer la palabra de Dios hasta que toda objeción haya sido eliminada, y ya no haya oportunidad

para la duda, nunca llegarán a la luz. La verdad y el error están ante nosotros. Dios nos ha dado pruebas suficientes para determinar el camino correcto, y luego nos deja elegir por nosotros mismos.

Jesús nos llama a caminar con él en la luz, en vez de vagar por los oscuros laberintos de la incredulidad. Si los hombres se detuvieran a considerar el valor del alma y su propia necesidad de un Salvador, aceptarían gustosos y agradecidos la mano que él les ha tendido. ¡Ay de tantos que, en su orgullo y terquedad de corazón, se niegan a aceptar la guía de la sabiduría infinita! El pecado y Satanás han paralizado la fe, la esperanza y el amor, las facultades más elevadas y nobles del hombre. Pero Jesús está listo para despertarlas a una nueva vida, para que puedan ser alistadas a su servicio. El poder de la gracia renovadora las pondrá de nuevo en vigoroso ejercicio.

Las tentaciones del desaliento vendrán a veces sobre los hijos de Dios como un torrente abrumador. Muchos se desaniman al ver que el ejemplo y la instrucción cristianos parecen casi impotentes ante la marea de ignorancia e incredulidad. Pero Jesús es la fortaleza de su pueblo. Su luz sigue brillando. Nunca podrá ser apagada. Aunque el mal parece prevalecer ahora sobre la justicia y la verdad, no es en modo alguno el poder más fuerte. No siempre vencerá. No, incluso ahora su fin está cerca. La verdad y la justicia son plantas de origen celestial. Dios las alimenta cada hora. No las dejará morir más de lo que olvidará el honor de su trono y de su nombre.

Todo cristiano debe afrontar la prueba y la tentación. Aquellos que vilmente rehúyen el oprobio de Cristo, y eligen el honor que el mundo otorga, seguramente recogerán la amarga cosecha. La separación de Dios, la pérdida del cielo, la agonía y la desesperación serán su porción. Pero si defendemos sin temor y con firmeza a Dios y el derecho, confiando en las promesas de la palabra sagrada, no seremos avergonzados. Ni la tierra ni el infierno podrán triunfar sobre nosotros. Que no se desanimen los más débiles porque los asalte la tentación. Los mejores hombres que jamás hayan existido han sido gravemente asaltados por Satanás y sus agentes. A menos que cedamos a su poder, la tentación no es pecado. La armadura de la verdad será una defensa segura contra todos los dardos encendidos del enemigo.

Sin embargo, el cristiano no debe ponerse innecesariamente en el camino de la tentación. Cada alma está rodeada de una atmósfera propia, cargada con la fragancia del amor y la piedad, las pesadas nieblas de la incredulidad, o el veneno mortal de la infidelidad y el crimen. Cuando entramos en contacto con

los demás, nos vemos afectados inconscientemente por la atmósfera que los rodea. Si ésta está cargada de veneno moral, la misma sangre vital del alma puede contaminarse antes de que seamos conscientes del peligro.

El valor de un alma humana sólo puede estimarse por la luz que refleja la cruz del Calvario. Tan terrible era la condena de la raza perdida, tan grande la gloria a la que podrían ser exaltados los redimidos, que el Padre está satisfecho con el precio infinito que paga por su redención. Fue el gozo que Cristo sintió al realizar una salvación tan grande lo que le llevó a someterse a la vergüenza, la agonía y la muerte. ¡Cómo se hunden en la insignificancia todos los tesoros y las glorias de la tierra cuando se comparan con el valor de un alma humana! A medida que veo en el mundo una indiferencia tan asombrosa hacia la obra de la redención; a medida que veo la incredulidad, el escepticismo, la rebelión contra Dios y su ley, que se atreve al cielo, me convengo cada vez más de que hemos llegado a esos días de peligro predichos en las Escrituras. Me siento seguro de que el fin está cerca; que nuestro tiempo de espera y vigilancia es corto; y que la causa y la verdad de Dios pronto triunfarán.

3 de marzo de 1887

El amor, cumplimiento de la ley

EGW

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primero y el gran mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

Estamos en un mundo donde los corazones necesitan simpatía humana; y Dios nos ha dado benevolencia, para que nos demos cuenta de esta necesidad, y seamos amables y caritativos con todos aquellos con quienes entramos en contacto. A menudo vemos una disposición caritativa manifestada por hombres y mujeres que nunca han entregado sus corazones a Cristo, y es un triste espectáculo en verdad cuando sus profesos seguidores carecen de esta gran esencia del cristianismo. No copian el Modelo; y es imposible que reflejen la imagen de Jesús en sus vidas y en su conducta.

El amor es uno de los frutos de la verdadera piedad. Aquellos que verdaderamente llevan a cabo los principios de la ley de Dios en su vida diaria se darán cuenta de que la humanidad sufriente tiene derechos sobre ellos. No sólo amarán supremamente a Dios, sino también al prójimo como a sí mismos.

Jesús ilustró este principio en la parábola que contó a cierto abogado que "se levantó y le tentó, diciendo: Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna?". Jesús le respondió con otra pregunta: "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Respondiendo él, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás".

"Haz esto", dijo Jesús, no sólo *cree*, sino *hazlo*, "y vivirás". Lo que hace al cristiano es poner en práctica los principios de la ley de Dios, y no meramente profesar fe en sus afirmaciones obligatorias.

Pero el abogado, "queriendo justificarse, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?". Jesús ilustra el espíritu de alegre benevolencia que debe ejercerse hacia todos,- amigos, vecinos y extraños,-en el relato que sigue: "Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, que le despojaron de sus vestidos, le hirieron y se fueron, dejándole medio muerto." Un sacerdote y un levita que venían por aquel camino, y vieron su necesidad de ayuda, pasaron por el otro lado. A pesar de sus exaltadas profesiones de piedad, sus corazones no se conmovieron con compasiva ternura por el sufriente. Un samaritano, que no tenía tan elevadas pretensiones de rectitud, llegó al lugar. Vio en el desafortunado forastero a un ser humano en apuros, y su compasión se encendió. Inmediatamente "se acercó a él, vendó sus heridas, echó aceite y vino, lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él". Y al día siguiente dejó al herido al cuidado de su anfitrión, con la seguridad de que a su regreso pagaría todos los gastos.

Cristo pregunta: "¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó entre los ladrones? Y él respondió: El que tuvo misericordia de él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo". He aquí una lección sobre los deberes del hombre para con sus semejantes. Los que descuidan la aplicación de los principios ilustrados por esta lección, no son cumplidores de los mandamientos, aunque pretendan reverenciar la ley de Dios.

La simpatía humana, santificada por el Espíritu de Jesús, es un elemento que puede producir un gran bien. Los que cultivan la benevolencia no sólo hacen bien a los demás, sino que se benefician a sí mismos al abrir sus corazones a las benignas influencias de la simpatía y del amor. Cada rayo de luz derramado sobre los demás se reflejará en nuestros propios corazones. Cada palabra amable y compasiva dirigida al afligido, cada acto para aliviar al oprimido, y cada regalo para suplir las necesidades del indigente, dado o hecho con un solo ojo

para la gloria de Dios, resultará en bendiciones para el dador. Los que obran así están obedeciendo una ley del Cielo, y recibirán la aprobación de Dios.

En la parábola, Cristo exalta al samaritano por encima del sacerdote y del levita, que eran grandes cumplidores de la letra de la ley en los diez mandamientos. El uno obedecía el espíritu de estos mandamientos, mientras que el otro se contentaba con expresar una fe exaltada en ellos. Pero el apóstol nos dice que "la fe sin obras está muerta".

Cuando los defensores de la ley de Dios planten sus pies firmemente sobre sus principios, mostrando que son leales, no sólo de nombre, sino también de corazón, llevando a cabo en sus vidas el espíritu de la ley de Dios, y ejerciendo verdadera benevolencia hacia el hombre, entonces tendrán poder moral para mover al mundo. Pero es imposible que aquellos que profesan lealtad a Dios representen correctamente los principios de su ley, mientras desprecian el mandato de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Tenemos la obligación, no sólo de asegurar el Cielo nosotros mismos, sino de mostrar a otros el camino, y, mediante nuestro cuidado y amor desinteresado, conducir hacia Cristo a los que entran en la esfera de nuestra influencia. Somos responsables, en gran medida, de las almas de los que nos rodean. Nuestras palabras y acciones están constantemente hablando a favor o en contra de la verdad de Dios; y estamos bajo la obligación personal de ejercer una influencia a su favor. El sermón más elocuente que puede predicarse sobre la ley de los diez mandamientos es cumplirlos. La obediencia debe convertirse en un deber personal. La negligencia aquí es pecado flagrante.

Que el mundo vea que no nos limitamos egoístamente a nuestros propios intereses exclusivos y a nuestras alegrías religiosas, sino que deseamos que compartan nuestras bendiciones y privilegios, mediante la influencia santificadora de la verdad; Que vean que la religión que profesamos no cierra o congela las avenidas del alma, haciéndonos insolidarios y exigentes; que todos los que profesan haber encontrado a Cristo, ministren, como él lo hizo, a las necesidades del hombre, abrigando un espíritu de sabia benevolencia; y entonces veremos muchas almas siguiendo la luz que brilla de nuestro precepto y ejemplo.

Debemos cultivar una disposición amable y someternos al control de la conciencia. La verdad de Dios hace mejores hombres y mujeres a los que la reciben con amor. Actúa como levadura hasta que todo el ser se conforma a sus

principios. Abre el corazón helado por la avaricia; abre la mano cerrada al sufrimiento humano; y la bondad y la caridad son sus frutos.

No reprochemos a la religión cristiana manifestando celos e intolerancia hacia los demás. Nadie ha sido jamás rescatado de una posición errónea por la censura o el reproche; pero muchos han sido así alejados de Dios, con sus corazones acerados contra la convicción. Un espíritu tierno, una conducta amable y ganadora, pueden salvar a los descarriados y ocultar una multitud de pecados. Dios nos pide que ejerzamos esa caridad que sufre mucho y es bondadosa.

La religión de Cristo no exige que perdamos nuestra identidad de carácter, sino simplemente que nos adaptemos, en cierta medida, a los sentimientos y costumbres de los demás. Muchas personas pueden reunirse en una unidad de fe religiosa, cuyas opiniones, hábitos y gustos en asuntos temporales no están en armonía. Pero con el amor de Cristo brillando en sus pechos, esperando el mismo Cielo como su hogar eterno, pueden tener juntos la comunión más dulce e inteligente, y la unidad más maravillosa.

Nadie debe sentirse en libertad de conservar una fría y escalofriante reserva y una férrea dignidad, un espíritu que repele a los que se encuentran bajo su influencia. Este espíritu es contagioso; crea una atmósfera que marchita los buenos impulsos y las buenas resoluciones; bajo su influencia las personas se constriñen, y se ahoga la corriente natural de la simpatía, la cordialidad y el amor humanos. La tristeza y la frialdad de esta atmósfera antisocial se reflejan en el semblante; y no sólo la salud espiritual se ve afectada por esta depresión antinatural, sino que también se ve afectada la salud física.

Apenas hay dos personas cuyas experiencias sean iguales en todos los aspectos. Las pruebas de uno pueden no ser las pruebas de otro; y nuestros corazones deben estar siempre abiertos a la simpatía bondadosa, y encendidos con el amor divino que Jesús manifestó por todos sus hermanos. Cristo reprendió a veces con severidad, y en algunos casos puede ser necesario que nosotros lo hagamos; pero debemos considerar que aunque Cristo conocía la condición exacta de aquellos a quienes reprendía, -justo la cantidad de reprimenda que podían soportar, y lo que era necesario para corregir su mal proceder-, también sabía cómo compadecerse de los descarriados, consolar a los desafortunados y animar a los débiles. Sabía cómo inspirar esperanza y valor, porque conocía los motivos exactos y las pruebas peculiares de cada mente. Reprendía con piedad y amaba con amor divino a los que reprendía.

Jesús no podía equivocarse; pero el juicio humano es erróneo y puede equivocarse. Los hombres pueden juzgar mal los motivos; pueden ser engañados por las apariencias, y cuando piensan que están haciendo lo correcto al reprender el mal, pueden ir demasiado lejos, censurar demasiado severamente, y herir donde deseaban sanar; o pueden ejercer la simpatía imprudentemente, y, en su ignorancia, contrarrestar la reprensión que es merecida y oportuna.

El Señor quiere que seamos sumisos a su voluntad y santificados para su servicio. El egoísmo debe ser eliminado, junto con cualquier otro defecto de nuestro carácter. Debe haber una muerte diaria al yo. Pablo tuvo esta experiencia. Dijo: "Cada día muero". Cada día tenía una nueva conversión; cada día daba un paso adelante hacia el Cielo. Nosotros también debemos obtener victorias diarias en la vida divina, si queremos gozar del favor de Dios.

Nuestro Dios es clemente, compasivo y misericordioso. Conoce nuestras debilidades y necesidades, y ayudará nuestras flaquezas si confiamos en Él.

10 de marzo de 1887

Cristo, la vid verdadera

EGW

"Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita; y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto."

Nuestro Padre celestial plantó en la tierra una buena vid, cuyo fruto debía ser para vida eterna. Pero esta preciosa planta apareció a los ojos humanos como una raíz de tierra seca, sin forma ni belleza. Cuando se afirmó que era de origen celestial, los hombres de Nazaret se enfurecieron y la arrojaron de sí. Los habitantes de Judá y Jerusalén tomaron la vid plantada por Dios, la magullaron y la pisotearon, con la esperanza de destruirla para siempre. Pero ahora el Labrador arrancó esta hermosa vid y la plantó en su propio jardín, fuera del alcance de los saqueadores. La cepa y la raíz quedaron ocultas a la vista humana, pero aun así "las ramas corren por encima del muro." Así, los injertos pueden unirse a la vid y, participando de su alimento, convertirse en sarmientos florecientes y dar mucho fruto.

La figura de la vid es un símbolo perfecto. Dios envió a su Hijo desde los atrios celestiales a un mundo abrasado y estropeado por la maldición del pecado. En

Cristo habitaba toda la plenitud; en Él estaba la justicia, la paz, la vida, todo lo necesario para la felicidad y el bienestar del hombre. Pero el mundo odiaba al Hijo del Dios altísimo. El mundo no vio nada atractivo en él. El mejor don del Cielo fue despreciado y desdeñado. Cristo fue "varón de dolores, experimentado en quebranto"; sin embargo, "herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados". Fue odiado por los hombres malvados porque su carácter era intachable, sus obras justas. Vino como Redentor del mundo; sin embargo, fue apresado por manos crueles, y vergonzosamente injuriado y crucificado. Dios lo resucitó de entre los muertos y ascendió al Cielo para ofrecer su sangre como propiciación por nuestros pecados.

Aunque invisible a la vista de los mortales, Cristo sigue viviendo como el Redentor del mundo, el representante del hombre en las cortes celestiales, y el medio a través del cual todas las bendiciones fluyen a la raza caída. Su amor no tiene parangón. No podemos estimar el valor de su vida de trabajo y sacrificio, el precioso rescate pagado por nuestra redención. Seguramente no es demasiado pedir los mejores y más santos afectos del corazón a cambio de tan maravilloso amor.

Dijo el Salvador a sus discípulos: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos". "Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí". En esta vid está toda la vida espiritual. Sólo de la plenitud de Cristo podemos obtener el alimento que nos permitirá dar fruto para vida eterna. La cepa de la vid no se ve; pero los sarmientos, los miembros de su cuerpo, son visibles. El sarmiento aparentemente seco y sin hojas, al estar unido a la vid viva, se convierte en parte de ella, en partícipe de su vida y de su grosura. Fibra a fibra, vena a vena, se adhiere a la vid, hasta que la savia vivificante la hace brotar, florecer y dar fruto.

El vástago se convierte en parte de la vid al formar una unión perfecta con ella. Así sucede con el pecador. El alma, muerta en delitos y pecados, debe experimentar un proceso similar para reconciliarse con Dios y llegar a ser partícipe de la vida y el gozo de Cristo. Como el injerto recibe vida cuando se une a la vid, así el pecador participa de la naturaleza divina cuando se une a Cristo por el arrepentimiento y la fe. Esta conexión une alma con alma, lo finito con lo infinito. Cuando estamos así unidos, las palabras de Cristo *permanecen* en nosotros, y no nos mueve un sentimiento espasmódico, sino un principio vivo y permanente.

Todo sarmiento unido a la vid verdadera da fruto, no de su propia especie, sino de la vid de la que forma parte. El Espíritu de Cristo que fluye en los corazones de todos los que están verdaderamente unidos a Él, los hace partícipes de la naturaleza divina. Caminarán tras las huellas de su Redentor abnegado y sacrificado. Su pureza y su amor aparecerán en su carácter y en su vida cotidiana, mientras que la mansedumbre y la verdad guiarán su camino.

"Yo soy la vid verdadera", dice Cristo, "y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí [todo el que pretende estar unido a mí] no da fruto, él lo quita". Esta es la solemne advertencia que se dirige a cada discípulo. El descuidado e indiferente, después de un tiempo será vencido por la tentación, y al fin totalmente separado de Cristo.

Pero "toda rama que da fruto, la poda para que dé más fruto". Todo sarmiento fructífero es podado; porque incluso los sarmientos fructíferos pueden mostrar demasiado follaje, y parecer lo que en realidad no son. Los labradores cortan el follaje sobrante de las viñas, y los zarcillos que se agarran a los desperdicios de la tierra, haciéndolas así más fructíferas. Y cuando el Maestro ve que la mundanalidad, la autoindulgencia y el orgullo están brotando en la vida de sus seguidores, los poda. Estas causas obstaculizadoras deben ser eliminadas, y la maleza defectuosa cortada, para dar lugar a los rayos curativos del Sol de Justicia.

Dijo Cristo: "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor". El sarmiento sólo puede mantenerse unido a la vid viva a condición de dar fruto. Y el fruto que da el árbol cristiano es "amor, alegría, paz, longanimidad, mansedumbre, bondad, fe, mansedumbre, templanza." Racimos abundantes de este precioso fruto aparecerán en cada rama que se someta a la poda del sabio Labrador. El resultado de la unión con Cristo es la purificación del corazón, una vida circunspecta y un carácter intachable. Sin embargo, los que han alcanzado este grado de perfección cristiana son los últimos en pretender que tienen méritos propios. "Aceptados en el Amado", objetos del cuidado constante y de la misericordia inagotable de su Padre celestial, se sienten indignos del favor divino, y tienen un sentido demasiado vivo de la dependencia absoluta de Dios para jactarse de su posición exaltada.

Es una triste realidad que muchos que profesan ser sarmientos de la vid verdadera demuestran con su vida que no tienen ninguna relación con ella. Sus palabras y acciones, desprovistas de gracia y mansedumbre, se asemejan más a las ramas punzantes del espino nocivo que a las ramas hermosas y cargadas de

frutos de la vid preciosa. El amor a Dios y al prójimo es la suma y la sustancia de la verdadera piedad. Los que están desprovistos de este amor y, sin embargo, afirman que han alcanzado grandes logros en las cosas espirituales, pueden engañar por un tiempo a sus semejantes, pero no pueden engañar a Dios. Dice el verdadero Testigo: "Yo conozco tus obras". Y en el gran día de las cuentas finales, Dios "dará a cada uno según sus obras."

Muchos malinterpretan el objeto para el que fueron creados. No se dan cuenta de que fueron colocados aquí para bendecir a la humanidad y glorificar a Dios, más que para disfrutar y glorificarse a sí mismos. Dios poda constantemente a su pueblo, cortando las ramas profusas y extendidas, para que den fruto para su gloria, y no produzcan sólo hojas. Los ídolos deben ser abandonados, la conciencia debe volverse más tierna, las meditaciones del corazón deben ser espirituales, y todo el carácter debe volverse simétrico.

Algunos que dicen ser seguidores de Cristo son pámpanos marchitos, que deben separarse de la vid viva. El amor del mundo ha paralizado su vida espiritual, y no están despiertos al precioso tema de la redención. La impresión causada en el mundo por estos cristianos profesos es desfavorable a la religión de Cristo. Manifiestan ambición y celo en los negocios del mundo; pero tienen poco interés en las cosas de importancia eterna. La voz de Dios por medio de sus mensajeros es un canto agradable; pero sus sagradas advertencias, reprensiones y estímulos son todos desoídos. Los intereses eternos se ponen al mismo nivel que las cosas comunes. El Espíritu Santo es contristado y su influencia es retirada. Los cristianos fructíferos están conectados con Dios, y por lo tanto son capaces de dar un valor correcto a las cosas eternas. Se deleitan con las palabras de vida; y siempre que escuchan el "mensaje de buenas nuevas", pueden decir, como los discípulos a quienes Cristo explicó las profecías en el camino a Emaús: "¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba por el camino, y mientras nos abría las Escrituras?". Es deber de todo hijo de Dios almacenar su mente con la verdad divina; y cuanto más haga esto, más fuerza y claridad de mente tendrá para comprender las cosas profundas de Dios. Y su crecimiento en la gracia será cada vez más vigoroso, a medida que los principios de la verdad se pongan en práctica en su vida diaria.

El que está en armonía con Dios dependerá constantemente de él para su fortaleza. "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". El trabajo de nuestra vida debe ser alcanzar constantemente la perfección del carácter cristiano, esforzándonos siempre por conformarnos a

la voluntad de Dios. Los esfuerzos comenzados aquí continuarán por toda la eternidad. El adelanto hecho aquí será seguro cuando entremos en la vida futura.

Los que participan de la mansedumbre, pureza y amor de Cristo, estarán gozosos en Dios y difundirán luz y alegría a su alrededor. El pensamiento de que Cristo murió para obtenernos el don de la vida eterna basta para suscitar en nuestros corazones la gratitud más sincera y ferviente, y en nuestros labios la alabanza más entusiasta. Las promesas de Dios son ricas, plenas y gratuitas. Quien quiera que cumpla las condiciones puede reclamar estas promesas, con toda su riqueza de bendiciones, como tuyas. Y estando así abundantemente provisto del tesoro de Dios, puede, en el camino de la vida, "andar como es digno del Señor para toda complacencia", bendiciendo así a sus semejantes y honrando a su Creador. Aunque nuestro Salvador quiere proteger a sus seguidores de la confianza en sí mismos recordándoles: "Sin mí nada podéis hacer", ha unido a ello, para nuestro estímulo, la graciosa seguridad: "El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto".

17 de marzo de 1887

Descanse en Cristo

EGW

"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

De este modo, Jesús invita a los hijos e hijas de Adán, cansados y cargados de preocupaciones, a acercarse a Él y depositar sobre Él sus pesadas cargas. Pero muchos de los que escuchan esta invitación, aunque suspiran por descansar, siguen adelante por el escabroso camino, abrazando sus cargas junto al corazón. Jesús los ama, y anhela llevar sus cargas y a ellos mismos también en sus fuertes brazos. Quiere quitarles los temores y las incertidumbres que les roban la paz y el descanso; pero primero tienen que acudir a él y contarle las angustias secretas de su corazón. Él invita a la confianza de su pueblo como prueba de su amor por Él. El don de un corazón humilde y confiado es para él más precioso que todas las riquezas. Si acudieran a él con la sencillez y confianza con que un niño acude a sus padres, el toque divino de sus manos les aliviaría de sus cargas.

Jesús, nuestro Salvador compasivo, es el camino, la verdad y la vida. ¿Por qué no aceptamos su bondadosa oferta de misericordia, creemos sus palabras de promesa y no hacemos tan difícil el camino de la vida? Mientras recorremos el precioso camino trazado para los rescatados del Señor, no lo cubramos con dudas y sombríos presentimientos, y sigamos nuestro camino murmurando y gimiendo, como si estuviéramos obligados a una tarea desagradable y exigente. Los caminos de Cristo son caminos agradables, y todas sus sendas son paz. Si hemos hecho senderos ásperos para nuestros pies, y tomado cargas pesadas de cuidado al acumular para nosotros tesoros en la tierra, cambiemos ahora, y sigamos el camino que Jesús ha preparado para nosotros.

No siempre estamos dispuestos a acudir a Jesús con nuestras pruebas y dificultades. A veces vertemos nuestros problemas en oídos humanos, y contamos nuestras aflicciones a quienes no pueden ayudarnos, y descuidamos confiárselo todo a Jesús, que es capaz de cambiar el camino doloroso por senderos de alegría y paz. Negarse a sí mismo, sacrificarse, da gloria y victoria a la cruz. Las promesas de Dios son muy preciosas. Debemos estudiar su palabra si queremos conocer su voluntad. Las palabras de la inspiración, estudiadas cuidadosamente y obedecidas en la práctica, guiarán nuestros pies por una senda llana, por donde podremos caminar sin tropezar. ¡Oh, que todos, ministros y pueblo, llevaran sus cargas y perplejidades a Jesús, que está esperando para recibirlos y darles paz y descanso! Él nunca abandonará a los que confían en él.

La maldad prevalece en la actualidad. Los peligros de los últimos días se engrosan a nuestro alrededor, y debido a que abunda la iniquidad, el amor de muchos se enfría. Esto no tendría por qué ser así si todos vinieran a Jesús, y con fe confiada confiaran en él. Su mansedumbre y humildad, acariciadas en el corazón, traerán paz y descanso, y darán poder moral a cada alma.

Frecuentemente se insiste en la brevedad del tiempo como un incentivo para buscar la justicia y hacer de Cristo nuestro amigo. Este no debe ser el gran motivo para nosotros, porque huele a egoísmo. ¿Es necesario que los terrores del día de Dios estén delante de nosotros, para que el temor nos obligue a obrar rectamente? No debería ser así. Jesús es atractivo. Está lleno de amor, misericordia y compasión. Se propone ser nuestro amigo, caminar con nosotros por todos los senderos difíciles de la vida. Nos dice: Yo soy el Señor, tu Dios; camina conmigo, y yo iluminaré tu camino. Jesús, la Majestad del Cielo, se propone elevar a la compañía de sí mismo a quienes acudan a Él con sus cargas, sus debilidades y sus preocupaciones. Los considerará como hijos suyos, y finalmente les dará una herencia de más valor que los imperios de los reyes, una

corona de gloria más rica que la que jamás haya engalanado la frente del más excelso monarca terrenal.

Es nuestro deber amar a Jesús como nuestro Redentor. Él tiene derecho a mandar nuestro amor, pero nos invita a entregarle nuestro corazón. Nos llama a caminar con Él por la senda de la obediencia humilde y sincera. Su invitación es una llamada a una vida pura, santa y feliz, una vida de paz y descanso, de libertad y amor, y a una rica herencia en la vida futura e inmortal. ¿Qué elegiremos: la libertad en Cristo o la esclavitud y la tiranía al servicio de Satanás? ¿Por qué hemos de rechazar la invitación de la misericordia y rehusar las ofertas del amor divino? Si elegimos vivir con Cristo a través de las edades incesantes de la eternidad, ¿por qué no elegirlo ahora como nuestro amigo más amado y confiable, nuestro mejor y más sabio Consejero?

Es nuestro privilegio tener diariamente un caminar tranquilo, cercano y feliz con Jesús. No debemos alarmarnos si el camino pasa por conflictos y sufrimientos. Podemos tener la paz que sobrepasa todo entendimiento; pero nos costará batallas con los poderes de las tinieblas, luchas severas contra el egoísmo y el pecado innato. Las victorias obtenidas diariamente mediante el esfuerzo perseverante e incansable en el bien obrar serán preciosas por medio de Cristo, que nos ha amado, que se entregó a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un "pueblo propio, celoso de buenas obras." Debemos procurar obtener la excelencia de Cristo. Frente a la tentación, debemos prepararnos para resistir con firmeza, sin permitir que surja un solo pensamiento de murmuración, aunque estemos cansados por el trabajo y agobiados por las preocupaciones.

Algunos han atravesado las aflicciones con la luz intacta. Su esperanza y su fe son fuertes, porque se adquieren en el conflicto y se alimentan en el sufrimiento. Si no fuera por estos héroes de la fe, que han aprendido a soportar, a sufrir y a ser fuertes, el panorama sería ciertamente desalentador. ¿Cómo podríamos saber cómo compadecemos de los agobiados, los afligidos, los afligidos, y prestarles la ayuda que necesitan, si nunca hubiéramos experimentado nosotros mismos pruebas similares?

Nunca podremos apreciar claramente el valor de nuestro Redentor, hasta que, con un ojo de fe, lo veamos asumiendo la naturaleza del hombre, la capacidad de sufrir, y luego llegando a lo más profundo de la miseria humana, para que por su poder divino pudiera salvar incluso al más vil pecador. Jesús murió para que el pecador pudiera vivir, para que la justicia de Dios pudiera ser preservada

y el hombre culpable perdonado. El Hijo del Altísimo sufrió vergüenza en la cruz, para que los pecadores no sufrieran vergüenza y desprecio eternos, sino que fueran rescatados y coronados de gloria eterna. ¿Por qué tenemos tan poco sentido del pecado, tan poca penitencia? Porque no nos acercamos a la cruz de Cristo. No consideramos al Capitán de nuestra salvación, y nuestra conciencia se endurece por el engaño del pecado.

La cruz del Calvario nos atrae con fuerza, ofreciéndonos una razón por la que debemos amar a nuestro Salvador, y por la que debemos hacerle el primero y el último y el mejor en todo. Debemos ocupar el lugar que nos corresponde, en humilde penitencia, al pie de la cruz. Aquí, al ver a nuestro Salvador en agonía, el Hijo de Dios muriendo, el justo por los injustos, podemos aprender lecciones de mansedumbre y humildad de mente. Contemplad a Aquel que con una sola palabra podía convocar a legiones de ángeles en su ayuda, objeto de burla y regocijo, de vilipendio y odio. Se entrega a sí mismo como sacrificio por el pecado. Cuando se le injuria, no amenaza; cuando se le acusa falsamente, no abre la boca. Reza en la cruz por sus asesinos. Muere por ellos; paga un precio infinito por cada uno de ellos. Él lleva la pena de los pecados del hombre sin un murmullo. Y esta víctima que no se queja es el Hijo de Dios. Su trono es eterno y su reino no tendrá fin.

Venid, vosotros que buscáis vuestro propio placer en goces prohibidos e indulgencias pecaminosas, vosotros que os alejáis de Cristo, mirad a la cruz del Calvario; contemplad a la víctima real que sufre por vuestra causa, y mientras tengáis oportunidad sed sabios, y buscad la fuente de la vida y de la verdadera felicidad. Venid, vosotros que os quejáis y murmuráis de los pequeños inconvenientes y de las pocas pruebas que debéis afrontar en esta vida, mirad a Jesús, el autor y consumidor de vuestra fe. Él se apartó de su trono real, de su alto mando, y, dejando a un lado su divinidad, se revistió de humanidad. Por nosotros fue desechado y despreciado; se hizo pobre para que nosotros, con su pobreza, nos enriqueciéramos. ¿Podéis, contemplando con los ojos de la fe los sufrimientos de Cristo, contar vuestras tribulaciones, vuestras desdichas? ¿Puedes alimentar la venganza en tu corazón mientras recuerdas la oración que salió de los labios pálidos y temblorosos de Cristo por sus injuriadores, sus asesinos: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"?

Tenemos ante nosotros la tarea de dominar el orgullo y la vanidad que buscan un lugar en nuestros corazones y, mediante la penitencia y la fe, llevarnos a una conversación familiar y santa con Cristo. No debemos retroceder ante las profundidades de la humillación a la que el Hijo de Dios se sometió para

elevarnos de la degradación y la esclavitud del pecado a un asiento a su diestra. Debemos negarnos a nosotros mismos y luchar continuamente contra el orgullo. Debemos escondernos en Jesús, y dejarlo aparecer en nuestro carácter y conversación. Mientras miremos constantemente a Aquel a quien nuestros pecados han traspasado y nuestras penas han agobiado, adquiriremos fuerza para ser como Él. Nuestras vidas, nuestra conducta, testificarán cuán altamente apreciamos a nuestro Redentor, y la salvación que ha logrado para nosotros a tal costo para sí mismo. Y nuestra paz será como un río mientras nos aferremos a Jesús en cautividad voluntaria y feliz.

Ya es hora de que dediquemos las pocas horas preciosas que nos quedan de nuestra probación a lavar nuestras vestiduras de carácter, y a emblanquecerlas en la sangre del Cordero, para que podamos ser de esa compañía vestida de blanco que estará alrededor del gran trono blanco.

24 de marzo de 1887

Religión y salud

EGW

"Ocozías se cayó por una celosía de su aposento alto que estaba en Samaria, y enfermó; y envió mensajeros, diciéndoles: Id, consultad a Baal-zebub dios de Ecrón, si sanaré de esta enfermedad. Pero el ángel del Señor dijo a Elías tisbita: Levántate, sube al encuentro de los mensajeros del rey de Samaria, y diles: ¿No es porque no hay Dios en Israel, que vais a consultar a Baal-zebub dios de Ecrón? Ahora pues, así ha dicho Jehová: No descenderás del lecho en que subiste, sino que ciertamente morirás." 2 Reyes 1:2-4.

En esta narración tenemos una muestra sumamente sorprendente del desagrado divino contra los que se apartan de Dios y se entregan a las agencias satánicas. Poco tiempo antes de los acontecimientos aquí relatados, el reino de Israel había cambiado de gobernantes. Acab había caído bajo el juicio de Dios, y le había sucedido su hijo Ocozías, un personaje sin valor, que sólo hizo lo malo a los ojos del Señor, andando en los caminos de su padre y de su madre, y haciendo pecar a Israel. Adoró a Baal, y provocó a ira al Dios de Israel, como lo había hecho su padre Acab. Pero los juicios siguieron de cerca a los pecados del rey rebelde. Una guerra con Moab, y luego el accidente por el cual su propia vida fue amenazada, atestiguaron la ira de Dios contra Ocozías.

En tiempos de su padre, este malvado rey de Israel había oído y visto mucho de las maravillosas obras del Altísimo. ¡Qué terribles pruebas de su severidad y celos había dado Dios a su pueblo apóstata! Y sin embargo, Ocozías actuó como si estas terribles realidades, e incluso el temible fin de su propio padre, fueran sólo un cuento ocioso. En vez de humillar su corazón ante el Señor, se aventuró a cometer el acto más osado de impiedad que marcó su vida. Ordenó a sus siervos: "Id y preguntad a Baal-zebul, dios de Ecrón, si me recuperaré de esta enfermedad".

Se suponía que este ídolo, a través de sus sacerdotes, daba información sobre acontecimientos futuros. Había obtenido tal credibilidad general que un gran número de personas acudía a él desde muy lejos. Las predicciones que allí se hacían y la información que se daba procedían directamente del príncipe de las tinieblas. Es él quien instituyó, y todavía mantiene, la adoración de ídolos, como medio de desviar las mentes de los hombres de Dios.

La historia del pecado y castigo de Ocozías contiene una lección de advertencia que nadie puede ignorar impunemente. El mismo espíritu de la idolatría pagana está muy difundido hoy, aunque bajo la influencia de la ciencia y la educación ha asumido una forma más refinada y atractiva. Aunque no rindamos homenaje a los dioses paganos, miles de personas de países civilizados y cristianos adoran en el santuario de Satanás con la misma verdad con que lo hacía el rey de Israel. Cada día se añade la triste evidencia de que la fe en la palabra segura de la profecía está disminuyendo, y que en su lugar la superstición y la brujería satánica están cautivando las mentes de los hombres. Todos los que no escudriñan seriamente las Escrituras y someten todo deseo y propósito de la vida a esa prueba infalible, todos los que no buscan a Dios en oración para conocer su voluntad, seguramente se desviarán del camino recto y caerán bajo el engaño de Satanás.

Las voces místicas que hablaron en Ecrón y Endor siguen, con sus palabras mentirosas, engañando a los hijos de los hombres. El príncipe de las tinieblas sólo ha aparecido bajo un nuevo disfraz. Los oráculos paganos de épocas pasadas tienen su contraparte en los médiums espiritistas, los clarividentes y adivinos de hoy. Los misterios del culto pagano son reemplazados por las asociaciones secretas y las sesiones de espiritismo, las oscuridades y los prodigios de los hechiceros de nuestro tiempo. Y sus revelaciones son recibidas con avidez por miles de personas que se niegan a aceptar la luz de la palabra o del Espíritu de Dios. Hablan con desprecio de los magos de antaño, mientras

que el gran engañador ríe triunfante cuando ceden a sus artes bajo una forma diferente.

Estos agentes satánicos pretenden curar enfermedades. Atribuyen su poder a la electricidad, al magnetismo o a los llamados "remedios simpáticos", cuando en realidad no son más que canales para las corrientes eléctricas de Satanás. Por este medio él lanza su hechizo sobre los cuerpos y las almas de los hombres.

Dios nos ha impuesto el deber de conservar nuestras facultades físicas en las mejores condiciones posibles, para que podamos prestarle un servicio aceptable. Ha puesto en nuestro poder el conocimiento de las leyes de la salud. Aquellos que rehúsan hacer uso del conocimiento que ha sido misericordiosamente puesto a su alcance, están rechazando uno de los medios que Dios les ha concedido para promover la vida espiritual tanto como la física.

Muchos no están dispuestos a hacer el esfuerzo necesario para conocer las leyes de la vida y los medios sencillos que deben emplearse para restablecer la salud. No se colocan en una relación correcta con la vida. Cuando la enfermedad viene como resultado de sus transgresiones de la ley natural, no tratan de corregir sus errores, y luego pedir la bendición de Dios sobre su curso.

No pocos, en esta época cristiana y en esta nación cristiana, recurren a los médiums en vez de confiar en el poder del Dios vivo. La madre, velando junto al lecho enfermo de su hijo, exclama: "No puedo hacer más. ¿No hay médico que tenga poder para restablecer a mi hijo?". Se le habla de las curaciones maravillosas realizadas por algún clarividente o curandero magnético, y ella confía a su querido a su cargo, poniéndolo tan verdaderamente en las manos de Satanás como si él estuviera de pie a su lado. ¡Y en cuántos casos la vida futura del niño está controlada por un poder satánico que parece imposible quebrantar!

Otra vez: He oído a una madre suplicar a algún médico infiel que salve la vida de su hijo; pero cuando le rogué que pidiera ayuda al Gran Médico, que puede salvar perpetuamente a todos los que acuden a él con fe, se apartó con impaciencia. Aquí vemos el mismo espíritu que manifestó Ocozías. El Señor, nuestro Dios, nos asegura que está esperando para ser clemente; nos invita a invocarle en el día de la angustia. ¿Cómo podemos apartarnos de él para confiar en un brazo de carne?

Ocozías envió a sus siervos a consultar a Baal-zebul en Ecrón; pero en lugar de un mensaje del ídolo, oyó la terrible denuncia del Dios de Israel: "No descenderás del lecho en que has subido, sino que morirás". El Señor tenía

motivos para estar muy disgustado por la impiedad de Ocozías. ¿Qué no había hecho él para ganarse el corazón de los hombres pecadores e inspirarles una confianza inquebrantable en su cuidado y afecto? Durante siglos había visitado a su pueblo con manifestaciones de la más condescendiente bondad y de un amor sin igual. Desde los tiempos de los patriarcas, había mostrado que sus "delicias estaban con los hijos de los hombres". Había sido una ayuda muy presente para todos los que le buscaban con sinceridad. "En todas sus aflicciones se afligía, y el ángel de su presencia los salvaba. En su amor y en su piedad los redimió". Sin embargo, Israel se había rebelado contra Dios, y el rey acudió en busca de ayuda al peor enemigo del Señor.

Los hebreos eran la única nación favorecida con el conocimiento del Dios verdadero. Y cuando el rey envió a consultar un oráculo pagano, proclamó a los paganos que tenía más confianza en sus ídolos que en el Dios de su pueblo, el Creador de los cielos y de la tierra. De la misma manera, aquellos que profesan tener un conocimiento de la palabra de Dios lo deshonran cuando se alejan de la Fuente de la fuerza y la sabiduría para pedir ayuda o consejo a algún agente del poder de las tinieblas.

¿Por qué los hombres son tan reacios a confiar en Aquel que creó al hombre, que puede, con un toque, una palabra, una mirada, curar toda clase de enfermedades? ¿Quién es más digno de nuestra confianza que Aquel que hizo un sacrificio tan grande por nuestra redención? Si los profesos seguidores de Cristo ejercieran una fe inteligente y consecuente en las promesas de Dios, en lugar de depositar tanta confianza en agencias engañosas, realizarían en alma y cuerpo el poder vivificador del Espíritu Santo.

Hay peligro en apartarse en lo más mínimo de la instrucción del Señor. Cuando nos desviamos del camino llano del deber, surgirá una serie de circunstancias que parecerán irresistiblemente apartarnos cada vez más del camino recto. Intimididades innecesarias con quienes no respetan a Dios nos seducirán antes de que nos demos cuenta. El temor de ofender a los amigos mundanos nos disuadirá de expresar nuestra gratitud a Dios o de reconocer nuestra dependencia de él. Debemos mantenernos cerca de la Palabra de Dios. Necesitamos sus advertencias y sus ánimos, sus amenazas y sus promesas. Necesitamos el ejemplo perfecto que sólo encontramos en la vida y el carácter de nuestro Salvador.

Los ángeles de Dios preservarán a su pueblo mientras camine en la senda del deber; pero no hay seguridad de tal protección para los que deliberadamente se

aventuran en el terreno de Satanás. Un agente del gran engañador dirá y hará cualquier cosa para obtener su objeto. Estos obradores de iniquidad no son pocos; y su camino está marcado por hogares desolados, reputaciones arruinadas y corazones quebrantados. Pero de todo esto el mundo sabe poco; y Satanás se regocija en la ruina que se ha forjado.

Aquellos que se entregan a la brujería de Satanás pueden jactarse de haber recibido grandes beneficios por ello; pero, ¿prueba esto que su proceder es sabio o seguro? ¿Y si se prolongara la vida o se obtuvieran ganancias temporales? ¿Valdrá la pena, al fin y al cabo, hacer caso omiso de la voluntad de Dios? Oh, no; toda ganancia aparente resultará al final una pérdida irrecuperable.

Nadie puede servir a dos señores. La luz y las tinieblas no son más opuestas que el servicio de Dios y el servicio de Satanás. El profeta Elías presentó el asunto bajo la luz verdadera cuando apeló al apóstata Israel: "Si el Señor es Dios, sírvele; pero si es Baal, sírvele".

No podemos derribar impunemente ni una sola de las barreras que Dios ha erigido para proteger a su pueblo del poder de Satanás. Nuestra única seguridad consiste en preservar los antiguos puntos de referencia. "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos".

31 de marzo de 1887

¿Cómo deben vestir los cristianos?

EGW

"Cuyo adorno, no sea el externo de trenzar el cabello, ni el de llevar oro, ni el de vestirse; sino el hombre oculto del corazón, en lo que no es corruptible, el ornato de un espíritu manso y apacible, que es de grande estima delante de Dios." 1 Pedro 3:3, 4.

El corazón humano nunca ha estado en armonía con las exigencias de Dios. El razonamiento humano siempre ha tratado de evadir o dejar de lado las instrucciones simples y directas de su palabra. En todas las épocas, la mayoría de los que profesan seguir a Cristo han hecho caso omiso de los preceptos que ordenan la abnegación y la humildad, que exigen modestia y sencillez en la conversación, la conducta y la vestimenta. El resultado ha sido siempre el mismo: el alejamiento de las enseñanzas del Evangelio ha conducido a la adopción de las modas, costumbres y principios del mundo. La piedad vital ha

dado lugar a un formalismo muerto. La presencia y el poder de Dios, retirados de esos círculos amantes del mundo, se encuentran con una clase de adoradores más humildes, dispuestos a obedecer las enseñanzas de la palabra sagrada. A través de sucesivas generaciones, se ha seguido este curso. Una tras otra, se han levantado diferentes denominaciones que, cediendo a su simplicidad, han perdido, en gran medida, su poder primitivo.

¿No aprenderá nada el pueblo de Dios de la historia del pasado? Son pocos los que comprenden su propio corazón. Los vanidosos y triviales amantes de la moda pueden pretender ser seguidores de Cristo; pero su vestido y conversación muestran lo que ocupa la mente y compromete los afectos. Sus vidas traicionan su amistad con el mundo, y éste los reclama como suyos.

A pesar de su profesión de piedad, muchos apenas pueden distinguirse de los incrédulos. No disfrutan de una vida religiosa. Su tiempo y sus medios están dedicados al único objeto de vestirse para exhibirse. ¿No reflexionarán mis hermanas cristianas con franqueza y oración sobre este tema? ¿No procurarán guiarse por la palabra de Dios? El tiempo extra que se gasta en la confección de la ropa de acuerdo con las modas del mundo debería dedicarse a escudriñar atentamente el corazón y a estudiar las Escrituras. Las horas que se malgastan en preparar adornos innecesarios podrían tener un valor incalculable si se emplearan en procurar adquirir principios rectos y logros sólidos. Pero las facultades mentales, que podrían desarrollarse mediante el pensamiento y el estudio, se dejan adormecer y los afectos se indisciplinan, porque se considera que la apariencia exterior tiene más importancia que la belleza espiritual o el vigor mental.

¿Buscarán los seguidores de Cristo obtener el adorno interior, el espíritu manso y apacible que Dios declara de gran precio, o malgastarán las pocas horas del tiempo de prueba en un trabajo innecesario para exhibirse? Al Señor le agradaría que la mujer tratara constantemente de mejorar su mente y su corazón, adquiriendo fuerza intelectual y moral, para que pueda llevar una vida útil y feliz, siendo una bendición para el mundo y un honor para su Creador.

Me gustaría preguntar a los jóvenes de hoy que profesan ser seguidores de Cristo, en qué se niegan a sí mismos por amor a Él. Cuando realmente desean algún artículo de vestir, o algún ornamento o lujo, ¿ponen el asunto ante el Señor en oración para saber si su Espíritu sancionaría este gasto de medios? En la preparación de su vestimenta, ¿tienen cuidado de no deshonorar su profesión de fe? ¿Pueden pedir la bendición del Señor sobre el tiempo así empleado? Una

cosa es unirse a la iglesia, y otra muy distinta es estar unido a Cristo. Los profesantes de religión no consagrados y amantes del mundo son una de las causas más graves de debilidad en la iglesia de Cristo.

En esta época del mundo, hay un furor sin precedentes por el placer. La disipación y la extravagancia temeraria prevalecen en todas partes. Las multitudes están ávidas de diversión. La mente se vuelve trivial y frívola, porque no está acostumbrada a la meditación ni al estudio disciplinado. El sentimentalismo ignorante es corriente. Dios requiere que cada alma sea cultivada, refinada, elevada y ennoblecida. Pero con demasiada frecuencia se descuida todo logro valioso por la ostentación de moda y el placer superficial. Las mujeres permiten que sus almas mueran de hambre y sean empequeñecidas por la moda, y así se convierten en una maldición para la sociedad, en lugar de ser una bendición.

He visto familias pobres que luchaban contra las deudas y, sin embargo, los hijos no estaban entrenados para negarse a sí mismos con el fin de ayudar a sus padres. En una familia a la que visité, las hijas expresaron su deseo de tener un piano caro. Con mucho gusto los padres habrían satisfecho este deseo, pero se sentían avergonzados por las deudas. Las hijas lo sabían, y si se les hubiera enseñado a practicar la abnegación, no habrían dado a sus padres el dolor de negar sus deseos; pero aunque se les dijo que sería imposible satisfacer sus deseos, el asunto no terminó ahí. El deseo se expresaba una y otra vez, con lo que se añadía continuamente a la pesada carga de los padres. En otra visita vi el codiciado instrumento musical en la casa, y supe que algunos cientos de dólares se habían añadido a la carga de la deuda. No sé a quién culpar más, si a los padres indulgentes o a los hijos egoístas. Ambos son culpables ante Dios. Este caso ilustra muchos otros. Estos jóvenes, aunque profesan ser cristianos, nunca han tomado la cruz de Cristo; porque la primera lección que se debe aprender de Cristo es la lección de la abnegación. Dijo nuestro Salvador: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". De ninguna manera podemos llegar a ser discípulos de Cristo, sino cumpliendo esta condición.

Debemos interesarnos más por las cosas espirituales que por las mundanas. Debemos saber más de Jesús y de su amor que de las modas del mundo. En nombre de mi Maestro, exhorto a los jóvenes a estudiar el ejemplo de Cristo. Cuando queréis confeccionar un artículo, estudiáis cuidadosamente el modelo, para poder reproducirlo lo más fielmente posible. Poned ahora manos a la obra para copiar al divino Ejemplar. Tu interés eterno exige que poseas el espíritu de

Cristo. No puedes ser como Jesús y abrigar orgullo en tu corazón. No puedes dar lugar a la envidia ni a los celos. Debes considerar indigno del carácter de un cristiano albergar pensamientos resentidos o permitirse recriminaciones. Observa sagradamente la ley de la bondad. Nunca comentes el carácter o los actos de los demás de manera que los perjudiques. En ningún caso hagáis de sus fracasos o defectos objeto de burla o crítica cruel. Al hacerlo, disminuyes tu propia influencia y llevas a los demás a dudar de tu sinceridad como cristiano. Deja que la paz y el amor habiten en tu alma, y abriga siempre un espíritu perdonador.

Deseo hacer hincapié en este pensamiento, estudiar menos las modas y más el carácter de Jesús. El más grande y santo de los hombres fue también el más manso. En su carácter se mezclaban la majestad y la humildad. Vino a la tierra velando su dignidad [divinidad] con humanidad. Tenía el dominio de los mundos, podía convocar a las huestes del Cielo a su antojo; sin embargo, por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, a través de su pobreza, nos enriqueciéramos. Los atractivos de este mundo, su gloria y su orgullo, no ejercían ninguna fascinación sobre él. En el conjunto de las gracias cristianas, puso en primer plano la mansedumbre y la humildad. Quería que sus discípulos estudiaran estos atributos divinos y trataran de poseerlos. "Aprended de mí", dice, "que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas".

Qué poco valen el oro, las perlas o los vestidos costosos en comparación con la mansedumbre y la belleza de Cristo. La belleza física consiste en la simetría, en la proporción armoniosa de las partes; pero la belleza espiritual consiste en la armonía con Cristo, en la semejanza de nuestras almas con Él. La gracia de Cristo es, en verdad, un adorno que no tiene precio. Eleva y ennoblece a su poseedor, y ejerce una influencia sobre los demás, atrayéndolos también a la Fuente de luz y bendición.

"Nuestra conversación está en el Cielo", dijo el apóstol; "de donde también esperamos al Salvador". Mientras otros empequeñecen el intelecto, endurecen el corazón y roban a su Hacedor dedicándose al servicio del mundo, el verdadero cristiano eleva su alma por encima de las locuras y vanidades de la tierra, buscando en Dios perdón, paz y justicia; gloria, inmortalidad y vida eterna. Y no busca en vano. Su comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. A través de esta estrecha relación con Dios, el alma se transforma. Contemplando, somos transformados a la imagen divina. Pero los que sólo buscan satisfacer los deseos del corazón no consagrado, flotarán con la corriente

de la mundanalidad y la moda. Hablarán de lo que más aman, y le darán pensamiento y estudio, hasta que al contemplar sean cambiados a la misma imagen terrenal. Su conformidad con las costumbres mundanas los mantiene cautivos del dios de este mundo; porque "siervos suyos sois de aquel a quien os prestáis siervos para obedecer."

Jesús es nuestro único modelo seguro; y su vida es una experiencia continua de privación, abnegación y dolor. "Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados". Viendo que nuestro Salvador ha soportado todo esto por nosotros, ¿qué soportaremos nosotros por él? ¿Mostraremos nuestro amor y gratitud manifestando su espíritu y negándonos a nosotros mismos al obedecer sus palabras?

Hay trabajo que hacer para el Maestro. ¡Cuántas almas podrían salvarse, si cada profeso seguidor de Cristo hiciera todo lo que está en su poder hacer! Hermano mío, hermana mía, a tu alrededor hay pobres que pueden recibir de ti las palabras de Cristo después de que los hayas alimentado y vestido. Están los enfermos, a quienes es tu deber visitar. Hay afligidos a los que hay que consolar y por los que hay que rezar. Si el Señor te ha bendecido con los bienes de este mundo, no es para que los atesores con avaricia o los gastes en la indulgencia del orgullo. Recuerda que un día dirá: "Da cuenta de tu administración". Invirtamos en el banco del Cielo los medios confiados a nuestro cuidado, utilizándolos para suplir las necesidades de los necesitados o para promover la causa de Dios. Entonces el Maestro, en su venida, habiéndonos encontrado fieles sobre unas pocas cosas, nos hará a cada uno gobernante sobre "muchas cosas" en el reino de su gloria.

7 de abril de 1887

Testigos de Cristo

EGW

"Y lo vencieron por la sangre del Cordero y por la palabra de su testimonio".

Antes de que el Salvador se separara de sus discípulos y una nube lo ocultara de su vista, sus palabras de despedida fueron: "Vosotros me seréis testigos". En su ausencia debían ser sus testigos y representantes en la tierra. Su vida de abnegación por la causa de su Maestro y su testimonio gozoso y triunfante de

él y de su verdad ante la tortura, el encarcelamiento y la muerte demuestran la fidelidad con que cumplieron su alto encargo.

Las palabras de nuestro divino Señor no han perdido nada de su fuerza con el paso de los siglos. Se necesitan testigos fieles en estos días de hipocresía y formalismo vacío. Pero cuán pocos, incluso entre los que profesan ser embajadores de Cristo, están dispuestos a dar un testimonio personal fiel de su Maestro. Pueden contar lo que los grandes y buenos de generaciones pasadas han hecho, se han atrevido, han sufrido y han disfrutado. Se vuelven elocuentes al exponer el poder del Evangelio que ha permitido a otros regocijarse en conflictos difíciles y mantenerse firmes contra feroces tentaciones. Pero, aunque se empeñan en presentar a otros cristianos como testigos de Jesús, no parecen tener una experiencia propia fresca y oportuna que relatar.

Preguntamos a estos ministros de Cristo: ¿Qué tenéis que decir en vuestro favor? ¿Qué conflictos del alma habéis atravesado que os hayan dado una rica experiencia, y que hayan sido para el bien de las almas y para la gloria de Dios? ¿Testifica vuestro carácter en favor de Cristo? ¿Puedes hablar por experiencia de la influencia refinadora, ennoblecedora y santificadora de la verdad tal como es en Jesús? ¿Qué *has* visto y qué *has* conocido del poder de Cristo?

Este es el tipo de testigos que pide el Señor y por el que sufren las iglesias. El Espíritu de Cristo -la fe verdadera, que obra por amor y purifica el corazón- es una joya inapreciable, rara por cierto en esta época degenerada. "Si me amáis", dice el Salvador, "guardad mis mandamientos". ¿Cuántos son los que manifiestan su amor por la obediencia voluntaria, haciendo del servicio a Cristo su primera consideración, y de las cosas mundanas algo secundario?

Cuán a menudo, aun en el sagrado escritorio, se exalta el yo y se olvida la gloria de Dios. Y sin embargo, si el ministro no ha sentido en su propio corazón la influencia santificadora de la verdad, si faltan la verdadera piedad y el poder del Espíritu Santo, su labor será un perjuicio para las personas a quienes ministra. Tales hombres no predicán a Cristo a partir de un conocimiento experimental de él, sino que, como loros, repiten lo que han aprendido de otros. A esta clase el Señor dirige la pregunta: "¿Qué tienes que hacer para declarar mis estatutos?".

Elevemos a Jesús, elevémoslo ante la gente; detengámonos en su amor incomparable. Pero el corazón debe estar imbuido de ese amor antes de que podamos hablarlo, predicarlo, orarlo, vivirlo. Debemos tener comunión

personal con Cristo, para poder revelarlo a la gente. Las gracias de su Espíritu, la belleza de su carácter, deben resplandecer en el carácter de sus testigos.

Cuántos se aferran con gran tenacidad a su autoproclamada dignidad, que no es más que amor propio. En la conversación, pasan más tiempo hablando de sí mismos que exaltando las riquezas de la gracia de Cristo. Estas personas buscan honrarse a sí mismas en lugar de esperar con humildad de corazón que Cristo las honre. Quieren enseñar a otros cómo perfeccionar un carácter cristiano; pero ellos mismos no tienen tal carácter. No han aprendido de Aquel que dice: "Yo soy manso y humilde de corazón".

La humildad es inseparable de la santidad de corazón. Cuanto más se acerca el alma a Dios, más completamente se humilla y se somete. Cuando Job oyó la voz del Señor desde el torbellino, exclamó: "Me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza". Cuando Isaías vio la gloria del Señor y oyó a los querubines gritar: "Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos", exclamó: "¡Ay de mí, que estoy deshecho!". Daniel, cuando fue visitado por el santo mensajero, dice: "Mi hermosura se convirtió en mí en corrupción". Pablo, después de haber sido arrebatado al tercer cielo, y haber oído cosas que no era lícito a un hombre decir, habló de sí mismo como "menor que el más pequeño de todos los santos". Fue el amado Juan, que se apoyó en el pecho de Jesús y contempló su gloria, quien cayó ante los ángeles como un muerto. Cuanto más de cerca y continuamente contemplemos a nuestro Salvador, menos veremos que aprobar en nosotros mismos.

En esta época del mundo, hay un amor febril por el placer, un aumento espantoso del libertinaje, un desprecio por toda autoridad. No sólo los mundanos, sino también los que profesan ser cristianos, se rigen más por la inclinación que por el deber. Y, sin embargo, los signos de los tiempos nos señalan la proximidad de nuestro Señor. Las palabras de Cristo resuenan a través de los siglos: "Velad y orad". Pablo advierte: "Vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. No durmamos, pues, como los demás, sino velemos y seamos sobrios."

¿Es cierto que el fin de la historia de este mundo está cerca y que Cristo está a las puertas? ¿Nos estamos preparando para la gran escena del Juicio Final? ¿Dónde están nuestros hombres responsables en esta crisis? ¿Están viviendo como hombres que esperan a su Señor? ¿No hay hombres en el ministerio que son indiferentes y descuidados? Y, sin embargo, cuán necesario es que haya

vigilancia por parte de aquellos que son puestos como centinelas en los muros de Sión. Cuántos hay cuyos sentidos están tan confundidos y entorpecidos por el espíritu de los tiempos que no se dan cuenta de las cosas eternas. Si alguna vez hubo un tiempo en que los hombres de Dios debían mantenerse alejados de las corrupciones del mundo, es ahora. El Señor está cerca. Que la trompeta tenga un sonido certero, y que el pueblo sea advertido.

"Vosotros sois mis testigos", dice el Señor. Un cristiano vivo tendrá un testimonio vivo que dar. Si hemos seguido a Jesús paso a paso, tendremos algo que contar del camino por el que nos ha guiado. Podemos contar las batallas libradas y las victorias obtenidas. Podemos contar cómo hemos probado las promesas de Dios, y hallado que son verdaderas. Podemos señalar una experiencia viva sin retroceder años en el pasado.

Ojalá pudiéramos oír más a menudo el testimonio sencillo y sincero de los conflictos y las victorias del corazón: "He estado peleando las batallas del Señor, y he vencido al yo. Fui duramente atacado por el gran adversario. El conflicto fue doloroso; pero humillé mi corazón ante Dios, y lloré en penitencia ante él. Mi fe temblorosa captó las promesas y se las apropió para mí. Jesús se me reveló como una ayuda presente; y por medio de él he obtenido la victoria". Qué influencia ablandadora y subyugadora tendrían tales testimonios en el corazón del inconverso o del que se aparta. Se darían cuenta de que Dios hablaba a través del barro, y la religión parecería una realidad.

En este tiempo de intemperancia general y mundanalidad, todo cristiano verdadero, que quiera practicar los principios de la verdad así como asentir a ellos, tendrá una batalla que librar. El Capitán de nuestra salvación llama a testigos recién salidos del campo de acción. Los que han sido atacados ferozmente por el enemigo de la justicia, y se han conducido como Jesús en su hora de prueba, tendrán un testimonio que dar que estremecerá el corazón. Serán verdaderamente testigos de Jesús.

Los testigos vivos de Cristo manifestarán piedad en casa. Los que no lo hacen están negando su fe. La piedad en la vida del hogar dará poder al testimonio público. La paciencia, la tolerancia y el amor causarán una impresión en los corazones que los sermones no han logrado alcanzar.

A Cristo no le agrada el fruto que muchos dan; hay una triste falta de ternura y simpatía. Los siervos de Cristo no aman como hermanos. Son duros y dictatoriales. Especialmente su conducta hacia los descarriados está desprovista de piedad o compasión. Al tratar con ellos, se olvida la advertencia del apóstol:

"Considerate a ti mismo, no sea que tú también seas tentado". Seguramente seremos juzgados por nuestro Padre celestial de la misma manera que hemos juzgado a los demás. "Con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados". "Tendrá juicio sin misericordia el que no mostró misericordia".

Jesús nos ha dado un ejemplo de piedad y amor por los descarriados. Mientras reprendía el pecado, miraba al pecador con compasión. Mirando a la cruz del Calvario, donde Cristo derramó su vida para expiar nuestros pecados, recordemos sus palabras: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado."

Pero aunque el siervo de Cristo debe procurar con toda paciencia y amor salvar a los pecadores, no debe permitir bajo ningún concepto que la compasión por los descarriados degenera en apología de la transgresión; porque al excusar y paliar el pecado, perdemos el sentido de su carácter atroz. Para preservar el medio seguro, el cristiano debe añadir a la paciencia la piedad. Entonces verá como Dios ve.

<https://secabipministerio.wixsite.com/scbp>